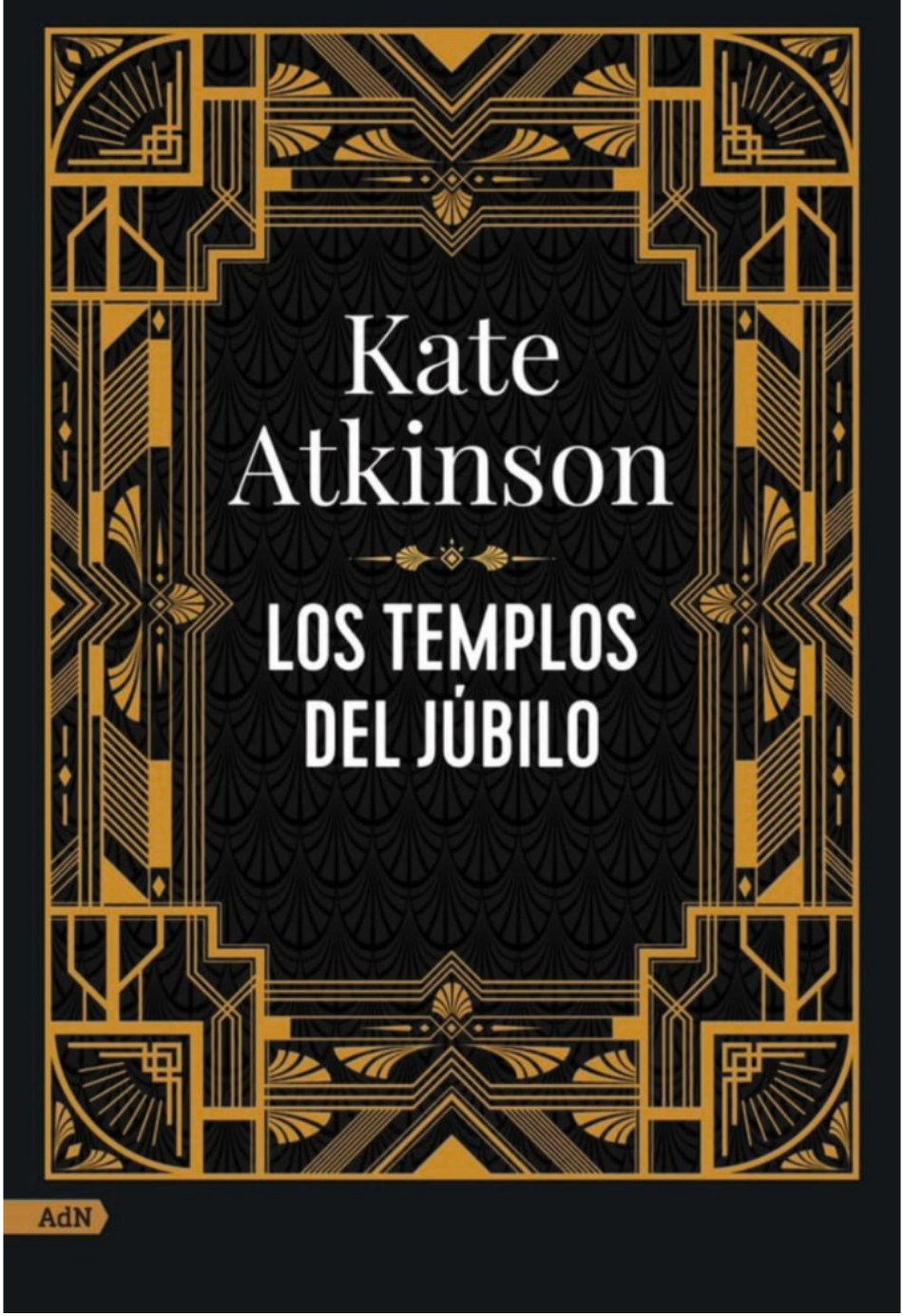
Kate
Atkinson
LOS Ttemplos
DEL JÚBILO
AdN

Kate Atkinson

LOS TEMPLOS DEL JÚBILO

Traducido del inglés por
Puerto Barruetabeña

AdN Alianza de Novelas

Para Peter Straus

Every morning, every evening,
Ain't we got fun?
Not much money, oh, but honey!
Ain't we got fun?

Todas las mañanas, todas las noches,
¿no nos lo pasamos bien?
No tenemos mucho dinero, pero, nena,
¿no nos lo pasamos bien?

Canción *Ain't We Got Fun?,* Peggy Lee

1926

Holloway

—¿Van a ahorcar a alguien? —preguntó exaltado un joven repartidor de periódicos, sin dirigirse a nadie en particular. Solo tenía trece años y era bajito, así que se puso a dar brincos para intentar ver mejor lo que fuera que había provocado ese ambiente como de vodevil. No hacía mucho que había amanecido y solo una tímida luz empezaba a asomar en el cielo, pero eso no había evitado que se hubiera reunido un nutrido grupo de personas de variopinta procedencia frente a las puertas de la cárcel de Holloway. La mitad de esa multitud se había levantado muy temprano, mientras que la otra mitad no se había acostado todavía.

Muchos de los allí congregados iban vestidos de noche, los hombres con esmoquin o frac y pajarita blanca y las mujeres con finos vestidos de seda con la espalda al aire, temblando bajo las pieles con que se cubrían como podían. El repartidor percibió los efluvios marchitos del alcohol, el perfume y el tabaco que envolvían a esa gente. «Estirados», pensó. Le sorprendió que estuvieran allí tan tranquilos, codeándose con faroleros, lecheros y operarios de fábricas, además de la gentuza y los cotillas habituales, siempre atraídos por la más mínima señal de que se avecinaba un espectáculo, aunque no tuvieran ni idea de su naturaleza. El repartidor no se incluía en ese grupo. Solo era un transeúnte curioso que se había parado un momento a contemplar lo que ocurría en ese mundo tan loco.

—¿Es eso? ¿Van a ahorcar a alguien? —insistió el chico, y le tiró de la manga al estirado que tenía más cerca, un hombre grandote y colorado con un puro de olor acre colgando de la boca y una botella de champán abierta en la mano. El muchacho supuso que ese hombre habría empezado la noche totalmente impecable, pero a esas alturas la blanca y almidonada parte delantera de su chaleco estaba adornada con varias manchas diminutas y salpicaduras de comida y el brillante charol de sus zapatos tenía restos de algo que al chico no le costó identificar: vómito. En el ojal llevaba asomando, lánguido, un clavel rojo, ya mustio tras los excesos de esa noche.

—Ni mucho menos —contestó el estirado, tambaleándose con aire risueño—. Estamos de celebración porque van a soltar a Mamaíta Coker.

El chico pensó que eso de «Mamaíta Coker» parecía sacado de una canción infantil.

Una mujer con una gabardina gris, que estaba al otro lado del chico, llevaba en las manos un trozo de cartón, que sostenía delante de su cuerpo como si fuera un escudo. El repartidor tuvo que estirar el cuello todo lo que pudo para leer lo que tenía escrito. En el cartón, a lápiz y con una letra escrita con furia, ponía: «El salario del justo es la vida; la ganancia del malvado es el pecado (Proverbios 10, 16)». El repartidor lo leyó moviendo los labios, aunque sin emitir ningún sonido, pero no se molestó en intentar descifrar su significado. Lo habían obligado a ir a catequesis todas las semanas durante diez años, pero él había conseguido prestarle solo la atención mínima a todo eso del pecado.

—A su salud, señora —dijo el estirado, alzando con alegría la botella de champán en dirección a la mujer de la gabardina para después dar un sorbo.

Ella lo atravesó con la mirada y murmuró algo sobre Sodoma y Gomorra.

El chico fue serpenteando entre la multitud para abrirse paso hasta la primera fila, desde donde se veían perfectamente las imponentes puertas de madera con tachuelas, más propias de una fortaleza medieval que de una prisión femenina. Si hubiera habido allí tres chicos como él, subidos cada uno sobre los hombros de otro, como los acróbatas chinos que había visto en el Hipódromo, solo el de más arriba habría alcanzado la punta del arco que coronaba las puertas. Al repartidor le parecía que Holloway tenía cierto aire romántico. Se imaginó a un montón de chicas hermosas e indefensas encerradas tras esos gruesos muros de piedra, esperando a que las salvara alguien, él, por ejemplo.

Para documentar tal acontecimiento, entre el grupo de espectadores también había un fotógrafo del *Empire News,* que llevaba la tarjeta de identificación en la cinta de su sombrero, sujeta con mucha gracia. El chico sintió cierta afinidad con él; al fin y al cabo, ambos pertenecían al mundo de las noticias. El fotógrafo estaba retratando a un grupo de «bellezas». El muchacho sabía unas cuantas cosas sobre ese tipo de chicas porque no había podido evitar echarles un vistazo, antes de meterlas en los buzones, a las revistas *Tatlers* y *Bystanders,* que también repartía una vez a la semana.

Esas bellezas, un tipo de mujeres que no andaban normalmente por ese barrio, estaban posando ante las puertas de la cárcel. Tres parecían tener veintitantos, pero la cuarta era demasiado joven para pertenecer a la misma categoría que las otras. Llevaba el abrigo de lana de un

uniforme escolar, mientras que las tres mayores se protegían del frío de primera hora de la mañana con unas lujosas pieles. Las cuatro, incluida la colegiala, posaban con aire sofisticado, como si estuvieran haciendo un reportaje de moda. Ninguna parecía sentirse incómoda delante de la curiosa lente de la cámara. El chico se quedó embobado. La silueta femenina a menudo le producía ese efecto.

El fotógrafo apuntó los nombres de las bellezas en un cuaderno que sacó del bolsillo, para que aparecieran bien identificadas en el periódico del día siguiente. Nellie Coker tenía comiendo de su mano al editor de fotografía. Alguna indiscreción que él habría cometido, suponía el fotógrafo.

—¡Oye! —le gritó el reportero a alguien que estaba fuera de la vista —. Ramsay, venga, ponte con tus hermanas.

Apareció un hombre joven que se acercó al grupo de chicas. Parecía reticente, y, solo después de suplicárselo, le dedicó a la cámara una sonrisa que era más bien un rictus.

Un momento después, sin ningún alarde, se abrió una puertecita encastrada en los enormes portones de la cárcel y salió una mujer bajita con los ojos como platos, que parpadeó ante la incipiente luz que anunciaba su libertad. La multitud (básicamente los estirados) se puso a vitorearla y a gritarle cosas: «¡Bien hecho, mujer!», «¡Bienvenida, Nellie!», aunque el chico también oyó otro grito que salió del centro de la multitud: «¡Jezabel!». El muchacho sospechó que tenía que haber sido la mujer de la gabardina.

Nellie Coker parecía muy ordinaria; el chico no le encontró ningún parecido con lo que había oído sobre Jezabel. Un momento después la mujer quedó casi enterrada bajo un enorme ramo de azucenas blancas y de rosas de color rosado que alguien le puso en los brazos. Una de las bellezas llevaba en la mano un grueso abrigo de pieles, que le tiró sobre los hombros a la presa recién liberada como si estuviera intentando apagar un fuego con él. Su madre hizo ese mismo gesto cuando su hermana pequeña se acercó demasiado a la chimenea y el fuego le prendió la bata. Las dos sobrevivieron y solo les quedaron unas pequeñas cicatrices de las quemaduras como recordatorio.

El grupo de bellezas rodeó a la mujer y todas la abrazaron y la besaron. Debía de ser su madre, dedujo el repartidor. La más pequeña se aferró a ella de una forma bastante exagerada, sobreactuada en opinión del muchacho. Era un entendido del mundo del teatro, porque su ruta de reparto incluía todas las entradas de artistas de los teatros del West End. En el Palace Theatre, el portero, un veterano de la batalla del Somme muy simpático, lo dejaba colarse gratis en el gallinero en las matinés. El chico había visto *No, no, Nanette* cinco

veces y estaba bastante enamorado de Binnie Hale, la brillante estrella de la obra. Y se sabía toda la letra de *Tea for Two* y *I Want to Be Happy* y no le importaba cantarlas cada vez que se lo pedían. Había una escena en la obra en la que el elenco y Binnie (el chico se atrevía a llamarla por su nombre de pila, porque la había visto tantas veces que sentía que se podía permitir esa familiaridad) salían al escenario en bañador. Era escandalosa y excitante, y al muchacho casi se le salían los ojos de las órbitas cada vez que la veía.

El único inconveniente era que, para conseguir que lo dejaran entrar gratis, tenía que escuchar los prolijos relatos de la guerra del portero, además de admirar su colección de cicatrices. Ese muchacho tenía dos años cuando empezó la guerra y, como en el caso del pecado, era algo que no tenía ningún significado para él aún.

Ramsay, el segundo hijo de Nellie, tuvo que liberar a su madre de la carga que suponía el enorme ramo y el fotógrafo lo inmortalizó justo en ese momento, con las flores en la mano, como una dulce novia. Para fastidio de sus hermanas (y también de Ramsay), esa resultó ser la foto que apareció en el periódico a la mañana siguiente bajo el titular: «El hijo de Nellie Coker, la famosa propietaria de varios clubes nocturnos del Soho, recibe a su madre tras su salida de prisión». Ramsay aspiraba a ser famoso por sí mismo y no depender de la fama de su madre. En cuanto cogió las flores, empezó a estornudar en una rápida sucesión de: «¡Achís!, ¡achís!, ¡achís!». Entonces el repartidor de periódicos oyó que Nellie decía: «Oh, por todos los santos, Ramsay, compórtate», algo que podría haber dicho su propia madre.

—Venga, mamá —dijo una de las bellezas—. Vámonos a casa.

—No —respondió Nellie Coker con rotundidad—, tenemos que ir a The Amethyst para celebrarlo.

La capitana había vuelto a coger el timón.

La multitud empezó a dispersarse y el repartidor retomó su ruta con muy buen ánimo, porque sabía que había presenciado un acontecimiento histórico. De repente se acordó de una manzana, marchita y arrugada, que se había guardado en el bolsillo cuando salió a primera hora. La sacó y le dio un enorme bocado, como si fuera un caballo. Estaba maravillosamente dulce.

El estirado del puro lo vio y le dijo: «Menudo espectáculo, ¿eh?», como si le importara mucho su opinión. Después le dio un coscorrón en un lado de la cabeza y lo recompensó con una moneda de seis peniques. El chico se alejó bailoteando, exultante.

Mientras se alejaba, oyó que alguien entre la multitud gritaba: «¡Al ladrón!», exclamación que podía dirigirse a cualquiera de las personas que había allí, excepto, claro está, al hombre que había estado observando el desarrollo de los acontecimientos desde una discreta distancia, en la parte de atrás de un coche totalmente anónimo. Era el inspector jefe John Frobisher, «Frobisher del Yard», como lo habían apodado en la revista *John Bull,* aunque no era un apelativo del todo preciso, porque en ese momento estaba prestando sus servicios de forma temporal en la comisaría de Bow Street, en Covent Garden, donde lo habían enviado para «poner el lugar patas arriba». Todo el mundo sabía que allí la corrupción campaba a sus anchas y le habían encargado que encontrara las manzanas podridas del barril.

La revista *John Bull* le había pedido hacía poco a Frobisher que escribiera una serie de artículos basándose en sus experiencias profesionales en el cuerpo, con intención de convertirlos después en un libro. Frobisher no era narcisista, ni mucho menos, pero le halagó la propuesta. Siempre había sido un hombre de libros y ese reto literario le atrajo al instante. Pero ya no estaba seguro de que fuera buena idea. Había sugerido titularlo *Londres después del anochecer,* pero en la revista habían dicho que preferían *Una noche en las entrañas del vicio.* No sabía por qué le había sorprendido, teniendo en cuenta que todos los periodicuchos baratos estaban llenos de historias escabrosas de chinos que les vendían drogas a mujeres blancas o de negros que las seducían y las corrompían, cuando la realidad era que ellas corrían más peligro de que les robaran el bolso de un tirón a plena luz del día.

No le habían publicado nada aún, pero, cada vez que les enviaba algo, desde la revista le pedían que fuera más jugoso, más «sensacionalista». Pero lo jugoso y lo sensacionalista no tenían cabida en el carácter de Frobisher. Era un hombre comedido y sensato, aunque no le faltaban ni humor ni inteligencia, cualidades que no se veían mucho en la Policía Metropolitana.

Estaba observando inadvertidamente a una pareja de mujeres que circulaban entre la gente allí congregada sin llamar la atención e iban robando lo que podían a su paso con gran habilidad. Frobisher las reconoció: eran lugartenientes de la banda femenina de las Cuarenta Ladronas, pero esas mujeres resultaban unos peces demasiado pequeños para él en ese momento.

Aparecieron un par de Bentley de color negro y crema (uno propio y uno alquilado, para impresionar) que aparcaron allí delante. El clan Coker se dividió entre ambos y todos se fueron saludando a la gente con la mano, como si fueran miembros de la realeza. Delinquir

merecía la pena; luchar contra la delincuencia, no tanto. Frobisher sintió que tenía que contener tanto la bilis que le subía por la garganta del fiel servidor de la ley que era como la oleada de envidia que le provocaron esos coches. Él estaba en proceso de comprarse algo modesto, nada ostentoso, un Austin Seven, un vehículo para la gente normal.

El imperio de la delincuente Coker era un castillo de naipes que Frobisher quería hacer caer. Los clubes nocturnos eran el mugriento y chabacano corazón del Londres más oscuro, y entre ellos destacaba The Amethyst, la rutilante joya de la corona que dominaba la vida nocturna del Soho. Y no era la delincuencia moral (los bailes, la bebida, ni siquiera las drogas) lo que preocupaba a Frobisher. Eran las chicas. Habían desaparecido varias en Londres. Al menos cinco, que él supiera, en solo unas semanas. ¿Dónde estaban? Él suponía que habían cruzado las puertas de los clubes del Soho, pero no habían logrado salir.

Se volvió hacia la mujer que tenía al lado en el asiento de atrás del coche.

—¿Los ha visto bien, señorita Kelling? —preguntó—. ¿Cree que puede hacer lo que le pido?

—Claro que sí, inspector jefe —contestó Gwendolen.

La reina de los clubes

En The Amethyst, Freddie Bassett, el camarero, le entregó a Nellie otra descomunal ofrenda floral.

—Bienvenida a casa, señora Coker —exclamó.

Él nunca la llamaba «Nellie»; no se rebajaría jamás a tratar a la familia de otra forma que no fuera con la debida formalidad. No estaba dispuesto a renunciar a sus estándares por nada del mundo. Había aprendido su oficio en el Ritz, aunque después perdió su trabajo allí por un desafortunado incidente que se produjo dentro de un armario de ropa blanca y en el que estuvieron implicadas un par de camareras de piso. «Ya se puede imaginar el resto», le dijo a Nellie cuando fue a pedirle trabajo en The Amethyst. «Mejor no», respondió ella.

A ella no le gustaban las flores, le parecía que había que prestarles demasiada atención. En su opinión, había que reservarlas para las bodas y los funerales, aunque no para el suyo; gracias, pero no. Nellie quería irse de este mundo sin adornos, igual que había llegado a él, sin nada de nada, ni una miserable margarita.

En vez de flores, ella habría preferido que le regalaran una caja de pastelitos de Maison Bertaux, una pastelería que estaba justo a la vuelta de la esquina, en Greek Street: petisús de chocolate o babás al ron, ambos si podía ser. Le gustaba muchísimo el dulce, desde siempre; esa predilección la había adquirido gracias a los caramelos ácidos de ciruela y los tofes con menta que comía durante su infancia en Escocia. La comida había sido lo peor de su estancia en prisión. Los días de visita, sus hijas le llevaban caramelos de frutas a Holloway. Durante su estancia a Nellie se le habían ocurrido muchas ideas sobre las reformas que necesitaba la cárcel, y la primera de su lista era que las presas deberían recibir una asignación de dos peniques a la semana para dulces: nubes de azúcar y bocaditos de coco y vainilla, preferiblemente.

Cuando entró en Holloway, seis meses atrás, los empleados de The Amethyst le enviaron un obsequio magnífico, propio de un exuberante festival de la cosecha: un enorme ramo de flores y una cesta con frutas muy especiales que había preparado un vendedor de Covent Garden, un cliente habitual del club. El personal lo adornó con las palabras

«Buena suerte», formadas por letras en relieve que habían recortado de un sofisticado cartel plateado sacado del oscuro armario en el que se guardaba la decoración para Año Nuevo del club.

Esa extravagancia se la llevó una guardia en cuanto Nellie se vio encerrada entre aquellos espartanos muros y los manjares exóticos (la piña, los melocotones y los higos) se los repartieron entre los miembros del personal de la cárcel, mientras Nellie cenaba las tristes y escasas raciones que se servían allí: la habitual sopa de guisantes y un guiso de carne de ternera con pudin de sebo, un plato que sabía a rancio y que no había visto ni de lejos el animal del que supuestamente procedía la carne de la que estaba hecho.

Esa primera noche, antes de acostarse, alguien metió una flor (una rosa roja del ramo) por la trampilla que había en la puerta de la celda de Nellie. Ella no entendió con qué intención se la hacían llegar, si era para burlarse o para animarla. Su compañera de celda, una mujer belga que le había pegado un tiro a su amante, se mostró menos confusa. Le arrancó la rosa de la mano y la pisoteó con sus botazas hasta que los pétalos mancharon las frías losas del suelo de su celda.

El club acababa de cerrar, pero la mayor parte del personal se había quedado para darle la bienvenida a bordo de nuevo a su capitana. Solo los miembros de la banda habían recogido y se habían ido (ellos eran inflexibles en cuanto a su independencia). Habían tocado el himno *Dios salve al rey* más de una hora antes y los últimos heroicos supervivientes de la noche lo habían escuchado de pie y en posición de firmes. Nellie era muy estricta con eso (e, *in absentia,* se cumplían sus normas de una forma incluso más escrupulosa que cuando sí estaba): nadie podía quedarse sentado durante el himno, ni siquiera los que estaban ebrios. En ese momento solo quedaban en el local un par de habituales, *bon vivants* afables y dipsómanos, que se unieron al coro que formaron los chicos de los recados, los porteros, los camareros y el chef de desayunos para decir con voz cantarina, siguiendo el ejemplo de Freddie: «Bienvenida, señora Coker».

Acababan de tener una noche de mitad de semana inusualmente ajetreada; cualquiera diría que ese día todo el mundo acababa de salir de un partido de rugby o de una competición deportiva universitaria. Unas cuantas bailarinas profesionales del local, ya cansadas a esas horas, se arremolinaron alrededor de Nellie. En las distancias cortas olían a rancio, una mezcla barata de polvos de maquillaje, perfume y sudor, pero a Nellie ese olor le pareció familiar y acogedor tras el pernicioso aire de Holloway, así que las dejó abrazarla un momento antes de enviarlas derechitas a la cama. The Amethyst perdía todo su

brillo al amanecer. Solo por la noche cobraba vida y abría las fauces para exigir que lo alimentaran con un desfile interminable de gente.

El chef encendió otra vez los fogones de la cocina para prepararle el desayuno a Nellie. Las gallinas de Norfolk estaban muy ocupadas poniendo huevos solo para The Amethyst; traían docenas de ellos para el club en el tren lechero que hacía ese recorrido todas las noches. El chef estaba deseando que le contara cómo era el desayuno de la cárcel.

—Un mendrugo de pan con margarina y una taza de cacao —contó Nellie para saciar su curiosidad.

—Le voy a añadir un par de salchichas de más a su plato, porque seguro que necesita recuperar fuerzas —contestó él, con ganas de agradar.

—Creo que voy a necesitar todas mis fuerzas, sí —respondió Nellie.

La familia se retiró a una de las salas privadas, donde un camarero puso la mesa con un mantel limpio y la cubertería de plata. Freddie abrió una botella de champán; para la familia, Dom Perignon, aunque en el club servían una marca peor, que compraban a un precio de siete chelines y seis peniques y vendían a tres guineas, ocho si la botella era *magnum*.

—¿Existe un sonido más alegre que el ruido que se oye al descorchar una botella de champán? —dijo Nellie.

—Siempre y cuando ese champán no salga de la cuenta de beneficios… —comentó Edith, que no podía negar que por sus venas corría, como un torrente rápido y furioso, la sangre de los Coker.

Siguiendo el orden en que llegaron a este mundo, los vástagos de Nellie Coker eran los siguientes: Niven, el primero (que no había ido a Holloway esa mañana, algo nada sorprendente), seguido muy de cerca por Edith; después, tras un paréntesis en el que intentó evitar una recaída en la maternidad pero no lo logró, llegaron en rápida sucesión Betty, Shirley y Ramsay; y, pasado un tiempo llegó la más pequeña de la camada, Kitty, de once años, o «le bébé», como la llamaba su madre cuando intentaba encontrar en su cerebro el nombre correcto entre todos los que había pero no lo conseguía. Nellie había recibido una educación muy francesa, algo que se podía interpretar de diferentes formas.

Había un padre en el certificado de nacimiento de Kitty, aunque Edith decía que estaba segurísima de que ese era el nombre de un mayor del ejército que murió en la primera batalla del Marne, un año antes de que naciera Kitty («Un milagro», sentenciaba Nellie, imperturbable).

Las tres hijas mayores eran las más listas de la familia. Betty y Shirley habían ido a Cambridge. «Pero no están siempre demostrando su erudición», les decía Nellie con orgullo a los potenciales pretendientes (mientras que Niven decía: «Es difícil demostrar erudición cuando no se tiene»). A veces Nellie parecía más una empresaria teatral que una madre.

Edith había rechazado tanto la universidad como el matrimonio y se había decidido por un curso de contabilidad. Mientras Nellie estaba *hors de combat* en Holloway, quien había llevado el timón del barco de los Coker había sido la mayor de sus hijas. Les cerraron The Amethyst pero, al día siguiente de que condenaran a Nellie, Edith lo reabrió con otro nombre (The Deck of Cards), aunque para todo el mundo seguía siendo, y siempre sería, The Amethyst.

Edith era la mano derecha de Nellie, su *chef d'affaires,* y estaba hecha de la misma pasta dura que su madre. Sabía de negocios y tenía las agallas necesarias para ocuparse de ellos. El dinero era la clave. Todos sabían lo que era tener poco, después nada de nada y al final mucho, y ninguno quería volver al fondo del abismo de la miseria otra vez. Excepto Ramsay, tal vez. Él quería ser escritor. «He perdido toda esperanza con él», solía decir Nellie.

A sus veintiún años, a él siempre le perseguía la sensación de que se había perdido algo. «Es como si entrara en una habitación justo cuando se acaba de ir todo el mundo», le explicaba como podía a Shirley, que era su confidente habitual. Niven había estado en la guerra, y Betty y Shirley, en Cambridge, pero Ramsay era demasiado joven para lo primero y no aguantó ni un trimestre en Oxford antes de verse obligado a ir a un sanatorio en los Alpes porque sus pulmones parecían «un par de acordeones»; eso fue lo que dijo su especialista del St Bartholomew's Hospital. Aunque, sinceramente, había sido un gran alivio. Le intimidaban sus compañeros de estudios. En esa época todavía había en Merton College hombres que habían regresado a terminar su carrera después de tener que interrumpirla por la guerra, que habían estado bajo el fuego enemigo y que parecían tener más años de los que decían sus respectivos certificados de nacimiento, mientras que Ramsay era consciente de que él era aún más joven de lo que ponía en el suyo.

Para su familia, resultaba totalmente transparente. Niven, por el contrario, era un enigma para todos ellos. Era socio de un concesionario de coches que había en Piccadilly y también de una empresa que importaba vinos; tenía participación en un perro que corría en White City, y poseía la mitad de un caballo que de vez en cuando aparecía por los hipódromos, pasaba desapercibido para todos

y al final acababa haciéndose con el primer puesto. («Qué curioso», comentaba siempre Nellie). Se codeaba con delincuentes y también con duques («No hay ninguna diferencia», sentenciaba su madre). Apenas bebía, aunque iba a muchas fiestas. Pero no tenía tiempo para la gente que acudía a ellas; la verdad era que no tenía tiempo para nadie en general y no soportaba a los imbéciles. Nunca había tenido ningún contacto con las drogas, al menos hasta donde ellos sabían, pero se relacionaba con todos los chinos que las vendían y era bien sabido que visitaba Limehouse y que había estado muchas veces en el famoso restaurante de Brilliant Chang, en Regent Street, tomándose un té de crisantemo con el dueño antes de que lo deportaran. Habría sido un excelente pastor, pero tampoco tenía tiempo para la iglesia.

Los orígenes de Nellie se perdían en la neblina del tiempo (o más bien, en su caso, en la neblina de las ciénagas de Irlanda), pero lo que se sabía (o al menos eso decía ella) era que expulsaron a su abuela materna de Irlanda por ejercer la mendicidad y gracias a ello tuvo la gran suerte de librarse de la gran hambruna y establecer el inicio de una dinastía. La vida llevó a esa mujer a Glasgow, donde vendía textiles de puerta en puerta antes de emigrar al este, donde se encaprichó con ella (¿quién sabía por qué?) un terrateniente con buena posición de la zona de Fife, un segundo hijo que acabó ocupando la posición del primero tras la muerte de su hermano en misteriosas circunstancias; algunos ignorantes hicieron correr rumores que decían que le habían echado una maldición.

Fue una boda un poco precipitada, porque la abuela de Nellie ya escondía en sus entrañas un secreto: la madre de Nellie. Después de su nacimiento, el flamante terrateniente se dedicó con todas sus ganas a jugarse todo el dinero de la familia y a ahogarse en alcohol hasta la muerte.

Para cuando ella creció, ya no quedaba casi nada de la fortuna familiar. Cuando era muy pequeña, la enviaron a Francia a que se educara en un colegio de monjas en Lyon, para después «acabar» (en más de un sentido) en París. Recién salida de la capital francesa y posiblemente ya *enceinte* de Niven, regresó a Edimburgo y se casó con un médico de Inverness. Establecieron un acomodado hogar, que no se podían permitir, en el barrio de New Town de la ciudad de Edimburgo y al poco tiempo Nellie descubrió que su reciente marido no solo era un borracho, sino también un jugador empedernido. Cuando se terminaron el dinero y la paciencia, decidió tomar las riendas: llevó a sus hijos a rastras hasta un vagón de tercera clase de un tren que salía de la estación de Waverley y los sacó igual cuando llegaron a la de

King's Cross.

Llevó consigo a todos sus hijos excepto a Niven, el mayor, al que ya habían reclutado para el regimiento de los Scots Guards de Edimburgo y estaba sirviendo en el frente. No se presentó voluntario. Niven nunca se habría presentado voluntario para el ejército. Ni para nada, en realidad. Lo reclutaron a la fuerza y entró como soldado raso tras rechazar el nombramiento como oficial que le correspondía por haber estudiado en Fettes College. Los colegios privados de Gran Bretaña proporcionaron muy amablemente chicos para unos puestos de oficiales de rango inferior, que fueron muy fugaces. Niven no tenía intención de aceptar que le otorgaran ese tipo de preferencia. Dijo que prefería jugársela entre los soldados de rango más bajo. Lo hizo y sobrevivió.

Nellie dejó al resto de sus hijos sentados sobre sus baúles en el andén mientras iba a buscar un alojamiento. Encontró unas habitaciones en una primera planta en Great Percy Street, a la vuelta de la esquina de la estación, por una libra a la semana. Como no tenía dinero ni para pagar la primera semana de renta, Nellie le ofreció a la casera su alianza como fianza. Ni siquiera era la de verdad; esa la perdió tiempo atrás (algunos dirían que no supuso un gran trastorno para ella) y entonces se compró en una casa de empeños otra barata de oro de nueve quilates. A la casera le dijo que era viuda de guerra y que su marido había muerto en Ypres. Los niños se quedaron mirando a su madre con interés. Betty y Shirley de hecho habían visto a su padre justo la semana anterior, cuando volvían del colegio, tirado en el suelo de St Andrew Square, borracho.

Nellie se explayó contando la mala suerte que había tenido: seis hijos, uno todavía un bebé (más o menos) y otro luchando en el frente. Las defensas de la casera se desmoronaron con bastante facilidad y pronto los dejó cruzar el umbral y hasta les dio una calurosa bienvenida. Y se negó a aceptar la alianza. Era una anciana con buen corazón, que todavía vestía siguiendo la moda del siglo anterior.

En la casa había cuatro pisos. La casera vivía debajo de ellos, en la planta baja. Encima había una ruidosa familia de refugiados belgas, y en el desván, un par de bolcheviques rusos; unos hombres muy agradables, aunque un poco sucios, que hacían algún que otro trabajillo en la casa y que le enseñaron al pequeño Ramsay su idioma, además de a jugar a un juego de cartas que ellos llamaban «preferans». Se pasaban toda la noche jugando a eso y bebiendo vodka de patata que compraban en una destilería ilegal de Holborn. Nellie se puso furiosa cuando se enteró. El juego había sido la perdición de su familia

en el pasado y no iba a permitir que lo fuera en el futuro.

Las niñas estaban encantadas con su nuevo alojamiento, porque la casera tenía un gato grande y negro que se llamaba Moppet y ellas pasaban el rato con él: le ponían los vestiditos y los sombreros de Kitty y le cepillaban el espléndido pelo hasta que el pobre Ramsay acababa con los pulmones a punto de estallar. Nellie ganaba algo de dinero haciendo arreglos de costura; era una excelente costurera, había aprendido de las monjas en su colegio de Lyon. La casera tenía una máquina de coser Singer de pedal que ya no utilizaba y los bolcheviques la subieron a casa de los Coker.

Nellie miraba mucho el dinero. Arreglaba las suelas de los zapatos con goma líquida, frotaba los cuellos con trozos de pan para limpiarlos y solo cenaban sopa de hígado y pastel de anguila. Era una economista excelente. Y mientras iba ahorrando, sacando un penique de aquí y otro de allá, iba urdiendo un plan.

Los niños habrían estado encantados de quedarse en Great Percy Street, pero la casera murió pocos meses después y su hijo, que vivía en Birmingham y nunca iba por allí, les escribió para decirles que había decidido «venderlo todo» y marcharse a América con lo que sacara. En el tiempo que vivieron allí, Nellie le cogió cariño a la casera y a veces bajaba a tomar el té con ella por la tarde. A la señora le gustaba la repostería y tenía todo un repertorio de dulces extraído del libro de recetas tradicionales que publicaba la conocida marca de harinas Be-Ro: galletitas de frutas, tortitas escocesas, magdalenas con pasas… Delicias que a Nellie le encantaban.

Estaba acostumbrada a oír desde el piso de arriba los ruidos propios de la vida cotidiana de la casera: agua corriendo, puertas cerrándose… Pero, según fue avanzando el día, se dio cuenta de que había mucho silencio en el piso de abajo, así que fue a investigar. Había leído las cartas de la casera la noche antes y había visto «un gran cambio» que estaba por venir, pero nada sobre la muerte.

Cuando llamó a la puerta y nadie respondió, abrió, porque sabía que no tenía echada la llave. Al entrar percibió que el piso estaba muy vacío y que una pesada capa de silencio lo cubría todo. Nellie se sintió triste, pero no sorprendida, al descubrir que la casera no se había levantado esa mañana y que seguía en su cama, durmiendo el sueño eterno.

Le dio un repaso al piso. Revisó baldas y cajones, guardó unas cosas y sacó otras. Sabía que había dinero en efectivo en una cajita para guardar té que conmemoraba la coronación de Eduardo VII. Fue a por el dinero y se lo guardó en el bolsillo del delantal. Bajo la alta cama de latón en la que reposaba muy serenamente el cuerpo de la casera,

Nellie vio una caja metálica bastante oxidada que parecía una caja fuerte grande. La sacó con la ayuda del bastón de la anciana. Estaba cerrada con llave y tuvo que buscar un rato para encontrarla: la había escondido en un pequeño recipiente de cristal lleno de flores secas.

Nellie esperaba encontrar papeles polvorientos y apergaminados. Una escritura de propiedad o un testamento. Pero no se esperaba que aquello fuera el cofre del tesoro. Una fortuna en joyas: diamantes, rubíes, zafiros, ópalos y granates; anillos, broches, pulseras finas y gruesas; brazaletes y gargantillas; una tiara de estilo ruso con una esmeralda y un collar de perlas de cinco vueltas; camafeos, corales, un par de pendientes *chandelier* de aguamarinas y un juego de varias pulseras con ópalos, intrincadamente entrelazadas entre sí y adornadas con rubíes y diamantes engastados.

¿Pero qué vida secreta había llevado su sencilla casera para tener en su poder unas joyas así? Nellie prefirió no especular. Más adelante se enteró de que la amable anciana había sido perista para diferentes bandas de delincuentes que operaban en Londres y que esas joyas habían sido robadas varias veces. No pudo evitar sentirse impresionada por la discreta doble vida de la anciana. Era un verdadero ejemplo de perfecto disimulo.

En cuanto a la culpa que ella podría sentir, Nellie convenció a su juez interior de que la anciana le habría regalado esas joyas por su propia voluntad si hubiera sabido que iba a morir. Una historia improbable, pero que servía para calmar cualquier conciencia. Subió al piso de arriba con pasos llenos de remordimiento y envió a Edith a buscar a un médico para la casera.

—¿Está enferma? —preguntó la niña.

—Mucho —contestó Nellie.

Después se preguntó si esa noche no habría leído sus cartas, y no las de la casera, porque el gran cambio se produjo en sus respectivas vidas. Se despidieron de los bolcheviques, que volvieron a cruzar Europa para regresar a su revolución, y dejaron el piso de Great Percy Street antes de que el hijo las echara o de que los amigos delincuentes de la casera aparecieran por allí buscando lo que era suyo. Durante muchos años, quizás incluso en la actualidad, Nellie iba por la calle mirando por encima del hombro, preguntándose si los ladrones habrían descubierto que fue ella quien robó su botín y estaban a punto de aparecer buscando venganza.

Alquilaron un sótano infestado de humedad y de ratones en Tottemham Court Road. Se llevaron consigo a Moppet, que resultó ser un excelente exterminador de ratones y se ganaba su sustento de sobra. Como penitencia por el robo, Nellie se obligó a vender su joya

favorita (un magnífico collar de principios del siglo XVIII con una amatista) en una tienda de empeños donde conocía al dueño y logró sacarle la importante suma de cincuenta libras. Era experta en regatear. Guardó el resto de las joyas para ir vendiéndolas, una por una, cuando fuera necesario. Nellie era muy prudente para los negocios. Creía que un proyecto debía servir para financiar el siguiente y que el negocio generaba negocio.

Había visto un anuncio en *The Gazette* de alguien que se hacía llamar Jaeger. Era un hombrecillo tosco y marrullero, pero parecía saber lo que hacía. Durante la guerra había estado organizando en un sótano de Fitzrovia fiestas con té y tango, pero la moda de dicho baile había pasado y en ese momento estaba buscando a alguien que se asociara con él para organizar *thés dansants*. Nellie y Jaeger encontraron un sótano (una bodega en realidad) en Little Newport Street, cerca de Leicester Square, y se gastaron una importante cantidad de dinero en arreglarlo. Después vendieron suscripciones que, por dos chelines la noche, daban derecho a refrescos y baile. Llamaron al negocio Jaeger's Dance Hall.

El Savoy (nivel de champán y orquídeas) cobraba cinco chelines, pero Nellie supuso que servirían una comida muy refinada. En Jaeger's Dance Hall lo que ofrecían era un *thé* más consistente: tartas glaseadas, sándwiches, limonada y una cosa que llamaban «Turk's Blood», que era de color rosa fuerte y llevaba limonada, amargo de angostura y un poco de carmín de cochinilla. No tenían licencia para vender alcohol, por supuesto. Al principio cumplían la ley, pero después se dieron cuenta de que, si ellos no ofrecían bebidas alcohólicas, seguro que otros lo harían, así que decidieron saltársela.

Para apoyar este paso a la ilegalidad, Jaeger contrató los servicios de la ley encarnados en la persona de un policía, un tal sargento Arthur Maddox, que trabajaba en la comisaría de Bow Street. Era uno de esos serviciales policías que, por cierta cantidad de dinero semanal, hacía la vista gorda con el tema de las licencias y les daba el soplo a Jaeger y a Nellie si se enteraba de que se iba a hacer una redada de forma inminente.

Jaeger's Dance Hall despegó como un cohete; la gente iba allí a bailar jazz y foxtrot al son de su banda de *ragtime* hasta que caía rendida. Parecía que, en medio de toda la convulsión de la guerra, la gente solo tenía ganas de divertirse. Era la primavera de 1918 y todo el mundo estaba ya harto por el desgaste acumulado.

Eso resultó ser una revelación para Nellie. Era imposible no darse cuenta de que muchos hombres se iban a casa al final de la noche con una de las bailarinas profesionales que trabajaban allí, una total

desconocida solo unas horas antes. «Las chicas se llevan unas propinas muy buenas por hacer eso. Yo las comprendo, ¿tú no?», decía Jaeger con tono flemático.

La noche del armisticio había parejas (que tampoco se conocían horas antes) literalmente fornicando en los rincones oscuros del salón de baile. Y afuera, en las calles, se estaba llevando a cabo una orgía. «Copular hace que el mundo siga girando, ¿no? Y es mejor que matarse los unos a los otros. Follar es una cosa natural, ¿verdad?»; eso dijo Jaeger entonces, de una forma más flemática aún.

A Nellie le desagradó la palabra que usó, pero tuvo que aceptar, aunque de mala gana, que tenía razón. Se habían perdido tantas vidas en la guerra que se preguntó (intentando cubrir la básica vulgaridad de lo que estaba presenciando de una pátina de refinamiento) si no estarían todos siguiendo una especie de compulsión instintiva que serviría para repoblar los territorios y conservar la raza. Como las ranas.

Se dijo que tenía que reconciliarse con el concepto de «diversión»; no quería participar de ella, pero estaba más que dispuesta a proporcionársela a los demás… por un precio. No había nada de malo en pasárselo bien, siempre y cuando ella no tuviera que tener nada que ver con ello directamente.

Una de las bailarinas profesionales (Maud, una chica irlandesa) murió esa noche por una sobredosis de opio. Fue Nellie quien la encontró tirada detrás de la barra, una hora antes del amanecer.

Jaeger no aparecía por ninguna parte, así que convenció a un par soldados que estaban de permiso, pagándoles con una botella de whisky, para que sacaran a la chica de allí y se deshicieran de ella.

—¿Dónde la llevamos? —preguntó uno.

—No tengo ni idea —respondió Nellie—. Pensad un poco. Tal vez al río.

Con suerte a la chica la arrastraría la corriente hasta las marismas de Essex y después se la llevaría el mar. Nellie no volvió a ver a los soldados y nunca supo si habían hecho caso de su sugerencia. «Ojos que no ven, corazón que no siente» era uno de los útiles refranes que había utilizado como máxima para su vida.

Jaeger no era más que un paso más en el camino hacia el futuro de Nellie, un aprendizaje. Tenía en mente un plan mucho más ambicioso. Tras el armisticio, le vendió a su socio su parte del salón de baile por quinientas libras. Tiempo después el lugar fue objeto de varias redadas, a Jaeger lo condenaron por «vender bebidas alcohólicas» y por permitir que el salón fuera «el lugar de trabajo habitual de mujeres de mala reputación» y le pusieron una multa de trescientas

veinticinco libras en cada una de las redadas. Después de la cuarta, admitió su derrota y abandonó el negocio de los clubes nocturnos.

Con el beneficio que sacó de la venta de su parte de Jaeger's Dance Hall, Nellie montó un cabaret (un «cabaret intime», como decía ella), que llamó el Moulin Vert (o «Mulinvurt», como lo llamaba la gente que no sabía hablar francés), inspirada por la nostalgia de sus años de juventud en París.

Alquiló un sótano mugriento en Brewer Street y lo transformó en un palacio: accesorios dorados y una pista de baile con amortiguación, rodeada de mesitas *à la Montparnasse.* Una visión, o una *mise en scène,* como le dijo al veterano del regimiento de los Artists Rifles que contrató para pintar el local. Él hizo lo que le pidió y pintó murales al estilo de Renoir. Cuando Nellie lo vio, dijo que allí te podías imaginar que estabas en una calle de París y, en un gesto muy poco propio de ella, le dio cinco libras más de lo acordado como gratificación.

Llegaron con fuerza los años veinte y el Moulin Vert se convirtió en una sensación nada más abrir. Había baile entre las actuaciones (seleccionadas de entre todos los teatros del West End) y casi todo el elenco del Gaiety Theatre aparecía por allí después de medianoche. Nellie contrató a una orquesta húngara, que ciertamente no era francesa pero sí lo bastante extranjera para el público que frecuentaba «el Mulinvurt». El alcohol fluía a raudales, y también el dinero. Muy pocas veces se hacían allí redadas; el sargento Maddox seguía trabajando para ella.

Unos meses después de la inauguración, Nellie se enteró de que el artista que le había pintado los murales se había pegado un tiro. No era ni el primer ni el último soldado que no había logrado adaptarse a la paz. Nellie y Edith brindaron en su memoria después de cerrar.

Tras un par de años en funcionamiento, a Nellie le hicieron una oferta que no pudo rechazar y vendió el club. Celebró la ocasión comprándole a cada una de sus hijas, en la nueva joyería Ciro, un collar de perlas sencillo con un diamante en el cierre.

Con el dinero que obtuvo por el Moulin Vert, adquirió otro local para un nuevo club. Cuando se puso a pensar en un nombre, se acordó del tesoro de brillantes joyas que se había llevado de Great Percy Street. Pensó en llamarlo The Diamond. ¿Tal vez The Sapphire o The Ruby? Y entonces le vino a la mente el collar de amatistas que le había dado el empujón para empezar en Londres. Igual que Ricitos de Oro, encontró el nombre perfecto: The Amethyst.

En la actualidad el imperio de Nellie lo formaban cinco clubes: The Pixie, The Foxhole, The Sphinx y The Crystal Cup eran los otros

cuatro. Pero la joya de la corona había sido y siempre sería The Amethyst.

Antes de Holloway, a Nellie se la podía encontrar la mayoría de las noches en la taquilla hermética que había a la entrada del club. Gobernaba su reino desde allí: pagaba facturas y cuentas al final de la noche, les daba cambio a los camareros y cobraba las entradas, que valían una libra. Solo era para miembros, aunque el pago te convertía en uno al instante. El club ingresaba mil libras a la semana. Mucho mejor que una mina de oro.

Nadie entraba gratis, ni el mismísimo príncipe de Gales. La semana anterior había estado allí Rodolfo Valentino, y la anterior, el joven príncipe Jorge. Él no llevaba dinero, obviamente (esa gente nunca llevaba), así que sus acompañantes tuvieron que rebuscar en sus bolsillos para reunir la cantidad de su entrada. Nellie se las apañaba para conseguir que la gente sintiera que ella les estaba haciendo un favor solo por dejarlos entrar en The Amethyst. Y ese era solo el primer paso en el proceso de desplumarlos a todos. Después no podían salir de allí sin darle un chelín a la chica del guardarropa para recuperar el abrigo al final de la noche. Más la propina, claro. The Amethyst se basaba en las propinas. Las bailarinas profesionales cobraban tres libras a la semana, pero un sábado bueno (el fin de semana de la regata Oxford-Cambridge o el del Derby) podían irse a casa con ochenta libras en el bolso. Nunca le pidieron a Nellie un aumento. Nadie se habría atrevido.

The Amethyst no tenía pretensiones de congregar al *haut monde,* como el Embassy Club, ni tampoco intención de centrarse en la clientela de los bajos fondos, como algunos antros llenos de pulgas de Curzon Street.

Las bandas criminales londinenses, que pasaban por el club de vez en cuando, lo trataban como un campo de batalla: la banda de Elephant and Castle, los matones de Derby Sabini, Monty Abrahams y sus seguidores, la banda de Hoxton, los Hackney Huns y los hombres de Frazzini. Luca Frazzini era un hombre elegante que siempre iba de punta en blanco y que muchas noches se sentaba en silencio en una mesa de un rincón de The Amethyst, con una copa de champán delante de él (invitaba la casa). Podría haber pasado por agente de bolsa. Habían una *entente cordiale* entre Nellie y él. Venía de muy atrás, de los tiempos del Jaeger's Dance Hall. Confiaban el uno en el otro. O casi.

Los miembros más «ordinarios» de la clientela y los matones de las bandas se codeaban allí con la realeza, tanto la que estaba en el exilio como la que todavía conservaba el trono, y con estadounidenses

ricachones, príncipes indios y africanos, oficiales de los Guards, escritores, artistas, cantantes de ópera, directores de orquesta, estrellas de los teatros del West End y también chicos y chicas del elenco; no había otro lugar en Inglaterra, tal vez ni siquiera en el mundo, en el que se pudiera encontrar en el mismo lugar al mismo tiempo gente de estatus tan diferentes, ni siquiera en Epsom el día del Derby. A diferencia de mucha gente (realmente de la mayoría), Nellie no tenía prejuicios. No discriminaba por color, rango ni raza. Si podías pagar la entrada, accedías a su reino. A sus ojos, el dinero era lo que determinaba el valor de un hombre (o mujer).

Una vez superado el filtro de la entrada que establecía Nellie, en su papel casi de Cancerbero, se cruzaba una cortina de bambú y después se bajaba por un tramo de escaleras estrechas y poco iluminadas, tan poco atractivas como las que llevarían a un almacén de carbón. Eso le añadía cierto «dramatismo» a la experiencia, según ella. A todo el mundo le gustaba el dramatismo. Al final de las escaleras te recibía otro portero, este con librea adornada con alamares, charreteras y todo lo demás, un atuendo propio de un contralmirante de opereta. Ese hombre, Linwood, que era muy dado a las inclinaciones de cabeza y las reverencias (así se sacaba cantidades muy importantes a base de propinas), había sido mayordomo en una de las casas reales, pero había caído en desgracia. Nellie creía en las segundas oportunidades, porque ella misma había aprovechado varias. Era divertido ver la expresión de desconcierto en la cara de algunos de los clientes de mayor estatus del local cuando reconocían a Linwood (como solía ocurrir con los mayordomos, nadie lo conocía por otro nombre), porque él conocía muchos de sus secretos más *outré*. Por supuesto, aunque la mayoría de los criados reconocerían a sus señores al instante, muy pocos señores recordaban la cara de sus criados. Una vez allí, Linwood abría la pesada cortina de bombazina negra que ocultaba la entrada y por fin se permitía el acceso. Un *coup de théâtre*.

Tachán… ¡Bienvenidos a The Amethyst!

Les sirvieron el beicon y los huevos, además de las salchichas que le había prometido el chef a Nellie, y el café con leche y mucho azúcar. Entonces Keeper, el pastor alemán de Niven, abrió la puerta del comedor empujando con la nariz, anunciando la llegada de su amo.

El perro era la única criatura sobre la tierra a la que Niven parecía respetar. Seguía llamándolo «pastor alemán», y no «alsaciano», inmune (o indiferente) a las connotaciones enemigas de ese nombre. Como muchos hombres que habían estado en las trincheras, Niven había visto allí otros animales como Keeper, perros de trabajo, pero

ese era uno de los pocos datos sobre el tiempo que pasó con los Scots Guards que estaba dispuesto a compartir. Niven nunca pensó, en ningún momento de la guerra ni después, ni siquiera con el armisticio ni en tiempos de paz, que en ese conflicto hubiera algún ganador.

Él ya no tenía paciencia para las debilidades de la gente. Ni para la gente en general. No tenía tiempo para la religión, los escrúpulos ni los sentimientos. El corazón de Niven parecía hecho de diamante, uno formado en el crisol de la guerra.

Había sido francotirador y disparaba a alemanes en sus trincheras con su fusil Enfield modelo 1914. Para compensar, sus enemigos hacían lo mismo. Una mañana, durante la batalla de Passchendaele, a un soldado que estaba buscando objetivos para Niven le volaron la cabeza cuando se encontraba justo a su lado. Por la tarde le pasó lo mismo a otro soldado que hacía esa tarea. Comprensiblemente, en la siguiente ocasión, los demás se mostraron reticentes a ir con él. Como los francotiradores y sus observadores por lo general hacían turnos, cuando a Niven le llegó el siguiente, eligió ser observador para demostrar cómo funcionaban las leyes del azar. A él no lo mataron. Tal vez tuvo suerte o tal vez fue solo que se le daba bien saber cuándo sacar la cabeza por encima del parapeto y cuándo era mejor permanecer agachado.

Él había estado todo el rato más cerca del comedor de lo que creían, en uno de los almacenes del club, escuchando la triste historia de una de las bailarinas, rodeados de cajas de cerveza, champán y arenques, que venían todas las semanas en tren desde el ahumadero Fortune's Smokehouse, en Whitby, para que pudieran servirlos en los desayunos de The Amethyst. Para que la chica no siguiera con su relato, le dio suficiente dinero para hacer desaparecer su «problema». Había una mujer en Covent Garden a la que al parecer conocían todas las chicas. La solución muchas veces era peor que el problema, pero había que jugársela, como había dicho la chica del almacén. Su problema no había sido obra de Niven. Él tenía mucho cuidado de no ir dejando su rastro por el mundo.

Entró despacio en el comedor y, tras darle un beso en la mejilla a Nellie, como hacían en el continente, dijo:

—Vaya, madre, parece que por fin han dejado salir al pajarito de su jaula, ¿eh? —Cogió una loncha de beicon del plato de Betty y se la tiró a un sorprendido Keeper.

Ese beso puso nerviosa a Nellie. Le pareció un gesto propio del huerto de Getsemaní más que una muestra de cariño filial.

—Ya es hora de que nos vayamos todos a la cama —dijo de repente.

Niven respondió a su madre con un saludo militar y consiguió que el gesto pareciera impecable y subversivo al mismo tiempo, un talento que había perfeccionado durante la guerra.

—*Sofort, mein Kapitän* —dijo él.

Nellie lo miró frunciendo el ceño. Ella no sabía alemán, pero reconocía la lengua del enemigo en cuanto la oía.

Bow Street

—Es su día libre, señor —dijo el sargento que estaba tras el mostrador de la entrada a primera hora de la mañana, alarmado al ver a Frobisher entrar muy decidido por las puertas de la comisaría de Bow Street.

—Ya lo sé, sargento. Todavía no estoy mal de la cabeza.

—No era eso lo que quería decir, señor.

El sargento del mostrador estaba intentando acabar de despertarse con la ayuda de un té fuerte y con mucho azúcar, que se estaba tomando en una taza esmaltada, y todavía no estaba preparado para la acción. Había cogido la costumbre de fijarse en el humor del nuevo inspector jefe, pero Frobisher llevaba en Bow Street poco más de una semana y el sargento de la entrada todavía no le había cogido la medida a su carácter cambiante. Esa mañana creyó ver cierto optimismo, aunque no estaba muy seguro de ello.

—¿Le preparo una taza de té, señor? —se ofreció.

—No, gracias, sargento —contestó el aludido, cortante.

Frobisher no le había dicho que ese día libraba a la señorita Kelling. Tampoco a su mujer, aunque la verdad era que Lottie no mostraba ni el más mínimo interés en sus idas y venidas. Pero él estaba allí para hacer un trabajo, que era limpiar ese lugar, cuya reputación había sido arrastrada por el fango. Y la suciedad no dormía, así que tampoco lo haría él hasta que la hubiera barrido y eliminado toda. El inspector era un hombre con cierta afición a las metáforas.

La comisaría de Bow Street no era un lugar silencioso. Frobisher oía el ruido metálico que hacían las puertas de las celdas y las prolijas protestas de los detenidos que pasaban la noche allí encarcelados. Los gritos de los condenados que ascendían desde el Hades, pensó Frobisher, aunque las celdas de Bow Street no estaban bajo tierra, sino a ras de suelo, en la planta baja. También oyó un agudo lamento que llegaba desde las celdas de las mujeres, que estaban en el piso de arriba, un grito de dolor o de locura; era difícil de identificar, porque solo una fina línea separaba a ambos. Pensó en su mujer.

Se había levantado a una hora intempestiva para ir a Holloway y notaba una sensación desagradable en el estómago, porque lo tenía

vacío. Necesitaba el sustento de un buen desayuno. La mente de Frobisher se distrajo al pensar en unas gachas con miel directa del panal y nata recién ordeñada de la vaca, acompañadas tal vez también de un huevo fresco que acabara de poner una gallina de espeso plumaje. Pero no tenía ninguna posibilidad de conseguir nada de eso. Frobisher había disfrutado de su infancia en un entorno rural. Ya tenía más de cuarenta años, pero su alma nunca había conseguido olvidar su pasado en Shropshire. Cuando era pequeño, su familia tenía gallinas que iban de acá para allá en libertad y, al final del día, cuando volvía del colegio, a él le encomendaban la tarea de ir a recoger los huevos. Cada descubrimiento era un triunfo, y el placer que le producía la búsqueda nunca se agotaba. Ningún huevo le había sabido tan bien desde entonces.

—¿Cómo ha ido la noche, sargento? —preguntó.

—Todas las celdas llenas, señor. Al juzgado le va a llevar todo el día procesarlos.

—¿Lo habitual?

—Me temo que sí. Nada que destacar: prostitución, robo, ebriedad, agresión… Un montón de borrachos macerándose en su propia desgracia alcohólica. Un asesinato en Greek Street…

—Ah, ¿sí?

En los últimos meses había habido una oleada de asesinatos desconcertantes por todo Londres. Ataques aleatorios e inexplicables a transeúntes. Había por ahí imbéciles supersticiosos que, alentados por los periódicos más dados al escándalo, le echaban la culpa a la maldición de Tutankamón. Frobisher había estado trabajando con la unidad de homicidios de Scotland Yard y sabía de primera mano lo incomprensibles que eran esos asesinatos, porque no parecían tener motivo ni razón aparentes. Solo se podía concluir que eran obra de un loco.

—Nada especial, señor —continuó el sargento—. Solo un par de caballeros muy ebrios que pretendían matarse a golpes. The Laughing Policeman está con ello.

—¿El sargento Oakes? De verdad que me gustaría que todo el mundo utilizara su nombre real. —Dios, cómo odiaba Frobisher esa estúpida canción de Charles Penrose, *The Laughing Policeman,* «el policía risueño»…

—Sí, señor. Tiene que admitir que Oakes es un tipo muy risueño. Siempre le ve el lado divertido a todo.

Oakes era un veterano y a Frobisher le parecía un colaborador en el que se podía confiar, aunque su constante jovialidad le crispaba un poco los nervios.

—¿Está de servicio hoy el inspector Maddox? —preguntó.

—Todavía de baja por enfermedad, señor.

—¿Todavía?

Llevaba de baja desde el día en que Frobisher empezó a trabajar en Bow Street. Él estaba convencido de que el origen del cáncer que se extendía por toda esa comisaría, la más podrida de todas las manzanas de ese barril, era Arthur Maddox.

—¿Pero qué demonios le pasa a ese hombre? —continuó—. ¿No estará fingiendo su enfermedad?

—Creo que tiene mal la espalda, señor.

Un dolor de espalda no tenía por qué evitar que un hombre hiciera su trabajo, pensó Frobisher, irritado.

—Pues, si por un casual aparece esta mañana, dígale que lo estoy buscando.

Se decía que Maddox, a quien habían ascendido a inspector después de la guerra, estaba a sueldo de la mismísima gente a la que debía perseguir. Vivía por encima de las posibilidades que le permitía su sueldo policial: una casa adosada grande en Crouch End, una mujer y cinco hijos. (¡Cinco! Frobisher no se imaginaba teniendo ni uno.) También tenía coche: un Wolseley Open Tourer, el tipo de vehículo que tenían los hombres con dinero y que envidiaban los que estaban intentando hacerse con un simple Austin Seven. Todo eso aparte de vacaciones de verano para toda la familia en Bournemouth o Broadstairs, alojándose en buenos hoteles, no en pensiones baratas. Frobisher estaba seguro de que Maddox trabajaba para Nellie Coker, que la protegía de la ley, pero ¿obtendría algún otro beneficio por ello? Maddox era astuto como un zorro y Nellie era la reina del gallinero. ¿Le daría también al policía acceso libre a sus pollitas? (Sí, Frobisher también tenía tendencia a encadenar metáforas.)

Al oír el nombre de Maddox, el sargento de la entrada inspiró hondo y se puso tenso, detalles que no le pasaron desapercibidos a Frobisher. Últimamente estaba interesado en eso que se denominaba «lenguaje corporal» o «habla subvocal», es decir, leves gestos involuntarios a través de los cuales una persona revelaba sus verdaderos pensamientos. Aunque, claro está, estaba dispuesto a aceptar que el sargento podía haber cambiado de postura solo porque le había dado un tirón en la espalda. Un tirón puntual era algo comprensible, pero una semana sin acudir al trabajo por un dolor de espalda no, por todos los santos.

Frobisher olfateó el aire. Desde alguna parte le llegó el delicioso aroma del beicon friéndose. El estómago le rugió con envidia. Frunció el ceño. ¿Comían cuando él no estaba allí? ¿Sándwiches de beicon? ¿Y

qué otras cosas hacían a sus espaldas? Sintió una extraña decepción, como le pasaba cuando era pequeño y los otros chicos no lo incluían en sus planes. Siempre fue un niño raro y reservado; con el tiempo se había convertido en un hombre raro y reservado, pero se le daba mejor ocultarlo bajo un duro caparazón.

Miró al sargento con el ceño fruncido y este, al darse cuenta de que estaba en riesgo su beicon, intentó salvarlo en el último momento con un rápido cambio de tema.

—He oído que Mamaíta Coker ha salido de la cárcel esta mañana. —El sargento era muy consciente, como toda la comisaría, de la fijación que tenía Frobisher con los Coker, especialmente con Nellie.

—Es cierto —dijo su superior.

—¿Ha estado allí, señor?

—Sí.

Frobisher no abundó en el tema y el sargento no quiso hacer más preguntas para no tentar a la suerte. No era muy hablador, nunca lo había sido. Eso provocaba que fuera una persona muy incomprendida y que los demás lo consideraran arrogante y distante. Dios sabía que a veces intentaba mantener conversaciones insustanciales sobre el tiempo o las carreras de caballos, incluso sobre cine, pero siempre acababa sonando como un triste actor aficionado («¿Cómo está hoy, agente? ¿Y cómo le va con ese huerto que tiene?»). Sus verdaderas pasiones eran esotéricas, cosas que no le interesaban a la gente común, ni a sus colegas de Bow Street, ni mucho menos a su esposa: el Tratado de Berlín entre Alemania y la Unión Soviética (¿cómo podía eso acabar bien?) o la demostración pública de un «televisor» (algo que parecía salido de una novela de H. G. Wells) que iba a hacer en la Royal Society un tipo que se apellidaba Baird. Tenía una mente curiosa. Y eso era una maldición. Incluso para un investigador como él.

En su casa, en Ealing, estaba a salvo de los rigores de la conversación intrascendente gracias a una mutua incomprensión. Su mujer se llamaba Charlotte (Lottie), aunque no tenía certificado de nacimiento para atestiguarlo, así que Frobisher tenía sus dudas. Al detective que tenía dentro le habría gustado investigar más, pero el marido que era decidió que mejor dejar estar el asunto. Era francesa, o belga, parecía insegura, tenía sin duda un trastorno límite de la personalidad y la habían sacado de la ruinas de Ypres al final de la guerra sin nada más que una cabeza de ajo que llevaba en el bolsillo. No tenía papeles que aclararan nada de su vida y no quería recordar por culpa de lo que los médicos llamaban «amnesia histérica».

Cuando era joven, Frobisher se imaginó a su futura esposa con

muchas cualidades, pero nunca pensó que una de ellas sería la amnesia histérica. La historia de Lottie era trágica y complicada (otra cosa que no había previsto que tendría su mujer).

Dos agentes entraron en la comisaría llevando a rastras a una mujer que declaraba su inocencia a gritos, lo que salvó a Frobisher de seguir con su línea de pensamiento.

—Dolly Pargeter, acusada de hurto en el Strand. Carterista —informó uno de los agentes de uniforme al sargento del mostrador mientras intentaba controlar a la mujer.

—Has salido pronto hoy, Dolly —saludó el sargento con tono amistoso—. Vamos a prepararte tu habitación del Ritz, ¿te parece? —Arrugó la nariz. Lo estaban distrayendo de ir a por su beicon, pero si iba se vería obligado a admitir su existencia ante Frobisher.

—Me voy —anunció el inspector de mala gana. Prefería la comisaría a su casa de Ealing, algo que decía mucho sobre esa casa.

Pero cuando se giró para irse, el sargento le dijo:

—Señor, se me olvidaba. La corriente ha arrastrado el cuerpo de una chica. La han sacado del agua en el muelle del Tower Bridge. Probablemente aún esté en Dead Man's Hole. He pensado que querría saberlo. —En opinión de todos los que trabajaban en Bow Street, Frobisher tenía un interés que no parecía muy sano por las chicas muertas.

—Gracias, sargento —contestó, agradecido por encontrar algo que sirviera para aplazar su vuelta a Ealing—. Iré a echar un vistazo.

—Pero es su día libre, señor —recordó el sargento.

—El mal nunca duerme —respondió Frobisher, irritado. Eso había sonado forzado, lo sabía—. Por cierto, sargento…

—¿Sí, señor?

—Creo que se le está quemando el beicon.

No pudo evitar sonreír para sus adentros mientras salía de la comisaría. Le estaba bien empleado por no haber contado con él, se dijo.

Cuando cruzó la calle, tuvo que apartarse apresuradamente para evitar a una moto. Una Enfield conducida por un motorista irreconocible por culpa de las gafas y el casco de cuero. Qué fácil era acabar muerto en una calle de Londres. Por accidente o por decisión de alguien.

Una edad difícil

Antes incluso de que los Coker se amontonaran en el interior de los Bentley frente a las puertas de Holloway, ya estaba en pie Freda, de catorce años, porque la habían despertado los repartidores nocturnos del mercado de Covent Garden con los gritos y las canciones desafinadas que acompañaban a la descarga de los camiones que empezaban a llegar a medianoche desde todos los rincones del país: manzanas de Evesham, setas de Suffolk, productos exóticos de otras partes del mundo…

Desde que se escapó de casa, Freda (Alfreda Murgatroyd) había estado viviendo en el desván en una deprimente pensión de Henrietta Street, tan cerca del mercado que casi se olían desde allí las hojas podridas de las coles que pisoteaba la gente. Freda había ido a Londres a buscar fortuna, porque quería convertirse en una estrella de los escenarios del West End. Todavía no la había descubierto nadie, pero eso no la hacía perder su determinación, y ese mismo sábado tenía una audición. Y estaba segura de que su vida estaba a punto de cambiar.

Aunque era menuda, Freda aparentaba más edad de la que tenía. Era una chica guapa, pero sorprendentemente nada vanidosa, porque para ella su apariencia era cuestión de suerte, nada más. O un don de Dios, si se creía en uno que otorgaba la belleza de esa forma, algo que parecía poco probable. Cualquiera diría que se trataba más bien de una de esas trampas que los dioses griegos les ponían a los mortales y que resultaban más una maldición que un don. Uno de los pocos libros que había leído Freda era una antología ilustrada de los mitos griegos (un libro infantil) que había encontrado olvidado en el asiento de un vagón de tren cuando tenía diez años. No se podía decir que fuera un manual muy útil para guiarse en la vida.

A Freda la habían exhibido desde que fue capaz de sentarse sola y tenía toda una serie de fotografías que catalogaban su progresión, desde que empezó a participar en concursos de belleza para bebés hasta que la Navidad anterior la eligieron para hacer el papel de Clara en una representación local que formaba parte de una gira de un montaje profesional de *El cascanueces.* Su madre, Gladys, que antes era la cronista que no dejaba de inmortalizar a su hija, había perdido

interés hacía poco y había preferido volcar todas sus energías en buscarse un nuevo marido que le financiara su indolente forma de vida. En el pasado Gladys había explotado la imagen de la niña por dinero, pero su inversión ya no estaba produciendo los mismos rendimientos. «Has perdido tu brillo», le decía a Freda, que fruncía el ceño. Ella creía que todavía le quedaba mucho brillo con el que deslumbrar.

Su mayor orgullo no era su apariencia, sino su talento. Había pasado miles de horas haciendo giros, vueltas, claqué, puntas y *chassés*. Desde que tenía tres años, había recibido clases de baile en una escuela de danza a la que recurría todos los años la gente del Theatre Royal para incorporar a las mejores alumnas a su elenco. También iban allí las óperas y los ballets que estaban de gira y pasaban por York. Ahí fue donde consiguió el papel de Clara («Una chica de The Groves encandila con su interpretación»). The Groves era un distrito de York, pero a Freda (en su mente) le gustaba cómo sonaba, porque le daba la sensación de que le hacía parecer una ninfa del bosque en vez de alguien que vivía en una destartalada casa adosada en una esquina de una ciudad del interior del país, detrás de la fábrica de dulces Rowntree's. Antes vivían en una casa mucho mejor en Wigginton Road, justo enfrente de la fábrica donde trabajaba su padre cuando aún vivía, pero hacía tres años que las autoridades las echaron de allí.

A pesar de los pocos años que tenía, Freda contaba con un amplio repertorio de papeles: había hecho de gato, perro, osito, copo de nieve, hada y muchas veces (aunque en el fondo eran todas iguales) de «la niña del pueblo» que bailaba, cantaba o daba saltitos alrededor de un gran mástil. Al parecer, ninguna función de Navidad estaba completa sin una escena en la plaza de un pueblo. Freda era una niña educada y obedecía las instrucciones, algo que la hacía popular entre los adultos.

Ella creía que no había nada mejor en el mundo que estar encima de un escenario. Había en ello una grandiosidad que transcendía todo lo demás en la vida, que era muy aburrida. El corazón le daba un vuelco en el pecho solo de pensarlo.

Entre los siete y los trece años, Freda había sido modelo de prendas de punto para un fabricante de lana. Y no solo para las fotografías que acompañaban a los patrones (para las que tenía que posar en un estudio que había en un desván helador en Mánchester), sino también en desfiles itinerantes en varios lugares del norte que se organizaban en tiendas de lanas locales, donde se vendían patrones, agujas y ovillos para hacer las prendas que ella lucía.

Esos desfiles modestos y esporádicos se hacían también muchas veces en tristes salones de actos parroquiales, ante un público sobre todo femenino, todavía agotado y harto de los estragos de la guerra. Y siempre en invierno, por alguna razón que Freda no llegaba a comprender. «Es la época de la lana, supongo», aventuraba Vanda.

Un equipo, eso es lo que eran según su amiga. Y lo componían tres personas: Duncan, Vanda y Freda, además de Adele, que «trabajaba para la empresa» ocupándose de los viajes y el alojamiento; iba siempre con su bolsito en una mano y en la otra una maleta con «las Lanas», como ella las llamaba (siempre con mayúscula, indiscutiblemente), que iba arrastrando de un vagón de tercera clase lleno de humo a otro. Ninguno de ellos sabía tejer, ni siquiera Adele, como mucho hacer puntos del derecho y del revés, aunque Duncan aseguraba que sabía hacer punto francés, a lo que Vanda contestaba, riendo: «No seas guarro». Había sido marino durante la guerra y, al parecer, a los marinos les gustaba el punto.

Cuando presentaban los productos, siempre les hacían preguntas («¿Qué tipo de punto de orillo lleva?» o «¿Eso es punto de trenza?») y Vanda se las ingeniaba para convertirlas en halagos («Oh, te has fijado en eso, ¡pero qué observadora! ¿Qué tipo de punto te parece a ti que es? Seguro que eres una experta»; ese era el tipo de cosas que decía).

Los «cambios de atuendo», como llamaba Adele al intercambio de una prenda de punto por otra, se hacían siempre en un anexo mal iluminado en la parte de atrás de esos salones parroquiales que se utilizaba como zona de almacenaje para libros de himnos, pesebres navideños en franca desintegración y demás parafernalia religiosa a la que nadie prestaba mucha atención.

Una vez en el salón, no se subían al escenario, si es que lo había, porque en muchas ocasiones no tenían ni eso; lo que hacían era ir pasando uno por uno por el pasillo, entre las hileras de sillas ruidosas y viejas en las que estaba sentado el público. Cuando llegaban al fondo del salón, hacían un giro estudiado y volvían a la parte de delante. «Cuanto más lento, mejor. No han venido a vernos una noche de miércoles lluviosa por las prendas de punto. Han venido por el espectáculo», decía siempre Adele.

Freda lucía varios jerséis y chaquetas de lana con diseños complejos y unos conjuntos de tres piezas con faldas de tablas y gorros de lana con motivos escoceses. Abundaban los pompones. «Se te ve muy adorable», solía decir Vanda.

Freda se acostumbró pronto a mirar al infinito y sonreír serenamente cuando los miembros del público acercaban la mano y le tiraban de una manga, pellizcaban un remate de punto acanalado (a

veces incluso el dorso de su mano) o le daban una palmadita en la pantorrilla, que asomaba, firme y tentadora, por encima de los calcetines blancos y los zapatos de charol negro, que le quitaban nada más salir, para que no se arañaran, y los sustituían por sus sencillos zapatos *oxford* de cuero marrón.

A Freda muchas veces le dedicaban un aplauso, pero no por las Lanas, sino por ella, por la forma en que brillaba y les mostraba la promesa de un futuro que seguro que sería mejor que el pasado. Era como una santa a ojos del público. Si esas mujeres pudieran quedarse un trozo de ella como reliquia (una falange de un dedo, un rizo de su pelo o un pompón), lo harían.

Vanda era alta y huesuda y tenía el pelo del color de las galletas de jengibre. Glamurosa, aunque un poco descuidada, siempre iba bañada en el perfume Habanita de Molinard hasta tal punto que, si te acercabas demasiado, corrías al riesgo de desmayarte. Incluso empapaba en él los cigarrillos Sarony que fumaba sin parar y que hacían que su voz con acento de Teesdale sonara «como el graznido de un cuervo», según Duncan. Vanda siempre estaba ofreciéndole un cigarrillo a Freda («Toma, date un capricho, niña»), y su tos áspera y llena de flemas anunciaba su presencia mucho antes de que apareciera.

Duncan, antes de la guerra, había «pisado las tablas» y compartido escenario con una ingenua Edith Evans en Haymarket. «Figurante, nada más», decía, quitándose importancia. Esa palabra no significaba nada para Freda, pero la aprendió por una especie de ósmosis, porque muchas veces las cosas que se dicen un día tienen más sentido al siguiente. Pero le parecía que *figurante* sonaba muy transcendental.

El trabajo de Duncan era lucir los jerséis, las chaquetas y los chalecos masculinos, muchos también con motivos escoceses. En ocasiones llevaba también una pipa apagada, como accesorio, para hacerlo parecer más varonil. Incluso a su corta edad, Freda se había dado cuenta de que la virilidad no era una de sus cualidades. Él tenía un acento muy curioso que, según Vanda, era de «pijo de Liverpool». A Freda le gustaba e invirtió mucho tiempo en intentar imitarlo.

Vanda también era una artista con experiencia que estuvo una temporada sobre los escenarios de los *music halls,* trabajando como ayudante de un mago que la hacía levitar todas las noches.

«No es real, niña. Es un truco», le dijo a Freda cuando ella le expresó su admiración. ¡Pero si eso era incluso mejor!

Vanda desfilaba con «artículos de moda femenina», expresión que, según ella, abarcaba «multitud de pecados», desde boleros y vestidos de punto hasta chaquetas de lana de señora mayor. No había bebés ni

niños pequeños en los desfiles, aunque a veces Vanda llevaba en brazos una muñeca grande vestida con sus mejores galas, que aparecía de la nada sin que nadie supiera de dónde salía (era demasiado grande para la maleta de Adele). La llamaban Dorothy. «Es lo más cerca que voy a estar de ser madre», comentaba Vanda con cara de triunfo, no de pena, mientras le ajustaba las cintas del sombrerito a la muñeca.

A diferencia de su madre, que iba empeorando por momentos, Freda era una niña excepcionalmente pulcra y ordenada («maniática», en opinión de Duncan). Todas las noches, antes de acostarse, se hacía los rizos y se los sujetaba con pedazos de tela y se frotaba las pecas con bicarbonato, una técnica que le había recomendado alguien para conseguir que desaparecieran. Y antes de meterse en la cama, que muchas veces tenía que compartir con Vanda, doblaba toda su ropa y la colocaba sobre una silla formando una pirámide: la falda en la base y la ropa interior en lo más alto, coronada con los calcetines, todo listo para el día siguiente, cuando desmontaba la pirámide en orden inverso. «¡Pero qué bien se te da!», exclamaba Vanda, impresionada. Las dos compartían cuarto en las pensiones. Su amiga, igual que la madre de Freda, era descuidada, dejaba la ropa tirada en el mismo sitio donde se la quitaba y desparramaba polvos de maquillaje por todas partes. Pero Freda no la criticaba. Todavía estaba aprendiendo todo lo necesario sobre la feminidad y había que apañárselas con lo que hubiera, como decía Duncan.

A Freda también se le daba muy bien hacer maletas y metía el doble de cosas en su diminuta maleta que Vanda en la suya enorme. A veces se la hacía también a ella. El secreto estaba en la forma de doblar. «Pura geometría», apuntaba Duncan. La comprensión que Freda tenía de la geometría, o de cualquier otra rama de las matemáticas, era lamentable. A veces se preguntaba si debería ir al colegio más a menudo. «No te preocupes, chica. Si vas a ser bailarina, solo necesitas saber contar hasta ocho», comentaba Vanda, pragmática.

Esta tenía un abrigo, que aseguraba que le había regalado un admirador, confeccionado con la piel de veintiséis armiños. Era como una enorme nube blanca y Freda muchas veces, durante los viajes en tren, se dormía sobre el hombro cubierto de pieles de Vanda. Duncan decía que era de conejo, no de armiño. Freda no tenía ni idea de lo que era un armiño. Sabía que era un animal, pero el contacto que había tenido con la fauna era limitado. Nunca había tenido mascotas y no había estado nunca en una granja ni en un zoo. Las vacas y las ovejas no eran más que adornos que salpicaban el paisaje del norte que veía pasar al otro lado de las ventanillas del tren. Aunque en ese

momento le avergonzaba su ignorancia, recordaba que se quedó asombrada cuando Vanda le explicó que la lana con la que se hacía esa ropa salía de las ovejas.

En las pensiones, por las noches, Duncan sacaba una botella de su maleta. Nunca viajaba sin ella. Siempre le ofrecía a Freda «un sorbito» y ella siempre lo rechazaba. Lo había probado una vez y estuvo a punto de vomitar. «Es ron de la Marina de toda la vida. Se puede utilizar para quitarle la pintura a un acorazado. Ahí fue donde me aficioné a este brebaje, en la Marina de Su Majestad», contaba Duncan.

En esas ocasiones, Vanda (que prefería el oporto) a veces le decía, con un extraña mirada lasciva y vulgar: «Cuéntanos alguna de tus aventuras en la guerra», y Duncan solo se reía y contestaba: «Oh, mejor no hablar de eso, querida», pero después empezaba a obsequiarlas con la historia de cómo, en 1915 en el Canal de la Mancha, se había ido a pique junto con el *HMS Formidable,* antes de «emerger de nuevo a la superficie como un corcho». ¿Qué tenía de vulgar eso?, se preguntaba Freda. Suponía que lo del corcho era una especie de chiste, o tal vez un truco de magia. Pero Duncan muy pocas veces hablaba de los otros quinientos marinos que iban en ese barco y que no lograron volver a salir a la superficie como él. La guerra era historia, y a Freda no le interesaba la historia porque no había participado en ella. Estaba feliz con el presente y entusiasmada por el futuro.

Vanda había «perdido» a su hombre al principio de la guerra. Freda creía que lo habían matado en alguna batalla, pero Duncan le contó que se había ido a Barnsley con una camarera. «Adulterio reiterativo», sentenciaba este. «Menuda palabra», contestaba Vanda, a lo que Duncan replicaba: «¿Cuál de ellas?».

Durante esas noches que pasaban juntos en las pensiones, a veces en el «salón comunitario» delante del parpadeante fuego de una chimenea de gas, aunque por lo general en la habitación que compartían Vanda y Freda, Duncan le enseñó a la niña a jugar a las cartas, con la baraja repartida sobre la colcha. Y, aún mejor, también le enseñó a hacer trampas («la cubierta fría», «el reparto de la tercera carta» y otras muchas «bazas ocultas»). Y aparentemente ella había nacido para eso.

«Tienes unos deditos muy hábiles», le decía él con admiración, y le comentaba a Vanda que Freda era muy «precoz». Jugaban apostando cerillas. Para cuando se vieron por última vez, Duncan tenía una importante deuda con ella, tan grande que decía que necesitaría atracar uno de los almacenes de Kreuger para pagarle. Kreuger era «el

rey de las cerillas», le explicó. Si ella se casara con ese rey, ¿se convertiría en reina?, se preguntó Freda.

Vanda también tenía una gran habilidad con las cartas; había aprendido todo tipo de trucos en el tiempo que pasó como ayudante del mago. Y le encantaba contarle a Freda cómo se partía por la mitad a alguien (normalmente a una mujer) y también cómo hacer desaparecer a una persona (también una mujer la mayoría de las veces). Una información muy útil, en opinión de Freda. «Distracción, esa es la clave», aseguraba Vanda.

Ella no tenía problema en revelar los secretos del Círculo Mágico («Seguro que se castiga con la muerte», comentaba risueña), pero ni la peor tortura conseguiría que dijera su edad («Eso no se le pregunta a una dama»). Veinticinco, calculaba Freda, aunque no lo dijo delante de ella. «El doble de eso y le restas diez», corrigió Duncan.

¿Y dónde estaba la madre de Freda mientras pasaba todo esto? La mayor parte del tiempo andaba por ahí dando tumbos con una jarra en la mano, de camino a algún sitio donde vendieran alcohol barato, de donde saldría con la jarra hasta arriba de jerez «directo del barril», una expresión que decía para que pareciera algo refinado pero que solo significaba que había salido directamente de la espita de un barril que había en el fondo de alguna tienda.

El padre de Freda, mucho mayor que su madre, murió («se cayó redondo») un día en su trabajo. Había conseguido evitar ir a la guerra porque tenía mala vista, pero le falló el corazón cuando su hija tenía solo cinco años. «Era un viejo plomo, siempre con la pipa y las zapatillas. No sé en qué estaría pensando», decía siempre Gladys, aunque la verdad era que sabía perfectamente en qué estaba pensando: en no tener que ir todos los días arrastrándose hasta su trabajo en las oficinas de Rowntree's, que fue donde lo conoció; era un viudo que trabajaba en «administración». Eso le sonaba a Freda muy grandioso. Cuando pensaba en su padre, le venía a la mente el olor a chocolate, *tweed* y tabaco. Él le traía a casa una bolsa de bombones deformados todas las semanas, costumbre que quedó interrumpida de forma trágica con su muerte.

Desde que había pasado a mejor vida, Gladys casi nunca llamaba al padre de Freda por su nombre. Cuando hablaba de él con su hija, era solo «tu padre» o, muchas veces, «ese cerdo», lo que le concedía una especie de cualidad mítica a ojos de Freda, como si hubiera bajado desde el monte Olimpo para fecundar a Gladys antes de volver de nuevo adonde habitaban las divinidades. En el libro de mitos griegos de Freda daba la sensación de que las chicas corrían siempre el peligro de verse asaltadas, cuando menos se lo esperaban, por un Zeus

demasiado fogoso, que bajaba a la tierra convertido en cisne o toro. Incluso en hormiga. ¿Por qué no iba a bajar con forma de cerdo?

En el mundo real, el padre de Freda solo se había dejado engatusar por una mujer más joven. Al principio Gladys le había hecho sentir joven, pero, al poco tiempo, lo que consiguió fue que se sintiera viejo. Una historia tan antigua como los propios dioses.

¿Por qué Zeus tenía que ocultarse tras un disfraz?, se preguntó Vanda un día, en un vagón de tren en medio de la nada, en algún punto entre Rotherham y Sheffield, mientras hojeaba las páginas del libro de Freda. «Seguro que cualquiera estaría más dispuesta a acostarse con el rey de los dioses que con una hormiga. ¿Y cómo demonios se puede hacer eso con una hormiga? Con esa diferencia de tamaño sería ridículo.»

«¿Acostarse? Pero ¿qué eres tú, una dulce pastorcilla? Llámalo "follar"; fo-llar, Vanda, querida», bromeaba Duncan, riendo entre dientes.

Toda esa conversación se produjo, por suerte, cuando Freda no estaba presente; había salido al pasillo a sacar la cabeza por la ventanilla, algo que solo le había servido para que le entrara suciedad del motor en un ojo y para arriesgarse a morir decapitada. Pero le gustaba la adrenalina que producía el peligro.

Por culpa de la evidente negligencia, tanto voluntaria como involuntaria, en el cumplimiento de los deberes parentales de la madre de esa niña, Vanda y Duncan eran lo más parecido a unos adultos responsables que tenía Freda. Adele no. Ella solo se preocupaba de los horarios. «Formamos una familia muy curiosa, ¿verdad?», solía decir Vanda, a lo que Duncan respondía: «Habrá que apañárselas con lo que hay».

Y de repente, un día, Adele se llevó a Freda aparte y le dijo que estaba «demasiado crecidita» para las Lanas infantiles que llevaba y que ya no requerían más sus servicios.

—¿Cómo dices? —preguntó ella, confundida. ¿Cómo podía ser que no la quisieran? Se consideraba alguien a quien todo el mundo quería.

—Que estás despedida, bonita —contestó Adele, con más lástima de la que era habitual en ella (muy pocas veces se dejaba llevar por la emoción).

Era cierto que, a pesar de sus rasgos delicados, a Freda le habían crecido unos pechos que ya eran claramente visibles y se había embarcado en su aventura con el «periodo» hacía unos meses, un viaje en el que la había acompañado Vanda en vez de su madre. A partir de entonces, según su amiga, la esperaban «graves padecimientos». ¿Y

cuáles serían?, se preguntaba Freda. La imagen que le venía a la cabeza era la de ella atada a un potro de tortura.

—Estás muy adelantada para tu edad, niña —dijo Adele—. En todos los sentidos.

—Te vamos a echar de menos —se despidió Vanda, que la abrazó contra el mohair con olor a tabaco y Habanita que llevaba. Buscó en su bolso algún regalo de despedida y solo logró encontrar un pañuelo con una uve bordada. Estaba arrugado, pero «sin usar», le aseguró. Duncan le regaló su baraja de cartas (marcadas).

Había pasado casi un año desde aquello y a Freda todavía le dolía pensar en el momento en que sus compañeros se fueron sin ella, bajo la lluvia de Darlington o Doncaster. Pero hacía unas semanas, tras encontrarse por casualidad con Adele en The Shambles, se había enterado de que ya no se hacían las Lanas y que Vanda se había casado de forma inesperada con un hombre que se llamaba Walter y que tenía una constructora en Grantham; «curiosamente», había comentado Adele, lo que hizo que sonara tan extraño como Tombuctú. Y, lo que resultaba aún más inesperado, Adele había oído que Vanda estaba esperando un bebé (¿estaría contenta o triste por ello?, se preguntó Freda).

No tenía ni idea de dónde estaba Grantham, pero sí de dónde se situaba Londres en el mapa. Y ya estaba soñando con vivir entre sus palacios de placer. «Antros de perdición» era el calificativo que les ponía Adele. Freda no tenía ni idea de lo que eso significaba, pero le parecía que sonaba tentador.

Al parecer Duncan también había abandonado el mundo de la lana y había empezado a trabajar como ayudante del gerente de un restaurante en Scarborough Grand, pero la suerte debió de darle la espalda en algún momento, porque en la actualidad estaba cumpliendo una condena de dos años de trabajos forzados en Armley Gaol por conducta indecente. «No quieras saber qué significa eso», le dijo Adele, pero después se lo contó de todas formas. Por suerte, Freda tenía la gran cualidad de no sorprenderse con facilidad.

La asistencia al colegio de Park Grove de Freda, que siempre fue esporádica, se interrumpió de forma definitiva cuando cumplió catorce años. Gladys anunció que, como ya no iba al colegio, obviamente tenía que buscar trabajo. Freda no veía la necesidad, prefería esperar a que le surgiera una oportunidad para alcanzar al estrellato. Por desgracia, aparte de un par de grupos mediocres de teatro *amateur,* nadie parecía quererla para desfilar, bailar ni actuar (al parecer estaba en «una edad difícil»), y mucho menos pagarle por

ello. La época de las obras de teatro navideñas había pasado hacía mucho y además Freda no estaba muy segura de que el Theatre Royal estuviera dispuesto a aceptarla en plena transición de niña de pueblo a chica de pueblo.

Gladys la empujó a solicitar un trabajo en una sombrerería de Coney Street. Freda pensó que lo que tendría que hacer sería ayudar amablemente a las señoras a elegir un nuevo sombrero y se quedó horrorizada al enterarse de que la iban a confinar en un sótano, donde tendría que colocar casquetes de fieltro sobre una cabeza de madera, calva y sin cara, para darles forma con vapor. Aguantó medio día; a la hora de comer ya había dejado ese sitio. Entonces Gladys dijo que tendría que trabajar en las oficinas del ferrocarril en Station Rise. O detrás de un mostrador en los nuevos grandes almacenes Woolworth's. O en Terry's, la fábrica de dulces. O en Rowntree's… Seguro que allí la contratarían gracias a la relación con su familia.

Pero Freda no estaba dispuesta a trabajar en Rowntree's. ¡Ella iba a ser una estrella! ¡Iba a ser famosa! ¡En Londres! Prefería morir de una sobredosis de exclamaciones que trabajar en una oficina o una fábrica.

Al oír eso, Gladys le contestó que lo que necesitaba era una buena patada en el culo. Y punto.

Los repartidores nocturnos de Covent Garden habían dado paso a los vendedores de los puestos y los ambulantes. El mundo se estaba desperezando y los pies de Freda ya estaban ensayando pasos de baile bajo la fina colcha. Florence, que compartía con ella el colchón de pelo de caballo lleno de bultos y seguía dormida, gimió como forma de protesta.

Le Grand Tableau

Los polluelos de Nellie seguían acurrucados en sus camas; todos menos Niven, cuyo paradero siempre era un misterio insondable para el resto de sus familiares. Los Coker eran, por necesidad, nocturnos, y los cantos de los pájaros al amanecer eran como una nana para ellos, aunque cuando llegaron a casa, tras celebrar la liberación de Nellie, ya casi habían dejado de oírse. El nido familiar estaba en Hanover Terrace, con Regent's Park literalmente frente a su puerta. Esa grandiosa casa de estuco blanco formaba parte de un mundo que no tenía nada que ver con la sordidez del Soho que la financiaba.

Pero Nellie se había acostumbrado al inflexible horario de la cárcel, donde las guardias la despertaban a las seis dando golpes en los barrotes y las puertas de las celdas, como si dormir fuera pecado. Por eso se levantó de la cama, tras dormir apenas una hora, con un desagradable picor en los ojos por el insomnio; se preparó un té y sacó su taza al jardín, solo por el placer de abrir la puerta y respirar el aire libremente.

Mientras se lo tomaba, vio un zorzal de pecho moteado sacando un gusano de un parterre de tulipanes rojos. Los gusanos se cobrarían su venganza, porque algún día se comerían a ese zorzal. Y a Nellie también. Temía que no faltara mucho para que acabara siendo pasto de ellos. Tenía que prepararse. Necesitaba un plan.

Cuando se terminó el té, tiró lo que quedaba en el fondo de la taza al parterre, lo que supuso un sorpresa tanto para los tulipanes como para el zorzal, y después examinó los posos, que confirmaron sus sospechas: se avecinaban cambios. Había llegado el momento de hacer un *Grand Tableau* del oráculo de Lenormand.

Nellie entró otra vez en la casa y colocó la baraja completa de cartas sobre la enorme mesa del comedor (principios del periodo georgiano, caoba cubana, una ganga que compró en la subasta de bienes de una mansión que había pertenecido a un linaje que databa de muy antiguo y que había quedado destruida en la guerra. A Nellie le encantaban las gangas).

—Hum… —exclamó mientras examinaba las cartas. Ese sonido era mucho más definitivo de lo que parecía. No había nada incierto en esas cartas. Ese mensaje lo podría haber transmitido el mismísimo

Ozymandias: la serpiente, la guadaña, un ataúd y un ramo. El final de la fiesta.

Nellie estaba cansada. Tal vez por primera vez en su vida estaba agotada solo por tener que mantener ese impulso incansable que hacía falta para que sus vidas siguieran avanzando. El ancla que era The Amethyst, el pilar de todo el imperio, estaba a punto de arrastrarla a las profundidades. Sabía que su salud no resistiría otra estancia en la cárcel, y mientras estaba en Holloway había empezado a pensar en jubilarse (e irse a Deauville, posiblemente, o incluso a Torquay, a una *suite* residencial en el Imperial Hotel, tal vez), entregar las llaves del reino a sus hijos y dejar su corona en manos de la siempre fiable Edith.

Maddox le había fallado, no había cumplido con sus obligaciones de protector. No la avisó de aquella redada inesperada, de la repentina llegada de una burda tropa de agentes de uniforme que invadió el club esa noche y se la llevó a ella detenida. Había sido una humillación muy pública (la noche del Lord Mayor's Show, precisamente), porque el club estaba hasta la bandera. La habían sacado de allí esposada, aunque un poco reforzada por el apoyo que le mostraron los habituales de The Amethyst con sus abucheos a la policía.

Maddox había ido a visitarla a la cárcel y se había defendido con elocuencia. No estaba de servicio la noche de la redada, explicó, y además ella tenía que entender que, aunque quisiera, no podía distraer a toda la Policía Metropolitana todo el tiempo. «Protesta de más», le dijo Nellie a su nueva compañera de celda.

Habían trasladado a un ala de larga estancia a la mujer belga que había matado a su amante. La nueva compañera de celda, Agnes, pertenecía a una familia de maleantes y ladrones de los barrios bajos de Londres y hablaba de una forma peculiar y típica del sitio del que procedía. Su hermana y ella eran miembros de la famosa banda de las Cuarenta Ladronas, en la que solo había mujeres («Una buena idea», pensó Nellie).

Había una red de cotilleos en Holloway que transmitía una curiosa mezcla de rumores y verdades. Agnes conocía bien a Maddox.

—Va a por ti, Nellie —advirtió—. Te ha estado observando todos estos años, ha visto lo bien que te va y ahora lo quiere todo para él.

Al parecer el policía ya no estaba satisfecho con ser el bufón de la baraja; ahora quería derrocar a la reina de los clubes y convertirse en rey.

—Por encima de su cadáver —respondió Nellie.

Estaba confusa. Si eso era lo que quería, ¿por qué no daba el paso

mientras ella estaba en la cárcel?

—Tiene que reclutar gente —explicó Agnes—. No puede ocuparse de todo él solo. —Le contó que Maddox había estado peinando las calles en busca de gente sin oficio ni beneficio: vagabundos, personas sin hogar, sinvergüenzas de todo pelaje y veteranos de guerra resentidos que encontraba en las esquinas, además de algunos de sus colegas de Bow Street, que también querían un trozo del pastel con el que Maddox pretendía hacerse—. Quieren quitarte tus clubes por la fuerza —concluyó Agnes.

Y, por si fuera poco y para aumentar las preocupaciones de Nellie, su amiga la informó de que estaba a punto de llegar a Bow Street un policía nuevo que venía a limpiarlo todo, un inspector que se llamaba John Frobisher y que pretendía eliminar de la faz de la tierra a los Coker y a todos los de su calaña.

Alterada por el resultado de la tirada de cartas, Nellie recogió la baraja de Lenormand de la mesa y la metió en la funda de seda donde las guardaba siempre. Se le ocurrió ir a dar un paseo, una vuelta por ahí, por placer, solo para pasar el rato. En circunstancias normales, caminar era para ella una actividad eminentemente práctica, que servía para ir de un lado a otro y que no tenía nada que ver con el entretenimiento. En esos tiempos además contaba con el Bentley y su chófer, Hawker, y ya no iba caminando casi a ninguna parte. Tenía un problema en la cadera, que se había agravado en la cárcel por la cama de hierro, que contaba solo con la amortiguación mínima que proporcionaba un colchón muy fino. Horas antes, en The Amethyst, Edith le había regalado un bastón con empuñadura de plata; «para que se te oiga llegar», le había dicho, como si ella fuera una inocente debutante.

—Me voy a dar un paseo —le dijo a la cocinera, que, cuando Nellie se fue, miró con una ceja enarcada a Phyllis, la nueva pinche de cocina.

La cocinera llevaba tanto tiempo con los Coker que había acabado haciendo suyos sus gestos. Todos en esa familia tenían unas cejas muy elocuentes. Podían mantener una conversación completa solo moviéndolas, sin decir una palabra. Pero Phyllis todavía no dominaba ese lenguaje, así que le preguntó a la cocinera: «¿Qué?», pero esta ya había centrado su atención en un par de huevos que estaba cociendo para Shirley. El desayuno, que muy raramente se consumía antes de la hora de comer, era un banquete sin horario fijo en Hanover Terrace. La cocinera se volvía loca con los irregulares hábitos alimentarios de los Coker y llevaba años amenazando con renunciar, pero estaba

segura de que Nellie sabía que iba de farol.

—Por cierto —añadió la matriarca, que volvió a aparecer de forma tan inesperada que la cocinera dio un respingo. Phyllis, que venía de un hogar muy diferente, no solía sobresaltarse como consecuencia del sigilo más que entrenado de Nellie.

—¿Sí, señora Coker? —respondió la cocinera.

—Vigila a Edith mientras estoy fuera.

—¿A Edith?

—Sí, a Edith. Está un poco rara.

Y volvió a desaparecer. Esta vez tanto Phyllis como la cocinera contuvieron el aliento hasta que estuvieron seguras de que se había ido.

En ese momento fue Phyllis quien enarcó una ceja. Aprendía rápido.

Nellie había caminado mucho; había llegado casi hasta el zoo y se sentía muy débil. Se sentó en un banco a descansar. Le había sucedido algo muy preocupante en la cárcel. Un día se despertó en medio de la noche y vio a una mujer atravesar la pared y acercarse a su cama, donde se quedó flotando unos centímetros por encima, mirándola en silencio.

Nellie no gritó de horror al ver ese espíritu. Tampoco despertó a su compañera Agnes ni llamó a una guardia. No tenía sentido, porque conocía la identidad de ese fantasma. Era Maud, la bailarina que había muerto de una sobredosis la noche del armisticio en Jaeger's Dance Hall.

El espectro estaba cubierto de lodo del río y tenía varias algas que goteaban en el pelo. Le caía agua de la ropa y formaba un charco sobre las losas de piedra del suelo. Nellie incluso reconoció el vestido que llevaba: satén de color perla y encaje, en ese momento oscurecido por el agua. Recordaba las cartas de la chica y su desconcierto. Los ratones, un ataúd y un barco. Un aterrador viaje por el agua. ¿Se había ahogado Maud? ¿Estaba viva cuando la tiraron al río y ahora había emergido de las aguas para perseguirla?

El fantasma se fue de nuevo atravesando el muro de piedra de la celda y no volvió a visitarla mientras estaba en Holloway, pero ella sabía que no sería la última vez que la vería. Maud tenía una cuenta pendiente. Había un juicio esperándola. ¿Podría huir de él? Esa era la cuestión. Deauville no parecía estar lo bastante lejos.

Todo lo que había hecho Nellie había sido por sus hijos, no tanto por amor sino más bien por biología, ese imperativo maternal de cuidar y proteger a las siguientes generaciones para que los Coker

permanecieran en esta tierra hasta el apocalipsis y el juicio final, un día en el que Nellie prefería no pensar. No podía acabar todo tirado por la borda a causa de su muerte, su jubilación o la irresponsabilidad general de sus hijos. Tenía que salvaguardar ese legado para el futuro, incluso si eso exigía sacrificios, por su parte o por la de otros. Preferiblemente lo segundo. No podía dejar que Frobisher lo destruyera ni que Maddox (o cualquier otro, daba igual) llegara sin más y se quedara con todo. Al parecer, iba a tener que olvidarse de Deauville.

Nellie hizo una mueca porque sintió como si una mano helada le acariciara la nuca. Miró a su alrededor, a Regent's Park, y solo vio trabajadores que llegaban tarde a la oficina y niñeras que salían temprano con los cochecitos. Sospechó que había sido Maud; ninguna persona viva tenía un tacto tan gélido. Aunque sí que había alguien allí (de carne y hueso, no un fantasma): un hombre merodeando, escondido tras una gran haya, parcialmente oculto por ella. Cuando se dio cuenta de que Nellie lo había visto, se apresuró a meterse detrás del árbol, aunque se le seguían viendo los zapatos, una imagen muy cómica.

Según su experiencia (bastante amplia), había varias razones para que hubiera un hombre escondido detrás de un árbol, y la mayoría no eran buenas. Mucho menos si llevaba zapatos de dos colores. El príncipe de Gales podía ponérselos, pero, en opinión de Nellie, hacían que los hombres parecieran vulgares (aunque muy pocas personas aceptarían consejos sobre moda de Nellie Coker). Pero ese merodeador era de los suyos.

Se estaba dejando ver demasiado. ¿Un espía no debería confundirse con el entorno un poco más? ¿Y por qué la estaba vigilando en ese momento? Debería estar vigilando Hanover Terrace, por todos los santos.

Se levantó del banco, caminó bamboleante hasta el haya y levantó su nuevo bastón como si fuera una bayoneta con la que pretendía ensartar al propietario de esos zapatos.

Landor, que había permanecido impertérrito cuando había tenido que enfrentarse a ataques violentos, dio un paso atrás, alarmado.

—Deje de vigilarme a mí —ordenó Nellie.

Un chico de Shropshire

De camino a Dead Man's Hole, Frobisher se desvió un poco para pasar por el mercado de las flores, que estaba enfrente de la comisaría. Había olido las lilas. El aroma lo atrajo y lo llevó, como si estuviera atado por un hilo invisible, hasta un puesto que tenía una hilera de cubos metálicos llenos de flores espléndidas que debían de provenir de algún lugar del campo.

Debería comprarle flores a Lottie. Pero a ella no le gustaban las lilas. Ni las azucenas, por supuesto, porque los franceses solo las usaban para los funerales. Fresias, tal vez, algo que recordara a la primavera. O tulipanes. Nadie se podía equivocar con ellos. Pasaría por allí después, antes de volver a casa.

No quería que la gente de Bow Street supiera nada de Lottie. Sus colegas se mostrarían intrigados si se enteraban de que tenía una esposa francesa, y más incluso si supieran que no estaba en sus cabales. Prefería que se imaginaran que su mujer se llamaba Hilda o Mabel y que salía corriendo a recibirlo cuando llegaba a casa, le colgaba el abrigo, le preparaba chuletas de cerdo y lo ayudaba a olvidar sus preocupaciones. No comprenderían a la errática Lottie, que muchas veces se pasaba toda la noche canturreándole a una muñeca de trapo que ella misma había fabricado.

Inspiró hondo el perfume de las lilas. Al borde del camino que llevaba a la granja donde vivía con su familia cuando él era pequeño había lilas silvestres. Y espinos, cuyo aroma fuerte anunciaba la llegada del verano. Dios, cómo echaba de menos el olor de los setos.

—¿Puedo ayudarlo en algo, señor? —preguntó la dueña del puesto, pero él se alejó, abrumado por los recuerdos del pasado y las inocentes esperanzas de la infancia.

Todo eso se había colado en su mente de forma inesperada, ¿de dónde habría salido? Seguro que no había sido por los Coker. Ni tampoco por la señorita Kelling, no. La había conocido el día anterior, y ella no había tenido tiempo aún de atravesar su caparazón (pensó en una aguja más que en una espada).

¿Había hecho lo correcto al implicarla? No la estaría poniendo en peligro, ¿no? Parecía de esas mujeres con carácter («Claro que sí, inspector jefe»). Era un alivio encontrar esa determinación en una

mujer. La señorita Kelling no estaba loca, no era francesa ni tampoco era especialmente guapa. Era bibliotecaria.

Apartó de su mente todos los pensamientos sobre Gwendolen Kelling y también sobre las lilas. Había una chica muerta esperándolo. Tal vez era a ella a quien debería llevarle flores.

Après la guerre

—¿Los ha visto bien, señorita Kelling? —le preguntó a Gwendolen el inspector jefe Frobisher mientras los dos observaban a los Coker repartirse entre los dos Bentley—. ¿Cree que puede hacer lo que le pido?

—Claro que sí, inspector jefe.

Gwendolen creía que siempre era mejor demostrar mucha confianza, aunque no las tuviera todas consigo. Ayudaba a evitar que la gente que la rodeaba flaqueara. Era algo que le había resultado muy útil durante la guerra, por supuesto, pero también después, en la biblioteca. Las otras ayudantes (las señoritas Tate, Rogerson y Shaw) muchas veces parecían necesitar una mano firme que llevara el timón. A Gwendolen nunca dejaba de sorprenderle cómo cundía el pánico enseguida por un libro extraviado o una tarjeta catalográfica mal archivada. La señorita Tate, la señorita Rogerson, la señorita Shaw e incluso el director de Clifford Street, el señor Pollock (sí, un hombre; daba la sensación de que para dirigir siempre hacía falta uno), se volvían locos por la cosa más nimia. York estaba planeando abrir una nueva sede de la Carnegie Library en Museum Street y a Gwendolen le preocupaba que esos corazones tan delicados no fueran capaces de soportar la agitación de la mudanza, mucho menos el trabajo que supondría recolocar todos esos libros en las estanterías.

Uno de los muchos heridos a los que Gwendolen había cuidado cuando era enfermera durante la guerra fue un hombre (un chico, más bien) que pasó horas asfixiándose poco a poco con su propia materia cerebral después de que un francotirador le disparara en la cabeza. Y en esas horas él no se estuvo preocupando por en qué parte del sistema de clasificación decimal Dewey había que colocar el nuevo libro sobre fotografía espectral de sir Arthur Conan Doyle.

«Es usted muy sensata, señorita Kelling», le decía a menudo el señor Pollock. En opinión de Gwendolen, *sensata* era un adjetivo muy aburrido que posiblemente rozaba el insulto.

El remilgado y bastante rancio cónclave que formaban las señoritas Tate, Rogerson y Shaw la exasperaba, pero esas mujeres no tenían mala intención, así que Gwendolen las soportaba de una manera impecable; cada mañana se colocaba su máscara de docilidad al

mismo tiempo que se ponía el típico hábito de las bibliotecarias, que consistía en medias gruesas, falda de *tweed,* chaqueta de lana y una de sus blusas de batista, cada vez más desgastadas. Su vida se desarrollaba casi en clausura, entre la biblioteca y su casa con su madre, así que era como si hubiera ingresado en una orden religiosa.

Gwendolen se alojaba en The Warrender, un modesto establecimiento cerca del Victoria and Albert Museum que se anunciaba como «Solo para mujeres» y que regentaba su propietaria, la señora Bodley, tan estricta como las enfermeras del ejército; al igual que ellas, hacía que sintiera ganas de rebelarse.

Cuando alquiló la habitación, Gwendolen esperaba que las demás huéspedes fueran mujeres profesionales independientes con las que tener conversaciones estimulantes antes de cenar, mientras se tomaban una copita de jerez. O, en el otro extremo del espectro de posibilidades, también le habría resultado entretenido vivir con mujeres glamurosas a las que cada noche vinieran a recogerlas los novios para ir a bailar o a cenar. Pero la realidad era bastante diferente. Aparte de la incesante sucesión de turistas, The Warrender era básicamente el hogar permanente de señoras de avanzada edad y «Señoritas de Buena Familia en Apuros Económicos», como las denominaba la señora Bodley, siempre adornando la expresión con unas mayúsculas.

La primera noche las Señoritas en Apuros se lanzaron a por ella inmediatamente (era «carne fresca», tuvo que reconocer) y se vio obligada a ser la cuarta jugadora para el *bridge* y la presa involuntaria en una feroz partida de *eucre*. Las señoritas Tate, Rogerson y Shaw eran unas corderitas comparadas con esas que la señora Bodley llamaba Señoritas de Buena Familia.

No decidió trabajar en la biblioteca por elección (¿quién elegiría ser bibliotecaria?), sino por necesidad económica, después de que se perdiera todo el dinero de la familia. No, no que se perdiera…, que se lo robaran. Se habían perdido muchas cosas (guerras, llaves, corazones y jóvenes en el mar), pero las fortunas familiares, aunque fueran modestas, se robaban.

Gwendolen no podía negar que al principio las silenciosas estanterías de roble habían sido un bálsamo para su alma extenuada tras la guerra, pero ese efecto, por desgracia, se diluía en el momento en que volvía a casa al final del día para enfrentarse a otra noche interminable de peleas con su madre tras escuchar su larga lista de quejas. Ella había perdido dos hijos en la guerra (los dos hermanos pequeños de Gwendolen) y llevaba su pena como un triunfo en vez de

como una fuente de dolor. Para ser una mujer que decía siempre que estaba a punto de desmayarse y que se pasaba las tardes tumbada en una *chaise longue* por culpa de su fragilidad, eligiendo bombones de una de las carísimas «cajas elegantes» de Terry's (su familia era totalmente leal a Terry's, no a Rowntree's, y su lealtad se basaba en la proximidad que tenía su casa a la fábrica, que estaba en Bishopthorpe Road), seguía siendo bastante belicosa, incluso después de la guerra. La madre de Gwendolen siempre fue una mujer atolondrada, con tendencia a creer cualquier tontería pasajera. De ese tipo de gente se nutrían las filas de los patriotas, en su opinión. Qué pena.

Antes de la guerra, los Kelling eran una familia acomodada de cinco miembros: su madre, su padre, Gwendolen y sus dos hermanos, Harry y Dickie. Vivían en una bonita casa cerca de Knavesmire y tenían servicio: una cocinera, una ayudante de cocina, una doncella y un jardinero. En esa casa había un campo de críquet y un estanque, además de un huerto de frutales con manzanos, perales y ciruelos. Los Kelling tenían las raíces muy bien asentadas en la tierra que pisaban; hacía falta un viento muy fuerte para arrancar de cuajo una vida como esa. Pero llegó el vendaval. La guerra trajo a su vida un viento terrible.

El dinero provenía del negocio familiar, una pequeña fábrica de alambre que había fundado el padre de su padre en el siglo anterior. Ya antes de la guerra les iba muy bien. «La gente siempre va a necesitar alambre», solía decir su padre. Y eso que no tenía ni idea de cuánto alambre iba a necesitar un mundo en guerra.

La fábrica estaba en una mugrienta callejuela lateral, o más bien un pasadizo, que había en el centro de la ciudad. Estaba rodeada de calles y edificios medievales y constituía una industria poco común en una ciudad en la que, si el viento venía de cierta dirección, llenaba las casas del olor reconfortante del cacao de la fábrica de Rowntree's o del perfume estimulante del azúcar y las fresas que se hervían para hacer mermeladas.

Gwendolen se pasaba muchas veces por allí cuando iba de camino a casa. Su padre tenía su despacho con paredes de cristal en una especie de entresuelo con vistas al ajetreado y ruidoso taller. Últimamente, en un par de ocasiones, mientras Gwendolen estaba frotando el fondo de una olla con un estropajo metálico (se le daba de maravilla quemar salsas), el olor a metal que había en el aire la transportaba en un segundo a ese taller, a cuando estaba su padre, al pasado.

«Me he beneficiado de la muerte de otros», le dijo con tristeza su padre a Gwendolen cuando en 1917 volvió a casa de permiso. Los dos habían estado mirando cómo salía del taller una bobina tras otra de

alambre de espino, que después cargaban en un vagón que iba directo al frente. «Coronas de espinas», añadió, en un arrebato poético poco propio de él. Era un hombre que iba a misa con regularidad, más para contentar a su madre que por otra razón, pero había rincones en su alma que estaba claro que su mujer no conocía.

Su padre murió poco después y dejó una suma de dinero considerable, pero la herencia quedó en manos de su madre. A Gwendolen no la licenciaron en el ejército hasta 1919, porque en esa época hubo muchos casos de gripe entre los soldados (un último ataque salvaje de las furias). Cuando por fin volvió a poner los pies en tierras de Yorkshire, descubrió que ya no quedaba dinero. Al principio su madre intentó culpar a su padre, diciendo que lo había perdido en la bolsa, pero al final tuvo que admitir que se lo había dado todo a un hombre que había conocido, precisamente, en la iglesia. Se llamaba Thomas Noble y había engañado a su madre para que le diera su dinero con el pretexto de que él se ocuparía de sus inversiones.

«¿Cómo iba a saber yo lo que iba a pasar?», se lamentaba su madre. ¡Pero cómo podía no haberlo sabido!

No era que fuera la primera mujer crédula a la que había engañado un tramposo, pero eso no servía de consuelo. El innoble señor Noble, obviamente, había desaparecido hacía mucho y nunca se había vuelto a saber de él. «Perdido. Todo perdido», decía su pusilánime madre. (¡No! ¡Nada de perdido! ¡Robado!)

Deberían haber vendido la bonita casa y haberse mudado a un sitio más modesto; eso les habría servido para conseguir un dinero que necesitaban mucho. Pero su madre se negó. Con el tiempo surgieron más dificultades y acabaron vendiendo la fábrica a un precio irrisorio, porque el mundo ya no necesitaba tantas bobinas de alambre de espino; de hecho, prefería olvidar que alguna vez las había utilizado. Cerraron la mitad de las habitaciones de la casa y se confinaron en un espacio pequeño, arreglándoselas con el escaso salario que cobraba Gwendolen en la biblioteca. A esas alturas se daba cuenta de que ella debería haber cogido las riendas y haberse hecho cargo de todo, pero esa sucesión de tragedias (sus hermanos, su padre y el dinero, aparte de la propia guerra) le había pasado factura y no pudo evitar que su vida se fuera erosionando por la constante acción de la piedra de moler que era su madre.

Cuando estalló la guerra, Harry tenía dieciocho años y estaba en Oxford. A mitad del trimestre de otoño apareció en casa un día y dijo que se iba a alistar. Después Gwendolen descubrió que su patriótica madre lo había estado bombardeando con cartas en las que lo

presionaba para que se presentara voluntario. Al día siguiente ella misma lo acompañó personalmente a la oficina de reclutamiento de Green Howards con paso triunfante, como si Harry ya fuera un soldado victorioso.

«No te preocupes, Gwennie. Todo se acabará en unos meses y así conseguiremos que nuestra madre nos deje en paz, por una vez», le había dicho Harry.

Él era el favorito de su madre, y ella, la de su padre. Dickie se quedó en tierra de nadie, así que Gwendolen lo acogió bajo su ala. Era un graciosillo insufrible, siempre buscando llamar la atención y poniendo a todo el mundo de los nervios. Ella no podía evitar querer darle un pescozón todos los días por alguna broma que había hecho. Le regalaron un juego de magia por Navidad y nunca dejaba de dar la lata con sus trucos con cuerdas, cartas o monedas («¿Ves la moneda que tengo en la mano? Pues la voy a hacer desaparecer delante de tus ojos. ¡Prepárate para una gran sorpresa!»), hasta que alguien le gritaba que se fuera y lo dejara en paz.

Y él lo hacía. Dickie no necesitaba que le insistieran. Cuando tenía quince años, hizo su mejor truco de desaparición: se escapó de casa y se alistó como operador de señales del *HMS Indefatigable,* tras mentir sobre su edad. «¿Os sorprende? Estoy todo el día pasándomelo bien y haciendo bromas. Espero que me echéis muchísimo de menos. Envío un beso especial solo para Gwennie», escribió con una letra terrible en una postal que les envió desde Portsmouth.

A Harry lo devoró el lodo amnésico de los campos de Flandes y no quedó nada que indicara el lugar donde cayó. Y, como pasó con Dickie poco después, no hubo tumba a la que poder ir a recordarlo. El mismo mes que Harry desapareció en el lodo, el *HMS Indefatigable* se hundió en Jutlandia y las profundidades se tragaron a Dickie junto con los otros mil marinos que iban en él.

Cuando fueron a Londres, seis años atrás, para asistir al doloroso acontecimiento que fue el funeral público por el soldado desconocido, su madre estaba convencida de que era a Harry a quien estaba dedicada esa tumba. Gwendolen, por su parte, aunque sabía que no era posible, prefería pensar que era para Dickie. Había tenido una vida muy corta, así que «estar enterrado entre reyes» podía suponer cierta compensación. Pero, si estuviera allí, obviamente habría apartado la tapa del ataúd y habría salido dando un salto, como un muñeco de resorte («¡Sorpresa!»).

Todos esos desaparecidos, esas vidas perdidas… Siempre la perseguían en esas solitarias vigilias que hacía cada noche.

Justo cuando a Gwendolen empezaba a parecerle que la monotonía de su vida iba a continuar para siempre, de repente la salud de su madre empezó a deteriorarse rápidamente. La biblioteca le concedió una excedencia sin retribución. Ella había cuidado a muchos hombres que estaban cerca del final, pero le daba la sensación de que ninguno de ellos se había aferrado a la vida con tanta terquedad como su madre. Los sombríos días que precedieron a su muerte parecieron extenderse sin fin, igual que pasaba antes con los tristes días de su vida. Las señoritas Tate, Rogerson y Shaw le enviaron una tarjeta y unos nomeolvides, el tipo de detalle que se le manda a una novia, y le escribieron: «Nos acordamos mucho de ti, querida. Tus amigas de la biblioteca» (se fijó en que no habían incluido al señor Pollock). Gwendolen se sintió tan emocionada que lloró en silencio, porque su madre se habría puesto muy celosa por esa emoción. Ella había decidido que tenía la exclusividad del dolor mucho tiempo atrás.

Echaba de menos la compañía discreta y con aroma de violetas de abril de las señoritas Tate, Rogerson y Shaw. También sus charlas en voz baja, en las que no hablaban de nada, pero que le hacían más llevaderos los días en la biblioteca. «Cotilleos», decía el señor Pollock con desdén, pero Gwendolen creía que esa era la palabra que utilizaban los hombres para referirse a cualquier conversación femenina. Ellos hablaban para transmitir información o para analizar puntuaciones de críquet o estadísticas de campaña. Sin embargo, las mujeres hablaban para intentar entender las debilidades humanas. Si los hombres se pusieran a «cotillear», el mundo sería un lugar mejor. Y seguro que habría menos guerras.

«Madre mía, señorita Kelling, es usted muy radical»; eso le dijo el señor Pollock cuando Gwendolen expresó esa opinión. Sucedió durante una discusión bastante acalorada sobre adquisiciones. Llevaba un tiempo produciéndose un tira y afloja por culpa de *El sombrero verde,* de Michael Arlen, porque el señor Pollock temía que pudiera «corromper a la buena gente de provincias» por su inmoralidad. Aseguraba que en ese libro se trataban temas que ni siquiera se podían mencionar delante de personas decentes. «¿Las enfermedades venéreas? ¿La homosexualidad? ¿La promiscuidad?», contestó Gwendolen, incapaz de contenerse. El señor Pollock pareció a punto de sufrir una apoplejía. Era muy fácil provocarlo.

La batalla por *El sombrero verde* la ganó ella gracias a que era la única en esa biblioteca que había leído la novela. No le gustaba la forma de escribir de Arlen, ni el narrador ni la *femme fatale* del sombrero verde, Iris Storm, con su carácter abstraído e irritante. Decían que el personaje estaba basado en Nancy Cunard y que se

trataba de una especie de *roman à clef*. Gwendolen se preguntó cómo sería verse retratada en una novela; sacaría de quicio a cualquiera, supuso. A pesar de todo estaba dispuesta a luchar por el libro, argumentando que era importante para la biblioteca no quedarse anticuada, desconectada de la era moderna, y además ¿era parte de su trabajo decidir lo que podía leer la gente y lo que no? (Según el señor Pollock, sí.) En parte a ella le daba igual, obviamente, pero le gustaba tener esas discusiones con él.

Había un flujo constante de peticiones de lectoras de los libros de las escritoras «picantes» de la época: Elinor Glyn, Ruby M. Ayres, Ethel M. Dell. «Libros subiditos de tono», decía la señorita Shaw con una risita infantil. Después se produjo una positiva avalancha de gente pidiendo la nueva novela de E. M. Hull, *The Sons of the Sheik,* otro libro al que el señor Pollock le ponía especiales objeciones.

Pero ¿por qué no iban a tener en las estanterías la novelas que eran populares en ese momento?, insistía Gwendolen. ¿Qué tenía de malo un poco de placer inofensivo, sobre todo después de lo que habían tenido que soportar? ¿Tenía que leer todo el mundo a Scott o a Smollett? Incluso Austen era complicada para algunos lectores. El señor Pollock siempre estaba alabando a Addison y a Carlyle. Pero a ella no se le ocurría nada peor. Él dijo que solo adquirirían la secuela de *The Sheik* por encima de su cadáver, lo que provocó que las señoritas del benevolente cónclave volvieran su cabeza de pelo blanco y lo miraran con curiosidad, como si acabara de anunciar el día en que llegaría a su fin su gris y polvorienta vida. Gwendolen no pudo evitar soltar una carcajada.

Cuando su vigilia junto al lecho de muerte de su madre se acercaba a su fin, se prometió a sí misma que, si volvía a la biblioteca, toleraría al señor Pollock de forma absolutamente beatífica. Unas buenas intenciones que sabía con seguridad que estaban abocadas al fracaso. Pero no tenía que volver allí. No tenía que seguir categorizando libros y sellando tiques. Ni tampoco tenía que frotar ollas ni remendar medias. Gwendolen había quedado por fin liberada de sus deberes de hija, porque incluso las personas con una enfermedad ficticia acababan muriendo en algún momento. Los vientos habían cambiado y por fin saldría de la calma chicha.

Como era natural, en la biblioteca recibió condolencias cordiales por la muerte de su madre de parte de las señoritas Tate, Rogerson y Shaw, que aceptó con la sobriedad requerida. Sus colegas enviaron una pequeña corona al funeral de su madre que decía: «De tus amigas de la biblioteca» y ella les dio las gracias: «Mi madre habría estado

muy conmovida». En realidad, su madre seguro que se habría quejado del escaso número de flores, o de que la hacían estornudar, o de que no eran del color adecuado. A ella le gustaban muchísimo los tonos morados oscuros, que a Gwendolen le resultaban tremendamente sofocantes. Habría sido un alivio ver un malva alguna vez.

Aunque le había dicho a Frobisher que seguía de excedencia en la biblioteca, ella ya había dimitido antes de hacer ese viaje a Londres. Quería que él pensara que tenía un sitio al que volver; intuía que respetaría más eso que sus actuales circunstancias.

«La vamos a echar mucho de menos, señorita Kelling», dijo para despedirse la señorita Shaw. Gwendolen les dio un beso cariñoso en la mejilla a todas, pero no al señor Pollock, claro, que solo le estrechó la mano con poca energía y le dijo que le deseaba lo mejor.

Esa mañana el inspector jefe Frobisher la había ido a recoger a The Warrender a una hora intempestiva, en un coche que conducía un agente de policía (un detalle que no le pasó desapercibido a la señora Bodley).

Inspector jefe Frobisher, pero qué nombre tan largo y enrevesado; Gwendolen decidió que en el futuro lo iba a llamar Frobisher sin más, aunque seguramente no con él delante. Tenía una cara muy seria. Era un hombre taciturno (había conocido unos cuantos así), y parecía molesto por sus intentos de entablar conversación.

Apenas eran las ocho cuando volvió a dejarla en la puerta de The Warrender. Entonces Gwendolen le dijo:

—¿Se va a su casa ahora?

—¿A mi casa? —preguntó él con el ceño fruncido por la perplejidad, como si no estuviera muy seguro del significado de esa palabra (ese hombre tendría casa, ¿verdad?)—. No —respondió tras un silencio—. Me temo que el deber me llama. Me voy a trabajar, a Bow Street.

—¿Allí es adonde debo ir para darle mi «informe»? —Rio al pronunciar esa palabra, solo de pensar en la tarea que tenía por delante (empezaba a sentir un poco de vértigo). Cuando él volvió a mirarla con ese ceño fruncido (era un gesto que hacía mucho), ella continuó—: No se preocupe. Seré sensata, se lo prometo. Esa es una de mis cualidades, por desgracia.

—No debe atraer ningún tipo de atención.

—Soy bibliotecaria —dijo para tranquilizarlo—. Estamos acostumbradas a movernos por el mundo sin que nadie se fije en nostras.

El agente que conducía le abrió la puerta del coche y Gwendolen

subió corriendo las escaleras de The Warrender. Cuando llegó arriba, se giró para despedirse con la mano de Frobisher. Se sentía llena de energía. Era como si le hubieran quitado un enorme peso de los hombros; realmente eso era lo que había sucedido al morir su madre. ¡Aleluya!

La señora Bodley (que casi nunca dejaba la recepción, como ya había descubierto Gwendolen) la miró de arriba abajo y se fijó en que llevaba su ropa de calle.

—¿Ha salido usted temprano, señorita Kelling? —fue lo que preguntó, aunque lo que quería decir en realidad, supuso Gwendolen, era: «¿Vuelve usted tarde, señorita Kelling?».

—No me ha dado tiempo a dormir mucho esta noche, señora Bodley —contestó Gwendolen con alegría. Su recompensa fue verla arrugar la nariz—. Espero no haberme perdido el desayuno.

El desayuno, como todas las comidas en The Warrender, era contundente. Una enorme cafetera de plata circulaba continuamente por el comedor, transportada por una camarera joven y delgada que se tambaleaba por el peso del recipiente. Tanto este como la señora Bodley intimidaban a la pobre Violet.

Gachas, gruesas lonchas de beicon, huevos fritos y morcilla, acompañado todo de tostadas con mermelada. Se podían decir muchas cosas de la señora Bodley, pero no que hacía pasar hambre a las Señoritas en Apuros. Gwendolen comió de todo y con ganas. Se sentía pletórica y con estupenda salud. Todavía no había cumplido treinta y dos años, se recordó. Había vivido bajo la sombra de la guerra durante demasiado tiempo. Ya podía ser libre. La liberación de Gwendolen, como la que se producía tras un asedio. Hizo un gesto para pedir más café y le sonrió a Violet, que le respondió con otra sonrisa. Eran casi conspiradoras contra una enemiga común: la señora Bodley.

¿Podría hacer lo que le había pedido Frobisher? No tenía ni idea, pero lo iba a intentar. Sería una aventura. Y, con suerte, no sería nada sensata.

Frobisher confinado

El día anterior Gwendolen Kelling lo había pillado en su despacho, aburrido detrás de su mesa de Bow Street, por casualidad. Frobisher pasaba el menor tiempo posible allí; prefería estar por ahí, de acá para allá. Un hombre dentro de un despacho no veía nada, pero si estaba en la calle percibía muchas cosas, sobre todo si era suspicaz. El momento más feliz de la carrera de Frobisher había sido cuando era un joven agente de uniforme que patrullaba las calles, gastando las suelas de sus impresionantes botas. Estuvo controlando al gentío durante el funeral de la antigua reina y la coronación del nuevo rey y también del que siguió.

Había visto los mejores tiempos de Londres, pero desde la guerra la capital había entrado en declive. «O tempora! O mores!», pensó. Todo se había vuelto loco desde que llegó la paz, y él a veces se preguntaba si no se estarían acercando a la muerte de la civilización occidental. Pero después recordó que la gente llevaba hablando de la muerte de la civilización desde los tiempos de Babilonia, o incluso de Tutankamón. Los que tenían tendencia a la superstición hablaban mucho de la maldición que había sobrevenido tras la apertura de la tumba de ese faraón. Se decía que se estaba manifestando en el mismísimo Londres. Frobisher rechazaba esa irracionalidad, aunque obviamente se había quedado maravillado, como todo el mundo, con el descubrimiento de la tumba («¡Veo cosas maravillosas!»). Se había suscrito a *National Geographic* solo para…

Alguien llamó a su puerta de forma muy eficiente y un momento después dijo:

—¿Inspector jefe?

—Sí, señorita…

—Gwendolen. Gwendolen Kelling. El señor Ingram me ha dado su nombre —explicó—. Alguien le dijo que podría encontrarlo en Scotland Yard, pero cuando lo intentó, no lo consiguió.

—Porque no estoy allí. Estoy aquí. —¿De verdad quedaba fuera de la capacidad de Scotland Yard redirigir a ese tal señor Ingram a Bow Street? (Probablemente la respuesta a esa pregunta era sí.)

—Pues al fin lo encuentro. Será mejor que vaya al grano, ¿le parece?

—Siéntese primero, por favor, señorita Kelling.

Ella se sentó en la silla que él tenía enfrente.

—Estoy buscando a dos chicas —empezó a contar—. Freda Murgatroyd y Florence Ingram. Tienen catorce años, casi unas niñas, sobre todo en el caso de Florence. Al parecer, es bastante inmadura, se ha educado en un colegio de monjas. Pero me temo que Freda la convenció para que se escapara de casa y viniera a Londres con ella.

—¿Y usted es… su tía? —preguntó Frobisher, aunque se apresuró a añadir—: ¿Su hermana? —Por si lo de «tía» se lo tomaba como una referencia a la edad. Tendría treinta y pocos, dedujo, lo bastante mayor para ser tía, creyó, aunque se le daba mejor adivinar la edad de un caballo que la de una mujer. De vez en cuando iba a Epping Forest a montar. Prefería ir a lomos de un caballo que en un Austin Seven. Pero los caballos estaban desapareciendo y seguro que no iban a volver a ponerse de moda.

—No —contestó, e interrumpió sus pensamientos, que se habían ido por otros derroteros—. Soy amiga de la hermana de Freda. No tiene padre, y aunque tiene madre, es como si no la tuviera, y Cissy… La hermana…, hermanastra en realidad, tiene niños pequeños, pero yo no tengo a nadie que dependa de mí y he pedido una excedencia en mi trabajo, en la biblioteca, así que soy libre como el viento; por eso me he ofrecido voluntaria para venir a Londres a buscarlas.

A Frobisher le costó asimilar toda esa información. Ella hablaba demasiado rápido. Parecía llena de energía y alegría, algo que no se veía normalmente en ese despacho. De hecho, lo tenía bastante desconcertado.

—¿No tendrá por casualidad una foto de cualquiera de las dos chicas? —preguntó.

—Vaya —respondió a la vez que se daba una palmada en la frente. (Era muy expresiva para ser bibliotecaria. Parecía casi italiana. Cuando había pronunciado la palabra *bibliotecaria* antes, lo que le había venido a la mente era la imagen de una solterona avinagrada, nada que ver con esa criatura tan animosa que tenía delante)—. ¡Qué tonta soy! ¡Cómo no se me ha ocurrido antes! Le voy a pedir a Cissy que me envíe una de Freda por correo. Seguro que podrá hacerse con una de Florence también. Sus padres están desesperados, pero me temo que la madre de Freda estaba bastante contenta de haberse librado de ella.

—¿Y esas chicas son capaces de defenderse solas?

—Como le he dicho, Florence es bastante infantil para su edad.

—¿Y Freda?

—Justo lo contrario, he de reconocer. Tengo la nota que Freda dejó

para su madre, pero no creo que le vaya a ser de utilidad. —Sacó un trozo de papel rosa del bolso y se lo pasó por encima de la mesa.

Frobisher leyó en voz alta:

—«Querida madre: me he ido a Londres a buscar…» ¿Qué dice aquí, señorita Kelling?

—«Fortuna».

—«… a buscar fortuna. Voy a bailar sobre los escenarios. La próxima vez que sepas de mí ya seré…».

—«… famosa.» Tiene una letra atroz. Y ahí la palabra *famosa* está entre exclamaciones —añadió—. Hace usted que eso de la fama suene muy cotidiano, inspector jefe; esa palabra exige cierta chispa.

Frobisher ignoró ese comentario. Le pareció lo menos peligroso. Nunca sabía muy bien cómo responder a las bromas, ni siquiera a las más inofensivas, y mucho menos si venían de una mujer. Y tampoco sabía cómo ponerle «chispa» a una palabra. Ni a nada, en realidad. Lo que hizo fue seguir leyendo la nota escrita en papel rosa, muy concentrado. Ese papel estaba impregnado de un olor bastante desagradable.

(«Perfume de geranio, creo», apuntó la señorita Kelling.)

—«… ya seré famosa. No te preocupes por mí. Con cariño, tu hija Freda».

Dejar una nota era mejor que no dejar nada, se dijo Frobisher. Las niñas que no la dejaban salían por la puerta y desaparecían como por arte de magia. Las que la escribían dejaban una prueba tras de sí. Una nota se dejaba con un propósito.

—«Buscar fortuna» —repitió entre dientes, y le devolvió el papel rosa. Podría mandar a un agente a preguntar por las escuelas de danza; eran lugares a los que probablemente iría una chica que estaba «buscando fortuna» en el mundo del espectáculo y los escenarios.

Le explicó a la señorita Kelling que, en Londres, las chicas que bailaban eran una industria: «Las sacan de cualquier parte, como si fueran trozos de acero o carbón». Había una cantidad enorme de escuelas de danza en la zona de acción de Frobisher. La mayoría de las chicas que se «graduaban» allí no tenían ninguna opción de llegar al teatro ni de alcanzar la fama que deseaban con todas sus fuerzas. Así que acababan en los clubes nocturnos o se iban al extranjero a bailar y nunca más se sabía de ellas. Algunas terminaban en las calles, evidentemente. O en las orillas del río Támesis, arrastradas por la marea; las sacaban del agua en las zonas de Wapping o Deptford. O en el Tower Bridge. Pero esas no se las mencionó a la señorita Kelling.

—¿Y qué hacen las chicas en los clubes? —preguntó ella—. Yo soy de York. No sé si allí tenemos ese tipo de clubes.

—Les pagan para bailar con los clientes —la iluminó Frobisher—. Las llaman «bailarinas profesionales».

—Eso suena un poco…

—Exacto. Los peores son los clubes de Nellie Coker. Parece que se las tragan. Se las conoce como «las chicas felices» de la señora Coker. Interprete eso como usted quiera. —Y entonces a Frobisher se le ocurrió una idea—. Señorita Kelling, voy a hacerle una proposición.

—¿Que me infiltre, inspector jefe?

—No sé si esa es la palabra que utilizaría yo… Me parece un poco dramática. Tal vez *misión de reconocimiento* sería un término más adecuado. Solo una noche, señorita Kelling. En The Amethyst, el club más grande de Nellie Coker. Su puesto de mando, por así decirlo. No tengo agentes femeninas en Bow Street ahora mismo. Y necesito a alguien que parezca totalmente fuera de lugar.

—¿Totalmente?

—Tiene que ser mis ojos y mis oídos esa noche. Contarme si ve algo fuera de la ley. Quién sabe, tal vez encuentre allí a una de las chicas a las que busca.

Ella no dudó ni un segundo.

—Muy bien, ¿por qué no? ¿Vendrá usted?

—¿Yo? —Le alarmó la sola idea, así que se apresuró a contestar—: No, no, yo no. Buscaré a alguien que la acompañe. Pero debo advertirle, señorita Kelling, de que el club es un antro de perdición y que puede que se encuentre allí conductas que la escandalicen.

—Fui enfermera durante la guerra, inspector jefe. Dudo que quede nada sobre la tierra que me escandalice. ¿Quiere que utilice un nombre falso, un alias?

Él no se había esperado que ella se mostrara tan dispuesta.

—No será necesario, señorita Kelling. Deber tener mucha precaución. Es fácil dejarse seducir por esa gente. —Dudó un momento y después dijo—: Si le parece bien, van a liberar de la cárcel de Holloway a la matriarca, Nellie Coker, a la que llaman «la reina de los clubes», mañana por la mañana. ¿Quiere acompañarme a ver el espectáculo?

—¿Pero habrá un espectáculo?

—Casi seguro.

—Excelente. Me encantan los espectáculos y hace un tiempo que no veo ninguno. Pero ahora debo irme. Ya le he robado demasiado de su valioso tiempo. Voy a hacer unas compras y un poco de turismo.

—¿Turismo? ¿Tiene un Bartholomew? Va a necesitar uno. —Entonces se le ocurrió algo—. Oh, y… necesitará un vestido de noche

para The Amethyst, señorita Kelling. ¿Tiene alguno?

—Claro, inspector jefe.

—Puede llamarme inspector a secas, señorita Kelling. —Se la imaginó llamándolo John, pero eso lo distrajo tanto que se puso de pie de repente y continuó—: Yo me ocuparé de los preparativos. Le enviaré una nota con las instrucciones a…

—The Warrender, en Knightsbride. Estoy ansiosa por realizar esta misión, inspector.

Aves nocturnas

—¿Dónde está Mamaíta? —preguntó Shirley cuando se sentó a la mesa con Betty y Kitty.

—A mí que me registren —contestó Betty—. ¿Es que soy yo la guardiana de nuestra madre? ¿Tú qué dices, Keeper?

El perro de Niven levantó las orejas, pero en vano. Para él no había nada más en el mundo que su amo.

Hanover Terrace no tenía un horario fijo para mantener una rutina, como los trenes; no había llegadas ni salidas establecidas en sus días, simplemente navegaban a la deriva por ellos. Solo Edith parecía estar empujada por alguna corriente, pero ese día en concreto no. Se levantaron cuando quisieron, a última hora de la mañana o primera de la tarde, y fueron en busca de una comida que consistiría en algo diferente para cada uno de ellos. Shirley, por ejemplo, estaba pensando en probar los huevos cocidos que acababa de traer la cocinera, mientras que Betty estaba engullendo áspic con una especie de ensalada («Tiene gambas, creo, aunque podría ser cualquier cosa, en realidad»; las ensaladas no eran la especialidad de su cocinera, y esa parecía que habría estado más cómoda en un acuario).

—He oído a Mamaíta salir antes —comentó Kitty, manchada de mermelada.

Estaba sentada en el asiento de la ventana y se entretenía leyendo en voz alta el contenido de las columnas de cotilleos. Hacía poco que la habían expulsado del instituto privado (por incendio provocado, aunque lo negaba con vehemencia) y nadie parecía saber qué hacer con ella, así que Nellie le había encomendado la tarea de revisar los periódicos para localizar informaciones útiles («Lady Melchior ha abandonado Durban en el *Windsor Castle* y ya viaja de regreso a casa, a Southampton», por ejemplo). Después un jefe de camareros de alguno de sus clubes podría murmurar: «Bienvenida tras su visita a Sudáfrica, lady Melchior. Es un placer que haya vuelto», a la vez que le ofrecía una botella de champán que parecía que era gratis pero que sería astutamente añadida a la cuenta que le pasaran al final de la noche. Nada era gratis en el mundo de Nellie, ni siquiera el amor. Mucho menos eso, más bien.

Edith, que se había levantado muy tarde, algo poco propio de ella,

y todavía desaliñada porque estaba recién salida de la cama, se unió al grupo y dijo:

—No me encuentro muy bien.

—Estás muy pálida —comentó Betty, sacando un poco de compasión de alguna parte. A veces se sorprendía a sí misma. Era una persona muy dura, pero podía ponerse empalagosamente sentimental, un contraste que también tenían su madre y muchos dictadores que había habido antes y que habría después.

Ramsay fue hasta la mesa bostezando y murmuró algo que podía ser un saludo o un insulto. Muy pocas veces se trataban con buena educación entre ellos.

Edith, con la cara cenicienta, cogió una tostada de la rejilla, pero la dejó a un lado un segundo después, como si estuviera cubierta de arañas.

—Tómate un poco de ron —sugirió Shirley—. A mí siempre me va bien.

Su hermana mayor se estremeció solo de pensarlo.

—O ponche de huevo —insistió la menor.

Edith fingió una arcada.

—¿Mamaíta está bien? —preguntó Betty sin dirigirse a nadie en particular—. ¿No está enferma ni nada?

—¿Enferma? —preguntó Edith—. ¿Por qué dices eso?

—No sé. Es que está rara, no parece ella.

—Creo que Mamaíta ha tenido demasiado tiempo para darle vueltas a la cabeza en la cárcel —comentó Shirley.

Ni Betty ni Shirley tenían tiempo para pensar en nada. La «vida mental» era para ellas una forma de malgastar tanto la vida como la mente, a pesar de que ambas habían pasado por Cambridge. O tal vez precisamente por eso.

—«¿A qué hora empieza la vida nocturna en Londres? Me han dicho que en Buckingham Palace a las nueve en punto. En Maida Vale, donde gustan de «alargar la noche», prefieren a las siete y media. En Mayfair (el señor Michael Arden me corregirá si me equivoco) es más bien a las ocho y media. En South Kensington se sientan a cenar un cuarto de hora antes. Y en Wimbledon a las ocho en punto apartan la aspidistra para destapar la radio comprada a plazos y ponen el aparato a funcionar».

—Oh, cállate ya, Kitty —exclamó Betty.

—¿Pero qué es esa estupidez? —preguntó Shirley.

—La columna «Society Paragraphist», de Vivian Quinn —aportó Ramsay con tono cansado.

—¿Es que Kitty no puede leer *Los cautivos del bosque* o algo así? —

preguntó Edith, irritada.

Kitty soñaba con que mencionaran su nombre en los periódicos: «La siempre a la moda hija menor de la rica e ilustre señora Coker, del West End, estuvo anoche en Grafton Galleries»… El resto de ellos desdeñaban a los que escribían las crónicas sociales y se hacían llamar «periodistas». «Escritorzuelos de Fleet Street», los llamaba Edith con desprecio. Patrick Balfour, Horace Wyndham, Vivian Quinn, por supuesto… Eran hombres de cierto tipo: cáusticos, mordaces, esnobs y lo que Nellie definía como «silenciosamente extravagantes». «Un oxímoron», contestaba siempre Betty. «Exacto», respondía su madre.

A pesar de su instintiva desconfianza hacia las columnas de cotilleos de sociedad, Nellie reconocía el valor de la publicidad en periódicos como el *Express,* el *Sketch* y la columna «Diary» del *Evening Standard.* A sus lectores les encantaba devorar historias de celebridades, y si estas se pavoneaban por The Amethyst o por algún otro de sus clubes, mejor para ella. Los clubes tenían hambre y había que alimentarlos. Y el sustento del negocio no eran las Tallulah Bankhead de ese mundo, sino las parejas que venían a la ciudad desde Pinner, tras un largo viaje en metro, para pasar allí la noche, buscando un poco de diversión.

Desde que volvió de Suiza, la carga de alimentar a los columnistas había recaído sobre los reticentes hombros de Ramsay. En ese momento estaba untando mantequilla en una tostada muy despacio, como si estuviera retrasando el momento de darle un mordisco. Él tampoco se sentía en plena forma esa mañana (demasiadas drogas la noche anterior), pero no quería provocar la ira de Edith comentándolo. A su hermana le encantaba una buena pelea. Suspiró de una forma que provocó que ella enarcara una ceja amenazante mientras lo atravesaba con la mirada.

—¿Tú también estás enfermo? —preguntó con acritud, lista para saltar al cuadrilátero.

—Ni mucho menos —contestó él, y le dio un bocado enorme a la tostada para demostrar lo bien que estaba, aunque estuvo a punto de ahogarse con él.

A Ramsay le parecía a veces que su vida no era más que una lucha eterna para ser auténtico (tenía una clara tendencia al melodrama). Debió de transmitir inconscientemente algo sobre ese particular, porque se quedó desconcertado al oír que Shirley decía:

—Oh, Ramsay, cielo, ¡claro que eres auténtico! —Ella era la más amable de todos—. Sufres porque eres creativo. Los artistas tienen que sufrir, así es como llegan a la verdad profunda.

En los Alpes no tenía nada que hacer más que tumbarse en la

galería y mirar la nieve suiza, tan vacía y de un blanco tan cegador como un papel en blanco, hasta que creyó que se iba a volver loco. Nadie fue allí a visitarlo, aunque eso no lo sorprendió. Su madre podría haber cogido el Orient Express hasta Zúrich, pero aseguraba que estaba muy ocupada. Con cada hijo que había tenido, Nellie había ido perdiendo cada vez más interés, así que Ramsay y Kitty, que habían llegado los últimos, estaban terriblemente desatendidos por su parte.

Ramsay le había suplicado a su madre que le enviara material de lectura, pero fue Niven quien lo hizo: cajas y cajas de libros, cualquier cosa desde Mabinogion hasta Virginia Woolf. Cuando volvió a las costas inglesas, solo unos meses atrás, el cerebro de Ramsay estaba tan saturado de palabras que se sentía casi abrumado por la urgente necesidad de vomitarlas. ¡Una novela!, decidió. Iba a escribir una novela (una genial, claro). Por desgracia, el acto mismo de escribir algo en un papel (tan vacío y de un blanco tan cegador como la nieve suiza) había demostrado no ser tan fácil como parecía.

Shirley y Betty le regalaron una máquina de escribir Remington, pequeña y portátil, por su veintiún cumpleaños, que había sido recientemente («Una máquina para el viajero», la denominaban, cosa que él no era, a menos que contara el viaje a Suiza, y Ramsay no lo hacía). Pero ¿qué escribir?

—¿No dicen eso de «escribe sobre lo que sabes»? —comentó Betty —. Pues tú no sabes de nada, ¿verdad?

—Gracias.

Si escribía sobre lo que sabía, le iba a quedar una novela muy corta sobre un hombre en un sanatorio suizo atrapado entre las garras de la desesperanza y el terror existencial. ¿Y quién demonios iba a querer leer eso? Ramsay seguro que no.

—Lo único que tienes que hacer es ir escribiendo una frase detrás de otra y… *voilà!* Tendrás una novela —sugirió Shirley.

Sería más fácil si encontrara un título. Si tuviera uno perfecto, el resto de la novela fluiría de forma natural a partir de ahí. ¿Podías ser escritor si no habías escrito nada? ¿O artista si no habías creado ninguna obra de arte?

—Claro que sí —afirmó Shirley—. Si tienes alma de artista, no tienes que hacer nada necesariamente. —Edith rio entre dientes con tono burlón, pero Shirley continuó sin darle importancia—. ¿Sabes, Ramsay? Tengo una idea. ¿Por qué no nos vamos juntos tú yo a la Costa Azul o a París, nos alojamos en una buhardilla típica y yo me dedico a pintar y tú a escribir el gran *roman du jour?* Como *El sombrero verde,* ya sabes.

«Oh, no, otra vez ese libro no», pensó Ramsay. Estaba harto de oír hablar de él. Todo el mundo podía escribir una novela contemporánea provocadora como esa, si bien en último término aburrida.

—¡Tú sí que podrías! —insistió Shirley, sin ironía.

Ramsay no sabía que ella pintara.

—No he pintado nunca —continuó con desenfado—, pero estoy segura de que podría.

Desde su asiento de la ventana, Kitty veía claramente al hombre que estaba de pie en el jardín privado que separaba Hanover Terrace de la calle. Estaba vigilando la casa, como si estuviera esperando a que empezara algo. Tenía la piel olivácea y parecía extranjero. Fumaba un cigarrillo y tenía el aire despreocupado de una persona a la que no le importaba que la vieran allí. Llevaba zapatos *oxford* de dos colores, que Kitty sabía que también se llamaban «zapatos de espectador», aunque desconocía por qué y nadie quería explicárselo cuando preguntaba por ello.

A él no le alteró que ella estuviera allí, viéndolo; de hecho, parecía que le divertía su presencia. Ella enarcó una ceja de esa forma inquisitiva típica de los Coker y él se tocó el sombrero con un leve gesto de saludo y se fue paseando tranquilamente. Kitty masticaba muy concentrada un trozo de tostada. No dijo nada. El hombre era algo demasiado interesante para compartirlo con los demás.

Niven entró con el correo, que había recogido él del felpudo porque a los demás les había dado pereza ir a buscarlo, y lo repartió por la mesa, tirándoselo a cada uno de sus destinatarios. Se sirvió una taza de café y se la tomó de pie, sin quitarse el bonito abrigo cruzado de *tweed* de Huntsman. Tenía las solapas forradas de una espesa piel de castor que Kitty sintió la repentina necesidad de acariciar; extendió una mano para tocarla, pero Niven la apartó como si estuviera espantando una mosca. Esas solapas le recordaron a Moppet, el gato de Great Percy Street. Lo atropelló un camión de la basura el año anterior y Kitty se dijo que ojalá lo hubieran disecado o lo hubieran convertido en forro para solapas. O incluso que lo hubieran momificado, como el gato egipcio que decoraba The Sphinx. A ella no la dejaban entrar allí (el más bullicioso de todos los clubes de los Coker), pero eso no evitaba que lo hiciera.

—Mamaíta ha desertado —le dijo Shirley a Niven mientras decapitaba sin piedad su segundo huevo cocido—. Ha abandonado su puesto sin permiso.

—Tendrá que responder ante el pelotón de fusilamiento —repuso él —. Esa es la pena por ese delito.

—Pobre Mamaíta —dijo riendo Betty.

—¿Qué es eso? —preguntó Kitty, colgándose del cuello de Ramsay como una boa constrictor cuando se puso a abrir un sobre que iba dirigido a él.

—Quita. Me estás ahogando.

Ella leyó en voz alta:

—«Está usted invitado a venir a jugar. La señorita Pamela Berowne solicita el placer de su compañía en su fiesta de bebés».

—¿Pero qué demonios es eso? —preguntó Shirley—. ¿Tienes que llevar un bebé? Menuda pesadilla.

—Es una de los Bright Young Things —explicó Ramsay con hastío, y se zafó del brazo de Kitty—. Va detrás de mí. Quién sabrá por qué —añadió.

—Conozco a Pamela —intervino Betty—. No tiene nada de brillante.

Entonces dieron rienda suelta a su insidia exponiendo su opinión sobre ese grupo que se hacía llamar Bright Young Things, es decir, jóvenes brillantes.

—Y tampoco es tan joven —comentó Shirley.

—Pues entonces se ha quedado en nada —concluyó Betty.

Las dos rieron, encantadas consigo mismas. Eso era algo habitual.

—¿Vas a ir? —le preguntó Kitty a Ramsay.

—Tal vez. Supongo que puede pasar algo interesante.

—Algo sobre lo que podrías escribir —lo animó Shirley.

—Mamaíta querrá que hagas acto de presencia —intervino Betty—. Para agitar la bandera en The Amethyst.

—¿Tenemos una bandera? —preguntó Kitty.

—Tu amigo Vivian Quinn estará allí, supongo —añadió Betty.

—No es mi amigo —contestó Ramsay—. Su columna es una imbecilidad. Él es imbécil.

—¿Vivian Quinn? —le preguntó Kitty, ansiosa—. No sabía que era amigo tuyo.

—No es mi amigo —insistió él—. ¿Por qué decís todos que sí lo es? Da la casualidad de que lo conozco, sin más. Ni siquiera me cae bien.

—Pero si estás con él todo el tiempo —repuso Betty.

—También estoy todo el tiempo contigo y eso no te convierte en mi amiga.

—Al parecer está escribiendo un *roman à clef* —continuó Betty, indiferente a su menosprecio—. Me pregunto si tú saldrás en él, Ramsay —dijo riendo—. ¿Te encuentras bien, Edith? Parece que estás

a punto de vomitar.

Su hermana mayor tenía muy mal color, pero seguía sentada a la mesa estoicamente.

—¿Por qué demonios iba a salir yo en su novela? —retomó la conversación Ramsay—. Haría que alguien matara a Quinn si así fuera.

—¿Quién? —quiso saber Kitty.

—Niven, claro —contestó Shirley.

—Ocúpate de tu propio trabajo sucio —respondió Niven—. Yo ya he matado a bastante gente.

—Ah, ¿sí? ¿Has matado a gente? —aprovechó para preguntar Kitty, que de repente empezó a ver a Niven de una forma nueva e interesante.

—¿De qué crees que va la guerra, niña tonta?

Betty había acabado con el áspic y había empezado con un melocotón, que estaba pelando muy meticulosamente con una navaja diminuta de plata maciza que tenía grabadas sus iniciales y que le había regalado un admirador. Nellie tenía sentimientos encontrados en cuanto a ese objeto: era más útil que unas flores, eso sin duda, pero ¿para qué se le regala a una chica una navaja?, se preguntaba, perpleja. Era una invitación a apuñalar a alguien con ella, en su opinión. Chéjov tenía su pistola, y Betty, su navaja. Mejor que tuviera cuidado con el uso que le daba dentro de la historia de su vida.

—Te vi ayer —le dijo Betty a Niven con tono acusador.

Él seguía de pie y sin quitarse el abrigo. Era una persona que siempre estaba a punto de llegar o de irse, así que les resultaba desconcertante cuando permanecía demasiado tiempo entre esos dos extremos.

—Cerca de St James —insistió Betty—. Estabas parado en una de esas cosas nuevas que llaman «semáforos» y llevabas a una mujer en el coche.

—¿Quién era? —interrogó Shirley.

—Nadie —contestó Niven.

—Alguien tendría que ser. ¿La llevabas a dar una vuelta?

Betty resopló de una forma muy poco femenina.

—Oh, ¿ahora lo llaman así?

—¿Eso hacías, Niven? —preguntó Kitty con una inocencia digna de elogio—. ¿Llevarla a dar una vuelta?

Él ignoró sus preguntas.

—¿Vas a volver a salir? —continuó Betty. Él también ignoró esa pregunta—. ¿Por qué no nos llevas en tu coche a nosotras, eh? Shirley y yo vamos a Selfridges.

—¿Puedo ir con vosotras? —pidió Kitty.

—No.

Todos estaban de acuerdo en que el mejor coche era el de Niven: un Hispano-Suiza tan magnífico que la gente se paraba en seco en la calle para admirarlo («Divino», exclamaba Kitty arrastrando las sílabas y sacudiendo las manos de forma inexplicable. Siempre estaba imitando a alguna estrella o persona famosa. Tenía tendencia a la iconolatría).

—¿Nos llevas a nosotras entonces, Niven? —volvió a pedir Betty. El melocotón de su plato, ya totalmente pelado, era un globo maduro perfecto que podría haber sustituido a una de las manzanas de oro que distrajeron a Atalanta.

En respuesta él extendió la mano para coger el melocotón y le dio un mordisco. Al verlo, Betty dio un brinco como un gato escaldado y le gritó que era un cabrón con el corazón negro que merecía la muerte.

—Que hay una niña presente —gritó Edith.

—¿Dónde? —preguntó Kitty.

Y Edith añadió:

—Deja la navaja, Betty.

Niven chasqueó los dedos y Keeper se levantó de un salto. Los dos salieron de allí apresuradamente, antes de que alguien más quisiera ocupar algún asiento del Hispano-Suiza.

El resto fue abandonando la habitación poco a poco, como una bandada de cuervos que de repente se separa y se va dispersando, cada uno en una dirección. Edith fue a «tumbarse un rato» en su habitación, pero solo llegó al armario de los abrigos del piso de abajo, donde todos la oyeron vomitar.

—Espero que lo que tenga no sea contagioso —comentó Betty.

—Anoche estaba bebiendo ginebra —aportó Shirley.

—No debería, no tiene estómago para eso.

Betty y Shirley tuvieron que meterse como pudieron en el diminuto Sunbeam de Betty mientras Ramsay, animado por la fe que Shirley tenía en él, se fue a su habitación a pensar en su novela. Los escritores tenían que pensar mucho; de hecho, casi necesitaban invertir más tiempo en eso que en escribir.

La abandonada Kitty volvió a su asiento de la ventana y se terminó el melocotón que había quedado tan olvidado como ella. Esperaba que el hombre misterioso hubiera vuelto a su puesto de vigilancia, pero el jardín estaba vacío, así que se preparó un baño en el que vació un tarro entero de las sales de baño Mermaid de Betty. Luego, como se sentía un poco apagada, le pidió a la cocinera que le preparara un

chocolat chaud («¿Eh?», dijo la contrariada cocinera) y después se llevó a escondidas de la despensa varias lonchas grandes de jamón y se las comió también, hasta que se sintió casi tan mal como Edith.

Cuando por fin Nellie volvió a casa, a Hanover Terrace, tras su visita al parque, sorprendió a Kitty al aparecer de repente delante de las puertas cristaleras. Su madre no tenía llave para entrar, así que le abrió ella, aunque se le pasó por la cabeza no hacerlo.

—¿No deberías estar en la cama? —preguntó Nellie.

—Pero si me acabo de levantar —contestó Kitty con toda la razón del mundo.

Los Dardanelos

Niven se sentó en su sitio habitual en la silla del barbero y al instante un hombre triste que se llamaba Emin, y que parecía llevar todo el peso del Imperio otomano sobre los hombros, le envolvió la cara en una toalla caliente. Era uno de esos tipos con cara de pocos amigos y blandía la navaja afiladísima con florituras muy teatrales. Aunque no hablaban apenas, estaban de acuerdo sobre muchas cosas, especialmente sobre Churchill y la desastrosa locura de Galípoli, pero, incluso en ese caso, Niven evitaba expresar sus opiniones al respecto, porque ningún hombre quiere hablar de política con alguien que tiene un instrumento cortante en la mano.

Emin significaba «digno de confianza» en turco, eso le había dicho en más de una ocasión, como si necesitara demostrar que sus credenciales eran fiables. Sin embargo, a Niven le gustaba mantener sus virtudes ocultas al resto del mundo. Por ejemplo, la mujer que había visto Betty en el coche en St James ayer era real, pero no era el tipo de mujer que su hermana creía. Ella era miope e hipermétrope a la vez, algo extraordinario (o, como decía Nellie, «ciega como un murciélago»). Si hubiera llevado las gafas, la habría reconocido, porque era una de las limpiadores de The Amethyst. (O tal vez no, porque Betty no era de esas personas que se fijan en las limpiadoras.)

La chica se había roto un tobillo cuando se cayó por las escaleras del club. Niven la cogió en brazos para sacarla de allí (y eso que era corpulenta) y después la llevó en coche al hospital St Thomas, donde sacó de su cartera cinco billetes de una libra y se los dio, porque sabía que Nellie la iba a despedir en cuanto se enterara. En The Amethyst no se toleraba el absentismo, fuera cual fuera la causa. Eso aseguraba que el personal estuviera siempre sano y fuerte, afirmaba su madre. «Pour encourager les autres», decía. A Niven le habría venido bien tener a su madre a su lado en las trincheras durante la guerra, pero los tiempos de paz eran diferentes.

—*¿Efendim?*

—Nada, Emin. Sigue.

—Ayer conocí a un hombre —dejó caer el barbero.

—Ah, ¿sí?

Emin conocía a muchos caballeros a lo largo de su jornada. Y oía

muchas cosas, según le explicó. Un hombre muchas veces contaba sus secretos cuando estaba en la silla del barbero, envuelto en la toalla. Niven esperó con paciencia para ver qué contaba después.

—Se llama Azzopardi. Estaba aquí mismo sentado, donde está usted ahora.

—¿Turco?

—Maltés. Una mala persona. ¿Lo conoce?

—No he oído nunca su nombre. —Emin le puso colonia en la cara con unas palmaditas—. ¿Hay alguna cosa que yo deba saber? —lo animó al ver que el turco no decía nada más.

—Va a invitar a su madre a reunirse con él mañana. Para tomar el té por la tarde.

Niven soltó una carcajada.

—¿El té? No hay duda de que suena a mala persona, Emin.

—Debería tener cuidado, *efendim*.

—Mi madre siempre tiene cuidado, Emin.

Niven chasqueó los dedos y Keeper se levantó. Pagó al barbero y le dio propina. Estaba claro que Azzopardi había puesto la maquinaria en funcionamiento, pensó. Ese hombre quería algo de Nellie, lo que no estaba claro era qué.

La semana anterior, cuando Nellie todavía estaba en Holloway, Azzopardi se le acercó en el canódromo y se presentó. Después siguió un preludio en el que se deshizo en halagos hacia Niven, algo que no funcionaba con él, antes de por fin ir al grano.

Era un hombre gordo y corpulento, como una morsa, con unos gestos muy afectados y una retórica aterciopelada que lo hacían parecer más un villano teatral que una amenaza. A Niven no le habría sorprendido que no fuera de Malta, sino de Ramsgate o Southend, y que hubiera decidido adoptar ese personaje histriónico para llamar la atención. Era un payaso, concluyó. Aunque hablaba su idioma de una forma sorprendentemente fluida. Y su carrera en el mundo de la delincuencia había empezado cuando solo era un niño y robó una cabra, según le contó. Y ahora quería robar un imperio, sospechaba Niven: el de Nellie.

—No es un robo, sino una compensación —corrigió.

—¿Compensación? ¿Por qué?

Los perros salieron del cajón.

Azzopardi le ofreció un puro. Él lo rechazó mientras los dos contemplaban en silencio al perro de Niven llegar el primero.

—¿Es suyo? —preguntó Azzopardi.

—No —respondió él. Sintió que a ese hombre no le gustaban los

perros y eso hizo que no tuviera ganas de confesarle que tenía uno en propiedad. Keeper estaba en casa; el canódromo era problemático para él—. Ese perro no es mío. —Mentir era algo que a Niven le salía de manera natural; para él era una forma de proteger la verdad.

Azzopardi continuó diciendo que Nellie era una mujer ya mayor y que se estaba volviendo débil. ¿No había llegado la hora de que dejara vía libre y se fuera a disfrutar de los frutos de su trabajo?

—Solo tiene cincuenta y tantos —contestó Niven, sorprendido por la arrogancia de ese hombre—. Y, si va usted tras sus clubes, le aseguró que acabará con el rabo entre las piernas.

—Es usted el heredero natural de su madre.

Él soltó una carcajada.

—Creo que esa es mi hermana Edith. Y, créame, todavía va a pasar bastante tiempo antes de que herede nada.

Azzopardi insistió diciendo que Niven era pragmático y que veía lo que estaba por venir. Nellie ya no tenía el hambre de antes.

—Y el mundo actual, señor Coker, les pertenece a los que tienen hambre de cambio, de nuevas formas de pensar. Y el vencedor será quien se quede con todo.

—Suena usted como un anarquista —replicó Niven—. O un fascista italiano.

—No, señor Coker, sueno como un hombre de negocios.

Los monumentos de Londres

—Necesitará un vestido de noche para The Amethyst, señorita Kelling. ¿Tiene alguno? —le había preguntado Frobisher, examinando con una mirada de duda su abrigo viejo y sus zapatos gastados.

—Claro, inspector jefe. —Mejor demostrar confianza, etc.

La única prenda de noche que Gwendolen se había traído en el equipaje era un viejísimo vestido de terciopelo, que era probablemente más adecuado para un té en la casa parroquial que para un club nocturno de Londres, aunque ella no había estado en ninguno de los dos. Era evidente que le hacía falta algo más glamuroso, algo más *à la mode*. Eso de hacer turismo que le había dicho a Frobisher podía esperar. «Liberty, allá voy», pensó.

—¿Va a volver a salir, señorita Kelling? —preguntó la señora Bodley cuando Gwendolen pasó ante su vigilante mirada. Pensó en responderle que iba a algún lugar interesante, como el British Museum o la National Gallery, pero en vez de eso se regodeó diciendo algo que haría que las almidonadas plumas de la señora Bodley se encresparan aún más.

—Voy a Liberty, en Regent Street, señora Bodley —anunció alegremente—. He tomado la decisión de renovar mi guardarropa.

La dueña de la pensión recompensó su frivolidad con un gesto de desaprobación casi imperceptible.

«Peor para ella», pensó Gwendolen. Ya había tenido suficiente rectitud en su vida.

En el York que Gwendolen había dejado atrás hacía dos días, los narcisos todavía cubrían las laderas que llevaban a la muralla de la ciudad, pero en los espacios públicos de la capital hacía mucho que habían desaparecido. No había pisado Londres desde el funeral por el soldado desconocido, cuando su madre y ella formaron parte del público de luto que había a lo largo de toda la ruta hasta Westminster Abbey. Como muchos otros, se habían cubierto completamente con una coraza de dolor. No se oyó casi ningún sollozo, solo un murmullo, como si una gran bandada de pájaros negros hubiera descendido en silencio sobre Londres. En aquel momento toda la ciudad amortajada estaba de luto apagado. Por eso, verla ahora, vestida de primavera,

era un poco chocante.

Pero también estimulante; por eso abrió los brazos mientras paseaba por Hyde Park. *Cock o' the North,* la marcha militar de los Gordon Highlanders, empezó a sonar en su cabeza de repente y se negó a abandonarla. Ella habría preferido algo vivaz de Mozart (con un clarinete o una trompa), pero la música marcial la empujó en su paseo.

Una vez tuvo un tonteo breve pero agradable con un oficial de los Gordon Highlanders. Lo que hubo entre ellos fue un flirteo leve y poco escandaloso, nada más (tampoco hubo oportunidad de llegar a más, recordó con pena). Él pasó por sus manos, literalmente, en el hospital de campaña de Wimereux (metralla en una pierna; no estaba muy mal) y pronto lo evacuaron a Inglaterra. Cuando supo que había vuelto al frente, ella lo buscó todos los días en el informe diario de bajas, pero su nombre nunca apareció en la lista de fallecidos. Él jamás escribió, pero ella tampoco lo hizo.

Todas las personas con las que trabajó en Francia escribían cartas incansablemente y también tenían un diario, pero Gwendolen no sentía la necesidad de registrar nada de aquello, ni ningún deseo de tener un *aide-mémoire.* La vida era para empaparse de ella, no para andar registrándola. Y al final todo eso no eran más que papeles de que los que tendría que deshacerse alguien cuando tú ya no estuvieras. Tal vez, después de todo, el propósito de cada persona en este mundo era ser olvidada, no recordada.

«Qué práctica es usted, señorita Kelling», decía el señor Pollock. «Qué despiadada», decía su madre.

¿Sería esa falta de piedad lo que había convencido a Frobisher?, se preguntó. ¿O era el tipo de hombre que veía a las mujeres como florecillas delicadas que hay que cuidar y proteger? Él era dado a los suspiros, frecuentes y tristes, como un perro insatisfecho, y aun así ella sentía que no fuera a acompañarla esa noche de sábado. «Voy a bailar sobre los escenarios», había leído, incómodo, en la carta perfumada, y Gwendolen tuvo que contener una carcajada.

Se desvió un poco para ver el nuevo monumento en memoria del Royal Artillery Corps, en Hyde Park Corner, por curiosidad más que por reverencia. No le gustaban esos monumentos. Allí no estaba presente la verdad del campo de batalla: el barro, los pegotes de carne sanguinolenta, las extremidades sin cuerpo y los cuerpos sin extremidades desperdigados. Grabar el sufrimiento en una piedra fría no servía para contar el horror. En York su madre insistió en asistir a la inauguración del City Memorial, a la que acudió el duque de York, un proyecto que quedó empañado por la controversia. Como muchos

otros, Gwendolen consideraba que habría sido mejor hacer algo por los que aún estaban vivos de York: un hospital materno-infantil o un parque, como el que había donado Rowntree's para conmemorar a los caídos que trabajaban en la fábrica de dulces. «Su nombre perdurará para siempre» era lo que habían grabado en el monumento de York. Otra mentira. ¿Quién recordaba a Dickie a esas alturas?

Pero no tenía sentido hablar con su madre de esas cosas. A ella no le interesaba la guerra, solo las consecuencias de su dolor.

Había un atractivo monumento neogótico que conmemoraba la guerra sudafricana en Duncombe Places, cerca del Theatre Royal. Gwendolen pasaba a menudo por delante. ¡Qué lejos parecía estar la guerra de los bóeres, ya solo material para los pesados libros de historia, un escarabajo disecado pinchado en un alfiler en comparación con el Behemot salvaje y encolerizado que había sido la guerra de Gwendolen! (Para ella era de su propiedad porque lo había cambiado todo.) Era imposible creer que algún día eso también sería un pasado recordado solo por una piedra indiferente.

Por lo menos el nuevo monumento a la Royal Artillery tenía la valentía de mostrar un soldado caído, pensó. Por eso, al menos, lo respetaba. Se negaba a rezar en esos altares dedicados a los muertos, pero su corazón se conmovió al ver un ramillete de flores marchitas que habían dejado junto al monumento. Había una notita desvaída que decía: «Para papi». Qué mundo más malvado tenía que ser este si había permitido esa guerra.

Cuando llegó a su destino, logró exorcizar la marcha *Cock o' the North* de su cerebro. Se detuvo un momento en la acera para apreciar el espléndido exterior del nuevo edificio de estilo Tudor de los almacenes Liberty y después notó un escalofrío de emoción cuando le preguntó al portero dónde estaba la sección de ropa de señora y él la dirigió sin decir nada a los ascensores. ¿Sería mudo?, se preguntó. No era una cualidad muy útil para un portero. Había conocido hombres a los que se les quedó la garganta destrozada por el gas.

Ignoró los ascensores y se dirigió a la magnífica escalera. Ya habían ganado la guerra. Ahora solo había belleza.

Gwendolen estaba empezando a arrepentirse de no haber ido a comprar al menos un traje decente antes de marcharse a Londres. No era que no hubiera tiendas de ropa en York. Sintió vergüenza por lo provinciana y desastrada que debió de parecerle a la dependienta de Liberty, que se lanzó a por ella como un halcón, al verla claramente

como una presa.

La dependienta conocía bien a los ladrones y sabía que andaban por la tienda con ropa buena para pasar desapercibidos entre los clientes de más categoría que compraban allí. Gwendolen sintió que había deducido que alguien tan mal vestida como ella debía de haberse hecho con un nuevo marido o una cantidad de dinero inesperada y que no venía a robar.

—Claro. Vamos a ver qué puedo hacer por usted —dijo la dependienta—. ¿Está buscando algo en particular?

—Bueno… —respondió Gwendolen—. Creo que estoy buscando un poco de todo.

¡Menuda día de suerte para esa dependienta!

¿Y de dónde había salido esa riqueza inesperada? Unos días después del funeral de su madre, había ido a ver al abogado de la familia, el señor Jenkinson, que tenía su despacho en Stonegate, enfrente de la antigua fábrica de alambre, que ahora estaba dedicada a la lana. «Volverán sus espadas en rejas de arado», le comentó al señor Jenkinson, que la recibió muy amablemente y le ofreció un té o «una copita de oporto», pero ella rechazó ambas cosas.

Como sospechaba, solo era cuestión de unas cuantas firmas y algo de papeleo. No había secretos ocultos ni dinero que hubiera reaparecido como por arte de magia. Gwendolen no pudo evitar lamentarse en voz alta por la pérdida (¡robo!) de todo lo que su padre se había esforzado por construir.

—Señorita Kelling, puede entonces que sea un buen momento para acceder al fideicomiso —comentó el señor Jenkinson.

¿Fideicomiso?

—El que su padre dejó —continuó el abogado—. Me he preguntado muchas veces por qué decidió dejarlo en depósito durante tanto tiempo.

¿Fideicomiso? «¡Prepárate para una gran sorpresa!»

Él se puso a explicárselo con mucha paciencia, como si fuera una niña. Su padre había dejado un fideicomiso discrecional para sus hijos. Tras su muerte, y cuando cumplieran veintiún años, cada uno de ellos debía heredar la misma cantidad: cinco mil libras.

¿Cinco mil libras?

—Cada uno.

«¿Cada uno?»

La miró con el ceño fruncido.

—¿De verdad no lo sabía? ¿Su madre no se lo dijo? Yo le escribí varias cartas.

¿Su madre lo sabía? ¿Le había robado (no había otra palabra para

eso) cartas que le enviaban a Gwendolen?

—Naturalmente, ella no podía tocarlo, pero conocía su existencia. Y, además —continuó el abogado—, por la forma en que está establecido, a la muerte de uno de los hermanos, la cantidad total se divide entre los demás. Harry y Dickie murieron mucho antes de cumplir los veintiuno; mi más sentido pésame, por cierto, señorita Kelling; así que su parte está intacta. Cuando Harry murió, su parte la heredaron Dickie y usted. Y tras la muerte de Dickie, usted heredó también su parte. Así que ahora dispone de un total de quince mil libras.

¿Quince mil libras?

—Su padre ganaba mucho dinero antes de su muerte.

¿Quince mil libras? Su madre sabía que había quince mil libras esperando en un banco de alguna parte…; no, no «de alguna parte», sino en una cuenta del Yorkshire Penny Bank de Coney Street, para ser exactos. ¿Había sido clarividente su padre? ¿Sabía que no podía confiarle a su tonta mujer ni una mínima parte de la herencia, mucho menos la totalidad?

—Me pregunto por qué su madre no le dijo nada —comentó el señor Jenkinson.

—Yo también —dijo ella, pero la verdad era que sabía por qué.

Gwendolen con dinero habría sido independiente. Y, a pesar de la promesa que le había hecho a su padre, habría abandonado a su madre y se habría ido para vivir su vida como ella hubiese querido. No se habría visto encadenada a ella por la necesidad de frugalidad. Con dinero habría sido libre. Y su madre prefería vivir en unas circunstancias de miseria deplorable antes que arriesgarse a perder a su esclavizada acompañante.

—¿Y si vendo la casa?

—Creo que podría obtener tres mil libras, como mínimo. Es una casa muy buena.

—¿Y ahora hay quince mil libras en el banco? —En el banco de la calle de al lado—. ¿Está seguro?

—Más los intereses generados, obviamente.

—Señor Jenkinson, si no le importa, ahora sí que le voy a aceptar esa copita de oporto.

Lo celebró recorriendo la corta distancia que la separaba del restaurante Terry's, en St Helen's Square, y regalándose una comida espléndida: un banquete con sopa de rabo de buey, pollo con salsa de crema y un *trifle* al jerez. Ahora era una mujer con posibles. De la riqueza a la miseria y después a la riqueza de nuevo. Casi le daba

vergüenza lo feliz que se sentía.

No quería ser frugal ni tampoco desprendida, pero sí hacer que su dinero le rentara. Iba a reinvertir en algo sólido, o tal vez en otra fábrica, pero esta vez no de alambre. O en una tiendecita. En Londres había pasado por delante de varios negocios de mujeres. Había una sombrerería que se llamaba Audrey's, una tienda de ropa que se llamaba Barbara's, una floristería con el nombre Jean's… Ella podía fundar Gwendolen's, pensó, en York o en Harrogate, aunque por mucho que se esforzaba no se le ocurría qué le gustaría vender. Lo único que tenía claro era que no quería que fuera algo lúgubre. El tiempo de lo deprimente había pasado ya.

Gwendolen salió de Liberty y se mezcló con la multitud de gente que iba de compras. Había adquirido todo un nuevo y elegante guardarropa en la sección de señoras, pero todavía llevaba su antiguo atuendo de bibliotecaria de *tweed* y lana. Lo que acababa de comprar se lo empaquetarían y lo enviarían esa tarde a The Warrender, así que era libre para dar una vuelta por Regent Street sin nada que la estorbara, aparte del bolso, que también era el viejo y estaba estropeado y muy usado.

Se había saltado la comida en The Warrender, lo que no era un gran problema, porque no era más que un refrigerio que consistía en sándwiches fríos sobre los que las Señoritas en Apuros se lanzaban como lobas para intentar conseguir los mejores (los de huevo y berros y los de jamón cocido) y dejaban los de pasta de pescado como triste premio de consolación para las que llegaban después.

Un poco más adelante por Regent Street, pasó ante un hombre que estaba tocando la corneta (un «músico callejero») en la acera que había en la puerta de Hamley's. Llevaba unas gafas oscuras impenetrables y apoyado en la funda del instrumento había un cartel que solo decía: «Ceguera de guerra». No era un *amateur,* se le veía un talento maravilloso, de hecho, a la altura de cualquier orquesta. La funda del instrumento, boca arriba delante de él como un platillo para limosnas, contenía solo un mísero puñado de monedas de medio penique.

Gwendolen ralentizó el paso y al final se quedó parada para escucharlo mejor. El cornetista estaba tocando *Blow the Wind Southerly* de una forma muy bella y a ella le pareció que nunca había oído nada tan triste *(Last Post,* tal vez, pero esa canción, por su propia naturaleza, era la encarnación del dolor y la melancolía).

La canción no estaba sirviendo de mucho, porque nadie le estaba echando monedas, así que cambió de táctica y pasó a los himnos

ingleses más conocidos. *What a Friend We Have in Jesus* fue la elegida. También la tocó de una forma terriblemente lastimera. A Gwendolen la corneta nunca le había parecido un instrumento tan desdichado. Estuvo tentada de pedirle *I Want to Be Happy* (con esa seguro que el pobre hombre sacaría más dinero).

«Tenemos un amigo en Jesús», decía el himno. («¿De verdad?», se preguntó Gwendolen. Había perdido cualquier inclinación hacia la religión que hubiera tenido antes.) Era un himno que los hombres cantaban con una letra propia y que se oía por todas partes. «Cuando esta sangrienta guerra termine.» Había oído un coro clamoroso una vez que salía de la boca de una mezcla heterogénea de heridos que podían caminar y otros que iban en camilla y que estaban siendo evacuados a casa, durante un viaje de trabajo, acompañando a muchos heridos ingleses que iban en un tren ambulancia a Bolonia.

Algunas palabras no se pronunciaban cuando había mujeres presentes (no solo *maldito,* sino también *culo* o *puto*), y cuando veían a Gwendolen, todos sonreían arrepentidos y hacían saludos de disculpa mientras murmuraban: «Perdón, hermana… Perdón, hermana… Perdón, hermana». Como si, tras los años que llevaba en la guerra para entonces, pudieran desconcertarla simplemente unas palabras (ella no era «hermana», pero para ellos todas eran monjas). Había tenido que bañar a algunos de esos hombres postrados en la cama, y cualquiera diría que eso tendría que ser más incómodo para ellos que el hecho de que ella oyera la palabra *culo* o *maldito* saliendo de sus labios. O incluso *puto,* en realidad, un término que nunca había oído antes de ir a Francia, pero sí muchas veces desde que estaba allí. Los pacientes que estaban *in extremis* tenían tendencia a decir obscenidades y los hombres que estaban cerca de la muerte no siempre eran tan educados como creía todo el mundo.

En las crónicas de color de rosa que hacían las enfermeras en sus infinitos diarios los hombres eran todos respetuosos y alegres, incluso los que estaban completamente rotos o a un paso de la muerte. Pero el sufrimiento en silencio era para los santos, no para los soldados, en opinión de Gwendolen. ¿Dónde estaba la virtud de morir en silencio arrastrados por las olas o hundiéndose en el mar? ¿O de seguir viviendo sin extremidades por culpa de una gangrena por el gas o con un cuerpo descarnado o hecho pedazos por el fuego de artillería?

«Perdón, hermana… Perdón, hermana… Perdón, hermana.» Al oírlo se reía y decía: «Buena suerte, chicos». Algunos (la mayoría) volverían a su casa dentro de pocas semanas. Otros (muchos) acabarían muertos o gravemente heridos para el final de la guerra. Podría haber llorado por ellos, pero ¿para qué servía llorar?

El veterano pasó a *Abide with Me,* que era complicado con la corneta. Lo habían tocado con el ahogado órgano de la iglesia en el funeral de su madre. El lúgubre repertorio del cornetista había conseguido que se le enturbiara el estado de ánimo. Ya no se sentía eufórica por su visita a los grandes almacenes: esas compras las había pagado con esa infinita sucesión de bobinas de alambre de espino, algo que no difería mucho de beneficiarse de la venta de armamento y municiones. Su padre sabía que tenía sangre en las manos y había sido cruel por su parte legarle ese cáliz envenenado; sentía que eso contaminaba su flamante sensación de liberación. Se había equivocado, la guerra nunca se había vencido. Y, aunque así fuera, vendría otra y enterraría los recuerdos de esta.

Pero debían estar alegres, decidió. Y tenía que darle a ese pobre hombre algo de dinero. Buscó en el bolso su monedero, pero de repente la empujó alguien, una mujer, y la tiró al suelo. Gwendolen gritó, más por el susto que por haberse hecho daño, y se quedó tirada todo lo larga que era en la acera. Un poco desorientada por el choque, necesitó un momento para comprender que había sido deliberado, ¡le acababan de robar! Había desaparecido su bolso. Esa misma mañana, en el coche aparcado delante de Holloway, Frobisher le había advertido de que había un aluvión de mujeres víctimas de tales robos. Qué idiota había sido por no haber estado más atenta.

Tirada en el suelo, momentáneamente aturdida, vio cómo su gastado y viejo casquete fue rodando hasta la carretera y acabó aplastado por las ruedas de la bicicleta del repartidor de una carnicería. Varias personas la esquivaron. «Así es Londres», pensó.

—Madre mía, señorita Kelling —exclamó la señora Bodley cuando volvió a The Warrender después de su choque en Regent Street—. ¿Qué le ha pasado?

Gwendolen supuso que tenía mala pinta. Se había golpeado la mejilla con la acera y seguramente ya le habría salido un cardenal, y le parecía inevitable que se le pusiera el ojo morado. Tenía una fea carrera en una de las medias, un importante arañazo en un zapato y la falda manchada con algo desagradable. Menos mal que llevaba su ropa vieja y raída.

Un hombre la había ayudado a levantarse (o más bien la había alzado en volandas de una forma muy eficiente) y le había preguntado, con cierta brusquedad, si se encontraba bien o si estaba herida.

—Solo en mi dignidad, me temo —contestó ella.

—Se han llevado su bolso y supongo que su dinero también.

—¿«Han»?

—Eran dos, dos mujeres. Permítame que la lleve a su casa —se ofreció—. Tengo el coche aparcado a la vuelta de la esquina, en Conduit Street. —Tenía una expresión con un ceño desdeñoso que hacía que esa sencilla oferta sonara cínica.

En condiciones normales, Gwendolen se habría resistido (aceptar que la llevara en coche un hombre desconocido en una ciudad extraña era algo que se podía considerar una locura), pero desde que se había puesto en pie había empezado a sentirse un poco atontada; el shock, obviamente. Y él estaba en lo cierto: no tenía dinero para un taxi, aunque esas ladronas estarían muy decepcionadas cuando vieran lo poco que había quedado dentro del bolso.

El hombre que le ofrecía llevarla en su coche iba vestido de forma elegante, solo a un paso de ser un presumido, aunque tenía una actitud malhumorada que a algunas mujeres (muchas, en realidad, sobre todo a las hermanas Brontë) les parecía atractiva. De todas formas, era poco probable que un hombre atractivo con un coche elegante (los adjetivos podían intercambiarse) estuviera planeando ponerla en un aprieto, así que le respondió:

—Gracias. Es muy amable por su parte.

Era cierto que su coche estaba a la vuelta de la esquina. Había un perro en el asiento de atrás, un enorme alsaciano con rasgos de lobo que la miró indiferente. Justo el tipo de animal que se podía esperar que tuviera un hombre como aquel.

El Hispano-Suiza era una máquina magnífica. Gwendolen no sabía nada de coches, pero reconocía una belleza en cuanto la veía y también identificó la cigüeña en pleno vuelo que había sobre el capó del coche tras haber leído *El sombrero verde.* En la novela, el coche de Iris Storm era amarillo, pero este era del color de la crema de leche.

—Un Hispano-Suiza —comentó.

—Estoy impresionado —contestó él—. La mayoría de las mujeres no saben diferenciar entre distintas marcas de coche. —La forma en que dijo «la mayoría de las mujeres» rozó el desprecio.

—Disculpe —dijo ella cuando ya llevaban unos minutos conduciendo en silencio—. Con todo este drama se me ha olvidado presentarme. Me llamo Gwendolen. Gwendolen Kelling.

Él no respondió presentándose también y ella se preguntó si querría seguir siendo anónimo por alguna razón. ¿Sería alguna estrella de cine famosa que iba de incógnito? ¿O algún criminal que quería evitar que lo identificaran? ¿O solo estaba demostrando una hosca reticencia al más puro estilo Heathcliff? Había conocido a unos cuantos hombres así. A Gwendolen, en cuanto al sexo opuesto, le gustaban una cara

amable y una actitud optimista.

Pasados unos minutos, él respondió:

—Niven. Yo me llamo Niven.

—Encantada de conocerlo, señor Niven.

Su rescatador tenía un leve acento escocés. Esa forma de hablar celta era otro atributo que a algunas mujeres las encandilaba. Su amiga Cissy decía que corría el peligro de casarse con cualquier irlandés que se dirigiera a ella. Por suerte, no se le había acercado ninguno. Pero hacía falta mucho más que un acento para atrapar a Gwendolen.

Su salvador la llevó directa a The Warrender; no le hizo ninguna proposición incómoda y después la ayudó a salir del coche. Ella lo vio mirarla de arriba abajo, para evaluarla: su ropa descolorida, su peinado poco cuidado… Durante la guerra se cortaba el pelo ella misma (algunos lo calificarían más bien de trasquilar) con un par de tijeras quirúrgicas y después de eso ya nunca había podido arreglárselo bien. Al menos ella no era la única que se había cansado de todas las cosas poco prácticas que tenían que ver con ser mujer en tiempos de guerra.

—The Warrender —anunció, leyendo el nombre que había sobre la puerta. Pareció divertirle la placa que avisaba de que era un hotel «solo para mujeres»—. Vive usted en un convento.

—Mejor que en un burdel —respondió irritada. Él la miró un momento. Ella se negó a mostrarse desconcertada por su actitud.

—¿Va a estar usted bien? —preguntó.

—Una taza de té caliente con mucho azúcar y estaré como nueva. —Dios, sonaba como una de esas enfermeras siempre alegres que escribían diarios de las que se había burlado.

Se sintió agradecida de poder escapar. Estaba avergonzada; él la había visto en una posición débil y con toda su dignidad perdida, y a ella no le gustaba que la vieran así.

—Muchas gracias por su ayuda, señor Niven —dijo, y se giró para entrar en The Warrender.

—Me he tropezado en la acera —explicó Gwendolen, que no quería contarle su desgracia a la señora Bodley. Ella era el tipo de persona que te reprendía por lo que habían hecho mal otros.

Se acomodó en el salón del hotel con una bandeja de té delante. Necesitaba de verdad ese brebaje caliente y dulce. Qué extraordinarias habían sido esas últimas horas: primero Holloway y después la agresión y el robo en Regent Street, además de ser haber sido reclutada como espía de los famosos Coker por parte de Frobisher el

día anterior. La biblioteca no podía competir con todo aquello.

Debió de quedarse dormida sobre la bandeja porque la despertó la señora Bodley cuando se acercó.

—Un caballero ha dejado algo para usted en recepción —dijo, pronunciando la palabra *caballero* con todo el desdén del que fue capaz.

Acompañó a la señora Bodley hasta el mostrador y Gwendolen descubrió, para su asombro, que ese «algo» que habían dejado era su bolso robado. ¿Cómo demonios había llegado hasta The Warrender?

—No habrá sido un tal señor Niven quien lo ha traído, ¿verdad? —preguntó.

—No ha dicho su nombre —contestó la señora Bodley—. Un tipo guapo. Puede que no sea adecuado por mi parte decirle esto, señorita Kelling, pero no debería ir por ahí confraternizando con hombres como ese.

—Haré todo lo que pueda para no conocer a más hombres guapos en el futuro, señora Bodley —contestó Gwendolen, muy seria.

El misterio creció porque, tras mirar el interior del bolso, descubrió que no le faltaba nada, ni una mísera moneda ni un pañuelo. Tenía que haber sido el señor Niven; nadie más sabía lo del robo, pero no había dejado ninguna nota ni tampoco explicación sobre cómo había logrado devolvérselo intacto. Obviamente, una nota la habría obligado a responder, a expresar su gratitud. Y la correspondencia habría llevado a que establecieran cierta relación, algo que era evidente que él no deseaba. No se permitió la vanidad de creer que él pudiera tener algún interés en ella. Lo que había visto ese hombre era el *tweed* desgastado y su peinado terrible, y lo más probable era que hubiera sentido nada más que lástima por ella. Se enfadó consigo misma por la punzada de decepción que sintió al pensarlo.

Pastelitos glaseados

Unos meses antes de que Freda huyera de su casa para irse a Londres, su irresponsable madre, Gladys, encontró un pretendiente, o un «amigo especial», como había oído a una vecina referirse a él. En realidad, el señor Birdwhistle (¡menudo nombre más ridículo!) no tenía nada de especial, excepto sus tartas. Tenía una pequeña cadena de pastelerías y quería conquistar a Gladys con lo que él llamaba «sus especialidades»: hojaldres pegajosos con crema de vainilla y bocaditos glaseados tremendamente dulces. Siempre le decía a Freda: «Llámame "tío Lenny"». Pero ella se negaba.

El señor Birdwhistle hizo muchas promesas muy rápido (un anillo de compromiso, una casa en The Mount y más cosas), pero nada se había materializado. Gladys le echaba la culpa al carácter descarado de su hija. «Sé amable con él. Con suerte será tu nuevo padre», le decía su madre.

A Freda le parecía que lo último que necesitaba era un padre, nuevo o de cualquier otro tipo.

No estaba muy *au fait,* como diría Duncan, sobre cómo debería comportarse un padre, pero estaba bastante segura de que no como lo hacía el señor Birdwhistle. Él se las ingeniaba para tocar, pellizcar o dar palmaditas a Freda, incluso más de lo que lo hacía la gente cuando desfilaba con las Lanas. Siempre la estaba invitando a sentarse sobre su rechoncho muslo o a darle un beso en el bigote manchado de tabaco. Ella estaba acostumbrada a que la manosearan, por supuesto. El año anterior había interpretado el personaje de Flor de guisante en una producción teatral que hizo Rowntree's Players de *El sueño de una noche de verano* y los técnicos nunca la dejaban en paz, aunque eran solo provocaciones por su parte, fáciles de ignorar. Pero el señor Birdwhistle no paraba nunca.

Había empezado a «quedarse a dormir» los fines de semana y Gladys decidió hacer la farsa de prepararle el «cuarto de invitados» (una caja de zapatos, sin ventanas y sin ventilación, al fondo de la casa), como si Freda no tuviera ni idea de lo que estaba pasando delante de sus narices. En cuanto todos se acostaban en sus respectivas camas, oía al señor Birdwhistle cruzar de puntillas el pasillo hasta la habitación de su madre y desde donde, tras un intervalo de

indecencias, se lo oía roncar como a un cerdo.

Aparte de Vanda y Duncan (a los que ya había perdido en su vida), Florence Ingram era la única amiga de Freda. Era una alumna veterana de su misma escuela de danza, pero por desgracia no contaba ni con la belleza ni con el talento necesarios, y normalmente la relegaban a la última fila, la de los torpes, en las actuaciones de final de trimestre. Pero ese rechazo no hacía que sintiera envidia por los pinitos en el estrellato de Freda. Al contrario, ella la animaba a brillar y disfrutaba de los éxitos de su amiga desde la sombra. Pero Florence tenía sentimientos. Muchos, y algunos muy dramáticos.

Era una niña robusta y amable, con una torpeza casi antinatural, y el pueblo de las representaciones navideñas nunca incorporó sus extremidades patosas en el baile de la plaza o alrededor del mástil, aunque las dos niñas formaron parte de la producción de *Dick Whittington y su gato* la Navidad anterior en el Theatre Royal.

Las dos habían hecho de gato. No el protagonista, sino uno de sus muchos amigos felinos. Pero pusieron su nombre en el programa. Freda era «una gata guapa». Hicieron una coreografía que se llamaba «El baile de los gatos», aunque Freda dudaba de que alguna vez hubieran enseñado a un gato a hacer claqué. También se pasaron un buen rato fingiendo que se acicalaban y se limpiaban las orejas con las patas. Florence había llegado a subir a ese escenario porque hacía de «una gata cómica», una felina regordeta y tranquilona que le arrancaba muchas risas al público haciendo torponas travesuras. Freda oyó que el director de la obra le decía a la encargada de vestuario: «A ella no le hace falta actuar para conseguirlo». ¡Pobre Florence!

Freda había invertido muchas horas desde que eran amigas en intentar lograr avances en ella, como que caminara más erguida y que aprendiera a llevar libros sobre la cabeza (casi imposible), que se quitara sus gruesas gafas de culo de vaso siempre que fuera posible (lo que por desgracia muchas veces le producía cardenales) y que cerrara la boca para respirar y comer (que a veces provocaba que acabara tosiendo). La verdad era que deberían haberla operado de vegetaciones, o eso pensaba Freda. La madre de Florence tenía una amiga que conocía a alguien cuya hija, al parecer, se había desangrado hasta morir en un quirófano mientras le extirpaban las vegetaciones y por eso Florence todavía sufría las consecuencias de las suyas. «Desangrarse hasta morir» le sonaba a Freda magníficamente operístico. Por supuesto, ella era muy aficionada a la ópera y había tenido todo tipo de pequeños papeles de niña que pasea (o brinca) por el escenario en las ocasiones en que alguna compañía, de paso por

York durante su gira, consideraba que necesitaba niños para darle color a la puesta en escena.

Los padres de Florence, el señor y la señora Ingram, tenían dinero y vivían en un gran chalé en Tadcaster Road, que estaba en las afueras. Freda pasaba mucho tiempo yendo y viniendo en bicicleta a esa casa. La señora Ingram tenía una «interna» (con eso quería decir una criada) y la casa siempre olía a productos de limpieza: limpiador de metales, amoníaco y cera, unos olores que nunca se percibían en la casa de Freda, en The Groves. Las habitaciones de abajo estaban forradas de madera de roble hasta media altura y los suelos eran de una cosa que se llamaba «parqué», que era duro y brillaba, nada que ver con el linóleo estropeado de la casa de Freda.

Los Ingram tenían un jardín prodigiosamente prolífico. «El jardín de las delicias que da la tierra», lo llamaba el señor Ingram entre risas. Freda suponía que estaría citando algo. Lo hacía todo el tiempo. Shakespeare, Dickens, Wordsworth… Recitaba con una voz especial que solo usaba para eso: «He aquí el invierno de nuestro descontento transformado en glorioso verano», soltaba. O «Es mil veces más hermoso lo que hago ahora que lo que antes hice». Esperaba unos segundos para ver si Freda había identificado la cita y, cuando le quedaba claro (inevitablemente) que no, él se la explicaba. Era profesor en una escuela masculina privada, en la que ella suponía que se pasaba el día haciendo eso. Era muy muy aburrido, pero era el precio que había que pagar por formar parte de la vida familiar ordenada de Florence.

Su amiga iba al colegio femenino Bar Convent porque los Ingram eran católicos. A ella la adoptaron el señor y la señora Ingram cuando era un bebé. Freda se había pasado años intentando parecer adoptable para ellos, pero nunca mordieron el anzuelo.

Los Ingram habían utilizado una agencia religiosa para encontrar un bebé y una monja les entregó a Florence una noche. La habían dejado en la puerta de un convento católico en medio de una tormenta de nieve cuando solo tenía unas horas de vida. «A cualquiera le recordaría a *Oliver Twist,* ¿verdad?», comentaba a menudo el señor Ingram. (A lo que Freda respondía de forma evasiva con un simple: «Hum». Había oído hablar de Oliver Twist, pero creía que era un tipo de galleta.)

«Al menos la madre de Florence debía de ser católica», comentaba la señora Ingram, como si eso mitigara el pecado del abandono. (Según Duncan, el catolicismo era «palabrería» y él era «no practicante», lo que provocaba que Vanda se riera, burlona, y dijera: «¿Así es como tú lo llamas?».)

A Florence le resultaba fascinante el misterio de su nacimiento. ¿De dónde provenía ella? Le gustaba imaginarse que los Ingram la estaban manteniendo a salvo y en secreto hasta que pudiera reclamar lo que era suyo por derecho de nacimiento. «Un trono en alguna parte, tal vez», especulaba. Freda no quería destruir sus esperanzas señalando que seguramente no era más que un error muy desafortunado por parte de su madre real. («Nacida fuera del matrimonio», dijo Vanda cuando Freda le habló de su amiga. «Una bastarda», calificó Duncan, siempre tan directo.)

Ella incluso le enseñó a Florence a montar en bicicleta. Los padres de su amiga le habían regalado por su cumpleaños una Raleigh con el tubo superior curvo que Freda envidiaba, pero ella no había conseguido nunca aprender a montarla. A Florence le llevó muchísimo tiempo cogerle el tranquillo; iba temblando y haciendo eses por todas partes y Freda y ella tuvieron que mentirle a sus padres sobre la cantidad de veces que se había caído, pero al final pudieron hacer largas distancias con la bici juntas, hasta Elvington, Bolton Percy e incluso, en una ocasión heroica (había colinas y a Florence no se le daban bien), hasta Brandsby y vuelta.

Como hija de un empleado de Rowntree's, aunque hubiera fallecido, Freda tenía todo tipo de ventajas que le proporcionaban los caritativos jefes de su padre: fiestas de Navidad, baños en la piscina de Yearsley, actividades deportivas, pícnics en verano y teatro *amateur*. Y siempre llevaba a Florence a estos acontecimientos. Cualquiera diría que los Ingram deberían estar agradecidos, pero, según le contó su amiga, mordisqueando una espiral de regaliz mientras daban un paseo por las murallas de la ciudad: «Ellos creen que me llevas por el mal camino». A Freda le gustaba la vista desde las murallas de York; era como si estuvieran entre bambalinas o detrás del escenario de la ciudad, muy diferente de estar a ras de suelo, en las atestadas callejuelas antiguas.

A pesar de las reservas que tenían los Ingram en cuanto a Freda, toleraban su compañía porque Florence no tenía ninguna amiga aparte de ella. «Es un poco lenta, creo», oyó que le decía la señora Ingram a alguien. Era cierto: no era una niña muy espabilada y le costaba mucho entender algunas cosas, los juegos de cartas, por ejemplo. Había intentado enseñarla a jugar al *rummy,* pero sin éxito. Le gustaba el *snap,* porque Freda siempre la dejaba ganar, aunque a veces era una tortura esperar a que Florence reconociera una pareja y por fin gritara emocionada: «¡Snap!».

«¿Cartas? No estaréis jugando por dinero, ¿no?», había dicho el señor Ingram. ¡Por supuesto que no! Freda le habría vaciado la hucha

de cristal azul con forma de cerdito a Florence mucho tiempo atrás si lo hubieran estado haciendo.

«Está bien», había contestado el padre de su amiga. Parecía que nunca se creía lo que le decía, aunque ella se esforzaba por decirle siempre la verdad a los Ingram.

«La opinión pública ya me ha condenado», pensó. Era una de las cosas que decía siempre Duncan.

Un día el señor Birdwhistle pilló a Freda despistada y se coló detrás de ella en el *office;* Gladys había salido un momento a la carnicería para atender la petición que le había hecho su amado de que le rellenara el sándwich para la comida de mortadela de Bolonia. Freda notó que se estaba produciendo un *double entendre,* pero no tenía muy claros los detalles. A pesar de su apariencia (el busto de mujer, el descaro y el aplomo), en el fondo de su corazón solo había inocencia.

Ese día en concreto a Freda le habían encargado la tarea de fregar las ollas del desayuno y, para mitigar la pesadez de la labor, estaba intentando hacerlo *en pointe.* Estaba tan concentrada en permanecer en equilibrio sobre las puntas mientras frotaba con la bayeta la olla de las gachas que no se dio cuenta de que el señor Birdwhistle estaba ahí hasta que su hirsuto bigote le pinchó el cuello y sus manos rechonchas le recorrieron todo el cuerpo; fue como si estuviera protagonizando una de las historias de su libro de mitología y Zeus hubiera bajado en forma de pulpo para manosearla.

«Vamos, Freda, sé buena con el tío Lenny», dijo jadeando en su oreja.

Él soltó una exclamación ronca de éxtasis cuando uno de sus tentáculos se topó con el pecho desarrollado y otra menos placentera cuando el codo huesudo de ella se estrelló contra sus costillas. Hizo una pirueta digna de una profesional y una ágil rodilla impactó contra sus «campanillas», como las llamaba Vanda. Ella le había explicado cómo era la anatomía masculina cuando todavía era muy joven, pero las palabras que utilizó fueron más una complicación que una ayuda para que Freda, que ya estaba confundida por la charla de los cisnes y las hormigas, entendiera. El término que prefería Duncan («la caña de pescar») le resultó aún menos útil.

El señor Birdwhistle, con el cuerpo doblado por el dolor, le escupió a Freda un «Maldita zorra» justo cuando Gladys entraba oportunamente por la puerta, anunciando que traía la mortadela, como alguien que entraba en el escenario de improviso en una obra mal escrita. El pulpo le contó su versión de la historia (su hija lo había atacado sin razón aparente, como una gata desquiciada que saca las

uñas). A Freda no le sorprendió que Gladys no tuviera interés en oír su versión de lo que había pasado y en vez de eso la regañó y la envió a su habitación a pensar muy bien en cuál iba a ser «su futuro en esa casa».

Freda se tumbó en la cama, de una forma tan cuidadosa que parecía una de esas estatuas yacentes de las tumbas que había visto en la catedral de York, mirando la pintura blanca desconchada del techo, y se preguntó por qué su madre, que por regla general era muy perezosa, no la había enviado a ella a la carnicería a por la dichosa mortadela. ¿Por qué la había dejado sola con el señor Birdwhistle? ¿Era ella un cebo, una tentación para despertar su apetito menguante? Como un postre o un dulce, una crema de naranja imperfecta apartada de la línea de producción de Rowntree's. Una lágrima le cayó lentamente por una mejilla. Se la limpió con el pañuelo de Vanda. Olía a Habanita y le recordaba a ella.

Freda suspiró, se sentó y sacó la baraja de cartas de Duncan del cajón de su mesita. Barajó para calmarse e hizo lo que le habían mandado: pensar en su futuro en esa casa. Repartió sacando las cartas de la parte de abajo, una trampa de las que le había enseñado Duncan. La reina de tréboles salió de la baraja y Freda volvió a meterla. No consideró que le estuviera hablando de su futuro. Las cartas no significaban para ella más que el valor que tenían.

En cuanto a «su futuro en esa casa», decidió que allí no tenía ninguno.

Huir a Londres no fue la primera idea que se le ocurrió a Freda. La primera fue unirse a un circo. No tenía habilidades circenses, pero no sería tan difícil colgarse de un trapecio, caminar por una cuerda suspendida o incluso ponerse de pie sobre el lomo de un caballo mientras este corría por la pista, ¿no? Ella tenía muy buen equilibrio. Tal vez los trajes brillantes de lentejuelas le atraían más que los números en sí, pero no importó, porque no había ningún circo en la ciudad y ella no tenía ni idea de adónde ir para encontrar uno. Como eso no le servía, tuvo que dejarse caer en la insatisfactoria red de seguridad de la familia.

Freda tenía una hermanastra del primer matrimonio de su padre; una hija resentida que se llamaba Cissy, que ya era adolescente cuando Gladys cazó a su padre. Al poco tiempo su medio hermana se fue a Francia para ser enfermera en la guerra y nunca volvió a la casa familiar. «Me alegro de que se haya largado para no volver», decía Gladys. Cissy ahora estaba casada, tenía varios hijos y vivía en el otro extremo de la ciudad. Según la madre de Freda, tenía «delirios de

grandeza». A ella le parecía que eso era algo bueno (¿cómo ibas a salir de una vida mediocre si no?).

Ella había oído a Cissy decirle a Gladys que Freda era «una mocosa presumida». Le dolió el juicio de su hermana. No era una presumida, solo tenía una confianza en sí misma que no era habitual, se decía mientras se observaba ensayar el *port de bras* en el estrecho espejo de pie de su dormitorio. También veía su reflejo en el del tocador, donde tenía en exposición sus muchos trofeos ganados en competiciones de danza y natación; siempre ganaba el concurso de braza en las galas de natación de la piscina de Yearsley. Se enorgullecía de lo que había conseguido, ya que nadie más parecía hacerlo (aparte de Florence, que siempre estaba entre el público, animándola).

—¿Venir a vivir con nosotros? —dijo Cissy poco convencida—. La verdad, Freda, es que nuestra casa no es muy grande. Solo tenemos tres dormitorios y ya vivimos aquí seis personas. —Era una casa adosada en Acomb. A ella le parecía que tenía mucho espacio.

Freda estaba sentada en el borde de una silla de la cocina, con los tobillos cruzados muy recatadamente y la espalda muy recta. Estaba siendo muy educada y esforzándose mucho para tener todo el tiempo una sonrisa en la cara y no parecer «una mocosa presumida» (todavía le dolía el comentario). Estaba representando el papel de hermanita pequeña encantadora en un intento desesperado.

—Podría ayudarte a cuidar de los niños. Como pago. —Freda ni siquiera se sabía los nombres de los hijos de Cissy. La primera era Barbara, de eso estaba casi segura. En ese momento la niña estaba en el colegio. Había dos más, gemelos, que jugaban en el linóleo de la cocina con unos bloques de madera. Si hubieran sido gatitos, se habría enamorado de ellos, pero por desgracia no se parecían a cachorritos peludos.

—Al fin y al cabo soy su tía —añadió Freda, sonriendo con amabilidad a los gemelos e intentando parecer una tía, aunque lo cierto era que creía que nunca se había encontrado con una de verdad —. Y podría dormir en cualquier parte. En el sofá del salón, por ejemplo. —Ladeó la cabeza, procurando resultar encantadora.

Cissy llevaba un rato haciendo un extraño ballet para echar el agua caliente en la enorme tetera sobre las hojas de té mientras sostenía a un bebé que no paraba quieto apoyado en la cadera («Bobby», lo regañó, recordándole así su nombre a Freda). Tanto el té como el niño parecían estar en serio peligro.

—¿Puedes cogerlo? —pidió Cissy.

Freda, reticente, extendió los brazos para coger a Bobby, igual de

poco entusiasta, que dejó bien claro que no quería aceptar su invitación. ¡Pero qué niño más ruidoso! Ella lo agarró con fuerza y tras un breve tira y afloja lo apartó de su madre.

—Sería como una inquilina —continuó, meciendo al quejica de Bobby, que no paraba quieto. Pensó en Dorothy, la muñeca que Vanda llevaba en las Lanas. Esa era mucho más fácil de cuidar. Freda se preguntó dónde estaría a esas alturas y, lo que era más pertinente en esas circunstancias, cómo estaría llevando Vanda la maternidad. Grantham. Si supiera dónde estaba eso, habría considerado ir a su casa y apelar a la compasión de su amiga, cubierta de una suave piel de conejo, con bebé o sin él.

—Solo una temporada, Cissy —insistió Freda—, mientras se me ocurre algo que hacer. —Oyó el tono de súplica en su voz y se odió por él.

—La verdad es que no necesito ayuda —dijo su hermana con toda tranquilidad.

Freda pensó que era una de esas mujeres para las que la maternidad era una forma de santidad. Muy diferente de su madre.

—Y, aunque pudieras quedarte aquí una temporada… —Cissy pareció buscar mentalmente un sitio donde meter a Freda; un armario o un baúl, como si fuera una muñeca que se pudiera guardar en una caja o una maleta, pensó ella. De repente sintió una inesperada conexión con Dorothy.

Observó a Cissy volver a poner el hervidor sobre el fogón y pensó que si no servía para nada que les corriera la misma sangre por las venas. ¿Era demasiado tarde ya para ser una familia? Se sintió repentinamente muy débil, algo a lo que no estaba acostumbrada.

—Vamos a tomarnos un té —propuso Cissy—. Deja a Bobby en el suelo.

Ella, agradecida, soltó al bebé sobre la alfombra, donde se quedó tumbado boca arriba, agitando las piernas y los brazos como un escarabajo patas arriba mientras su hermana servía el té y sacaba unos pastelitos. Gladys nunca hacía esas cosas. El señor Birdwhistle les traía un suministro constante de dulces, que Freda se negaba a comer por principios. Solo pensar en él y sus especialidades le provocó una mueca de asco. Sabía que podía contarle a Cissy lo de los avances indecorosos del señor Birdwhistle, pero estaba acostumbrada a que la culparan por el mal comportamiento de los demás y sospechaba que pasaría lo mismo en el caso de los tentáculos sueltos del pulpo.

—Tendrías que encontrar un trabajo —retomó Cissy—. Ganarte la vida —añadió, como si Freda no supiera a qué se refería—. Me sorprende que no te gustara la sombrerería. Me parece un trabajo

bastante artístico. Tal vez mi amiga Gwendolen podría encontrarte algo en la biblioteca.

—¿La biblioteca? —repitió, incapaz de evitar el tono de horror de su voz. Una biblioteca: el lugar más aburrido del mundo.

—Sí, la biblioteca. Poniendo los libros en las estanterías o algo así.

—No leo mucho —dijo Freda.

—No tiene que gustarte leer para colocar libros en una estantería —replicó Cissy—. Pero sabes leer, ¿no?

—Claro que sí. —¡Pero qué cosas decía! ¡Si se había leído un libro entero sobre los mitos griegos, de principio a fin!

Los gemelos empezaron a tirarse los bloques de madera el uno al otro. Uno le dio a Bobby en la cabeza y el bebé se puso a chillar, un sonido penetrante y casi sobrenatural que podría usarse como arma de guerra. El enemigo se rendiría al instante. Cissy solo rio y, cuando cogió a Bobby otra vez, dijo: «Los delincuentes no descansan»; era una de esas cosas que decía la gente como ella. Un dicho muy estúpido, en opinión de Freda. Estaba claro que los malvados descansaban mucho mientras se pasaban la vida ociosos bebiendo jerez directamente del barril y comiendo petisús y pastelitos glaseados.

—Vamos —sugirió su hermana—. Acompáñame a recoger a Barbara del colegio.

Una tribu de beduinos que se preparara para cruzar el desierto con una caravana de camellos habría necesitado menos tiempo para prepararse que Cissy y su prole.

—Creo que debería volver a casa —dijo Freda en medio de los interminables preparativos—. Mi madre se estará preguntando dónde estoy.

—¿Tú crees? —preguntó Cissy, con serias dudas. Después vaciló un momento y dijo (con muy poca convicción, en opinión de Freda)—: Oye, si de verdad quieres venir a vivir aquí, creo que podrías compartir el cuarto con Bobby.

El rey pescador

Por extraño que pudiera parecer, tras tanto tiempo en la policía, Frobisher nunca había tenido que ir a Dead Man's Hole, como llamaban a la morgue que había debajo del Tower Bridge. Las corrientes en esa parte del Támesis hacían que los cadáveres se quedaran enganchados en los muelles del puente cuando el río los arrastraba corriente abajo y Dead Man's Hole era el lugar en el que sacaban los cuerpos del agua y los almacenaban temporalmente. Algunos de los ahogados habían tenido una muerte accidental; muchas veces eran borrachos y algunas eran víctimas de asesinatos, pero la mayoría se habían suicidado. Frobisher conocía bien los casos de aspirantes a suicidas: su mujer fue uno de ellos.

El río esa mañana estaba de color marrón y en calma con la perenne flotilla de barcas y barcazas, el corazón del comercio de la ciudad. Ahí no había lilas. Ni tampoco olor a campo de heno ni a una hilera de tilos, solo el hedor tóxico de la ciudad. Frobisher sintió que se le caía el alma a los pies.

Descubrió que la morgue era un lugar especialmente deprimente, infectado por el aire insano del río. Unos escalones de piedra llevaban desde el Támesis hasta una pequeña plataforma de hormigón a la que se subían los cadáveres. El túnel abierto que había un poco más allá, al que se llevaban los cuerpos, transmitía una desesperación húmeda y los azulejos esmaltados en blanco olían a baño público masculino y no generaban ni el más mínimo sentimiento de compasión. Una pequeña puerta que había en la pared daba a los escalones que llevaban al interior del muelle, a una sala fría, húmeda y fétida en la que se almacenaban los cadáveres antes de que siguieran su camino. Ya era bastante malo estar muerto, pero morir y después acabar ahí… Frobisher se estremeció.

No había ninguna chica, ni ahogada ni de ninguna otra forma. Un guardia, que salió del escondrijo que ocupaba cuando no iba nadie por allí, le dijo: «Se la han llevado a Southwark».

Frobisher cruzó el río y se unió a la multitud que avanzaba con dificultad por el Tower Bridge. Sintió que la miseria se desprendía de los cuerpos como si fueran miasmas; la guerra había provocado un

daño irreparable en toda esa gente. Aunque tal vez solo fuera el pesimismo que él sentía. A veces le parecía que sentía todo el peso de la historia de Londres sobre su cabeza, aplastándolo. Echaba muchísimo de menos los campos abiertos y los bosques espaciosos de su infancia. Había crecido entre caballos. Su tío había sido criador de cerdos, y su padre, labrador. Últimamente Frobisher se había encontrado preguntándose cómo habría sido su vida si hubiera seguido los pasos de su padre y se hubiera dedicado a arar la tierra en silencio, haciendo ese surco regular detrás del yugo con los enormes caballos y despidiendo vaho al respirar en medio del aire frío. En vez de eso, él había recibido educación gracias a una beca para asistir a un instituto del pueblo más cercano. Tenía que caminar ocho kilómetros para llegar hasta allí y otros tantos de vuelta, hiciera el tiempo que hiciera.

Ahora mismo cambiaría sus libros por el tintineo de los arreos de los enormes caballos de Suffolk y la neblina que cubría la tierra a primera hora de la mañana. Tenía que detener todo eso. Se estaba ahogando en la nostalgia. Era preocupante lo fantasioso que se había vuelto de repente. Como si hubiera contraído una enfermedad, o casi.

—¿Inspector jefe?

—Qué.

Había muchos cadáveres en la morgue de Southwark, pero no eran chicas devueltas por el río. A diferencia de lo que le había ocurrido con Dead Man's Hole, Frobisher había estado muchas veces allí a lo largo de su carrera. La morgue ocupaba un edificio que antes había sido la antigua cárcel de Marshalsea, que Dickens conoció bien.

—*La pequeña Dorrit* —le dijo al guardia de la morgue.

—No tenemos a nadie con ese nombre aquí —respondió sin el más mínimo humor.

Frobisher suspiró.

No había ninguna Amy Dorrit. Ni tampoco ninguna chica ahogada.

—Pruebe en Snow Hill —sugirió el ayudante de la morgue con poca convicción—. O en Kew —añadió con aún menos.

Él echó a andar de nuevo. Por mucho que odiara verse encadenado a su mesa (Frobisher se sentía como si estuviera atado y la burocracia le estuviera devorando el hígado), esa búsqueda constante e inútil le estaba haciendo perder el tiempo. Deseó que alguien (ese tal Baird, por ejemplo) inventara un teléfono portátil. Eso era mucho más útil que un televisor.

En Snow Hill tampoco estaba. Ni en ninguna otra parte. Al final, volvió al principio: la encontró en la diminuta morgue de la comisaría

de Bow Street.

Su paseo por el Embankment lo había dejado con el ánimo bajo. No podía evitar la extraña sensación de que las chicas desaparecidas que buscaba Gwendolen Kelling eran un presagio. Había algo malvado en el aire de Londres.

Frobisher examinó a la chica que estaba tendida sobre el mármol. Menuda y delgada, congelada para siempre en la adolescencia; nunca llegaría a vieja porque su vida se había apagado como si fuera una vela. Estaba tan desnuda y expuesta como el día en que nació. El pelo castaño, todavía mojado. Pechos pequeños como diminutas cúpulas con una capa de pecas cubriéndole el cuerpo que el agua del río no le había eliminado. Frobisher hizo una mueca ante la falta de modestia. Con cuidado le levantó un párpado. No importaba lo exánimes que parecieran los muertos, él siempre tenía miedo de que un cadáver de repente volviera a la vida si lo tocaba. Encontró un ojo marrón un poco lechoso mirándolo. Muerta del todo.

Le habían quitado la ropa, que estaba bien doblada a sus pies. Un vestido, la ropa interior y un zapato, plateado. El tipo de calzado que se ponían las chicas para bailar. El vestido era brillante y muy fino, como si se lo hubiera puesto para salir a divertirse, pero eso no significa nada: Londres era una fiesta continua. Había rastros de pintalabios en su boca, lo que indicaba que no había estado mucho tiempo en el agua. Teniendo en cuenta la marea, tal vez su viaje por el río no había sido tan largo. No llevaba identificación, obviamente. Tenía un gran cardenal en la mejilla, que parecía una lila en plena floración. Y colgado en el cuello llevaba un pequeño guardapelo de plata.

Apareció entonces el médico de la policía, el doctor Webb, con una pipa en la mano.

—Ya me estaba preguntando dónde estaría usted, Frobisher —saludó—. Lleva horas en exposición sobre ese mármol.

—Parece usted pescadero —replicó el inspector, saltándose las formalidades.

No le caía bien Webb. Hablaba demasiado y estaba muy «pagado de sí mismo», como decía su madre, fallecida mucho tiempo atrás.

—Entonces, usted sería el pescador, Frobisher.

—¿Mujer ahogada? —preguntó, cortante. *Mujer ahogada*… Era el nombre de un cuadro que había visto en alguna parte, pero no recordaba quién era el pintor: Millais, Watts o alguno por el estilo. Otra mujer muerta. Y sí, iba a las galerías de arte; suponían una sana desconexión de los aspectos más odiosos de su trabajo. Él también

pintaba acuarelas. Obras de aficionado que no le enseñaba a nadie. No le gustaba lo clásico ni tampoco lo *avant-garde,* sino lo romántico, lo lacrimógeno incluso. Otro detalle que no pensaba comentar en Bow Street.

—Sí y no —contestó Webb. Señaló una pequeña herida en el cuello de la chica—. La arteria carótida —explicó—. Un cuchillo. Pequeño.

—Lo bastante grande —apuntó Frobisher.

—Inconsciente antes de llegar al río, diría yo, pero sí que tiene agua en los pulmones. Así que se ahogó antes de desangrarse. El agua está demasiado fría para sobrevivir en ella mucho tiempo. La temperatura corporal cae rápidamente y sucumben a lo que nosotros llamamos «hipotermia». El frío la habría matado sin necesidad de nada más. Se mire por donde se mire, no tenía ninguna oportunidad.

Frobisher sintió náuseas. Hacía mucho que había pasado la hora del almuerzo y él todavía no había comido nada. Y tampoco habría nada esperándolo en Ealing esa noche. Lottie estaba en uno de sus periodos de tristeza. Una palabra inadecuada para el estado casi catatónico en el que recaía regularmente.

—Tercera chica en lo que llevamos de mes —dijo Webb.

—Cuarta —corrigió Frobisher—. El río devolvió a una mujer en Richmond la semana pasada. Suicidio, creo. —Cogió el zapato y lo examinó—. ¿Solo llevaba uno?

—Sí.

Con la ayuda de Webb, le quitó el guardapelo del cuello. Cuando lo abrió, encontró una fotografía de una mujer que no había sufrido daños por el agua. La madre de la chica, supuso. Era de esperar que la fotografía del padre estuviera en el otro lado del díptico, pero en vez de eso había una foto un poco borrosa de un terrier, al parecer. Por alguna razón la imagen del perro le puso más triste que la de la madre. ¿Debería conseguirle a Lottie un perro? Un spaniel o un Yorkshire terrier… ¿La animaría eso? ¿Le gustaban los perros? Frobisher no tenía ni idea. Casi no conocía a su esposa; su naturaleza era fugitiva, no quería estar presente. Él tuvo una perra de granja en su infancia, una collie que se llamaba Jenny. Siempre intentaba no pensar en ella. La forma en que había muerto (veneno para acabar con los cuervos) había estropeado su infancia en esa feliz Arcadia.

En cuanto se ponía a pensar, volvía a Shropshire. Lo que daría por estar caminando por un prado en pleno verano o escuchando el coro matutino de los pájaros que llegaba desde el bosque. Suspiró. Tenía que detener eso. Se estaba ahogando en la nostalgia. Qué frase más desafortunada.

Se guardó el guardapelo de la chica muerta en el bolsillo.

—Le diré a alguien que pregunte por las joyerías de Londres. Nunca se sabe.

—Una aguja en un pajar —contestó Webb, rechazando la idea—. *Virgo intacta,* por cierto —añadió—. Por si se lo preguntaba.

Frobisher miró a la chica una última vez. «Cúbrele la cara. Me deslumbra los ojos. Murió joven.»

—Cúbrala con una sábana, por Dios, hombre —le dijo a Web con tono brusco.

—¿Ya de vuelta, señor? —saludó el sargento de la entrada amablemente.

Ah, como se le ha quemado el beicon, se ha vengado enviándome a una búsqueda inútil. Frobisher no le dio la satisfacción de demostrarle su frustración por la mañana que había perdido. Solo le dijo con malos modos:

—Que alguien me traiga al agente Cobb, ¿me oye, sargento? Tengo una tarea especial que encomendarle.

A toda prisa

—Han dejado una nota para usted —dijo la señora Bodley, que se había acercado a Gwendolen apresuradamente cuando esta estaba a punto de sentarse a cenar.

—¿Una nota? ¿Y la ha traído un hombre guapo? —aventuró.

—No. Un policía de uniforme —contestó la propietaria con aire de desaprobación y se la entregó.

Tenía escrito en el dorso del sobre «Señorita G. Kelling» con una letra muy clara. Gwendolen esperó a que se fuera la señora Bodley, reconcomida por la curiosidad y la intriga, para abrir el sobre. «Querida señorita Kelling: ¿podría pedirle a su amiga que se entere de si alguna de las dos chicas llevaba un guardapelo? Gracias. Atentamente, John Frobisher.»

Así que se llamaba John.

Ella no sabía nada de sus circunstancias. Tal vez estaba casado, aunque no parecía de los que se dejaban mangonear por una mujer, sino más bien de los que no querían saber nada de una esposa. Claro que él tampoco sabía nada de las circunstancias de ella ni de su inesperada riqueza. No le había contado la realidad de lo de la biblioteca. Y eso parecía reconfortarlo. Gwendolen suponía que las bibliotecarias pocas veces alteraban el *statu quo* que había en el corazón de un hombre.

Necesitó un momento para digerir la petición de Frobisher; se había distraído con esa revelación del «John». Se le cayó el alma a los pies cuando se dio cuenta de lo que eso implicaba. Sabía lo que significaba. Había encontrado un cadáver. A un soldado en el campo de batalla se lo podía identificar por sus chapas. A una chica que aparecía en medio de Londres, por un guardapelo.

Ella había asumido, evidentemente, que Freda y Florence estaban vivas y a salvo en alguna parte. Nunca se le había pasado por la cabeza que les hubiera ocurrido algo, pero la pregunta de Frobisher sobre el guardapelo indicaba el peor de los destinos. Y, si no era ni Freda ni Florence, entonces sería otra pobre chica. Se arrepintió mucho por haber tratado ese viaje a Londres como una excursión de placer mientras que el serio Frobisher estaba pensando en cadáveres. Qué horrible sería que Freda o Florence aparecieran muertas. No se

podía imaginar tener que darle esa noticia a la hermana de Freda.

Cissy Murgatroyd había sido la mejor amiga de Gwendolen. Las dos habían pasado su infancia juntas y después se fueron al frente como enfermeras voluntarias también juntas; se apuntaron a la formación que daba la Cruz Roja cuando acababan prácticamente de dejar el colegio y se embarcaron para el frente en 1915. El armisticio fue lo que las separó. Cissy volvió a casa cuando se anunció la paz, pero ella siguió en la lucha hasta que la licenciaron en 1919. Cuando Gwendolen regresó, se la encontró casada con un ingeniero civil y ya embarazada de su primer hijo.

El hombre con el que se casó se llamaba Wilfred y era buena gente, con un temperamento alegre y cariñoso. Si una mujer tenía que casarse, había por ahí cosas mucho peores que él. («¡Oh, Gwen! Si me muero demasiado pronto, cásate tú con él», le había dicho Cissy, absurdamente encantada con la idea.) Pero Gwendolen no buscaba un marido ni hijos, y ambas cosas parecían ir unidas de forma irremediable. (¿Amar a un hombre por fuerza implicaba la maternidad? ¿No se podía tener una cosas sin la otra? «Es complicado», había dicho Cissy riendo.) Tampoco eso suponía un problema, porque, aunque hubiera querido encontrar uno, no había hombres a la vista; la guerra se había ocupado de eso. Si quería sentirse querida, podía tener un perro. Si deseaba un niño, podía adoptar un huérfano; había muchos disponibles, aunque dudaba de que tuviera el valor suficiente para ser madre.

—Creo que tú tienes valor suficiente para todo, Gwen —comentó Cissy—. Hasta para enamorarte.

—Bah —respondió con elocuencia ella.

Nadie la iba a engatusar con conceptos románticos, por muy buenas intenciones que tuviera. Ni tampoco se iba a ver constreñida por el matrimonio, por muy alegre y cariñoso que fuera el hombre en cuestión.

Una imagen de Frobisher, serio y muy erguido tras su mesa, se coló en la mente de Gwendolen. ¿Qué tipo de marido sería él? No se lo imaginaba echándole una mano a la hora de cambiar pañales o de pelar patatas, como hacía Wilfred. La sola idea la hizo reír. Él tenía una misión y los hombres así no tenían tiempo para nimiedades. Lo habían enviado a Bow Street para «limpiar la casa». Corrupción. Estaba por todas partes; incluso en la biblioteca, donde se podía sobornar a la señorita Shaw con un caramelo para que no pusiera una multa por un libro que se había devuelto tarde.

Como Cissy le había sugerido, fue a ver a los padres de Florence antes

de irse a Londres. Los señores Ingram no paraban de ir de acá para allá mientras servían café y galletas en el salón. Ella temblaba, así que las tazas y los platillos repiqueteaban y la cafetera se movía en su mano, hasta que el señor Ingram le dijo:

—Siéntate, Ruthie. Ya me ocupo yo. —Luego se dirigió a Gwendolen—: Lo intentamos. Contactamos con Scotland Yard y nos dieron el nombre de un inspector, un tal Frobisher. Dijeron que debíamos hablar con él, pero nunca nos devolvió la llamada. Y lo intentamos varias veces.

—Esa descarada la ha llevado por el mal camino —interrumpió la señora Ingram.

—¿Freda?

—Su madre es una perdida. —No se esperaba que una palabra así pudiera salir de los labios de alguien tan educado. La señora Ingram se llevó la mano a la garganta, como para tocarse un invisible collar de perlas—. Y una ladrona también.

—¿Freda?

—Dejamos entrar a una serpiente en el seno de nuestra familia y ahora Florence seguramente estará muerta en algún callejón —gimió.

—Vamos, Ruthie. Nosotros sabemos que está viva —la consoló el señor Ingram.

¿Cómo podía estar tan seguro?, se preguntó ella. Como para responder a su pregunta, el señor Ingram abrió un cajón de una cómoda y sacó un montoncito de postales que le pasó a Gwendolen.

—Nos escribe —explicó—. Como si estuviera de vacaciones. —La señora Ingram resopló y él repitió—: Vamos, Ruthie.

Ella estudió las postales. Ninguna tenía una dirección de remite. Parecía que las había arrancado de una tira más larga y todas tenían el título «Monumentos de Londres»: la catedral de St Paul, el Big Ben, etc. «Queridos mamá y papá: me lo estoy pasando muy bien en Londres. ¡Os echo de menos!», leyó Gwendolen en voz alta. La señora Ingram pareció a punto de desmayarse.

—Como verá —prosiguió el señor Ingram—, la última postal es de hace solo dos días. Está bien.

—Es tonta, Alistair —gritó la madre—. ¡Retrasada! No sabe cuidarse sola.

Él suspiró profundamente.

—Solo es un poco «lenta», Ruthie, nada más. Nuestra Florence es un poco lenta. —Volvió a suspirar—. El policía de Scotland Yard con el que hablé me dijo que se pierden chicas en Londres todo el tiempo. —La respuesta a esa frase fue un aullido de la señora Ingram—. Yo habría ido a buscarla en persona —aseguró—, pero no puedo dejar a

la pobre Ruthie. Siempre ha estado delicada de los nervios, ¿sabe?

Gwendolen había conocido hombres en la guerra que no solo tenían los nervios delicados, sino destrozados por las abominaciones que habían tenido que presenciar. La señora Ingram no podía competir con ellos en ese sentido, pero sus sollozos eran terribles, y ella se enfadó consigo misma por su corazón de piedra. Esa mujer se merecía compasión.

—Pensamos en contratar a un detective privado —continuó el señor Ingram.

—Gladys Murgatroyd no nos ha ayudado en nada —intervino la señora Ingram con amargura—. Creo que le da igual no volver a ver a su hija.

—Yo voy a ir a Londres —dijo Gwendolen para intentar consolar a la señora Ingram—. Las voy a buscar y a encontrar. —«Una pastorcilla buscando sus corderos descarriados», pensó. Aunque nadie podría decir que Freda fuera un corderito; más bien, una oveja negra.

Mientras se dirigía a la salida de la casa de los Ingram, a Gwendolen le pareció oír los lamentos de la madre desde allí, un ulular en el aire.

—Les prometo que traeré a Florence de vuelta a casa —les dijo.

Acababa de tentar a la suerte, ¿verdad? Cuidado con las promesas, se dijo. ¿Y si la hija que les llevaba de vuelta a los Ingram ya no estaba viva? No podía ni pensarlo.

Había papel y materiales de escritura en la mesa del saloncito de los huéspedes y después de cenar Gwendolen eludió la partida de *bridge* con las Señoritas en Apuros, cogió la pluma que había allí y le escribió una breve nota a Cissy: «¿Freda llevaba un guardapelo? ¿Puedes preguntarle a los Ingram si lo llevaba Florence?». Seguramente lo mejor era no contar nada más, aunque Cissy también había tenido que buscar esas chapas rojas y verdes en el cuello de los fallecidos en la guerra.

«Maldita chiquilla», dijo esta cuando le enseñó la carta de despedida de Freda («Querida madre…»), pero Gwendolen sentía pena por esa niña. Nunca le habían dado un verdadero camino que seguir en la vida, aparte de ir por ahí luciéndose, y en ese momento nadie, ni siquiera su hermana, parecía muy preocupado por que se hubiera fugado. Aunque lo cierto era que Cissy veía a Freda como el cuco que se había colado en su nido.

Finalmente añadió una postdata a su nota: «Espero que ya me hayas enviado las fotos de Florence y Freda».

El Helesponto

Niven era miembro de un club de Piccadilly. Le resultaba útil en varios sentidos, sobre todo si necesitaba que lo dejaran en paz con sus sombríos pensamientos. Acababa de sentarse en una de las masculinas butacas de cuero de la biblioteca cuando se le acercó un camarero y, con esa voz muy baja y discreta que habían perfeccionado los hombres que se dedicaban a ese oficio, le dijo:

—Hay una señora abajo que pregunta por usted, señor. —La palabra *señora* la había pronunciado con un leve tono de rechazo—. ¿Quiere que le diga que se vaya, señor?

—No será necesario —contestó él.

Evidentemente, no permitían la entrada de mujeres en el club, y la sola presencia de una abajo ya era una invasión peligrosa para los miembros. Niven había organizado una reunión con la «señora» en cuestión y el camarero se sintió aliviado al ver que enseguida la acompañaba al exterior del edificio y ambos se metían en el coche. De ahí fueron al pub The Lamb and Flag, un lugar más adecuado para el asunto que tenían entre manos.

Ella no era su tipo, aunque tampoco era que él tuviera uno definido. En general Niven prefería a las mujeres de las que podía olvidarse en cuanto las perdía de vista. Por eso Gwendolen Kelling le resultaba tan irritante. Todavía la recordaba. Y eso que ella sí que no era su tipo, definitiva y categóricamente.

La mujer con la que estaba en The Lamb and Flag era miembro de las Cuarenta Ladronas. Él puso un billete de diez libras sobre la mesa delante de ella, que se lo guardó con discreción. A cambio del dinero Niven se encontró en posesión de un bolso que apenas valía para trapos, mucho menos la exorbitante cantidad de diez libras. Tiró ese objeto delictivo en el coche y condujo por The Mall. Sintió que el viaje en el que se estaba embarcando no era tan simple como cruzar el estrecho que suponía Hyde Park Corner para alcanzar Knightsbridge y The Warrender, que estaba al otro lado. Lo que estaba cruzando era el Helesponto. Y esa historia no acababa bien.

El frente nacional

Con el tiempo el estómago de Frobisher se había acostumbrado a la cocina extranjera de su mujer. Aunque dudaba de que los franceses utilizaran en Francia tanto ajo como usaba Lottie. Para ella era una especie de talismán. Algo que ver con Ypres, suponía, donde perdió a su hija. Él tenía siempre una buena cantidad de caramelos de menta en el bolsillo para contrarrestar ese olor en su aliento. Eso habría horrorizado a la gente de Bow Street.

Lottie había conservado y cuidado con esmero la cabeza de ajo que llevaba en el bolsillo cuando la encontraron en Ypres. Ya estaba vieja y seca cuando Frobisher la conoció, la víspera del armisticio, de pie sobre el parapeto del Waterloo Bridge, a punto de saltar; pero después ella la había devuelto a la vida plantándola en una maceta con tierra, regándola y atendiéndola con tanta dedicación como la que tenía Isabella con su maceta de albahaca. Había estudiado a Keats en el colegio y a veces a Frobisher le venían fragmentos de sus poemas a la cabeza, de improviso.

Todo el linaje de la cabeza original vivía ahora en su jardín trasero, donde Lottie también cultivaba una selección de *herbes* extranjeras (durante mucho tiempo él creyó que lo que ella decía era «erb»). Antes de casarse, el único contacto que Frobisher había tenido con las hierbas aromáticas se había limitado a la menta de la salsa del cordero y a la pizca de perejil que acompañaba el bacalao. Nadie en Inglaterra llamaba «hierbas» a la menta y el perejil.

Cuando su mujer estaba en condiciones, él comía tan bien como un campesino francés. Trabajaba con hombres que creían que el pastel de anguila con puré de patatas era un plato digno de un *gourmet*. Eso casi era un insulto para los *cassoulets* y los *coq au vin* de Lottie. Pero ese día a Frobisher no le esperaba un festín. Él mismo tuvo que prepararse, en la fría cocina de Ealing, un sándwich de ternera en conserva que se comió de pie junto al fregadero.

Su mujer apenas levantó la vista cuando entró.

«¡Ya estoy en casa!», gritaba él siempre cuando cruzaba la puerta principal, y al instante pronunciaba un alegre *«Bonjour!»,* para no parecer parcial. Sabía algo de francés, lo que recordaba del colegio, pero Lottie prefería que él hablara en su idioma. Sus mediocres

intentos de comunicarse en francés eran un insulto para sus oídos.

Se felicitó a sí mismo por haberse acordado de pasar por el mercado de las flores de camino a casa. Cuando ya se acercaba el final del día, las vendían más baratas, así que Frobisher había comprado un buen ramo de tulipanes de diferentes colores (rosas, rojos y amarillos) a un precio de ganga. Era esa hora del día en que las floristas se acercaban a buscar flores para sus *boutonnières,* sus ramos y ramilletes. No eran Eliza Doolittle, sino mujeres mayores que aguantaban de pie en esquinas frías durante horas para ganarse la vida como podían. Frobisher a veces les compraba un ramito de violetas, más por caridad que por cualquier otra cosa, pero le encantaba hundir la nariz entre las flores y empaparse de su dulzura para dejar a un lado por un momento la peste de Londres.

Los tulipanes le parecían bonitos y alegres en su envoltorio de papel mientras iba camino a casa. Había cogió el tren para regresar a Ealing. Tenía que ir a recoger su coche al concesionario la semana próxima y le sorprendió cuánto iba a echar de menos el bullicio del transporte público. Le hacía sentirse parte de algo, no envuelto en su soledad. Había un periódico *Evening Standard* abandonado en un asiento del vagón. El titular principal decía: MAMAÍTA COKER SALE DE LA CÁRCEL. A Frobisher no le gustaba nada ese sobrenombre. Hacía que Nellie Coker pareciera un personaje benévolo sacado de un cuento de hadas, aunque si apareciera en uno sería en realidad la bruja.

Una mujer que había en el vagón («Con pinta de trabajadora explotada», pensó él) le sonrió y le dijo: «Ojalá mi marido me trajera flores».

Él no tenía una buena respuesta para eso, pero después se arrepintió de no haberle dicho: «Tome, quédese con estas» y haberle regalado todo el ramo, porque lo que hizo su mujer al verlo fue mirarlo con el ceño fruncido, como si le recordaran a algo que prefería olvidar.

Lottie estaba desconectada y ocupaba su sitio habitual en el saloncito de atrás. Cuando estaba en ese estado, se sentaba en una silla junto a la ventana y miraba el jardín durante horas, apática.

Cosía muy bien y Frobisher le había comprado en una tienda de antigüedades de New Conduit Street un bonito mueble costurero de palisandro, forrado por dentro con una seda plisada azul pálido. Estaba trabajando en una funda de cojín bordada con unos loros de colores alegres, pero muchas veces simplemente cogía su labor y después la dejaba sin haber dado ni una puntada.

Frobisher también había puesto un comedero para pájaros en el jardín para que ella pudiera mirar algo, pero Lottie parecía no notar la

bandada de pinzones hambrientos que se lanzaban como buitres a por las ofrendas generosas de él. Ya estaba atardeciendo y había muchos pájaros, pero ella miraba hacia la oscuridad, como si estuviera esperando ansiosamente a que alguien emergiera de entre las sombras. Su hija, supuso. Una pequeña víctima de la guerra.

Lo miró con los ojos vacíos, casi como si fuera él el responsable de su estado mental. Además, en la casa se notaba el frío glacial de la desatención. Solo había cenizas frías en la chimenea, así que Frobisher se entretuvo con la satisfactoria tarea de encender el fuego. El cálido día de primavera se había vuelto frío cuando llegó arrastrándose la noche.

La cama matrimonial también estaría helada esa noche, como muchas otras. Cuando ella estaba de buen humor («arriba», pensó él), le rodeaba el cuello con los brazos delgados y lo cubría de tantos besos («Mon amour, mon amour, je suis désolée») que casi deseaba que parara. Su abandono resultaba perturbador. Pero nada lo iba a molestar esa noche. Lottie, vestida con un grueso camisón de algodón que a él le recordaba a un sudario, le daría la espalda mientras se quedaba tumbado despierto pensando en lo diferente que sería su vida si hubiera llegado cinco minutos después, cuando Lottie ya se hubiera tirado al Támesis y estuviera de camino a Dead Man's Hole.

Puso los tulipanes en una jarra, porque no encontró ningún jarrón, y los colocó en el aparador, donde ella los viera. Después se sentó en su butaca y contempló el chisporroteo del fuego. Se suponía que debería volver a intentar escribir el artículo para la revista *John Bull*. Unos días atrás había empezado muy sobrio:

> El distrito de Londres conocido como el West End y descrito por el servicio de correos de Su Majestad como «London W1» tiene una superficie de apenas un kilómetro y medio cuadrado. En él se encuentran Piccadilly Circus y Leicester Square, además de todos los pequeños restaurantes y clubes que forman el Soho, que no es tanto una zona como un ambiente que domina esa parte del West End.

El editor de *John Bull* le había dicho: «Dele un poco de ritmo. Esto no es una guía de la ciudad. Nuestros lectores ya saben lo que es el West End. Quieren leer cosas que no saben, ¿qué sentido tendría si no? Chismes, ya sabe».

Dejó el papel y la pluma sin haber escrito ni una palabra.

Le habría gustado decirle al agente Cobb que estuviera atento por si Maddox aparecía por The Amethyst, pero ¿y si el agente estaba también compinchado con el inspector? Era poco probable, pero no imposible. ¿Y si todos estaban con Maddox? ¿Y si el barril entero estaba podrido? No debía dejarse llevar por esos delirios y sospechar de todo y de todos, como si estuviera paranoico. Oakes, al que

llamaban The Laughing Policeman, parecía un hombre en el que se podía confiar. Tal vez debería reclutarlo para su misión.

Pero nada de eso tenía sentido, estaba demasiado inquieto para relajarse. Tiró el cigarrillo a medio fumar a la chimenea y colocó la pantalla. Se puso el abrigo y descolgó el sombrero del perchero.

—Voy a salir a tomar un poco de aire. No tardaré —gritó desde la puerta, pero no recibió respuesta.

Caminó por las calles de Ealing. No con el paso decidido de un policía, sino vagando como un hombre que no encontraba consuelo en su casa. Era tarde y vio que un par de personas lo miraban con suspicacia. Tal vez sí que debería tener un perro. Nadie sospechaba de un hombre con un perro.

Cuando Frobisher llegó a casa, se encontró que el fuego que él había encendido se había apagado. Removió las ascuas y pacientemente lo devolvió a la vida con unas astillas y unos trocitos de carbón; las llamas volvieron a ser fuertes y danzarinas. Se quedó dormido en su butaca y cuando se despertó encontró que el fuego se había apagado de nuevo. Era como su historia con Lottie, se dijo, pero estaba demasiado cansado para enfrentarse al reto de convertir su matrimonio en una metáfora. En vez de eso, decidió subir cansinamente las escaleras para irse a la cama.

Té en el Goring

A la mañana siguiente, el correo matutino trajo algo para Nellie, pero el sobre con su nombre se quedó delante de ella, sobre la mesa, sin abrir. No era habitual que recibiera cartas en Hanover Terrace; prefería que las enviaran a The Amethyst, lejos de miradas curiosas. («A Mamaíta le encanta tener secretos», decía Shirley. A lo que Betty respondía: «Incluso cuando no tiene ninguno». Y su hermana contraatacaba: «Sobre todo en ese caso».)

Nellie estaba sentada a la mesa con Betty, intentando enseñarle las bases de la contabilidad. La matriarca creía que, exceptuando a Kitty, Betty era la más frívola de sus hijos, pero también era la que estaba más dispuesta a aprender, aparte de Edith.

—Dinero que entra, dinero que sale. Eso es todo lo que necesito saber, ¿no?

—Bueno, no es del todo así —contestó Nellie, recurriendo a sus siempre limitadas reservas de paciencia—. Cuadrar las cuentas no se trata necesariamente de conseguir que cuadren. Es un poco más sutil.

—¿Sutil? ¿Cómo pueden ser sutiles unas cuentas? ¡Oh, ya lo entiendo! Es por el fraude, ¿no? *Légerdemain* con números. Evitar a los inspectores de Hacienda y demás. ¿Por qué no lo has dicho? Pero Edith se ocupa de todo eso, ¿por qué tengo que aprender yo?

«Porque yo no voy a estar aquí siempre», pensó Nellie. Pero no tenía sentido decírselo a Betty. Ella sabía que sus hijos creían que era inmortal. Era demasiado monumental para morirse. Pero, si dejaba las riendas en manos de Edith, ella necesitaría una lugarteniente, otra Coker que estuviera dispuesta a hacer todo lo necesario para preservar el legado del negocio. Betty era un poco superficial, pero tenía una implacabilidad profunda de la que carecían Shirley y Ramsay.

—Si miras la columna de la izquierda del libro, verás que… —insistió su madre.

—¿No la vas a abrir?

Nellie miró el sobre con desconfianza.

—No es una bomba —añadió Betty.

—Podría serlo —respondió Nellie.

A falta de un abrecartas, su hija le ofreció su navajita y ella suspiró, resignada, abrió el sobre y sacó con cuidado el contenido: una hoja de

papel grueso manuscrita con tinta negra y una letra puntiaguda y extranjera.

—¿Es una carta de amor? —preguntó Betty, divertida.

—No —contestó Nellie. Pero sí que lo era.

Una invitación. Se cubrió de plumas para la ocasión; envolvió su figura, que había comido demasiados pudines de ciruela, en un abrigo corto que le había prestado Shirley, ribeteado de plumas de avestruz («Me lo ha cogido, no se lo he prestado», rezongó Shirley), y coronó el atuendo con un extraño sombrerito que había hecho un sombrerero de Ingestre Place que Nellie conocía. Parecía que un mirlo se había posado en su cabeza y se había muerto ahí. Era adecuado para un funeral, pensó. No tenía por delante el de nadie, que ella supiera. Pero alguno llegaría, tan seguro como que el otoño sigue al verano.

—El señor Azzopardi ya ha llegado —murmuró el encargado como si estuviera revelando un precioso secreto, y la acompañó hasta su mesa.

—Está usted preciosa —comentó él, que se levantó para saludarla.

Cuando la camarera les sirvió el té, él continuó:

—Me encantan los hoteles. Simplemente los adoro.

Nellie nunca había tomado el té en el Goring. Una porcelana muy bonita y todo muy elegante.

Ella ignoró los sándwiches y fue directa a por un petisú.

—Soy más de dulces —comentó.

—Eso había oído —dijo Azzopardi—. Aunque creo que usted ya es muy dulce de por sí.

«Halagos», pensó Nellie. Estaba extrañamente decepcionada; se esperaba a alguien más vil y menos tópico en esa situación. Pero el petisú estaba delicioso.

Él le contó que antes vivía en Londres, pero que se fue durante la guerra y vivió un tiempo en el extranjero. Nellie supuso que eso quería decir que estuvo en la cárcel. Era lo que solía significar. Sí, admitió sin tapujos: en una cárcel flotante anclada frente a Gibraltar. Continuó diciendo que al volver se fue a Escocia.

—Su país, tengo entendido.

—Solo una pequeña parte de él —respondió Nellie, que no quería reclamar toda Escocia para sí—. Es muy vigorizante. El paisaje y todo lo demás.

—Oh, sí, el paisaje —repitió él.

¿Quién es ese hombre?, se preguntó Nellie. Hablaba su idioma de una forma sorprendentemente fluida, mejor que Kitty, sin duda.

—¿Se aloja usted aquí? —preguntó ella.

—¿En el Goring? No, he alquilado una casa en Eaton Square. He pensado en volver, por los viejos tiempos. Una vez tuve una mala experiencia aquí.

—¿Y aun así quiere volver?

—Para espantar a los fantasmas. Y para ver si alguien me reconoce —rio entre dientes—. He cambiado bastante desde la época en que vivía en Londres. —Entonces sus ojos se desplazaron hasta su mano, donde Nellie ya se había fijado en que tenía una fea cicatriz con forma de estrella, como si no le hubieran cosido bien la herida o no se la hubiesen cosido en absoluto. Pero evitó hacer ningún comentario—. Siempre resulta divertido reinventarse, ¿no cree? —continuó, mirando muy fijamente a Nellie.

—No tengo ni idea —contestó ella, y enarcó una ceja con un segundo petisú en la mano.

Incluso Azzopardi se sentía empujado a responder a esa ceja de los Coker.

—Las leyes están para infringirlas. Usted lo sabe mejor que nadie.

Ella frunció el ceño, miró el extremo del petisú que tenía en la mano y volvió a dejarlo en su plato.

—¿Ocurre algo, Nellie? ¿Puedo llamarla Nellie?

—Preferiría que no lo hiciera, si no le importa. —¿Estaba flirteando con ella? Hombres mejores que Azzopardi lo habían intentado y habían fracasado estrepitosamente. Era muy empalagoso. Supuso que iba a por los clubes. Seguro que había oído que Maddox quería mover ficha e ir a por ella y decidió adelantarse. ¿Por qué no iba al grano y le hacía una oferta, en vez de perder el tiempo con toda esa tontería? Logró calmarse comiéndose un pastelito.

—Me gustaría ofrecerle cincuenta mil libras —dijo, notando su impaciencia.

—¿Por qué? —preguntó ella inocentemente, con el cuchillo de la mantequilla como única arma con la que defenderse.

—Por sus clubes. ¿Qué me dice? —Parpadeó despacio, como una tortuga.

Los clubes valían el doble como mínimo. Otro de esos parpadeos de tortuga por parte de Azzopardi.

—¿Más té? —preguntó, haciéndole un gesto a un camarero que estaba atento.

—No me vendría mal —contestó ella.

Azzopardi pidió la cuenta.

—¿Quiere usted que la lleve a casa? —le ofreció a Nellie.

—No, gracias. Voy a hacer una visita al tocador antes de irme.

—¿Considerará usted mi oferta?

—Por supuesto.

—¿Y me dará una respuesta la semana próxima?

—Claro.

Los dos se levantaron. Azzopardi le tendió la mano, pero cuando Nellie aproximó la suya para estrechársela, él la asustó agarrándosela y tirando de ella para acercarla demasiado a él, lo suficiente para que pudiera oler su colonia. Y la asustó aún más dándole dos besos en las mejillas, uno y dos. Ella no era xenófoba por regla general (no tendría negocios si lo fuera), pero en ese momento no pudo evitar pensar: «Malditos extranjeros».

En el baño de señoras (muy agradable), Nellie miró su reflejo en el espejo y frunció el ceño. Se sentía sofocada, como si hubiera estado corriendo (algo muy poco probable). «No estoy en venta», pensó enfadada. Tenía la extraña sensación de que Azzopardi estaba jugando con ella. Como un gato con un ratón. Él no quería pagar por los clubes. ¿Los quería de verdad? Sospechaba que iba tras otra cosa totalmente diferente, pero no tenía ni idea de qué podía ser. Fuera lo que fuera, estaba segura de que sería implacable, y si no podía conseguirlo a través de la persuasión, lo tomaría por la fuerza. Primero Maddox y después Azzopardi. Tenía a los bárbaros ante sus puertas. Nellie suspiró. Estaba claro que Deauville iba a tener que esperar hasta que todo eso se solucionara. Se ahuecó las plumas y salió del tocador.

El portero del Goring la ayudó a subir a su Bentley. Hawker, el chófer, la miró por el espejo retrovisor cuando se acomodó en el asiento de cuero. Le preocupaba que la cárcel hubiera provocado una grieta en su coraza. Una Nellie fuerte era predecible, pero una débil podía hacer cualquier cosa.

Hawker vivía en un pequeño piso sobre el garaje en la parte de atrás de la casa de Hanover Street. Tenía ganas de jubilarse (y cultivar un huerto), pero no tenía otro sitio donde vivir. Para cuando lo encontrara, ya estaría para el arrastre, le decía siempre a su hija. Llevaba ya cinco años con Nellie. A veces le preocupaba que sabía demasiados secretos para que ella lo dejara irse sin más. Tras una serie de tortuosas negociaciones, el chófer había conseguido tener un día libre cada quince días. «Me siento como un siervo de la Edad Media», le había dicho a su hija.

—¿Adónde vamos, señora Coker? —preguntó.

—A The Crystal Cup —pidió Nellie.

Voilà!

Todo estaba tranquilo en Hanover Terrace. Incluso Kitty estaba en silencio, y eso muchas veces era una mala señal. Tenía las condiciones ideales para crear su gran obra y Ramsay estaba aporreando las teclas de la Remington y retornando el carro sin parar, impulsado nada más que por un té Lipton y una lata de pastillas para la garganta con cocaína que le había gorroneado a una de las bailarinas de The Sphinx. Ya no pensaba, ¡ahora estaba escribiendo! La idea había sido como una especie de *coup de foudre;* debería escribir una novela de misterio (la resolución de un asesinato). Eso era lo que hacía furor, en realidad. Acababa de terminar de leer lo nuevo de Agatha Christie, *El asesinato de Roger Ackroyd,* y sí, sí, era muy inteligente de una forma retorcida e inesperada, pero Ramsay quería algo más real, más descarnado.

Le hacía falta un cadáver para tirar del hilo, pensó. Alguien al que habían tirado por una ventana, tal vez. Eso era bastante popular en las historias de asesinatos que se llevaban entonces. Un misterioso cuerpo tendido en la acera. ¿El cuerpo de quién? ¿Por qué?

Y para una novela de misterio necesitaba un detective, uno que ocupara un lugar en el panteón de los sabuesos famosos, junto al Dupin de Poe, a Sherlock Holmes o incluso al Poirot de Christie. Ramsay no quería nadie elegante, demasiado inteligente ni con buenos modales. No, quería un inspector de Scotland Yard, alguien hastiado y que conociera bien el lado sórdido de la vida.

«Escribe sobre lo que sabes.» Betty había dicho que él no sabía nada, pero se equivocaba, sí que sabía algo: sabía cómo era la fiesta constante en la que se convertía Londres por las noches, ¿no? Las prostitutas de la calle, las drogas, las bandas, las fiestas locas, los vestidos elegantes, los clubes nocturnos, el juego…, incluso los insufribles Bright Young Things; desde lo más sórdido hasta el oropel y todo lo que había en medio. Dada su profesión, su inspector se movería sin problemas entre esos mundos. Y, en otro relámpago de genial inspiración, Ramsay por fin había encontrado su título: *La era del oropel.* ¡Toda la historia ficticia se extendía ante él como un brillante tapiz recién tejido!

Pero al grano. Lo primero era encontrar algo que hiciera a su

inspector diferente, único incluso. Tal vez una de esas características o tics que todo el mundo recordaba y que todos ellos parecían tener: un violín, un bigote… ¡Tenía que ser galés! Ramsay no conocía ningún detective ni inspector de Gales, ni siquiera le venía a la cabeza ninguna persona de ese lugar, aparte de Lloyd George, y ni siquiera había nacido en esa nación dejada de la mano de Dios, ¿verdad?

E igual que Dios creó a Adán, Ramsay creó a Jones.

El inspector jefe George Jones, o Jones el policía, como lo conocían en los Valles de donde venía (¿en ese lugar de los Valles del que procedía?), estaba esperando en el andén de Paddington Station el tren de las 5.05 que venía de Taunton. Miró su reloj de bolsillo. El reglamentario de la policía. (¿Tenía la policía relojes reglamentarios? ¿Importaba si no era así? Sonaba bien.) Miró su reloj de bolsillo reglamentario… Su fiable reloj de bolsillo reglamentario. (Mejor.) El tren de las 5.05 llegó en hora (nota: averiguar si existe un tren que llegue a las 5.05 desde Taunton) y entró despidiendo vapor en el andén. Jones sonrió para sus adentros…

¿Por qué? ¿Por qué estaba sonriendo? Y también ¿por qué un maestro del crimen habría estado en Taunton? Ramsay había elegido ese lugar al azar. ¿Otro sitio, como Bristol o Mánchester incluso, sería más creíble como caldo de cultivo para la delincuencia? Birmingham seguro; las bandas de esa ciudad venían para el Derby y trataban The Amethyst como si fuera un lugar en el que todo estaba permitido. Pero supuso que eso lo podía decidir después. Se preguntó si habría un plano del ferrocarril Bradshaw en alguna parte de esa casa de Hanover Terrace. No le parecía muy probable. La gente de esa casa nunca cogía trenes.

Jones sonrió para sus adentros porque estaba deseando enfrentarse a Reggie Dunn. Justo en ese momento las puertas del tren se abrieron y los pasajeros empezaron a descender al andén. Vagón de primera clase, se fijó Jones. Dunn, el depravado jefe de una organización criminal del Soho, bajó con parsimonia al andén, como si no le preocupara nada en el mundo, y lo recorrió con mucha calma, sin saber que su némesis lo estaba esperando allí. «Hola, Reggie. ¿Has estado en las carreras?», dijo Jones. (Eso sonaba un poco flojo. ¿Has estado haciendo de las tuyas? ¿Has estado metido en algún asunyo turbio?)

«¿Has vuelto a las andadas, Reggie? (Mejor.) ¿Qué te parece si damos un paseo y hablamos…? ¿Hablar de qué? La creatividad era sorprendentemente agotadora. Ramsay bostezó y se encendió un cigarrillo.

«Hola, Reggie. ¿Has vuelto a las andadas?», dijo Jones. «¿Qué tal si damos un paseo y me cuentas lo que has hecho con los diamantes de lady Lorchan?»

¡Excelente! Encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior. Oyó el reloj de pared de abajo dando la hora. Se estaba haciendo tarde y él debería irse a The Sphinx pronto, pero la verdad era que ese club se llevaba solo.

Siempre adelante. Siguiente capítulo.

Encendió otro cigarrillo.

Jones se mantuvo en las sombras, estaba…

De repente acabó con esa paz un tremendo alarido que llegó desde lo más profundo de la casa. Ramsay esperaba que fuera algo aterrador, pero descubrió que había sido solo la fregona, que había golpeado con una sartén y mucho entusiasmo a una enorme rata.

—Ya está —exclamó la mujer, sin aliento y enrojecida por el esfuerzo, que por fin había dado fruto, porque el animal estaba ensangrentado y tirado sobre el suelo de piedra junto al fregadero.

Estaban solos (la cocinera ya se había ido a casa) y Ramsay sirvió copas de brandi para celebrar su hazaña. Era del que usaban para cocinar, pero aun así Nellie habría montado un escándalo si los hubiera encontrado ahí, sentados amigablemente, en la mesa recién limpiada de la cocina, bebiendo alcohol.

—Ojos que no ven, corazón que no siente —dijo la fregona mientras bebía.

«Qué chica más sensata», pensó Ramsay. Y valiente. ¿Por qué no se había fijado en ella antes? Ni siquiera sabía que tenían fregona. Se llamaba Phyllis, le dijo, y con su conversación ilícita descubrió que ella era la oveja blanca (o corderilla, tal vez) de una familia de ladronas del East End, así que se pasó una media hora muy fructífera haciendo investigación para su novela, preguntándole sobre allanamientos, hurtos y robos en tiendas.

—Gracias por contarme cosas de tu gente —le dijo cuando ambos se acabaron el (segundo) brandi.

—¿Mi gente? —Ella enarcó ambas cejas y eso le recordó a Edith—. Lo dice como si fuéramos de una raza diferente. —De repente parecía muy indignada—. ¡Todos somos personas, somos iguales! —¿Sería comunista?—. Y «mi gente», como usted dice, serán ladrones, pero al menos son honestos. ¡Su gente es la que está podrida! —Y se fue, dejando a Ramsay dolido. Y eso que pensaba que se habían caído bien. No importaba; ella podría ser un personaje interesante para su novela.

La presa que perseguía

—¿Escaparnos? ¿A Londres? ¿En serio, Freda? —La voz de Florence sonaba nasal por el entusiasmo. De verdad que necesitaba que le quitaran esas vegetaciones—. ¡Como Dick Whittington!

—Bueno, no exactamente como él, pero sí, a Londres —respondió Freda—. Cogeremos un tren y nos iremos. Es muy sencillo, ahora que lo pienso.

Cuando le propuso esa audaz aventura, acababan de salir de Picture House en Coney Street y estaban comiendo patatas fritas, calientes y grasientas, envueltas en papel mientras paseaban por St Helen's Square.

—¿Pero qué vamos a hacer en Londres? —preguntó Florence, confusa.

—Bailar, por supuesto —dijo Freda—. Y cantar también, espero. En el escenario. ¡Convertirnos en estrellas!

Su amiga hizo un bailecito torpe en el porche de la iglesia que le daba nombre a la plaza. A Freda le recordó a la gata cómica que Florence había interpretado en *Dick Whittington*.

—¡Oh, Freda! ¡Qué maravilla! —exclamó, colocando los brazos sobre el pecho en un gesto muy melodramático—. ¿De verdad crees que yo podría ser una estrella?

La gata cómica iba a ir a Londres con Dick Whittington.

—Claro que sí —contestó la gata guapa con alegría. Estaba claro que Florence no tenía las cosas a su favor, pero ella estaba segura de tener optimismo suficiente para ambas.

—¿Crees que realmente estarán las aceras cubiertas de oro, Freda? —preguntó Florence mientras las dos esperaban tiritando en el andén de la estación de York, azotado por el viento, a que llegara el tren que las llevaría a Londres. «Oh, esa maldita obra de teatro», pensó Freda. Le había metido en la cabeza a su amiga ideas poco realistas sobre la fama y la fortuna. El éxito requería mucho trabajo y disciplina (aparte de talento), y lo cierto era que sabía que Florence no tenía predisposición a ninguna de las dos cosas.

—No, eso es solo parte de un cuento de hadas —contradijo ella, pero su respuesta quedó ahogada por el ruido de la llegada del tren.

No estaban en la miseria, como Dick Witthington. Freda había

decidido que la falta de moralidad del señor Birdwhistle lo convertía en una víctima adecuada, así que, cuando vio que dejaba por ahí la chaqueta sin vigilancia, colgada del respaldo de una silla de la cocina, le metió la mano en el bolsillo interior. Tuvo mucho cuidado, porque casi se esperaba que saliera de allí algo (una rata o un hurón) que le mordiera la mano. Pero nada la atacó y pudo sacar su botín: una cartera bien llena, porque llevaba la recaudación del sábado de las tiendas.

El señor Birdwhistle estaba ocupado con Gladys en la habitación principal («el saloncito», como se empeñaba en llamarlo su madre). Hacía poco que él le había regalado un gramófono y un montón de discos populares y en ese momento tenían puesta música a todo volumen. Había otros ruidos que salían del «saloncito», pero Freda dudaba que indicaran que estaban bailando; sin duda, no era el caso del despreciable pulpo. Ella los había visto manoseándose, con los labios pegados como si estuvieran intentando dejar sin aire los pulmones del otro. ¡Qué asco!

Con Billy Murray cantando *Clap Hands! Here Comes Charley!* de fondo, Freda sacó varios billetes de la cartera del señor Birdwhistle antes de volver a guardarla en su chaqueta, cuatro libras y diez chelines: ¡una pequeña fortuna!

Freda metió el dinero del señor Birdwhistle en un monedero, para tenerlo a buen recaudo, y después en un bolso viejo más grande que le había regalado Vanda. Tenía previsto estar en el tren, camino a Londres, antes de que Gladys y el pulpo consiguieran salir de su cama con olor rancio. Disfrutó imaginando lo furioso que se pondría el pulpo cuando se diera cuenta de que le había robado. En la repisa de la chimenea dejó una nota de despedida, escrita a lápiz en su mejor papel de cartas rosa:

> Querida madre: me he ido a Londres a buscar fortuna. Voy a bailar sobre los escenarios. La próxima vez que sepas de mí ya seré famosa. No te preocupes por mí. Con cariño, tu hija Freda.

Florence también contribuyó al fondo para escapar; trajo casi dos libras en monedas pequeñas de su hucha de cerdito de cristal azul, que había roto.

Cuando las dos se sentaron en los bancos del vagón de tercera clase, con el motor deseando arrancar, Florence cogió a Freda por sorpresa cuando sacó con picardía un collar de perlas del bolsillo de su abrigo, con los ojos muy abiertos y muda por el triunfo, y se lo mostró a su amiga, que estaba sentada enfrente y que lo reconoció al instante: se lo había visto muchas veces alrededor del cuello, bastante

rechoncho, a la señora Ingram. Duncan le había hablado una vez de los pescadores de perlas de Ceilán; le contó que podían contener la respiración más que nadie para así bucear a lo más profundo y sacar el tesoro oculto de las ostras. Ella se preguntó cuántas veces habían tenido que sumergirse para fabricar el bonito collar de la señora Ingram.

Igual que el mago de Vanda cuando sacaba un conejo de una chistera, del bolsillo salieron más cosas: tras las perlas apareció una pulsera con turquesas (la piedra de nacimiento de la señora Ingram) y un broche de oro y esmalte con forma de ese pájaro azul que se llamaba azulejo, que Freda sabía que el señor Ingram le había regalado a su mujer en su cincuenta cumpleaños. «Oh, qué detalle, Alistair. Estoy emocionada. Gracias, cariño», dijo ella, a lo que él respondió: «Querida Ruthie, has tenido que soportar demasiado». ¿Qué había tenido que soportar la señora Ingram?, se preguntó Freda. A su propio marido, supuso. Era un viejo insoportable. Entonces se besaron con recato, como deberían besarse los adultos, según ella.

—Guarda eso —le ordenó a Florence con la voz ahogada por la liberación de vapor previa a la salida.

No estaban solas en el vagón. Había un hombre mayor en el asiento junto a la ventanilla, que estaba enfrascado en las esquelas de *The Times,* y una mujer con pinta de cascarrabias que ya las había atravesado con una mirada de contrariedad nada más que por su edad y su sexo.

Florence volvió a guardar su alijo, un poco a regañadientes. Ya se iba a montar una buena cuando los Ingram se enteraran de que su preciosa hija había huido, y eso sin saber que las joyas de la señora Ingram habían desaparecido también. Freda sospechaba que la culparían a ella por ambas desapariciones. Al final la iban a culpar por todo, suponía.

Acababan de bajar del tren en King's Cross cuando empezó a sentir la carga que suponía la ingenuidad de Florence. Una mujer se acercó a ellas mientras todavía estaban en el andén, recogiendo sus maletas, y les preguntó si estaban buscando alojamiento; su amiga, que era como un perrito abandonado cariñoso, deseosa de hacerse amiga de todo el mundo, le dijo: «Pues sí. Qué amable es usted», antes de que Freda la arrastrara tirándole de la manga del abrigo.

—No hables con nadie que te aborde de esa manera. De hecho, mejor con nadie y punto.

—¿Por qué no? Solo quería ayudarnos —protestó Florence.

Era como un cordero que pedía a gritos el matadero. ¿Es que nunca había oído hablar de la trata de blancas? ¿O del «peligro amarillo»?

¿O de los jeques árabes que tenían mujeres occidentales cautivas en sus jaimas en el desierto?

—Eso solo pasa en las películas, tonta —dijo su amiga (¡y eso lo decía la persona más crédula que había conocido!)—. Y de todas maneras tenemos que encontrar un sitio donde dormir esta noche, Freda. —Eran casi las cinco de la tarde—. Ya es casi la hora de cenar —añadió, dejando al descubierto la ansiedad que sentía alguien que está acostumbrado a comer a horas regulares. «Dios mío», pensó Freda. Florence no estaba acostumbrada a arreglárselas por su cuenta, mientras que ella sentía que llevaba toda su corta vida haciéndolo—. No seas tan gruñona, Freda. ¡Pero si estamos de vacaciones!

No lo estaban. Había sido un error proponerle a la cándida de su amiga que se fuera a Londres con ella.

Salieron de la estación y caminaron por las calles atestadas y sobrecogedoras de Londres. Aunque no quería admitirlo, Freda sintió un nudo en el estómago por el miedo, pero Florence no estaba nada preocupada y, a pesar del peso de su maleta, iba trotando feliz por la acera.

Encontraron alojamiento en una pensión en Henrietta Street. Era tan poco agradable como su encargada. No había ningún nombre ni número en la puerta, solo una aldaba de hierro con forma de cara demoníaca que le provocó a Freda cierta aprensión cuando la vio. Al levantarla para llamar, sintió un escalofrío de miedo, como una corriente eléctrica que le recorría el cuerpo.

La puerta se abrió bruscamente y por ella salió el olor a guiso de carne barata y apareció una mujer con un delantal sucio y grasiento que las recibió con una desalentadora bienvenida: «¿Qué?».

Al parecer su nombre era señora Darling («señora encantadora» significaba; era el apellido menos adecuado del mundo), y miró a un lado y al otro de la calle antes de decirles que pasaran, como si no quisiera que nadie las viera entrar allí. Freda dudó en el umbral, pero se despistó recordando con cariño cuando hizo de Campanilla en *Peter Pan,* en una representación navideña de la obra de teatro, y solo por eso permitió que la señora Darling la agarrara con fuerza por el antebrazo y la arrastrara al interior del pasillo oscuro. Florence, que ya había entrado, miró por encima del hombro y dijo:

—Vamos, Freda, pareces un caracol. —Esa era una expresión que le decía continuamente Freda a ella. Entonces solo suspiró y la siguió.

La señora Darling les ofreció un té en un salón deprimente. Las tazas estaban sucias y Freda solo fingió que se tomaba el líquido flojo hecho con unas hojas que estaba claro que ya habían hervido más de

una vez.

Después se produjo cierta confusión sobre la naturaleza de su visita. La señora Darling examinó a Freda y se ofreció a «resolver el problema», y tardaron un rato en hacer entender a su nueva casera que el «problema» era que les resultaba difícil encontrar alojamiento. Ella rio, con una risa crispante y sin gracia, y anunció: «Pues habéis tenido suerte, porque se acaba de quedar libre una habitación en el desván».

Freda siempre se levantaba mucho antes que Florence y muchas mañanas tenía que sacudirla para despertarla. Solo la promesa del desayuno servía para convencerla de que saliera de la cama. Desayunaban fuera todos los días; Covent Garden estaba lleno de cafeterías baratas que ofrecían comida para los trabajadores del mercado. No había cocina para los huéspedes en la pensión, aunque la señora Darling preparaba la cena todas las noches, unos platos tan horribles que incluso Florence, que tenía un apetito heroico, a veces se quedaba pálida al ver lo que les ofrecía. Ella quería cenar en restaurantes todas las noches, y Freda, que era la tesorera, ya se estaba cansando de tener que negárselo continuamente.

«Venga, ya dormirás cuando estés muerta», le decía a Florence, arrancándole las mantas con las que se tapaba; Vanda le decía eso a menudo a Duncan.

Después del desayuno iban al West End y caminaban arriba y abajo por Regent Street y Oxford Street y muchas de las callejuelas que había entre ambas, para matar el tiempo. De vez en cuando (a menudo, en realidad) Florence veía algo en un escaparate que le llamaba la atención, entraba en la tienda y salía con una fruslería que no necesitaban: un juego de lápices, una muñeca Kewpie, una esponjita de maquillaje… Freda suponía que a su amiga nunca le había faltado de nada y por eso no había desarrollado el concepto de ahorro. Y Florence era como una urraca en cuanto a las cosas brillantes y se volvía loca hasta con las chucherías más baratas. Si alguien hubiera hecho un caminito de purpurina, lo habría seguido sin pensarlo.

Tenía que sujetarla cuando pasaban por delante de Hamley's. Siempre quería entrar en la juguetería y ver las muñecas, aunque obviamente ya era demasiado mayor para jugar con ellas. «Nunca se es demasiado mayor para las muñecas», decía. Pero esas muñecas con los ojos vacíos le daban escalofríos a Freda. Su amiga todavía era una niña, pensó, compungida, y creía en los ángeles, las hadas y la bondad de la humanidad, cosas que ella ya había dejado atrás hacía mucho

tiempo.

Ante la insistencia de Freda, cuando llegaron a Londres se apuntaron a una escuela de danza con el grandilocuente nombre de Vanbrugh Academy of Dance. Le dijo a Florence que era importante que siguieran practicando y que las escuelas de danza de allí te recomendaban a los teatros si eras lo bastante buena. La dirigía una tal señorita Ada Sherbourne, que era delgada como una tabla e iba tiesa como un palo, solo vestía de blanco y negro y llevaba un bastón que utilizaba como un látigo y que agitaba animada cuando estaba dirigiendo un baile grupal. A veces lo utilizaba para darles un golpe en la parte de atrás de las piernas si estaban fuera de tiempo. «¡Huy!», exclamaba siempre Florence.

Compraron los últimos números de *The Stage* y se los estudiaron en busca de audiciones abiertas, e iban temprano a las entradas de artistas de los teatros del West End para formar parte de las serpenteantes colas de chicas ansiosas, con sus zapatos de baile en la mano, que esperaban a que las dejaran entrar. Una vez dentro, se incorporaban a otra cola en forma de serpentina de optimistas antes de subir sobre las tablas vacías y resonantes con el único acompañamiento de un pianista solitario y con pocas energías. La primera vez, en el Palace, Freda se sintió tan intimidada por estar sobre un verdadero escenario del West End que casi no pudo articular su nombre cuando se lo preguntaron.

La pobre Florence no tenía ninguna oportunidad, obviamente. La musa Terpsícore no la había favorecido, como decía la señorita Sherbourne. Y era cierto; no tenía oído para la música ni para el ritmo y parecía que tenía los pies metidos en botas de buceo en aguas profundas. Freda, al menos, conseguía hacer unos nerviosos pasos de claqué antes de que alguien que estaba en la primera fila, y que ella no veía, gritara: «¡Gracias, siguiente!».

«Me temo que los estándares en la metrópolis son muy diferentes de los de provincias —le dijo la señorita Sherbourne a Freda—. Serías la estrella de tu colegio provinciano local, pero aquí solo eres una chica más, lo siento. Aunque estoy segura de que al final encontrarás algo. Y, de todas formas, si pasara lo peor —añadió con tono sombrío —, los clubes nocturnos siempre necesitan chicas que sepan bailar.» Las Nellie Coker que habitaban ese mundo siempre estaban deseando acogerlas, añadió.

Aunque a Freda no le gustaba admitirlo, Florence había cambiado desde que llegaron a Londres. Obviamente, había perdido interés en los escenarios casi al instante, pero eso no era sorprendente. Lo que

quería era ir a las cafeterías y a los cines y deambular por los grandes almacenes del West End. Quería «ver los monumentos» y comprar carísimas tiras de postales con el título «Monumentos de Londres». Esa tira, que estaba doblada como un acordeón, tenía fotos de Buckingham Palace, las Houses of Parliament, la Torre de Londres, etc. Después de haber visitado cada uno de ellos, Florence les enviaba una postal a sus padres en la que escribía el mismo mensaje todas las veces: «Queridos mamá y papá: me lo estoy pasando muy bien en Londres. ¡Os echo de menos!», un sentimiento que quedaba un poco debilitado por la alegre y despreocupada exclamación y la ausencia de remite. Los Ingram tenían teléfono en su casa, pero Florence no había intentado hablar con ellos. Freda suponía que nunca había disfrutado de la libertad antes. Ella, que solo había tenido eso, consideraba que era un concepto sobrevalorado.

Pasaron las semanas y Freda continuó la pesada tarea de acudir a las audiciones en los teatros y dejó a Florence con su turismo. Tal vez eso fue un error, porque recientemente su anterior humor siempre alegre había quedado eclipsado y se había convertido en una sarta interminable de quejas. Si su amiga no estaba por ahí visitando monumentos (tenía que haberlos visto todos varias veces para entonces), estaba tirada en su incómodo colchón de pelo de caballo, con un mal genio nada propio de ella, comiendo caramelos mientras leía *thrillers* de bolsillo escabrosos que compraba en un puesto del mercado de Berwick Street.

Y se le metió en la cabeza, cómo no, la idea de Tutankamón y su maldición.

Freda no había oído hablar del faraón, porque no había leído un periódico en su vida; en lo que a ella respectaba, solo servían para hacer trozos para utilizarlos en el baño exterior o para envolver pescado o patatas, nada más. No entendía cómo una ciudad grande y moderna como Londres (que seguramente era la más importante del mundo) iba de cabeza por culpa de una persona que murió en Egipto miles de años atrás.

—Acecha por las calles, en busca de víctimas —dijo Florence—. Es porque lo hemos desenterrado y hemos alterado su descanso eterno.

—Nada de «hemos» —contestó Freda enfadada—. Yo no he desenterrado a nadie. Ni siquiera sé dónde está Egipto.

En York no se podía excavar una zanja para soterrar un tubo de gas ni hacer un nuevo desagüe sin que apareciera un esqueleto romano. Si no les gustara que alteraran su «descanso eterno», seguro que las calles de la ciudad natal de las chicas estarían llenas de legiones de muertos yendo de acá para allá («Sí que lo están», aseguraba Florence). El

vecino de al lado de Freda en The Groves tenía un esqueleto romano en su almacén de carbón y la gente pagaba dos peniques para entrar a mirarlo con la boca abierta. Ella prefería gastarse ese dinero en una bolsa de gominolas.

¡Y las visiones que tenía! El día antes de que se fueran a Londres, subieron la escalera de caracol que llevaba al tejado de la catedral. Freda quería despedirse de York, porque no tenía intención de volver. Florence jadeó y resopló y aseguró que estaba mareada en cada una de las revueltas, mientras que ella (una aficionada a las piruetas) subía con energía los escalones helicoidales animando constantemente a su amiga. Era un día claro y, cuando llegaron arriba, vieron todo el valle de York ante ellas.

—Es como ver el mundo entero —exclamó Florence.

—Bueno, no es el mundo entero. Solo un trocito, en realidad —aclaró Freda.

—¿Crees que si saltamos desde aquí volaremos? —preguntó su amiga.

—No —dijo ella; Florence era muy tontaina a veces—. No sabemos volar —continuó tajante—. Caeríamos.

—Creo que los ángeles nos cogerían. Me parece verlos ahí, esperándonos —aseguró, señalando vagamente hacia las colinas lejanas (a veces a Freda le preocupaba de verdad esa chica)—. Harrogate está por allí —dijo con seguridad.

Al parecer, en la clase de geografía del colegio de Florence se pasaban mucho tiempo dibujando y coloreando mapas de Yorkshire, y además ella iba a menudo a Harrogate con su madre en tren porque a la señora Ingram le gustaban más las tiendas de allí, le había dicho Florence. Según ella, ese sitio estaba «lleno de ángeles». Pero qué boba. Freda las acompañó una vez y, a pesar de que tomaron el té en Betty's, el interminable recorrido por las tiendas le resultó aburridísimo, con ángeles o sin ellos.

Una vez fueron con la señora Ingram a Hannon's, la frutería de Stonegate; la mujer había oído que tenían «nueces en sirope» y quería sorprender al señor Ingram con ellas. Freda no se imaginaba por qué alguien querría comerse una nuez, con sirope o sin él. Estaban amargas y se te pegaban en los dientes. Los únicos frutos secos que le gustaban eran las bonitas peladillas de color pastel de Terry's que la señora Ingram tenía siempre en un platito de plata en el aparador. «Es una filigrana», decía ella misteriosamente cuando Freda admiraba el dibujo que rodeaba todo el borde del platito. A la niña le sonaba como algo que tenía que ver con caballos o tal vez un nombre bonito para una niña.

En Hannon's, Florence de repente se puso muy nerviosa y aseguró que veía la cara de la virgen María en un melón enorme. «Es un melón verde», comentó la dependienta con su uniforme marrón, como si eso explicara la aparición. Freda nunca antes había visto un melón, ni con la Madre de Dios grabada en su piel amarillenta que parecía la de una rana ni sin ella. Aunque ahora, gracias a que vivían muy cerca del mercado de Covent Garden, se consideraba una experta en frutas y verduras del mundo.

Freda cada vez tenía más remordimientos por la ansiedad que les estarían causando a los Ingram, aunque a Florence se la veía extrañamente inmune a la culpa. «Querida Ruthie: has tenido que soportar demasiado». Pues ahora la señora Ingram estaba teniendo que soportar mucho más, pensaba ella.

Lo que sí hacía Florence era ir a misa con regularidad a Corpus Christi, la iglesia católica que había en Maiden Lane. Freda se preguntaba si en ese lugar hacía acto de contrición (su amiga le había enseñado esa palabra) y recibía la absolución. Qué suerte poder hacer borrón y cuenta nueva cada poco tiempo.

Corpus Christi significaba «el cuerpo de Cristo», le explicó Florence tras preguntarle Freda, perpleja. Había un enorme crucifijo colgando encima del altar. Eso era una ejecución, ¿no? Podría haber sido un hombre colgando de una horca, en su opinión. Horripilante. A pesar de eso, la iglesia de Corpus Christi era un lugar espléndido, como un teatro muy glamuroso. Freda había echado un vistazo al interior con mucho cuidado, por si sucumbía de repente a la tentación de la conversión y se ponía a desear tener un dios, uno cualquiera, si eso le daba derecho a participar de esa magnificencia. Cuando era más pequeña, había ido alguna vez a catequesis los domingos (un día en el que no se debería ir a clase de nada, en su opinión), pero le decepcionó la falta de decoración de la sala donde la daban.

Cuando era bastante pequeña, Freda representó el papel del niño cojo al que el flautista deja atrás en una versión teatral de Settlement Players de *El flautista de Hamelín*. Era un papel sin frase, así que, además de coja, le dijeron que fuera sorda y muda. Lo hizo, provocando mucha compasión en el público, e incluso la aplaudieron bastante durante los saludos finales, después de bajar el telón. En vez de cambiar el papel para que fuera una niña, le pidieron que se cortara el pelo. Freda tenía unas largas trenzas preciosas entonces, pero se las cortó sin pensárselo. Haría cualquier cosa para conseguir un papel. Justo en ese momento entendió que estaba siendo la flautista que había engatusado a Florence para que se fuera con ella a

Dios sabía dónde.

Freda notaba un peso en el corazón. A su amiga nunca se le habría pasado por la cabeza huir de su casa si ella no se lo hubiera sugerido. Tenía la sensación de que todo eso iba a acabar mal. De una forma u otra.

Un Bartholomew

Frobisher había enviado otra nota a The Warrender. Fiel a su palabra, había mandado a un agente a preguntar por las escuelas de danza y, contra todo pronóstico, había logrado dar con el nombre del sitio donde recibían clases Florence y Freda. «Mi agente ya ha estado haciendo las preguntas pertinentes, así que no es necesario que vaya usted allí», le había escrito.

—Pues claro que tengo que ir —dijo Gwendolen, dirigiéndose al papel.

La escuela con el grandilocuente nombre de Vanbrugh Academy of Dance estaba situada en Frith Street y eligió ir hasta allí caminando, una decisión que, como estaba comprobando, había sido un error. Para empezar, estaba muy lejos, y, además, una vez que llegó al Soho, se perdió en ese laberinto de calles. La gente a la que le preguntaba para que le indicara parecía conocer tan poco la topografía de la capital como ella. Se pasó más de media hora dando vueltas por el laberinto antes de encontrar, por casualidad, Frith Street. Se dio cuenta de que necesitaba un mapa.

—Siempre hay algo para una chica con su apariencia —dijo Ada Sherbourne.

La academia Vanbrugh era los dominios de una tal «señorita Ada Sherbourne, instructora de danza». Tenía una figura lánguida y llamativa, llevaba un vestido negro hecho a medida (elegante, pero un poco funerario) y tenía una postura tan erguida que Gwendolen parecía tener joroba a su lado. La señorita Sherbourne también llevaba los largos rizos sujetos en un recogido alto perfecto pero de estilo complicado que a Gwendolen le habría llevado horas hacerse (si es que lo lograba, claro). Sintió de inmediato una antipatía hacia esa mujer.

—Sí, creo que se apuntaron —dijo vagamente la señorita Sherbourne. Había visto un leve temblor en uno de sus ojos cuando le mencionó el nombre de las chicas. Tal vez solo era un tic nervioso.

—¿Cuándo fue la última vez que las vio?

—Oh, no recuerdo —contestó, distraída—. Hace unas semanas, tal vez. Me temo que el talento de Freda era muy limitado, era bastante

mediocre. Sabía hacer claqué razonablemente y cantar a tono, pero conozco por lo menos cincuenta chicas con más talento que ella. Y la pobre Florence… Quizás se hayan ido a un lugar con peor reputación.

¿Qué querría decir con eso?

—Señorita Kelling, dígame, ¿qué relación tiene usted con esas chicas? —preguntó la profesora.

—Han desaparecido, señorita Sherbourne, esa es la relación.

—Si yo fuera usted, buscaría en los clubes. Las chicas como Freda son carnaza para las Nellie Coker de este mundo. Las devora. Aunque lo más seguro es que hayan vuelto a casa, a esa ciudad del norte de la que venían. —Ada Sherbourne hizo que eso de «norte» sonara como un insulto.

—York —puntualizó Gwendolen, a la defensiva—. Es una ciudad bastante bonita, la verdad. Con mucha historia.

Sonó el teléfono e interrumpió esa conversación tan tensa.

—¿Le importa si respondo? —preguntó la mujer y, sin esperar respuesta, cogió el teléfono y, con una mano sobre el auricular, se despidió de Gwendolen—. Siento mucho no poder ayudarla más. —Apartó la mano y se centró en hablar con tono almibarado con alguien que obviamente se dedicaba a algo relacionado con el teatro. Al parecer le acababa de enseñar la puerta a Gwendolen.

De camino a la salida, pasó por delante de un grupo de chicas que entraba a clase, con la ropa de ensayar y los zapatos de baile en la mano. Le sonrieron y la saludaron en voz baja y educada.

—Perdonad —dijo Gwendolen—, ¿alguna de vosotras conoce a Freda Murgatroyd o a Florence Ingram, que antes venían a clase aquí?

Una chica que había al fondo del grupo dijo:

—Yo conozco a Freda. Es simpática.

Las otras chicas se desperdigaron.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Hace un par de días, en el ensayo.

¿Un par de días? Ada Sherbourne había dicho que llevaba semanas sin verlas. ¿Pasaban desapercibidas fácilmente o es que prefería olvidarlas por alguna razón?

—¿Y a Florence?

—Hacía mucho que no venía. Solo aguantó unos días. ¿Por qué, señorita? ¿Ha ocurrido algo?

—Me temo que nadie sabe dónde están —contestó Gwendolen—. Soy amiga de la hermana de Freda y he venido a Londres a buscarlas. ¿Se te ocurre algún sitio donde podrían estar?

La chica ladeó la cabeza, pensativa. Como un pajarillo. Era encantadora, tenía una melena corta oscura y perfecta y una nariz

respingona. A Gwendolen no le costaba imaginársela sobre un escenario, en una comedia musical, tal vez. También hablaba bien; ya le habían enseñado bastante dicción.

—No sé dónde viven —dijo por fin—, pero sé que Freda tenía una audición.

—¿Una audición?

—Sí. La señorita Sherbourne le consiguió una audición en el Adelphi, para *Betty in Mayfair*. Es una revista —explicó cuando se dio cuenta de que Gwendolen no la reconocía. Ada Sherbourne no le había comentado nada de esa audición. ¿Por qué?

En ese momento la oyó gritar enfadada:

—¡Cherry! Cherry Ames, ¿vienes o no? ¡Cherry!

La chica hizo una mueca y se despidió:

—Esa soy yo. Tengo que ensayar. Estoy preparando un solo. Yo también tengo una audición mañana, en el Palace. —Salió corriendo por el pasillo, se detuvo a mitad de camino, retrocedió y añadió—: La señorita Sherbourne tiene las direcciones de todas en su despacho.

Gwendolen se coló en el despacho de Ada Sherbourne intentando no hacer ruido. La profesora estaba muy ocupada con su clase; desde allí la oía contando con una furia considerable: «Cinco, seis, siete, ocho». Esa mujer era una hidra y ella se estaba colando en su guarida.

El preciso orden de todo lo que había en el despacho hizo que su búsqueda fuera más fácil de lo que había creído. Contra una pared había un archivador de roble con cuatro cajones, cada uno etiquetado con una caligrafía cuidada. El letrero que había en el tercer cajón era muy clarificador: «Alumnas». Dentro del archivador todo estaba ordenado a la perfección y alfabéticamente: Ada Sherbourne habría sido una excelente bibliotecaria, casi tan buena como el señor Pollock.

Ahí estaba, en la carpeta con la etiqueta «L-M»: «Freda Murgatroyd» y una dirección: Henrietta Street, 4.

Las cuentas habían parado y Gwendolen estaba convencida de que iba a aparecer allí Ada Sherbourne antes de que le diera tiempo a huir. Solo de pensarlo se le erizó el vello de la nuca. Estaría bien encerrada en una habitación con la señora Bodley para que hicieran un concurso de hidras. Ella apostaría por la propietaria de la pensión (sus resentimientos parecían mejor alimentados), pero la cosa estaría igualada.

«¡Uno, dos, tres, cuatro!» La implacable cuenta empezó de nuevo.

Gwendolen suspiró de alivio cuando llegó a la puerta principal. Salió y la cerró sin hacer ruido.

Cissy siempre criticaba a su hermana porque no tenía disciplina,

pero Freda debía de tener unos nervios de acero para someterse a los rigores que exigía la danza.

«A diez minutos de aquí», le dijo el hombre que había tras el mostrador de un estanco de Greek Street cuando Gwendolen entró para preguntarle por la calle. Llevaba un rato dando vueltas, desde que salió de Vanbrugh Academy of Dance. Empezaba a parecerle que «diez minutos» en Londres indicaba mucho más tiempo que en Yorkshire.

¡Otra vez Long Acre! Ya había recorrido Bow Street y estaba a punto de darse por vencida por la frustración e ir a buscar a Frobisher para pedirle que la orientara cuando, por suerte, se encontró por casualidad con una librería Stanford. Un dependiente muy amable le vendió el misterioso Bartholomew, que era, cómo no, un mapa. De repente recordó que alguien se lo había pedido en la biblioteca.

—Soy idiota —le dijo al dependiente.

—En absoluto, señora —respondió él, y la ayudó un poco más desdoblando el mapa y señalándole la ruta que debía seguir—. A cinco minutos de aquí —le prometió. Y, afortunadamente, esa vez era cierto.

No había ningún cartel de *Betty in Mayfair* en el Adelphi. La fachada del teatro estaba cubierta de carteles que anunciaban *El sombrero verde* con grandes fotografías de la protagonista, Tallulah Bankhead (Gwendolen se imaginó el ataque de ira que le daría al señor Pollock). Pensó en comprar una entrada. Tal vez debería adquirir dos e invitar a Frobisher, aunque no le parecía que esa obra fuera de su agrado. ¿Qué lo sería?, no pudo evitar preguntarse. La ópera más rígida o la agotadora música coral (a ella no le gustaba ninguna de las dos). Pero ese hombre debía de tener algo de frivolidad en su carácter. Si la tenía, estaba decidida a encontrarla.

El teatro estaba cerrado. Tras dar unas cuantas vueltas, encontró la entrada de artistas, que estaba en Maiden Lane. El Bartholomew no le había servido de ayuda; al parecer no se habían preocupado por marcar la ubicación de las entradas de artistas de Londres.

Esa puerta estaba abierta y vio al portero.

—Estoy buscando a una chida, Freda Murgatroyd. Tenía una audición aquí hoy —explicó.

El portero envió a buscar a un chico imberbe, con un color bastante amarillento, que la miró con lástima.

—¿Tiene idea de cuántas chicas entran por esa puerta?

«¿Y salen todas por ella también?», se preguntó Gwendolen.

—No, la verdad es que no —contestó.

—Cientos, esa es la cantidad —dijo indignado—. Y no podría decirle el nombre de ninguna.

Ella deseó tener una foto de Freda. Tal vez eso habría servido para refrescarle la memoria.

—Voy a preguntar a la dirección —añadió con mucha pompa, y desapareció durante tanto rato que Gwendolen creyó que se había olvidado del asunto. Pero al rato reapareció y dijo—: Nadie conoce a ninguna chica que se llame Freda Murgatroyd. —Se encendió un cigarrillo con cierta ostentación, como si estuviera muy orgulloso de ser fumador. Ella estaba segura de que no era mucho mayor que Freda —. ¿Necesita algo más? —preguntó él.

Cuando el jovencito se giró para irse, Gwendolen dijo de repente:

—¿Consiguió el papel?

Pero el chico solo se rio (una broma que al parecer también le hizo gracia al portero) y contestó:

—¿Qué papel?

Ante ese grado de intransigencia, su única opción era la retirada, así que se fue a una cafetería, pidió una tostada con sardinas y se la comió mientras estudiaba su precioso mapa de Bartholomew. Pronto estaría bastante *au fait* con las calles de Londres, pensó con gran satisfacción.

Al llegar a Henrietta Street, nadie abrió la puerta cuando llamó de forma suave, así que repitió con más fuerza. La aldaba tenía forma de cara demoníaca con expresión lasciva y no resultaba muy agradable, no daban ganas de llamar, pensó Gwendolen. Tal vez esa era la intención. Desde fuera el edificio tenía un claro aire de abandono, pero un leve movimiento de visillos sucios en una ventana del piso superior le indicó que había alguien en el edificio.

Llamó más fuerte, pero la puerta se negó rotundamente a abrirse. Había algo raro en ese lugar. Ella no se dejaba llevar por esas intuiciones, pero la casa de Henrietta Street le daba escalofríos. Tal vez lo que hacía falta para conseguir que esa puerta tan poco hospitalaria se abriera era que llamara un policía. Suspiró; una vez más se veía obligada a retirarse. Ser detective era frustrante. No le sorprendía que Frobisher suspirara tanto.

Un kiosco de prensa del Strand estaba cubierto de postales, entre ellas unas tiras tituladas «Monumentos de Londres». Gwendolen se quedó parada. Eran las mismas postales que Florence les enviaba a sus padres, ¿no? Se sintió extrañamente empujada a comprar una de esas tiras. Las que estaban colgadas eran de exposición; cuando te las

vendían, estaban dobladas y guardadas en un sobre a prueba de manchas. Pagó y las guardó en el bolso. Tenía que hacer algo de turismo algún día. Tal vez le resultara útil. Y tenía que enviarles una a las señoritas Tate, Rogerson y Shaw. Se imaginó lo contentas que se iban a poner al recibirla.

The Crystal Cup

Era comprensible pensar que The Amethyst sería el club favorito de Nellie (era el más famoso y lucrativo de todos, con gran diferencia), pero no era así; al que le tenía un especial cariño era a The Crystal Cup. Era allí donde se la podía encontrar sola, al final de la tarde, disfrutando del silencio antes de que empezaran las diversiones nocturnas.

Entre la (en su gran mayoría) exaltada clientela del club había muchos miembros de la Cámara de los Lores, así como varios importantísimos abogados, incluso algunos que habían llegado a sentarse en el Tribunal Supremo, lo que explicaba por qué allí nunca se había hecho una redada. Su ubicación no estaba cerca ni de los colegios de abogados ni del Parlamento de Westminster, lo que explicaba, según Nellie, que atrajera a los miembros de la clase dirigente por su discreción, porque nadie esperaba encontrárselos tan lejos de su hábitat natural.

Era el más refinado de todos sus clubes. Se había gastado ocho mil libras en la elegante decoración en azules y dorados de The Crystal Cup: paredes forradas de satén, seda artificial plegada y fruncida en los techos, suelo de parqué en espiga de madera de arce, bonitas arañas de cristal, mesas con lámparas eléctricas con pantallas en tonos rosas… Era como una recargada caja de bombones. Gunter's, de Berkeley Square, se encargaba del cáterin. Era el único de los clubes de Nellie en el que se servía caviar. Cobraba siete chelines y seis peniques por una ración y eso apenas le daba beneficios, según sus estándares. El jefe de sala era ruso y se rumoreaba que era un Romanov de poca importancia, pero Nellie nunca le había preguntado, porque no quería tener que encajar la decepción si se lo negaba.

La licencia para vender alcohol siempre estaba en vigor y el tema del toque de queda, aunque se transgredía regularmente, nunca fue investigado. Las bailarinas profesionales eran más sofisticadas, chicas con buena educación a las que les faltaba muy poco para ser debutantes. Un baile costaba dos guineas, el doble de lo que cobraban las chicas de The Amethyst.

El restaurante de The Crystal Cup estaba en la planta baja y a Nellie le gustaba sentarse allí y ver los últimos rayos del sol colarse por los

rombos de cristal de colores de las ventanas mientras inhalaba el olor reconfortante del alcohol y el tabaco rancios. A veces se ponía una copa pequeña de vino con hoja de coca Mariani y se decía que, si era bastante bueno para un papa, lo sería también para ella, aunque había abandonado la religión tras un desafortunado incidente en su infancia, que ocurrió mucho antes de que terminara su educación en el convento de monjas.

Los narcóticos en sí mismos no le daban miedo a Nellie. De hecho, cuando Niven se fue al frente en 1916, ella le metió en su petate un «regalo de bienvenida para los amigos» que había comprado en Harrods y que contenía cocaína, morfina, jeringuillas y agujas. Él lo tiró por la borda cuando cruzó el Canal, porque dudaba de que las drogas lo fueran a ayudar a sobrevivir.

Pero la mayoría de las veces lo que Nellie tenía al lado sobre la mesa cuando estaba en The Crystal Cup era una tetera llena. Si todavía estaba allí cuando empezaban a llegar las bailarinas, estas le suplicaban que les echara las cartas y ella extendía su baraja sobre la mesa, como si se las ofreciera a las chicas llenas de promesas… o amenazas, según cómo se viera. En el mundo de Nellie, todo dependía de la forma de verlo.

Había un piso en la planta de arriba que estaba equipado con todas las comodidades y decorado con diferentes tonos de rosa. Nadie vivía allí y a ella le resultaba tremendamente relajante subir y quedarse sentada en su atmósfera impecable. Tal vez ese era el único rincón inmaculado de su vida.

El barman jefe, un español muy tranquilo, que estaba sacándole brillo a los vasos con mucha delicadeza, la saludó:

—Bienvenida, señora Coker. ¿Quiere que le sirva algo?

—Un whisky —contestó Nellie, para sorpresa de él—. De malta. Uno bueno, claro. Solo.

Le sirvió una generosa copa de Macallan con mucha cortesía. Debía de estar celebrando su liberación, pensó él.

—¿Está bien? —preguntó el encargado, un hombre que se llamaba Templeton. Se había acercado sin hacer ruido y los dos observaban a Nellie juntos desde donde no los veía.

—Está bebiendo whisky.

—¿Y qué significa eso?

—No tengo ni idea.

Templeton tenía los días contados en The Crystal Cup. Edith le había dicho a su madre que sospechaba que metía la mano en la caja.

Nellie le dio un sorbo al vaso, despacio. Hacía mucho tiempo de la última vez que bebió whisky y no estaba segura de qué recuerdos le

iba a traer saborearlo de nuevo. Solo uno muy lejano del día de su boda, cuando le explicaron el significado de la palabra *conjugación,* que hasta entonces creía que solo se le aplicaba a los verbos latinos.

The Crystal Cup tendría que estar desierto a esas horas (eso era lo que le encantaba a Nellie), pero cuando levantó la vista vio que había alguien sentado en una de las mesas, junto a la pared del fondo.

Era Maud, claro, pero ¿con quién? Estaba empapada y goteaba sobre el bonito suelo de madera de arce en espiga. Nellie tuvo que contenerse para no pedir que le trajeran una fregona; ese suelo le había costado una fortuna.

Ella tenía un vaso de absenta en la mano y lo alzó para hacer un brindis. Nellie respondió levantando su copa también, sin decir nada.

—Está muy rara —murmuró Templeton al barman mientras ambos la observaban allí, brindando con el vacío.

Cuando la banda empezó a llegar y a sacar los instrumentos y las bailarinas se dispusieron a arreglarse en el guardarropa, Nellie se levantó de la mesa y pidió su abrigo. Templeton fue corriendo a traérselo.

—Bienvenida de vuelta, señora Coker —dijo mientras la ayudaba a ponerse su abrigo corto. Se fijó en que parecía que había encogido en la cárcel.

También se dio cuenta de que llevaba un bastón que tenía una bonita empuñadura en forma de cabeza de zorro plateado. No parecía una muestra de debilidad, porque, más que apoyarse en él, lo blandía como si fuera la maza de un tambor mayor. No le extrañaría que en cualquier momento lo usara para golpearle en la cabeza con él.

—¿Va a The Amethyst ahora? —preguntó, más por entablar conversación que por curiosidad.

—¿Adónde voy a ir si no? —contestó ella. Parecía una pregunta genuina. El encargado no supo qué responder a eso.

The Amethyst estaba tranquilo cuando el Bentley de Nellie aparcó fuera. Hawker la ayudó a salir. Ese bastón nuevo que llevaba era más bien de atrezo, pensó.

En vez de entrar en el club directamente, dio un pequeño paseo por la calle, como un animal controlando su territorio. El club estaba rodeado de una variedad de establecimientos: restaurantes, cafeterías y todo tipo de comercios, desde un proveedor de artículos náuticos hasta un cuchillero, un barbero, un zapatero, un importador de té, etc. Muchos de los propietarios de esos negocios salieron a saludarla. Era

todo un personaje. Y le daba notoriedad a esa calle y ellos lo apreciaban.

Nellie se detuvo un momento delante de The Amethyst. Estaba camuflado tras una pared de ladrillos cubiertos de ceniza y pintura desconchada. Las ventanas de la planta baja estaban con las cortinas de oscurecimiento echadas y por la fachada nadie adivinaría el enorme espacio que había dentro. En ese edificio una vez vivió la familia Huguenot, no la de los trabajadores de la seda que se mudaron después a Spitalfields, sino la que trabajaba con metales preciosos y que había convertido el Soho en su refugio. El taller había estado en el piso superior, donde había más luz, y cuando Nellie, que era como una urraca, se instaló allí por primera vez, encontró una diminuta pepita de oro incrustada entre dos de las gruesas tablas de roble del suelo. Le pareció un buen augurio. Una promesa de que había más tesoros por llegar. La guardaba en una bolsita de seda que se cerraba con cordones, donde también tenía otros talismanes que había ido reuniendo a lo largo de los años: el diente de un gato montés escocés, un trozo de cristal de roca, una pata de liebre y un rizo de pelo que le habían cortado al cadáver de un hombre ahorcado, aunque ella era la primera en admitir que no tenía pruebas de que hubiera fallecido así, y mucho menos aún de que estuviera muerto cuando le cortaron el rizo. Si Nellie tenía alma (y eso todavía no estaba muy claro), sin duda era pagana.

Tenía la bolsita guardada debajo del colchón de la pequeña cama de estructura metálica de su dormitorio de Hanover Terrace. Y había notado su falta en Holloway. Cuando la buscó la primera noche que volvió a dormir allí, se alteró al ver que ya no estaba en su sitio.

Para entrar en The Amethyst primero había que superar los dos obeliscos gemelos de granito que eran los porteros, un par de antiguos luchadores callejeros que peleaban a puño limpio, muy orgullosos de ser los perros guardianes de Nellie.

—Chicos —saludó ella, asintiendo fugazmente con la cabeza.

Ellos apenas movieron su cara impasible para devolverle el saludo, aunque sintieron cierto compañerismo hacia ella. Los dos habían estado en la cárcel varias veces. Nellie ahora era una de ellos.

Al pie de las escaleras, Linwood la saludó con mucha pompa.

—Señora Coker, me alegro de verla.

La mirada de Nellie le ponía nervioso. Linwood no fue uno de los que se quedó la noche anterior en el club para recibirla. Edith y ella tomaron nota de su ausencia con una muda conversación a base de cejas enarcadas. Por desgracia, él conocía muchos secretos, tanto de

Nellie como de los clientes del club. Eso le hacía estar a salvo. Por ahora, al menos. Él se fijó en el bastón. Le resultó amenazante.

Apartó la cortina negra de bombazina y le hizo una reverencia como si ella fuera un miembro de poca importancia de la realeza.

—Bienvenida a casa, señora Coker.

Esa era realmente su casa, pensó Nellie, pasando por alto el servilismo de Linwood. La casa de Hanover Street era el lugar donde vivía, pero The Amethyst era donde se manifestaba en toda su gloria.

—Después de ti —le dijo con un gesto generoso a Maud—. Intenta no empapármelo todo.

El botín de Egipto

Era una noche agradable, aunque un poco fría, y los últimos minutos del atardecer de primavera besaban la piedra de Portland de los edificios de la capital. ¿O tal vez *acariciaban?* Ramsay lo rechazó, al igual que *besar,* porque sonaba demasiado romántico. *¿Resplandecían?* No, las ollas y las sartenes resplandecían (en las casas buenas, al menos). Para cuando encontró la palabra que buscaba *(rozaba),* el sol hacía mucho que se había ido a dormir. Al parecer era capaz de escribir mentalmente, no solo sobre el papel. Debería llevar un cuaderno consigo para plasmar lo que le surgía en esos momentos (¿por qué no lo hacía?). Debería incluir esa imagen en su novela.

A Ramsay le gustaba considerarse a sí mismo un *flâneur*. Como Baudelaire. Tal vez podría convertirse en un *poète maudit,* ahogándose en la decadencia y la absenta. Pero no quería escribir poesía. No se ganaba dinero con ella, era la tierra baldía de la literatura. Sí, había leído *La tierra baldía* y no entendía a qué venía tanto alboroto. Le parecía muy pretenciosa, nada más que un batiburrillo de citas y fragmentos de historias, en realidad.

Dos mujeres lo adelantaron, cogidas del brazo y riéndose sin parar, como si todo fuera un chiste buenísimo. Iban vestidas con diferentes tonos de gris de pies a cabeza, sin olvidar los sombreros verdes obligatorios. Todo era verde. ¿Por qué era tan popular? ¿No tendría algo que ver con el maldito *El sombrero verde,* de Michael Arlen? Tal vez era por la absenta; a Ramsay le encantaba. *La fée verte,* el hada verde. ¿O sería porque era el color de la esperanza? La hierba curativa que crecía de nuevo sobre el lodo y la muerte en los campos de Flandes. Era una bonita imagen. *La hierba curativa* sería un buen título si no tuviera ya uno. Pero no sonaba a novela de misterio; recordaba demasiado a Zola. Le había costado leer una traducción de ese escritor en el sanatorio suizo y solo consiguió acabar el libro a duras penas.

En Soho Square un pequeño grupo de hombres («Trabajadores», pensó Ramsay, emocionado por la idea) estaba haciendo algún tipo de manifestación. Se percibía en el ambiente la sombra de la huelga general y le hizo gracia imaginarse en unas barricadas en Oxford Street. Todavía tenía buenos recuerdos de los bolcheviques de Great Percy Street. Tal vez su nueva novela debería tratar sobre los

trabajadores.

Los que tenía delante de él parecían duros y tenían acento del norte. De vez en cuando un coro disonante repetía ese grito bien conocido: «Ni un minuto más de jornada, ni un penique menos de sueldo». «Mineros…», pensó Ramsay. Pero ¿qué estaban haciendo esos hombres en el Soho? No tenía sentido hacer sus reivindicaciones allí, ¿por qué no estaban protestando en Westminster? ¿Es que necesitaban que alguien los dirigiera correctamente? Tal vez, si hablaba con ellos, conseguiría que le proporcionaran detalles auténticos para su novela sobre los trabajadores. *Los hombres del carbón;* le gustaba ese título. Sonaba noble.

Ramsay se acercó, con expresión amable y ganas de colaborar, pero sin saber muy bien cómo dirigirse a ellos (¿chicos?, ¿camaradas?). Antes de que le diera tiempo a elegir, uno se giró, lo miró con su cara cansada y sucia y le dijo: «¿Por qué no te vas a tomar por el culo, puto pijo de mierda?».

Ramsay se escabulló como pudo, con el rabo entre las piernas. Hasta ahí había llegado su relación con los trabajadores.

Llegó a The Sphinx todavía lamiéndose las heridas. Lo recibió la gran figura de yeso de la reproducción de París de la máscara de Tutankamón que coronaba la entrada interior. ¿Estaban invocando la maldición colocando eso allí? Pasó nervioso bajo la mirada ciega de los ojos del faraón niño y entró en el pasillo largo y estrecho que iba cuesta abajo hasta el sótano. Nellie había consultado con un egiptólogo del Ashmolean (su tela de araña de contactos era densa y llegaba lejos), porque se suponía que el pasillo pretendía reproducir el túnel de entrada a una tumba faraónica, aunque a Ramsay le parecía que era más bien como entrar en una mina subterránea. No era que él hubiera entrado nunca en una mina ni en una pirámide, pero había leído sobre ambas cosas. No se sentía cómodo con los muertos egipcios; cuando era pequeño, fue al British Museum y vio su galería de momias. Después tuvo pesadillas durante semanas, en las que se veía encerrado en esa sala por la noche y las momias cobraban vida. Los muertos deberían estar enterrados, no expuestos en ninguna parte.

Siempre tenía un escalofrío cuando pasaba por ese pasillo de The Sphinx, porque se sentía como si estuviera embalsamado y de camino a la otra vida, y notaba alivio cuando por fin llegaba al final, a la (relativa) seguridad del brillante interior del club. No existía la seguridad total, y allí mucho menos.

Cada uno de los Coker, excepto Niven, estaba oficialmente a cargo de uno de los clubes de Nellie. A Ramsay, cuando volvió de su

estancia en el extranjero, le asignaron The Sphinx, el más cuestionable de todos. Su madre le dijo que iba a ser el pilar para la construcción de su nueva vida, pero a él le parecía que iba a acabar siendo más bien su destrucción.

Como sugería su nombre, el club se había inspirado en la egiptomanía, que había invadido Londres después de los descubrimientos de Carter y Carnavon en el Nilo cuatro años antes, y estaba adornado con falsos tesoros de Egipto (murales, jeroglíficos, lámparas orientales, etc.) y también con algunos artefactos auténticos que le había conseguido Niven a su madre a través de alguien que conocía en la Fuerza Expedicionaria Egipcia y que los había traído a Inglaterra en varios baúles llenos de bienes saqueados.

Nellie tuvo la idea de hacerse con un sarcófago para The Sphinx, preferiblemente con su ocupante aún en su interior (Dalton, el dueño del Morgue Club, en Ham Yard, tenía ataúdes que hacían de mesas), pero le quitaron esa idea macabra de la cabeza, sobre todo porque había escasez de esos objetos y ni siquiera Niven fue capaz de encontrar una momia del antiguo Egipto en el West End. «Una pena», pensó Nellie. Sabía que a los habituales de The Sphinx no les habría perturbado lo más mínimo (seguro que habrían estado encantados) tomarse sus cócteles Rum Daisy y Queen of the Night en compañía de un muerto. Allí iba ese tipo de público.

Lo máximo que logró conseguir fue un gato momificado, que le compró por un chelín en Museum Tavern, enfrente del British Museum, a un hombre que era conserje del museo y que contaba que en el sótano había un almacén «lleno de esas malditas cosas». Otra imagen para las pesadillas que mantenían despierto a Ramsay por las noches.

Ramsay llegó pronto y solo estaba en el local Gerrit, el camarero. El encargado de The Sphinx, un hombre de Glasgow al que le gustaba demasiado discutir innecesariamente, no tenía que llegar hasta media hora después, y a continuación vendría el resto del personal.

Gerrit era un boxeador holandés al que Nellie obligaba a ponerse, cuando estaba tras la barra, un fez, que quedaba muy cómico sobre su cara ancha y de rasgos anodinos, aunque Ramsay nunca había expresado en voz alta esa opinión porque Gerrit le ponía nervioso. Era un hombre muy grande con tatuajes de marino en los brazos, porque en algún momento fue marino mercante, pero ahora aseguraba que era un artista que había tenido que someterse al capitalismo (palabra con la que parecía referirse a Nellie) para subsistir. Parecía una extraña elección por parte de su madre, pero The Sphinx era el más

conflictivo de sus clubes. Aun así, Ramsay se preguntaba por qué no había contratado a alguien que pareciera más bizantino o incluso un verdadero egipcio. En el bufé que era Londres en aquel momento, siempre había alguien disponible de cualquier nacionalidad que existiera bajo el sol.

Gerrit estaba tras la barra, sin el fez, limpiando el mostrador, que era de cobre con incrustaciones de diminutos rombos de lapislázuli que habrían sido del agrado de la mismísima Cleopatra. Aunque puede que no le gustara tanto la momia del gato, a la que había empezado a salirle una especie de moho. Además, tenía unos ojos pintados que parecían no apartarse de ti, estuvieras donde estuvieras dentro de esa sala.

—Para darle ambiente —dijo Gerrit cuando vio que Ramsay arrugaba la nariz al notar el enfermizo olor del club—. Es cosa de tu madre —añadió, ahondando en la explicación.

Ramsay recordaba vagamente una conversación en la que Nellie expresó el deseo de tener «aromas de la Alhambra» en el club, fuera lo que fuera eso. La Alhambra tenía poco que ver con el antiguo Egipto, comentó él, pero ella contestó que cualquier cosa que estuviera al este de Dover le parecía extranjera a la mayoría de la gente. «Y debemos acomodarnos a su ignorancia», dijo.

El incienso hacía que The Sphinx oliera como…

—¿El cuarto de una puta? —sugirió Gerrit.

—No tengo ni idea de cómo huele eso —contestó Ramsay, remilgado.

—No, claro que no —contestó el camarero. Siempre parecía que se estaba burlando de él, pero tal vez eran solo el acento y la expresión de su enorme cara pálida.

Gerrit era comunista, aunque amordazado en horas de trabajo por Nellie, que no permitía que se hablara de política en el club, menos aún de política rusa, porque no quería que nadie empezara a ondear una bandera roja por encima de la granadina y la ginebra, aunque el público que normalmente acudía a The Sphinx, a pesar de fumar cigarrillos largos rusos, le tenía una antipatía hastiada a cualquier cosa relacionada con la política.

Las mujeres se sentían muy atraídas por Gerrit; al parecer, siempre les llamaban la atención los brutos. Pero Ramsay se había fijado en que él no les mostraba la misma atención a ellas. «¿Para qué sirven las mujeres? Para hacer la colada y para follar», decía con una risita burlona. Ramsay se preguntó si de verdad había visto bien a Nellie. Su madre no parecía valer para ninguna de esas dos actividades, pero la verdad era que ella no era una mujer, sino un elemento, como el

hierro. O una metonimia: como el rey y la corona, decir «Nellie» era lo mismo que decir «imperio Coker».

Para Ramsay, el acento gutural de Gerrit hacía que sonara como si estuviera hablando con una esponja en la boca. Así, *follar* en su boca sonaba más depravado de lo que realmente era.

—¿Puedo ayudarte en algo, Ramsay? —preguntó Gerrit, mirándolo con sus ojos de párpados caídos. Siempre lo llamaba Ramsay, no «señor Coker». Sospechaba que, para él, eso significaba que lo encuadraba en la categoría de niño, no de hombre.

Ramsay no respondió, pero el camarero salió de detrás de la barra con un movimiento muy ágil para un hombre tan grande y fue hasta el fondo del club, donde una cortina de terciopelo rojo ocultaba una puerta abovedada. En el cartelito ponía «PRIVADO», pero Gerrit pasó entre los pesados pliegues de la cortina. No necesitaba volverse para saber que un corderito como Ramsay iría detrás de sus enormes nalgas bamboleantes.

Los clientes de The Sphinx que tenían curiosidad por mirar al otro lado de la cortina que acababan de cruzar Gerrit y Ramsay seguro que se imaginaban que ahí había un lugar fascinante: un harén o, tal vez, la cámara interna de una pirámide. Y realmente las antecámaras de la tumba de Tutankamón, con sus montones en equilibrio precario de tesoros funerarios (Ramsay había visto fotografías), no se diferenciaban mucho de la habitación de atrás de The Sphinx, excepto por que allí no había divanes de oro, abanicos ni restos podridos de carros reales, sino que estaba ocupada por cajas de cerveza de madera, otras cajas variadas y toda la parafernalia de la limpieza: fregonas, cubos, jabón y detergente, además del té y el azúcar para los empleados. Allí no se le servía comida a la clientela; consumían tales cantidades de alcohol y drogas que no tenían ningún interés en comer.

Ramsay se sentó en una caja de madera vacía que estaba boca abajo y que tenía las palabras «LOUIS ROEDERER» grabadas en un lado y colgó su chaqueta del mango de una fregona. Se subió la manga de la camisa elegante para permitir el acceso de la jeringuilla plateada a una de sus venas.

—Relájate, Ramsay —dijo Gerrit cuando la aguja le atravesó la piel.

Él siempre se sentía vulnerable en ese momento, por eso Gerrit lo trataba con delicadeza, como si fuera un paciente, introduciendo la aguja despacio tras atravesar las piel.

—Solo un pinchazito —decía con aire divertido. Como él hacía una mueca de todas formas, el camarero añadía—: Eres un blando, Ramsay.

Estaba tan cerca que percibía el aliento que le salía entre los labios

babosos (olía a cebollas y pescado) y oía el aire al salir por sus fosas nasales. Se sentía a la vez incómodo y excitado por esa proximidad. Nunca había estado seguro de qué intenciones tenía Gerrit con respecto a él.

Ramsay cerró los ojos y se imaginó que estaba en un exótico fumadero de opio en alguna parte. No en Limehouse; ya había estado ahí y le aterraba. En Singapur, tal vez. O en Shanghái. Tenía muchas ganas de viajar y vivir aventuras. El aire romántico del Oriente Medio y Próximo: Bagdad, Marrakech, Beirut, Alepo… ¡El Cairo! Pero no ese pastiche chabacano que había en The Sphinx, sino la ciudad de verdad, llena de ruidos ensordecedores y colores.

¿Dónde viviría Gerrit?, se preguntó Ramsay. Se imaginó algún lugar sórdido, un desván con ropa interior secándose en un tendedero delante de la estufa de gas mientras el camarero se preparaba un café acre en el fogón. También habría un caballete en la habitación con un cuadro cubista feo y sin acabar. Por mucho que lo intentara, Ramsay no lograba ver nada en el arte abstracto, aunque si le preguntaban, siempre se mostraba muy entusiasta con el tema y podría pasarse horas hablando de «la necesaria verdad del ser», etc. Esos detalles de ignorancia se los guardaba para sí. Quería que todo el mundo lo considerara *au courant*.

En la habitación de Gerrit tenía que haber también una cama sin hacer con las sábanas arrugadas y manchadas, tal vez enroscadas en el cuerpo una mujer, la amante que había tenido esa noche. O tal vez un hombre. Ramsay empezó a sentir palpitaciones.

—Ya está, muchacho —dijo el camarero de repente con el tono eficiente de una enfermera que ha terminado su tarea y ya no tiene el más mínimo interés. Cuando Ramsay logró abrir los párpados otra vez, Gerrit había desaparecido y había vuelto al mundo que estaba al otro lado de la cortina de terciopelo rojo.

Se levantó (demasiado rápido) y tuvo que volver a sentarse otra vez sobre la caja para esperar a que la habitación dejara de darle vueltas.

Él sabía que Gerrit compraba las drogas en un restaurante chino de Regent Street, pero cuando fue a ese lugar para intentar hacer lo mismo, los camareros le sonrieron beatíficamente, como si estuvieran sordos, y le sirvieron *chop suey, duck de Chine* y algo gelatinoso que no estaba seguro de que fuera comestible. Se sintió obligado a comérselo y esperó que cuando le trajeran la cuenta viniera acompañada de un paquetito de papel con droga, pero nada de eso: solo un precio alto y un dolor de estómago. «Es que ese sitio no es para ti, Ramsay», le dijo el camarero después, como si fuera un niño.

Antes de Gerrit, antes de que abrieran la tumba de Tutankamón,

antes de que los pulmones de Ramsay lo llevaran al exilio en Suiza, cuando todavía estaba en el instituto, iba a ver a madame Nicolaides a su cafetería, situada en un sótano de Bateman Street, donde ofrecía inyecciones de cocaína a diez chelines por dosis. Y por dos chelines más te enseñaba a inyectártela tú mismo, pero él era demasiado aprensivo para coger la aguja. Después la mujer se mudó al otro extremo del parque, enfrente de su casa de Hanover Terrace, y retomó su negocio, esta vez allí. Del salón de la casa de Regent's Park Road entraban y salían furtivamente sobre todo chicas de buena familia.

Ramsay prefería la seguridad del salón de madame Nicolaides, con sus alfombras, sus lámparas y sus cómodos sofás, al almacén de The Sphinx. Aquello era como hacer la visita de rigor a una tía vieja y cascarrabias. Una vez incluso sirvió té y pastel (algo que llamó «bougatsa» y que en realidad era una tartaleta de crema con un nombre extranjero).

Ramsay siguió sentado, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en las manos, esperando a que el corazón dejara de latirle tan rápido. Cuando por fin abrió los ojos, vio algo que parecía el tacón de un zapato entre dos cajas de cerveza. Se levantó despacio y movió una de ellas. Sí que era un zapato, esa especie de sandalia plateada que llevaban la mayoría de las bailarinas profesionales. ¿Qué había estado haciendo allí atrás una de las chicas que había provocado que acabara perdiendo un zapato? No pudo evitar imaginarse a Gerrit empujando con todo su cuerpo macizo a una de ellas, que eran como sílfides, allí mismo, contra una pila de cajas de cerveza.

Ramsay salió del almacén con el zapato en la mano, en busca de su dueña, y vio que la banda ya estaba tomando asiento y afinando los instrumentos y las bailarinas estaban entrando, charlando a toda velocidad entre ellas, con los labios recién pintados y el maquillaje de la cara todavía sin resquebrajar a la altura de las arrugas de cansancio de su cara. Eran como flores recién abiertas que para el final de la noche se marchitarían y perderían su color («Otra imagen excelente», pensó, pero seguro que la iba a olvidar).

—Buenas noches, señor Coker… Buenas noches, señor Coker… —saludaron alegremente.

Ramsay murmuró algo en respuesta. Levantó el zapato y una de ellas exclamó:

—¡Oh, mirad, es el príncipe azul!

—He pensado que alguna de vosotras lo habría perdido —dijo, pero ninguna lo reclamó.

El encargado de Glasgow apareció como de la nada y dijo:

—¿Quiere algo más, señor Coker? Aquí ya está todo preparado.

Estaban deseando librarse de él. «¿Por qué no te vas a tomar por el culo, puto pijo de mierda?»; el eco de esa frase todavía resonaba dolorosamente en su cerebro.

Un golpecito en el hombro le indicó que Gerrit, ya con el fez puesto, estaba listo para lo que le deparara la noche.

—Bébete esto, muchacho —dijo, dándole un vaso de agua—. Ya me ocupo yo de esto. —Y le quitó el zapato que todavía tenía en la mano.

Pinoli’s

Edith, aunque se encontraba fatal, acudió a su cita con su amante. Seguramente eran la pareja menos romántica que alguna vez había entrado en el restaurante Pinoli’s de Wardour Street.

Era temprano, pero el local estaba tan a rebosar como siempre. Cualquiera diría que él preferiría ocultarse entre las sombras, pero le gustaban los lugares con mucha gente y ajetreo. Se sentía muy atrevido. Edith suponía que eso iba a ser su perdición algún día. Aunque muchas veces eran los atrevidos los que sobrevivían y los dóciles los que caían, ¿no? Ella no era dócil, pero estaba en peligro de caer.

—Te has hecho algo en el pelo —comentó él.

¿Eso era un cumplido? Siempre la halagaba indirectamente. Edith muy pocas veces recibía elogios de los miembros del sexo masculino. «Betty y Shirley se han quedado con la belleza, pero tú tienes el cerebro. Te pareces a mí en eso. Deberías estar agradecida», decía siempre Nellie. Sus hermanas habían conseguido becas para Cambridge, era lo que le contestaba a su madre. «¿Y te parece que han vuelto de allí menos estúpidas?», respondía la matriarca.

Edith tenía el apetito «por los suelos», como había comentado cuando se sentó a la mesa. Él estaba comiéndose sin problemas el *table d’hôte* de tres chelines. Ya se había acabado un plato de *filets de hareng à la meunière* mientras ella tomaba un poco de *crème chasseur* que solo hizo que aumentaran sus ganas de vomitar. Miró los arenques con asco, pensando en todas esas diminutas espinas a punto de pincharte. Se le había atragantado una espina cuando era pequeña y todavía vivían en Edimburgo. No tenía ni idea de qué pescado era, pero el arenque le parecía el principal sospechoso. Nellie la puso cabeza abajo y la sacudió como si fuera una hucha, pero no sirvió de nada. La espina se la sacó al final una enfermera del Hospital for Sick Children. Pero lo que Edith recordaba eran las sacudidas más que la espina. Su amante ya había pasado al postre y acabó rápidamente con una *bombe pralinée.*

—¿Qué te ocurre?

—Un virus del estómago, supongo —contestó Edith, intentando quitarle importancia, aunque tenía el estómago revuelto por el olor

del arenque que aún flotaba en el aire. No le iba a contar la verdad. Solucionaría el problema sin que se enterara. Si no, nunca se libraría de él.

—¿Te parezco atractiva? —preguntó tras un rato observándolo comer una cucharada tras otra de la *bombe*. Comía de una forma tan tosca que hasta resultaba sorprendente. En los últimos tiempos solo le veía defectos. Supuso que cuando el amor desaparecía, las cosas eran así, aunque ¿era *amor* la palabra adecuada para lo que tenían ellos? No se hizo esa pregunta de la manera atolondrada que adoptarían algunas mujeres. Edith no había sido atolondrada nunca en su vida. Era más bien un caso de simple curiosidad. Sabía el valor que ella tenía para él y no se basaba en la vanidad.

—¿Que si me pareces atractiva? —repitió, y reflexionó sobre la pregunta demasiado tiempo («Simplemente di que sí», pensó irritada) —. Yo diría más bien agradable.

«Respuesta incorrecta», pensó con amargura. «La belleza está en el interior», solía decir su madre. Nellie siempre estaba soltando frases vacías.

—Tengo que irme —dijo Edith de repente.

—Yo también —contestó él, de lo que se podía deducir que tenía que volver a casa con su familia; era cierto, aunque lo más seguro era que por las noches se fuera por ahí en busca de algo nada bueno. Era católico y nunca dejaría a su mujer. A Edith le servía eso de cierto consuelo.

—Espero verte pronto —dijo ella cuando él pidió la cuenta.

—Yo también —repuso él.

Últimamente ella intentaba mantener las distancias. A él eso le divertía. Edith se preguntó si sería la última vez que lo veía. Aunque rompiera con él, temía que siguiera persiguiéndola. No se podía permitir dejarla ir, ella sabía demasiado.

Hubo un momento, poco tiempo atrás, en el que Edith perdió la cabeza por él. Era guapo, complicado y taimado, tres adjetivos que lo convertían en interesante para ella, sobre todo en comparación con los bufones en busca de placer que se encontraba en su vida profesional. Incluso los más inteligentes parecían sucumbir a la idiotez cuando entraban en un club nocturno. Aunque ella entendía que el hecho de que fuera «interesante» debería ser la última cualidad que buscar en un amante. Él concentraba mucho poder, más que ella, pero aun así Edith era fuerte. «Debo mantener la entereza», pensó. Si se enfrentaban, no tenía intención de otorgarle una victoria fácil.

—Deberías irte a casa. Estás muy rara hoy —sugirió.

—Y que lo digas —contestó Edith. Tenía un plan (al fin y al cabo,

era digna hija de su madre) y había llegado el momento de ejecutarlo.

Salió de Pinoli's apresuradamente y paró un taxi mientras él todavía estaba dentro pagando la cuenta. No quería que supiera adónde iba, porque no era a su casa.

—Bedford Street —le dijo al taxista. No quería darle la dirección exacta.

Se bajó en esa calle, pagó y caminó hasta su destino.

Por lo que había conseguido entender previamente, no se tardaba mucho en hacer el procedimiento. Con suerte, todo acabaría enseguida y estaría de vuelta en Hanover Street para la hora de la cena.

Recorrió Henrietta Street, mirando los números, en busca del cuatro. No había número en la puerta, pero como la casa estaba flanqueada por el dos y el seis, supuso que había dado con ella. En la puerta había una fea aldaba de hierro con forma de cabeza de demonio, o tal vez se trataba del mismísimo diablo. «Pega con el sitio», pensó; la levantó y golpeó con fuerza la puerta, que se abrió dando paso a un aparente vacío.

—¿Señora Darling? —preguntó Edith.

Como respuesta apareció un brazo huesudo que la agarró por la muñeca y tiró de ella hacia el interior.

Un secuestro, una redada y un pequeño incendio

Kitty se había quedado sola, como era habitual, lo que le dejaba libertad para entrar en los dormitorios de sus hermanas en Hanover Street. Cuando Nellie estaba en la cárcel, la niña registró su habitación varias veces, pero, por desgracia, lo único que había encontrado había sido una bolsita vieja debajo del colchón. Dentro había un diente, un rizo, la pata vieja y mohosa de un animal y otras cosas por el estilo. Kitty sabía reconocer la brujería en cuanto la veía. Tiró la bolsita al canal, por si alguien la utilizaba contra ella, y fingió total ignorancia cuando Nellie le preguntó a su vuelta.

Cogió un chal de piel de zorro del armario de Betty y se envolvió el cuello con él. Después se puso el pintalabios rojo sangre de Molinard de Shirley. En la habitación de Edith cogió «prestados» dos chelines de una cajita hecha con púas de puercoespín que estaba en su tocador. Kitty muy pocas veces tenía la oportunidad de entrar en esa habitación, así que le interesaba mucho investigar las cosas de Edith. Tenía un frasco del perfume Shalimar en el tocador. Se pulverizó un poco en las mejillas, intrigada. Su hermana no solía llevar perfume.

Había un sobre apoyado contra el espejo donde ponía «EDITH». Ya estaba abierto, lo que se lo ponía fácil a Kitty, aunque seguro que habría conseguido abrirlo con vapor de todas formas. Tenía fecha de ese día y estaba escrito con una letra masculina muy rotunda: «Querida Edith: te escrito esta nota para confirmar que podré verte esta noche. En Pinoli's a las siete. Tuyo, A. Un beso». No solo «A», sino «A» ¡seguido de «Un beso»! Sin eso podría haber sido un mensaje del comerciante que les traía la cerveza, pero ese beso lo convertía en otra cosa completamente diferente. Por raro que pudiera parecer, Edith tenía un admirador.

Kitty se las arregló para ir hasta The Amethyst, porque nadie se había ocupado de enviarle un coche. Tampoco le habían dejado dinero, así que coger esos dos chelines de Edith le pareció justificado en su mente. Salió de la casa y, con las monedas en la mano, esperó en la acera con la vana esperanza de parar un taxi (nunca pasaba ninguno por el Outer Circle); entonces aparcó un coche junto a ella.

El conductor bajó la ventanilla y se asomó. Abrió la puerta del acompañante y le sonrió. Parecía extranjero, como una versión

corpulenta de Valentino.

—Hola, señorita —saludó.

—Hola —respondió Kitty con educación.

—Sube y te llevo. Te puedo dar una vuelta si quieres. ¿Qué te parece?

Shirley y Betty tenían la costumbre de ir juntas a The Foxhole y a The Pixie. Hacían la mayor parte de las cosas juntas; eran «gemelas irlandesas», nacidas el mismo año, y, aunque eran muy diferentes, se parecían mucho también y las dos preferían el estilo por encima de la sustancia («La sustancia acaba en el campo de batalla; el estilo, casi nunca», decía mucho Shirley. «Tal vez solo si hablamos de una mirada asesina», comentaba Betty, muy satisfecha de su ocurrencia. Las dos pensaban que eran ingeniosas).

Nellie había insistido en educarlas casi hasta la extenuación. Tras su carísimo colegio privado, las dos habían ido juntas a Cambridge, donde causaron una gran sensación en Girton College. Las dos eran iconos: por sus coches deportivos, su ropa de alta costura y su pelo perfectamente arreglado. Shirley había conseguido por sus propios méritos inaugurar la tendencia del flequillo negro azabache; todas las chicas de su curso la copiaron y se hicieron estropicios de diferente gravedad. Sus compañeras les suplicaban que les dejaran hacerles favores, recados o sentarse a sus pies delante de su estufa de carbón y tostarles panecillos con la ayuda de un largo tenedor metálico. Y eso las chicas. Los chicos amenazaban con suicidarse, se ofrecían a hacer tareas hercúleas o les escribían poesía («Espantosa», aseguraba Betty).

Aunque les había gustado Girton, dejaron su lugar de estudio sin mirar atrás ni una vez. Orfeo las podría haber enviado a rescatar a Eurídice del Hades.

Edith era demasiado útil para Nellie y no se planteaba su matrimonio y a Kitty ya la habían abandonado a su suerte, así que las osadas y ambiciosas esperanzas de la matriarca de acceder a las altas esferas de la sociedad inglesa estaba puestas en Betty y Shirley. No estaría satisfecha hasta que no se casaran con alguien que hubiera llegado al escalón más alto que aparecía en la guía de la nobleza de Debrett. No tenía esperanzas con sus hijos; se sentiría aliviada solo con que se casaran con alguien. Sobre todo Ramsay.

A Shirley últimamente se la veía a menudo en compañía del segundo hijo de un duque, un joven que se llamaba Rollo y al que Nellie había estado cortejando sin descanso en nombre de su hija, pero sin éxito. Shirley decía que le tenía cariño, pero que había conocido a hombres más varoniles en el elenco de The Palace. Se resistía a las

ambiciones matrimoniales de su madre. Quería «ser alguien» («Pero si ya eres alguien», le decía siempre Nellie).

El admirador actual de Betty, el que le había regalado la navajita, no estaba en la guía de Debrett. Era un millonario del ferrocarril canadiense, lo que le daba cierta credibilidad a ojos de Nellie. Pero tal vez no era suficiente. Para ella el dinero sin título era casi tan malo como un título sin dinero. Para su desgracia, la guerra había cercenado muchos linajes de la aristocracia. Los hijos, sacrificados por un bien mayor, ya no estaban en el mercado para casarse con Shirley o con Betty, y su riqueza se había perdido en el mantenimiento de las casas.

The Foxhole, en Wardour Street, era el club favorito de Betty. Disponía de una barra americana, un grupo jamaicano de jazz y una pista de cristal, que debajo tenía luces que cambiaban de color. Ese sitio se ponía a reventar después de medianoche. Su clientela era una mezcla de hombres bohemios y mujeres de vida alegre, gente de todos los colores y credos mezclada en buena armonía, como Babel antes de la construcción de la torre. Muchas veces iban allí bailarines de elenco, todavía con el maquillaje, directos desde el escenario tras los bises, y se mojaban la garganta con un Brandy Fancy tras otro, como si se estuvieran muriendo de sed.

Betty era popular entre esa gente. Algunas noches se podía pasar cada minuto, desde la apertura hasta el cierre, sobre la caleidoscópica pista de baile. Tanto ella como Shirley eran excelentes bailarinas, con un ritmo casi de profesionales, a diferencia de Edith, que tenía dos pies izquierdos («Incluso podrían ser tres», decía Betty). Habían hablado alguna vez de montar una academia de baile en uno de los clubes, en la que los miembros pagarían un extra para aprender los bailes nuevos o mejorar los de siempre. Su madre estaba rumiando la idea. Pero ellas dudaban de que alguna vez acabara de digerirla.

Nellie casi nunca iba por The Foxhole. Le hacía sentir vieja. Se encontraba más cómoda en The Pixie, que estaba a la vuelta de la esquina y adonde iba a veces de visita. Ese era un club diminuto y elegante, con aspiraciones de sofisticación. El baile era lo más importante; las bailarinas provenían de las mejores escuelas de danza, algunas incluso de los escenarios, y había una banda formada exclusivamente por mujeres, y también una encargada, que llevaba un esmoquin masculino hecho a medida para envolver su espléndida figura. No era que los hombres no fueran bienvenidos, pero muchas veces las mujeres bailaban juntas, algo que ya no era raro en el mundo en general después de que la guerra se hubiera llevado a tantos

hombres lejos de las pistas de baile y no los hubiera devuelto.

Betty y Shirley sabían que había clubes, algo más reservados, a los que las chicas iban a propósito para ese tipo de cosas (ellas no tenían ninguna objeción; en su opinión, las mujeres debían permanecer unidas), pero The Pixie atraía a un público más decoroso: se bailaba el *quickstep* de una forma un poco rígida y había muchas disculpas entre risas cuando las bailarinas no sabían quién hacía de hombre y quién de mujer.

Había una barra con aperitivos fríos que tenía una buena aceptación (dos chelines y seis peniques por un sándwich, con mantequilla, no margarina). Los sándwiches los preparaba en la parte de atrás durante toda la noche una mujer que se llamaba Bertha, sorda y muda, y que siempre tenía un trapo de cocina colgado de alguna parte del cuerpo, incluso cuando se iba a su casa.

Shirley tenía un talento para la mímica que le venía muy bien para comunicarse con ella. Habría querido subirse a los escenarios, pero a Nellie le parecía una muy mala idea. «No hace falta que te subas a un escenario para actuar. La vida es una larga obra de teatro», le decía. Una comedia o una tragedia; eso dependía de cómo se mirara, ¿no? Shirley siempre le sacaba punta a todo. Pero ya aprendería, decía la madre con tristeza.

Su trabajo era asegurarse de que todo estaba como debía cada noche, que todo el mundo estaba en su puesto y que había suficiente cambio en la caja, y lo único que necesitaban hacer era darles cuerda y dejar que caminaran solos. Como autómatas.

Pero esa noche no iba a ser así. Había un alboroto tremendo cuando Shirley y Betty llegaron a The Pixie. La mayoría de los clientes estaban afuera, en la acera, como si fueran un público itinerante. Una leve columna de humo se elevaba hacia el cielo y salía de la parte de atrás del club. A la vez que ellas llegó un camión de bomberos, una tardía aportación al espectáculo, abriéndose paso con el estruendo de la sirena desde el parque de Shaftesbury Avenue.

Pronto cayó el telón de ese drama, que solo produjo leves daños: un rincón de la cocina fuera de combate y Bertha herida, pues se había quemado la mano al verter el contenido de un recipiente grande de bicarbonato sobre las llamas.

«Muy sensata, esa mujer —le dijo un bombero con admiración a Shirley—. El agua lo habría avivado.»

Él parecía ser el oficial al cargo y ella tenía todos sus sentidos puestos en cada una de sus palabras mientras se aferraba a su fuerte brazo, asegurando que le fallaban las piernas por el *shock*. Shirley era demasiado pequeña durante la guerra para apreciar el valor estético

de un hombre con uniforme, pero ya tenía la edad suficiente para verlo.

Bertha estaba sentada en la acera, atendida por una enfermera de St Thomas que era clienta habitual de The Pixie. ¿Habría provocado ella el incendio? ¿Tal vez uno de sus trapos se había agitado sin darse cuenta y se había prendido con uno de los quemadores de gas del fogón? La mujer negó sin palabras, pero con firmeza, esa posibilidad.

Hizo falta un largo intercambio de gestos entre Bertha y Shirley para que se enterara de los detalles de lo que había pasado. Alguien que no había visto había abierto la puerta de atrás mientras ella estaba ocupada aplastando huevos cocidos y mezclándolos con mayonesa para los sándwiches (su relato estaba siendo muy detallado). Ella no había oído la puerta, obviamente, pero la alertó del peligro el desagradable olor de la parafina. Tenía un olfato excelente. «Un sentido compensa la falta de otros», le explicó Shirley a su bombero, que ya se había cansado del ambiente histriónico que rodeaba todo lo que tenía que ver con The Pixie. No necesitaba saber nada más. Se separó educadamente de su brazo.

Pero Bertha continuó con su drama a través de Shirley. Siguió contando que se giró y vio que alguien tiraba un trapo en llamas hacia los quemadores de gas; por instinto más que por haberlo pensado, lanzó el bicarbonato para apagar el fuego. Y no, no vio la cara de la persona que tiró el trapo.

—¿Incendio provocado? —preguntó el bombero, con renovado interés—. Será mejor que llamen a la policía.

Betty y Shirley prometieron al unísono que lo harían, aunque no tenían intención. Había más posibilidades de que resucitaran a Tutankamón que de que Nellie quisiera que la policía metiera las narices en el asunto.

—Nos va a culpar a nosotras —le dijo Betty a Shirley cuando se pusieron todos a limpiar.

—Lo sé, pero no hemos tenido nada que ver con esto.

—Eso no significa que no nos vaya a echar la culpa.

El camión de bomberos se fue y los clientes volvieron dentro, nada desanimados a pesar de la ceniza y el olor a quemado. Mandaron a Bertha a casa después de que Shirley le diera cinco libras que sacó de la caja. En su ausencia, varios clientes se ofrecieron voluntarios para ocuparse de los sándwiches. Nunca dejaba de sorprender a los Coker lo bien dispuesta que estaba su clientela a meterse entre bambalinas. Más por la novedad que por altruismo. Disfrutaban del desastre.

—¿Todo bien? —preguntó Nellie cuando Shirley y Betty llegaron a

The Amethyst.

Se refería a The Pixie y The Foxhole, no a su estado de salud, mental o sentimental. Ella muy pocas veces preguntaba por esas cosas. Tenía un platillo de cristal lleno de tofes blandos delante y se puso a mordisquear uno pensativamente mientras examinaba a sus hijas. Nellie te hacía sentir que estabas mintiendo aunque le estuvieras diciendo la verdad.

—Ha habido un pequeño incendio en la cocina de The Pixie —confesó Betty con decisión, dispuesta a aguantar el examen nocturno de su madre.

—Que se ha extinguido inmediatamente —se apresuró a añadir Shirley—. Pero…

—¿Pero?

—Parece que se inició de forma deliberada.

—Vaya, vaya —dijo la madre, y se metió otro tofe en la boca—. Contadme los detalles.

Nellie sabía bien lo que era un incendio. Tuvo un club años atrás (The Lucky Cat, «el gato afortunado», que compró después de tener The Amethyst) se quemó hasta los cimientos al poco de haber cerrado. Como su nombre indicaba, el local realmente tuvo buena fortuna, porque solo unas semanas antes de su destrucción Nellie había contratado una póliza de seguros que cubría cualquier eventualidad. El fuego se consideró un accidente y Maddox fue un testigo decisivo («Me había fijado en que había cables en mal estado», afirmó). No hubo bajas excepto, qué ironía, la del gato que vivía en el local para mantener a raya a la población de roedores. De entre las cenizas salieron unos cuantos huesos largos y finos. Nellie les dijo a sus preocupadas hijas que el gato había escapado y se había ido a vivir a otra parte. «Ojos que no ven, corazón que no siente», le dijo a Maddox. Aunque no lo creía. Lo que no se ve está condenado a hacerte daño. Por eso ella quería verlo y saberlo todo.

Nellie siguió reflexionando sobre lo que le habían contado de The Pixie mientras estaba encerrada en la taquilla. Había sido un ataque torpe, pero, si no hubiera sido por la rápida reacción de Bertha, todos los que estaban en el club se habrían convertido en cenizas y seguramente a ella la habrían encontrado culpable de negligencia, o incluso acusado de homicidio imprudente o asesinato, y la habrían apartado del negocio. Que con toda seguridad era lo que pretendían. Había sido Maddox, ¿verdad?

Ramsay estaba a punto de irse de The Sphinx por esa noche cuando se produjo una tremenda conmoción. La anunció una bocina, que sonó como la trompeta de un payaso desde lo más alto de las escaleras (después se dio cuenta de que era una señal del portero), a la que siguieron un estruendo y un temblor, como si se estuviera produciendo un terremoto. Se oyó un ruido de engranajes y de repente la barra y todas sus botellas (además de Gerrit, que seguía de pie tras ella) empezaron a desaparecer.

Ramsay necesitó unos segundos para reubicar su aturdido cerebro y ser consciente de que en realidad la barra estaba girando, como el motor de un tren, una plataforma giratoria o el bastidor de un teatro en pleno cambio. Le recordó a una obra que había visto hacía poco, en la que todo el escenario giraba y aparecía un decorado completamente diferente. El «terremoto» lo producía el motor oculto que accionaba el mecanismo. De repente solo había una pared pintada; la barra (y Gerrit con ella) había desaparecido sin más. Ramsay sintió una extraña decepción porque el barman no se había despedido de él con la mano mientras desaparecía. ¿Adónde había ido? ¿Iba a volver?

Mientras contemplaba petrificado ese acto de desaparición tan ingenioso, las chicas, los porteros y los camareros, aparte de los propios clientes de The Sphinx, habían estado realizando un número bien ensayado en el que quitaban de en medio vasos y botellas y cualquier otra señal de transgresión de las leyes antialcohol. Cuando la policía entró con pasos pesados en el club, a la vista no había nada ilícito, solo un falso aire de virtud.

La cortina de terciopelo rojo se abrió y Gerrit salió con tranquilidad del almacén, como un mal actor entrando en el escenario, y dijo:

—¿Hay algún problema, agentes?

Ramsay se lo quedó mirando fijamente, sin habla. ¿Había una puerta secreta en el almacén? ¿Y a nadie se le había ocurrido contarle lo del truco de la barra? ¿Qué otras cosas no sabía? Por Dios, se suponía que él era quien mandaba allí.

—¿Estás bien, muchacho? —preguntó Gerrit, dándole otra palmadita entre los omóplatos (con bastante fuerza)—. Ingenioso, ¿eh?

En una hora los contrariados agentes de policía se habían ido, la barra había vuelto a su sitio y el lugar estaba de fiesta otra vez. Con un leve movimiento de la cabeza, Gerrit le señaló a Ramsay la cortina de terciopelo rojo. Tenía razón, estaba claro que necesitaba algo para calmar sus nervios, consideró él.

El trayecto cuesta abajo para entrar en The Sphinx se convertía

necesariamente en una empinada cuesta arriba para salir. Las inclinaciones de los pasadizos estaban al revés, ¿no? El esfuerzo debería hacerse al principio de la noche para después salir solo deslizándose al final.

Ramsay avanzó despacio. El pasaje estaba iluminado por más lámparas de tipo oriental, que eran de gas con la llama al aire, pero fingían ser antorchas. Para darle «ambiente», como le gustaba a Nellie, sin duda. Él estaba seguro de que eran peligrosas. ¿Le echarían la culpa si The Sphinx se incendiaba, si toda la caprichosa clientela se quemaba viva o moría aplastada en una estampida mientras la banda tocaba *Ain't We Got Fun*?

Las llamas espectrales y parpadeantes iluminaban los jeroglíficos. El gas de las lámparas le estaba provocando náuseas otra vez. Se sentía como si se estuviera convirtiendo en una imagen de sí mismo. (¿Era posible? ¿Tenía sentido? ¿Tenía sentido algo de todo aquello?)

Una ráfaga de aire frío indicó que el portero había dejado entrar a alguien y tras unos segundos Ramsay se vio arrastrado por una brillante marea de gente que después lo dejó varado mientras seguía la corriente que la llevaba hacia el club. Necesitaba aire. Pasó ante la máscara de Tutankamón otra vez. No le habría extrañado que le dijese algo en ese momento.

Tenía tanta droga en las venas que estaba empezando a separarse en varios Ramsay, diferentes notas de una escala que antes había sido un acorde armonioso. Tenía que dejar de buscar imágenes, porque le provocaban ganas de vomitar.

—¿Señor Coker? —dijo uno de los porteros—. Señor Coker, ¿está bien?

Los dos porteros, tipos corpulentos con hombros de buey, que podrían haber tirado perfectamente de un arado, todavía llevaban su aparatoso abrigo de invierno. «Veintisiete chelines por uno de invierno, veinticinco por uno de verano», oyó en su mente la voz de su madre, que era un libro de contabilidad andante. Todo tenía un precio. Si hubiera podido empeñar a sus hijos, lo habría hecho («A todos no, solo a Kitty», diría ella).

—Sí, bien, gracias —contestó Ramsay un poco forzado, haciendo un enorme esfuerzo por evitar fragmentarse del todo y desaparecer para siempre—. Me voy a The Amethyst. Buenas noches.

Mientras caminaba por las calles en penumbra, empezó a tener la incómoda sensación de que lo seguía alguien. O algo. Algo siniestro. ¿Cómo era esa cita de Shakespeare? «Algo funesto aquí va a entrar.» Sí, esa era la sensación. «Por el picor de mi pulgar», otro buen título

para una novela.

Su nerviosismo creció cuando empezó a ver sombras que parecían de humo por todas partes. Un gato negro se cruzó por su camino durante su ronda nocturna. ¿Eso era una señal de buena o de mala suerte? No lo recordaba. No sabía por qué, pero le vino a la cabeza el gato momificado de The Sphinx, una imagen que lo llevó a las momias egipcias y de ahí otra vez a Tutankamón y su maldición.

Pero ¿qué había en la jeringuilla de Gerrit esa noche, por todos los santos? Supuso que era cocaína (el camarero la llamaba «polvo de la alegría», algo que, con su fuerte acento, no sonaba muy alegre); es lo que había por norma general, aunque a veces le inyectaba morfina, que era estupenda, pero poco práctica, y una vez le puso heroína, que le provocó un loco deseo de tomar más, pero Gerrit se negó a dársela. La cocaína no le ponía tan nervioso; normalmente se sentía espabilado y alerta, una versión mejorada de sí mismo, listo para ser un oficial bien dispuesto para las tropas de los Coker.

Niven le había advertido de que estaban vendiendo «material un poco raro» y que debía tener cuidado de lo que tomaba y de quién se lo daba. Ramsay le negó de forma categórica que consumiera nada. Tenía el corazón acelerado, un mecanismo sobrecargado que estaba a punto de fallar. Tal vez Niven tenía razón sobre el material raro.

Estaba casi seguro de que lo seguían, porque cada paso parecía ir acompañando por el eco de otro, pero cada vez que se giraba a mirar, no había nadie. Las calles estaban desiertas, no se veía ni al grupo nocturno de prostitutas de las que tenía que huir casi todos los días. Parecía antinatural, como algo sacado de un relato de Poe.

Y justo en ese momento, ¡oh, Dios mío, una momia! Una verdadera momia egipcia que se acercaba a él con los extremos sueltos de las vendas ondeando. Sus pesadillas habían cobrado vida. La momia parecía estar perdiendo el vendaje mientras avanzaba con dificultad por la acera. Cada vez más y más cerca. Ramsay estaba paralizado por lo que estaba viendo. Se preguntó si se estaría volviendo loco. La mayoría de los artistas seguramente lo estaban, de una forma u otra. Era casi como un rasgo honorífico en ese gremio.

Y entonces oyó gritos, aullidos y carcajadas de borrachos y vio que a la momia la seguía una pastorcilla, detrás iba un oso enorme con barriga y para cerrar la marcha un arlequín enmascarado que blandía un bate de madera.

No era el faraón niño quien había venido a por él, sino un grupo inofensivo de juerguistas borrachos disfrazados.

Relativamente inofensivo. De repente lo rodearon, riendo y dándole empujones, y ya no le resultaron tan simpáticos como a primera vista.

Le recordaron a los acosadores que se burlaban de él en el colegio. De cerca el oso olía a rancio (era un disfraz, claro, al menos eso esperaba) y la pastorcilla, ahora que la veía de cerca, resultó que era un hombre. Bajo los disfraces esa gente podía ser cualquiera y no había forma de saber sus intenciones. Y eso era perturbador.

Ramsay consiguió liberarse de ese círculo de intenciones dudosas y se alejó corriendo.

—¿Ha ido todo bien en The Sphinx? —le preguntó Nellie en cuanto entró por la puerta.

—Sí.

—¿Y el holandés errante cómo está?

—Como siempre.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, tú. —Su mirada penetrante lo atravesó. Era como si fuera el sospechoso de ser culpable en un juzgado y el fiscal, el juez y el jurado, una profana trinidad, estuvieran todos reunidos en una sola persona: su madre—. ¿Has estado haciendo algo malo, Ramsay?

—¡No!

—¿No ha pasado nada?

—Bueno, sí, una redada de la policía, pero se ha quedado en nada. Creo que alguien debería haberme contado lo del truco de la barra.

—No seas gruñón. Te pega demasiado —respondió ella.

—¿Lo sabías? ¿Maddox te ha dado el soplo? Creía que ya no era amigo nuestro.

—No lo es —dijo Nellie—. Ahora hemos hecho un nuevo amigo.

Kitty, con los ojos desorbitados, fue la última en llegar con el pintalabios Molinard corrido y el chal de piel de zorro en un estado lamentable.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó su madre al instante.

—Nada importante —dijo la niña. No quería hablar de su reciente percance, porque seguro que le echarían la culpa a ella.

—Dime la verdad. —Nellie la miró fijamente y ella le devolvió la mirada. Una guerra de desgaste. Fue Kitty la que capituló.

A pesar de su naturaleza aventurera inherente, había declinado con amabilidad la invitación del hombre, porque sabía por las conversaciones de sus hermanas que había algo vagamente desagradable relacionado con eso de «dar una vuelta». Pero entonces él extendió la mano, la cogió del brazo e intentó meterla en el coche a

la fuerza. Kitty se revolvió como un pez en el anzuelo y gritó «¡Asesino!» con todas sus fuerzas hasta que el hombre la soltó. Este se echó a reír y le dijo: «Das más problemas de lo que vales», una sentencia que, por desgracia, la perseguiría durante el resto de su vida.

—¿Cómo era el hombre? —preguntó Nellie.

—No sé.

—¿Era Maddox?

—No, a ese lo conozco. Y no era su coche.

—¿Qué coche era?

—Un Mercedes-Benz amarillo. El modelo Sports Phaeton. —Kitty sabía del tema; estudiaba las revistas de coches de Niven y tenía intención de tener un Rolls-Royce cuando fuera mayor.

—Oh, ¿ese era? —dijo Nellie pensativa, pero no parecía una pregunta.

—Intentó convencerme de que me fuera a dar una vuelta con él.

—¿Eso hizo?

Kitty estaba pensando en ese momento que era posible que no le hubiera hecho nada horrible, sino que solo la habría encerrado en alguna parte (se imaginó un camastro de paja y un carcelero amable) y le habría dejado a intervalos regulares un plato con tostadas calientes con mantequilla hasta que su madre abonara el rescate que le habrían exigido. ¿Lo pagaría Nellie? ¿Y cuánto estaría dispuesta a dar por su liberación? Estaba la otra posibilidad, en la que el hombre le habría hecho cosas atroces, pero después la habría premiado con un suministro infinito de bollos glaseados y limonada y muchas otras diversiones. Después iría por ahí como una reina, en la parte de atrás de su coche amarillo. Sintió una punzada de arrepentimiento por lo que podría haberse perdido. La próxima vez que ese hombre (o cualquier otro) le ofreciera llevarla a dar una vuelta, tal vez debería ir con él y ver qué pasaba.

—La curiosidad mató al gato —dijo su madre como si acabara de leerle el pensamiento—. Y a sus gatitos también.

«Y así empieza todo», pensó Nellie. Unas claras salvas por parte del enemigo: incendio provocado, intento de secuestro y una redada. Todos intentos fallidos. La firma de Maddox estaba en lo de la redada y en el incendio, pero el secuestro no. Había un Mercedes-Benz amarillo aparcado en la entrada del Goring cuando ella llegó esa tarde. Y no podía haber muchos coches como ese en Londres.

—¿El señor Azzopardi? —le dijo al portero.

—No sabría decirle, señora. —Él sonrió mientras se guardaba el billete de una libra.

Azzopardi estaba intentando asustarla, mientras que Maddox pretendía destruirla (o más bien su negocio, que en el caso de Nellie era prácticamente lo mismo). Maddox quería los clubes, pero Azzopardi parecía estar jugando a algo con ella. A Nellie no le gustaban los jueguecitos, porque siempre existía la posibilidad de perder.

Se encerró en sí misma. Tenía que pensar.

El té de la mañana

A diferencia de la mayoría de los hombres, Frobisher siempre se sentía aliviado cuando iba a trabajar. El trabajo le servía para recomponerse. En Ealing se desmoronaba.

Nada más despertarse, lo primero en lo que pensó fue en la señorita Kelling, aunque tenía a su mujer tumbada a su lado. Se sintió embargado por la culpa. A veces deseaba ser católico, porque la absolución debería de suponer un gran consuelo.

Lottie roncaba bajito, algo que no le resultaba del todo desagradable en una mujer hermosa. Tenía unas gotitas translúcidas de sudor humedeciéndole la frente y un rizo oscuro suelto pegado a la mejilla. Algunos días (muchos) la casa de Ealing parecía más un sanatorio y su relación se asemejaba más a la de doctor y paciente que a la de marido y mujer. Él siempre estaba inventando pequeñas formas de levantarle el ánimo a Lottie: ¿le apetecería ir a dar un paseo por el parque con él? ¿Debería sacarle una silla al jardín para que se sentara al sol y mirase los pájaros? ¿Y si cogían un barco para ir a Richmond en su día libre? Y así una y otra y otra vez.

Frobisher se había casado en una etapa comparativamente tardía de su vida y no sabía muy bien qué esperar. Le había parecido noble lo de salvar a una mujer como había salvado a Lottie, pero después se lo cuestionó: ¿no había sido mera debilidad al enfrentarse a la belleza? Porque Lottie era bella. Si hubiera sido más corriente, ¿se habría sentido atraído por ella? Era una pregunta extraña, pero solo se la hacía a sí mismo. Era tan opaca como el ópalo, y los dos seguían siendo completos desconocidos el uno para el otro.

A Lottie ya la habían rescatado una vez antes. No fue Frobisher quien la sacó de las ruinas de Ypres; él estaba ocupado librando la batalla perdida contra la delincuencia en el frente nacional. Esa era una guerra sin fin. Fue un mayor inglés de los Royal Hampshires quien la llevó a Inglaterra para después abandonarla.

La primera vez que la vio, en equilibrio sobre el parapeto de Waterloo Bridge, le recordó a la Victoria de Samotracia, excepto porque, a diferencia de la estatua, Lottie todavía tenía la cabeza sobre los hombros, aunque no la mente en su sitio. La agarró por la cintura y la volvió a poner en suelo firme. La salvó y, al hacerlo, se perdió él.

Frobisher tal vez debería haberse dado cuenta de que era una mujer que se resistía a que la rescataran. Había subido y bajado como la marea, pero parecía que le iba mejor con la marea baja que con la alta.

A lo mejor cuando se jubilara deberían volver al campo, por el bien de la salud de Lottie (y de la suya también). A ella no le iban bien los barrios residenciales; tal vez los campos y los bosques la revivieran. Le apartó con cariño el rizo de la mejilla y ella murmuró algo en francés. Frobisher suspiró.

Le llevó una taza de té, el primer y último recurso de un marido inglés.

—¿Ha vuelto Maddox? —preguntó mientras se quitaba el abrigo.

—No, señor. «Lo buscan por ahí, lo buscan por allá» —citó el sargento riendo.

—No se trata de la maldita Pimpinela escarlata, sargento.

Maddox no podía seguir jugando al escondite siempre. Frobisher se preguntó si no debería ir a hacerle una visita sorpresa a su casa en Crouch End y pillarlo con las manos en la masa cavando en el jardín, arreglando el tejado o haciendo lo que quiera que hicieran los maridos de Crouch End que de repente se encontraban con tiempo libre.

—Si aparece, dígale que lo estoy buscando.

—Lo haré, señor. ¿Quiere un té? ¿Preparo una tetera?

Frobisher estuvo a punto de ceder, pero aceptar un té podría parecer una señal de debilidad por su parte. ¿No deberían tener a una mujer allí? Una entrada en años, feúcha y bien envuelta en un delantal, empujando un carrito con el té, se imaginó. Con acento de barrio bajo, tal vez, y un aura cálida y suave que transmitiera tranquilidad.

—No, gracias, sargento —contestó por fin cuando el sargento empezó a hacer un impaciente baile con el lápiz sobre el mostrador. Debía tener cuidado de no perderse en sus pensamientos, pensó Frobisher.

Simpson’s en el Strand

—Aquí tiene la ternera —dijo el camarero de Simpson’s a la vez que levantaba la campana que había sobre el gran carrito plateado para servir con una aparatosa floritura, como si las personas que habían ido a cenar al Grand Divan se hubieran pasado toda su vida esperando esa revelación. El trozo de carne de ternera era el protagonista y rezumaba unos jugos ligeros y rosados que formaban un charquito a su alrededor sobre la bandeja. Hechas las presentaciones, el camarero cortó dos suculentas rodajas, que sirvió delicadamente en el plato como dos hojas que se solaparan antes de preguntar—: ¿Rábano, señor?

—Sí, por favor. Y patatas asadas, puerros cremosos, col cocida y zanahorias con mantequilla. Y sírvame en la copa un buen burdeos. ¿Un Château Talbot de 1913? Excelente. Y deje la jarra con la salsa en la mesa, por favor. —El camarero le rellenó la copa. El vino era como un rubí líquido a la luz de las enormes lámparas de araña.

¡Dios, a Azzopardi le encantaba Inglaterra! Adoraba los edificios pomposos y las calles sucias. Le encantaban el duque amargado y sin blanca al que le había alquilado la casa de Eaton Square e igualmente los niños de la calle que lo seguían cuando paseaba, gritándole insultos por su raza (no sabía por qué, pero presuponían que era turco). Y se volvía loco por la comida en sitios como ese: la ternera sangrante, con su capa gruesa de grasa amarilla, a la que estaba deseando hincarle el diente. Y también el contundente pudin que venía detrás del trozo de carnaza.

—Hoy tenemos pudin de mermelada al vapor, señor —dijo el camarero.

—Deje la jarra de natillas en la mesa, por favor, y gracias —respondió él.

—¿Usted también quiere ternera, señor? —preguntó el camarero al otro comensal que acompañaba a Azzopardi en la comida, con el cuchillo de trinchar, como una cimitarra, preparado.

—Yo tomaré el pescado, gracias —contestó Niven, para evidente disgusto del camarero.

Le sirvieron rodaballo en salsa verde con bastante menos pompa de la que habían invertido en la ternera y le rellenaron la copa de

Vouvray. Azzopardi alzó su copa y se dio cuenta de que el otro se quedaba mirando la cicatriz que tenía en la mano.

—Una vieja herida de guerra —dijo riendo.

—Usted no fue a la guerra.

—Hay más de un tipo de guerra, señor Coker. Pero bueno, ¡salud!

Niven alzó su copa también.

—¡Salud!

Y el grueso cristal tintineó.

—Por el futuro —añadió Azzopardi.

Niven enarcó una ceja.

—Por el futuro —contestó en voz baja, aunque él no tenía mucha fe en eso.

No tenía ningún problema con seguirle la corriente en su creencia de que entre los dos se iban a hacer con el imperio de Nellie. El maltés hablaba de esa operación en términos de «reparación», como si, igual que Alemania, su intención fuera arreglar una injusticia. Si Niven se quitaba del medio en ese momento, no se enteraría de las intenciones de Azzopardi. Podría salvar a su madre o traicionarla. Le gustaba pensar que no lo tenía decidido, pero en el fondo sabía que iba a ganar la sangre. Es lo que ocurría siempre con los Coker.

El maltés vació su copa con ansia y le hizo un gesto al camarero para que le sirviera más vino.

—Creo que vamos a ser muy buenos amigos —le dijo a Niven.

—Dejémoslo en socios empresariales por el momento —contestó él.

—Todavía mejor —accedió Azzopardi.

Niven declinó la oferta del pudin de mermelada.

—Es usted un monje —comentó el otro hombre, que ya tenía la vista puesta en el expositor de los quesos. ¡Stilton! Un queso magnífico.

—Solo busco la salvación propia —respondió.

Lo que sí le pidió al camarero fue un café solo.

—Nada más.

—¿Ni siquiera un poco de leche? —preguntó Azzopardi, que pareció ofendido en nombre de la vaca—. No será usted uno de esos «vegetarianos», ¿no? —preguntó mientras ensartaba un trozo de queso con el tenedor—. Divino —murmuró.

Durante un instante le recordó a Kitty. Tenía la misma extraña afectación.

—No —respondió Niven sin dar más explicaciones, aunque en ocasiones albergaba dudas sobre la carne. Había visto demasiada durante la guerra. «Sería mejor si pudiera cazar ciervos con arco y

flechas», pensó, pero estaba totalmente atrapado por la civilización.

—Un hombre necesita carne —aseguró Azzopardi de buen humor —. Carne roja para tener sangre roja.

Era todo un personaje: un tipo afeminado que finge no serlo. Aunque eso no le importaba nada a Niven. Su hermano estaba en ese grupo concreto también y no lo quería menos por ello. ¿Quería a Ramsay realmente? *Querer* le resultaba una palabra extraña hablando de familia. Era una emoción despiadada entre los Coker. Quería a Keeper, de eso estaba seguro. Si tenía que hacer una elección a vida o muerte entre su hermano y su perro, ¿a cuál elegiría? La balanza sentimental se inclinaba hacia el perro.

—Tengo que decirle que lo siento —dijo Azzopardi—. He oído que ha habido un incendio en uno de los clubes de su madre.

—Un fuego pequeño —contestó Niven.

—Se está volviendo más débil. ¿Está usted preparado para un *coup d'état?* Un nuevo régimen. ¿Se unirá a mí? —Era un halcón a punto de atrapar a su presa, pensó. No parecía entender que Nellie no podía ser la presa de nadie—. Si ella no me devuelve lo que me debe, le quitaré sus negocios de una forma u otra.

—¿Y qué es eso que le debe? —preguntó él, perplejo.

—¿Por qué no se lo pregunta a ella?

Niven soltó una carcajada.

—Lo de dar respuestas claras va contra la religión de mi madre. — Y contra la suya también—. Tengo que irme.

Azzopardi se dio unas palmaditas en la importante circunferencia de su barriga con satisfacción y pidió más oporto. Las privaciones de la cárcel fueron las que lo volvieron tan glotón. También la traición al darse cuenta de que había perdido su fortuna. La había vuelto a reunir, exportando a los Estados Unidos, con su ley seca, whisky desde Escocia (de Leith a Nueva York pasando por Montreal; podría incluso haber tenido su propia empresa de transporte marítimo); pero eso solo servía para proporcionarle dinero, no venganza.

No quería los clubes de Nellie; eso era solo una sanción por lo que le debía, por lo que le había arrebatado.

—¡Más oporto! —pidió alegremente al camarero. Dios, cómo le gustaba Inglaterra.

La audición

Freda había ensayado sin parar para su audición hasta que el funcionario que tenía alquilada la habitación de abajo la amenazó con «ahogarla como un gatito» si no paraba de una vez. Era un número de *Tea for Two* y tenía que cantar mientras bailaba claqué. Tenía una voz bonita, aguda y clara.

Había elegido con mucha atención la ropa que iba a llevar. Después de mucho pensarlo, se había decidió por una falda de cuadros escoceses y una blusa calada bajo su rebeca favorita, de color rojo cereza, tejida a mano con un punto complicado y diminutos botones de concha con forma de margarita. Le estaba un poco estrecha a esas alturas, pero tenía valor sentimental y esperaba que le trajera suerte. Fue la última prenda con la que desfiló para las Lanas, en Grimsby, y Freda la consideraba un regalo de despedida de Adele, aunque ella no sabía que se la había llevado. Pero para ella era un regalo, lo fuera en realidad o no.

Se había dado un baño extra esa semana para prepararse para la audición. Iba con Florence una vez a la semana a los baños públicos de Marshall Street, donde pagaban seis peniques por un baño caliente de primera clase y hacían turnos para ser la que se metía primero. Las instalaciones para lavarse en Henrietta Street eran limitadas; compartían un lavabo solo con agua fría que estaba en el rellano y un inodoro que siempre estaba sucio y olía a orines. La señora Darling no practicaba la limpieza. También parecía tener una intensa aversión por la gente, pero, a pesar de ello, se oían continuamente los golpes de la aldaba demoníaca, día y noche, incluso desde su habitación del desván.

La señorita Sherbourne por fin había conseguido encontrarle una audición de verdad a Freda, en el Adelphi Theatre del Strand, para el elenco de una obra que se llamaba *Betty in Mayfair*. «He tenido que tirar de muchos contactos para conseguirte esta audición, así que procura sacar lo mejor de ti para impresionarlos», le había dicho.

Desde que había huido de casa, la resplandeciente luz del éxito que Freda creía que la seguía como un foco había empezado poco a poco a apagarse. Pero todo estaba a punto de cambiar y la luz brillaba con fuerza: ¡Freda Murgatroyd ya iba de camino al estrellato! ¡Por fin!

La rebeca se estiró al máximo cuando Freda tiró para cerrar los diminutos botones con forma de margarita.

—Estás guapa —dijo Florence, que seguía tumbada lánguidamente en la cama, aunque la actividad del día estaba en pleno apogeo en la pensión—. Los del Adelphi se van a quedar impresionados.

—Gracias —dijo Freda; dio una vuelta y después hizo una reverencia.

Su amiga insistió en que se pusiera el broche con el pajarito azul de la señora Ingram en la chaqueta roja. «Para que te dé suerte», dijo. Ella no creía que llevar joyas robadas sirviera para traerle suerte, pero se lo puso porque eso parecía hacer feliz a Florence.

—¿Qué vas a hacer tú mientras yo esté en el Adelphi? —le preguntó Freda. (¿Qué era lo que hacía con su tiempo?)

—Oh, alguna cosa haré —contestó la otra—. Te veo después en el Lyons, en Coventry Street, y me cuentas qué tal ha ido la audición.

Freda de repente sintió un escalofrío. Se imaginó que así era como se sentía la gente la mañana de su ejecución. Había llegado la hora para ella. Estaba ante una encrucijada. A un lado había un camino que brillaba por las losas de oro que lo cubrían y que llevaba a la fama y al éxito. Al otro había un callejón manchado de hollín que llevaba a la desesperación. ¿Y si se veía obligada a coger este? ¿Qué pasaría entonces?

—No seas tan dramática —dijo Florence mientras salía de entre las sábanas—. Vamos a desayunar algo, anda.

Después de comer estuvieron caminando sin rumbo un rato hasta que empezó a llover. Se separaron en el Strand, cerca del Adelphi. «Cruzo los dedos de las manos y de los pies», le dijo Florence, y le dio un abrazo. Olía a esos caramelos de menta que se pasaba el día comiendo. Se iba a convertir en uno si no tenía cuidado.

Freda la vio cruzar la calle bajo la lluvia. Suponía que volvería a Henrietta Street o, lo más probable, que se refugiaría del mal tiempo en una cafetería en alguna parte (deberían darle participaciones en la cadena Lyons Corner House por todo el tiempo que pasaba allí). Pero Florence no hizo ninguna de esas dos cosas, sino que se quedó en la acera frente al pub Coal Hole, vacilante. Apareció un coche; se acercó y pareció conversar con el conductor. Era mayor, pero no tanto como el señor Birdwhistle. Freda no vio lo que pasó después porque un ómnibus se paró delante de ella y le bloqueó la visión. Para cuando se bajaron todos los pasajeros y siguió su camino, tanto el vehículo como su amiga habían desaparecido. ¿Sabría que no debía subirse en el coche de un extraño? Entonces Freda pensó en la cara bobina y

confiada de Florence y supo que probablemente haría falta algo más que ofrecerle un caramelo para seducirla.

Dos o tres chicas (el principio de una temprana fila de optimistas) ya estaban haciendo cola en la entrada de artistas, esperando a una audición abierta a cualquiera. Era obvio que no tenían a la señorita Sherbourne para que las recomendara y miraron con envidia a Freda, que pasó por su lado y directa al interior del sepulcro sagrado. Probablemente la habían confundido con un miembro del reparto, pensó, y siguió caminando, pavoneándose. La entrada de artistas del Adelphi estaba casi al lado de la iglesia del Corpus Christi; tal vez debería haberle pedido a Florence que encendiera una vela para darle suerte. «No se encienden para tener suerte. Se encienden por otra persona, no por ti», le había dicho.

Freda estaba tan emocionada que no se dio cuenta de que no había ningún cartel de *Betty in Mayfair* en la fachada del teatro.

En la puerta encontró a un portero que estaba apretujado en una pequeña cabina en la entrada.

—La han quitado —le dijo cuando interrumpió su detenida lectura de los consejos sobre carreras en el *Daily Mail* para preguntarle por *Betty in Mayfair*.

—¿Que la han quitado?

—Sí. Se la han llevado a Shaftesbury Avenue. Ahora ponen *El sombrero verde,* ¿no has visto los carteles ahí fuera?

Aparentemente no. Pero bueno, le daba igual una obra que otra, se dijo Freda.

—Tengo una carta en la que me convocan a una audición —explicó.

No era cierto. La señorita Sherbourne había arreglado la audición por teléfono, pero era lo mismo en realidad. El portero no parecía muy minucioso y, en efecto, volvió a enfrascarse en su periódico y, sin apartar la vista de las páginas, cogió un teléfono que había en la pared y le preguntó a quienquiera que estuviera al otro lado de la línea que enviara al señor Lionel.

—Hay una chica aquí —añadió.

El hombre al que había llamado apareció tras una larga espera. No parecía mucho mayor que Freda. Se lo veía un poco ictérico, como si necesitara una buena dosis de sal de frutas (remedio en el que Vanda tenía una fe ciega). ¿Sería Lionel nombre o apellido?, se preguntó.

—¿Qué pasa ahora, Alfred? —le preguntó con tono impaciente al portero.

Pareció que no estaban de acuerdo en algo e intercambiaron una

serie de frases tensas, porque al parecer se había perdido una llave. Cuanto más insistente se ponía el señor Lionel sobre el tema, más taciturno se volvía el portero. Era como si se hubieran olvidado por completo de Freda, así que carraspeó un poco para recordarles que estaba allí.

—Tengo una audición —insistió.

El señor Lionel soltó un suspiro profundo y hastiado, como si no se le ocurriera nada más agotador.

—Con administración, supongo —le dijo.

—Sí, con administración —confirmó ella, aunque no estaba segura de lo que eso significaba en el contexto de ese teatro. Su padre se dedicaba a la administración, pero el Adelphi no era una fábrica de chocolate.

El portero soltó una risa burlona cuando oyó la palabra *administración*.

—Ven conmigo —le dijo el señor Lionel con una indiferencia absoluta—. El vientre de la bestia —exclamó cuando la guio al interior de ese reino misterioso, un lugar cavernoso y a la vez atestado. El Theatre Royal de York estaba mucho mejor organizado. El Adelphi era oscuro y polvoriento, además de caótico, y el hombre la advertía constantemente de la presencia de obstáculos que tenían que esquivar (rollos de cuerda, enormes cestas llenas de prendas de vestuario, una gran caja de herramientas, incluso un perro pequeño que la miró con desinterés)—. Es un perro ratonero —explicó.

Por fin llegaron a un despacho, donde la dejaron en manos de una mujer que llevaba unos quevedos y que estaba sentada tras una mesa y rodeada de un buen montón de papeleo. Freda contuvo su instintiva necesidad de ponerse a ordenar. Ella era la señorita Young, le dijo (no era joven, como decía su apellido, sino muy vieja; tendría por lo menos cuarenta, en su opinión). Estaba muy enfadada. ¿Había pasado algo para que todo el mundo estuviera de mal humor o es que las cosas en el West End eran así?, se preguntó.

—No hay elenco en *El sombrero verde* —informó la mujer—. No se baila.

—Pero me han convocado para una audición —insistió Freda—. ¿Tal vez será para una lista de espera? Aquí hacen audiciones a chicas todo el tiempo.

La señorita Young rebuscó en su mesa hasta que encontró un trozo de papel y, tras echarle un vistazo rapidísimo, dijo que no tenía ningún registro de que una tal Freda Murgatroyd estuviera convocada.

—Aquí no figura esa persona.

—Pero esa persona está aquí, soy yo —protestó ella. Empezó a

sentir que la envolvía una oleada de desesperación. Y se iba a dejar arrastrar por ella y desaparecería sin dejar rastro—. Vengo de la Vanbrugh Academy of Dance. La señorita Sherbourne me ha enviado para ver a alguien en administración —añadió, con una repentina inspiración.

Y esa palabra pareció ser mágica, el «Ábrete, sésamo» que necesitaba, porque entonces la señorita Young dijo con tono sarcástico:

—Oh, está bien. Si es a alguien de «administración» a quien vienes a ver… —Otro suspiro de extremo cansancio. Si el Adelphi hubiera sido un barco, ya estaría a medio camino del Cabo gracias a todos los suspiros que se producían entre sus paredes.

La señorita Young la llevó por otra serie de pasajes confusos y por fin dijo:

—Segunda puerta a la izquierda. El señor Varley. —Y se retiró y la dejó allí.

«Owen Varley», decía una pequeña placa que había en la puerta. A Freda se le aceleró el corazón por la anticipación. Se irguió, inspiró hondo y llamó con decisión.

—¡Adelante si no queda más remedio! —dijo una voz colérica desde el interior.

No, no le quedaba más remedio, se dijo ella para animarse. «Estoy a punto abrir la puerta de mi futuro.» «Hay que agarrarse los machos», solía decir Duncan antes de que salieran a desfilar con las Lanas. Y Freda se dispuso a hacerlo.

Había un hombre muy corpulento sentado tras una mesa bastante pequeña. Como el resto de la gente que había en ese edificio, parecía irritado, y ella anticipó más suspiros profundos, pero su expresión cambió cuando levantó la vista y la vio.

—Ah, querida niña —saludó—. Pasa, por favor.

—Oh, hola. Por fin has llegado —saludó Florence cuando Freda se dejó caer en la silla de enfrente en el Lyons Corner House de Coventry Street—. ¿Qué tal te ha ido en el Adelphi? ¿Has conseguido el papel?

Se estaba comiendo un plato de galletas con trocitos de chocolate. Era una persona que comía de forma lenta y metódica, como una vaca rumiando hierba.

—No, no le he conseguido —anunció Freda.

Tenía la boca tan seca que casi no podía hablar. Notaba el sabor metálico de la sangre en la lengua. Tenía el corazón acelerado porque había ido corriendo casi desde el Strand como alma que lleva el diablo. Tiró el abrigo y el bolso en una silla que tenía al lado y se

abanicó con una servilleta.

La rumiante Florence no se dio cuenta del estado en el que estaba su amiga.

—Oh, qué mala suerte. Seguro que te surge otra audición pronto. Toma, cómete una galleta.

Freda sintió que se le revolvía el estómago.

—Voy al servicio —murmuró, y se fue corriendo al lavabo.

El servicio de señoras del Lyons de Coventry Street era especialmente magnífico, con grandes lavabos de mármol, espejos resplandecientes y una bonita decoración en caoba. El jabón también olía muy bien, nada que ver con el jabón carbólico de la pensión. Siempre que iban, Freda aprovechaba al máximo esas instalaciones.

Pero en esta ocasión, no. Esta vez entró corriendo a uno de los cubículos y vomitó en la taza todo lo que tenía en el estómago.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero no le iba a dar a Owen Varley la satisfacción de derramarlas. Nunca había sentido tanta lástima por sí misma como en ese momento, allí arrodillada sobre los azulejos fríos y duros del servicio de señoras del Lyons. Le habían vaciado el alma igual que se acababa de vaciar su estómago.

¿Hubo en algún momento una audición en realidad?, se preguntó. Si la hubo, no era para una obra de teatro, eso estaba claro. ¡Qué tonta había sido! Era como un ratón que había mordido el cebo de la trampa sin darse cuenta de nada.

—Cierra la puerta, por favor —dijo Owen Varley.

Le preguntó su nombre y su edad, a lo que ella respondió: «Dieciséis», que era la edad que decía que tenía desde que cumplió los doce. Había decidido adoptar la actitud de chica *metropolitana* aburrida de todo. Esa palabra la había aprendido de la señorita Sherbourne. Era lo opuesto a la execrable *provinciana,* aparentemente. Él no pareció notar su intento de parecer sofisticada.

—Bien, Flora, ¿así que quieres ser actriz? —preguntó.

—Me llamo Freda, señor Varley, aunque mi nombre artístico es Fay le Mont. —La profesora de la academia de baile decía que todo el mundo debería tener un nombre artístico—. Y soy bailarina. La señorita Sherbourne me ha conseguido esta audición.

—¿La señorita Sherbourne?

—De la Vanbrugh Academy of Dance.

—Sí, claro, la conozco bien. Bailarina, ¿eh? —continuó. Y después le preguntó qué experiencia tenía.

—Oh, bastante, señor Varley. En provincias, claro —añadió con desenfado. Le pareció que era mejor dejar claro ese inconveniente

desde el principio.

Sacó una carpeta que tenía en el bolso (que pronto iba a tener un papel importante en la caída de Freda). Como tesorera que era, guardaba su dinero y las joyas de la señora Ingram en el viejo bolso de Vanda, porque no había un lugar seguro donde guardarlos en la pensión de Henrietta Street. Tenía un asa larga y Freda lo llevaba al estilo bandolera, cruzado sobre el pecho. Si alguien intentaba quitárselo en la calle, tendría que pelear a muerte con ella para conseguirlo.

La carpeta que sacó de su preciado bolso contenía un portafolio con las fotografías más recientes de sus apariciones en el escenario. Se lo pasó a Owen Varley, que lo dejó en su mesa sin mirarlo. Freda empezó a recitar una lista de las producciones en las que había participado, pero no llegó a *Babes in the Wood,* en la que había actuado tres años atrás haciendo su habitual papel de chica de pueblo que baila alrededor del mástil. Lo habría hecho mucho mejor como Gretel que la actriz que escogieron (¡que tenía veinticinco años!). Owen Varley la interrumpió:

—Eres una chica muy alegre, ¿verdad?

—¿Usted cree?

—¿Por qué no te levantas la falda para mí, Flora?

—¿Disculpe?

—Las piernas, Flora. Quiero verte las piernas.

Bueno, tal vez no era algo raro que quisiera ver las piernas de una bailarina, se dijo. El baile dependía de ellas, eran esenciales para eso, ¿no? Y seguramente las cosas se hacían de forma diferente en el West End. Así que, un poco dudosa, se subió la falda hasta la rodilla. Muchas mujeres de Londres la llevaban así de corta, se convenció.

—Más arriba, chica. Un poco de muslo, por favor.

Ella no había considerado nunca que ella tuviera «muslos». Solo piernas, de arriba abajo.

—Eso es, Flora. Un poco más. No seas tímida, aquí estamos en confianza, ¿verdad?

Y, como una rana que permanece inmóvil en la olla mientras el agua empieza a calentarse a su alrededor, Freda, incómoda, se fue subiendo la falda más y más, como si fuera un telón de teatro a cámara lenta. Al menos ahí no había tentáculos tocándola, se dijo.

—Espléndida —murmuró Owen Varley. Se estaba poniendo colorado—. Ahora la blusa, querida.

—¿La blusa? —Creyó que lo había entendido mal. Ese hombre era de «administración», por todos los santos.

—Sí, la blusa, la parte de arriba. Quítatela. Tengo que ver tu

potencial.

Freda vaciló. La metrópolis, se dijo, y se desabrochó el botón superior. El agua estaba a punto de hervir. Se tocó el segundo botón y de repente dijo:

—No, lo siento. No puedo, señor Varley.

—No seas tonta. Sigue.

—No.

Él levantó su corpachón de la silla y ella dio un respingo al ver que tenía los pantalones desabrochados y abiertos. El término *campanillas* que utilizaba Vanda de repente le pareció frívolo e inapropiado para eso, que parecían unos menudillos crudos. ¿Pero qué había estado haciendo tras esa mesa? Ella se giró para irse, para escapar de la olla, pero él era muy ágil para su tamaño y, antes de que llegara a la puerta, él la alcanzó y la acorraló contra la pared, con todo el enorme peso de su cuerpo aplastándola hasta el punto de que ni siquiera podía respirar.

Para su sorpresa, su mente se dispersó y de repente se centró en Margaret Clitherow, una mártir católica de York que había muerto por aplastamiento: la colocaron tumbada bajo una puerta y pusieron enormes piedras encima. Freda solo sabía esa historia porque los Ingram eran católicos. En su experiencia, los mártires solo les interesaban a quienes profesaban esa religión. La puerta pertenecía a la casa de Margaret Clitherow, un detalle muy extraño que siempre le pareció curioso. Pero ella preferiría que la aplastara una puerta, cualquiera, al peso elefantino de Owen Varley.

—Venga… —farfulló mientras le manoseaba la ropa. Freda sintió sus dedos gruesos y fríos recorriéndole todo el cuerpo, incluso lugares en donde no deberían estar. El asalto del señor Birdwhistle resultaba irrisorio en comparación con eso. La estaban violando, pensó, una palabra que un momento antes ni siquiera sabía que estaba incluida en su vocabulario.

—Sé buena —gruñó Owen Varley. Tenía la voz ahogada.

Uno de los dos iba a morir. Él sufriría un ataque al corazón mientras gemía y tenía convulsiones, como si le doliera algo, o Freda se asfixiaría por la falta de aire. Una mártir de la fama y la fortuna.

Reunió las últimas fuerzas que le quedaban y le clavó los dientes en la mejilla carnosa a su asaltante como un perro. E, igual que ese animal, no la soltó, aunque estaba a punto de vomitar del asco.

Owen Varley chilló (todo lo que puede chillar alguien cuando tiene la mejilla atrapada entre los dientes de una chica) e intentó apartarse, pero Freda no cedió. Si hubiera podido, le habría arrancado la cara, pero al final tuvo que soltar. Él cayó pesadamente al suelo y se quedó

inmóvil. ¿Lo había matado? ¿Se podía matar a alguien de un mordisco?

«Corre, Freda —pensó—, huye y no mires atrás. Corre para salvar tu vida.» Tuvo la presencia de ánimo de ir a recuperar el bolso de Vanda; su portafolio de fotos se había caído al suelo y no se molestó en recogerlo, pero no iba a sacrificar el dinero y las joyas de la señora Ingram por Owen Varley.

Sin alguien que la guiara hasta la salida por el laberinto del teatro, Freda no tenía ni idea de cómo encontrar la puerta, pero lo logró. Pasó corriendo junto al portero de la entrada de artistas y de la cola de chicas optimistas sorprendidas que había en Maiden Lane. Estaba cerca de la iglesia de Corpus Christi. Sabía que podía buscar refugio en ese lugar, pero prefirió la seguridad del Lyons de Coventry Street, donde estaba Florence esperándola.

Freda se miró en el espejo del servicio de señoras. Se había enjuagado la boca varias veces, pero estaba segura de que aún notaba el sabor de la sangre de Owen Varley. Estaba hecha un desastre. Tenía el peine en el bolso, así que lo único que podía hacer era echarse agua fría en la cara y arreglarse el pelo con las manos.

—¿Estás bien, chica? —le preguntó con amabilidad la señora mayor que se encargaba del mantenimiento de los baños.

—Sí, perfectamente, gracias —contestó Freda.

La amabilidad de la encargada le provocó ganas de llorar otra vez. Le habría dejado una propina, pero el dinero, gracias a Dios, estaba a buen recaudo en el bolso, en la silla que había junto a Florence. Menos mal que no lo había dejado en el Adelphi; no lo habría recuperado nunca. Su amiga lo vigilaría. ¿Verdad? Freda sintió una repentina y sobrecogedora oleada de terror y, llevada por un pánico terrible, volvió corriendo a la cafetería, donde se estaba produciendo un alboroto. Una de las camareras estaba gritando: «¡Al ladrón!», y muchos de los clientes se habían puesto de pie, como si fuera un espectáculo.

La conmoción estaba empezando a desaparecer cuando Freda llegó a su mesa. La gente había vuelto a sentarse y a centrarse en su taza de té. Ellos no habían perdido nada.

—Se han llevado tu bolso —le dijo Florence con cara triste al verla.

—¿Quién?

—Unas ladronas.

—¿Y por qué no lo has evitado? —preguntó ella. Sentía frío, estaba casi helada por la furia. ¿Cómo podía su amiga haber sido tan descuidada y haberle quitado la vista de encima al bolso? ¿Cómo

podía haber sido tan estúpida?

A Florence empezó a temblarle el labio.

—No ha sido culpa mía. Tú te has ido corriendo y has dejado ahí el bolso, Freda. Sabía que me ibas a echar la culpa a mí.

—¡Pues claro! —exclamó ella—. ¡Porque eres una burra estúpida e ignorante, Florence! ¡Me iría mucho mejor sin ti!

El hombre invisible

Frobisher estaba merodeando en un extremo de la calle, con el cuello del abrigo subido y el sombrero bien calado, consciente de que debía parecerle sospechoso a cualquier que lo viera. Pero él se enorgullecía de ser muy bueno a la hora de confundirse con el paisaje, como el hombre invisible de H. G. Wells. Por eso le habría sorprendido saber que lo estaban vigilando: un tipo que tenía una libretita que era similar, o más bien idéntica, a las reglamentarias de la policía que se guardaban en un armario de su comisaría, la de Bow Street, que a su vez estaba bien vigilado por una feroz secretaria de pelo blanco. No se reemplazaba el lapicero hasta que se presentaba el otro ya gastado. Frobisher admiraba la economía, pero no le gustaba la mezquindad. Pensó que debía tener una charla con ella, pero eso estaba casi al final de su lista de prioridades. A menos que ella también estuviera a sueldo de los propietarios de los clubes del Soho, claro.

De hecho, él estaba bajo vigilancia desde el día anterior, cuando al dueño de la libretita le habían encargado que lo espiara. En sus páginas ya había tantas anotaciones banales que, si Frobisher las hubiera visto, se habría sentido consternado (aunque no sorprendido) por lo rutinaria que era su vida.

> JOHN FROBISHER salió de su casa en Ealing a las 6.20, llegó a Bow Street a las 7.45. A las 12.00 salió de Bow Street, paseó por el Soho/Covent Garden. Comió (jamón con patatas) en Jonnie's, en Floral Street.
>
> Su dueño cerró el cuaderno y se lo guardó en el bolsillo.

Casi todas las noches desde que había empezado a trabajar en Bow Street, Frobisher iba a ese lugar para monitorizar las entradas y salidas de The Amethyst. La puerta de ese club la cruzaba una procesión aparentemente incesante de personas en busca de placer. La guerra había vuelto a la gente hedonista, aunque cualquiera habría pensado que debería haber tenido el efecto opuesto, que la gente se sentiría aliviada de recuperar la sobriedad serena de la paz. Frobisher nunca había comprendido la búsqueda de placer por sí misma.

Suponía que eso les resultaría muy estirado a los demás, pero él creía en una vida moderada; no era un puritano, pero le molestaban las conductas extremas que contemplaba cada día. Ya tenía bastante de eso en Ealing.

Además, en ese momento había una especie de inquietud en el aire. Creía que era por todos esos rumores de la huelga general, como si Londres no tuviera ya bastante. No era que no se solidarizara con los trabajadores. La guerra había tenido diversas consecuencias negativas para ellos. Estaban viviendo en una distopía.

Esperaba pillar a Maddox entrando en The Amethyst. Tenía que haber una entrada secreta en alguna parte. Frobisher la había buscado, claro, pero de momento no había logrado encontrarla. Y nadie en la comisaría de Bow Street se atrevería a confesar que conocía su ubicación, aunque sospechaba que lo sabían todos.

Una chica, más bien un espectro, entró en el círculo de luz débil que proyectaba una farola que había un poco más allá. ¿Trece? ¿Catorce? ¿Quince? Era imposible adivinar su edad. Parecía una muñeca, con apretados rizos rubios y unas piernas muy delgadas. La luz de la farola arrancaba destellos de las lentejuelas de su vestido barato. Inquieta, nerviosa incluso, no hacía más que mirar alrededor, como si estuviera buscando a alguien. Frobisher estaba a punto de abandonar su vigilancia y acercarse a ella para decirle que volviera a casa y no anduviera sola por un sitio así, pero en ese momento apareció un taxi del que salió un grupo de borrachos alborotadores y ruidosos y, para cuando ellos entraron en el club, la etérea figura de la chica se había desvanecido en la noche.

Observó y esperó. Por fin llegaron la señorita Kelling y Cobb. ¿Era él el hombre adecuado para ese trabajo? Frobisher tenía sus dudas, pero el agente era entusiasta y parecía sensato (un adjetivo que parecía irritar a la señorita Kelling, aunque no sabía por qué).

Cobb, alto y muy delgado, se veía todavía menos imponente sin uniforme. Llevaba un traje que le quedaba grande, alquilado a costa de los fondos de Bow Street. Tal vez la señorita Kelling merecía algo mejor.

Frobisher volvió a regañadientes a la estación de metro. Quizás sí que entendía por qué la gente se quedaba por ahí de juerga hasta altas horas de la madrugada. Así no tenían que volver a su casa.

Lottie se había quedado dormida en su butaca. Su pecho subía y bajaba despacio con cada respiración. A su lado tenía su mueble costurero abierto. Dentro, descansando sobre la madeja de color vivo que necesitaba para los loros, había una aguja y una jeringuilla vacía.

Había vuelto a empezar con eso. Frobisher se sintió insensibilizado; todo eso era inevitable. ¿Quién le estaba suministrando la morfina? Hasta donde él sabía, ella apenas salía de casa, aparte de su visita a las tiendas que había solo a dos calles. Además, él era quien recogía la mayoría de las compras.

Sacó la aguja y la jeringuilla, cerró la tapa del costurero y fue a por una manta para taparla. Parecía que estaba decidida a buscar su desintegración. Se fijó en que los tulipanes que había comprado ya se habían marchitado, sus tallos carnosos se habían doblado y los pétalos estaban abiertos, voraces. Le estaba bien empleado por haberlos comprado de saldo, se dijo.

Carpe noctem

—¿Todo bien en The Foxhole? —le preguntó Nellie a Betty cuando Shirley y ella llegaron a The Amethyst.

—Sí, Mamaíta —contestó Betty—. Todo bien.

—¿Y en The Pixie? —continuó preguntando la madre, centrando su atención en Shirley—. ¿Ha habido más incendios?

—No, Mamaíta.

—¿Quién ha venido esta noche? —interrogó Betty. Era una pregunta rutinaria más que un interés personal por las celebridades.

—Una mezcla —comentó Nellie—. Tallulah Bankhead, Frazzini y el rey de Dinamarca.

¿El rey de Dinamarca? Eso le picó la curiosidad a Shirley, que nunca había pensado mucho en Dinamarca, ni en el país ni en su rey.

—No está mal —explicó Nellie de mala gana. Había tenido un encuentro en su juventud con Eduardo, el anterior monarca, cuando todavía era príncipe de Gales. Se negaba a hablar de ello, pero una vez, cuando el champán que había consumido en Año Nuevo le soltó la lengua, les dijo que miraran bien la nariz de Niven…

—Llévale al señor Frazzini una caja de bombones, ¿quieres? —le pidió a Betty.

Nellie vendía las cajas por quince chelines cada una, pero las compraba al por mayor en algún sitio del norte por un chelín, todas adornadas con cintas (un penique cada una) y preparadas por soldados que habían resultado lisiados en la guerra. Las bailarinas se esforzaban mucho por conseguir que su pareja les regalara una caja y después, cuando se habían comido solo unos cuantos, las cajas volvían al almacén de donde habían salido y se rellenaban, se recolocaba la cinta y se volvían a vender.

—Vais a tener que bailar con los clientes esta noche —informó Nellie—. Me faltan un par de chicas.

—¿Cuáles? —preguntó Shirley. Las «chicas», para Nellie, era un nombre colectivo, nunca se aprendía sus nombres. A ella eso no le importaba nada; eran fácilmente sustituibles por otras.

—A bailar —ordenó—. No perdáis el tiempo.

La bandada de los Coker siguió reuniéndose. Casi pisándole los talones

a sus hermanas llegó Edith, bastante menos alegre.

—Has engordado —le dijo Nellie sin levantar la vista de los libros de contabilidad.

—Buenas noches para ti también, madre.

Esta levantó la vista de su contabilidad y la miró de arriba abajo.

—Deberías adelgazar —insistió.

—Le dijo la sartén al cazo… —contestó Edith.

—¿Va a llover? —le preguntó Nellie a Ramsay cuando entró.

—Creo que no. —Él muy pocas veces le prestaba atención al tiempo. Era una de todas esas cosas que quedaban fuera de su control —. ¿Por qué?

—El portero me ha dicho que no hay paraguas para los clientes. Los han robado otra vez.

—No creo que pretendan robarlos —aclaró Ramsay—. Es que a la gente se le olvida devolverlo.

—Pues esa es la mismísima definición de robo. Ve a James Smith's el lunes y pide unos nuevos.

—Eso lo puede hacer uno de los porteros —repuso Ramsay.

—Y también lo puedes hacer tú.

Él suspiró como forma de dar su consentimiento. No tenía sentido protestar más. Nellie a veces rehuía los conflictos, pero nunca perdía una discusión.

—Por cierto, ha venido tu amigo.

¿Amigo? Ramsay sintió una punzada de alarma. ¿Quién sería ese amigo?

—Anda, baja y tráeme un Sherry Flip, ¿quieres? Buen chico —le pidió su madre.

Ramsay contempló a Freddie preparando el cóctel: echó un huevo antes de añadirle el jerez y el azúcar. Eso le provocó aún más náuseas. Edith, con mala pinta, apareció a su lado y dijo:

—El rey de las cerillas sueco está aquí.

—¿Kreuger? Mamaíta no me lo ha dicho. ¿Te encuentras mejor?

—La verdad es que no.

—Tienes muy mala pinta —respondió él.

—Gracias, eso me hace sentir mucho mejor. Ha venido tu amigo. Y ha estado preguntando por ti.

Ramsay miró en la dirección que indicaba Edith y vio a Vivian Quinn sentado en una mesa con Michael Arlen y Tallulah Bankhead. Se estaba pavoneando ante sus acompañantes, echando atrás la cabeza

y riéndose de todo lo que se decía, para llamar la atención, claro. Bankhead (muy disoluta, aparentemente) estaba en la obra basada en el maldito libro de Arlen que se representaba en el Adelphi. Claro que había una obra… e incluso se hablaba de una película ¡con Greta Garbo! Alrededor de Bankhead y de Arlen estaba el elegante grupo de West Kensington, compuesto por los acólitos de Arlen. Qué encantado debía de estar Quinn por formar parte de esa mesa y de ese círculo privilegiado.

—Oh, cuando estuve en París, claro —oyó que decía Quinn con su voz alta y relamida. Siempre estaba hablando de esa ciudad, pero solo había estado allí un par de semanas el año anterior, en un viaje por toda Europa. Pero eso no evitaba que estuviera siempre hablando del Café de Flore y de Shakespeare and Co., o dejando caer los nombres de «Zelda y Scott, Ernest, Pound y James Joyce»… Era tan pretencioso que le ponía de los nervios. El desagrado se alternaba con la envidia en su pecho. La segunda predominaba. Vio que Quinn miraba en su dirección y se metió rápidamente tras el parapeto de la barra y se agachó.

—¿Todo bien ahí abajo en la trinchera, señor Coker? —preguntó Freddie.

—Sí, muy bien, gracias, Freddie. Hace calor en la sala y aquí abajo se está más fresco, mucho mejor.

—¿En el suelo?

—Sí, en el suelo, Freddie.

—¿Quiere que lo avise cuando no haya moros en la costa, señor Coker? ¿Cuando se haya ido su amigo?

—No es mi amigo —respondió Ramsay.

—Claro, señor Coker, lo que usted diga —aceptó Freddie—. Si sale corriendo ahora, no lo verá.

—Gracias, Freddie.

—¡Señor Coker!

—¿Qué, Freddie?

—No se olvide el Sherry Flip de la señora Coker.

—Voy a salir a tomar el aire —le dijo Ramsay a Nellie.

—Acabas de tomarlo.

—No está racionado, Mamaíta.

—Pues debería —contestó ella.

Ramsay dio una vuelta a la manzana hasta el callejón de detrás de The Amethyst. El club tenía una salida secreta por ahí, «la escotilla de emergencia», como la llamaba su madre, por la que algunos miembros importantes de la clase dirigente que disfrutaban del favor especial de

Nellie podían salir corriendo en caso de que se produjera una redada.

Para llegar a esa puerta había que seguir una ruta tortuosa que pasaba por un patio que había en la parte de atrás del club, donde estaban los baños exteriores; después por una puerta que no estaba cerrada con llave y que daba al patio de una tienda adyacente, una ferretería (el ferretero recibía una remuneración semanal), para seguidamente atravesar la propia tienda y por ahí llegar a la puerta que daba a la calle. Muchos ministros del gobierno, nobles del reino e incluso algún que otro obispo habían escapado de esa forma tan poco digna, como delincuentes a la fuga. Se había dado el caso de que algunos se habían confundido y habían acabado en el sótano de un restaurante italiano vecino, tropezando con las botellas de aceite de oliva y de Chianti.

Ramsay sacó su pitillera. Era de oro repujado, tenía en el cierre un rubí y su nombre grabado en el interior. Era de una tienda de Bond Street, un regalo inesperadamente generoso de su madre por su veintiún cumpleaños («Ha costado una fortuna», le decía Nellie cada vez que sacaba un cigarrillo). Extrajo uno, lo encendió, inhaló el humo y sintió que se le inflaban los pulmones como un par de fuelles agujereados. Fumaba Balkan Sobranies, que eran fuertes y alquitranados; los compraba solo porque le gustaba el dibujo exótico de la caja. Decían que fumar era bueno para la salud, pero Ramsay no estaba muy seguro de eso.

No pudo disfrutar de su cigarrillo porque en ese momento Vivian Quinn giró la esquina y se le acercó.

—¡Ahí estás! Ya me estaba preguntando adónde habrías ido, viejo amigo. ¿Es que me estás evitando, Coker?

—No, Quinn. Claro que no te estoy evitando.

—Dame un cigarrillo entonces, ¿vale? —pidió Quinn.

Ramsay le ofreció su pitillera a regañadientes.

—¿Fuego? —exigió Quinn.

Él suspiró y sacó una cajita de cerillas. El otro ahuecó la mano cubriendo la de Ramsay para proteger la llama, porque hacía aire en el callejón. Estuvo a punto de zafarse bruscamente, pero soportó con estoicismo el contacto para no tener que aguantar sus comentarios mordaces.

—El rey de las cerillas está dentro —comentó Quinn al ver la llama.

—Kreuger. Lo sé.

—Ese hombre es un estafador, ¿sabes? —soltó el periodista—. Operaciones al margen de la contabilidad, activos en oro, derivados financieros… Al final se hundirá, ya lo verás. Como un castillo de naipes.

Ramsay no tenía ni idea de qué hablaba. Kreuger fabricaba cerillas, por Dios. Muchas. Posiblemente todas las del mundo. ¿Por qué si no lo llamarían el rey de esos objetos?

Quinn le dio una profunda calada al cigarrillo, se atragantó y tosió.

—Dios, Coker, esto que fumas es terrible.

—Es tabaco turco. Le he cogido el gusto —explicó él. No pudo contener su curiosidad—. ¿Es verdad que estás escribiendo una novela, Quinn? ¿De qué va?

—¿Que de qué va? ¿Una novela tiene que ir de algo?

—En general, sí.

—Qué banal. Supongo que va de la Bright Young People, que va perdiendo su brillo, más o menos.

—¿Tiene título ya?

—Sí, uno muy bueno: *Cháchara.*

¡Qué título más ridículo!

La verdad era que, por mucho que lo negara Ramsay, Quinn y él sí que eran amigos, pero de los que no se caen muy bien. Habían entablado amistad por necesidad cuando él volvió de Suiza y Quinn, al que habían contratado para escribir una columna, estaba buscando a alguien con quien frecuentar la vida nocturna de Londres. Ramsay se sentía agradecido de tener un amigo, aunque solo pareciera estar interesado en su propio ascenso social.

Pero después Quinn se lanzó sobre él muy torpemente en el guardarropa de The Sphinx, bien escondidos entre el bosque de pieles, chaquetas de lana y abrigos masculinos, y Ramsay se vio obligado a revolverse como una comadreja para intentar librarse de él. Solo puso fin al episodio la repentina aparición de Gerrit, que apartó los abrigos con brusquedad y dijo:

—¿Todo bien por ahí, Ramsay?

—Ups —exclamó Quinn—. No queremos poner celoso al holandés errante, ¿verdad?

—Yo no soy de esos —le dijo Ramsay ruborizado a Gerrit cuando el periodista se fue.

El camarero soltó una carcajada y dijo:

—No sabes ni lo que eres, Ramsay.

—¿Es un *roman à clef,* Quinn? —insistió Ramsay. No era capaz de utilizar ese título absurdo para referirse al libro.

—*¿Cháchara?* ¿Te preocupa salir retratado en ella? —preguntó su amigo con una sonrisa—. ¿Un personaje de poca importancia, tal vez?

Este fingía tener una vaga relación con la aristocracia, pero Ramsay sabía que en realidad era hijo de un subastador del condado, así que él

era un fraude tan grande como decía que era Kreuger. Esperaba que Quinn se equivocara en cuanto al rey de las cerillas. Su madre recibía asesoramiento financiero de ese hombre y también de Alfred Loewenstein.

—El israelita —dijo Quinn con desdén.

—Bueno, es belga —objetó Ramsay.

—Otro sinvergüenza.

¿Todo el mundo estaba corrompido hasta cierto punto?, se preguntó él.

—¿Te apetece venirte conmigo a una timba la semana que viene? —preguntó Quinn.

—¿Una timba?

Timba era la palabra que usaban los trileros para una partida de cartas. A Ramsay le gustaban las cartas; le habían gustado desde que los bolcheviques de Great Percy Street le enseñaron a jugar al *preferans*. Había estado en unas cuantas timbas con Quinn en el pasado, reuniones pequeñas y discretas, itinerantes para evitar a la policía, que se organizaban en pisos de distritos como Bloomsbury y Marylebone. A los ocupantes les pagaban una cantidad para que dejaran el lugar vacío esa noche y entonces quitaban las alfombras, apartaban los muebles y traían unas mesitas frágiles para jugar al *gin rummy* o al *vingt-et-un*. También había mujeres, así que todo era bastante civilizado, no como la reunión de un equipo de rugby. Se ponía un límite a las apuestas, el vino barato y la cerveza fluían y todo el mundo se lo pasaba bien antes de irse a casa haciendo eses y tras ganar o perder unas cuantas libras. Las apuestas siempre se mantenían bajas; Ramsay nunca había ganado ni perdido más de cinco libras. No estaban hablando de Biarritz ni Montecarlo. Aun así, Nellie se habría puesto furiosa si se hubiera enterado.

Las timbas eran ilegales, claro, pero a nadie le importaba. Y, además, una de las personas que participaban a menudo era un policía, uno muy risueño que no iba a de uniforme (allí habría parecido un disfraz) y que siempre decía: «¿Qué tiene de malo un poco de diversión inofensiva? A todo el mundo le gusta apostar de vez en cuando».

—Es en Belgravia —añadió Quinn.

—¿En Belgravia?

—Ajá. Gente interesante, un grupo con clase, en realidad. Sinceramente, tenemos suerte de que nos hayan invitado.

—Suena a apuestas altas.

—No, no creo. Solo es por diversión. Bueno, piénsatelo. Tengo que irme. Voy a la inauguración de The Gargoyle. Puedes entrar conmigo

si quieres venir.

—No, gracias.

—Como quieras.

Había empezado a llover y Quinn abrió el paraguas que llevaba.

—Pues adiós, por ahora —se despidió y se alejó con un aire de indiferencia muy pretencioso.

Ramsay se fijó en que el paraguas era uno de los que había desaparecido de The Amethyst.

Cuando volvió al interior, no solo el portero misteriosamente no se encontraba en su puesto, sino que su madre no estaba en su sitio habitual, en la taquilla, donde la había sustituido Kitty. La copa que contenía el Sherry Flip estaba vacía y su hermana parecía más alegre de lo normal.

—¿Dónde está? —preguntó Ramsay.

—No sé.

Admitió que había dejado entrar, sin darse cuenta, a varios miembros de los Hackney Huns, camuflados bajo disfraces de Pierrot. Últimamente algunos de ellos se disfrazaban para infiltrarse en las muchas fiestas de disfraces y de máscaras que parecía haber cada noche en Londres. Ramsay pensó en la momia egipcia y sus amigos de la noche anterior. Una banda de Pierrots le habría parecido aún más amenazante, si es que eso era posible.

Los Huns eran inteligentes, se mezclaban de forma anónima entre los invitados de las fiestas mientras les iban quitando sin que nadie se enterara sus objetos de valor. Las víctimas estaban tan concentradas en divertirse que casi nunca se daban cuenta de que les habían robado hasta que ya era demasiado tarde.

—Pues te la vas a cargar si hay problemas —le dijo Ramsay a Kitty.

—Dicen que yo no soy más que una niña, así que la culpa te la echarán a ti.

Y justo en ese momento, como si hubieran dado alguna señal, se oyó un alboroto tremendo que llegaba desde la planta de abajo. Él vaciló. Los porteros no habían vuelto a sus puestos. Linwood, por otro lado, subía en ese momento las escaleras a todo correr.

—Será mejor que venga rápido, señor Coker —dijo, jadeando—. Se ha desatado el infierno ahí abajo. Esos matones se están peleando entre ellos. Van a matar a alguien.

Con una enorme solemnidad, como si le estuviera entregando a un caballero una espada sagrada, Kitty le dio a Ramsay la cachiporra policial que guardaban en la taquilla, fuera de la vista. Nellie la había usado en más de una ocasión.

—Directo a la guarida del león, señor Coker —lo animó Linwood.

Él bajó las escaleras, seguido de un reticente Linwood y de una entusiasta Kitty. Linwood apartó la cortina de bombazina y Ramsay, con la cachiporra en la mano, hizo lo que pudo por intentar entender el pandemónium que tenía delante. Aparte de chocar unas cuantas cabezas entre ellas, parecía que poco podía hacer. Tal vez debería dejar que la bronca se agotara por sí sola, que se fuera quemando según avanzaba por el club, como un reguero de pólvora. A veces esa era la mejor estrategia.

Había varias facciones en la lucha que, combinadas, habían producido un cúmulo de circunstancias muy inestable, que después le relató Betty a Ramsay; ella lo había visto todo bien desde el rincón de la banda. Los Huns, borrachos por el whisky barato y por los éxitos de esa noche (tenían los amplios bolsillos llenos de un buen botín proveniente de una fiesta reciente en Berkeley Square), querían celebrarlo.

Se habían pasado la noche provocando a Frazzini, que estaba sentado muy tranquilo en su mesa y se negaba a alterarse por su culpa, para su gran irritación. Incluso les ofreció bombones de la caja que Nellie le había enviado a su mesa antes, un acto que los alteró aún más. Frazzini sabía algo que ellos no: sus hombres, que se habían enterado de que había problemas, estaban en ese mismo momento cruzando la entrada secreta del club, listos para la refriega.

La chispa la prendió uno de los Huns, que se metió en una pelea con otro hombre por una de las chicas, porque los dos querían bailar con ella. Esa chica, Ekaterina, emigrante a causa de la Revolución rusa, era muy popular entre la clientela habitual. La habían traído de París, donde Nellie había pasado varios meses intentando hacer famoso el desafortunado club l'Angleterre. La chica tenía fama porque había bailado en el Folies-Bergère, lo que naturalmente la volvía muy deseada en The Amethyst, porque estaba todo el mundo a la expectativa por si decidía, de un momento a otro, quitarse la ropa. Nunca lo hizo.

El primer Pierrot soltó un puñetazo, que fue como una señal para que los demás miembros de su banda se unieran a la pelea, sin importar dónde aterrizaran los golpes. Las parejas que habían venido de las afueras se escondieron bajo las mesas (lo que estaba pasando era llevar sus «ganas de diversión» un poco lejos, demasiado). Pero los habituales, más curtidos, se prepararon para un buen espectáculo, sobre todo cuando los secuaces de Frazzini entraron y se unieron al revuelo. No hizo falta mucho tiempo para que la mitad de la pista de baile quedara ocupada por la melé; los globos y las serpentinas que

colgaban del techo le daban a la escena un incongruente ambiente carnavalesco.

Pero de repente un Pierrot sacó un revólver de uno de sus amplios bolsillos del disfraz blanco y se puso a agitarlo en el aire. Los que estaban cerca se metieron bajo las mesas a una velocidad admirable. Hubo un disparo, que sonó muy alto, incluso a pesar del estruendo que había en el club.

Ramsay no sabía lo del rey de Dinamarca, que, como jefe de Estado que era, iba acompañado de un séquito armado, preparado para defender la Corona de cualquier eventualidad; en ese momento sacaron sus armas y apuntaron de una forma alarmantemente vaga hacia el centro de la multitud.

La primera detonación fue como el disparo de salida de una carrera. A un breve silencio de perplejidad lo siguió una descarga; pareció que todo el que tenía un arma se había puesto a disparar a lo loco. Y había mucha gente armada, no solo los matones; después de todo, no había pasado mucho tiempo desde la guerra. No solo quedaban muchas como «souvenires», sino que también muchos hombres habían aprendido a usarlas en el ejército.

La banda, imperturbable ante cualquier cosa que pasara en el club, empezó a tocar *Running Wild* a un alarmante ritmo frenético que solo sirvió para intensificar el alboroto. Seguro que esa era su intención. Nellie les pagaba trescientas cincuenta libras a la semana, que a ella le parecía escandaloso, pero ellos la tenían entre la espada y la pared: The Amethyst era muchas cosas, pero no era nada sin el baile. Y la gente de la banda formaba un grupo muy participativo, del tipo que se hundiría con el barco felizmente. Después descubrieron que una bala había hecho un agujero en el piano del escenario, pero el pianista no abandonó su puesto.

Ramsay ya veía el titular del día siguiente: «MASACRE EN UN CLUB DEL SOHO». Eso sería sin duda el fin del club, tal vez de toda la familia. ¿Dónde estaba la policía cuando la necesitabas? Siempre andaban por allí cuando no los querías. Para eso servían el inspector Maddox y su «protección».

De repente Nellie apareció como de la nada, como si hubiera un *deus ex machina* tras el escenario. ¿Dónde había estado todo ese tiempo?, se preguntó Ramsay. Su madre blandió su nuevo bastón como si fuera el látigo de un domador de leones. Varios miembros de la banda se apartaron. El poder que tenía era bastante extraordinario. Era tan bajita que apenas se la veía y, aun así, en pocos minutos, el club se quedó en silencio, las conductas anárquicas cesaron, las armas desaparecieron y varios matones, avergonzados, agacharon la cabeza.

La banda pasó a tocar una canción que sonaba sospechosamente a Mozart. Seguro que Nellie tenía algo que decirles después. En su opinión, hasta la más leve insinuación de música clásica suponía la muerte de un club.

Un integrante del séquito del rey de Dinamarca estaba rodeándole la garganta con el brazo a un Pierrot que chillaba. Podría haber sido cualquiera de los Hackney Huns, porque todos llevaban disfraces similares, pero no importaba, los representaba a todos: era un trofeo. Con un leve gesto de la cabeza dirigido a las dos partes implicadas, Nellie indicó que tenía que entregar al Pierrot a los matones de Frazzini como sacrificio. Estos se dirigieron a la salida secreta del club con su prisionero ya condenado clamando su inocencia, como si lo llevaran al cadalso.

Fue un milagro, pero por suerte las balas no habían alcanzado a ninguno de los clientes del club, sino que se habían incrustado en el suelo, las paredes y el ya mencionado piano, además de haber explotado la mayoría de los globos, que ahora colgaban tristemente mustios del techo. A pesar de la falta de bajas, aquella había sido una mala noche para la reputación del club («Eso es decir poco», según Edith). Fue una suerte que Vivian Quinn ya se hubiera ido a The Gargoyle y que el incidente solo apareciera en su columna gracias a un testimonio de tercera mano, como mucho.

Para calmar a sus clientes, Nellie dio unas palmadas y dijo unas palabras que nunca antes se habían oído en ninguno de sus clubes: «¡Bebida gratis para todos!». El anuncio fue recibido con una gran exclamación de alegría por parte de los allí reunidos. La gente salió de debajo de las mesas y la pista de baile volvió a llenarse de juerguistas. Menuda historia iban a contar las parejas de Pinner cuando volvieran a su bonita casa de falso estilo Tudor.

Pero ese no fue el fin del drama de la noche, porque en ese momento un grito único y gutural, como el de una zorra en celo, llegó desde un rincón de la sala, el que estaba más cerca de Ramsay. No sonó lo bastante alto para que los bailarines parasen, pero sí lo suficiente para hacer que él se abriera paso a empujones entre la multitud, de nuevo alegre, para descubrir qué nuevo horror les esperaba.

Encontró a uno de los hombres de Frazzini tirado en el suelo, con una gran cantidad de sangre saliéndole de una herida en el pecho.

Varias personas lo rodearon enseguida, entre ellas Nellie y su jefe. Ramsay se fijó en que los dos se miraban de una forma significativa, pero demasiado sutil para que él pudiera interpretarla.

El resto de los Coker llegaron rápidamente al foco de la conmoción.

Se sentían atraídos hacia los problemas de forma natural.

—Necesitamos un médico —dijo Ramsay, perplejo de que nadie más hubiera expresado esa necesidad. Frazzini murmuró algo entre dientes que sonó como «Nada de polizontes» y él vio que Nellie se mordía el labio y miraba al hombre herido como si estuviera en trance. Esa inacción por su parte sorprendió a Ramsay. ¿Iba a dejar que ese hombre muriera allí, en el suelo, sin mover un dedo para ayudarlo?

Alguien recién llegado se abrió paso entre el círculo que rodeaba al herido; era una mujer. Pareció comprender la situación inmediatamente; se arrodilló junto al cuerpo inmóvil de la víctima y colocó una mano firme sobre el lugar de donde manaba la sangre, sin importarle el desastre.

—Por todos los santos, no se queden todos ahí sin hacer nada —dijo sin dirigirse a nadie en particular. Miró a Shirley y le ordenó—: Ve a la cocina y trae trapos limpios. ¡Rápido!

La chica obedeció.

—¿Cómo se llama? —preguntó la mujer. Como Frazzini no respondió, dijo con tono impaciente—: Su nombre, por favor. —Sonó como una profesora muy seria interpelando a un alumno obstinado.

—Aldo —contestó el jefe a regañadientes.

—Aldo —repitió ella, dirigiéndose al hombre herido con una voz tranquila—. Aldo, ¿me oye? Le han disparado, pero, no se preocupe, se va a poner bien.

Un murmullo muy bajo salió de los labios muy pálidos de Aldo.

Shirley volvió de la cocina con una pila de trapos y la mujer cogió uno y lo apretó contra el pecho del hombre. Se quedó casi al instante empapado en sangre y lo sustituyó por otro. Pronto ella también estaba cubierta de ella. Pero parecía no importarle.

—Necesito agua caliente y yodo. O, si no, ácido carbólico —pidió —. ¿Tienen un kit de primeros auxilios? —Se lo preguntó a Ramsay, que no tenía ni idea. ¿Lo tenían? Obviamente deberían—. Oh, por Dios… —exclamó al darse cuenta de que él no le servía—. ¿Alguien tiene unas tijeras? ¿O un cuchillo?

Betty, sin decir nada y un poco a regañadientes, sacó su navajita del bolso de fiesta de malla plateada.

—Hay que esterilizarla en agua hirviendo. ¿Puedes hacerlo? —preguntó la mujer. Levantó la vista y se fijó en Kitty, que se había puesto muy pálida. El color *du jour,* pensó Ramsay, que no podía apagar su cerebro de escritor, aunque en ese momento lo habría preferido. También había vuelto a sentir esas náuseas que llevaban toda la noche con él.

—¿Vas a vomitar? —le dijo la mujer a Kitty—. Si lo vas a hacer, apártate. —La niña, perpleja, obedeció. Había esperado lástima, no que la echaran—. Tenemos que sacarlo de aquí, apartarlo de todo este jaleo —dijo dirigiéndose a Nellie—. ¿Hay algún lugar privado?

Esta, bastante sorprendida de que alguien que no fuera ella hablara con tono de autoridad, asintió con deferencia y le señaló una de las estancias privadas.

Entonces apareció Niven y se quedó mirando el drama que tenía delante con el ceño fruncido. El club estaba muy animado cuando se fue un rato antes. ¿Qué había ocurrido?

Al verlo, la mujer dijo:

—¿Puede ayudarme a moverlo? Hay que tener cuidado. Creo que la bala le ha dañado una arteria. —Él se quedó estupefacto un momento, pero ella dijo con más fuerza—: Señor Niven, ¿puede ayudarme?

—Sí, señorita Kelling —contestó él—. Claro.

Una noche en el corazón del vicio

En The Warrender, para anunciar que era la hora de la cena, la señora Bodley tocaba un gong de bronce que había en la recepción, un gran esfuerzo por su parte. Era la señal para el inicio de la estampida de las Señoritas en Apuros, que bajaban vestidas con sus mejores galas: una colección heterogénea de ropa de noche raída que olía a alcanfor. Gwendolen decidió ponerse su viejo vestido de terciopelo para cenar, temiendo que si lucía su ropa nueva provocara críticas tácitas de la señora Bodley y una algarabía excesiva por parte de las Señoritas en Apuros.

Cenaron sopa *mulligatawny,* seguida de pastel de carne y riñones y pudin de bizcocho con mermelada acompañado de natillas para terminar. Gwendolen se preguntó si iba a poder bailar después de una cena tan contundente o incluso cerrarse alguno de sus vestidos nuevos.

Frobisher le había dado instrucciones. La iba a recoger el agente Cobb a las ocho en punto. Según el inspector, el agente era «fiable y un tipo sensato».

«Necesitará un vestido de noche, señorita Kelling. ¿Tiene alguno?» Ahora sí que lo tenía, pensó Gwendolen sacando uno de seda azul con una filigrana plateada bordada. Serviría perfectamente para su entrada en el escenario de la duplicidad y el disimulo. Era como una serpiente que mudaba su antigua piel de *tweed* y lana de bibliotecaria para cubrirse de una nueva de seda.

Se camufló los cardenales de la cara con maquillaje; solo se le veían si sabías dónde estaban. *«Maquillage»,* murmuró mirándose al espejo; una palabra preciosa para decir «ocultación». Solo su pelo se revelaba ante su renovación. Aun así el señor Niven se sorprendería si la viera ahora, pensó mientras examinaba su reflejo.

Muy optimista, había esperado poder evitar a la señora Bodley, pero cuando salió para ir a The Amethyst ella seguía de guardia.

—Hay un taxi esperándola fuera —anunció.

—¿También hay un hombre? —preguntó Gwendolen, solo para irritarla.

—Sí. Parece tener usted una cohorte de ellos, señorita Kelling.

—Soy una chica con suerte.

—Gwendolen —se presentó tendiéndole la mano al agente Cobb, que se la estrechó sin fuerza y repitió su nombre, vacilante, como si solo pronunciarlo lo pusiera en riesgo de provocar una intimidad indecorosa. Ese hombre no tenía hermanas, pensó ella. Se acordó de Niven. Era evidente que él sí que sabía de mujeres. Sospechaba que debía de tener hermanas en casa.

—¿Y su nombre es…? —preguntó—. No puedo llamarlo «agente». Creo que estropearía nuestra tapadera. Después de todo, se supone que somos pareja.

—Me llamo William —respondió de mala gana. Parecía un poco malhumorado, como si lo hubieran obligado a meterse en esa aventura de espías y agentes dobles contra su voluntad.

Al llegar a la entrada de The Amethyst, Gwendolen entrelazó su brazo con el de Cobb.

—«Abandonad toda esperanza, quienes aquí entráis», William —le dijo en voz baja cuando ambos pasaban entre los dos musculosos porteros.

—¿Cómo dices?

—Dante.

—Me temo que no me suena. —Tragó saliva nervioso y su nuez subió y bajó visiblemente. Era demasiado grande para el cuello tan delgado que tenía.

—No es de por aquí —dijo Gwendolen para hacerle sentir mejor.

¿Estaba nervioso por estar allí con ella o por la tarea que tenían por delante? Por ambas cosas, seguro.

—Vamos, William —dijo con seguridad—. Entremos con el pie derecho. *Carpe noctem!*

Lo que encontró Gwendolen en The Amethyst no fue lo que se esperaba. Era mucho más elegante que el «antro de perdición» que le había dicho Frobisher. Todo el mundo iba vestido con sus mejores galas, joyas y sedas, y muchos hombres iban de etiqueta. El guardarropa estaba hasta arriba de pieles. Por todas partes se oía la forma de hablar perfecta de las clases privilegiadas, además de unos cuantos acentos americanos y caras de diferentes tonalidades. The Amethyst parecía ser algo más que un grupo de gente pasándoselo bien. O tal vez esa era la idea de iniquidad que tenía Frobisher.

La noche empezó bastante tranquila. Después de pasar entre los porteros, tuvieron que superar una taquilla, en la que Nellie Coker era el centinela. A Gwendolen le recordó a la señora Bodley en su mostrador de recepción. Tenían la misma mirada férrea de autoridad. La reconoció tras haberla visto el día anterior por la mañana, aunque en ese momento iba ataviada con una explosión de accesorios.

Apenas se fijó en Gwendolen y su falso acompañante, pero ella se sintió examinada de todas formas («Tiene ojos en todas partes», había dicho Frobisher). La matriarca cogió el dinero de Cobb y les hizo un gesto para que avanzaran hasta la cortina de bambú. Detrás había una escalera empinada y oscura. Cuando llegaron al final los recibió una especie de lacayo sonriente que les apartó otra cortina y dijo: «Bienvenidos a The Amethyst». Parecía estar esperando una propina, pero Cobb pasó sin más por su lado; un poco maleducado, en opinión de Gwendolen. Tal vez el presupuesto que le había asignado Frobisher para esa noche no cubría esas cosas. El fantasma del cornetista apareció de improviso y le provocó una sucesión de pensamientos que desembocaron primero en la caída, después en el robo y por fin en su rescate. Niven. ¿Cómo se sentiría si fuera agarrada de su brazo y no de la extremidad poco firme del agente Cobb?

—¿Señorita Kelling? —dijo él, interrumpiendo esos pensamientos.

Los llevaron a una mesa y enseguida se acercó un camarero. Gwendolen temió que Cobb fuera abstemio (tenía cierto aire de abstinencia).

—Deberíamos pedir bebidas —le dijo en voz baja—. Alcohólicas. Si no, parecerá que estamos fuera de lugar.

Pensó que se le daba mejor eso de ir de incógnito que al agente. Pero para ella era una diversión, más o menos, mientras que para él era trabajo. Un examen, tal vez, que le había puesto Frobisher.

—Sí, deberíamos pedir —aceptó, para alivio de Gwendolen. Ella no bebía mucho, pero pensó que para pasar la noche con William Cobb tal vez necesitaría cierta cantidad de alcohol.

Les trajeron una carta de cócteles. Era tan larga como la Biblia y ninguno de los dos tenía ni la más mínima idea de lo que incluía. «Necesitamos una *Guía para viajeros inocentes»,* pensó. Empezó a leerle la carta en voz alta a Cobb. Era imposible saber qué tenían los cócteles solo con los nombres. Tenía que haber alguien que se dedicaba a tiempo completo a bautizarlos.

—¿Qué crees que será un Highwayman? —le preguntó a su acompañante—. ¿O un Sunbeam, un Mikado o un King of Britannia? ¿Qué demonios tendrá eso? ¿Tú qué crees?

—Naranja, coñac, vermú italiano y quinina —aclaró el camarero, que estaba esperando, sin dudar un segundo.

—Madre mía. ¿Y un Bloodhound, William? ¿Un Honeymoon? ¿Un Grand Desire?

Él se ruborizó. Era fácil de avergonzar.

—Para —murmuró, perdiendo la paciencia—. ¿Qué nos

recomienda? —le preguntó al camarero—. Si no, vamos a estar pensando toda la noche.

Lo que les propuso el camarero fue un Buster Brown y después desapareció para ir a buscarlo. Cobb encendió un cigarrillo y entonces se acordó de Gwendolen.

—¿Fumas?

—No, gracias.

Una vez realizado su bautismo con el consumo de su primer Buster Brown, él la sorprendió pidiendo otro enseguida. Buscando la valentía que da el alcohol, tal vez. Gwendolen no tenía ni idea de lo que llevaban los cócteles, pero tenían un sabor que parecía tan inofensivo como el cordial de flor de saúco. Animado por la bebida, Cobb accedió a salir a bailar un *two-step*. Las sandalias plateadas de ella estaban deseando unirse a otras de su clase en la pista de baile. No bailaba desde la guerra, y aunque estaba un poco oxidada por falta de práctica y Cobb parecía haber aprendido a bailar con un manual, tras un par de vueltas a la pista parecieron dejarse llevar por el swing. Cuando él logró superar su reticencia a tener cierto contacto físico con ella (o con cualquier mujer, sospechaba Gwendolen), pareció que se lo estaba pasando bien incluso.

El club estaba a reventar. Con cierta culpabilidad, recordó el propósito de su visita al club (se le había olvidado por completo): encontrar a las ovejas descarriadas. Pero allí, para sorpresa de nadie, no estaban ni Freda ni Florence, solo chicas guapas y sonrientes que estaban haciendo aquello para lo que las contrataban, que era bailar con cualquiera que pagara su precio. No se podía decir que fueran estrictamente «mujeres», pero sin duda su vida era alegre.

Al parecer los Buster Brown no eran tan inocentes como parecían al saborearlos y de repente Gwendolen empezó a sentirse un poco mareada; estaba a punto de sugerirle a Cobb que volvieran a su mesa cuando se produjo un alboroto tremendo, seguido del inconfundible sonido del disparo de un arma, que tuvo el llamativo efecto de sorprender tanto a todos que la bulliciosa sala se quedó en completo silencio.

Gwendolen vio que varios hombres sacaban armas e, impulsada por lo que acababa de ver, agarró a Cobb, petrificado, por el brazo, lo arrastró a un lado de la sala y tiró de él para que se agachara. Si estaban disparando, lo mejor era quitarse del medio para no convertirse en un objetivo. Al tiro solitario lo siguió, inmediatamente después, una andanada. Fue como si de repente estuvieran en medio de una novela del Oeste de Zane Gray, pensó Gwendolen (el señor

Pollock también perdió la discusión sobre ese escritor y lo que era popular). O de la guerra, claro.

El conflicto terminó tan rápido que estuvo a punto de creer que los cócteles le habían causado alucinaciones. La banda no había dejado de tocar, nadie parecía estar herido y en pocos segundos la gente salió de su escondite y se puso a bailar otra vez. Gwendolen se giró para mirar a Cobb. Le pareció un buen momento para irse. No había encontrado a las ovejitas, pero al menos tenía algo que contarle a Frobisher. No quería decepcionarlo apareciendo con las manos vacías el lunes por la mañana en Bow Street. Para su sorpresa, vio que Cobb parecía haber llegado a la misma conclusión ¡y la había abandonado! Antes de que Gwendolen tuviera tiempo para digerir ese detalle tan sorprendente, oyó un grito de dolor. Parecía que sí que habían herido a alguien. Supuso que debería intentar ayudar; después de todo, si sabía de algo, era de heridas de bala.

—¿Siempre son las veladas tan animadas en The Amethyst? —le preguntó Gwendolen a Niven cuando la llevó de vuelta a Knightsbridge a altas horas de la madrugada del domingo.

Él soltó una carcajada.

—No, lo de esta noche ha sido una anomalía.

«Una palabra muy culta», pensó ella. No era que pensara que fuera un inculto, pero era un Coker, y la reputación de la familia, según todo el mundo, estaba tan manchada por todo tipo de blasfemias que esperaba que su conducta fuera la propia de unos patanes. Se enfadó consigo misma por su esnobismo.

Él continuó diciendo que por norma general era un sitio en el que había buen ambiente, adonde iba la gente a pasárselo bien y a gastarse el dinero.

—A buscar diversión —añadió, mirándola para evaluar el efecto que esa palabra tenía sobre ella, como si se tratara de la típica tía solterona.

—La diversión no tiene nada de malo —dijo Gwendolen.

Ella había disfrutado, brevemente al menos, de estar en una sala llena de gente que bailaba como derviches en pleno trance en medio de un mar de alcohol. Y tenía que admitir que había disfrutado del baile, de los cócteles y de atormentar al agente Cobb. Incluso se sentía satisfecha por haber asistido a un hombre al borde de la muerte, pero eso era algo que mejor se guardaba para ella. Lo cierto era que se había encontrado más cómoda consigo misma de lo que se había sentido en mucho tiempo.

¿Y qué consideraría diversión Niven?, se preguntó.

—La diversión está sobrevalorada —dijo él con desdén, como si ella hubiera hecho la pregunta en voz alta—. Aunque sospecho que esa es la idea que tienen esos matones de divertirse. Mi madre no tolera la violencia en el club —añadió—. Es mala para el negocio y el negocio es lo primordial para ella. —Gwendolen necesitó un momento para recordar que con «mi madre» se refería a Nellie Coker; la verdad era que ella no parecía la madre de nadie. Y Niven tampoco daba la imagen de ser el hijo de nadie. Algunas personas parecían completas por sí mismas, como si hubieran nacido de la tierra o el océano, al igual que algunos dioses. Y eso no era un halago. Los dioses eran implacablemente indiferentes hacia la humanidad.

Había sido un descubrimiento inesperado, por decirlo de alguna forma, enterarse de que él era un Coker. Niven era su nombre de pila, no su apellido; eso era lo que la había confundido. Qué coincidencia más curiosa que el hombre que la había recogido en la acera de Regent Street dos días atrás y el que se había mantenido impertérrito a la hora de intentar salvar la vida de alguien esa noche fueran el mismo.

Tras dejar descansar a Aldo sobre una mesa con caballete que habían sacado de alguna parte, Niven la cubrió con su abrigo y le dijo:

—La llevaré a casa.

—Le voy a estropear el abrigo, porque estoy cubierta de sangre —comentó Gwendolen, consciente de lo cara que parecía la prenda.

—Ya me compraré otro —respondió él.

—¿Y también se va a comprar otro coche? —preguntó ella mientras se sentaba con cuidado sobre el cuero de color crema de su espléndido vehículo.

Él rio y dijo:

—Mejor no. Ha sangrado mucho, ¿verdad? Pobre cabrón —añadió.

No se excusó por usar ese lenguaje, y eso le gustó a Gwendolen. Había notado cierta camaradería entre ellos mientras atendían al hombre herido. Los dos habían visto cosas peores.

Recorrieron Piccadilly en dirección a Hyde Park Corner. Eran casi las tres de la madrugada y las calles estaban desiertas. Ella supuso que los Coker eran criaturas nocturnas, habituadas a ver el amanecer. Londres parecía renovado por el aire de la noche y ella se sintió eufórica de una forma extraña. Miró a Niven; su perfil era sospechosamente atractivo.

—Se me ha quedado mirando —dijo él sin apartar la vista de la carretera.

—No es cierto —aseguró ella, y se apresuró a cambiar de tema—. ¿Cómo ha empezado? ¿Cuál ha sido el catalizador de la pelea? Yo no

he visto nada.

—Una tontería y nada en realidad. Estas bandas se acaloran muy rápido. Su pareja parece que la ha abandonado ante la primera señal de peligro. No ha sido muy caballeroso por su parte. ¿Con quién bailaba?

—Con un hombre —contestó Gwendolen—. Bailaba con uno cualquiera. Ni siquiera sé su nombre.

Él sonrió.

—¿Así que ha ido usted a The Amethyst sola y se ha puesto a bailar con un desconocido? Normalmente solo mujeres con mala reputación van a los clubes solas y bailan con extraños. Y usted no me parece una de ellas. Si no recuerdo mal, el otro día me dijo que era bibliotecaria.

—He venido a Londres por una amiga —explicó—. Para buscar a su hermana y una amiga de esta.

—¿Tiene una misión, entonces? —comentó él.

¿Estaba siendo sarcástico? Era difícil saberlo en su caso.

—Y ese hombre —prosiguió Niven—, el desconocido con el que bailaba, ¿la está ayudando con su misión?

Gwendolen se revolvió por culpa de ese interrogatorio. ¿Cómo le iba a explicar lo del agente Cobb, tanto su aparición como su desaparición? Pero, para su gran alivio, llegaron a The Warrender. Aparcó delante de la pensión y Niven apagó el motor.

—Va a tener problemas con la madre superiora porque regresa después del toque de queda —dijo.

—Está usted convencido de que esto es un convento.

—Podría dejarla en el Savoy mejor, no está lejos. Allí me conocen. Yo me hago cargo de la cuenta, por supuesto. Por los inconvenientes que le hemos causado.

The Warrender resultaba bastante poco acogedor. El edificio estaba totalmente a oscuras, ni siquiera había una luz para iluminar el porche.

—Aquí estoy bien —contestó ella con seguridad.

Él se encogió de hombros, como si le diera igual en realidad. Pero qué irritante era… Se bajó del coche y le abrió la puerta para que saliera.

—¿Fue usted quien recuperó mi bolso? —preguntó Gwendolen—. Tuvo que ser usted —añadió, sin esperar su confirmación—. ¿Cómo lo encontró?

—Digamos que conozco a mucha gente.

—¿A ladronas?

—¿No roba todo el mundo hoy en día?

—¡No!

—Pero qué vida más virtuosa ha debido de llevar usted.

—Hace que eso parezca un insulto. —Se quitó el abrigo con el que se cubría los hombros y se lo devolvió—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Ya había empezado a subir los escalones de The Warrender cuando se dio cuenta de que no tenía llave de la puerta principal. Y no había nadie para abrir de noche; la señora Bodley se lo había dejado muy claro (se esforzaba por dejarle claras muchas cosas). Por ella, la levantaría de la cama. Oh, Dios mío, pero qué idea. ¿Qué pensaría la mujer de su estado, desaliñada y cubierta de sangre? Debía de parecer que había asesinado a alguien. Tal vez le impidiera la entrada y la dejara en la calle como una pordiosera. Miró a Niven, que seguía de pie en la acera, y se encogió de hombros con impotencia. Él rio al verla en esa situación y volvió a abrirle la puerta del coche.

—¿Vamos al Savoy entonces, señorita Kelling? —preguntó.

Gracias a Dios que había aceptado, la verdad, porque en The Warrender el baño estaba al final del pasillo y después habría tenido que pasarse lo que quedaba de noche limpiando la sangre de la bañera, aparte de oír a la mañana siguiente lo que tuviera que decirle la señora Bodley por haberse dado un baño de madrugada. Las tuberías de The Warrender hacían un ruido alarmantemente alto y seguro que habrían despertado a las Señoritas en Apuros, que, según la propietaria, tenían el sueño muy ligero. La alternativa aún menos atractiva habría sido asearse en su cuarto con una esponja y el agua fría del lavamanos.

A diferencia de eso, su habitación en el Savoy contaba con el lujo de un baño incorporado con un suministro continuo de agua caliente, y, si dejaba rastros de sangre de un miembro de una banda londinense, la camarera de piso ni siquiera se inmutaría. A diferencia de lo que pasaba en The Warrender, seguro que los grandes hoteles de Londres permitían las indiscreciones. ¿No pagaba la gente por eso, después de todo?

Gwendolen se miró en el espejo de pie de la habitación del hotel. ¡Pero qué desastre! Seguro que las mujeres troyanas, después del saqueo de su ciudad, estaban más presentables. Su precioso vestido nuevo, que solo había tenido durante unas horas (¡pero qué horas!), estaba destrozado y no tenía salvación. La delicada seda azul (que antes era del color del cielo de verano) ya no era más que un trapo húmedo y escarlata. Lo mismo pasaba con la enagua, que estaba empapada con la sangre de ese pobre hombre. Las preciosas sandalias plateadas, dignas de una princesa de Arcadia, estaban para tirarlas. Se

quitó la ropa sucia y la metió en la cesta de la colada de mimbre que había en el baño. Tal vez debería dejarle una buena propina a la camarera de piso. A la ropa le siguieron las sandalias con las que había bailado toda la noche y que tampoco tenían salvación. «¿Con quién bailaba?»

¿Pero qué le había pasado al agente Cobb? «Su pareja parece que la ha abandonado ante la primera señal de peligro.» Niven tenían razón, ese no era un comportamiento propio de un caballero. Gwendolen supuso que Cobb se había muerto de miedo o, la explicación más generosa, que había creído que era mejor que no se descubriera su «tapadera» y había ido corriendo a informar a Frobisher. O tal vez solo quería evitar pagar la cuenta al final de la noche.

El hombre (Aldo), gracias a Dios, no había muerto. Al menos no mientras ella lo estaba atendiendo, pero después se lo habían llevado sus compañeros en un coche. Estaban al mando de un hombre bajo y bien vestido que parecía completamente indiferente al destino que corriera Aldo. Había oído que Nellie lo llamaba Luca. Frobisher le había dicho que The Amethyst estaba lleno de criminales, y Frazzini y sus hombres parecían encajar a la perfección en esa categoría, aunque se habían comportado de forma decente con Gwendolen. Les había hecho prometer que llevarían a su compañero a un hospital, aunque lo dejaran en la puerta y después se fueran. Parecía que la mayoría de ellos había estado en la guerra y un par, como era obvio, había visto el interior de un hospital de campaña. Reconocieron enseguida que había sido enfermera y ella se dio cuenta inmediatamente de que ellos habían servido como soldados. Con suerte, no dejarían a Aldo en una cuneta («Perdón, hermana… Perdón, hermana… Perdón, hermana»). Aunque nunca se podía predecir cómo iban a acabar las cosas.

Después del baño (una maravilla), se dejó caer en la cama, que tenía unas exquisitas sábanas gruesas, mucho más agradables que las de The Warrender. Iba a dormir desnuda por primera vez en su vida. Era una especie de transgresión. ¿Qué demonios se iba a poner por la mañana? Supuso que el Savoy era uno de esos sitios donde les puedes pedir que vayan a comprarte cualquier cosa. Seguro que habían recibido muchas peticiones extrañas. La alternativa era recorrer el Strand desnuda hasta Knightsbridge, como lady Godiva, aunque sin el caballo. Y sin la leve cobertura del pelo. Eso sí que sería transgresor. Y seguramente provocaría que la arrestaran. Pero Frobisher aparecería para liberarla. Solo pensar en presentarse desnuda ante Frobisher le hizo sentir un extraño calor, y agradeció que él no fuera capaz de leerle los pensamientos.

Cerró los ojos, pensando que tal vez tardaría mucho en dormirse

tras una noche tan llena de emociones, pero antes de que acabara de formar ese pensamiento se quedó sumida en una serena inconsciencia.

Guardar el *sabbat*

—No veo nada de la pelea —comentó Betty.

Hojeaba entre bostezo y bostezo los periódicos del domingo, una importante pila que entregaban en Hanover Terrace todas las semanas. Estaba buscando cualquier cosa que apareciera en las columnas de cotilleos sobre el incidente de la noche del sábado en The Amethyst.

Los domingos eran letárgicos en casa de los Coker, porque era el día en que todos desconectaban del loco tiovivo que no paraba de girar que eran sus respectivas vidas, porque incluso los clubes nocturnos necesitaban un día de descanso.

—No entiendo por qué —protestaba Nellie—. El British Museum abre los domingos, ¿por qué no podemos abrir nosotros?

—No es lo mismo, Mamaíta —contestaba Shirley.

—Estar abierto es estar abierto —contradecía aquella—. Y estar cerrado es estar cerrado. —Una frase que no tenía ni el más mínimo sentido.

—No me puedo creer que no haya llegado a la prensa —insistió Betty.

Dejó los periódicos a un lado y se puso a vaciar el contenido de un huevo pasado por agua con una cucharilla. Había tenido que cocérselo ella misma, porque la cocinera insistía en tener libres los domingos. Ellos casi nunca se molestaban en hacer una comida especial ese día, como otras familias *(«le rosbif»,* decía Nellie con desdén). Ese plato era para los barrios residenciales, para las parejas de Pinner, no para los Coker. Si querían rosbif, podían ir a un restaurante, decía. Tampoco iban a misa los domingos, obviamente. Los Coker eran paganos, aunque la matriarca tenía intención de que le dieran la extremaunción cuando llegara su final, con la esperanza de que eso borrara sus muchos pecados.

—Creía que Vivian Quinn estuvo en el club anoche —comentó Shirley—. ¿De verdad no hay nada en su columna?

—No, solo habla del nuevo The Gargoyle, gracias a Dios.

—¿Quién estaba allí?

—Noël Coward, Virginia Woolf, los Guinness, los Rothschild… Todo el mundo, básicamente. Pero la novedad pasará pronto. Siempre

ocurre. Tienen un comedor inspirado en la Alhambra, al parecer. A Mamaíta no le va gustar. Siempre ha querido tener algo de aire árabe.

—«Ni todos los perfumes de Arabia…» —comentó Shirley.

—«… salvarían esta pequeña mano.» —concluyó la cita Betty.

—¿Creéis que Mamaíta tiene las manos manchadas de sangre? —preguntó Shirley con calma, como si acabara de decir: «¿Creéis que Mamaíta ha ido alguna vez a Broadstairs?».

—¿Hablas de asesinato?

—¿Asesinato? —repitió Kitty, que estaba encaramada en el asiento de la ventana, desde donde vigilaba al hombre del jardín. Había vuelto. Ella lo sentía como algo de su propiedad, en cierto modo. Pensó en ir corriendo y preguntarle qué quería. ¿A ella? Era más fácil que fuera a por Shirley, a quien acosaban los admiradores.

—Creo que no sería capaz —contestó Betty.

—¿De cometer un asesinato? —insistió Kitty.

—Tú siempre crees que no sería capaz de nada.

—¿De cometer un asesinato? —volvió a decir la niña, que habría estado repitiéndolo indefinidamente si Betty no le hubiera tirado la cucharilla del huevo, que se estrelló de lleno contra su frente.

No había señal de Nellie ni de Edith, pero se oía a Ramsay aporreando las teclas de la Remington arriba.

—Está trabajando en la tipografía —explicó Shirley.

—Muy inteligente —dijo Betty.

Esta pasó a comerse una manzana, cortándola con su navajita de plata. Comía mucha fruta, sobre todo si podía utilizar la navaja con ella. Las uvas no le interesaban.

—¿Hemos descubierto algo más sobre esa mujer? —preguntó Shirley—. ¿La que salió de la nada y salvó al hombre de Frazzini? Es curioso que Niven sí la conociera. Cuando la vio dijo «señorita Kelling» y se puso muy raro. Estaba cubierta de sangre. Me recordó a Medea.

—Ah, ¿sí?

—O a cualquiera de las griegas. Siempre acaban llenas de sangre.

Betty no había pensado en las mujeres griegas, sino en la tragedia que había supuesto para el bonito vestido azul. Era de Liberty. Lo había reconocido. Estuvo a punto de comprárselo ella.

—¿Llegó a salvarlo al final? —preguntó.

—Estaba vivo cuando se lo llevaron, creo.

—Se llama Gwendolen —aportó Kitty.

—¡Dios santo, Kitty ha encontrado un nuevo ídolo! —exclamó Betty.

—¿Cómo sabes que se llama así? —quiso saber Shirley,

sorprendida.

—Se lo pregunté —contestó Kitty, encogiéndose de hombros.

No había encontrado un ídolo, sino una heroína, porque tal vez ella necesitara que la salvaran de un secuestro alguna otra vez. Tal vez del hombre que había fuera, el de los zapatos de dos colores. Ya se había aburrido de él y dejó su puesto de vigilancia para untarse mantequilla en otra tostada.

—¿Crees que puede ser la mujer que viste en el coche de Niven en el semáforo, la que se llevó a dar un vuelta? —le preguntó Shirley a Betty.

—No parecía de ese tipo. Más bien una solterona que alguien a quien llevarse a dar una vuelta.

—Buena observación.

Betty no temía por el herido, sino por su navajita. Le preocupaba que la utilizara para sacar la bala y se sintió aliviada cuando la usó para partir un mantel en trozos y hacer vendas. El proyectil se quedó alojado en el pecho del hombre.

La larga tira de piel de manzana en espiral colgaba en el aire, intacta. Betty la tiró por encima del hombro y Shirley y ella la examinaron cuando cayó sobre la alfombra como si fueran arúspices del Mundo Antiguo, intentando encontrar el significado en unas entrañas.

—Creo que es una C —dijo Shirley.

—Podría ser una Q —contradijo Betty—. ¿Conozco a alguien que tenga un nombre que empiece por Q? ¿Algún Quentin?

—No, pero sí varios nombres con C. Charles, el heredero de Brighouse, y Clemente, el estadounidense del petróleo.

Oyeron que se abría y cerraba la puerta principal. Era Niven.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —preguntó mientras se arrodillaba para saludar a Keeper rascándole las orejas. El perro se mostró encantado.

—Buscando la inicial del hombre con el que Betty se va a casar —dijo Shirley.

—Qué racionales —comentó Niven.

Le dio la piel de manzana a Keeper antes de que sacaran una conclusión definitiva sobre el potencial novio.

—¿Dónde has estado? —preguntó Shirley.

—¿Y adónde vas? —quiso saber Betty.

Él chasqueó los dedos para que Keeper lo siguiera y salieron de la habitación. Ignoró ambas preguntas.

—¿Deberíamos prepararle un huevo a Edith y subírselo? ¿O una tostada? No es propio de ella quedarse en la cama tanto rato.

En la casa había una tostadora eléctrica muy ornamentada. En la cocina de Hanover Terrace tenían los inventos más novedosos, y al parecer la mayoría de ellos querían matar a Nellie. Las bombillas eléctricas suponían el límite para ella en lo que a electricidad respectaba.

Betty se levantó de la mesa y dijo con tono heroico:

—Ya lo hago yo.

—Qué amable —dijo Shirley.

—Claro que sí.

«Sí, soy una hermana muy considerada», pensó Betty cuando llamó a la puerta de la enferma, con un plato en la mano. Y tuvo que volver a llamar. Abrió despacio; Edith mordía si la agobiabas, pero en ese momento su hermana había quedado reducida a un triste montón de sábanas.

—Vete —gimió cuando Betty le ofreció una tostada—. Y métete la tostada donde te quepa.

—Está enferma —le dijo a Shirley cuando volvió—. Con todo lo que me he esmerado para prepararle una tostada…

Una visita masculina

Niven paseó por el Embankment. Era una de esas agradables tardes de domingo de primavera que parecían suplicar que dejara su coche y se fuera a pasear con el perro.

El resto de la familia veía dureza en él. Y les resultaba extrañamente atractiva, tal vez por la novedad. Los Coker no eran duros ni tampoco tenían fuerza de voluntad. ¿Sería era dureza una forma de coraje? Durante la guerra Niven había corrido bajo un denso fuego de artillería para rescatar a un hombre herido y después había vuelto a la carrera a la trinchera con el tipo colgado sobre los hombros. Y lo volvió a hacer, aunque en ese momento él también estaba herido, pero lo hizo porque se trataba de muchachos que acababan de abandonar la infancia, aunque uno era su oficial al mando, y Niven no creía que se merecieran perder la vida porque esos desgraciados estúpidos y locos del Gobierno pensaran que la guerra era buena y necesaria. Y además se lo dijo con esas palabras al teniente coronel que le estaba poniendo una medalla en el pecho, así que al final acabó con una acusación de insubordinación. Tal vez eso era insensatez, no coraje.

No sabía si era por insensatez o por coraje por lo que esa bonita tarde estaba paseando por la ciudad y pensando en una mujer mientras se preguntaba si habría sido mejor para todos (para ella y para él) que no la hubiera vuelto a ver, sin saber que en ese momento ella estaba tomándose un té con su madre en la polvorienta tranquilidad del *sabbat* en The Crystal Cup.

Niven se preguntó si Gwendolen Kelling había disfrutado de su breve estancia en el Savoy a su costa. Le había pagado una *suite* elegante, desde la que se veía el Támesis y medio Londres, y había distribuido suficientes generosas propinas entre el personal para asegurarse de que la atendieran bien. Supuso que las bibliotecarias de Yorkshire normalmente no se alojaban en *suites* caras en el Savoy. Se imaginó que ella se sentiría en deuda con él. Nunca le había hecho tantos favores a una mujer como a Gwendolen Kelling esos últimos días.

Primero había creído que ella era de ese tipo de mujer tímida y nerviosa, tal vez confundido por su alojamiento «solo para mujeres»,

el ataque en Regent Street, su ropa desgastada… Pero la noche anterior la había visto en acción bajo el fuego, creciéndose en el fragor del momento. Tenía un corazón de acero. Y él no podía evitar admirarla por ello.

Había recogido unas flores silvestres de las orillas del canal porque pensó que transmitían un mensaje mejor que las de invernadero que sus hermanas recibían continuamente. Niven no tenía costumbre de enviar flores; de hecho, no recordaba así de pronto ninguna vez que le hubiera regalado un ramo a una mujer. Tal vez a su madre en una ocasión, mucho tiempo atrás, cuando era pequeño. Pero, si no recordaba mal, ella se mostró indiferente. Nellie había criado a sus hijos sin sentimentalismos. Decía que eso era un regalo que les había hecho.

—¿Sí, puedo ayudarlo? —dijo la señora Bodley, aunque quería decir lo contrario.

Niven ya la había visto cuando fue a devolver el bolso de Gwendolen. Entonces le pareció que no dudaría en iniciar hostilidades, pero en ese momento parecía predispuesta a expulsar a cualquier invasor. Evidentemente, los hombres no eran bienvenidos en The Warrender.

Se quitó el sombrero.

—Vengo a ver a la señorita Kelling.

—Me temo que salió hace una media hora.

Claro que había salido, se dijo Niven. ¿Por qué se iba a quedar en ese lugar agobiante con un día tan agradable? Seguro que habría ido a pasear por alguno de los parques. Tal vez acompañada del hombre que la había dejado tirada en el club la noche anterior.

—No tengo ni idea de adónde ha ido. Eso no es asunto mío —aclaró la señora Bodley—. La señorita Kelling está continuamente entrando y saliendo. ¿Esas flores son para ella? —preguntó, mirando con una mueca el ramo destartalado que llevaba en la mano. Las flores le habían parecido un gesto romántico cuando las cogió, pero de repente solo vio unos hierbajos medio mustios—. ¿Quiere que las ponga en un jarrón?

—No, gracias.

—¿Quién le digo que ha venido a verla?

—Nadie —respondió Niven.

—Veo que insiste en el anonimato. Pues debe saber que no es la primera visita masculina que recibe hoy.

—Ah, ¿en serio? —exclamó él, fingiendo indiferencia. El desertor, seguro.

—Es una mujer muy popular, la señorita Kelling —dejó caer la señora Bodley.

Evidentemente, estaba intentando fastidiarlo y lo había conseguido.

—Olvide que he venido —le dijo Niven; se giró y bajó las escaleras corriendo. «Vieja remilgada», pensó, y tiró el humillante ramo de flores a un sótano húmedo y lleno de moho de una casa vecina. ¿Pero en qué demonios estaba pensando cuando decidió ir a cortejar a Gwendolen Kelling? Gracias a Dios que no estaba en casa. Eso lo había salvado de su propia estupidez.

En el camino de vuelta cruzando la ciudad, pensó en pasar por el Savoy para comprobar que estaba todo en orden. Tal vez Gwendolen Kelling todavía estaba allí, aprovechando el lujo de la *suite* que él había pagado, pensó. Podría invitarla a una comida tardía en The Grill (aparentemente, la estupidez había regresado). Tal vez podrían hablar de la guerra. Desde que el conflicto estaba empezando a desvanecerse en el interior de los libros de historia, Niven se dio cada vez más cuenta de que él no quería olvidar. Gwendolen Kelling parecía una persona que podía comprender su necesidad de recordar.

Cuando el portero que había a la entrada del hotel lo vio avanzando por Savoy Court hacia donde él estaba, se irguió y lo saludó con deferencia, como hacían habitualmente los porteros: «Buenos días, señor Coker».

Había un hombre charlando de nada en particular con él, pasando un rato ocioso de domingo, pero giró la cabeza enseguida cuando oyó el apellido Coker. Era de esos tipos sin un ápice de vergüenza: muy delgado, con un traje barato y pinta de extranjero. Niven había visto marrulleros de ese estilo en el ejército. Llevaba zapatos deportivos de dos colores, como si estuviera en el campo de golf, aunque tenía más pinta de *caddie* que de jugador. Él llevaba zapatos hechos a mano (unos *oxford* de cuero de becerro) y detestaba el golf. Keeper, que tenía muy buen ojo para el carácter de las personas, gruñó bajito. El hombre se tocó el ala del sombrero para saludarlo y se fue hacia el Strand. Algo en él hizo que se le erizara el vello a Niven.

Sí, todo estaba en orden con la cuenta de la señorita Kelling, le confirmó el empleado de turno en la recepción cuando fue a preguntar. De hecho, había insistido en pagar ella la cuenta cuando se fue. ¿Era demasiado orgullosa para aceptar la caridad? Si Niven hubiera sabido que iba a rechazar su oferta de pagarle la habitación, la habría llevado a uno más asequible. Allá ella. De repente le provocó un sentimiento de frialdad, cuando unos momentos atrás estaba deseando abrirle su alma. Se había librado por poco, una vez más, y la

locura se había desvanecido.

El portero lo saludó de nuevo cuando salió. ¿Cómo se llamaba el hombre que estaba merodeando por allí cuando entró en el hotel? A Niven le gustaba tener un nombre para identificar a las personas. Ya había visto suficientes hombres anónimos en el campo de batalla de Flandes.

Cuando preguntó, se produjo el intercambio habitual. El portero lo miró con cara inexpresiva y dijo:

—¿A qué hombre se refiere, señor?

Niven sacó el chelín de costumbre de su bolsillo y, con un gesto muy teatral, el portero se acordó de repente.

—Oh, quiere decir el señor Landor —contestó—. Un caballero húngaro, creo.

Interrumpió la conversación un policía de uniforme que pasó por la esquina de la calle con ese paso tan irritantemente lento que adoptan los agentes de patrulla. Se quedó mirando a Niven y se tocó el ala del casco para saludar al portero. Este respondió de forma casi imperceptible y esperó hasta que el sargento siguió su camino por el Strand para continuar su conversación.

—A ese tipo lo llaman The Laughing Policeman —comentó—. Por la canción, ¿sabe? —Niven ignoró esa información que no había solicitado.

Otro chelín le proporcionó la respuesta a por qué Landor andaba merodeando por el hotel.

—Preguntaba por uno de los huéspedes —aclaró el portero—. Naturalmente, yo no le ha dado ninguna información. La privacidad de los huéspedes es sagrada.

¿Sagrada hasta qué punto?, se preguntó él. Sacó otra moneda.

—¿Y qué era lo que estaba preguntando?

—Quería un nombre.

Niven se había quedado sin cambio. De mala gana sacó un billete de cinco chelines.

—¿Y se lo ha dado?

El portero lo negó, indignado. Otro billete le quitó importancia a la afrenta. Diez chelines le consiguieron el nombre del huésped. A ese paso, el portero iba a retirarse y él se iba a quedar sin blanca.

—Una tal señorita Kelling —admitió por fin, con los bolsillos repletos—. Estaba preguntando por la señorita Gwendolen Kelling.

Niven cogió un taxi. De repente el día había perdido todo su encanto. No dejó de fruncir el ceño durante todo el trayecto hasta Hanover Terrace. ¿Por qué demonios ese tal Landor estaba espiando a

Gwendolen Kelling? ¿Era la «señorita Kelling» en realidad una bibliotecaria de provincias (una tapadera excelente), o alguien a quien habían encargado infiltrarse entre los Coker? ¿Se lo habría encargado Azzopardi tal vez? ¿O Maddox? Si fuera así, parecía haber tenido éxito, porque había embaucado incluso a su astuta madre. Pero seguía sin saber por qué Landor tenía interés en ella. ¿Estaba Gwendolen Kelling en peligro? A Niven le sorprendió cuánto le preocupaba esa posibilidad.

Otra visita masculina

El domingo estaba resultando ser un día especialmente difícil en Ealing, porque habría sido el cumpleaños de la niña que Lottie perdió durante la guerra. A Frobisher se le había olvidado hasta que se lo recordó. Supuso que eso explicaba lo de la morfina.

«Elle aurait eu douze ans», no dejaba de repetir su mujer mientras deambulaba de una habitación a otra como si fuera a encontrar a la niña en algún lugar de la casa. Lottie no tenía nada de ella, ni un rizo de pelo ni una fotografía, ni un jirón de su traje de bautismo o de un chal. A veces Frobisher se preguntaba si esa niña había existido de verdad. Imaginaria o real, se llamaba Manon y, según Lottie, había desaparecido junto con el pueblo en el que vivían durante la guerra.

Se había despertado temprano esa mañana al oír a su mujer, distraída, recorriendo la casa y repitiendo el nombre de la niña, convencida por alguna razón de que la niña estaba escondida en un armario o detrás de un mueble. «¿Es que no la oyes cómo me llama? *"Maman, maman"*. Me parte el corazón.» Esas alucinaciones (no era la primera vez que pasaba eso) le asustaban. ¿Y si algún día se perdía en ellas por completo?

Al final consiguió convencerla de que volviera a la cama y fue a buscar el Luminal y le dio una cucharada del medicamento. En ese estado, no sería difícil convencerla de que se tomara todo el frasco. Mucho mejor, seguro, que la muerte lenta que ella estaba intentando provocarse; muerte del alma al menos, si no del cuerpo. El alma de ella y la de Frobisher. Le puso el tapón al frasco y lo colocó de nuevo en el estante más alto de la cocina, donde lo guardaba, como si su mujer fuera un niño o un perro y hubiera que ponerlo donde ella no llegara, cuando lo único que necesitaba era subirse a una silla para encontrar alivio.

Pronto empezó a adormilarse y él la dejó en la cama durmiendo y decidió que le vendría bien pasarse por Knightsbridge para ver qué tal le había ido a la señorita Kelling en The Amethyst, en vez de esperar al día siguiente a que le diera su «informe», como ella lo llamaba. No esperaba que hubiera encontrado a las chicas que buscaba, pero tal vez había visto algo raro en el club, algo que tuviera alguna utilidad para él. Hacer una visita a The Warrender era un asunto policial

legítimo, se convenció. Era un argumento engañoso y él lo sabía. Lo que quería era ver a la señorita Kelling y el respiro que le suponía su compañía.

Ella no estaba en The Warrender y la arpía de la puerta lo echó con cajas destempladas, así que se pasó una hora en Hyde Park, creyendo que tal vez se la encontraría allí, entre la multitud que se juntaba el fin de semana, pero la única persona conocida a la que vio fue Niven Coker, paseando con su perro como si no tuviera ni la más mínima preocupación en su vida. Frobisher no se imaginaba cómo sería vivir de esa forma tan desahogada.

La señorita Kelling estaba resultando ser tan escurridiza como una ninfa del bosque. Pero no lo era, se recordó él. Tenía que refrenar su imaginación. Lo mejor sería que abandonara ese agradable sol y volviera con Lottie, a sufrir con ella.

Nigromancia

Gwendolen se despertó con un rayo de sol que se colaba por una abertura en las cortinas. No tenía ni idea de dónde estaba, pero había un reloj junto a la cama. ¡Eran casi las diez!

Se dio cuenta de que la había despertado un golpe en la puerta, pero, antes de decir con voz áspera: «Adelante», la puerta se abrió y entró una camarera con una enorme bandeja y la saludó con alegría:

—Buenos días, señorita. ¿Ha dormido usted bien?

Gwendolen se sentó bruscamente, abrazando la sábana para cubrirse por pudor.

—Creo que no he pedido el desayuno —dijo.

La camarera le hizo una leve reverencia.

—Cortesía del hotel, señorita. —Y salió enseguida antes de que Gwendolen le preguntara nada más.

Una cafetera de plata llena de café, una jarrita de leche, panecillos calientes con mantequilla pálida, un platito de mermelada ácida de lima y, bajo una impresionante campana plateada, una tortilla perfecta, esponjosa y con trocitos de abadejo ahumado. Solo una semana antes desayunaba tostadas con mermelada de moras del cementerio de York, que crecían gracias al abono que proporcionaban los muertos. Su madre, que desde hacía poco yacía en esa misma tierra, ya estaría sirviendo de abono para ellas. Sin duda no le gustaría nada estar haciendo esa contribución.

Gwendolen se preguntó cuánto le duraría el dinero si se mudaba a un buen hotel y se dedicaba a vivir como una sibarita. Poco, seguro. ¿No era así como te tentaba el diablo? Ibas de acá para allá en un Hispano-Suiza y ya dejaba de parecerte bien la idea de volver a coger un ómnibus. Probabas el faisán (o una tortilla Arnold Bennett perfecta) y se te caía el alma a los pies solo de pensar en volver a comer cordero hervido. Gwendolen podía haber seguido con esa lista indefinidamente basándose en su experiencia de los últimos años. Había tenido que hervir mucho cordero desde la guerra.

Ni se le habría ocurrido ir a un sitio así si no hubiera sido por Niven. ¿Qué era lo que le había dicho Frobisher? «Es fácil dejarse seducir por esa gente.»

Resultó que el Savoy no solo era el tipo de sitio que podía enviar a alguien a una tienda en tu nombre, sino que también era capaz de convencer a cualquier tienda de que infringiera la ley que prohibía abrir en domingo y lo hiciera solo para ti. Gwendolen le dio sus medidas a una gobernanta uniformada muy amable, que tendría la misma edad que ella, que después fue a Swan and Edgar y le compró un atuendo completo, de sombrero a zapatos, con todas las capas necesarias en medio. La mujer no preguntó nada y ella tampoco le dio ninguna explicación. Los ricos vivían bajo unas normas diferentes, supuso. Gwendolen estaba empezando a darse cuenta de que a la gente de Londres no le importaba nada lo que hicieras, sobre todo si tenías dinero. «En esta ciudad las leyes están para infringirlas», había dicho Azzopardi.

—¿Cuánto ha costado? —le preguntó a la gobernanta cuando ella le trajo la ropa nueva.

—Puede pagarlo junto con su cuenta, señora —contestó ella.

Ya era más de mediodía cuando Gwendolen (de mala gana) se dispuso a dejar el hotel, pero cuando fue a pagar el recepcionista le dijo:

—El caballero se ha ocupado de su cuenta, señora.

—¿Y la factura de Swan and Edgar?

—También, señora. Está todo pagado.

¿Quería estar en deuda con Niven? ¿O con cualquiera de los Coker? Por un lado, en última instancia habían sido los Coker y su club los responsables del destrozo de su ropa y de que le hubieran cerrado The Warrender, así que tal vez era de justicia que pagaran su estancia allí. Pero, aun así, tenía la extraña sensación de que la estaban comprando de alguna forma.

—No —respondió con educación—. No se lo cargue al señor Coker. Quiero pagarlo todo yo.

El portero del Savoy le paró un taxi a Gwendolen para que volviera a The Warrender y su triste panorama. Podría haber sido una calabaza tirada por seis ratones blancos.

¿El ojo de halcón de la señora Bodley habría notado su ausencia? ¿O la criada le habría dicho que Gwendolen no había dormido en su cama la noche anterior? Se había encontrado con la chica en el pasillo un par de veces, cuando iba cargada con pilas de sábanas dobladas y toallas, y se habían sonreído.

Cuando el taxi la dejó en la puerta de The Warrender, pensó que ayudaría que no llevara un bolso con ropa y que tuviera puesta su ropa nueva de Swan and Edgar: un bonito vestido con cuello marinero

y falda de tablas anchas hasta la rodilla bajo un abrigo largo de lino, y también un nuevo sombrero, que no era verde, sino de paja, para celebrar la primavera.

Con suerte daría la impresión de que había salido muy temprano para ir a misa a la iglesia de Holy Trinity de Brompton, en vez de haberse despertado tarde en una enorme cama de hotel en la que había dormido entre sus suaves sábanas desnuda. «Quelle horreur!» Eso sin mencionar la sangre y las balas en medio de todo el drama de la noche anterior. Seguro que a las Señoritas en Apuros les entretendrían sus aventuras, pero la señora Bodley se quedaría horrorizada.

No había forma de evitarla, porque estaba en el mostrador de recepción. Saludó a Gwendolen diciéndole:

—Han traído otro paquete para usted cuando no estaba, señorita Kelling.

Tal vez iba a aparecer un paquete todos los días, como si fuera magia o un cuento de hadas.

—¿Y lo ha traído un hombre guapo?

—No. Un repartidor. En domingo —añadió la propietaria con un estremecimiento, como si eso pusiera en riesgo a toda la cristiandad—. Nunca había visto algo así.

Al parecer, en el Savoy no eran los únicos que tenían el poder de saltarse la ley, porque la señora Bodley sacó una caja grande de Liberty de debajo del mostrador y dijo:

—¿Quiere que se lo suban a la habitación, señorita Kelling?

—No, ya lo llevo yo.

Tenía una forma rara, largo y plano, y Gwendolen con la caja apenas cabía en el habitáculo del ascensor. Fue subiendo despacio y se sintió aliviada cuando por fin quedó fuera de la vista de la señora Bodley y su cara de desaprobación.

Desató la cinta morada y le quitó la tapa a la caja. Y ahí estaba, en toda su inmaculada gloria, el vestido de seda azul cielo con el bordado de filigrana plateada. Durante un segundo de locura creyó que era el original y que le habían limpiado la sangre, pero eso era imposible (o un milagro). Niven, se dijo. Como lo de pagar la cuenta del hotel, era un gesto de cortesía (se podría decir que grandioso), pero podía haberle dado el dinero que había costado sin más. ¿Y cómo había sabido la talla? Se imaginó que la había adivinado solo mirarla. Eso la hizo sentir incómoda.

En la caja había una carta dirigida a la «Señorita Kelling». Así que había una nota esta vez. Dentro del sobre había una tarjeta que tenía

un membrete en relieve que decía: «Señora Ellen Coker, propietaria del club The Amethyst» e incluía un número de teléfono. Gwendolen le dio la vuelta a la tarjeta. En la parte de atrás, con una letra diminuta pero clara, había escrito: «Estimada señorita Kelling: Encontrará en la caja una compensación por los problemas causados. ¿Le importaría llamarme por teléfono? Hay algo que me gustaría hablar con usted». Y lo firmaba Nellie Coker.

Así que no había sido Niven, sino su madre. La tristemente famosa Nellie Coker quería hablarle de algo. ¿Qué sería? Se sintió intrigada.

No llamó enseguida. Y no porque vacilara, sino porque no quería estar a la entera disposición de los Coker. Había un teléfono en el pasillo de The Warrender, en una cabina de madera, pero Gwendolen dudaba de que sus paredes sirvieran para protegerla de los entrometidos oídos de la señora Bodley. Tras un intervalo razonable y mientras la propietaria supervisaba la comida del domingo, se sentó en la cabina, marcó el número de la operadora y pidió que la conectaran con «Gerard 5875». Cogieron el teléfono al instante, como si esa mujer hubiera estado sentada esperando su llamada.

Nellie Coker estaba echando las cartas sobre una de las mesas de The Crystal Cup. Tenía a su lado una tetera, que se había preparado ella misma porque, al ser domingo, no había nadie allí y el club estaba cerrado a cal y canto por la santidad del día que se desarrollaba en el exterior.

—¿O prefiere usted algo más fuerte, señorita Kelling? Tengo un aguardiente de ciruelas excelente, regalo de un embajador polaco.

Estaba intentando impresionarla, pensó Gwendolen. Pero iba a necesitar algo más que una copa de aguardiente diplomático.

—No soy muy aficionada al alcohol, me temo —contestó ella.

—Yo tampoco —comentó Nellie—. No se obtiene beneficio de los vicios propios, solo de los ajenos.

Ella pensó que sonaba como una predicadora callejera.

—Tiene delante su fortuna —anunció Nellie. Tal vez más una embaucadora que una charlatana de feria.

Las cartas eran un misterio para ella.

—¿Son cartas del tarot? —preguntó, desconcertada.

—No, de Lenormand. Yo las prefiero. Supongo, señorita Kelling, que usted considerará que estas cosas son supercherías y disparates. —Parecía que le era indiferente la opinión de Gwendolen mientras pasaba las manos sobre las cartas como si estuviera absorbiendo los curiosos dibujos que tenían: un zorro en la nieve, una montaña, una serpiente, una niña con un vestido azul haciendo rodar un aro por un

camino, un par de ratones—. No importa lo que piense usted. No hace falta creer en las cartas para que ellas te digan la verdad. ¿Va usted a la iglesia, señorita Kelling?

—¿A la iglesia? No, ya no.

—Yo tampoco. Es una gran liberación abandonar la religión.

Ese día Nellie Coker había sustituido el disfraz con plumas y purpurina de la noche anterior en The Amethyst por un vestido suelto y muy sobrio que apareció cuando se quitó las pieles que llevaba, a pesar del tiempo agradable. La noche anterior era la maestra de ceremonias; ese día resultaba sorprendentemente matronil.

Gwendolen le dio un sorbo al té y de repente tuvo un pensamiento incómodo. ¿Y si le había echado alguna droga? ¿Y si estaba a punto de desaparecer y que no se volviera a saber de ella, como esas chicas que tanto le preocupaban a Frobisher? ¿Y si Nellie Coker (esa idea sí que era preocupante) se había enterado de alguna manera de que estaba confabulada con el inspector jefe?

—Es PG Tips —dijo la mujer, como si acabara de leerle la mente. (¿Podría? ¡Pero qué cosas se le ocurrían!)

—Me ha convocado usted para hablarme de algo —recordó Gwendolen.

—Le he pedido que viniera. Convocar es más apropiado para hablar de espíritus.

—¿Por qué?

—Tengo una proposición para usted.

—Mire —dijo Nellie, de nuevo pasando las manos sobre las cartas—. Su fortuna, su destino, está expuesto ante usted. —La miró por encima de sus gafas, con expresión calculadora—. Va usted a amar y ser amada —aseguró.

—¿Un hombre? —dijo Gwendolen, porque parecía que esperaba alguna respuesta por su parte, aunque no pudo evitar el tono de escepticismo en su voz.

—Más de uno.

«Dios santo, ¿cuántos?», se preguntó ella.

Nellie Coker miró las cartas con el ceño fruncido, seguro que para impresionarla, pensó. Esa mujer no era muy diferente de los estafadores que se ponían en los paseos marítimos. O de los falsos espiritistas que habían surgido como setas tras la guerra, que engañaban a las personas que habían perdido a un ser querido haciéndoles pensar que los muertos estaban contentos con lo que les había tocado. Como le pasó a la madre de Gwendolen, por ejemplo. «Harry dice que le gusta el sitio donde está —le contó tras una de esas

sesiones de espiritismo—. No quiere que me preocupe por él. Oh, y dice que tengamos cuidado con la sarna del manzano.» Porque, claro, la salud de los frutales sería algo que preocuparía mucho a Harry en la otra vida.

Nellie arrugó la frente y esta vez pareció un gesto auténtico.

—Va usted a ser un instrumento para algo.

—¿Para qué?

Nellie de repente se puso pálida. Su mirada pasó de las cartas a la pared que Gwendolen tenía detrás. La miraba fijamente, como si hubiera una imagen proyectada en ella, como si de verdad hubiera convocado a un espíritu. Ella se giró, pero no había nada allí.

—¿Señora Coker…?

—¿Qué? —Y entonces, con un gesto tan repentino que la sorprendió, Nellie recogió las cartas. Al parecer se había acabado la clarividencia. Justo en ese momento las campanas de St James's en Piccadilly empezaron a sonar para llamar a los fieles a vísperas.

—Tengo que irme —anunció la señora, levantándose de la silla con la ayuda de su bastón—. Uno de mis hijos no se encuentra bien.

—Oh, Dios, siento oír eso, señora Coker —respondió. (¿Qué hijo sería? No se trataría de Niven, ¿verdad? La noche anterior no parecía pasarle nada.)

—Es una de mis hijas. —Otra vez le había leído el pensamiento—. Tengo el coche fuera. Si me acompaña a la puerta, le pagaré un taxi.

—Es muy amable, señora Coker, pero prefiero volver caminando a The Warrender. Hace una tarde soleada preciosa.

—¿De verdad? —preguntó Nellie.

Parecía estar cuestionando las bondades del sol más que su presencia en el cielo de Londres. Ella vivía en un mundo subterráneo, como un topo, y Gwendolen pensó que para la matriarca Coker el tiempo atmosférico tenía muy poca importancia.

Nellie se metió con dificultad en el coche con la ayuda del chófer (que ella llamó Hawker). Se la veía débil, ¿estaría enferma? Al fin y al cabo, acababa de salir de prisión y el encarcelamiento nunca era bueno para la salud. Una enfermera con la que Gwendolen sirvió en el frente había estado en la cárcel por participar en la causa sufragista antes de la guerra. A pesar de las historias horribles que contaba sobre la vida en prisión (la habían alimentado por un tubo y nunca se había recuperado de eso), sintió envidia de ella, porque tenía una pasión lo bastante fuerte como para soportar el sacrificio. Nellie Coker se había ofrecido voluntaria para entrar en prisión tras una sentencia por no tener licencia para vender alcohol. No parecía que hubiera merecido

la pena.

—¿Señorita Kelling? —Se estaba asomando desde su asiento para hablar con Gwendolen por la ventanilla abierta del coche.

—¿Sí, señora Coker?

—Considere mi oferta. Espero que su respuesta sea afirmativa. Comuníqueme su decisión lo antes posible. Tiene usted mi tarjeta.

El chófer había vuelto a sentarse al volante y Nellie le dio un golpe al techo con el bastón, como si se tratara de un antiguo coche de caballos.

Gwendolen se quedó de pie en la acera mirándolo mientras se alejaba, todavía estupefacta por la inesperada proposición de Nellie Coker. Cuando accedió a verla en The Crystal Cup, pensó que, en el mejor de los casos, quería darle las gracias por su ayuda después de que dispararan a Aldo o, en el peor, asegurarse de su silencio si estaba muerto. ¿Lo estaría? Gwendolen se reprochó no haber preguntado por su estado, pero estaba demasiado desconcertaba con el ofrecimiento de Nellie.

—Han venido dos visitas masculinas a verla mientras estaba fuera, señorita Kelling —anunció la señora Bodley en cuanto Gwendolen cruzó la puerta de The Warrender.

¿Dos? Estaba sorprendida. ¿Ya estaban empezando a cumplirse las profecías de Nellie? ¿Y quiénes serían esos dos caballeros? ¿Uno sería Niven? ¿Esperaba ella que viniera a verla? Gwendolen sintió una punzada de decepción. Había notado que se había encendido una chispa. ¿Cómo terminaría aquello, con una explosión o con un lamento? (Había adquirido la poesía de Eliot para la biblioteca.) Pero no quería darle a la señora Bodley la satisfacción de preguntarle.

—Uno de ellos era el caballero, por así decirlo, que dejó el paquete para usted el otro día. —Niven. El corazón le dio un vuelco. ¡Qué irritante!—. Aunque ninguna de las visitas ha dejado su nombre. Me parece muy sospechoso que un caballero no quiera dar su nombre.

Gwendolen se echó a reír. Esa mujer era demasiado, de verdad que sí. La señora Bodley frunció los labios y añadió:

—Estoy pensando en su reputación, señorita Kelling, no en la mía.

—No va a tener usted que preocuparse más por la reputación de ninguna de las dos, señora Bodley. Voy a dejar The Warrender.

—¿Se va? ¿Vuelve a casa ya?

—No. Me voy a quedar en Londres. Acabo de encontrar un empleo.

—¿En una biblioteca?

Gwendolen no tenía intención de darle la satisfacción de una respuesta.

—Su última cena —le dijo la señora Bodley cuando se sentó en el comedor su última noche en The Warrender.

Consistía en sopa de riñones, seguida de chuletas de ternera sobre una cama de puré de patata y después pudin Sussex Pond. Gwendolen iba a echar de menos las cenas allí. También a las Señoritas en Apuros (aunque, si se quedaba allí más tiempo, temía que acabaría convirtiéndose en una de ellas). Pero no iba a extrañar a la señora Bodley. En ese momento recordó que a la última cena le siguió la crucifixión, un castigo que podría imponerle Nellie Coker si se enteraba del engaño (al menos eso decía Frobisher, que parecía tener evidentes prejuicios en contra de esa mujer).

—Me gustaría que usted se ocupara de gestionar este club para mí —le había dicho en The Crystal Cup, aún con las cartas extendidas sobre la mesa.

—Pero si yo no sé absolutamente nada de cómo se lleva un club nocturno —contestó Gwendolen, atónita.

—Tiene una mente metódica y parece capaz de enfrentarse a una crisis —respondió Nellie—. Y se le da bien conseguir que la gente haga lo que usted dice. Eso es lo único que necesito en una gerente, señorita Kelling. Y además le vendrá bien, porque puede vivir «encima del negocio».

La vida que le esperaba si volvía a York de repente le pareció terriblemente vacía. Y además, se dijo, podría seguir trabajando infiltrada para Frobisher y continuar buscando a Freda y a Florence, que, después de todo, era el motivo por el que estaba allí. Y el hecho de que así podría ver a menudo a Niven Coker no tenía nada que ver con su decisión.

Ropa de domingo

¿Y qué pasaba con Freda? ¿Dónde estaba durante ese día de descanso? Por raro que le pareciera incluso a ella misma, había ido a la misa vespertina de la iglesia de Corpus Christi en Maiden Lane. Una vez allí, imitó todos los movimientos de bajar la cabeza, arrodillarse y mover la boca a la vez que las oraciones y las respuestas. Como era rápida cogiendo el ritmo de cualquier cosa, solo iba un segundo más tarde que el resto de la congregación.

No tenía intención de fingir devoción, solo había ido a la iglesia para ver si por casualidad Florence estaba allí, sin saber que se estaba celebrando una misa. Cuando entró, un hombre la dirigió rápidamente a un banco de la parte de atrás murmurando: «Llegas muy tarde», y ella se sintió obligada a seguirle la corriente a todo aquello.

Esperaba escabullirse sin que nadie se diera cuenta cuando todo el mundo saliera de los bancos para ir al altar a tomar la comunión, pero el mismo hombre de antes fue más listo que ella y casi la obligó a la fuerza a dirigirse al altar, como si fuera evidente que necesitaba redención. También en esta ocasión consiguió imitar lo que hacían los demás. Como recompensa no habría estado mal que esa oblea que daban en la comunión hubiera sido algo más sustanciosa, porque Freda llevaba casi dos días sin apenas comer nada y creía que se iba a morir de inanición en cualquier momento. El rugido de su estómago era un vergonzoso acompañamiento para la liturgia. Como era domingo, Covent Garden estaba cerrado y ni siquiera había podido rebuscar en los contenedores de fruta y verdura descartada que quedaba al final del día de mercado. Ni una miserable zanahoria. Lo único que había tomado para cenar era los caramelos de menta de Florence.

Cuando pasaron el platillo de las ofrendas sintió un hormigueo en los dedos por el impulso de coger una moneda, pero, como su alma seguro que ya estaba al borde del peligro mortal, se contuvo para no arrojarla directamente al vacío. No cogió nada, pero tampoco echó, lo que provocó que la señora que estaba a su lado en el banco chasqueara la lengua con desaprobación.

No tenía dinero. Y lo que era peor: tampoco tenía a Florence.

Tras su encuentro con Owen Varley, a Freda no le parecía que su

vida pudiera empeorar aún más, pero al parecer era posible. Y lo había hecho.

Freda y Florence denunciaron el robo del bolso en Lyons ante un sargento en la comisaría de Great Marlborough Street. Ella no sabía por qué se molestaban, porque a la policía no le interesaba lo más mínimo. El robo era tan común en Londres que lo raro era que alguien aún conservara sus posesiones.

«¿Y ahora qué?», le preguntó Florence cuando salieron de la comisaría.

Freda suspiró. ¿Por qué siempre era ella la que tomaba las decisiones? Su amiga era una borrega, siempre siguiendo, nunca liderando. Tal vez los borregos también lideraban; no lo sabía, pero ninguno podía resultar tan inútil como Florence.

Tenían que pagar la renta y, si no lo hacían, Freda sabía que en el duro corazón de su casera, la señora Darling, no habría ni un gramo de compasión por ellas ni por sus circunstancias. «Por desgracia, me encuentro en circunstancias extremas» era algo que Duncan solía decir con una voz cómica que hacía reír a Freda y a Vanda. Cuánto deseaba que esta apareciera de la nada, como contaba que hacía en el número de magia. Vanda habría sabido qué hacer y, si no, al menos la habría envuelto en sus suaves pieles y la habría consolado. Y habría entendido lo que le había pasado en el Adelphi y habría encontrado una forma de sanarla y hacerle sentir mejor (en retrospectiva, Vanda había adquirido unas características de santidad poco realista en la mente de Freda).

«Qué haría Vanda», se preguntó mientras volvían, hundidas, a Covent Garden. Sería práctica, porque su amiga no creía en la utilidad de preocuparse. «Siempre puedes vender algo, aunque sea a ti misma», decía (a lo que Duncan respondía entre risas: «Nadie te querría»). A una Freda más joven y más inocente le parecía gracioso imaginarse a Vanda en exposición en el mostrador de una tienda con un cartel de «Se vende» en la frente.

Mientras recorrían Wardour Street, Florence se detuvo de repente en medio de la acera. Sus ojos y su boca hicieron un dramático gesto de sorpresa y abrió los brazos de par en par. A Freda le preocupó que estuviera teniendo una de sus visiones.

—¿Estás viendo ángeles ahora? —le preguntó.

—No —dijo Florence—. Pero sé que están por todas partes.

Estuviera teniendo una visión o no, empezaba a suponer un peligro para los demás peatones. Freda la arrastró hasta la entrada de una tienda.

—¿Qué te pasa? —preguntó con bastante brusquedad, porque obviamente seguía furiosa con ella por lo del bolso.

Florence le clavó el dedo en el pecho (con bastante fuerza).

—¡El broche! Llevas en la chaqueta el broche del pájaro azul.

Cierto. A Freda se le había olvidado. Todo ese tiempo había estado enganchado a su rebeca de color rojo cereza, a salvo de los ladrones.

Aceptó de mala gana que iban a tener que empeñarlo, pero eso no le levantó el ánimo. Recordó muy arrepentida la tierna mirada de cariño en la cara de la señora Ingram cuando abrió el regalo de su marido.

No era difícil encontrar una casa de empeños en Londres y pronto se toparon con una en Meard Street que examinó el broche con una lupita, como si intentara verle el valor, y por fin les entregó una miserable cantidad de dinero por él, una pequeñísima parte de lo que el señor Ingram debió de pagar por él. El hombre de la casa de empeños les dio un recibo y les dijo que tenían un mes para recuperarlo antes de que lo pusiera a la venta. Freda no se imaginaba cómo iban a ser capaces de reunir esa cantidad para recuperarlo, pero tenían que pagar la renta y comer, como Florence le había recordado ya varias veces (la verdad era que no le vendría mal a su figura pasar un poco de hambre).

Freda se guardó el recibo y el dinero en el bolsillo y no sacó la mano de allí durante el resto del camino para evitar a los ladrones.

Intentó explicarle a su amiga lo que le había pasado en ese horrible despacho entre bambalinas en el Adelphi, pero se encontró con una muda incomprensión por parte de Florence, que todavía creía que a los bebés los traía la cigüeña; hablarle del crudo mecanismo que hacía necesaria a la cigüeña era algo que superaba a Freda.

—¿Te refieres a los besos? —aventuró —. Mi madre siempre dice que no tengo que dejar que me dé un beso ningún chico.

En realidad, ella misma no comprendía del todo lo que le había pasado. Solo sabía que se había tenido que enfrentar a algo brutal y que era terriblemente injusto.

Cuando volvieron a Henrietta Street, Freda le ordenó a Florence que bajara a ver a la señora Darling y le pagara la renta enseguida, antes de que surgiera cualquier oportunidad para que ella malgastara el dinero.

Se tumbó en la cama. Juraría que todavía notaba el sabor de la sangre de Owen Varley en la boca. Había sido un día muy largo.

Solo pretendía descansar unos minutos, pero lo siguiente que supo fue que la despertaron las campanas de la iglesia de St Paul el domingo por la mañana.

No había señal de Florence. No estaba en la cama a su lado, donde solía encontrarla profundamente dormida cuando se despertaba. De hecho, su lado estaba intacto. No era propio de su amiga estar despierta y por ahí tan temprano, pero puede que hubiera salido para comprar el desayuno para las dos. A veces Freda salía y compraba rollitos de huevo para llevárselos a Florence, aún adormilada, pero esta nunca había hecho lo mismo por ella («Siempre hay una primera vez para todo», decía Vanda, a lo que Duncan contestaba: «Incluso para ti, querida. Allá por la Edad de Piedra»). Pero entonces las campanas de la iglesia le recordaron que era domingo y las cafeterías de los alrededores del mercado estarían cerradas.

El abrigo de Florence, que normalmente estaba colgado detrás de la puerta, no estaba, ni tampoco su boina de croché. Eran unas prendas de abrigo innecesarias en esa estación, pero la señora Ingram siempre estaba preocupadísima por que cogiera un resfriado y muriera de neumonía si llevaba menos de cuatro capas.

Su ropa seguía en el destartalado armario y los libros que leía estaban esparcidos por la habitación. Olvidados en el cajón de la mesita de noche del lado de Florence, Freda encontró una bolsa de papel con caramelos de menta, todos pegados formando un bloque, y varias tiras de postales de «Monumentos de Londres» todavía en sus paquetes. Qué forma más ridícula de tirar el dinero. Se preguntó si podría revenderlas; tal vez si iba a la puerta del British Museum y las ofrecía como una vendedora callejera…

Uno de los paquetes donde estaban guardadas las tiras estaba abierto y le faltaban algunas de las postales de los monumentos. Freda pensó que podría utilizar una para escribir a su madre, o tal vez a Cissy, para decirles que se lo estaba pasando muy bien, que su éxito crecía por momentos o, tal vez, pedirles que le enviaran dinero para pagar un billete de tren para volver a casa (la opción más sensata).

Sacó la del Big Ben del paquete de papel encerado y vio que caía sobre la cama un poco de polvo blanco, como azúcar glas o nieve en polvo. Freda descubrió que había más en los paquetes cerrados: el polvo que parecía nieve se salió cuando los abrió. Freda se chupó un dedo y lo presionó sobre el polvo para probarlo con cuidado, sin saber si se iba a encontrar el hormigueo en la lengua de los polvitos dulces efervescentes o el sabor mortal de la estricnina. Tenía un sabor raro, dulce y metálico a la vez. ¿Sería talco? «Pero ¿por qué iba a poner Florence talco en las postales de Londres?», se preguntó Freda.

Tampoco era veneno, porque no había caído redonda al suelo en una agonía mortal, sino que se sentía más espabilada.

Volvió a guardar las postales en el cajón. Separó un caramelo de menta del duro bloque blanco y negro y se lo metió en la boca. A su amiga le encantaban esos caramelos. ¿Dónde estaría? Tal vez ese polvo blanco eran las miguitas que había dejado como pista. ¿La llevarían hasta ella, que estaría a salvo en una casita de pan de jengibre, de donde podría salir comiendo sin parar, una teja detrás de otra, hasta alcanzar la libertad? Seguro que le encantaría. Pero las casitas de pan de jengibre no abundaban en Londres. Y además, recordó Freda, esa casita era una cárcel, no un lugar seguro. Era donde la bruja engordaba a los niños antes de meterlos en el horno para comérselos como si fueran pavos de Navidad.

La sobresaltó un fuerte golpe en la puerta. Al abrir se encontró a la señora Darling con la mano extendida.

—La renta, por favor —exigió.

—Pero si Florence le pagó anoche —protestó Freda.

—En tus sueños, niña —dijo con desdén.

La señora Darling, que se conocía bien el ruido de los pasos de todos los inquilinos y que habría sido una espía excelente, le dijo que su amiga se había ido «a eso de las diez» de la noche anterior tras pasar «justo por delante» de su puerta. Además, había mirado por la ventana y la había visto dirigirse hacia el Strand «muy emperifollada».

Freda sintió una punzada en el corazón. ¿Habría aparecido otro flautista, uno con peores intenciones que Freda, y había hechizado a Florence?

—Y después la vi subirse a un coche e irse —añadió la señora Darling.

Por fin Freda escapó de la iglesia de Corpus Christi, después de mucho murmurar y agachar la cabeza («Palabrería», como decía Duncan; lo recordó en ese momento). Cuando volvió a Henrietta Street, descubrió que le habían cerrado la puerta y que su maleta estaba tirada en la acera. La satánica aldaba parecía burlarse de ella con gesto diabólico.

Nunca en la historia una niña se había sentido tan desgraciada como ella en ese instante, pensó Freda.

Un sacrificio

Frazzini envió un mensaje a Hanover Terrace «solicitando la presencia de Nellie» en una dirección recóndita cerca de los muelles. Era casi medianoche cuando salió para dirigirse al lugar. Se quedó dormida en la parte de atrás del Bentley durante el trayecto y cuando se despertó sobresaltada no sabía muy bien dónde estaba. «En alguna parte de los muelles», aclaró Hawker. Parecían estar en el interior de una línea ferroviaria, dedujo Nellie por el ruido de los trenes de mercancías que cruzaban Londres con su ritmo pausado. En el aire se notaba el aroma del azúcar, así que supuso que estarían en Silvertown, cerca de la refinería de Tate and Lyle.

Apenas había farolas o casas, solo el depósito de mercancías y algunos almacenes y cobertizos cerrados. Era uno de esos lugares que rebosan actividad por el día y están tranquilos como un cementerio por la noche.

Hawker estaba tan confuso como ella. Tenía en la mano un trozo de papel donde había dibujado el mapa improvisado con las instrucciones que Luca Frazzini le había enviado a Nellie.

—Dámelo —pidió esta, impaciente. Él le encendió la luz y ella miró el papel y dijo—: Creo que tienes que girar a la izquierda allí delante. —Tenía el mapa cabeza abajo, pero Hawker no se molestó en decírselo y continuó avanzando con el coche por las calles adoquinadas.

—Ahí —dijo él al fin. Se detuvieron junto a un cobertizo de madera que parecía un granero en cuya puerta estaba pintado «BA HOLT – MUDANZAS».

Nellie se preguntó si sería un eufemismo.

—No tardaré —le dijo a Hawker cuando la ayudó a salir del coche. Llegó hasta la puerta, llamó con fuerza con su bastón y alguien invisible abrió.

—Ah, Nellie, bienvenida —saludó Frazzini en cuanto la vio, como si acabara de llegar a una elegante *soirée* en Pall Mall y no a lo que a primera vista parecía un lienzo de tortura dadaísta. Aunque no era que ella hubiera oído hablar del dadaísmo. Para Nellie, la historia del arte acababa con *El caballero sonriente,* de Frans Hals.

—Señor Frazzini —saludó ella también, con un gesto de la cabeza.

Había una sola silla en medio del enorme suelo de tierra apisonada. Un hombre con un disfraz de Pierrot manchado de sangre estaba atado a ella con una cuerda, con la cabeza, ya sin sombrero, caída sobre el cuerpo. Tenía todas las señales de haber sido torturado recientemente. Varios de los matones de Frazzini estaban por allí, como si acabara de interrumpirlos en mitad de su tarea.

— Lo hemos exprimido hasta dejarlo seco —dijo el jefe con satisfacción. El Pierrot gimió.

Al parecer el tipo se había «chivado» de Maddox, según dijo Frazzini.

—Nuestro invitado, aquí presente, me cuenta que les pagaron a los Huns para que fueran a The Amethyst anoche a causar problemas. Solo que tuvieron mala suerte, o pecaron de simple ineptitud, y acabaron disparando a uno de mis chicos. Me temo que Aldo ha muerto, pero podría haber sido uno de tus clientes. —Los torturadores se santiguaron con reverencia cuando Frazzini mencionó el nombre de su compañero.

También había sido Maddox el que intentó incendiar The Pixie. De hecho, el Pierrot había admitido (aunque no por su propia voluntad) que fue él quien, a instancias del policía y tras recibir dos libras, compró una lata de parafina rosa marca Aladdin, empapó un trapo con ella y después lo tiró al interior de la cocina del club.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó Nellie, examinando la maltrecha figura del Pierrot.

Frazzini hizo el gesto de rajarse la garganta.

—Dar ejemplo —contestó.

—Ojo por ojo —respondió ella, imperturbable. Un cadáver por otro.

Hawker estaba roncando cuando Nellie dio unos golpes en la ventanilla con el bastón; estuvo a punto de provocarle un ataque al corazón.

—Creo que voy a ir delante —dijo, y se subió a su lado, lo que le causó a él una alarma aún mayor—. Para ver bien esta parte de Londres durante el camino de vuelta.

—No hay mucho que ver —opinó Hawker.

—Siempre hay cosas que ver —aseguró Nellie—, incluso donde no hay nada. —Rio bajito. Esa risa era la que oía él en sus pesadillas.

Antro de perdición

Después de la guerra, Londres estaba lleno de gente que vendía cualquier cosa: drogas, armas, mujeres… Serían capaces de venderte otra vez lo que te habían robado antes o incluso ofrecer su alma por una buena comida, pero Niven solo quería comprar información, y, a cambio de una pequeña suma, se enteró de dónde podía encontrar a Landor la mayoría de las noches: bebiendo y jugando con sus amigos delincuentes en un antro de perdición en Bayswater.

El edificio parecía abandonado. Solo un resquicio de luz que se escapaba desde el otro lado de las persianas de una ventana del sótano, bajo una tienda, indicaba que estaba ocupado. Al parecer Niven había llegado antes que su objetivo, porque cuando se acercó al edificio vio a Landor andando tranquilamente por la calle, como un hombre sin preocupaciones.

Se plantó delante de él cuando el otro estaba a punto de bajar los escalones que llevaban al sótano para reunirse con sus colegas de dudosa reputación.

—Buenas noches, señor Coker —saludó Landor con calma, como si no le hubiera sorprendido la repentina aparición de Niven. No perdió el tiempo con formalidades. Lo agarró por las solapas, lo levantó del suelo y lo colgó del pasamanos usando su propia chaqueta.

—Mi perro le arrancará la cara a una orden mía, señor Landor —dijo. Como si lo hubiera entendido, Keeper soltó un gruñido gutural.

—¿Qué quiere? —preguntó Landor, indiferente a pesar de que se enfrentaba a una amenaza. Estaba acostumbrado a la violencia, tanto a administrarla como a recibirla.

—¿Por qué va por ahí preguntando por Gwendolen Kelling?

Landor no respondió y Niven lo agarró por la garganta y lo sacudió.

—Conteste. ¿Por qué la sigue? ¿Para quién trabaja? ¿Para Azzopardi? ¿Qué quiere de ella?

—¿Azzopardi? —Pareció sinceramente divertido—. ¿Cree que sigo a esa mujer para Azzopardi?

—¿Trabaja para otra persona?

—¿No lo sabe de verdad? —Landor rio una vez más. Ese hombre se reía demasiado para su gusto.

—No, no lo sé —confesó Niven, cada vez más irritado por tanta

diversión. Echó atrás el puño, preparándose para darle un buen golpe en la cara sonriente a Landor—. ¿Para quién trabaja?

—Para su madre, señor Coker —dijo el otro riendo—. Trabajo para su madre.

Niven lo dejó colgando del pasamanos y fue a buscar su coche adonde lo tenía aparcado, a dos calles de allí. Mientras se alejaba conduciendo, habría jurado que todavía oía las risas de Landor.

—¿Qué te parece eso? —le dijo a Keeper, que estaba en el asiento del acompañante, mientras aceleraba por St John's Wood Road. Su madre estaba utilizando a ese tal Landor para vigilar a Gwendolen Kelling, lo que suponía que ella debía de estar trabajando para alguno de los enemigos de Nellie: Azzopardi o Maddox. Cualquiera de los dos implicaba peligro para ella, pero la mayor amenaza para su seguridad era su madre, sin duda.

Niven llegó a Hanover Terrace justo cuando Nellie estaba saliendo del Bentley. ¿Es que no dormía nunca? Eran las tres de la madrugada, ¿dónde habría ido? No tenía sentido preguntarle, porque no se lo diría. Tampoco serviría de nada preguntarle por Gwendolen Kelling. Ella estaba muy orgullosa de su astucia.

Acababa de caer por el precipicio del sueño cuando sintió que alguien lo sacudía para despertarlo: Nellie.

—Levántate, rápido —susurró—. Es una emergencia.

La paloma

Freda se despertó en un banco de Drury Lane Gardens, donde había pasado una noche muy incómoda con su inseparable maletita como dura almohada. Los jardines fueron en el pasado el cementerio de una iglesia, y todavía quedaban lápidas junto al muro. La compañía de los muertos no era la mejor para dormir a pierna suelta. Freda había regañado a Florence cuando se puso a hablar del faraón Tutankamón y su maldición, pero hubo momentos durante esa noche en que estuvo a punto de creer en la existencia de un mundo sobrenatural.

Un policía la levantó del banco y la echó de los jardines, como si fuera una vagabunda. Y además la llamó cosas horribles, «poniendo en entredicho mi reputación», pensó; eso era algo que solía decir Duncan con un acento gracioso y haciendo un gesto feo con la mano. Freda no deletrearía bien *entredicho* aunque su vida dependiera de ello. («Del latín *interdictum,* que significa "prohibición"», le dijo su amigo, que había ido a un «buen» colegio hacía «varias vidas», puntualizó.) «Este no es sitio para busconas, así que caminando o tendré que llevarte a Bow Street y acusarte de ejercer la mendicidad», había dicho el policía. Freda se preguntó si tenía alguna hija y si le gustaría que la trataran así, pero no dijo nada. «Bienencarada, no descarada», le aconsejaba Duncan para cuando tratara con la policía.

Ella era como una huerfanita desamparada, como la había llamado una vez Vanda, aunque Freda no era huérfana ni tampoco estaba sola en el mundo.

No tenía casa ni dinero, aparte de que había perdido a Florence. Y nunca había imaginado encontrarse en ese estado. Había esperado aplausos, como mínimo. «Estoy en un callejón sin salida», se dijo, porque ya solo le quedaba el melodrama. También tenía hambre y sentía como si sus entrañas se estuvieran marchitando y pegándosele a los huesos.

¿Cuánto tiempo hacía falta para morirse de hambre? ¿Se daría cuenta alguien si le pasaba a ella? ¿Acabaría en el Támesis, arrastrada por las aguas sucias con la bajada de la marea, como la basura de la mañana?

La confianza en sí misma había encajado un golpe terrible. Una chica más débil que ella ya se habría rendido, en su opinión. Pero

Freda no era así. Una chica más débil habría pensado en vender su cuerpo en la calle como último recurso. Pero ella no era esa chica tampoco. Al menos todavía no.

Mientras salía de los jardines, tuvo la gran suerte de ver el brillo de una moneda de seis peniques que estaba incrustada en una grieta de la acera. Estuvo a punto de llorar de alegría. Era cierto lo que siempre decía Vanda: «Si encuentras una moneda, dásela a alguien o tendrás mala suerte», pero Freda no creía que su suerte pudiera empeorar mucho, así que se la guardó en el bolsillo.

En una cafetería de Neal Street que abría temprano para los repartidores del mercado esos seis peniques le proporcionaron el consuelo de un sándwich de salchicha y una taza de té. El azúcar era gratis, así que se echó un montón de cucharadas. Se comió el sándwich lo más lentamente que pudo, para que le durara lo máximo posible, pero al final, como sabía que ocurriría, la echaron también de la cafetería: «Oiga, señorita, esto no es una biblioteca. No puede estar aquí sentada todo el día sin consumir».

Freda se fue a regañadientes y cargó su maleta por el Mall hasta St James's Park, donde se sentó en otro banco. Para no atraer las miradas de los guardas del parque intentó que pareciera que solo estaba entretenida mirando los patos. No tenía pan para echárselo. Si lo hubiera tenido, se lo habría comido ella.

Un pelícano se acercó bamboleándose. Qué pájaro más raro. Freda estaba segura de que no había en York. ¿Eran una especie británica en realidad?

Cuando el pelícano estuvo cerca, vio horrorizada que tenía una paloma en la boca. El pájaro se detuvo delante de ella y, como si estuviera actuando, hizo muchos aspavientos hasta que se la metió en la bolsa del pico, donde Freda la vio todavía intentando escapar. Vivir. El pelícano le dedicó una mirada fría, como si la estuviera retando a censurarlo. ¡Qué criatura más horrible! Se levantó de un salto del banco y salió corriendo, sintiéndose identificada con la pobre paloma, porque a ella también la había atrapado y devorado una bestia depredadora.

Hora de visita

—Te han hecho una pequeña operación, pero te vas a poner bien muy pronto —le dijo Nellie a Edith con una alegría artificial. Su hija, que estaba inconsciente, no dijo nada. Tal vez sabía, aunque estuviera profundamente anestesiada, que la operación no había sido tan pequeña («Lo hemos sacado todo», le dijo el cirujano a Nellie con una injustificada satisfacción).

Edith había ingresado en un pequeño hospital privado a altas horas de la madrugada, sin gran alboroto pero de urgencia. El Bentley había cruzado las puertas en medio de la noche. Nellie era furtiva por naturaleza y no quería que nadie supiera nada sobre las debilidades de la familia.

Habían venido todos para animar a la enferma. Excepto Niven, eximido del cumplimiento del deber. Edith no estaba recuperada, todavía corría riesgo y la crisis no había terminado. El cirujano le había metido miedo a Nellie diciéndole que tal vez era momento de que se despidiera de su familia, pero ella había decidido no transmitirles esa información. Edith tenía «problemas femeninos», había dicho su madre, un término que englobaba multitud de posibilidades, muchas de las cuales eran más metafóricas que médicas, en su opinión, aunque este no era el caso.

—Una infección grave —añadió, dejando abierta la posibilidad de una catástrofe, pero no asegurándola.

—¿Está muerta? —preguntó Kitty en un susurro.

—No, está anestesiada —explicó Nellie—. Se despertará pronto, espero.

—¿Y se va a recuperar?

—Sí —respondió la madre categóricamente.

Betty y Shirley miraron con poca convicción la pálida figura de Edith en esa triste cama de hospital. No parecía que fuera a mejorar. Se habían imaginado tubos, fluidos y otras cosas desagradables, pero Edith no tenía ninguna parafernalia médica y solo parecía estar esperando al embalsamador.

Kitty acercó la mano y le dio unas palmaditas en el dorso de la mano, que estaba inerte sobre la colcha de *jacquard* verde pálido. No se había dado cuenta hasta ese momento de cuánto cariño le tenía a

su hermana. Pensarlo le hizo sentirse mal.

Todos llevaban un buen rato sentados alrededor de la cama, acostumbrándose a la imagen de Edith con apariencia de cadáver, cuando empezaron a hablar a volumen normal en vez de en murmullos, como en funeral, igual que habían estado haciendo hasta entonces. La novedad de la visita al hospital estaba desapareciendo y convirtiéndose en fatiga.

Edith estaría muerta si la intuición maternal no hubiera hecho que Nellie fuera al baño cuando volvió de los muelles a altas horas de la noche. Allí se la había encontrado tirada e inmóvil en el suelo, con los labios pálidos y una capa de sudor frío cubriéndole la piel. Había despertado a Niven, que sabía que tenía ese don de los soldados de espabilarse enseguida incluso tras el más profundo de los sueños y estar listo para el combate un segundo después.

Heroicamente, había cargado en brazos a Edith hasta el piso de abajo (había algo raro en su figura; era como cargar con un camello o una jirafa) y, siguiendo las instrucciones de su madre, la había llevado al garaje donde dormía el Bentley (y Hawker). El chófer, todavía con cara de sueño, se levantó y ayudó a meter a Edith en el asiento de atrás del coche, porque Nellie había decidido que el de Niven no era adecuado para esa tarea. Y él lo agradeció, porque entonces su hermana se puso a vomitar sin parar. Su madre le dijo que se fuera y ella sola acompañó a Edith en el trayecto hasta el hospital de Kensington. Era un sitio donde sabía que, por un alto precio, estaban garantizadas una buena atención médica y, lo que era igual de importante, discreción.

Shirley había traído una caja de delicias turcas para la enferma, pero, como Edith claramente no iba a poder comer esos dulces hasta dentro de un tiempo, si es que llegaba a probarlos de nuevo, colocó la elegante caja sobre la colcha, encima de las piernas inmóviles de su hermana, y todos comieron.

Nellie, que era más práctica, había traído un chal de cachemir y una caja de jaboncitos de lavanda franceses.

—Debería haber traído las agujas de tejer —dijo Shirley.

—No sabes tejer.

—Es un buen momento para aprender.

—Mamaíta —dijo Betty—, esa mujer…

—Gwendolen —apuntó Kitty.

—Sí —dijo Nellie—. La señorita Gwendolen Kelling me va a ayudar.

—¿Ayudarte? —preguntó Betty, desconcertada—. ¿Cómo?

—Va a dirigir The Crystal Cup para mí.

—¿Qué?

Betty y Shirley empezaron a protestar. Incluso la letárgica Edith pareció soltar un leve gemido para objetar.

—Pues a mí me parece una buena idea —dijo Kitty.

—Cállate —ordenó Betty con furia—. No tienes ni idea.

—No necesitamos a nadie de fuera —le dijo Shirley a Nellie—. Nos tienes a nosotras. Betty y yo podemos dirigir The Crystal Cup.

—Ella no es de la familia —añadió Betty—. De hecho, para nosotras es una total desconocida. Por lo que sabemos, podría ser un caballo de Troya.

—¿Qué es eso? —preguntó Kitty.

Ella quería tener una cuadra de caballos de carreras árabes algún día. Como el agá kan. Lo había conocido cuando fue una vez a The Amethyst. Y él le había dado un regaliz y por eso le iba a caer simpático siempre. Nadie espera que una persona como el agá kan lleve regaliz en el bolsillo.

—Eres una ignorante, Kitty —la acusó Betty.

—¡No lo soy! —protestó la niña, que había entendido erróneamente que *ignorante* tenía algo que ver con *agobiante*.

—Es un engaño —explicó Shirley—. Una forma de atravesar las murallas del enemigo con una mentira para después destruirlo todo desde dentro. Con lo poco que sabemos de ella, Gwendolen Kelling podría estar trabajando para la policía. Podría ser una espía.

—Para Frobisher. —Betty se estremeció—. Ese hombre es tan frío como un bacalao muerto. Podría estar a sus órdenes. La habrá enviado para destruirnos a todos.

—La caída de la casa de los Coker —anunció Shirley.

—¿Qué? No seáis dramáticas —contestó Nellie con brusquedad—. ¡Pero si es bibliotecaria!

—¿Que es qué?

La madre ignoró ese coro de quejas.

Afuera, alguien empezó a recorrer el pasillo tocando una campana que señalaba que se había acabado el horario de visita.

—«No no preguntes por quién doblan las campanas» —citó Shirley. A veces se veían destellos de su educación.

La enferma se revolvió en sueños y murmuró algo indescifrable.

—Oh, mirad, Edith está volviendo de entre los muertos —anunció Kitty.

Pastoral

Frobisher llegó temprano a Bow Street para hacerse una idea de lo que le esperaba la semana que entraba. De hecho, apareció allí tan pronto que todavía estaba en la comisaría la gente del turno de noche. El afable sargento del mostrador le resumió las actividades que se habían dado durante la noche.

—Tengo algo para usted, inspector jefe —dijo, obviamente divirtiéndose de lo lindo.

—¿Y qué es, sargento?

—Parte del recuento de la noche: ¡un Pierrot ahogado!

—¿Un qué? —Frobisher creyó que había dicho «un perro» (ese hombre tenía un leve defecto de dicción). Eso le hizo pensar en el perro que había pensado buscarle a Lottie.

—Un Pierrot —repitió el sargento, pronunciando con más cuidado —. Ya sabe, de los del teatro.

—Sí, ya sé lo que es. Gracias, sargento. ¿Y dónde está? ¿Aquí?

—No, sigue en Dead Man's Hole. —«Otra vez no», pensó Frobisher —. Pero no se ahogó, señor.

—Acaba de decirme usted que eso es lo que le ha pasado, sargento.

—No se ha ahogado, pero lo han sacado del agua a altas horas de la madrugada… degollado. —El sargento se recorrió el cuello de lado a lado con un dedo—. Le han dibujado una enorme sonrisa en la garganta, señor.

—¿A un Pierrot?

—Curioso, ¿verdad? Supongo que fue a un fiesta, de disfraces, claro, y después se metió en una pelea con alguien, sacaron las navajas y… *voilà!* —El sargento había estado en Verdún y le encantaba dejar caer de vez en cuando las cuatro palabras de francés que sabía.

—Gracias por su análisis, sargento. Debería usted ser policía.

—Qué gracioso, señor. Hay otro de los suyos abajo.

—¿De los míos? ¿Un Pierrot? —Frobisher pensó que nunca había usado tanto esa palabra. De hecho, no estaba seguro de haberla usado nunca antes en su vida.

El sargento del mostrador se rio.

—No, señor. Una chica… ahogada.

—Otra sirenita para su banda —dijo Webb, el forense—. ¿O sería una escuela de sirenas?

—Creo que no existe un nombre colectivo para un grupo de sirenas, Webb, aparte del hecho de que son seres que no existen. —Ese hombre era terrible. «¿Habría un nombre colectivo para un grupo de Pierrots?», se preguntó una parte de su cerebro. Un elenco de revista, tal vez.

—Restos de un naufragio —dijo el forense.

—Aligeramiento de carga, diría yo —corrigió Frobisher, aunque no estaba de humor para seguir discutiendo sobre vocabulario con Webb.

Le preocupaba que la chica fuera la que vio el sábado por la noche a la salida de The Amethyst. Pero no tenía rizos rubios ni un vestido plateado; era alta y regordeta y la habían cuidado bien durante su infancia, que no quedaba lejos. Demasiado joven para morir. Se alegró de ver que esta vez Webb la había cubierto decentemente con una sábana.

—No llevaba ropa, solo el crucifijo. —Se lo había quitado y lo tenía sobre una placa de Petri—. Se ha ido con Dios —añadió, cínico. Era un hombre de ciencia, no creía en la religión. Tampoco Frobisher, claro.

Habría sido útil que sus padres le hubieran grabado su nombre. Podrían ir con el crucifijo a preguntar por las iglesias católicas y tal vez alguien lo reconocía.

—Y esta no era virgen —apuntó Webb.

—¿«Esta»? —Frobisher supuso que la insensibilidad era una parte del trabajo del forense.

—Ni mucho menos, de hecho —continuó Webb, sin inmutarse—. Hay señales de que sufrió un aborto, me temo. Muy reciente y una verdadera chapuza. Está hecha un desastre, hemorragia masiva. Pero tiene agua en los pulmones, así que supongo que alguien pensó que sería mejor librarse de ella. Habría muerto de todas formas.

—¿Pero estaba viva cuando acabó en el agua?

—Tal vez.

—Dios —exclamó Frobisher. No solía pronunciar el nombre de la divinidad en vano, pero estaba horrorizado por lo que debía de haber sufrido esa chica.

—Oh, casi se me olvida —añadió Webb, y sacó unas gafas que tenían solo un cristal con un impacto a partir del que se formaba una tela de araña—. Todavía las llevaba. Es un milagro que hayan sobrevivido.

Las gafas acabaron en el bolsillo de Frobisher, junto con el crucifijo y el guardapelo de la semana anterior. Estaba formando una extraña colección de recuerdos. Le había estado preocupando la misteriosa

desaparición de varias chicas, pero de repente le resultaba aún más preocupante cómo estaban reapareciendo.

Fue a su despacho y mandó llamar a Cobb. El informe de su agente de lo que ocurrió la noche que había ido a The Amethyst parecía tener unas cuantas lagunas, en opinión de Frobisher. Había habido una pelea en la que estuvieron implicados miembros de bandas que se habían enfrentado entre ellos por alguna razón, o más bien por nada. Hubo disparos, pero nadie salió herido, según Cobb. La señorita Kelling desapareció en medio del caos y él supuso que había salido huyendo del club. No encontró ni rastro de ella fuera, y cuando intentó volver a The Amethyst para buscarla, los porteros le prohibieron la entrada.

—Supongo que estará a salvo —dijo con poca convicción.

—Su deber era protegerla. Es lo único que tenía que hacer —le recriminó Frobisher.

Cobb frunció el ceño ante el tono duro de su superior.

—Si se hubiera quedado a mi lado, habría estado bien protegida —contestó, hosco. Sonó incluso grosero, algo que a Frobisher no le gustaba en un policía ni en ninguna otra persona, en realidad. Estaba decepcionado con el agente y consigo mismo, por haberlo juzgado mal.

—¿Ha sabido usted algo de ella? —preguntó Cobb.

—¿De la señorita Kelling? —No le gustaba nada esa forma despreciativa que tenía de llamarla «ella», que estaba casi al nivel del «esta» de Webb—. No, no he sabido nada de ella, pero me ha informado una fuente fiable de que volvió a su hotel al acabar la noche. —No era del todo cierto. La arpía que dirigía The Warrender no había podido confirmarle a qué hora había vuelto Gwendolen Kelling tras su visita a The Amethyst, solo que no estaba en casa cuando ella cerró la puerta a las diez y media. ¿Adónde había ido? Hizo una mueca al recordar su visita a The Warrender el día anterior. Se había comportado como un muchacho ocioso un domingo que va a ver a su novia, cuando él tenía esposa (doliente) en casa.

—¿Quiere algo más, señor? —preguntó Cobb, que estaba cambiando el peso de un pie a otro, nervioso.

—No —exclamó Frobisher. Pero entonces se acordó de algo—. Un momento. Tome… —Sacó el crucifijo del bolsillo—. Vaya a las iglesias católicas y pregunte a ver si alguien reconoce esto.

—¿A todas? —dijo el agente, huraño.

—Sí, Cobb. A todas.

—A mí todos los crucifijos me parecen iguales, señor.

—No se le paga para pensar, Cobb. Vaya y haga lo que le he dicho.

¿Dónde estaba la señorita Kelling? Frobisher estaba empezando a preocuparse porque no se había presentado en Bow Street. Ya debería estar allí, y hasta el momento le había dado la impresión de ser una persona puntual. No pudo negar que el corazón le dio un pequeño vuelco al pensar en ella. Tal vez podría invitarla a comer. Podrían ir caminando hasta Simpson's, pero tal vez pensara que era un derrochador si la llevaba a comer allí. Era mejor elegir un lugar menos caro, quizás un restaurante italiano: Isola Bella, en Frith Street, donde servían un plato que le gustaba, los *ravioli al sugo,* que le había recomendado Lottie en los días en que salían a comer, iban al teatro y paseaban por los parques. «El periodo de la luna de miel», pensó. Fue corto, pero las lunas de miel siempre lo eran, o eso creía. Se había embarcado en el matrimonio con una frágil barquita que hacía mucho que había encallado en medio de la calma chicha y estaba a punto de irse a pique en aguas profundas. Por el contrario, la señorita Kelling parecía alguien que llevaría un rumbo fijo. Con la mente enmarañada por todas esas metáforas marítimas, Frobisher no veía más salida que abandonar el barco.

Se preguntó si el informe de la señorita Kelling de la noche concordaría con el de Cobb. Y un instante después apareció ella, como si la hubiera invocado, flanqueada por el marco de la puerta de su despacho.

—Lista para el servicio, señor —dijo sonriendo y haciendo un perfecto saludo militar.

Frobisher se levantó de un salto para recibirla e intentó pensar en algo ingenioso que contestarle, pero no se le ocurrió nada, ni ingenioso ni nada, así que le estrechó la mano y pensó que su mano estaba fría al tacto. Debió calmar la fiebre de las frentes de muchos enfermos durante la guerra. A pesar de que había pruebas (muchas) de lo contrario, Frobisher seguía teniendo una visión romántica de las enfermeras.

—¿Inspector, se encuentra bien? —preguntó ella, preocupada—. Se le ve un poco pálido.

—Bien, gracias, señorita Kelling. Gracias por preguntar.

La cuestión de la comida seguía dándole vueltas en la cabeza. ¿Pensaría ella que intentaba cortejarla? (¿Era eso lo que estaba haciendo?) Pero supuso que aunque su corazón daba un vuelco al verla, el de ella debería hundirse al verlo a él. Tenía que contenerse, así que en vez de hacerle la oferta de los raviolis, le dijo:

—Siéntese, señorita Kelling. Qué alivio ver que ha sobrevivido a los

excesos de The Amethyst.

Ella rio.

—He sobrevivido muy bien, inspector. Deje que vaya directa al grano. Lo primero, mi informe.

—Adelante, por favor.

—Le voy a contar lo que recuerdo de mi noche «de incógnito» en el club The Amethyst. El agente Cobb y yo nos tomamos unos cócteles que se llamaban Buster Brown, para ser exactos, unas bebidas fortísimas, y después estuvimos un rato bailando… Me sorprendió lo bien que baila para ser policía. Pero me temo que cuando empezaron los problemas resultó totalmente inútil, porque abandonó su puesto. ¡Me dejó sola ante el peligro! —exclamó riendo, al parecer divertida por la idea.

Frobisher sintió aún más acritud hacia Cobb.

—Me temo que el agente ha resultado ser muy descuidado, señorita Kelling —admitió, contrito.

—Había dos bandas rivales en el club —continuó alegremente— y se produjo un tiroteo.

—¿Un tiroteo? —Frobisher sabía ese detalle por el relato de Cobb, pero le sorprendió lo bien que encajaba esa palabra en sus labios. Estaba curtida por infinidad de batallas, seguro que no solo por las de la guerra.

—No sé muy bien qué ocurrió, pero los Pierrots tuvieron algo que ver.

—¿Los Pierrots? —repitió Frobisher. Dios, ¿no había forma de librarse de esos malditos personajes?

—Sí, había una banda disfrazada y aparentemente habían estado por ahí robando. Los no sé qué Huns.

—Hackney Huns. —Parecía que él no podía darle más que respuestas brevísimas, pero al menos había conseguido una explicación para lo del Pierrot que habían sacado del Támesis esa mañana.

—Sí, eso, los Hackney Huns. Le dispararon a uno.

—¿Herido? ¿Un Pierrot? ¿Está segura? —Al de esa mañana le habían cortado la garganta. ¿Cuántos Pierrots muertos había, por todos los santos?

—No, a uno de los otros. De la banda de Frazzinielli… ¿Se llama así?

—Frazzini.

—Pero fue un Pierrot el que lo empezó todo, creo. El hombre de Frazzini herido, que se llamaba Aldo, estaba bastante mal. No sé si habrá sobrevivido. Ayudé a parar la hemorragia. Después se llevaron a

rastras a uno de los Pierrots, que no dejaba de protestar. Como expiación, supongo. Al parecer, las bandas no perdonan una venganza. Uno por otro, ¿no? Ojo por ojo. No tengo ni idea de qué le habrá pasado, pero no tenía buena pinta. Pero bueno, para abreviar, inspector —«Oh, por Dios, llámeme John», pensó Frobisher—, la matriarca me ha ofrecido un puesto como gerente de uno de su clubes: The Crystal Cup.

Se quedó petrificado.

—Perdón, señorita Kelling, ¿podría repetir eso?

—¿Todo?

—No, solo la última parte.

—Voy a trabajar para Nellie Coker. ¿No es perfecto? Así podré darle información desde dentro. ¡Una agente secreta! —Le brillaban los ojos por la emoción.

Él no se había dado cuenta de lo testaruda que era. Frobisher tuvo miedo por ella. ¿Qué había iniciado? Sintió que ya era imparable.

—Oh, Dios, casi se me olvida —exclamó Gwendolen cuando ya se había levantado para irse.

«¿Y ahora qué?», se preguntó Frobisher, muerto de miedo.

—Me han llegado en el correo de la mañana las fotografías de Freda y Florence que me pidió. Me las ha enviado mi amiga Cissy.

—Sí, la tía de Freda.

—La hermana, en realidad, pero no importa. —Le pasó un sobre por encima de la mesa—. Me temo que su fotografía es de sus imágenes «profesionales», con el vestuario y el maquillaje del escenario. Son las únicas fotos que tiene de ella. Así parece mucho más mayor de lo que es. La verdad, inspector, es que hace un par de años que no la veo. Dudo que la reconociera ahora.

Frobisher sacó las fotos del sobre y las estudió. Era cierto que Freda parecía más una mujer que una niña vestida con un disfraz frívolo que, en su opinión, era demasiado atrevido.

Gwendolen rio otra vez.

—Era una representación de teatro *amateur* de *El sueño de una noche de verano,* creo. Freda era una de las hadas del séquito de Titania. A mí nunca me ha gustado ese personaje: demasiado autoritaria y además caprichosa, ¿no le parece?

Frobisher, que nunca se había encontrado en una situación en la que se le solicitara una opinión sobre el personaje de Titania, miró a Gwendolen con una expresión un poco estúpida antes de decir:

—Supongo que será porque es reina.

—Y las reinas son autoritarias por naturaleza. Sí, claro… Tiene

razón, inspector. —«¿La tengo?», pensó él.

Parecía que estaba ignorando por completo sus reservas sobre ese extraordinario plan de trabajar para los Coker. Era una mujer muy irritante. Lo consideraba «un pasatiempo» cuando era claramente una operación que entrañaba muchos peligros.

—Ellos no son lo que parecen, señorita Kelling. Creo que no sabe dónde se está metiendo.

—Solo serán unos días, inspector —dijo para aplacarlo—. Es una oportunidad demasiado buena para desaprovecharla. Descubriré todo lo que pueda sobre los negocios de los Coker y antes de que se den cuenta de nada estaré en un tren de vuelta a York.

—¿York? —repitió Frobisher, intentando que no se transluciera en su tono la decepción que sentía—. ¿A la biblioteca? Claro, necesita volver. —Ella tenía una vida en otro lugar, se recordó, de la que él no sabía nada aparte de lo de la biblioteca. Tal vez tenía un pretendiente (o varios) esperándola, o una familia que la quería. Lo cierto era que no sabía nada sobre ella, solo que poseía una magnificencia serena que él admiraba y temía al mismo tiempo, y la idea de que se fuera tan pronto le creaba un enorme vacío en el pecho. ¿Era ese trabajo con Nellie Coker el precio que tenía que pagar para que ella no dejara Londres?

—Nellie Coker es una mujer muy astuta —advirtió—. Detectará el engaño, y, cuando descubra que usted es una víbora que se ha metido en su nido, no quiero ni pensar en lo que hará.

—Arrancarme el corazón, supongo, inspector —contestó ella como si nada.

Él suspiró, rindiéndose, y volvió a mirar las fotografías. A diferencia de Freda, Florence sí que parecía una niña. La fotografía era del colegio, con un uniforme y trenzas. Y gafas también. Imposible ver si había un crucifijo bajo la blusa y la corbata anudada al cuello. Podría ser la chica de la morgue, pero una muchacha ahogada y desangrada tenía una imagen muy diferente a la de una colegiala robusta.

—¿Católica? —preguntó en voz baja, más para sí que para Gwendolen.

—¿Lo sabe con solo mirarla? ¡Tiene un don extraordinario, inspector! Me imagino que le habría sido usted muy útil a la Inquisición.

Ojalá no tuviera esa tendencia a bromear con todo.

—¿No me dijo usted que iba a un colegio de monjas?

—¿Yo? No lo recuerdo. —Ella hizo una pausa y después dijo en tono más serio—: Me envió una nota en la que hablaba de un

guardapelo. Eso quiere decir que tiene un cadáver, inspector.

Su excesiva franqueza hizo que Frobisher tuviera una reacción de rechazo interna. Parecía no contar con los filtros habituales. La guerra una vez más, supuso. En ese momento deseó haber ido al frente y no haber sido uno de los trabajadores esenciales; había intentado ir, pero le ordenaron que se quedara. Y se sentía menos hombre por ello. Pero estaba vivo. Eso era importante, se dijo.

—¿Un cadáver? No, en absoluto. Era una pregunta rutinaria.

—Pues la buena noticia es que los Ingram dicen que no, que Florence no llevaba ningún guardapelo. Es una suerte, ¿no?

—Sí.

—Lo que llevaba, según me informan, era un crucifijo.

Después de que ella se fuera, se quedó sentado en su mesa y se tomó unos minutos para ordenar sus pensamientos. En ese momento deseó ser fumador. Aunque no había nada que le impidiera adquirir ese hábito, en realidad.

Ir a comer con la señorita Kelling había quedado fuera de las posibilidades, así que tomó el *table d'hôte* en el hotel Charing Cross (un plato de hígado encebollado que le cayó pesado en el estómago). Después sus pensamientos volvieron por su cuenta a Shropshire y, sin saber por qué, al queso blando que se desmenuzaba fácilmente y que fabricaban en la lechería. Cuando tenía quince años, le gustaba una de las lecheras. Gwendolen Kelling le recordaba a ella (y no era que oliera a queso; más bien había notado un toque a lirios del valle cuando ella se agachó sobre su mesa para pasarle las fotografías de las dos chicas); la lechera tenía la misma fuerza, la misma… Buscó la palabra adecuada: transparencia, decidió al final. No, translucidez. Ella era quien era, no tenía dobleces. Frobisher sabía por experiencia que había poca gente así.

No recordaba el nombre de la lechera. Qué raro que algo que una vez fue importante desapareciera del torrente de su memoria sin más a causa del tiempo, que enturbiaba sus aguas. Podría haber seguido con la metáfora (ahogarse en la nostalgia, etc.), pero por suerte un camarero del hotel Charing Cross interrumpió sus pensamientos. Lo había seguido casi hasta la mitad del Strand. Estaba tan enfrascado en sus pensamientos que se había olvidado de pagar su comida.

—Estaba a punto de llamar a la policía —dijo jadeando el camarero sin aliento cuando lo alcanzó.

—No le habría servido de mucho —comentó Frobisher, y le dio un chelín de propina por su hazaña atlética. Esta vez sí había encontrado la respuesta ingeniosa que quería, pero con la persona equivocada.

Cuando volvió a Bow Street, cogió las fotografías de Freda y de Florence y bajó con ellas a la morgue para compararlas, pero la chica ya no estaba.

—Southwark. —Fue lo único que dijo Webb mientras encendía su pipa.

Frobisher suspiró. No había escapatoria de esa búsqueda interminable, ¿verdad?

Salió de Bow Street otra vez. La vida era un constante ir y venir, ¿no? Y al final era solo un ir.

Oakes estaba frente a la puerta, fumando un cigarrillo, y fingió que no lo estaba haciendo. No se podía fumar de uniforme, era una regla que él insistía en que se cumpliera, pero allí estaba el agente, un hombre en el que confiaba, infringiéndola.

Había una chica esquelética y muy joven hablando con él. Oakes dijo que era «una buscona» enseñando la mercancía. Frobisher le dio a la muchacha media corona y le dijo que tomara una comida caliente. Le recordó a la desaparecida, Freda. Si a la versión de la foto le quitabas la gruesa capa de maquillaje teatral, podían ser hermanas.

¡Eliza!, recordó justo cuando llegó a Southwark. Así se llamaba la lechera.

Un cambio de escenario

Cuando Gwendolen llegó a Bow Street, el sargento del mostrador la informó de que el inspector jefe Frobisher estaba «ocupado» en ese momento, pero que la recibiría pronto. ¿Tenía cita la señorita?

—No, pero creo que me está esperando. —¿Y para qué había venido?—. Prefiero no comentarlo —dijo. Esa frase tan enigmática de boca de una mujer pareció convertirla en objeto de su curiosidad. Seguro que Frobisher no se reunía con muchas mujeres.

Le señaló que se sentara frente a su mesa en un incómodo banco de madera que tenía el respaldo contra la pared. Se sentía incomprensiblemente culpable.

¿Se encontraría con el agente Cobb mientras estaba allí?, se preguntó. Si aparecía, le echaría en cara su repentina desaparición de The Amethyst el sábado por la noche. La mañana avanzaba rápido y ya casi era la hora de comer; tal vez podría preguntarle a Frobisher si le apetecía comer con ella. En esa parte de Londres había un restaurante a cada paso.

Una chica se dejó caer pesadamente en el banco a su lado.

—¿Tienes un pitillo? —preguntó.

—No fumo, lo siento —respondió Gwendolen, intentando no sonar como una santurrona. Bow Street no parecía lugar para la devoción. La chica cruzó las piernas y no dejó de mover los pies, nerviosa. Uno de sus párpados no dejaba de temblar.

—¿De dónde eres? —le preguntó la chica con un acento de barrio bajo tan fuerte que necesitó un segundo para comprenderla—. No suenas de por aquí.

—No —reconoció ella—, no soy de por aquí. De Yorkshire.

—Madre mía —exclamó la chica con un estremecimiento. Era como si Gwendolen hubiera dicho que venía de las estepas de Mongolia o de la tundra ártica—. Estás muy lejos de casa.

—Sí —afirmó ella.

—Gertie —se presentó la mujer, tendiéndole la mano en una inesperada muestra de buenos modales—. Gertie Bridges.

—Gwendolen Kelling —contestó ella, estrechando la mano que le tendía. La tenía muy sucia, pero caliente, y sintió un espontáneo cariño por la chica. Bajo un maquillaje basto y agostado, era guapa y

más joven de lo que había pensado en un primer momento. Tenía un leve parecido con Freda, o con la que sería su versión actual. Era una criatura curiosa, con una chispa de interés en la cara. Tenía unos rizos rubios sucios, de ese tipo de tirabuzones que solo se consigue si te pasas un buen rato atando el pelo con trapos antes de dormir. Freda los tenía también.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Gertie.

Gwendolen pensó su respuesta un momento y al final dijo:

—Falsedad.

—¿Eso es como fraude?

—Algo parecido. —Entonces se le ocurrió algo y dijo—: Estoy buscando a alguien. Bueno, a dos personas, dos chicas. Se llaman Freda Murgatroyd y Florence Ingram.

—Se han escapado de casa, ¿no?

—Sí.

—¿Y tú qué eres, la madre de alguna? —De repente la miró con suspicacia—. No siempre es bueno que te obliguen a volver a casa, ¿sabes? —Más sacudidas de pies—. A mí me llevaron de vuelta una vez. Y fue peor que antes.

—Lo siento. Querían triunfar en los escenarios.

Gertie se rio.

—¿No es lo que queremos todas, señorita?

—Si tú acabaras de llegar a Londres, ¿adónde irías? —insistió Gwendolen.

—Londres es un lugar muy grande. Hay sitios de todo tipo. No se puede localizar a unas chicas en esta ciudad. Aparecen un momento y, ¡puf!, al siguiente se han ido.

—¿Ido? ¿Adónde?

Gertie empezó a decir algo, pero de repente soltó un «¡Huy!», que podría perfectamente haber dicho Eliza Doolittle, cuando la agarró un agente y la levantó de un tirón para llevarla al mostrador, donde le dijo al sargento:

—Prostitución, tráfico de drogas y hurto.

—Llévatela y que la fichen.

Se llevaron a Gertie. Mientras se alejaba, miró por encima del hombro a Gwendolen y dijo:

—Buena suerte.

—Para ti también —respondió ella.

«¿Eso era lo que le esperaba a Freda?», se preguntó. «Prostitución, tráfico de drogas y hurto.» Qué fácil era caer en el abismo en Londres. Y qué profundo te podías hundir.

Miró el gran reloj que había en la pared. Sospechaba que la estaban

haciendo esperar a propósito, tal vez no Frobisher, sino el sargento del mostrador, porque sin consultar con su superior ni mirar el reloj de repente levantó la vista de lo que estaba haciendo y dijo:

—El inspector jefe ya puede verla, señorita.

A pesar de lo irritada que estaba con el sargento, su corazón se animó al pensar en ver a Frobisher. Y eso la sorprendió mucho.

Las esperanzas de ir a comer con él se habían hecho añicos y, por desgracia, se habían separado con un ambiente gélido entre ellos. Se había mostrado bastante cascarrabias con ella y eso había hecho que se enfadara aún más con él. Gwendolen ni siquiera estaba segura de cuál había sido el motivo de la discusión. Su independencia con respecto a él, tal vez.

Nellie envió a su chófer, Hawker, a recogerla para llevarla a The Crystal Cup. Él cargó sus cosas en el maletero, bajo el atento ojo de la señora Bodley, que lo miraba todo con desaprobación porque para ella los coches con chófer debían de indicar una moralidad muy laxa. Y tal vez tenía razón.

Cuando llegaron a The Crystal Cup, Hawker subió las cosas de Gwendolen por las escaleras y le dio un juego de llaves en el que estaban las del piso y las del club.

—¿Necesita algo más, señorita? —le preguntó cuando dejó todas sus cosas en el rellano. Ella le dijo que no e intentó darle una propina, pero él la rechazó levantando una mano y sonriendo—: No, no, señorita. La señora Coker me sacaría las tripas y las usaría como ligas si se enterara de que he aceptado una propina suya. Usted es una de nosotros ahora —dijo. «¿Qué pensaría Frobisher de eso?», se preguntó.

No la recibió Nellie en persona, pero había una cesta de frutas en la mesa y un precioso jarrón lleno de claveles rosas; «Muy adecuado», pensó, porque todo ese sitio era rosa; ella se esperaba los típicos verdes y marrones poco inspiradores. Había una tarjeta apoyada contra el jarrón. Era una postal, una de esas de «Monumentos de Londres» que estaban por todas partes. Pero no parecía del estilo de Nellie, en realidad. Gwendolen giró la foto del Tower Bridge y leyó: «Bienvenida a tu nueva casa. Atentamente, Nellie Coker». «Espere nuevas instrucciones» era la frase del día, al parecer.

Las postales le recordaron que tenía que ponerse al día con su correspondencia. Le envió las Houses of Parliament a Cissy y la Torre de Londres a las señoritas Tate, Rogerson y Shaw. «Londres es muy interesante. Creo que me voy a quedar un poco más para seguir

viendo cosas.» El señor Jenkinson, su abogado de York, recibió una postal de la catedral de St Paul en la que lo informaba de su cambio de dirección: «Me voy a quedar más tiempo. Envíeme toda la correspondencia a esta nueva dirección. ¿Puede recomendarme un banco en Londres?».

La vivienda de «encima del negocio» de The Crystal Cup resultó ser un apartamento sorprendentemente bien equipado. Se entraba por una puerta anodina que daba a una callejuela que había detrás del club nocturno. Si no lo sabías, no podrías detectar que ambos estaban en el mismo edificio.

Detrás de la puerta había una escalera empinada e iluminada por lámparas de gas que llevaba al piso. Gwendolen no tenía muchas expectativas del lugar cuando accedió a vivir allí sin verlo antes. «Alojamiento gratis. Así te ahorrarás una considerable cantidad de dinero, teniendo en cuenta cómo están los alquileres en Londres», la animó Nellie. Ella, con su útil camuflaje de bibliotecaria humilde que había accedido al glamur de las brillantes luces de la capital, se mostró muy agradecida con la señora Coker por su generosidad.

Teniendo en cuenta el exterior tan ordinario, el interior suponía una sorpresa, o un *shock* incluso. Parecía que ninguna bota llena de barro había ensuciado nunca esa alfombra rosa. Ninguna torpe mano masculina había corrido esas gruesas cortinas de terciopelo rosa. Había mullidos sofás, lámparas con pantallas en tonos rosas apagados y espejos venecianos biselados. Había griferías cromadas en el baño nuevo y también una cocinita inmaculada (que claramente no se había usado nunca). El dormitorio tenía unas pantallas de chifón plisado rosa en las lamparillas de las mesitas y la cama ya estaba hecha, con las sábanas y las mantas cubiertas con un edredón de satén acolchado y muy ahuecado. Rosa, por supuesto.

Había un minibar para cócteles también: un mueble de raíz de nogal que había en un rincón y que tenía la apariencia de una radio. Gwendolen solo lo descubrió cuando fue a encenderla para buscar el concierto nocturno de The Savoy Orpheans; al abrirla, vio que el interior estaba forrado de cristal y espejos y bien surtido de licoreras y botellas. ¿Qué pensaría Frobisher de todo eso? (¿Y por qué se pasaba ella tanto tiempo especulando sobre lo que opinaría él?) Se preguntó si habría una radio que pareciera un minibar en alguna parte. Si la había, ella no logró encontrarla.

Daba la sensación de que nadie había vivido en ese apartamento. ¿Lo habría ocupado el gerente anterior?

—¿Ese traidor? —exclamó Nellie, que apareció de improviso una

noche para ver qué tal se había adaptado Gwendolen—. No, señorita Kelling, aquí no ha vivido nadie. A mí me gustaba subir y simplemente pasar el rato sentada.

—¿Sentada?

—Sí, sentada nada más. Está intacto. Impoluto. No ha pasado nada nunca aquí. Y a mí eso me supone un gran alivio.

—¿Y yo no lo voy a mancillar, señora Coker?

—No creo, señorita Kelling. —Lo dijo con el aire de alguien que está haciendo un cumplido cuando no está acostumbrada a ello.

Y de repente pasó a hablar solo de negocios.

—Mi hijo pequeño, Ramsay, vendrá a recogerla mañana por la noche, señorita Kelling, para enseñarle todos los clubes: nuestro pequeño reino. Y también The Crystal Cup. Él se lo explicará todo.

¿No iba a necesitar más que una noche para enterarse de todo?

—Oh, no es complicado, en realidad —aseguró Nellie (¡sin darle ninguna importancia!)—. Bueno, tengo que irme, señorita Kelling. Que tenga buena noche. —Y se fue tan rápida e inesperadamente como había llegado.

«Y así empieza todo», pensó Gwendolen.

Una visita inesperada de Nellie era, como mínimo, alarmante, y cuando se fue, Gwendolen abrió el minibar camuflado y se sirvió una copita de brandi medicinal para recuperar el coraje antes de acomodarse en el sofá de terciopelo rosa. Como antídoto calmante para lo que la rodeaba, cogió un ejemplar gastado de *Cranford* que había traído con sus cosas. No lo había leído desde que estaba en el colegio. La señora Gaskell parecería fuera de lugar en ese piso modernista. La Iris Storm de Michael Arlen estaría más comoda allí que la pobrecilla señorita Mattie.

Gwendolen se despertó sobresaltada. Debía de haberse quedado dormida leyendo *Cranford.* Había sido un día muy largo. Si se hubiera acercado a la ventana y hubiera mirado tras las cortinas, habría conseguido ver al hombre que estaba oculto entre las sombras de la entrada de una tienda abajo, en la calle. Por la forma en que miraba la ventana iluminada, cualquiera podría haberlo confundido con un desesperado Romeo, acompañado de un atento perro alsaciano.

Niven estaba de guardia por si Gwendolen Kelling hacía algo interesante. En un principio le había parecido una mujer sin dobleces, pero de repente se había convertido en un enigma.

Le sorprendió ver el Bentley aparcado al otro lado de la calle y se

pegó a la pared para ocultarse mejor en la oscuridad. Hawker ayudó a Nellie a salir del coche. Parecía debilitada desde que salió de la cárcel, pero tal vez era puro tetro, una maniobra para engañar a sus enemigos y que tuvieran una falsa sensación de seguridad (nada era lo que parecía con Nellie, que sería capaz de ganar en su propio juego al mismísimo Maquiavelo). Tal vez eso era lo que pensaba cuando la contrató; tal vez sabía que todo el tiempo había estado trabajando para Azzopardi. O para Maddox. Niven no se decidía sobre cuál de los dos era más factible. Gwendolen estaba jugando a un juego muy peligroso.

Nellie entró en el piso, salió media hora después y se fue en el coche. Su hijo vio que apagaban las lámparas rosas del piso progresivamente hasta que solo quedó una, cuya luz se escapaba por una rendija de las cortinas.

Oyó un ruido cerca; una rata, pensó, pero vio la brasa de un cigarrillo y Landor salió de la oscuridad, le sonrió y se tocó el ala del sombrero como si fueran compañeros de armas embarcados en la misma misión. Keeper gruñó cuando les dio la espalda y se alejó.

La última lámpara se apagó. Gwendolen Kelling se había ido a dormir. Niven se la imaginó con franela y calcetines. Y entonces decidió irse, antes de que su imaginación volara más lejos, con Keeper pisándole los talones.

Pierrot

Frobisher, animado, se puso a patear las calles otra vez, recorriendo todas las joyerías humildes del Soho. Cuanto más tiempo llevaba ese guardapelo en el bolsillo, más responsable se sentía por la chica muerta que lo lucía cuando estaba viva.

Los escaparates estaban llenos de baratijas, pero en Bond Street no. La mayoría de ellos tenía una doble actividad: además de joyeros, eran peristas. Y muchos ejercían una triple y también vendían los objetos que robaban los ladrones de Londres. Ninguno reconoció el guardapelo. ¿Se lo dirían si lo hubieran visto antes? Se mostraban evasivos antes incluso de que les enseñara la orden. Reconocían a un agente de la ley en cuanto lo veían. Había pocas probabilidades, lo sabía, pero era algo que tenía que tachar de la lista. Las chicas a las que sacan del río suelen llevar encima pocas pruebas.

Entró en otra joyería; esta estaba en Meard Street. Tenía un mostrador cubierto de cristal cerca de la entrada al local donde había en exposición diferentes alhajas. Una pulsera de bautismo que le hizo preguntarse qué habría pasado con el niño que la llevaba. Un sello masculino que tenía unas iniciales grabadas; no le serviría a nadie, a no ser que tuviera las mismas iniciales (no era el caso de Frobisher). Y un pequeño broche con forma de pájaro, fabricado en oro y esmalte azul.

—«Bleu de France» —explicó el joyero—. Así se llama ese color. Es francés, *fin de siècle*. Lo acabo de adquirir, me lo han vendido hace un par de días. Y he pagado un buen precio por él.

—¿Está a la venta?

—Esto es una tienda —contestó el joyero, con una mirada de lástima—. Todo está a la venta.

¿A Lottie le gustaría algo así? Era francesa, así que no era inmune a la belleza. Había algo en ese broche, tal vez su procedencia o quizás solo que contaba con cierto encanto, que le hacía pensar a Frobisher que a ella le gustaría. O tal vez era la culpa por pensar en Gwendolen Kelling demasiado y de forma inapropiada para un hombre casado. Le pidió una lupa al joyero para comprobar que no tenía nada grabado por detrás.

—Un bonito cierre también. Una señal de que es un trabajo de

buena calidad —comentó el joyero.

Sí que había algo grabado, pero no era un nombre de mujer, sino una inscripción: «Para la que más quiero». No había sitio para más. Era algo que se le podía decir a otra mujer perfectamente, se dijo Frobisher, y preguntó:

—¿Cuánto?

—Para usted, cinco libras.

—¿Cinco libras?

—El ojo es un diamante.

—Uno muy pequeño.

—También es un pájaro pequeño. Tres libras.

—¿Y qué le parecen dos?

—Se está aprovechando de mí.

—Y póngalo en una cajita.

Ese hombre era también perista y Frobisher se dio cuenta después, cuando le dio el broche a Lottie, de que había aceptado demasiado rápido la afirmación del joyero de que su procedencia era totalmente legal.

Luego pasó por varias ópticas, pero allí no sintió la tentación de comprarse unas gafas. Ese no era un regalo que Lottie apreciaría. Ella veía a la perfección.

Nadie reconoció las gafas de la chica muerta, pero tampoco esperaba que lo hicieran.

Llegó al concesionario de Austin en Oxford Street justo antes de que cerraran.

—Su carruaje le espera, señor —anunció el vendedor.

Frobisher condujo a paso de caracol. No habría quedado bien que atropellara a un peatón la primera vez que sacaba el coche (más bien nunca). Solo había conducido una vez antes: un chófer de la policía le había enseñado lo básico hacía dos semanas.

Tenía por delante toda la libertad de la carretera. Tal vez le pidiera a Gwendolen que lo acompañara a dar una vuelta en el coche. Podrían ir a Eagle de Amersham y comer en el jardín interior si hacía buen tiempo. O incluso más allá: podían explorar la costa sur juntos, Hastings, Broadstairs, Rye… O ir al interior: Cookham o Reigate. Iba a necesitar un mapa de carreteras y también algún almanaque.

Frobisher se dio cuenta de repente de que su ridícula tendencia a soñar despierto lo había metido en medio de Piccadilly Circus. Había una obra (para agrandar la estación de metro) y ya la había rodeado varias veces y no encontraba ninguna salida. Eros habría salido de ese caos mucho rato antes. Obviamente, no se refería al dios, sino a su

hermano Anteros, que representaba el tipo de amor opuesto, uno benévolo y desinteresado, nada que ver con el éxtasis y la lujuria de Eros (Frobisher se alegraba de no tener hijos a los que aburrir con todos esos datos inútiles). Solo pensar en el amor erótico le hizo sentir incómodo. Respiró más tranquilo cuando por fin logró escapar de las garras de Piccadilly y pisar el acelerador (había estado repasando una y otra vez los nombres de las partes del coche durante los últimos días).

En el cruce con Swallow Street se fijó en que había un hombre en la acera tocando un organillo. Parecía vender animales, porque estaba rodeado de cajas y jaulas. Frobisher vio canarios, periquitos y una camada de gatitos atigrados. ¿A Lottie le gustaría tener un gato? A todas las mujeres les gustaban los gatitos, ¿no? Entonces recordó los tulipanes. Tal vez debería dejar de hacer generalizaciones sobre el sexo débil. Además, ella era una mujer que no tenía nada que ver con las demás.

Aparcó junto a la acera, una maniobra que resultó más difícil de lo que había anticipado. El organillo estaba emitiendo una melodía de antes de la guerra: *I Want a Girl, Just Like the Girl That Married Dear Old Dad.* La madre de Frobisher era una mujer dulce que siempre perdonaba los defectos de todo el mundo. ¿Cómo le habría ido a él con alguien así? Demasiado tarde.

Encima del organillo, en vez del típico mono, había un perro, un terrier pequeño vestido de forma incongruente con un disfraz de Pierrot, coronado por un sombrero cónico que llevaba ladeado y sujeto a la cabeza con una goma elástica. Frobisher salió del coche. El perro lo miró impasible. Era imposible saber qué se le estaría pasando por la cabeza. Que se aburría, seguramente, pensó. Los perros no tenían voluntad propia, siempre estaban obedeciendo a alguien. Pensándolo bien, no eran muy diferentes de las personas en ese aspecto.

Había empezado el día con un Pierrot y parecía que lo iba a acabar con otro. El destino se estaba riendo a su costa.

—¿Cuánto quiere por el perro? —le preguntó al organista.

—No está a la venta.

—Todo está a la venta —contestó él.

Cuando por fin llegó a casa, se sorprendió al encontrar a Lottie de muy buen humor y al ver que había cocinado *bouillabaisse* para cenar. A Frobisher no le gustaba la sopa de pescado, nada, pero limpió el plato y pidió repetir solo por gratitud ante el cambio de ambiente en Ealing. Su mujer ya se había puesto el broche en el cuello de la blusa.

«Un oiseau bleu», dijo y apretó la cara contra el cuello, donde llevaba la joya. Todos los pensamientos sobre Gwendolen Kelling desaparecieron temporalmente.

Fresias

Fue el olor de las flores lo que sacó a Edith del sueño profundo. Tuvo en ella el mismo efecto indeseado que las sales para los desmayos. Ella compartía la opinión de su madre sobre las flores, pero se sintió obligada a apreciar el gesto enarcando levemente una ceja. Las fresias estaban en la almohada, al lado de su cabeza, un lugar muy ridículo para ponerlas. «¿Por qué no en un jarrón?», pensó.

—¿Eres tú? —dijo con voz quebrada. (Por supuesto que lo era.)

Él se sentó en el borde de la cama y le aplastó una pierna. Ella intentó levantar la cabeza, pero no pudo. Se sentía terriblemente débil, como si le hubieran extraído toda la energía. Notaba los labios secos y agrietados y sabía que tendría el pelo sucio pegado a la cabeza. Era indigno que la gente la viera así. Eso era lo que tenían los hospitales: que cualquiera podía entrar en tu habitación y quedarse mirando cuanto tú estabas en tu peor momento y el menos favorecedor. Giró la cabeza en un ángulo raro, intentando apartarse del olor enfermizo de las fresias, y soltó una exclamación de dolor porque sintió fuertes pinchazos en la tripa.

—¿Estás bien, cariño?

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que utilizó un apelativo cariñoso. Debía de haberle dado un buen susto cuando había estado a las puertas de la muerte. ¿Qué habría pasado si se hubieran abierto y ella hubiera cruzado el umbral que llevaba al otro lado? Seguro que la habrían juzgado por sus pecados. Y no habría podido defenderse.

—Estoy bien, gracias —murmuró—. No hacía falta que vinieras.

—Cómo no iba a venir. Eres preciosa para mí.

¿Preciosa? Qué palabra más poco típica de él. Sonaba ridícula, de hecho.

¿Qué hora sería? No se oía el murmullo de fondo de la hora de visita. ¿Y si su familia lo encontraba allí? Sacarían conclusiones. Y estarían en lo cierto. Le estaba apretando la mano. Ella preferiría que no lo hiciera y se contuvo para no apartarla, pero él no solía ser tierno, así que no se sentía cómoda. Se imaginó que entraba Nellie y los veía. Solo de pensarlo se puso muy nerviosa. Le había confesado muchas cosas a su madre en la parte de atrás del Bentley, pero había

otras de las que no podía enterarse nunca. Había sido Edith, no Gwendolen Kelling, la que había iniciado la caída de la casa de los Coker. Lo único que podía redimirla ahora era detener el derrumbe.

Las desagradables cortinas verdes de las ventanas estaban echadas, y las lámparas, encendidas. Pero las del resto de la sala estaban abiertas. Cualquiera podía entrar y mirar. Pensar en la posibilidad de que llegara Nellie la alteraba. Pero ¿qué hora era? (¿Y qué día?)

—¿Es la hora de visita? —preguntó, nerviosa. Su madre ya había ido a verla, pero ¿volvería? Edith esperaba que no.

—No, he venido cuando volvía a casa después del trabajo.

Él tenía una casa y todo lo que eso conllevaba, pero casi nunca la mencionaba. Ella sabía que tenía un nuevo bebé. Era un hogar muy fértil. Edith había visto a su mujer una vez, en la calle, del brazo de él, de camino a un restaurante. Era más atractiva y menos simple de lo que se había convencido que era.

¿Cómo había logrado pasar el filtro de la enfermera? Aunque hubiera venido el mismísimo rey, si no eran entre las tres y las cuatro de la tarde, te echaban con cajas destempladas. Si no eras Nellie, claro.

Él rio.

—Le he dicho que era un asunto oficial. Me conocen de todas formas. Llevas un tiempo inconsciente. Me han dicho que no te ha sentado bien la anestesia. Infección en la sangre, dicen que ha sido. ¿Cómo ha podido pasar eso?

¿Eso era lo que le habían dicho en el hospital? Nellie debía de estar repartiendo dinero a espuertas.

—¿Quién sabe? —respondió Edith—. Un clavo oxidado, tal vez.

Nunca le confesaría lo que había pasado.

Él inspiró hondo y ella vio que se estaba preparando; eso era el preludio del engaño. Lo conocía bien.

—No les has dicho nada, ¿no? —dijo como si no le diera demasiada importancia—. Cuando salías de la anestesia. La gente baja la guardia en situaciones así.

Ella se lo quedó mirando fijamente. ¿Por eso estaba allí? No para interesarse por ella, sino para asegurarse de que no había contado nada por accidente. Edith de repente sintió frío. El olor de las flores le daba náuseas. Agitó la mano hasta que él cogió un recipiente esmaltado y la ayudó a incorporarse. Vomitó todo lo que tenía dentro.

—Ya está, ya está —murmuró él mientras le acariciaba la espalda. Tenía hijos, recordó.

¿Y si ella había dicho algo? ¿O si le decía que era lo que iba a hacer? ¿Que ya se había cansado de ese juego y que lo iba a confesar

todo? ¿Qué haría él entonces? Se sintió febril. Sabía que podía ser implacable, por eso le gustaba, pero si volcaba todo eso contra ella… Tendría que estar alerta. Pensar eso le hizo recuperar un poco de energía.

—Deberías irte —dijo.

—Te veré pronto, Edith. —Le dio un casto beso en la frente perlada de sudor.

Se sintió aliviada cuando se fue. Entonces entró una enfermera y le dijo:

—Qué flores más bonitas, señorita Coker. Las voy a poner en un jarrón.

Ella todavía lo veía, allí, en el pasillo. Lo había interceptado una de las enfermeras nocturnas y él había desplegado todo su encanto. No podía haber llegado donde estaba sin esa cualidad. Oyó la risita bobalicona de la enfermera y que después dijo: «¿Pero qué hace usted aquí? No estaremos todas detenidas, ¿no, inspector Maddox?».

¡Maddox! Nellie estaba tan sorprendida (algo que pasaba muy pocas veces) que solo alcanzó a decir: «¡Oh!», lo que provocó que una enfermera que pasaba le preguntara si estaba bien.

—Sí, gracias —respondió ella.

—¿Está buscando a alguien? —insistió la enfermera.

—Ya los he encontrado, gracias —contestó mirando al final del pasillo, donde estaba la cama de Edith.

Habían abierto las cortinas (tenía que hablar con alguien sobre eso) y Nellie la veía perfectamente. La enfermera no se movió; hacía mucho que había pasado la hora de visita y la presencia de la madre la confundía, pero Maddox no era el único que podía saltarse las normas del hospital. Un billete nuevecito de una libra te permitía entrar (y salir) de casi cualquier parte, ella lo sabía por experiencia. Tenía unos cuantos en el bolsillo de su abrigo de marta cibelina. Ni siquiera su sastre de Chandos Place podía arreglar ese abrigo para que Nellie no pareciera otra cosa que un enorme mamífero. («Un castor o una nutria muy grande», le dijo Betty a Shirley. «Cuando muera, ese abrigo es mío. Si es que se muere alguna vez», añadió Shirley.)

Nellie le hizo un gesto a la enfermera para que se fuera y ella se retiró obediente, hechizada por sus misteriosos poderes.

Edith le había confesado a su madre lo que había hecho en la parte de atrás del Bentley, cuando estaba al borde de la muerte.

—¿Clandestino? —preguntó Nellie, perpleja—. ¿Una mujer cualquiera con una aguja de tejer y una cuchara? —Si había unas clínicas estupendas en Harley Street a las que podía haberla llevado…

¿En qué estaba pensando?

Edith no quiso revelar la identidad del padre.

—¿Quién es? —insistió Nellie—. ¿Está casado?

Pero su hija no quiso decir nada y después se quedó inconsciente. Nellie se quedó en el limbo, que no era un lugar en el que le gustara estar. A Edith nunca le habían llamado demasiado la atención los hombres. No parecía una candidata para dejarse llevar por la lujuria.

Por eso estaba merodeando por allí, espiando a su propia hija con la esperanza de que ese misterioso amante apareciera. Esa no era tarea que se le pudiera encargar a alguno de los espías que tenía en nómina. Un asunto demasiado privado.

Y ahí estaba, sentado en el borde de la cama, donde todo el mundo podía verlo: Maddox (¡precisamente!) le estaba cogiendo la mano a Edith como cualquier amante. Él se levantó para irse y Nellie se ocultó tras un biombo para quedar fuera de la vista, pero le dio tiempo a ver que se agachaba y se despedía con un beso.

Todo el tiempo que ella estuvo en Holloway, Maddox lo había dedicado a seducir a Edith. Ella era la llave para acceder al imperio Coker: con ella se te abrían todas las puertas. Los libros, el dinero, los contactos, cómo funcionaba todo… El embarazo habría sido la guinda del pastel para él. No solo tendría en sus manos sus secretos, sino también su sangre, aunque ambas cosas eran intercambiables en realidad.

Maddox había corrompido a Edith. La hija en la que más confiaba. Edith debía volver al seno de la familia y ella tenía que protegerla de él, que sin duda la estaba utilizando para lograr sus propios fines. Ya le había hecho daño, ¿cuánto más podría causarle? A Edith y a todos ellos.

Aunque Nellie no creía en nada más (había dejado de lado a Dios, la paciencia y las flores), en la lealtad sí. Siempre había sabido que Maddox la traicionaría algún día, no tenía ni una gota de sangre en la que se pudiera confiar en todo su cuerpo, pero le sorprendió el método que había utilizado para lograr sus objetivos.

Cuando estuvo segura de que se había ido, salió también y subió al Bentley, que estaba aparcado en la calle para evitar miradas curiosas.

—¿A casa? —preguntó Hawker con aire optimista. Esperaba poder irse a dormir pronto.

—No, llévame a The Amethyst —pidió Nellie.

Habría sido abuela si no hubiera sido por la intervención de esa aguja de tejer. Solo de pensarlo se le revolvía el estómago.

Antes de irse del hospital, paró a una enfermera del turno de noche y le dijo que echara las cortinas que rodeaban la cama de Edith.

—Y líbrese de esas fresias. Tírelas a la basura.

Pero la enfermera no hizo lo que le pidió, sino que se llevó las flores a casa al final del turno y se las regaló a su madre, que exclamó: «¡Fresias! ¡Qué bonitas!».

«Aunque es más bien pequeña, es toda una furia»

Cansada y con mucha hambre, Freda recorrió con paso cansino las calles inhóspitas y al final encontró refugio en, curiosamente, una biblioteca pública de Westminster. El dueño de la cafetería de Neal Street debió de ser quien le dio la idea («Oiga, señorita. Esto no es una biblioteca»).

Cissy le había sugerido que su amiga Gwendolen le podía conseguir un trabajo en la biblioteca de York. A Freda le repelió esa idea, pero en ese momento las circunstancias eran diferentes. Se podría pasar todo el día colocando libros en las estanterías si eso significara que el final de la jornada tendría algo que comer y una cama para dormir. No podía ser peor que lo que le había pasado en el Adelphi.

La sección de obras de consulta parecía ofrecer el mejor refugio, así que Freda escogió un libro al azar de las estanterías, se sentó en una mesa vacía y escondió como pudo la maleta entre sus pies para que pasara inadvertida. Hasta ese momento había conseguido evitar la mirada atenta de las bibliotecarias. Se imaginó que una venía y le decía: «Oiga, señorita, esto no es una cafetería», aunque tal vez una bibliotecaria no diría «Oiga». Seguro que Gwendolen no hablaría así.

Poco después se le acercó un hombre mayor y pensó: «Oh-oh, allá vamos»; o la echaban o tenía intención de proponerle algo. Pero no ocurrió nada de eso. El hombre se agachó y en un suave susurro le dijo que se había fijado en que no tenía nada para escribir y que podía prestarle papel y lápiz para que tomara notas de lo que estaba leyendo.

Y así se pasó Freda una buena parte de la tarde escribiendo cosas sin sentido copiadas de *Jane's Book of Fighting Ships* (literalmente, «El libro de barcos de guerra de Jane») para continuar con su farsa. Se preguntó quién sería Jane. A las mujeres por norma general no les interesaban los barcos, y mucho menos los de guerra. ¿Qué veía la gente en esos libros? Eran muuuy aburridos, aunque no los que hablaban de los mitos griegos, esos eran una excepción. ¡Si los libros se pudieran comer, sí que serían útiles!

Al final una bibliotecaria muy seria se acercó a Freda y ella supo que se le había acabado el respiro; suspiró y recogió sus pertenencias. El señor mayor tan amable seguía tomando notas de un tomo grueso y

también con pinta de aburrido. Freda le hizo una leve reverencia cuando pasó a su lado. Seguro que le habría dado un chelín si se lo hubiera pedido, pero eso la haría sentirse poco digna. («Todos somos poco dignos para los ojos de los dioses», decía Duncan. «Habla de la guerra», aclaraba Vanda.)

El señor le sonrió y respondió a su reverencia con un leve gesto de la cabeza. Entonces extendió una mano hacia ella, que creyó que tal vez iba a conseguir el chelín al final, pero no; lo que intentaba hacer era meterle la mano huesuda bajo la falda. ¡Así que no era tan amable como parecía! Freda se zafó con cara de asco. Si no hubiera devuelto a la estantería el libro sobre barcos que estaba mirando, le habría dado un buen golpe en la cabeza con él.

A veces se sentía como si todo el mundo quisiera aprovecharse de ella.

Freda volvió hacia la zona de Covent Garden que conocía bien, esperando conseguir una manzana de algún puesto a base de súplicas.

Sin darse cuenta se encontró en Frith Street, la calle en la que estaba la Vanbrugh Academy of Dance. Cuando se acercó a la escuela empezaron a temblarle las piernas y se le aceleró el pulso. No podía soportar la idea de encontrarse por casualidad con la señorita Sherbourne. Ella no había querido ayudarla. ¿A cuántas chicas habría enviado a una «audición» al Adelphi, o a cualquier otro teatro? Freda se dio la vuelta y salió corriendo.

En Bow Street pasó por delante de una enorme comisaría que estaba enfrente de la Royal Opera House y que ocupaba la mitad de la calle. Debería denunciar la desaparición de Florence. Había un policía de uniforme allí enfrente, fumando un cigarrillo con una actitud bastante furtiva, como si no debiera estar haciéndolo. Eso le daba un aire de delincuente. Freda nunca antes había hablado con un policía y no estaba segura de cuál era la forma de dirigirse a uno. Se acercó, bastante nerviosa, y le dijo:

—Disculpe, señor.

—¿Sí? —respondió él bruscamente.

Ella persistió, a pesar de sus malos modales.

—Una amiga mía ha desaparecido y creo que debería decírselo a alguien. Por si le ha pasado algo.

—¿Pasarle algo?

—Anteayer creo que se subió a un coche con alguien.

—La gente se sube a coches todos los días.

—Pero es que ella no conoce a nadie en Londres.

—¿Y cómo sabes…? —Pero entonces vio a alguien saliendo de la

comisaría y ocultó rápidamente el cigarrillo con una mano y con la otra hizo un saludo marcial dirigido a esa persona.

—Señor…

—Oakes —murmuró el hombre en respuesta al pasar. Entonces miró por encima del hombro, se detuvo y se fijó en Freda. Ella se sintió examinada.

—¿Todo bien, sargento? —preguntó, mirando al policía.

—Sí, señor. Solo es una buscona que está ofreciéndome sus servicios.

—¿A un policía de uniforme delante de la comisaría de Bow Street?

Oakes rio.

—No se cortan, inspector jefe.

El inspector jefe dio otro paso, pero dudó y se volvió de nuevo. Buscó en un bolsillo, sacó media corona y se la dio a Freda.

—Tómate una comida caliente —dijo. Y se fue antes de que pudiera darle las gracias.

Ella se animó por esa moneda tan generosa y ya estaba soñando con una chuleta o un pastel cuando el sargento se la arrancó de los dedos.

—Ni lo sueñes —dijo.

Freda, sin pensar, se lanzó a por la moneda, pero él sacó unas esposas.

—¿Quieres que te detenga? —preguntó riendo.

Ella negó con la cabeza («Bienencarada, no descarada», recordó). Entonces el policía dijo:

—Pero si quieres ganar dinero conozco una manera. ¿Eso quieres? ¿Ganar dinero?

Freda siempre había sabido que alguien le pondría un precio, pero no esperaba tener que pagarlo tan pronto.

¡Florence! Estaba segura de que era ella. Iba paseando por Green Park con el único objetivo de encontrar una fuente de agua potable (no sabía si se iba a morir antes de hambre o de sed) cuando vio a su amiga. Aunque estaba de espaldas, seguro que era ella: esos hombros anchos y encorvados, los pasos pesados, el gorro de croché…

—¡Florence! —gritó. («¡Proyecta la voz!»; oyó mentalmente la voz del director de *El sueño de una noche de verano.)* Y otra vez—: ¡Florence! —Y lo repitió de nuevo.

La gente miraba a Freda, pero a ella no le importaba. Ese grito se habría oído en el fondo de la platea e incluso en el gallinero, pero en ese momento no cumplió su objetivo. La figura rechoncha siguió avanzando con su paso lento y pesado. Gritó su nombre una vez más

son todas sus fuerzas, por si acaso:

—¡Florence! —Tenía la voz ronca. Llevaba sin beber nada desde que se tomó aquella taza de té en Neal Street esa mañana.

Echó a correr, con la maleta chocándole contra la pierna, pero no sirvió de nada. Freda creía que estaba avanzando, pero entonces se encontró con unos niños que estaban por allí perdiendo el tiempo y se pusieron a correr a su lado y a bromear y burlarse de ella; como no se paró a hablar con ellos, uno le puso la zancadilla y se tropezó y salió volando. Después huyeron, riéndose y dejándola allí con una rodilla bastante magullada. Se mordió el labio para frenar las lágrimas. No iba a llorar.

Cuando consiguió ponerse en pie, otro señor mayor apareció a su lado (Londres parecía estar lleno de ellos) y se ofreció a ayudarla, pero ella se zafó de él. ¿Quién sabía qué intenciones tendría?

Ya no había rastro de Florence. En ese momento ya dudada incluso de que fuera ella. El hambre debía de haberle dado alucinaciones. ¿No tenían fondo las profundidades a las que podía arrastrarla la desesperación?

Después de salir de Green Park, Freda se pasó unas cuantas horas vagando sin rumbo por el Soho y atrayendo una atención indeseada. Por fin, gracias a Dios, un reloj grande que había sobre una joyería le indicó que había llegado la hora.

Se quitó la ropa de diario en un baño público de Piccadilly, colocó la maleta sobre la tapa del váter y sacó sus zapatos de baile y su vestido favorito. Se le había quedado pequeño, aunque había perdido peso últimamente debido a la dieta obligatoria que estaban haciendo por culpa de la miseria. No era una prenda común, sino un disfraz real de Flor de guisante de *El sueño de una noche de verano*. Le gustaba tanto ese vestido verde de lentejuelas que se lo había metido en su bolsa sin que la vieran después de la última representación de la obra, aunque sin las alas. No le cabían. Pero le gustaría tenerlas. Eso no era un robo exactamente; aparte de la cartera del señor Birdwhistle y la rebeca rojo cereza de las Lanas, Freda no robaba nunca. No, había sido el canto de sirena de la belleza y por eso había que disculparla.

«¡Saludos, mortal!» Había improvisado la parte de la exclamación cuando dijo su única frase con tanta fuerza que la oyeron desde la última fila del Joseph Rowntree Theatre, o eso le dijo Florence. Freda le regaló dos entradas y ella fue con su madre. «Muy agradable», dijo la señora Ingram después, que era como menospreciar con una débil adulación, como solía decir Duncan.

¿Dónde estaría Florence? Había desaparecido tan misteriosamente

como había aparecido en la puerta de un convento cuando era un bebé. Por absurdo que resultara, Freda no podía librarse de la sensación de que su amiga había vuelto al lugar de donde había venido. Ella debería haber sido más valiente, haber entrado en la comisaría de Bow Street y haber dado la descripción de Florence. Si veía al policía amable que le había dado la media corona (todavía sufría por su pérdida), tal vez podría pedirle ayuda a él.

Cuando llegaron a Londres, se pasaban las noches paseando juntas por las exóticas calles del Soho, maravilladas por la variedad de personas, tiendas y restaurantes. No era como estar en un país extranjero, sino en cien al mismo tiempo. Para su sorpresa, descubrieron que, al parecer, en la capital la gente no hacía más que beber y bailar como si estuviera poseída. Era como si empezara una fiesta enorme y muy loca bajo las aceras de la capital en cuanto caía la noche y solo terminaba después del amanecer.

«Como en el país de las hadas», dijo Florence. Estaba muy *au fait* con el tema de las hadas y tenía un precioso libro ilustrado de los cuentos de Grimm que Freda hojeaba a menudo para ver los dibujos. Su amiga, con su imaginación desbordante, aseguró una vez que había visto hadas en el jardín, escondidas tras el laurel. Ella sugirió que fuera al médico para que le miraran la vista.

Florence le había contado cómo había que comportarse en el país de las hadas, que parecía un lugar aterrador que no tenía nada que ver con lo que se veía en *El sueño de una noche de verano*. «No debes comer ni beber nada en el país de las hadas», le advirtió muy seria (como si tuviera pensado ir de visita pronto). «Hay que ser siempre educada y no olvidar que nada es lo que parece. Sirven vino en copas de cristal y melocotones en platos de oro, pero el vino en realidad es agua sucia de un estanque y los melocotones son caracoles. Y todo el oro y las joyas no son más que rocas y cenizas.» Florence se ponía muy lírica cuando hablaba del país de las hadas.

Las dos estuvieron mucho tiempo especulando sobre qué pasaría dentro de los clubes del Soho. Su amiga aplicaba a ese lugar su visión sobre el país de las hadas, pero Freda se imaginaba que se parecía más a las imágenes del monte Olimpo que venía en su guía infantil de los mitos griegos: gente tirada en divanes, comiendo ambrosía y bebiendo néctar mientras alguien tocaba el arpa.

Freda tenía que comer. Y para eso necesitaba dinero. «Pero si quieres ganar dinero, conozco una manera. ¿Eso quieres? ¿Ganar dinero?», le había dicho el desagradable sargento de policía que le había robado su media corona, que entonces sacó su libretita, escribió algo, arrancó la

hoja, la dobló muy bien y se la puso en la mano, como si estuvieran pasándose notitas en el colegio. «Es una dirección. Ahí hay gente que te puede encontrar un trabajo», le dijo.

Freda se puso los zapatos de baile, se pintó los labios y miró su reflejo en un espejo pequeño y sucio que había sobre el lavabo del baño público. Suspiró. Tendría que valer.

El día, que había sido agradable, había refrescado en cuanto empezó a oscurecer, pero decidió que no quería ponerse su abrigo viejo, porque no daría la impresión que quería. Antes de doblarlo y meterlo como pudo en la maltrecha maleta, sacó del bolsillo el trozo de papel que el policía había arrancado de su libreta. Lo desdobló y leyó la dirección: «Tisbury Court, 26. Sube dos plantas y pregunta por Dame Wyburn», había escrito con una letra apresurada.

Tisbury Court era una calle lúgubre que conectaba Wardour Street y Berwick Street y que Freda había utilizado como atajo unas cuantas veces. ¿Dame, o sea «Dama»?, pensó Freda. Se acordó de la Viuda Twankey y Mamá Oca. No era probable que alguien así viviera allí. En la obra *Babes in the Wood* en la que había participado, la dama era la niñera, la niñera Trott la llamaban; aunque según dijo el director era «inventada», porque había que «introducir una dama en alguna parte». Ese papel de niñera (o niñero, Freda nunca supo muy bien cómo llamarlo) lo representaba un hombre grande y corpulento que se «pluriempleaba» haciendo, además, el papel de boxeador.

Un último vistazo en el espejo. Arrugó el papel que le había dado el policía y lo tiró por el váter. Ya no era tan inocente como para no saber qué le iba a pasar en esa casa de Tisbury Court. Las chicas eran moneda de cambio en esa ciudad y se podían comprar, vender y después seguir comerciando con ellas hasta que ya no tenían ningún valor. Freda se irguió en toda su estatura y levantó la barbilla. Ella ya no era una niña. Era el momento de agarrarse los machos.

El país de las hadas

Ramsay estaba recorriendo el camino que tan bien conocía, desde The Sphinx hasta The Amethyst, tras haber realizado su ritual nocturno de la inyección de Gerrit en el almacén. Caminaba despacio, manteniéndose con mucho cuidado para no romperse en mil pedazos, mientras contemplaba el ir y venir habitual de putas y borrachos.

Las calles se desdibujaban a su alrededor, tenía que centrarse un poco antes de llegar a The Amethyst y verse ante el habitual examen maternal. Iba a ir a la timba de Belgravia con Quinn después y entonces iba a necesitar que su mente estuviera a pleno rendimiento.

Llegaba una brisa desde el río, que venía del mar, y a Ramsay le pareció que olía al salitre proveniente de las marismas de Essex, y seguramente también algo a alcantarilla. Vio a un par de putas que iban a por él como leonas que acorralan a un antílope. Intentó tomar nota mental de esa imagen, pero no consiguió retenerla.

Ninguna de las mujeres estaba en los mejores años de la juventud. Una tenía el pelo muy negro, tanto que parecía teñido con betún. La otra tenía el cabello de un pelirrojo igual de antinatural.

—Hola, guapo —dijo la primera—. ¿Qué está haciendo por aquí un chico apuesto como tú a estas horas de la noche?

La pelirroja llevaba un abrigo de piel raído que alguna vez fue blanco, pero en ese momento se veía estropeado y amarillento. Soltó una carcajada y le puso la mano en el brazo.

—¿Quieres pasar un buen rato, cariño?

—¡Un rato estupendo! —graznó la otra, agarrándolo del otro brazo —. Por cinco chelines con las dos, si quieres.

La mujer del betún en la cabeza estaba muy cerca de él, tanto que, incluso bajo la tenue luz de la farola, le veía la piel grisácea bajo los ojos y los labios rojos mal pintados, que movía como un pez para intentar seducirlo. La otra lo agarraba con tanta fuerza como una almeja muy contumaz, hasta que Ramsay por fin se zafó de las dos arpías y huyó. Se alejó caminando rápido sin mirar atrás.

Le tenía pavor a las putas callejeras, porque eran criaturas muy ordinarias, sobre todo las de las calles de Londres. Al parecer, en Oriente las cosas eran distintas con todas esas seductoras huríes y odaliscas. Un «hermano» de Nellie (James) había aparecido un día

(era capitán de barco, según decía), poco antes de que abandonaran Edimburgo para mudarse a Londres («Por fin te encuentro, Ellen»), y una noche, mientras Nellie estaba acostando a las niñas, le contó a Ramsay varias historias disolutas sobre el tiempo que pasó en Shanghái.

Cuando bajó del piso de arriba, el hombre estaba en lo más interesante, explicando con todo detalle las habilidades acrobáticas de las «damas de la noche» chinas. Nellie lo echó de la casa y le dijo que no volviera nunca.

—Pues alguien debe enseñarle a ser un hombre —gruñó mientras salía por la puerta.

—Eso ya se lo enseño yo —contestó ella.

—Pues no lo estás haciendo muy bien —dijo él entre dientes.

No volvieron a verlo. Edith les dijo que no era realmente su tío.

—¿Hola?

«Oh, Dios, otra no», pensó Ramsay. No podías pararte cinco minutos sin que viniera otra a hacerte proposiciones. Esta era joven y llevaba un atuendo extrañísimo: un vestido verde de gasa cubierto de lentejuelas que habría encajado perfectamente en un circo. Un hada verde, se dijo. *La fée verte.* Le recordó cuánto le gustaba la absenta y lo mucho que le apetecía en ese momento.

—Dame uno, ¿quieres? —pidió el hada verde con una pose muy artificial mientras señalaba la pitillera que tenía en la mano. Era demasiado joven para estar tan harta de la vida, pensó Ramsay. Sospechaba que estaba actuando. Llevaba una maleta en la mano. ¿Acababa de bajarse del tren y ya estaba buscando trabajo?

—Por favor… —dijo él.

—Dame uno, por favor.

Le ofreció un cigarrillo de mala gana y después se lo encendió. Ella empezó a toser inmediatamente.

—Es tabaco turco —explicó Ramsay—. Muy poco recomendable para menores. Tendrás que empezar por algo más suave para, con el tiempo, llegar a tolerar este.

Ella le dio otra calada menos ambiciosa y, conteniendo una tos, dijo:

—Yo no soy menor. —Entonces le tendió la mano y se presentó—: Fay le Mont, ¿cómo estás? Es mi nombre artístico —añadió a la defensiva cuando vio su expresión escéptica.

Él le estrechó la mano, cauto.

—Ramsay Coker. Y no es el artístico —añadió.

—¿Eres uno de los Coker? —preguntó, impresionada.

—Bueno… —balbuceó. ¿Siempre le iba a perseguir esa notoriedad? ¿Nunca iba a tener una identidad propia independiente? ¡Un nombre artístico! ¿Cómo no se le había ocurrido? Aunque no sería eso exactamente, sino un *nom de plume*. Una identidad que no tuviera nada que ver con el negocio de su madre. El apellido Coker traía a la mente la infamia, nunca iba a poder librarse de eso y conseguir que lo respetaran en el mundo de la literatura. ¿Qué nombre podría ponerse? Algo varonil, como John Buchan. Mejor más enigmático… Ricard de Saint Pierre, Jean DeFlamme. Así se llamaba su profesor de francés en el colegio. Ellos…

—Todavía estoy aquí —exclamó el hada verde, aplastando el cigarrillo que apenas se había fumado con el tacón de uno de sus zapatos de baile plateados. Eran idénticos al que había encontrado en el almacén de The Sphinx.

Ramsay suspiró.

—¿Qué es lo que quieres?

—Un trabajo.

—¿Un trabajo?

—Sí, un trabajo. Bailando. Ahí —dijo, señalando The Amethyst—. Por favor.

Nellie nunca la contrataría. Estaba delgadísima, una vagabunda muerta de hambre.

—¿Cuándo ha sido la última vez que has comido? —preguntó él, y, sin esperar una respuesta, volvió a suspirar y, apagando el cigarrillo que se estaba fumando él, dijo—: Ven conmigo.

En la oficina que había detrás de la taquilla de Nellie, Ramsay vio a Kitty tirada en un sofá que tenía allí, hojeando con poco interés un ejemplar de *Picture Play*. Tuvo que contener las ganas de tumbarse con ella, porque estaba bajo la implacable autoridad de Nellie justo desde el momento en que cruzaba el umbral del club.

Su madre llevaba una extraña mezcla de flecos y plumas. La costurera adaptaba la última moda a su figura. «Es la reina del pudin», decía Betty. Tanto ella como Shirley llevaban vestidos de noche de los mejores modistos de París. También Edith, aunque nunca los lucía como debía. Los vestidos eran «gastos del negocio», según Nellie, que decía que las chicas tenían que «ir vestidas a la altura del personaje», como si fueran a actuar en una obra de teatro.

Nellie miró a Ramsay con una ceja enarcada.

—¿Quién es esta?

—Una chica —dijo Ramsay, sin entrar en detalles.

—Eso ya lo veo.

—Quiere trabajo como bailarina profesional.

—Ah, ¿sí?

Nellie miró a Freda por encima de sus gafas y le dijo a él:

—¿Qué edad tiene?

—No lo sé. —Se volvió hacia la chica y le preguntó—: ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—Dieciséis —le repitió él a Nellie.

Esta se echó a reír y siguió ensartando entradas en un punzón. Freda miró a Ramsay para que le explicara la situación. Él se encogió de hombros.

Un momento después levantó la vista de su tarea y le dijo a la chica:

—¿Cómo te llamas?

—Fay. Fay le Mont.

Nellie volvió a reír, esta vez burlona.

—Y yo soy la reina de las hadas. ¿Cuál es tu nombre real, niña? Dime la verdad.

Ramsay sabía por la experiencia de toda una vida (literalmente) que era imposible mentirle a su madre cuando centraba toda su atención en ti. La fachada de Freda se desmoronó como la de muchos otros antes y claudicó:

—Freda. Freda Murgatroyd.

—Lleva a la señorita *Murgatroyd* con Betty, Ramsay. A ver qué puede hacer con ella.

—¿En serio? —preguntó él, sorprendido. Esperaba que su madre la rechazara. Esa chica iba a ser una bagatela ahí dentro y no le iban a quitar las manos de encima, como pasaba con todas las novedades que se vendían en el club.

—Sí, en serio. Estamos faltos de bailarinas —aclaró Nellie.

—Si tú lo dices, Mamaíta…

—Sí. Tu amigo está dentro, por cierto.

—No es mi amigo. —Luego se dirigió a Freda—: Bienvenida al país de las hadas —exclamó, y la empujó suavemente hacia la cortina de bambú, apartándosela para que pasara.

Ella dudó un momento, pero después dijo:

—Gracias. —Y cruzó el umbral hacia las fauces de The Amethyst.

—¿Adónde vas? —le preguntó Nellie a Ramsay cuando volvió de dejar a Freda en el interior del club.

—A la calle.

—¿A la calle adónde?

—A ningún sitio en particular.

—¿A ningún sitio? —insistió ella—. Es un lugar muy popular. Siempre vas a ese sitio.

Ramsay suspiró. ¿De verdad tenía que hacerle a su madre un informe de todos sus movimientos? Ya tenía veintiún años, por todos los santos.

—Voy a ver a Pamela Berowne —mintió—. La voy a llevar a cenar.

—¿Adónde?

—A Kettner's. —Había comido allí la semana anterior y esperaba recordar el menú, porque seguro que Nellie le iba a preguntar por él después. Ella sería mucho mejor policía que Maddox.

—Pues date prisa entonces —exclamó su madre.

Ramsay cogió un taxi que lo dejó en Eaton Square a la hora señalada. Quinn ya lo estaba esperando en los escalones que daban acceso a la casa, fumando sin parar.

—Ya creía que no venías —dijo en cuanto lo vio.

—No llego tarde —protestó él.

Quinn parecía extrañamente nervioso mientras le daba un tirón a la cuerda de la campanilla que había junto a la puerta. Los adornos de bronce de esta habían sido pulidos hasta el extremo y la pintura negra brillaba tanto que parecía un espejo. Un mayordomo tan impasible como era habitual en su oficio les abrió la puerta. No se podía saber si era el habitual de la casa o lo habían contratado para la ocasión. Lo primero que hizo fue solicitarles los nombres y después les abrió la puerta de par en par para que entraran, pero no fue a anunciarlos, así que tuvieron que subir solos las escaleras que llevaban al salón.

El lugar era suntuoso. Esta vez las alfombras que habían enrollado y retirado eran persas, del techo colgaban resplandecientes lámparas de araña y la «mesa de juego» era una enorme mesa de comedor de palisandro. Había otra larga a un lado con un bufé que estaba espléndidamente surtido con ostras, huevos rellenos, caviar y *mousse* de salmón. Y en ambos extremos había varias cubiteras con champán.

Quinn seguía estando nervioso, tal vez porque no parecía conocer a ninguno de los hombres de esmoquin que estaban congregados alrededor del bufé. En otras timbas a las que había asistido Ramsay también había unas cuantas mujeres presentes que animaban de forma agradable la velada, pero ahí la compañía era solo masculina. Y no era que los asistentes no fueran amables: eran educadísimos y pronto integraron a Ramsay en las típicas conversaciones sobre multitud de

temas. Un hombre que podía o no ser un mayordomo estaba todo el rato rellenándole la copa de champán, de forma que, cuando se sentaron a jugar, él ya estaba bastante achispado.

Cubrieron con un tapete de fieltro la superficie brillante de la mesa y apareció de la nada un crupier profesional que se sentó. Ramsay estaba muy impresionado. «Gente interesante, un grupo con clase, en realidad»; con esas palabras lo había atraído Quinn, y él esperaba que el glamur de una timba en Belgravia fuera material para un capítulo de su novela. Se imaginó a Jones, su policía, haciendo una más que necesaria redada en ese lugar y mostrando una gran desaprobación muy galesa ante la profusión de la absurda abundancia que se veía por todas partes. Ramsay casi oía el satisfactorio chasquido de las esposas al cerrarse sobre esas muñecas privilegiadas.

Se sentó y buscó a Quinn, pero no había rastro de él.

—Vamos a jugar a *chemin de fer,* caballeros —anunció el crupier.

Ramsay nunca había jugado al «chemmy», como lo llamaba esa gente, pero le resultó sorprendentemente fácil cogerle el tranquillo y empezó ganando mucho más de lo que perdía. Pero según fue avanzando la noche, la balanza se inclinó hacia el lado contrario y comenzó a perder más que a ganar, aunque para entonces ya estaba completamente borracho y no era capaz de saber cuándo ocurría cada cosa la mayor parte de las veces. Le habían tendido una trampa, estaba claro, haciéndole pensar que se le daba bien, que era mejor que los demás jugadores. Después se preguntó si no le habrían echado algo en la bebida, alguna droga. Sabía cómo eran las borracheras de champán y esa era diferente, como si le hubieran arrebatado su voluntad, casi como si fuera una marioneta que alguien estuviera dirigiendo desde su cerebro, tirando de los hilos, obligándolo a jugar.

La noche se fue poniendo fea cuando se dio cuenta de que estaba acompañado de una manada de hienas ocultas tras sus respectivos esmóquines y cuya única presa era él. (¿Dónde estaba Quinn?) Las hienas no tardaron en quitarse las máscaras civilizadas y el ambiente de la habitación se fue volviendo cada vez más salvaje según iba aumentando lo que debía Ramsay, que no hacía más que firmar pagarés y reconocimientos de deuda sin parar, e incluso perdió la pitillera de oro grabada que le había regalado Nellie por su cumpleaños.

Y, como no dejaba de perder y perder, lo único que podía hacer, lo que le decía el titiritero de su cerebro, era seguir temerariamente hasta que cambiaran las tornas y consiguiera recuperarlo todo con una sola mano. La maldición del jugador.

Al final acabó debiendo una suma enorme: cerca de mil libras en

total, una verdadera fortuna. Nunca podría conseguir ese dinero. Era tanto que no parecía ni real.

Se preguntó si podría levantarse de esa mesa de palisandro e irse sin más. ¿Las hienas se lanzarían a por él? ¿Sería capaz de caminar? La habitación no hacía más que girar a su alrededor, a pesar de que estaba sentado. Y, aunque lograra irse, las hienas irían a por él después, ¿verdad?

El tiempo siguió pasando de una forma extraña y llena de lagunas y de repente la sala estaba vacía y las hienas se habían ido. ¿Por qué no habían reclamado sus deudas antes de dispersarse? La razón se reveló sola. No era una hiena, sino una serpiente, una cobra real gorda y brillante que vino arrastrándose desde un sofá que había en un rincón oscuro de la sala. ¿Había estado ahí todo el tiempo?

La serpiente habló.

—¿Sabe usted quién soy? —preguntó.

Pareció divertirle que Ramsay no tuviera ni idea.

—Me llamo Azzopardi —se presentó con una floritura, casi como un prestidigitador.

Parecía un Valentino con sobrepeso.

—Es usted un jugador imprudente, Ramsay —dijo. Tenía un fuerte acento, pero hablaba bien el idioma para ser extranjero—. Le alegrará saber que yo me he hecho cargo de todas sus deudas —anunció.

¿Hacerse cargo de sus deudas? ¿De qué estaba hablando?

—Eso significa —explicó Azzopardi— que ahora me lo debe todo a mí y solo a mí. Y siento decirle que se le añadirán intereses si no las paga pronto. Me pondré en contacto con usted para hablar del tema. —Sacó la pitillera de oro de Ramsay del bolsillo y se la tendió.

—Debería tener más cuidado con esto —recomendó—. Decepcionaría mucho a su madre si ella se enterara de que la ha perdido jugando a las cartas.

Tilín, tilín

Edith había pasado una semana en el hospital antes de volver al redil el día anterior y en ese momento estaba en su cama del piso superior de Hanover Terrace, donde estaba pasando su convalecencia bastante irritada, arropada todo el tiempo por Nellie, que quería mantenerla atrapada por las sábanas, igual que cuando era bebé y la abrigaba como si fuera una diminuta momia embalsamada. Edith había sido inquieta desde que nació, como si no hubiera nada que pudiera satisfacerla. Tenía una campanilla que tocaba cuando necesitaba ayuda, y toda la casa estaba ya harta de ese sonido y de sus llamadas.

—Deberíamos llamarla «impaciente» en vez de paciente —refunfuñó Betty.

—Bonito juego de palabras —comentó Shirley.

Contra todo pronóstico (a pesar de la escarlatina, el sarampión, los pulmones como un acordeón, la guerra y las espinas de pescado), Nellie no había perdido a ninguno de sus hijos y no estaba dispuesta a empezar a perderlos a esas alturas de su vida. Edith tenía que recuperarse del todo otra vez o, más bien, todo lo que pudiera. Para eso le subían constantemente consomé de ternera, además de leche caliente con sopas y natillas frías. Comprar una vaca entera habría salido más económico, según la cocinera.

Lo primero que pensó Nellie fue que si Edith había estado cerca de la muerte había sido porque Maud había intentado ejecutar su venganza. Pero desde que su hija estaba mejorando, a Nellie le preocupaba lo que pudiera intentar a continuación la chica muerta, porque se le manifestaba casi cada día en esos tiempos. A veces parecía divertida y otras enfadada, pero lo más habitual era que tuviera una sonrisa enigmática que era difícil descifrar, aunque parecía indicar que conocía un secreto que no quería revelar aún. Nellie empezó a pensar en un exorcismo. Pero se imaginó que sería agotador a muchos niveles.

—Voy a dar un paseo por el parque —le dijo a la cocinera, aunque en realidad no era asunto suyo.

—Nunca antes había paseado tanto —le dijo la cocinera a Phyllis—. Debe de haber algo que la tiene muy preocupada.

—La cárcel tiene ese efecto —aseguró Phyllis con conocimiento de

causa.

¡Tilín! ¡Tilín!

¿Pararía Edith alguna vez de tocar esa maldita campanilla? Ramsay había tenido que subir y bajar demasiadas veces, tantas que había perdido la cuenta, para llevarle cosas a su hermana. Nellie había salido y le había encargado a él que «le echara un ojo», pero tenía que haber un límite en la tarea de ser el sirviente de su hermana. Betty y Shirley también habían salido (para eludir su obligación con Edith) y Kitty era la última persona que alguien querría que lo cuidara. Ramsay sospechaba que Edith pedía cosas por placer. De todos ellos, normalmente era ella la primera en aburrirse. Y eso era mucho decir, porque ese era un campo con mucha competencia en la familia de Ramsay.

La primera vez que lo llamó fue para pedirle «una tacita de té», que él le llevó de manera diligente. Media hora después le pidió «otra tacita de té». ¿Por qué no le había pedido una grande la primera vez?

Estaba intentando escribir, pero no había forma de hacerlo si tenía que estar todo el rato trayendo y llevando cosas para la cascarrabias de Edith. En un alarde de generosidad, se ofreció a leerle algo, pero ella le hizo un gesto de rechazo, como si le hubiera sugerido algo censurable. En vez de eso, estaba decidida a bombardearlo para que le trajera una sucesión constante de comida a un ritmo que hasta un restaurante habría tenido problemas en seguir. Dos panecillos solo un poco tostados, pero con una capa gruesa de mantequilla. Una loncha de jamón. ¿Hay algo de pollo? Una cebolla encurtida, un huevo en vinagre. Un libro, una revista, un ejemplar de *Radio Times,* un rompecabezas. ¡Pan con manteca! La cocinera estaba al borde de la insubordinación («Estoy a punto de presentar mi dimisión, ya lo advierto»).

Por supuesto, Nellie había prohibido a Edith tomar cualquier alimento que no fuera líquido o leche con sopas, así que Ramsay comprendía que a ella le apeteciera algo más sabroso. Recordó el tiempo que pasó en el sanatorio de Suiza, donde la comida era excelente: infinitas tazas de cacao, cuencos de una sopa densa y platos de jamón y queso locales. Eso lo ayudó a recuperarse, ¿cómo podía ser malo para Edith? Y, cuanto antes se pusiera mejor, antes dejaría de necesitar a alguien a su entera disposición.

El inspector jefe Jones estaba patrullando por las calles del Soho. ¿O merodeando? Merodear tenía un matiz criminal, ¿no? Tal vez era delincuente además de policía. No era algo imposible, solo había que ver a Maddox.

¡Tilín! ¡Tilín!

Solo diez días después de empezar su *magnum opus* y ya sentía que se estaba debilitando su creatividad, que solo disfrutaba de ella en arrebatos intermitentes separados por interminables periodos de languidez. Se sentía agobiado por el hastío. ¿De verdad la gente hacía eso para ganarse la vida? ¿Todos los días?

Las teclas de la máquina de escribir lo miraron con expresión implacable. Tenía que continuar.

La era del oropel pronto se le había empezado a hacer cuesta arriba. Sí, era una novela de misterio, pero también era una «disección muy ingeniosa de los diferentes estratos de la sociedad tras la destrucción producida por la guerra» (Ramsay era ambicioso).

—No sé —había dicho Shirley con desaprobación. Ella, su mayor defensora, tenía sus reservas—. ¿De verdad tienes que incluir absolutamente todo en la misma novela, querido hermano? ¿No sería más fácil centrarse en la idea del cadáver en la acera? Eso me gusta. Y ni siquiera has escrito ese trozo todavía.

—¿Y si pones un poco de romance también? —sugirió Kitty, poniéndose las manos sobre el corazón y fingiendo que se desmayaba —. Deberías tener gente que se enamora.

—No, eso no —contestó Ramsay—. No se me ocurre nada peor.

Pero, pensándolo bien, ¿debería introducir un elemento romántico? Eso le abriría la novela a un público totalmente nuevo (las mujeres). ¿Cómo podría hacerlo? No tenía experiencia ni con el amor ni con el romanticismo. El sexo femenino no le resultaba atractivo, pero, claro, vivir con varias hermanas, que podían volverse contra ti en cualquier momento, era suficiente para acabar con el interés de cualquiera, mucho más con el de alguien con «alma de artista», como lo calificaba Shirley, algo que le resultaba agradable.

¡Tilín! ¡Tilín!

Los grandes escritores no tenían que trabajar en esas condiciones, sino que tenían una esposa que se ocupaba de mantener alejada de ellos la parte más mundana de la vida. Tal vez eso era lo que él necesitaba, pero ¿con quién podía casarse? La mayoría de las chicas que Ramsay conocía, por ejemplo, Pamela Berowne, eran unas criaturas espantosas que seguro que le dificultarían la vida, no le serían de ayuda.

Aunque había un buen argumento para casarse con ella: era asquerosamente rica, así que podría solucionar sus dificultades financieras y pagarle a Azzopardi la tremenda suma de dinero que le debía. Los recuerdos de la noche en Belgravia se colaron sin avisar, pero pronto los relegó al fondo de su mente. Había pasado una

semana desde aquella timba de pesadilla y Azzopardi todavía no había ido a pedirle el pago. Ramsay esperaba que, si seguía ignorando el problema, este desapareciera solo.

Si tenía éxito (o más bien cuando lo tuviera), la gente se apelotonaría en la puerta de Hatchard's para comprar su último éxito («¿Tienen el nuevo libro de Ramsay Coker? He oído que es brillante») y él sería independiente y ganaría dinero por su cuenta, unos ingresos adecuados, nada que ver con la limosna semanal que le daba Nellie en calidad de porcentaje de beneficios de los clubes. Sería suficiente para cortar los lazos que lo ataban al delantal de su madre. Aunque no recordaba haberla visto nunca con un delantal («En Holloway tenía que llevarlo todos los malditos días», decía ella).

Para su mayor irritación, Ramsay se dio cuenta de que solo le quedaba un cigarrillo. Se había terminado una cajetilla desde el desayuno, porque había descubierto que fumar ayudaba a escribir de verdad.

En el comedor tenían una gran caja de alabastro llena de cigarrillos, y cuando bajó a la cocina por enésima vez con las últimas exigencias de la enferma («Un huevo frito, con la yema blandita»), Ramsay pasó por el comedor para reponer sus suministros.

Al pasar por allí no pudo evitar advertir que había unos papeles sobre la mesa. El abogado de Nellie había estado de visita antes y ambos habían pasado una hora encerrados juntos. Los abogados estaban en los primeros puestos de la lista de cosas tediosas de Ramsay (y era larga), pero miró sin mucho interés lo que había en la mesa al pasar a su lado: «Últimas voluntades y testamento de Ellen Macdonald Coker». Oh, eso no tenía nada de aburrido, ni mucho menos.

Todos sabían que su madre hacía un testamento nuevo casi todas las semanas, dependiendo de cómo se sintiera en ese momento (añadía codicilos, quitaba beneficiarios, pensaba en nuevos legados, ajustaba viejas cuentas…), pero nadie había llegado a ver ninguno de esos documentos; de hecho, a veces se preguntaba si Nellie se lo inventaba para tenerlos a todos muy alerta. A Kitty, por ejemplo, le decía con regularidad que la iba a desheredar.

«Borrador», ponía en la primera página, así que presumiblemente lo había llevado ese día a Hanover Terrace para su aprobación final. Cogió la página con mucho cuidado y la pasó.

Dividía los clubes entre Niven y Edith, mientras que Betty y Shirley recibirían una suma de diez mil libras cada una y Ramsay y Kitty se quedaban con unas miserables mil libras. (¿Él estaba en el mismo saco que Kitty? ¿Eran ambos iguales a ojos de su madre?) La injusticia lo

dejó petrificado. ¿De verdad era esa la jerarquía de sus hijos para ella? Nellie les exigía una lealtad absoluta ¡y eso era lo que les daba a cambio! Cogió un puñado de cigarrillos de la caja de alabastro y salió en tromba de la habitación.

—Este huevo está frío —se quejó Edith.

Todavía furioso, volvió a su máquina de escribir y le dio un largo sorbo al frasco de clorodina del doctor Collis Browne que tenía siempre al lado.

Era de noche y las luces de las farolas de gas parpadeaban. La amenaza del mal cubría las calles como un oscuro velo. (Pues le estaba quedando muy bien.) De repente…

¡Tilín! ¡Tilín! ¡Tilín!

Oh, Dios mío. Le dieron ganas de estrangular a Edith, pero, aunque sería interesante descubrir cómo era matar a alguien, Ramsay no se sentía preparado para enfrentarse a la ira de Nellie, mucho menos a la «bajada a los infiernos» (como diría el propio Jones) si lo metían en la cárcel por ello.

Cerró la puerta de su habitación y dejó de escuchar. Que se las apañara la enferma.

Jones se dio cuenta de que tenía que volver a Taunton si quería descubrir algo más. Miró el reloj de la pared. Si se daba prisa y no había mucho tráfico, llegaría al tren de las cuatro y cuarto. Sería…

Dios, eso era muy aburrido. ¿Importaría que él no hubiera comprobado los horarios de los trenes? ¿Cuánta gente sabría si había un tren o no a las cuatro y cuarto a Taunton? Solo la gente que viviera allí, y no eran suficientes para que eso supusiera un problema, seguro. Cuando se publicara *La era del oropel* puede que llegara un aluvión de cartas remitidas por «Un ciudadano preocupado de Taunton» para corregirlo, pero no pasaría nada si las ignoraba. Su editor, fuera quien fuera, se ocuparía de esas quejas.

Sacó su carísima pitillera de oro y la rellenó con los cigarrillos. Al verla, recordó otra vez la timba. Ese tema no dejaba de dar vueltas por el cerebro de Ramsay, causándole un estrés subyacente continuo.

Jones iba a la caza de uno de los esbirros de Reggie Dunn, un tipo de origen dudoso que se llamaba Gresch. Para encontrar a Dunn, primero tenía que encontrar a Gresch, y supuso que la mejor forma de dar con este último era a través de su amante, una mujer de no muy buena reputación que se llamaba Lily Benson y que normalmente estaba en el piso que tenía encima de The Coach and Horses, en Old Compton Street.

Había decidido que Gresch iba a ser maltés. Así le iba a dar un buen uso a Azzopardi.

Kitty entró corriendo en la habitación y empezó a bailotear, con una risa estentórea como la de un espíritu malvado.

—¿Es que no tienes nada mejor que hacer?

—No. —Se puso a leer por encima de su hombro—. «El inspector

jefe Evans no era inmune a los encantos de una mujer bella.» Eso no te pega nada, Ramsay, tú odias…

—Cállate, Kitty. —Le tiró un lápiz. No le dio, pero consiguió que ella saliera bailando de la habitación.

Jones tuvo que llamar varias veces, hasta que por fin consiguió que le abriera Lily. Ella fingió sorpresa.

–Vaya, vaya, pero si es el señor Jones. Con todo el tiempo que hace que no lo veo. Más o menos desde esta mañana.

Lily era rubia, con una bonita cara aniñada que solo estropeaba la dureza de sus ojos. Era una mujer con curvas y vestía de una forma que acentuaba cada una de ellas. Pero tenía una voz áspera. (¡Pero qué bueno era todo eso!)

–¿Qué puedo hacer por usted, inspector?

–Inspector jefe para ti, Lily.

–Señorita Benson para usted. ¿Qué es lo que quiere?

–¿Has visto últimamente a tu amiguito Gresch?

–Hace una eternidad que no lo veo, inspector. Últimamente no nos llevamos bien.

–¿Y qué pasa con el club, Lily? ¿Ese en el que trabajas de «bailarina»?

–¿Se refiere a The Emerald? Pensaba que…

–Hemos…

La puerta de la habitación de Ramsay se abrió de par en par. Por todos los santos… ¿Y ahora qué?

Era la nueva pinche de cocina, Phyllis, que entró corriendo y dijo jadeando:

—Venga abajo, rápido. ¡Es la señorita Edith!

—¿Qué le pasa?

—Está muerta, señor Coker.

Frobisher desatado

Frobisher estaba en un dilema desde que Gwendolen Kelling se había mudado al piso que había sobre The Crystal Cup. «Encima del negocio», como decía ella, algo que parecía resultarle divertido, como muchas otras cosas. ¿Cómo iba a verse con ella ahora que ya no estaba en The Warrender? Ya no podían reunirse en Bow Street, obviamente, porque alguien podría verla (después de todo, el lugar estaba lleno de delincuentes, tanto a un lado de las rejas de las celdas como al otro). La información sobre su visita le llegaría a los Coker en minutos. Tampoco podía pasar él por su nuevo alojamiento, porque seguro que lo vería alguien de la familia o alguno de sus esbirros.

Habían acordado comunicarse por notas porque, aunque en el piso que había sobre The Crystal Cup había teléfono, Frobisher no las tenía todas consigo en cuanto a su uso (¿y si era una línea común o los Coker la tenían pinchada? No lo podían saber). Gwendolen había sugerido la cafetería de Paddington Station.

—Ahí estaremos a salvo. No creo que viajen nunca en tren, son muy territoriales. Casi nunca salen del Soho, solo para ir a su casa, que está en Hanover Street, junto a Regent's Park, ¿lo sabía? —Claro que lo sabía. ¿Es que pensaba que era un incompetente?—. Estoy intentando que me inviten —dijo sin darle importancia.

—No lo haga —ordenó Frobisher. Hanover Terrace era el corazón de la colmena—. Es demasiado peligroso.

—No creo que a Nellie se le ocurriera asesinarme mientras tomamos el té.

—Yo no estaría tan seguro. ¿Pero la llama usted Nellie? —preguntó sorprendido. Le parecía muy familiar después de haberse tratado tan poco. ¿Ya la habían engatusado? Frobisher tenía miedo por Gwendolen, no por los Coker en sí mismos, sino por las tentaciones que ellos ofrecían. Le vino a la mente *El paraíso perdido,* poema del que había tenido que aprenderse de memoria largos fragmentos cuando estaba en el colegio. Satán, que había tomado la forma de serpiente, iba en busca de Adán y Eva, o tal vez solo de Eva («… que era su muy buscada presa. Recorre los sotos y las praderas…»). No le gustaba Milton como poeta y sospechaba que tampoco le caería bien como persona, pero admiraba la tenacidad con la que se había

aferrado a su gran proyecto.

Ella rio.

—Dios santo, no, solo cuando ella no me oye. La llamo «señora Coker» siempre. A ella le gustan las formalidades. Es muy estricta con eso, de hecho.

Él vio que ella miraba el ejemplar del *Mirror* que tenía en la mesa delante de él (había llegado ridículamente pronto para su encuentro matutino y había estado hojeando el periódico para pasar el rato). Aunque también le interesaba ver si decía algo de las chicas desaparecidas, pero casi nunca se hablaba de esas cosas en las páginas interiores, mucho menos en los titulares. Sintió vergüenza y dijo para defenderse:

—No suelo leer esta basura.

—Claro que no —bromeó ella—. Seguro que usted es más de *The Times,* inspector.

Les trajeron el té desde el mostrador y también un poco apetitoso rollito con pasas, que él había pedido para ella pero que Gwendolen insistió en cortar por la mitad para darle medio. Él no estaba acostumbrado a compartir comida; le parecía vergonzosamente íntimo. Frobisher era hijo único, algo que él suponía que había marcado mucho su carácter.

La cafetería de la estación era un lugar muy ruidoso para un encuentro secreto. Frobisher se los había imaginado en un tranquilo *tête à tête,* pero el repiqueteo de los platos y de los cubiertos, el silbido y el chirrido de un hervidor de agua sobreexplotado y la salida y la llegada de trenes a los andenes que estaban al lado conspiraban contra ellos, eso sin mencionar el ocasional zumbido ensordecedor de algún motor que soltaba vapor. Él se vio obligado a levantar la voz por encima de toda esa cacofonía.

—Qué emocionante es esto —dijo ella sin ironía, al menos aparente.

—¿Eso le parece? ¿Por qué? —preguntó él, sin entender.

—Un encuentro secreto. Como los espías. Igual que en *El enigma de las arenas* o *Los 39 escalones.* —Le dio un buen mordisco a su mitad del rollito. Lo hacía todo con un gran entusiasmo, ¿es que encontraba diversión en cualquier cosa? Frobisher se preguntó cómo sería ir tan alegremente por el mundo. ¿Nunca se había visto puesta a prueba por la pérdida de un ser querido o por algún apuro de la vida, cosas que habían tenido que soportar muchos? Pero no sabía nada de ella, claro. Lo de la biblioteca, nada más.

—¿Perdió usted a alguien en la guerra? —soltó sin darse cuenta. Eso era lo que pasaba cuando no se te daba bien el arte de la

conversación intranscendente, se lamentó.

Ella lo miró de una forma directa y alarmante durante un largo momento y por un instante él pensó que no le iba a responder, pero entonces dijo, de una forma muy pragmática:

—Yo los perdí a todos, inspector. —Y volvió a centrar toda su atención en el rollito. Cuando terminó de comérselo, se limpió las migas de la mano y continuó—: No me ha preguntado por mi nuevo alojamiento.

«Un tema de conversación más seguro que el de la guerra», pensó Frobisher (¿o tal vez no?), y continuó con él, solícito:

—¿Qué tal su nuevo alojamiento?

—¡Es rosa! —exclamó ella riendo—. Todo es rosa, hasta la alfombra.

—¿Una alfombra rosa?

—Lo sé. Hecha a medida además, toda una novedad. Nellie ha diseñado toda la decoración y está muy orgullosa de ella. Pero dudo que a usted le gustara.

—Cree usted conocer mis gustos —comentó Frobisher.

—Creo que sí —contestó ella, divertida—. Y dudo mucho que tengan nada que ver con el rosa.

Gwendolen había dicho que trabajaría para Nellie Coker solo una semana, pero ya habían pasado siete días y Frobisher estaba preocupado porque seguía sin dar señales de tener intención de volver a casa. Ella protestó diciendo que no había terminado su búsqueda.

—Freda y Florence —añadió, como si él necesitara que se lo recordara.

—No me he olvidado de ellas —respondió tenso, ofendido de que se le hubiera ocurrido siquiera pensarlo.

Gwendolen lo había convencido de que investigara un lugar en Henrietta Street donde ella afirmaba que las chicas habían estado viviendo antes de desaparecer (estaba muy orgullosa de su trabajo de detective, demasiado, en opinión de Frobisher). Diligentemente le había pedido a Cobb que fuera a la pensión a preguntar por las chicas.

Este volvió diciendo que era un callejón sin salida. Dijo que había «echado un vistazo», pero que no había visto nada raro en la casa de Henrietta Street y que la casera, la señora Darling, había negado de forma categórica que hubieran vivido alguna vez bajo su techo.

—No ha vuelto usted por allí, ¿no? —le preguntó Frobisher a Gwendolen.

—Claro que no.

—Porque no puede ir por ahí interrogando a personas inocentes.

—No creo que sean tan «inocentes». Algo pasa en ese lugar —insistió ella, dejando la taza sobre el platillo con más fuerza de la necesaria—. Debería ir usted en persona —insistió—. Seguro que tiene mejor instinto para detectar el crimen.

—¿Está intentando halagarme para convencerme de que haga lo que me dice, señorita Kelling?

—¡No! Yo no utilizo los halagos nunca si puedo evitarlo —contestó riendo. Tras una pausa, dijo—: La verdad es que me gustaría que me llamara Gwendolen.

—¿Me llamará usted John entonces?

—No —respondió rotundamente, negando con la cabeza—. No le pega. Creo que lo voy a llamar Frobisher. Ya lo llamo así, al menos en mi cabeza.

—Ah, ¿sí? —¿Pensaba en él cuando no lo tenía delante? ¿En su cabeza? Era una idea perturbadora.

—Pero…

—¿Pero qué?

—Me gusta lo de «inspector». ¿Quiere que pidamos más té y le cuento lo que he logrado averiguar sobre los clubes de Nellie?

Ramsay Coker, el menor de los hijos varones, le había hecho una visita guiada por el infierno de la familia, contó. El Virgilio en mi obra de Dante. The Crystal, como lo llamaba ella («Otra vez esa irritante familiaridad», pensó), parecía con gran diferencia el club con más clase de todos los de Nellie. Allí había encontrado mucha gente relevante, y fue enumerando con los dedos: al menos dos jueces, dos ministros del Gobierno, tres miembros del Parlamento, cuatro nobles y un archidiácono anglicano… ¡Y todo eso solo en una semana!

—¿Todos hombres? —preguntó Frobisher.

—No, claro que no. Muchos iban acompañados por sus esposas.

—¿Pero otros muchos no?

—No hay diferencia con cualquier otro club de Londres en ese aspecto —respondió. Estaba a la defensiva, se dijo él. O buscando el antagonismo, no tenía claro cuál de las dos.

—Estoy seguro de que no le sorprenderá saber que no soy un hombre aficionado a los clubes —dijo él.

—La verdad es que no, inspector.

En cuanto a los demás clubes, The Sphinx era «raro», le dijo a Frobisher, The Pixie era «bastante agradable» y tenía «sándwiches muy ricos» y The Foxhole era «vigorizante». Había visto a Betty y a Shirley (al parecer, iban siempre juntas) solo un momento y por lo tanto no había podido formarse una opinión sobre ellas. La otra hermana, Edith, había estado «a las puertas de la muerte», según

Nellie, y todavía estaba convaleciente y en cama. La más pequeña de todos, Kitty, estaba enormemente desatendida.

—¿Y el mayor, Niven? ¿Qué me dice de él?

—Oh, apenas lo he visto —dijo de pasada—. Uf, qué calor hace aquí, ¿no? —dijo mientras se abanicaba con una mano.

—¿Sí? Pues yo tengo un poco de frío, me temo —contestó él sin ironía—. ¿Y The Amethyst, el motor que mueve toda la maquinaria del imperio?

Ese club no se podía describir, afirmó, o al menos era imposible hacerlo con una sola palabra. *Exuberante* era la que elegiría si tuviera que asignarle una, dijo por fin. Frobisher no estuvo de acuerdo en ese término, le pareció demasiado elogioso. The Amethyst era el único club en el que ella había estado como cliente, añadió Gwendolen («a petición suya, debo recordarle»), y eso le había dado una perspectiva bastante diferente.

—Es divertido, ¿sabe? —confesó (en opinión de ella, claro estaba, él no lo sabía).

—Dispararon a un hombre —recordó Frobisher—. No creo que fuera tan divertido para él.

—Lo fue hasta ese momento, digamos —aceptó ella—. ¿Ha preguntado en los hospitales? ¿Ha localizado a Aldo?

—No, pero esas bandas suelen tener un médico a sueldo. Lo más habitual es que sea uno al que han expulsado de la profesión. ¿Y qué me dice de Nellie Coker? ¿Ha visto usted indicios de algo que pueda volver a meterla en Holloway, que es el lugar al que pertenece?

—No, nada, lo siento. Pero seguiré intentándolo. Y usted, por su lado, seguirá buscando a Freda y a Florence, claro. —Ese era el acuerdo, insistió ella. Frobisher objetó diciendo que no recordaba haber hecho ese trato, a lo que ella dijo—: Pues tiene usted una memoria terrible, entonces. —Esta vez nada de halagos, simple coacción—. No se ha comido su mitad del rollito —apuntó—. ¿Me la da?

—¿Y las chicas? —preguntó él.

—¿Las bailarinas? Parecen contentas, al menos las que trabajan en The Crystal Cup. Son simpáticas, nada de asuntos raros, al menos que yo haya visto. Les pagan bastante bien, pero la verdad es que trabajan allí por las propinas, que son sustanciosas.

—¿Y usted, señorita Kelling? ¿También trabaja allí por las propinas? —preguntó Frobisher mientras la veía acabarse el rollito de pasas.

—No —corrigió ella—. Yo estoy allí por usted, ¿se acuerda?

—Parece que me falla la memoria otra vez. La verdad es que me daba la impresión de que estaba allí por usted misma.

No podía evitar comparar la energía de Gwendolen con la lasitud de Lottie. Como era habitual, su mujer se había quedado en la cama esa mañana cuando él se levantó. ¿Qué hacía ella cuando él se iba a trabajar? ¿Se quedaba en la cama todo el día y solo se levantaba justo antes de que él volviera a casa? Un par de veces todavía llevaba el camisón cuando entró por la puerta. Pero no dijo nada. Había registrado la casa en busca de jeringuillas y droga, pero no había encontrado nada, aunque sabía que eso no significaba que no hubiera. A lo largo de los años había aprendido que Lottie era más que capaz de recurrir a subterfugios.

Frobisher suspiró y Gwendolen dijo:

—Inspector, ¿le pasa algo?

—Nada, señorita Kelling.

—Gwendolen —recordó.

—Gwendolen —repitió él con cierta vacilación. Su nombre se le quedaba enredado en la lengua de una forma extraña, pero ella no parecía notarlo. Ya llevaba demasiado tiempo eludiéndolo, pensó. ¿Qué era eso que decía Shakespeare? «Tensa hasta donde puedas el arco de tu valentía.» Pero era lady Macbeth quien lo decía, ¿no? No era precisamente la mejor mujer para dar consejos sobre el sexo débil.

Suspiró otra vez, inspiró hondo y por fin dijo:

—¿Gwendolen?

—¿Sí, inspector?

Él continuó con dificultad.

—Tengo que preguntarle algo.

—Pregunte, inspector. Soy toda oídos.

—Me gustaría invitarla a algo.

—Invíteme —contestó ella.

Le contó que acababa de comprar un coche y se preguntó si quería ir a hacer una excursión con él.

—Por supuesto —respondió.

—¿De verdad?

—Claro. ¿Esperaba que le dijera que no?

—Supongo. ¿Cuándo le vendría bien?

—Bueno, hoy es mi día libre, aunque tal vez tendría que decir «noche». No voy a tener otra hasta la semana que viene. Pero supongo que no podría ausentarse de su trabajo avisando con tan poca antelación.

Él dudó un momento antes de decir:

—No habrá problema por que me ausente. —Y después añadió—: *¡Carpe diem,* señorita Kelling!

—Gwendolen.

—¡Gwendolen!

Eso lo había animado. Por fin.

Cuando dejaron Paddington, Frobisher le dijo que saliera primero y él lo haría un poco después.

—Cosas de espías y agentes dobles —comentó ella, feliz.

—Nada que ver —contestó él—. Solo sentido común. —«¿Era el hombre más aburrido de la tierra?», se preguntó. Seguramente, concluyó.

Desde una distancia prudencial la vio subir a un taxi y charlar con el conductor como si fueran amigos de toda la vida y volvió a sentir envidia al ver lo fácil que le resultaba.

Esperó hasta que el taxi se separó de la acera para salir de la estación. No había llevado su coche; le ponía nervioso el tráfico que había alrededor de Paddington. Necesitaba una carretera abierta para acabar de cogerle el tranquillo al Austin. Y la tendría. Estaba eufórico: ella había aceptado su invitación. Vio que se acercaba un tranvía por el otro lado de la calle y salió corriendo tras él, alentado por su éxito, demasiado contento para darse cuenta de que lo estaban observando.

En el parque

Nellie estaba sentada tranquilamente en un banco junto al lago de los botes de Regent's Park, con un ejemplar del *Express* desdoblado en el regazo. No hizo ni el intento de abrirlo y leer su contenido, solo se quedó sentada en silencio, como si estuviera en contemplación, mirando al lago. Cualquiera que la viera sería incapaz de discernir qué era lo que había en su cerebro. Aunque tampoco era que nadie la estuviera mirando. Una mujer con más de sesenta años, vestida con una ropa anodina de diario, resulta todavía más invisible que una bibliotecaria.

Después de un rato, un hombre se sentó a su lado en el banco, pero su gesto tranquilo permaneció imperturbable. También para él parecía que no había nada más interesante en el mundo que seguir el progreso de las barquitas de remos que surcaban el agua. Nellie lo miró un breve instante. Sin el uniforme, era insignificante, un pájaro al que le han arrancado el plumaje. Le habló casi sin mover la boca, como alguien con experiencia en el arte de la ventriloquía.

—¿Tiene usted algún informe para mí, sargento?

Menuda suerte había tenido con Oakes. Cuando ella salió de Holloway, él cayó en su regazo como una ciruela madura de un árbol, ofreciéndose para ser su informante. Por una cantidad de dinero que le pagaba de forma regular, él se dedicaba a «echar un ojo» a su nuevo inspector jefe para ella. Frobisher era una amenaza para Bow Street porque estaba decidido a alterar el equilibrio feliz que existía entre los guardianes de la ley y los delincuentes; eso fue lo que le dijo. Y continuó explicando que los clubes del Soho no eran los únicos nerviosos por Frobisher; sus compañeros de la policía sufrían ese mismo nerviosismo. Aunque Nellie sabía cuál era su verdadera intención, por supuesto. Maddox lo había enviado para espiarla a ella, no para ella. Los dos debían de pensar que ya chocheaba. Ese hombre era un imbécil, y estaba segura de que podría utilizarlo para darle la vuelta a la situación con Maddox. Y, además, en realidad la estaba informando de lo que hacía Frobisher. Pero qué idiotas eran Maddox y su discípulo.

—Tienes que asegurarte de que nadie sepa de nuestro… —Intentó encontrar el término adecuado.

—¿Arreglo? —propuso Oakes.

—Sí, nuestro arreglo. —Era una palabra sorprendentemente acertada, pensó Nellie. Eso era lo que estaba haciendo: arreglar.

Las niñeras empezaron a hacer sus rondas por el parque. Los niños empujaban sus barquitos para que navegaran por el estanque, las barcas de remos seguían deslizándose y Nellie permaneció tan serena e inmóvil como las enormes estatuas de Buda de los templos orientales (una vez había considerado utilizarlas como inspiración para un club nocturno).

—Tengo un chivatazo para usted —anunció él—. Va a haber una redada en The Foxhole esta noche. Tendrá que recoger las redes pronto.

—Gracias, sargento Oakes. Le agradezco que me lo diga —contestó Nellie—. Se está ganando usted su sueldo. —Era fácil de halagar. Entendió al instante que Maddox había organizado una redada a propósito, solo para que Oakes la avisara y así demostrar su credibilidad. ¿De verdad pensaba que podía engañarla?

Apartó el *Express* a un lado y lo dejó sobre el banco.

Los dos se quedaron allí así un rato, solo mirando el agua. Ni un mínimo soplo de viento alteraba su superficie. Nellie sabía que en el siglo pasado había habido un desastre allí. En invierno, cientos de patinadores que disfrutaban del lago helado se hundieron cuando el hielo se resquebrajó. Muchos se ahogaron. Ese suceso encerraba una lección, ¿verdad? No hay que patinar sobre un hielo demasiado fino. ¡Mucho cuidado, Nellie!

Vio a Landor al otro lado del lago de los botes. Ese hombre aparecía por todas partes. Lo miró con el ceño fruncido. Se le daba horriblemente mal lo de camuflarse. Después miró a Oakes, pero él parecía no haberse dado cuenta.

Ella se apoyó en el bastón para levantarse. Ya era hora de seguir con lo suyo, tenía muchas cosas que hacer. Se fue sin despedirse. Al otro lado del lago, Landor la saludó con un leve gesto de la cabeza. Nellie lo ignoró a él también.

Se reunía regularmente con Landor, por norma general en el diminuto jardín lleno de maleza que separaba Hanover Terrace del garaje que había detrás, donde dormía el Bentley y donde ambos estaban a salvo de miradas curiosas, aparte de la de Hawker. El chófer tenía instrucciones de ignorar esos encuentros, a pesar de que los veía desde su ventana cuando se ponía a fregar los cacharros después de la cena.

Landor era otra de esas ciruelas maduras. Ese hombre era un

mercenario, encantado de hacer lo que le dijera quien más le pagara. Se podía encontrar a uno en cualquier esquina de Londres, eran las consecuencias de la guerra, pero este era especial. No tenía miedo a nada.

Nellie lo había convertido en su perro guardián: le había encargado proteger a la familia, vigilar, recorrer con los cinco sentidos alerta las callejuelas del Soho y descubrir cualquier información que se cruzara en su camino. Y tal vez lo más importante de todo: mantenerla al día de las idas y venidas de Gwendolen Kelling.

Nellie sabía que Frobisher le había encargado a Gwendolen que se infiltrara en su vida. Lo había sabido desde el principio. Una de las Cuarenta Ladronas la había visto en la parte de atrás de un coche con Frobisher delante de la puerta de Holloway la mañana de la puesta en libertad de Nellie. La mujer se lo había dicho a Agnes, que a su vez la había avisado desde Holloway a través de su sobrina Phyllis, su menuda pinche de cocina.

Ella suponía que había sido Frobisher quien le había ordenado a Gwendolen Kelling que fuera a The Amethyst a espiarla. Qué suerte había tenido el inspector de que la chica hubiera ayudado con el hombre de Frazzini herido, Aldo. Eso le había proporcionado a Nellie una excelente excusa para presentarse. Si el Pierrot no hubiera confesado tras la tortura la implicación de Maddox en todo aquello, podría haber pensado que Frobisher había conseguido montar todo ese altercado para conseguir introducir a Gwendolen en su esfera.

Landor sabía en qué lado de su tostada le estaban untando la mantequilla, cosa que no pasaba con Oakes, que quería tener mantequilla por los dos lados, y un poco de mermelada también. Tampoco era que Nellie confiara del todo en Landor, pero no confiaba ciegamente en nadie. ¿Por qué iba a hacerlo?

Los dos le estaban costando una fortuna; a ese ritmo, si alguien conseguía arrebatarle su poder, no iban a encontrar gran cosa en las arcas.

Mientras iba de vuelta a Hanover Terrace, empezó a sentirse más animada con todas esas maquinaciones suyas. Esas cosas tenían su encanto.

Azzopardi se equivoca al pensar que Nellie no tenía hambre suficiente para seguir, porque en ese momento estaba planeando un verdadero festín.

Edith no estaba muerta, menos mal. Su madre pensó que habría sido una gran contrariedad haber peleado tanto para salvar a su hija mayor para que al final acabara muerta por culpa de la gula. Cebollas

encurtidas, ¿pero qué esperaba?, pensó, enfadada. Casi no había comido nada en semanas, por culpa de su estado y su operación, y en cuanto tuvo la más mínima oportunidad se dio un atracón de lo primero que encontró, incidente que facilitó el idiota de Ramsay.

Parecía que Edith había bajado a la cocina, buscando algo más de comer, y en ese momento, según decía el médico, se le había bajado la tensión («el estrés de su estómago») y se había desmayado al pie de las escaleras de la cocina, de tal forma que parecía que se había caído desde arriba y se había roto el cuello. El diagnóstico de pura glotonería fue un alivio. No era algo que pareciera orquestado por Maud. Había que vigilar a Edith muy de cerca, y no solo por lo que comía. No estaba a salvo mientras Maddox estuviera rondando. Todavía la tenía en sus garras. A Nellie le habría gustado encerrarla, pero se conformó con mandarla de vuelta a su habitación con una caja de pastillas de carne deshidratada para mantenerla tranquila.

La palabra *excursión* apareció de repente en su cabeza. No se acordaba de cuándo fue la última vez que fue de excursión a alguna parte. Al pensarlo de repente le apeteció ir a Brighton: el Pier, el Pavilion, té por la tarde en el Grand… Podría ir a caminar por el paseo marítimo, adentrarse en el Pier y empujar a Maud al llegar al extremo, para que volviera a las aguas de donde había salido.

—Me apetece ir a Brighton —le dijo Nellie a Hawker cuando subió con dificultad al Bentley.

—¿En serio? —preguntó él, incapaz de ocultar su asombro.

—Sí, en serio.

—¿Ahora?

—No, ahora no. ¿Vas a subir al coche o no?

—Perdón, señora Coker —se disculpó Hawker, sorprendido por la injustificada brusquedad de su tono.

Sintió la necesidad de puntualizar que él ya estaba dentro del coche. «Está muy rara desde Holloway», le comentó a su hija más tarde. Y su respuesta fue que a ella nunca la llevaba a Brighton. Era una quejica, pero le tenía cariño. Le había dicho que cuando se jubilara podía irse a vivir con ella a Clerkenwell.

—No hablaba contigo —le dijo Nellie a Hawker. Se quedó mirando mientras Maud recogía la seda que no dejaba de gotear y se subía al coche a su lado. Iba a destrozar los asientos de cuero del Bentley, pensó.

—¿Tienes un plan entonces, Nell? —preguntó Agnes.

—Tal vez.

—Me sorprende verte aquí dentro otra vez tan pronto. Te agradezco que vengas de visita.

Nellie no se había regalado una excursión a Brighton, más bien lo contrario: había vuelto a Holloway. Brighton podía esperar, porque ahora todos los aspectos de su existencia se veían amenazados.

—Eres mi amiga, ¿no? Cómo no voy a venir a visitarte. —En ese momento se dio cuenta de repente de que su antigua compañera de celda era, en realidad, lo más parecido que tenía a una amiga. Aunque tal vez otra persona se habría sentido desanimada al percatarse de eso, ella sintió alivio. Sus hijos ya suponían suficiente obligación para tener que añadir la carga de la amistad—. Te he traído una caja surtida de regaliz —añadió—. Se lo he dado a una guardia, la que tiene la cara como un carlino feo.

—Edna. Seguro que no llega a mis manos.

—Sí, ya lo verás —dijo Nellie con una certidumbre muy encomiable. Un soborno de una libra y el dato de dónde vivía la madre de Edna bastaban para asegurarse de que le entregaran los dulces a Agnes. Recompensa y castigo, las piedras sobre las que había construido su negocio y su familia.

—Así que vienes con zalamerías, ¿eh? —dijo Agnes riendo—. Gracias de todas formas, Nell. ¿Qué tal le va a nuestra Phyllis?

—Es una buena chica. Una joya —aseguró.

Phyllis, la sobrina de Agnes, había anunciado su peculiar deseo de vivir su vida de forma honesta y legal y Nellie había cumplido su deseo dándole un trabajo en Hanover Terrace. Cierto era que tal vez ella no era el paradigma de lo honesto y lo legal, pero todo es relativo. La madre de Phyllis, la hermana de Agnes, era la mejor ladrona de comercios que había. Toda la familia estaba formada por ladronas consumadas.

—Sabes que te estamos agradecidas por haber empleado a Phyllis en tu casa —dijo Agnes—. Dios sabe lo que habría pasado con ella si no. Se habría unido a la policía, probablemente.

—Me preguntaba —dijo Nellie, cambiando de tema una vez cumplidas las formalidades— si habías oído algo por ahí.

—Estás jugando a dos bandas con Maddox y su subordinado.

—El sargento Oakes —confirmó ella.

—The Laughing Policeman. Mal tipo.

—Lo es —dijo Nellie—. Espero que eso me dé la oportunidad de frustrar las intenciones de Maddox cuando decida dar el paso. —Se revolvió en la silla—. ¿Quién es Azzopardi, Agnes?

—Oh, sí, Joe Spiteri. He oído que ha vuelto a la ciudad. No me di

cuenta de que era él al principio, porque se ha cambiado el nombre. Pero, claro, es de antes de tu época, Nell.

—Sí, pero ¿quién es?

—Un ladrón, simple y llanamente. Al menos eso era antes de la guerra. Spiteri era algo así como una leyenda en sus tiempos: trepaba por tuberías, se subía a los tejados…, esas cosas. Era especialista en colarse en edificios.

—Pues ahora mismo no creo que vaya a trepar por ninguna tubería.

—Le gustaba robarles a los ricos, pero no para dárselo a los pobres. Se dedicaba a las grandes mansiones de Mayfair, Belgravia… También a los hoteles, como el Ritz. Y Brown's y creo que el Goring.

—¿El Goring?

—Ahí fue donde atraparon a Spiteri, o Azzopardi, como se hace llamar ahora. Estaba intentando robarle las joyas a la esposa de un millonario del petróleo americano. Uno de los hombres de este llevaba un arma y le disparó. Solo lo alcanzó en la mano, pero la seguridad del hotel consiguió atraparlo. Era un último trabajo antes de retirarse. Nunca digas que vas a hacer «un último trabajo», Nell. Es una maldición. Lo detuvieron, lo juzgaron y lo enviaron a la cárcel. Me sorprendió saber que había salido. Me había olvidado por completo de él. Hay rumores que dicen que todo el botín que había robado estaba escondido en alguna parte, pero que nunca logró recuperarlo. Eran sobre todo joyas, procedentes de un gran golpe en el Ritz.

—¿Joyas?

—Sí, joyas. Diamantes, rubíes, esmeraldas…

—Amatistas… —murmuró Nellie entre dientes.

—Sí, eso también. ¿Y qué tiene que ver contigo, Nell?

La hora de visitas llegó a su repentino fin y Nellie se levantó de la incómoda silla que les asignaban a los visitantes.

—Me ha alegrado verte, Agnes. No te queda mucho para salir. Cuando te suelten, ven a The Amethyst para celebrarlo. Yo invito al champán. —Dudó un segundo.

—¿Necesitas algo, Nell?

—Busco refuerzos.

—¿Frazzini no tiene suficientes para ti? —preguntó Agnes riendo—. ¿Necesitas a medio Londres?

—Necesito un ejército —aseguró ella.

—Veré lo que puedo hacer —prometió Agnes.

—¿A The Amethyst? —preguntó Hawker cuando Nellie se acomodó en

el asiento de atrás del Bentley.

—No, vamos a pasar por The Foxhole primero. Tengo que avisarlos de que va a haber una redada esta noche.

—Perfecto.

Nellie se quedó pensativa durante el trayecto. No le gustaba que la pillaran por sorpresa. Acababa de comprender que Azzopardi no iba tras sus clubes. Lo que quería era venganza.

Pastel de cerdo

Cuando Nellie se fue, el sargento Oakes cogió el periódico que ella había dejado en el banco. Lo abrió y pareció que las noticias del día le resultaban fascinantes. Un rato después, en un acto de prestidigitación bastante logrado, sacó un sobre pequeño de entre las páginas y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. No necesitaba mirar dentro para saber que contenía dos billetes de cinco libras. Diez en total. Todas las semanas; eso era lo que le había prometido Nellie Coker. Pronto se podría comprar una casa. O una calle entera.

En ese momento servía a dos amos. Y se sentía muy orgulloso de sí mismo. Nadie en Bow Street sospechaba de él, eso era lo más curioso. El bueno del sargento Oakes, The Laughing Policeman, que siempre estaba dispuesto a echar una mano, a hacer el trabajo duro, sí, señor, no, señor, *tres bolsas llenas, señor. Jo, Jo, jo, ji, ji, ji.* Pues verían las cosas de forma diferente cuando Maddox echara a Nellie de un puntapié de lo que ella creía que era su reino.

Se echó a reír y no pudo dejar de hacerlo hasta que llegó a casa. Incluso después mantuvo su buen humor mientras se bebía cuatro botellas de cerveza, una detrás de otra. Y acabó la tarde dándole un puñetazo a su mujer que le reventó el labio cuando ella le preguntó dónde había estado. Y no dudaría en darle otro si no le ponía la cena en la mesa rápido.

Después de cenar, Oakes salió a la calle de nuevo. Tenía otra reunión, esta vez en un pub de Fitzrovia, donde se unió a un hombre que estaba de pie en la barra, con un pastel de cerdo y una pinta de cerveza negra delante.

Maddox lo había reclutado para que participara en sus planes meses atrás. Si quería quedarse con los clubes de Nellie, necesitaría un ayudante fiable a su lado. La ambición que podía gestionar un hombre solo tenía un límite.

Oakes no era muy listo. Aunque había demostrado ser un secuaz valioso (no había frontera que se negara a cruzar), por desgracia Maddox estaba empezando a sospechar que también suponía una gran carga. Pero de repente Oakes se encontraba en la posición perfecta para informarlo de las idas y venidas de Nellie y, a cambio, podía

proporcionarle a esta información inofensiva que estaba pensada para engañarla y mantenerla entretenida y alejada de ellos mientras se preparaban para derrocarla. Le pidió a Oakes un whisky.

—Gracias, señor.

—¿Estás seguro de que no tiene ni idea de que la estamos traicionando? —preguntó Maddox.

—Esa vieja pájara está demasiado obsesionada con el misterioso Azzopardi para sospechar de nadie más.

—¿Le has dicho a Nellie lo de la redada en The Foxhole esta noche?

—Sí. Y se ha mostrado muy agradecida por la advertencia. Me ha dicho que me estaba ganando el sueldo.

—Bien. ¿Algo más?

—Frobisher ha enviado a Cobb a investigar a Henrietta Street, porque está buscando a dos chicas. La señora Darling no le dijo nada. Él informó de que no vio nada sospechoso. Le pregunté así, como si nada. Ese chico tiene la cabeza hueca. Y después…

—¿Qué dos chicas?

Oakes consultó su libretita.

—Florence Ingram y Freda Murgatroyd. La tal Florence Ingram ha desaparecido. Y no solo las busca Frobisher. La pequeña Freda también ha estado preguntando por la otra por ahí.

—Esa Freda ¿supone un problema? —preguntó Maddox, pensativo.

—No uno que no se pueda resolver, señor. —Rio Oakes, burlón—. La pequeña Freda es fácil de encontrar. Es bailarina profesional en The Sphinx. Oh, ¿me presta su coche otra vez, señor? —Se regañó mentalmente por haberlo vuelto a llamar «señor». Fuera de la comisaría prefería pensar que Maddox y él eran iguales, compañeros en ese gran plan para quitarle a Nellie Coker todo lo que tenía—. Tengo un paquete que entregar en la parte oeste. Y después debo ir a recogerla.

—Creo que es hora de que te compres un coche propio, Oakes.

—Pues podré adquirir una flota entera pronto, ¿verdad, señor? —Volvió a regañarse.

—Tal vez si no jugaras tanto, Oakes, ya tendrías uno.

—No tiene nada de malo apostar de vez en cuando, señor. —Más regañar, regañar y regañar.

Maddox se acabó la cerveza.

—¿Se va a casa con su mujer, señor? —preguntó Oakes—. La cadena con la bola.

Oakes estaba adquiriendo demasiadas confianzas, en opinión de Maddox. Le preocupaba que el sargento estuviera empezando a actuar por su cuenta en vez de seguir sus órdenes.

Maddox dejó un puñado de monedas sobre la barra y se giró para irse, pero Oakes lo interrumpió.

—Un momento, señor, antes de que se vaya. Hay algo más. Tengo un cotilleo jugoso de la señora Darling. Una de las hijas de Nellie, la mayor…

—¿Edith?

—Sí, esa. Fue a hacerle una visita a la señora Darling.

Maddox frunció el ceño.

—¿A hacerle una visita? ¿Qué quieres decir con eso?

—Ya sabes… Que necesitaba los servicios de la vieja bruja. La zorrita Coker fue a deshacerse de un cachorro que venía en camino, por así decirlo. Estuvo a punto de estirar la pata después, al parecer. Hasta la señora Darling estaba preocupada. ¿Está bien, señor? De repente se ha puesto pálido.

Cuando Maddox se fue, Oakes se lanzó a por el pastel de cerdo que había dejado. «No hay que desaprovechar nada», se dijo alegremente, y le guiñó un ojo al camarero mientras le daba un buen bocado.

Pour le sport

Gwendolen se había adaptado a su nuevo papel con una rapidez sorprendente. Y Nellie tenía razón: para llevar un club nocturno lo único que hacía falta era tener una mente organizada y ser capaz de gestionar una crisis. Lo habitual era que fueran cosas sin importancia («¡No hay maquillaje en el baño de señoras!») y frecuentes («¡Nos estamos quedando sin champán!» Los clientes del club bebían una cantidad desmesurada de champán), nimiedades en comparación con el reto de intentar mantener con vida a un hombre moribundo. Pero ella tenía una sarta de preguntas para Ramsay («¿De verdad es este el margen de ganancia de la cerveza?», a lo que él respondió que sí. «¿Puedo pedir un jabón de mejor calidad para el servicio de señoras?», cuya respuesta fue que no, porque Nellie lo compraba al por mayor, etc.). Y a él parecía divertirle lo decidida que estaba Gwendolen a gobernar ese barco de manera eficiente.

El único contratiempo hasta el momento se produjo cuando una de las bailarinas se torció un tobillo por culpa de una pareja de baile muy torpe. Ella se lo vendó y le recetó un whisky solo. Aparte de eso, estaba bastante contenta con su nuevo empleo. No se podía ni imaginar lo que habrían dicho las señoritas Tate, Rogerson y Shaw. Y el señor Pollock…, se quedaría boquiabierto si la viera en ese momento, en su papel de señora de las juergas nocturnas.

Las bailarinas eran chicas simpáticas que sabían llevar a la clientela con mucha gracia y que al final de la noche parecían estar deseando volver a su cama en vez de irse a la de alguno de esos hombres que pagaban para bailar con ellas. Gwendolen sospechaba que tal vez sería diferente en otros clubes, especialmente en The Sphinx, que tenía un aura estigia. «No es griego, es egipcio», especificó Ramsay cuando se lo estaba enseñando. Y le habló un buen rato de la maldición de Tutankamón (no se creería esas tonterías, ¿verdad?).

Había recibido el día anterior el sueldo de su primera semana. Ramsay le llevó un sobre lleno de dinero, diez veces más de lo que cobraba en la biblioteca («¿Te sorprende? —preguntó Ramsay—. ¿Por qué crees que la gente trabaja para mi madre si no?»).

Le parecía mal en cierta forma quedarse con ese dinero sucio. Además, ella no lo necesitaba. Así que ese mismo día volvió a Regent

Street por primera vez desde «el incidente del bolso», como ahora lo consideraba en su mente, y le dio el dinero sin llamar la atención al cornetista ciego. Su repertorio no se había vuelto más alegre en el tiempo que había pasado desde la primera vez que lo vio.

Lo ayudó a guardarlo bien en el bolsillo interior del abrigo, porque dejarlo en la funda de su instrumento habría sido una invitación a que se lo robaran. Él se mostró muy agradecido, casi abrumado. Al final ella lo ayudó a guardar su corneta y fue con él a una cafetería cercana, donde tomaron el té juntos y ella se enteró de que se llamaba Herbert, pero que le gustaba que lo llamaran Bert, y que antes de la guerra tocaba con bandas canciones para bailar en los grandes transatlánticos, hasta que acabó en el *Mauretania*. Gwendolen se preguntó si podría subirlo a bordo de su propio barco, The Crystal Cup. Supuso que esas decisiones tendría que consultarlas con Nellie. Y tal vez su estado de ánimo tan melancólico no tendría cabida en la banda del club. Era un grupo muy alegre, sin la más mínima inclinación a la introspección.

Dado el horario de trabajo que tenía en ese momento (¡nada que ver con el de la biblioteca!), había tenido tiempo para buscar a sus ovejas descarriadas, pero sin éxito. A pesar de lo que le había dicho a Frobisher, sí que volvió a Henrietta Street, pero sus esfuerzos para hablar con la casera no sirvieron de nada. Un poco contra su voluntad, fue a ver la obra de teatro de *El sombrero verde*. No le dijo nada al inspector; fue sola con la esperanza de que, contra todo pronóstico, Freda apareciera en el escenario. Pero no.

Las ovejas se empeñaban en seguir descarriadas y, basándose en la máxima de que la ausencia de noticias significa buenas noticias, Gwendolen no informó de su falta de avance a la gente de York.

Tras aquella primera visita social al apartamento (o, mejor dicho, «inspección»), no había vuelto a ver a Nellie. Ramsay era el Coker al que le habían encargado asistirla en su travesía por el protocolo de los clubes, hacia los que él se mostraba indiferente. Estaba escribiendo una novela, le había dicho lleno de orgullo. Se lo veía verde, casi infantil, pero Gwendolen no pudo evitar sentir cierto afecto, porque despertaba su instinto de hermana mayor.

Informó diligentemente a Frobisher de todo eso en la cafetería de Paddington.

Volvió de allí a media mañana y todavía le quedó tiempo para pensar cuál sería la ropa más adecuada para su excursión de esa tarde. La sorprendió, para bien, la invitación de Frobisher, y sería agradable salir de esas lúgubres calles sucias de Londres e incluso mejor hacerlo en compañía de él. Aunque lo mejor de todo (lo superlativo) habría

sido hacer esa escapada con Niven. No le había visto el pelo desde que había empezado a trabajar en The Crystal Cup («Ese entra y sale como un gato callejero», le había dicho Nellie). Gwendolen estaba decepcionada y a la vez aliviada. Ella tenía un corazón de hierro, pero él parecía tener un imán. Nada podía salir bien con un hombre como ese. Todo acabaría en la ruina.

El vestido con el cuello marinero, decidió, aunque no iban a ir a ningún lugar con agua. Azul Francia, con un ribete de un blanco inmaculado. Y su nuevo sombrero de paja.

—Espero que no se haya ausentado sin permiso, inspector —dijo Gwendolen cuando se subió al asiento del acompañante del coche.

—Justo lo contrario —aclaró él—. He avisado en la comisaría de que voy a estar fuera el resto del día, ocupándome de asuntos policiales.

—¿Eso es lo que soy? ¿Un asunto policial?

—Exacto. Es usted una informante, señorita Kelling.

Ella sintió que no le gustaba esa palabra. Implicaba infamias, traiciones, incluso. Pero a la vez era correcta, ¿no?

—Es todo por un bien mayor —intentó apaciguarla, aunque de una forma un poco pomposa, en opinión de Gwendolen.

Parecía que él estaba todo el tiempo preocupado por si ella se veía de alguna forma atraída hacia algo, un grave pecado tal vez, por la acción de los Coker. ¿Sería religioso? ¿Era por eso? ¿O se trataría de un Robespierre, solo empujado por la pureza de la revolución?

Nellie Coker era la *bête noire* de Frobisher. O tal vez la ballena blanca que estaba resuelto a perseguir hasta la muerte. ¿De verdad merecía tanto la pena clavarle el arpón? Había corrompido la comisaría de Bow Street, afirmaba él. Corrompía a todos los que entraban en contacto con ella. «Pues a mí no», le aseguró alegremente Gwendolen.

Esta vez se encontraron en King's Cross (tal vez, con el tiempo, acabaran visitando todas las principales estaciones de tren de Londres). Frobisher se detuvo en la parada de taxis, con el motor al ralentí, y ella se subió al asiento del acompañante.

—¡Oh, Dios mío, pero si tiene perro, inspector! —Al principio no lo vio; estaba en la parte de atrás, sin hacer ruido, esperando a que alguien se fijara en él. En ese momento se incorporó y la miró con unos ojos llenos de esperanza. Ella se inclinó y le rascó la cabeza—. ¡Oh, qué mono! ¿Qué es? ¿Un foxterrier?

Frobisher miró por encima del hombro y examinó al perro con una mirada burlona. El animal pareció mirarlo igual.

—No creo que sea de una raza concreta. Es un chucho, más bien.

Que tuviera un perro le añadía una nueva dimensión, en opinión de Gwendolen. No le había parecido alguien que tuviera perro. Pensó en el alsaciano que iba con Niven la primera vez que lo vio. Era como un reflejo del carácter de su dueño, como suele pasar con los perros. Pero nunca habría identificado a Frobisher con un pequeño y simpático terrier.

—¿Cómo se llama?

Él lo pensó un momento. Sabría cómo se llamaba su perro, ¿no?

—Pierrot —dijo un instante después, y sonó como si acabara de inventárselo.

—¿Pierrot? —exclamó Gwendolen—. Pues no tiene pinta de Pierrot. Parece más un Spike, un Smudge o un Pickle.

—No se lo he puesto yo —aclaró Frobisher, y antes de que pudiera preguntar quién lo había bautizado, continuó—: Tenemos que irnos. Hay un taxista enfadado detrás de nosotros. Creo que le hemos quitado su aparcamiento.

Él había hecho una lista de varios destinos posibles para la excursión con el coche nuevo, pero cuando Gwendolen se subió al vehículo, dijo:

—Me estaba preguntando… ¿Oxford está demasiado lejos para usted, inspector?

—¿Oxford? —preguntó sorprendido—. No, en absoluto. La ciudad de las agujas de ensueño. Pues nos vamos a Oxford.

Gwendolen se fijó en que seguía entusiasmado. (¡Arriba ese ánimo, Frobisher!)

Salieron de la ciudad y se dirigieron al oeste. El trayecto resultó emocionante y aterrador al mismo tiempo. Era un conductor nervioso que no parecía haber recibido ningún tipo de formación sobre conducción y que no tenía mucha idea de cómo funcionaba el motor de un coche. Ella se pasó la mayor parte del tiempo mientras cruzaban los Chilterns agarrada con todas sus fuerzas al asiento del coche. (¡Sesenta y cinco kilómetros por hora de velocidad máxima, señorita Kelling!) Era difícil no comparar sus habilidades como conductor con las de Niven, que manejaba su coche hermoso y extravagante con una solvencia que parecía natural. Él se había adaptado perfectamente a la era motorizada, mientras que Frobisher no.

Gwendolen tampoco podía evitar comparar lo que sentía en ese momento con lo que habría sentido si hubiera estado sentada al lado de Niven en el Hispano-Suiza, cruzando como una flecha las bonitas localidades rurales que pasaban una detrás de otra. ¿Qué habría al final de esa carretera? Con Frobisher habría té y una visita a las

facultades; con Niven sospechaba que su destino sería bastante diferente.

Frobisher le había encargado, con ciertas dudas, que se ocupara de darle indicaciones utilizando un mapa de carreteras de Gran Bretaña de la Automobile Association (publicado por su viejo amigo Bartholomew, como no pudo evitar notar). «Cuando era pequeña, fui exploradora. No tengo muy buen sentido de la orientación, pero entiendo los mapas», había asegurado Gwendolen.

Pararon en Amersham para comer (un pastel de ternera decente acompañado de medias pintas de sidra en el patio del pub). El perro se quedó sentado a sus pies y lo recompensaron con una salchicha que salió de la cocina del pub.

Después de comer fueron a pasear por el campo y admiraron las hojas nuevas de los árboles y las ovejas gordas. Llevaban al perro atado con una cuerda por si las alteraba. Cuando pasó el peligro, lo soltaron y él salió corriendo como un preso recién liberado. Y no solo corría, sino que se revolcaba una, otra y otra vez por la hierba, frenético por la pura excitación.

—Es un perro de ciudad —explicó Frobisher—. Como yo en los últimos tiempos.

—Creo que usted se adaptaría muy bien al campo —aseguró Gwendolen.

Tal vez su vida en el futuro no estaría en York ni en Londres, sino en medio del verdor de la campiña, pensó. Una casita destartalada con tejado de paja y gallinas picoteando ante la puerta. Un huerto con plantas de judías trepando con sus flores escarlatas por finas estacas y parterres con alhelíes de aroma embriagador. Campos infinitos, bosquecillos y arboledas sombrías con arroyos de aguas rápidas y su dulce sonido que superaban cualquier obstáculo. Se sintió arrastrada por esa fantasía bucólica. Si forzaba un poco la imaginación, incluso veía a Frobisher dentro de la casita destartalada, pero no conseguía encajar allí a Niven, no lograría que cruzara el umbral. Ni siquiera la puerta de acceso al jardín. Tenía que dejar de compararlos, se reprendió. Frobisher nunca salía ganando, cuando en realidad debería.

La sorprendió confesándole que en realidad él era un hombre de campo, hijo de un labrador de Shropshire. «Cuando las bridas de los caballos resplandecieran al girar», dijo Gwendolen, a lo que él respondió: «Edward Thomas», y ella pensó: «Oh, qué bien, un hombre que conoce a Edward Thomas». Ninguno de los dos siguió citando el siguiente verso, que hablaba de amantes que desaparecían en el bosque, y de todas formas el poema no hablaba de amantes, sino de la guerra y sus pérdidas, así que charlaron de Thomas durante un rato,

de lo buen poeta que era («Elegíaco, pero eso no resulta sorprendente», comentó Frobisher) y lo excelente que habría llegado a ser si no lo hubieran matado en Arrás.

Los dos tenían un estado de ánimo más sombrío mientras volvían al coche, pero ese humor quedó relegado por el esfuerzo necesario para arrancar de nuevo el Austin después del descanso. Parecía un proceso extraordinariamente complicado.

—Todavía no me lo he aprendido bien —se disculpó él, que le pasó el manual del coche a ella («Es mi Biblia en este momento», le confesó).

«Es muy recomendable que lea este manual con detenimiento», advertía el librillo. Frobisher ya había estado toqueteando botones y palancas dentro del coche antes de que Gwendolen empezara a leerle en voz alta: «Si el coche ha estado detenido durante un largo periodo de tiempo (obviamente, así era), para arrancarlo necesitará utilizar la palanca del cebador manual en la bomba para introducir el combustible necesario en el carburador».

—Sí, eso es lo que estoy haciendo, señorita Kelling —gritó desde debajo del capó. El perro estaba sentado al lado de la carretera, junto a él, como si quisiera ayudarlo.

—«Antes de girarlo, asegúrese de que el cigüeñal está liberado empujando la palanca hacia dentro hasta que se enganche completamente con la tuerca de encendido. —¿Qué demonios sería eso del cigüeñal? El perro la miró, interesado—. La llave de arranque debe girarse hacia la derecha…»

—¿Puede hacerlo usted, señorita Kelling?

—A sus órdenes.

Por fin volvieron a la carretera una vez más, con un ruido de traqueteo demasiado alto para continuar con la conversación, y la melancolía pronto se disipó.

—¿Por qué Oxford? —le preguntó él cuando llegaron—. ¿Por qué ha elegido esta ciudad para nuestra excursión?

—El mayor de mis dos hermanos menores estaba estudiando aquí. No llegó a terminar su primer semestre, pero me apetecía ver el lugar donde estuvo. Ver lo que él vio.

—¿Se fue al frente y no regresó? ¿Tenía también otro hermano más pequeño?

—Sí.

—Lo siento mucho.

—Pero no nos centremos en las vidas que no pudieron vivirse, no tiene sentido. Ya son las cuatro y media. Estoy segura de que Oxford

es uno de esos lugares donde se puede tomar una buena merienda.

Y así era.

Después de merendar, pasearon por los barrios donde estaban las facultades y, cuando fue desapareciendo la luz y llegando la noche, se encontraron por casualidad con un grupo de estudiantes haciendo lo que parecía una representación fuera de estación de *El sueño de una noche de verano* en Christ Church Meadow. El vestuario parecía haber salido de un baúl de disfraces infantiles y muchos de los actores estaban leyendo su texto, pero eso no hacía que perdiera la magia; de hecho, de alguna forma lograba aumentarla. Pronto llegaría la época de exámenes, ¿no? Tal vez estaban tomándose un respiro.

—Qué bonito —le susurró Gwendolen a Frobisher—. Es mi obra de teatro favorita.

Él no dijo nada. No era una obra muy varonil, y tampoco estaban en verano, así que ella se imaginó que podría poner objeciones por ambas razones, pero entonces recordó que era un hombre al que Edward Thomas le parecía «elegíaco» y que tenía un perro que se llamaba Pierrot, de modo que tal vez no era tan aburrido como ella había pensado siempre.

Frobisher encontró un sitio para sentarse sobre la hierba y puso su chaqueta en el suelo para ella. Había unos faroles encendidos sobre el césped para marcar el escenario. La puesta en escena era preciosa y captaba muy bien la esencia de la obra sin grandes alardes. Por desgracia, estaba casi llegando a su fin, con Hipólita declarando: «Disparate más trastornado yo jamás he escuchado», refiriéndose a *Píramo y Tisbe,* y Gwendolen pensó que más de trescientos años después esa era una sentencia que se podía aplicar a muchísimas cosas.

El público que se había reunido espontáneamente, acomodado sobre la hierba, parecía estar formado sobre todo por otros estudiantes y amigos. Todos estaban llenos de energía y juventud, igual que sus predecesores y su fatídico destino. La guerra era algo vil. Debería volver al infierno de donde había salido y no salir nunca más. Sacudió un poco la cabeza para librarse de esos pensamientos indeseados.

—¿Está bien, señorita Kelling?

—Sí. Había una avispa, creo. Ya se ha ido. —El perro se echó a dormir, con la cabeza apoyada en la rodilla de Gwendolen.

Las chicas que encarnaban a las de hadas hacían cabriolas y aterrizaban elegantemente sobre la hierba, y ella pensó en Freda. Había hecho el papel de una de esas hadas, ¿verdad? Le habría gustado verla en el escenario. Tal vez no se le había hecho justicia a esa niña y tenía verdadero talento. ¿Dónde estaría? Con talento o sin

él, debía seguir buscándola, pensó.

Habían llegado al reconfortante final. «Si amigos sois, daos las manos y os lo premiará Robín», dijo el actor que hacía de Robín, que llevaba una gran cantidad de maquillaje y unos cuernos de papel maché en la cabeza. Entonces los actores se cogieron de las manos y los miembros del público, en un impulso, se acercaron unos a otros y también lo hicieron.

La chica que estaba más cerca de Gwendolen, que llevaba una corona de margaritas, de esas que hacen los niños, le tendió la mano con timidez. Ella se acordó, de una forma muy incongruente, de una vez que asistió a una reunión de cuáqueros (había ido varias veces en York cuando volvió de la guerra, en un intento de buscar consuelo o significado, pero no encontró ninguno de los dos). Miró a Frobisher, que estaba al otro lado. Esperaba verlo avergonzado, y tal vez lo estaba, pero aun así él tendió la mano y agarró la suya brevemente, pero con fuerza.

Y un instante después se terminó. El perro se despertó. Todo el mundo se dispersó en la oscuridad y Frobisher la ayudó a levantarse. «Es hora de volver a casa», anunció. Y lo vio bastante alicaído ante la idea.

«¡Saludos, mortal!»

Había pasado más de una semana desde que Ramsay Coker invitó a Freda a cruzar el umbral de The Amethyst y entrar en «el país de las hadas». Pronto se había desengañado de su anterior creencia de que un club nocturno era como un lugar encantado.

Aunque no había revelado esa información, como era natural, lo cierto era que ella nunca había bailado con un hombre. En su escuela de danza en York se ponían al día con los últimos bailes de moda los sábados por la tarde, después de la clase de claqué, pero allí ensayaban emparejándose entre ellas y se turnaban para ser la que guiaba y la que seguía. Así que era una novedad, y no especialmente agradable, verse de repente emparejada con un miembro del sexo opuesto.

The Amethyst era un lugar muy ruidoso, mal ventilado y en el que hacía un calor horrible. A Freda le sorprendió que la gente no muriera asfixiada. Iban todos muy elegantes con sus trajes de noche y los hombres parecían sudar por todos los poros, algo que se veía intensificado por el ambiente viciado con el humo del tabaco y los efluvios del alcohol que los rodeaban. Todos parecían muy grandes en comparación con Freda… y además tenían bastante tendencia a pisarla mientras bailaban. Aun así, tenía bastante éxito, si este se medía por el número de hombres que querían bailar con ella.

—Es una chiquilla muy popular —le dijo Betty a su madre—. Un caramelito.

—Una joyita —añadió Shirley.

«No soy ninguna de esas dos cosas. Soy una chica», pensó Freda.

Ya tenía bastante experiencia con los hombres mayores. Owen Varley nunca abandonaba su mente, pero al menos esta vez estaba preparada para cualquier asalto, aunque lo peor que había tenido que sufrir al final de su primera noche era un dedo pulgar del pie muy magullado.

—Cosas peores se han visto —le dijo la señora Coker, que era una frase un poco ridícula pero a Freda no le importaba, porque, cuando cerró el club, sacó diez chelines en monedas de una lata y se las dio todas a ella. ¡Diez chelines! La señora Coker le dijo que lo hacía por la generosidad de su corazón, porque lo habitual era pagar a las chicas al

final de la semana, pero que todavía no había decidido si ella se iba a quedar o no. Al parecer estaba «a prueba», algo que Freda pensaba que solo se hacía en otro tipo de trabajos.

—Puedes volver mañana y veremos qué tal te va —sentenció Nellie Coker.

Lo más increíble era que había ganado todavía más dinero con las propinas. No tenía ni idea de que las daban por cada baile hasta que el primer bailarín de *quickstep,* un torpe, le puso un chelín en la palma de la mano tras cubrírsela con la suya, muy húmeda, durante un tiempo demasiado largo e incómodo. Y después otro hombre le dio propina, y otro más. No había obtenido unas riquezas sin parangón, pero lo suficiente para dejar de pasar hambre, aunque la verdad era que nunca volvería a tener hambre si seguía trabajando en The Amethyst, porque había una pequeña sala anexa donde iban las bailarinas cuando la pista estaba tranquila (que era más bien nunca) o cuando ya no podían seguir sin caerse redondas de agotamiento. Ahí había una mesa con jamón y queso, galletitas saladas y jarras de agua y una enorme tetera llena. «Hay que mantener bien hidratados a los caballos», decía Nellie. (¡Ella tampoco era un caballo, era una chica!) También había dos tipos de mermelada. Y galletas dulces. A Florence le habría encantado aquello si no fuera por el baile, claro. ¿Dónde estaría? ¿Y si andaba por ahí sin nada que comer? Ni un mísero caramelo de menta.

Esa primera noche Freda no tenía sitio donde dormir, pero tras jugar un poco al escondite (se acordó una vez más de Vanda, que desaparecía dentro de la caja del mago), consiguió quedarse allí sin que nadie la viera cuando cerraron el club y después se preparó un nido cómodo en un rincón cálido de la cocina. Dormir con las ollas, las sartenes y el olor de la grasa rancia era mucho menos perturbador que pasar la noche entre las viejas tumbas de Drury Lane Gardens.

A la mañana siguiente salió antes de que llegara nadie y desayunó en una cafetería de Dean Street, justo a la vuelta de la esquina de donde estaba The Amethyst. El dinero que había ganado le sirvió para darse tal festín de salchichas que casi no podía levantarse de la mesa cuando terminó.

Lo más sensato habría sido empezar a buscar un lugar donde alojarse, pero en vez de eso Freda quiso volver a la casa de empeños de Meard Street para recuperar el broche del pájaro azul. Le parecía algo fundamental, casi como si fuera a recuperar a la propia Florence cuando entregara el recibo, que tenía muy bien guardado.

No recuperó a su amiga, claro, pero tampoco el broche del pájaro azul. Y no solo eso, sino que el hombre que había detrás del mostrador

negó haberlo tenido en su custodia. «Pero si tengo el recibo», insistió ella, agitando el trocito de papel arrugado ante su cara. A pesar de la prueba que tenía en la mano, él le dijo que debía de estar equivocada. Freda quiso chillar de frustración y al final lo hizo, lo que provocó que el joyero sacara un bate de críquet de detrás del mostrador y la amenazara con «dejarla seca» allí mismo si no se iba de su tienda. «¡Vete a la policía si no me crees!», dijo él con tono burlón. «No, gracias», pensó ella, recordando al horrible policía que le había robado la media corona y le había aconsejado que fuera a Tisbury Court.

Ese joyero había vendido el broche, estaba claro. Se suponía que debía guardarlo durante un mes, pero se había deshecho de él en cuanto le surgió una oportunidad. Qué rastrero. Y en ese momento otra mujer que no era la señora Ingram estaría llevando el broche del pájaro. Freda pensó en lo triste que estaría la madre de su amiga por su pérdida. No era tan grande como perder a Florence, claro, pero ambas se confundían en su mente mientras caminaba, triste, por Wardour Street.

Aunque, la verdad, ella no sabía si Florence había vuelto a casa. Podía haber ido a coger un tren y haber vuelto a York porque ya no le interesaban ni Londres ni Freda. Pensar eso la animó. Los Ingram se lo perdonarían todo, incluso la pérdida de las perlas y del broche del pájaro, y Florence retomaría su vida donde la había dejado y tal vez algún día les contara a sus futuros hijos la historia de cuando se escapó a Londres. Porque no había duda de que su amiga se casaría y tendría hijos (Freda se los imaginaba con vegetaciones y los pies planos) y nunca necesitaría dinero, ni comida ni un techo sobre su cabeza, porque alguien se ocuparía de satisfacer todas sus necesidades. Y lo más cerca que iba a estar Florence de un escenario en el futuro sería cuando llevara a esos mismos niños a la obra de teatro navideña del York Theatre Royal. ¿Se acordaría de Freda cuando viera a los niños del pueblo bailando y cantando alrededor de Aladino o de Jack y sus habichuelas mágicas?

Casi se había convencido de que ese era el futuro de Florence y ya empezaba a sentirse enfadada con ella porque no había encontrado una forma de avisarla de que había vuelto sana y salva con su familia. Al menos podía haberle mandado una de esas malditas postales de monumentos de Londres. Pero la habría enviado a Henrietta Street y la señora Darling la habría tirado a la chimenea.

Pero ya tenía dinero, así que podía llamar por teléfono a los Ingram, ¿no? Decirles que quería hablar con Florence para quedarse tranquila. Cuanto más lo imaginaba, más convencida estaba de que su

amiga había vuelto a casa y estaba sentada en la mullida tapicería del sofá de los Ingram, comiendo puñaditos de peladillas del platito de plata. «Con filigrana», pensó Freda.

Fue a Broad Street, a las nuevas cabinas telefónicas que habían instalado allí en la acera, y echó dos peniques en la ranura del teléfono. Se sorprendió cuando el señor Ingram respondió al instante, como si hubiera estado al lado del teléfono en su pasillo forrado de madera.

—¿Quién llama? —gritó por el auricular antes de que Freda tuviera tiempo de decir nada—. Florrie, ¿eres tú?

Oyó la desesperación en su voz. Y entonces se sobresaltó al oír que él decía:

—¿Eres tú, Freda? —¿Es que la veía por el teléfono?—. ¿Sabes dónde está Florrie? —insistió el señor Ingram—. ¿Freda? ¿Freda?

Ella no pulsó el botón «B» para hablar con él. Lo que hizo fue irse corriendo. Ni siquiera se molestó en recuperar la moneda de dos peniques.

Se sentía demasiado deprimida para recorrer las calles buscando una habitación para alquilar, así que se pasó el resto del día yendo de un Lyons a otro, porque le parecían los lugares en que sería más fácil encontrar a la errante Florence, aunque en el fondo de su corazón sabía que, igual que el broche del pájaro azul, su amiga había volado.

En Piccadilly, mientras iba de una cafetería a otra, pasó delante de un concesionario de coches que había al lado del Ritz. Como el hotel, parecía resplandecer con el brillo de la riqueza. Freda estaba ante el escaparate, preguntándose cómo se podría comprar uno, cuando dio un respingo al ver un vehículo, el mismo en el que había visto subirse a Florence en el Strand el día de su maldita audición.

Entró en el concesionario, se plantó al lado del coche y se quedó mirándolo como hipnotizada. Era imposible no extender la mano para tocar el capó brillante de esa máquina, pero en ese momento un vendedor estirado se acercó corriendo adonde estaba ella.

—Disculpe, señorita, ¿puedo ayudarla en algo? —le dijo con tono sarcástico, y así la despertó del trance en el que la había sumido la visión del coche.

A la hora establecida, apareció en la puerta de The Amethyst y Betty le dijo que fuera a The Sphinx, porque allí les faltaban un par de bailarinas. Freda se había enterado de que Nellie Coker tenía cinco clubes y se preguntó si iba a estar yendo y viniendo sin parar.

—Oh, toma, llévate esto —le dijo Nellie, dándole un paquete envuelto en papel marrón—. Un vestido nuevo. No puedes seguir llevando esa cosa ridícula.

—¿Nuevo? —preguntó Freda, emocionada solo de pensarlo.

—No es nuevo —aclaró Nellie—. Pero para ti sí.

Ella no dejó de sentirse emocionada, pensando que sería uno de los vestidos que Betty o Shirley habían descartado, pero resultó ser una prenda vieja que alguna de las bailarinas se había puesto hasta la saciedad y había olvidado cuando «siguió con su vida», aunque nadie le especificó dónde ni cuándo había sucedido eso.

—En The Sphinx se van a dar un festín con ella —comentó Betty.

—Como un cordero acorralado por una manada de lobos —corroboró Shirley. (Ella no era un cordero, sino una chica.)

Resultó que Ramsay Coker era quien estaba a cargo de The Sphinx. En opinión de Freda, era un imbécil de primer orden. Tenía la cabeza en las nubes. «Estoy escribiendo una novela», le había dicho, como si eso fuera algo sobre lo que alardear y no hubiera ya suficientes novelas en el mundo. Ramsay era incapaz de organizar una tómbola, mucho menos un club. The Sphinx funcionaría igual de bien sin él. Gerrit, el camarero, y el encargado de Glasgow estaban siempre conspirando juntos, ambos con su incomprensible acento. Les estaban robando a los Coker sin control, metiéndose dinero en los bolsillos, pero Ramsay parecía ajeno a lo que estaba pasando justo ante sus narices.

Esa primera noche en The Sphinx Freda ganó solo propinas, porque al parecer ya no estaba a prueba y le darían su salario al final de la semana, como a todas las demás, pero eso no supuso un problema, porque todavía le quedaba la mayor parte del dinero que había ganado en The Amethyst. A The Sphinx iban tipos muy raros y ella tenía que estar alerta, en más de un sentido. En el servicio de señoras encontraba todo el rato cajitas de cartón tiradas. En ellas había rastros de un polvo blanco exactamente igual al que encontró en el paquete de postales de Florence. Lo probó y también sabía igual. «Es droga», le dijo una de las bailarinas, que tuvo que explicarle lo que era. Entonces Freda sintió un escalofrío. No se podía imaginar que su amiga fuera drogadicta. Pero tampoco se imaginó que fuera a desaparecer sin dejar rastro de un día para otro.

Empleó las mismas tácticas evasivas que utilizó en The Amethyst cuando llegó la hora de cerrar y encontró un sitio para dormir en uno de los almacenes. Pero después del cierre The Sphinx transmitía una sensación totalmente diferente a The Amethyst. Había crujidos, ruidos y golpes extraños que se oían durante toda la noche, y ella se sintió

como si la hubieran encerrado en una tumba egipcia. Había un gato momificado (o sea, un gato muerto) sobre la barra que infectaba el aire con su malevolencia. Freda no pudo evitar pensar en todos los ratones que ese bicho habría matado en el antiguo Egipto.

Y entonces se produjo un milagro. Uno de verdad. No fue la resurrección de Florence, pero algo casi igual de increíble.

Al día siguiente, fue a Poland Street, donde una de las bailarinas de The Sphinx le había dicho que había una pensión con habitaciones decentes. Iba siguiendo la numeración de la calle cuando oyó una voz ronca detrás de ella gritando: «¡Freda! ¡Freda!». Al girarse se encontró con una mujer que la miraba asombrada y que extendió una mano y le tocó la mejilla, como si quisiera asegurarse de que era real. «Freda, ¿de verdad eres tú, niña? De todos los sitios del mundo, te encuentro aquí», dijo. De repente ella se vio envuelta en unas pieles raídas y en los olores familiares del perfume Habanita y los cigarrillos Sarony. Parecía que Vanda ya no estaba en Grantham.

Vanda tenía un piso allí cerca, en un callejón oscuro que había tras una hilera de restaurantes. Para llegar a la puerta había que esquivar varios cubos de basura de metal que despedían olor a pescado, a despojos y a algo más desagradable y agresivo. «Han estado echando veneno para las ratas», explicó Vanda. El olor se notaba en el interior del edificio («Han muerto dentro de las paredes»), pero, por suerte, la mayor parte se había disipado cuando llegaron a la casa, que estaba en el tercer piso.

—Es una buena subida. Un señor se desplomó encima de mí cuando estaba en el rellano de la segunda planta. El corazón. Se murió. Una pena —comentó—. Hogar, dulce hogar —dijo cuando llegaron, y abrió la puerta con una floritura.

Así, Freda se quedó a vivir allí. Por fin tenía un lugar al que ir cada noche y donde podía meter los pies doloridos en un recipiente esmaltado con agua caliente, cortesía de una pequeña caldera de gas que había en la pared al lado del fregadero de la cocina. Había dos habitaciones: la cocina y el dormitorio. Freda dormía en la cocina, en una cama que había en un hueco, que era más bien un armario, pero con una cortina colgada de una cuerda que podía cerrar. Para llegar a su cubículo tenía que pasar entre un bosque de medias y ropa interior de Vanda («braguitas», decía ella, muy remilgada) que tendía en cualquier parte para que se secaran.

Vanda y su amiga Joan, que vivía en el piso de al lado, subían y bajaban taconeando por las escaleras durante toda la noche, llevándose a casa «amigos», algo que Freda descubrió en su noche libre, porque normalmente, cuando volvía de The Sphinx, esos amigos ya se habían ido y las dos estaban sentadas en la cocina, húmeda pero caliente, fumando y compartiendo una botella de ginebra. «La ruina de la madre», llamaba Joan a esa bebida, riendo. Esta le contó que tuvo un hijo en la Marina. Freda no quiso preguntar qué había pasado con el bebé que dejó Vanda en Grantham.

Joan tenía una cara ordinaria, el pelo ralo y de un negro antinatural y se lo colocaba cuidadosamente en la cabeza para ocultar una calva, pero le llevaba galletas Empire y le preparaba tazas de cacao. Los amigos de Joan eran diferentes a los de Vanda, porque ella contaba con lo que denominaba «especialidades».

—¿Como los hojaldres con crema de vainilla y los bocaditos glaseados? —preguntó Freda, recordando al señor Birdwhistle y sus pasteles.

—Sí, niña, algo así —contestó Vanda, que seguía manteniendo su papel de protectora de la inocencia sin saber que ya se la habían mancillado. Freda prefirió guardarse la historia de Owen Varley; ya era demasiado tarde para la comprensión y el consuelo.

A veces las tres jugaban a las cartas y Vanda recordaba la época que pasaron en la carretera con las Lanas y lo bien que se le daban a Duncan las cartas. Cuando Freda dijo que le habían dicho que estaba en la cárcel, Vanda contestó:

—Entonces, ¿no lo sabes? —¿Qué era lo que no sabía?—. Se ahorcó —dijo.

Joan exclamó: «¡Dios santo!», aunque ella no conocía a Duncan, y todas brindaron en su memoria con ginebra, cacao y galletas Empire.

Esa noche The Sphinx había cerrado más tarde de lo habitual. No había ni rastro de Ramsay y el camarero holandés y el encargado de Glasgow habían decidido seguir abiertos para sacar un dinero extra que se quedarían ellos.

A Freda no le gustaba ir a casa caminando por las calles mal iluminadas a esa hora. Siempre había algo inesperado que evitar: aparecían personas de la nada como si fueran muñecos de resorte al salir de una caja. Algunas querían dinero o venderle algo, pero unas cuantas lo que querían era a ella. Esa noche tenía la escalofriante sensación de que alguien la seguía, pero cada vez que miraba no veía a nadie.

Había un gato maullando en alguna parte y también oía el eco de

una pelea de borrachos. Además, había gente cantando y gritando, sin duda a consecuencia del alcohol. Decidió ir por las callejuelas para evitar a quienquiera que fuera.

Sin duda alguien iba siguiéndola en un coche que avanzaba muy despacio. Las bailarinas del club siempre contaban historias de chicas a las que raptaban en la calle. Por suerte, en ese momento se encontró con un grupo de borrachos y el vehículo se alejó. Ella no sabía mucho de coches, pero juraría que era el mismo que creía que se había llevado a Florence. Un Wolseley Open Tourer, así lo había llamado el vendedor del concesionario.

Aunque tal vez lo de los borrachos no fue tanta suerte, porque uno de ellos la cogió por la cintura y la levantó en el aire como si se la fuera a echar al hombro mientras los otros los rodeaban y reían.

¿Es que eso no paraba nunca?, pensó Freda. Fuera adonde fuera, ella no era más que un objeto con el que la gente jugaba. Lo primero que iba a hacer al día siguiente iba a ser conseguir una navaja.

Logró zafarse del borracho y se fue corriendo. Durante un momento le preocupó que el grupo la persiguiera, pero cuando miró atrás habían desaparecido.

—¿Estás bien, niña? —preguntó Vanda cuando entró en la casa—. Me he quedado despierta para esperarte. Esta noche las calles están en estado salvaje. Hay todo tipo de gente rara por ahí. ¿Quieres que te prepare un té?

Cháchara

Ramsay esperaba que esa estúpida fiesta temática de bebés le sirviera para conseguir algo de material nuevo, al menos. Los Bright Young Things eran unos idiotas indolentes, pero sus excesos absurdos le daban para un capítulo cínico y mordaz de *La era del oropel,* aparte de que le ofrecían un gran potencial como cadáveres, porque alguien debería asesinar a esas personas odiosas, aunque fuera solo en las páginas de un libro.

Una niñera con bigote, que parecía el fogonero de un barco, pasó por delante de él empujando un enorme cochecito en el que un chico muy amanerado se había metido como había podido. El chico, que llevaba algo que parecía un pelele hecho a medida, estaba bebiendo de un biberón. Cerca, una chica que Ramsay sabía que era la hija de un importante miembro del Gobierno iba gateando por la hierba con un chupete en la boca, que se quitaba de vez en cuando para llorar a gritos («¡Bua, bua, buaaaa!») como si le pasara algo. Al final la «rescató» otra niñera, que en realidad era un miembro de la Brigade of Guards del Ejército (Ramsay lo reconoció porque iba a The Sphinx) vestido con un uniforme como el que llevaban las niñeras, que había requisado de Norland College.

La persona a la que pertenecía ese uniforme en origen tenía que ser muy grande, pensó Ramsay. Pero las niñeras muchas veces lo eran. Ellos tuvieron una un tiempo durante su lejana infancia en Escocia, mucho antes de que naciera Kitty. Esa mujer (que era una giganta) después acabó en la cárcel por intentar asesinar a uno de los niños que tenía a su cargo. Podría haber sido uno de su familia. «Nos hemos librado por poco», fue lo que dijo Nellie, imperturbable.

La fiesta temática de bebés estaba teniendo lugar en el jardín de delante de una de las casas más magníficas de todo Londres, en Lowndes Square. Había guirnaldas de luces que iluminaban el ridículo desfile de personas que no paraban de llegar en cochecitos, correpasillos o triciclos, vestidas con ropa de bebé, agitando sonajeros o con chupetes en la boca y cargadas con toda una colección de muñecas, osos de peluche, barquitos de juguete, etc. Parecía que acababan de saquear la juguetería Hamley's. Una vez en el jardín, se divertían con los correpasillos, meciéndose en caballitos-balancín de

madera, jugando al aro o haciendo turnos para montarse en un grupo bastante triste de burros, sin parar en ningún momento de chillar de emoción.

Ramsay permanecía a distancia de todas esas payasadas descontroladas. La novela de Vivian Quinn, tan anunciada por él mismo y titulada *Cháchara* (el título no había dejado de sonarle estúpido), iba de «la Bright Young People, que va perdiendo su brillo, más o menos», ¿no? Pues, si Quinn podía hacerlo, él también. Y, si se daba prisa, llegaría primero y así todo el mundo pensaría que la novela del periodista era una copia de la suya (o un homenaje, lo que sería aún mejor en realidad).

Un burro rebuznó con fuerza; o tal vez había sido uno de los asistentes, eran difíciles de diferenciar. Esa gente eran unos idiotas adictos a los excesos. Edith una vez se había encontrado un grupo numeroso de esas mujeres recorriendo a cuatro patas la acera sucia en Seven Dials; en aquel momento se entretenían con una búsqueda del tesoro. «No te habrás encontrado por casualidad un wómbat de peluche, ¿verdad?», le dijo una de las chicas. Ella, con su inteligencia maliciosa, les dijo que creía que tenían uno en la Torre de Londres. Al oír esa información, todas salieron corriendo hacia el Embankment como unas desenfrenadas ménades tracias en busca de Orfeo. «¿De verdad hay un wómbat de peluche en la Torre de Londres?», preguntó entonces Kitty, que no tenía ni idea de lo que era eso y se imaginó un murciélago grande, una hembra tal vez.

Según los periódicos del día siguiente, un grupo de la Bright Young People se había librado por los pelos del arresto cuando intentaba entrar por la fuerza en la Torre para, según decían, robar las joyas de la Corona solo por hacer una broma. Al final los dejaron ir con una simple amonestación.

«Deberían cortarles la cabeza», opinó Nellie.

Cuando las búsquedas del tesoro se volvieron aburridas, esa gente odiosa pasó a las fiestas locas, cuanto más ridículas y exhibicionistas, mejor, como esa de bebés en la que el código de vestimenta incluía peleles, chaquetitas de hilo y sombreritos. Ramsay preferiría morir antes que ponerse eso.

Como era de esperar, los Bright Young Things no eran los únicos que parecían obsesionados con las diversiones extravagantes. Había fiestas por todas partes y todo el tiempo: de «nieve» en Mayfair; de opio, para las que iba gente del West End hasta Limehouse; orgías en el Soho, cócteles en Knightsbridge y bacanales de todo tipo tras puertas cerradas de casas particulares, como aquella de Piccadilly donde Rollo había llevado a Shirley la noche anterior. La gracia de esa

fiesta en concreto, según contó ella, era permanecer disfrazado el mayor tiempo posible, y para ello la gente se había llevado varios atuendos para cambiarse.

Shirley, que gracias a su amistad con Rollo se movía en ambientes más distinguidos que el resto de los Coker, contó que había estado en otra fiesta la semana anterior en Piccadilly en la que el príncipe de Gales había empezado la noche vestido de Carlos Estuardo, conocido como Bonnie Prince Charlie, antes de ponerse una túnica blanca del Ku Klux Klan, para terminar como un culi chino. También vio allí tres ratones ciegos, un par de avestruces blancas, a lord Blandford de nadadora del Canal, a lord Berne de mona vestida de novia, con velo y todo, y a Winston Churchill de Nerón. «Decadencia sobre más decadencia», calificó Shirley. «¡Oh! Y también estaba allí tu amigo Vivian Quinn», añadió, dirigiéndose a Ramsay.

«No es mi amigo», murmuró él.

Todos los asistentes a la fiesta de bebés parecían estar ya muy borrachos cuando él llegó. Se servía el licor en tacitas con motivos infantiles y la «barra» era un corralito de juegos. Se suponía que el barman del Ritz había creado un cóctel especialmente para la ocasión. Se llamaba «Leche materna» y llevaba crema de cacao, ginebra, azúcar y nata. Solo con el nombre a Ramsay le dio asco, seguro que porque le recordaba a su madre (aunque en realidad solo Niven había mamado de los pechos de Nellie; el resto habían tenido que sobrevivir como pudieron con leche artificial de Cow and Gate y Nestlé, porque decidió que su vida ya era bastante difícil sin tener que llevar a un niño de forma casi permanente pegado como una ostra a una roca).

A pesar del nombre, el cóctel bajó sin problema por la garganta de Ramsay sin revelar su contenido en alcohol. Las tacitas eran pequeñas y él ya había vaciado el contenido de una con la señorita Muffet y otra con Old Mother Hubbard y se aferraba a una tercera con Bee Bee Oveja Negra como si fuera un salvavidas. Hasta ese momento (y gracias a Dios), había conseguido evitar encontrarse con Pamela Berowne, la anfitriona de la fiesta.

Su hermano aborrecería esa absoluta locura, pensó Ramsay justo cuando empezaba a desarrollarse a su alrededor un enérgico juego de atrapar la pelota. Él envidaba la seguridad de Niven; él tenía la batalla de Passchendaele a sus espaldas para justificar su permanente irritación, mientras que Ramsay solo tenía un sanatorio en Suiza y un deseo ardiente de conseguir reconocimiento en un contexto más amplio. O en cualquier contexto, en realidad.

Buscó refugio en un rincón discreto, rodeado de ligustros, para

dedicarse a tomar notas. Había decidido llevar consigo una libreta a todas partes, pero en ese momento estaba tan borracho que no escribió nada coherente y sus anotaciones consistían básicamente en escribir una y otra vez «¡IDIOTAS!» en grandes mayúsculas. Un camarero que pasaba por allí lo encontró y le preguntó, con expresión impenetrable: «¿Más Leche materna, señor?». Ramsay cogió de la bandeja una tacita con Jack y Jill. ¿Cómo cometería un asesinato allí?, se preguntó. Era ficticio, pero de todas formas tenía que realizarlo en su cabeza, ¿no? ¿Un estrangulamiento entre los arbustos? ¿Una bomba en el sitio donde jugaban a la rayuela? Veneno en la Leche materna era lo más sencillo, se dijo.

Eso era fácil de conseguir; solo había que ir a la farmacia o a la ferretería y decir que tenías ratas. Había una ferretería justo al lado de The Amethyst, que formaba parte de la compleja ruta de escape secreta, así que se decidió a ir al día siguiente a comprar veneno. Estricnina, se imaginó. O arsénico. Cianuro tal vez. Todas esas palabras sonaban atractivas. Le intrigaba saber qué se sentiría al comprar lo que era, a todos los efectos, un arma mortal para un asesinato. ¿Una punzada de culpa? Pero podría ser verdad: sí que tenían ratas, y no podían esperar que la pobre Phyllis siguiera matándolas a golpes siempre, aunque lo cierto era que parecía disfrutarlo hasta un punto que ponía un poco nervioso a Ramsay.

Tardó en darse cuenta de lo borracho que estaba, porque a esas alturas ya había ingerido casi todos los cuentos de Mamá Oca y había consumido el paquete de cinco chelines de cocaína con el que se había pertrechado antes de ir a la fiesta. Y ya tampoco estaba a salvo en su rincón, porque unas personas con unos nombres estúpidos del tipo Bunny, Bingo, Pingo y Pongo habían aparecido de repente y se habían lanzado a por él, confundiéndolo con un participante en el juego del escondite que estaban llevando a cabo. Lo arrastraron a un lugar abierto y él necesitó una andanada breve pero fuerte de puñetazos para escapar de ellos. Ramsay no era tan buen luchador como Niven, pero había pasado un tiempo en el cuadrilátero en Fettes College y no había perdido siempre. Lo había entrenado su hermano y no le daba miedo enfrentarse al enemigo si no tenía alternativa.

Según fue avanzando la noche, el lugar cada vez se parecía más a un manicomio. Entonces Ramsay se encontró colaborando con el ayudante del mayordomo de la «mansión» en la tarea de sacar a un burro reticente de la biblioteca (algo nada fácil) y después decidió que ya no soportaba más toda esa locura. Estaba a punto de irse cuando vio que se acercaba su enemigo; un ataque en dos frentes, con Pamela Berowne galopando hacia él por el flanco izquierdo y Vivian Quinn

directo adonde estaba a un paso más tranquilo por la derecha, con su habitual sonrisa de satisfacción en la cara. Iba parapetado tras un disfraz de torero, se fijó Ramsay.

Necesitaba una táctica de evasión. Cruzó corriendo el jardín, con Pamela gritando y persiguiéndolo. Tuvo que ir esquivando obstáculos que iban surgiendo de forma aleatoria: muñecos que habían sufrido un abandono cruel, parte de un balancín con forma de caballo, una sillita de paseo rota tras utilizarla en una carrera de carretillas… Y, tras sortear una serie de setos podados como un hábil saltador de obstáculos, casi había llegado a la barandilla metálica que marcaba el límite cuando cayó cuan largo era por culpa de un correpasillos que había allí tirado y que lo envió de cabeza a la hierba.

—Lo he atrapado yo, creo —le dijo Quinn, triunfante, a Pamela Berowne, colocando un pie sobre Ramsay, que estaba despatarrado en el suelo, como un cazador de caza mayor reclamando su presa. O como un auténtico torero que hubiera ganado la batalla a un toro. Pamela cedió antes de irse dando fuertes zancadas. Parecía que aceptaba la derrota con bastante facilidad, en su opinión. Aunque estaba aliviado de haber escapado de sus atenciones, le agradaba pensar que, si a él le gustara mucho alguien, pelearía más por esa persona.

—Yo no os pertenezco a ninguno —protestó irritado cuando Quinn lo ayudó a ponerse en pie.

—No, tienes razón, Coker, no nos perteneces —dijo su amigo—. Ahora eres propiedad de Azzopardi.

—Oh, qué ignorantes son estos mortales, ¿eh, Coker? —dijo Quinn mientras los dos encendían un cigarrillo mirando desde un extremo del jardín.

—¿Por qué te has vestido de torero, Quinn? El código de vestimenta decía «ropa de bebé».

—Es que voy a ir a un evento de adultos después.

—Hablando de adultos, me gustaría saber por qué me abandonaste en la timba la semana pasada. Me resulta curioso este trabajito de intermediario que haces para Azzopardi. Como si fueras su lacayo. O su perrito faldero. ¿Qué pasa, que el maltés te pagó para que me llevaras a Belgravia?

Quinn mantuvo la serenidad. Era difícil insultarlo; parecía que él se lo tomaba todo como si fuera un cumplido.

—Todo ese mundo de los bajos fondos y de la delincuencia me resulta atractivo, ¿a ti no? El escalofrío del peligro. —Fingió estremecerse, como un actor muy histriónico—. Sobre todo si lo

quieres utilizar para una novela —continuó e hizo una pausa para asegurarse de causar el efecto deseado en Ramsay—. Como estoy haciendo yo, ya sabes.

«No», pataleó mentalmente. Quinn no podía apropiarse de los bajos fondos porque no los entendía en absoluto, mientras que él habitaba en su corazón todas las noches. Le pertenecían a él. Pero no dijo nada. No iba a darle la satisfacción de su indignación.

—O la novela o un artículo —siguió diciendo Quinn, risueño—. *The Times* me ha encargado un artículo largo sobre el tema. Tengo contactos aquí. «Los salvajes individuos que gobiernan el inframundo de Londres», algo de ese estilo. Periodismo serio.

—¿Periodismo serio, tú?

—Todos tenemos ambiciones, Coker. Algunas más a nuestro alcance que otras. Por ejemplo tú, que esperas ser un autor vendido y reconocido. Buena suerte con eso, viejo amigo. —Quinn soltó una fuerte carcajada y le rodeó los hombros con el brazo a Ramsay. Él se zafó, irritado.

—Entonces, ¿te la ha aceptado ya algún editor? La novela, me refiero. —Se negaba a repetir ese título tan estúpido.

—No, no la ha visto nadie, absolutamente nadie. No quiero enseñar nada que no sea perfecto. Todavía estoy trabajando, dándole el último pulido. Pero seguro que no me resulta difícil, porque es brillante, aunque no queda muy bien que lo diga yo. No me has dicho qué te parece mi disfraz. En España lo llaman «traje de luces». ¿Has estado en España alguna vez, Coker? No, no has estado, ¿verdad? Cuando yo estuve en París, tuve una interesante discusión sobre las corridas de toros con un tipo americano que se apellidaba Hemingway, un periodista que también escribe novelas. Va a sacar una este año que habla de los toros. Deberías echarle un vistazo, ese tipo va a ser famoso…

—¡Que te den, Quinn!

—La verdad es que tengo un mensaje para ti de parte de Azzopardi —dijo Quinn de repente, imperturbable—. Te está buscando.

—Supongo que quiere su dinero —dijo Ramsay con tristeza.

—No quiere verte por algo tan ordinario como eso.

—¿Por qué, entonces?

—No lo sé. Una especie de pago en especie, creo.

—¿En especie? ¿Qué significa eso?

—Tú eres el pago en especie, Coker. Seguramente te quiere a ti. Ya sabes: una vieja reinona que busca probar la carne de un joven príncipe. Es probable que solo quiera pasar una noche contigo como pago.

La máscara de cinismo de Quinn se le cayó un momento y pareció apenado. ¿Azzopardi lo tenía en sus garras a él también? Le gustaban las cosas un poco raras y tal vez el maltés se las proporcionaba. O lo estaba chantajeando. Un hombre como él invitaba a ello.

—Sea por lo que sea, tienes que ir —concluyó Quinn, ya con la máscara mordaz bien colocada de nuevo—. Y yo tengo que escribir una columna. «La Bright Young People se ha superado esta noche con la última de sus extravagantes veladas. Ramsay, el hijo menor de la famosa Nellie Coker, propietaria de varios clubes nocturnos de la ciudad, fue visto en el lugar elegido, disfrutando de los juegos y demás diversiones.» ¿Qué te parece?

—¡No te atrevas a escribir sobre mí! —exclamó él cuando ya no pudo más, y le lanzó un puñetazo muy mal dirigido, porque estaba borracho por culpa de la Leche materna. El golpe solo encontró aire, porque Quinn, sorprendentemente ágil, se echó a un lado para esquivarlo.

—Será mejor que te vayas antes de que te hagas daño, Coker —dijo el periodista riendo—. Bueno, yo me vuelvo a la fiesta. Pingo me ha prometido jugar a la pelota conmigo. ¿O ha sido Bingo? Supongo que da igual. Seguro que va a ser un juego muy explosivo. Buenas noches, Coker.

Dio un saltito muy tonto cuando se giró para volver al jardín que acababan de abandonar.

Ramsay pensó que podría matarlo. Apuñalarlo en el corazón y después quedarse a ver cómo se daba cuenta de lo idiota que había sido mientras se le iba escapando la vida.

En cuanto se separó de Quinn, empezó a llover y, como era de esperar, ya no hubo forma de coger un taxi.

Giró una esquina y vio un coche aparcado debajo de una farola que iluminaba su brillante carrocería amarilla. Entró en pánico y se dio la vuelta, a punto de echar a correr, pero, como si estuviera en una pesadilla, justo delante de él apareció el mismísimo Azzopardi, que le bloqueaba el camino.

—¿Iba a alguna parte, señor Coker? —preguntó sonriendo y señalándolo con un dedo que no dejaba de sacudir, un gesto que resultaba a la vez cómico y horriblemente amenazante. Había llegado el momento del juicio, pensó Ramsay, y el estómago le dio un vuelco para al final hundirse en lo más profundo del abismo. Azzopardi abrió la puerta de su coche y dijo—: ¿Quiere venir conmigo a dar una vueltecita, señor Coker? Le encantará saber que se me ha ocurrido una forma de pagarme lo que me debe.

Azzopardi dejó a Ramsay en el mismo lugar donde lo había encontrado y se alejó con su coche. Él se sentía tan débil que tuvo que sentarse en la acera para recuperarse. Le había prometido al maltés el dinero que le debía, diciéndole que iría a contárselo a Nellie y le pediría que se lo diera. (¿Lo haría? Casi seguro que no.) O se lo pediría a Niven. Él tenía dinero y sacaría a su hermano de ese aprieto. Seguro que sí, ¿no? Pero Azzopardi le dijo que no, que ya era tarde para eso.

Quinn se equivocaba; Azzopardi no quería a Ramsay como pago en especie. (¿Él habría accedido si eso significara librarse de sus deudas? Era una pregunta que permanecía sin respuesta.) Pero sí tenía razón sobre una cosa: Azzopardi no quería dinero, sino algo que consideraba más valioso: papeles.

Ramsay encendió un cigarrillo y cuando apartó la vista de la llama de la cerilla algo que había al otro lado de la calle le llamó la atención. Era la maldita momia que había visto diez días atrás. Pero no iba andando cómicamente, como la última vez, sino que daba unos pasos muy decididos en dirección a Lowndes Square, como si llegara tarde a algo. La fiesta de los bebés, seguro, aunque también había ignorado el código de vestimenta. Fuera quien fuera la persona que iba cubierta por esas vendas, le debía de tener un cariño especial a ese disfraz tan horrendo.

Esta vez la figura no le pareció nada sobrenatural; de hecho, pensó que era absurdo sentir miedo de una caricatura tan estúpida. Pero justo en ese momento, como se temía, la momia se paró en seco y se giró para mirarlo. Tenía los ojos casi ocultos por las ventas que le rodeaban a cabeza, pero aun así Ramsay sintió la maldad que había en esa mirada. Y un segundo después, el horror: la momia se bajó de la acera y se puso a cruzar la calle para dirigirse hacia él. No se quedó para averiguar cuáles eran sus intenciones, sino que se levantó de un salto y huyó corriendo.

Quinn caminó despacio por Lowndes Square. Él también estaba intentando despejarse un poco. Había tomado una gran cantidad de droga y estaba empezando a sentirse mal. Alguien le había dicho que había un material corriendo por ahí que no era bueno y se preguntó si ese sería el problema.

¿O tal vez se sentía culpable? El remordimiento no era una emoción habitual en él. Pero esta vez había entregado la cabeza de Juan el Bautista.

Había llevado a Ramsay a esa timba en Belgravia a petición de Azzopardi. El maltés tenía algo con lo que chantajearlo, por supuesto.

Fotografías tomadas en secreto. Estaría acabado si terminaban en las garras de sus compañeros de la prensa. Pasaría sus días en una buhardilla sucia del Soho, viviendo de la caridad de alguna reinona entrada en años. O, peor, de vuelta en Kettering, viviendo de la caridad de sus horrorizados y ancianos padres.

Alguien con un disfraz se le acercó. El hombre invisible. O, más bien, una momia egipcia, aprovechando que la gente estaba tan obsesionada con todo lo egipcio. Quinn supuso que era un hombre porque la figura era bastante alta.

—Buen disfraz —le dijo con mucha educación cuando se le acercó. ¿Querría algo de él? Tenía un cigarrillo apagado colgando de los labios, o más bien del agujero en las vendas a la altura de la boca—. ¿Quiere fuego? —ofreció Quinn. La momia no respondió, pero él se sintió obligado a continuar la conversación—. ¿Va a la fiesta de los bebés? —preguntó, señalando el jardín con la cabeza—. Ahí todo el mundo va disfrazado de bebé. Y se comporta como tal también. Son el peor grupo de necios de todo Londres.

La momia habló y su voz sonó amortiguada por las vendas.

—Perdón, no le he entendido. Oh, ¿que si soy Vivian Quinn? Sí, sí que lo soy, el único e inimitable. —Se pavoneó un poco. Le encantaba que lo reconocieran—. ¿Lo conozco? —preguntó—. ¿Es usted…?

Dejó la pregunta sin terminar. Quinn bajó la vista y miró el largo cuchillo que sobresalía de su estómago sin creérselo. Un *coup de grâce*. No se había derramado la sangre del toro, sino la del torero.

Adieu, adieu, adieu

Ya casi había oscurecido del todo cuando llegaron al coche.

A la luz de un farol, Gwendolen volvió a leer las instrucciones del manual mientras Frobisher hacía uso de la palanca de arranque. Después, cómo no, tuvo su complicación conseguir que funcionaran los faros. Para cuando sus ruedas empezaron a quemar kilómetros de la carretera otra vez, ya había caído esa noche oscura que solo se ve en el campo y tenían que confiar en los débiles haces de luz de los faros. Gwendolen sospechaba que iba a soñar con ese nuevo vocabulario que había aprendido, el *cable del estrangulador,* el *acelerador* y el *doble embrague,* pero le parecía emocionante ir conduciendo de noche. Guardaron un agradable silencio durante un rato, pero de repente esos débiles faros iluminaron una carretera llena de…

—¡Conejos! ¡Oh, Dios, hay conejos por todas partes, inspector!

Era como si todos los habitantes de una madriguera se hubieran instalado en el asfalto. Frobisher frenó con fuerza, lo que hizo que los dos salieran disparados hacia delante. Gwendolen no sabía si alguno de los animalitos habría acabado bajo las ruedas (se imaginó el crujido de esos huesitos), pero a los conejos parecía darles igual ese mastodonte que de repente se les había echado encima. El perro, que se había vuelto a dormir, se despertó de repente muy nervioso al oír la palabra *conejos.* Tal vez no era tan de ciudad.

Los animales no se movieron. Gwendolen supuso que todavía no se habían acostumbrado al terror que suponían los nuevos motores de combustión. Tal vez nunca lo harían. Había crías también (bolitas de pelo adorables, que iban retozando inocentemente), aunque Frobisher no parecía conmovido por sus encantos. Era un hombre de campo, recordó, y se había criado viendo a los conejos como presas de caza, comida o ambas cosas.

Los conejos siguieron impasibles, ocupando la carretera como si fuera suya, y al final Gwendolen tuvo que salir del coche para espantarlos mientras Frobisher mantenía el motor en funcionamiento (por no tener que volver a arrancar el coche, Dios no lo quisiera). Como su forma de espantarlos no funcionó, decidió que lo mejor era ir caminando delante del coche, como tuvo que haber hecho alguien en

los primeros días de los vehículos a motor, para advertir a los caballos y los peatones, no precisamente a los conejos, de que se acercaba ese monstruo. Recordó un cuento de hadas que había leído y que trataba de intentar dirigir una manada de conejos (¿o eran liebres? Sí, eso), algo que se consideraba una tarea imposible que el protagonista tenía que realizar para librarse de un hechizo.

Cuando volvió a sentarse en el asiento del acompañante, se estaba riendo.

—Qué cosa más tonta —dijo.

Y de repente sintió un cariño ridículo por Frobisher, y, si él no hubiera estado sujetando el volante, tal vez habría acercado la mano para tocarle la suya o incluso acariciarle la mejilla. Le dejaría besarla cuando volvieran a Londres. Aunque a lo mejor él no quería, claro.

Siguieron avanzando con cuidado, pero no aparecieron más conejos.

—Espero dejarla en casa antes de medianoche —dijo Frobisher.

—¿Antes de que el coche se convierta en calabaza?

—Exacto.

—¿Y dónde vive usted, inspector? —Sintió la necesidad de preguntar.

—En Ealing —respondió él tras una brevísima pausa. Ella nunca había conocido a nadie que se mostrara tan reticente a dar información sobre sí mismo.

—¿En Ealing ¿En una casa? —Se lo había imaginado en un piso de soltero en Marylebone o en Kentish Town.

—Sí, en una casa. ¿Le resulta extraño?

Se quedó pensativa un momento.

—¿Con alguien?

—¿Perdón?

—¿Comparte la casa con alguien, con otra persona?

Hubo un largo silencio. Tal vez él estaba esperando que aparecieran más conejos o alguna otra cosa que sirviera de distracción y así poder retrasar aún más la respuesta, pero ya no había más fauna salvaje para ponerle una excusa y al final se vio obligado a decir:

—Con mi esposa, solamente.

—¿Su esposa? —El hechizo acababa de romperse.

—Señorita Kelling… Gwendolen…

—¿Sí, inspector? —respondió con tono frío.

Casi no habían hablado desde la revelación de lo de su esposa. ¿Qué más podían decir? Ella había tenido la errónea impresión de que él estaba cortejándola (¡y nunca había querido eso!) y de que estaba

en situación de poder hacerlo, pero había resultado que ese no era el caso en absoluto. ¡Tenía esposa! Ese hombre no era más que un casanova cualquiera.

—Siento si la he inducido a error por mi conducta —dijo Frobisher.

«No apartes los ojos de la carretera», se dijo ella. ¿Es que le estaba dando lástima? Sería mejor que no. Él frunció el ceño, como si estuviera sufriendo un terrible dolor.

—Ha sido pecado de omisión, no intencionado —aclaró.

—Bah, sofistería —respondió Gwendolen.

—Mi esposa… —comenzó—. Mi matrimonio… —balbuceó, y se quedó callado.

—Inspector, no quiero saber los detalles de su matrimonio. No tiene nada que explicar, porque no ha habido nada entre nosotros. Como dijo usted mismo antes, yo soy «un asunto policial». Si ha habido alguna implicación que se ha podido malinterpretar, ya ha quedado olvidada. No hablemos más del tema.

—Gwendolen…

—No. —Su corazón se había cerrado para él. ¿Había alguien más idiota que ella en ese mundo?

Tras un doloroso y largo silencio, él dijo:

—Supongo que querrá volver a York pronto. En la biblioteca tienen que estar echándola de menos.

—Oh, por todos los santos —exclamó—. No soy bibliotecaria.

—¿No lo es? —preguntó perplejo—. ¿Qué es usted, entonces?

«Una mujer», pensó enfadada.

—Era bibliotecaria hasta hace poco —aclaró—. Pero después heredé un dinero. —Él intentó decir algo, pero ella levantó la mano para detenerlo y continuó—: Ahí se acaba el tema. Y, si no le importa, preferiría que no me hablara más durante el resto del viaje.

Frobisher cumplió su promesa de dejarla en su casa antes de medianoche y, para mantener el secretismo, paró a dos calles de su apartamento; The Crystal Cup estaba muy concurrido a esa hora, y si alguien la viera en su compañía, eso supondría un desagradable final para un viaje igual de desagradable.

—No salga a abrirme la puerta —pidió—. No vaya a ser que lo vea alguien.

Después de alejarse unos metros, se permitió mirar atrás. El perrito la miraba con aire nostálgico por el parabrisas trasero del coche. Era de su mujer, pensó Gwendolen.

Saludó a los porteros de The Crystal Cup cuando pasó entre ellos para subir a su piso.

—¿Hay mucha gente esta noche? —preguntó, como si no pasara nada.

—Mucha —aseguraron—. ¿Ha disfrutado de su día libre, señorita Kelling? —preguntó uno de ellos. Se lo veía muy bruto, pero era muy amable con ella. Disfrutó imaginándoselo en el cuadrilátero con Frobisher. El inspector no saldría bien parado del combate.

—Mucho, gracias —contestó.

En cuanto cruzó la puerta de su piso, Gwendolen tiró el sombrero, los zapatos y el abrigo. Sentía todo el cuerpo cubierto del polvo del camino, necesitaba darse un baño. Estaba ensuciando el hasta ese momento inmaculado rosa, no solo con el polvo, sino con toda la humillación relacionada con Frobisher. Él tenía razón, por supuesto, algo que hacía que se sintiera aún más furiosa consigo misma: no había hecho ni dicho nada que se pudiera considerar una forma de cortejo. Los dos habían entendido mal la situación.

Abrió el minibar, de repente contenta de que no fuese una radio, y se sirvió un brandi, el remedio más habitual cuando había que enfrentarse al desastre.

Llamaron a la puerta. Estaba segura de haber cerrado la que daba a la calle, así que ¿cómo había accedido alguien al piso? Y era más de medianoche, ¿quién demonios podía ser a esa hora? Frobisher, quién si no. Probablemente estaba allí para suplicar que lo perdonara, para explicar su conducta, lo de su esposa.

No era que ella no sintiera lástima por las personas (de ambos sexos) que se veían atrapadas en un matrimonio sin amor. El divorcio era casi imposible, de modo que el adulterio era inevitable en ocasiones y no siempre se veía con malos ojos. Ella había pensado alguna vez que no le importaría ser la amante de algún hombre, mejor que su esposa, pero había que ser abierto y sincero con esos temas, no esconder a la pobre debajo de la alfombra, como si no existiera. ¿Estaría ella enferma tal vez? ¿O loca? Como la mujer de Rochester, el personaje de *Jane Eyre*. Pero eso seguía sin ser excusa para borrarla. No, no iba a recurrir a las novelas románticas en busca de solución, se dijo Gwendolen. Siempre daban el peor de los consejos (confiar en el amor). Se sirvió otro brandi, bastante generoso, y le dio un buen sorbo.

Volvieron a llamar a la puerta. ¿Por qué no la dejaba en paz?, pensó, furiosa, y fue a abrir la puerta, lista para la batalla.

Lo hizo de un tirón y se encontró a Niven, sorprendido, de pie en el umbral. Él se tocó el ala del sombrero, rio y dijo:

—Parece a punto de asesinar a alguien.

—Así es como me siento.

—Espero que no quiera matarme a mí —dijo él.

—No, a usted no. ¿Quiere pasar?

Niven se quitó el sombrero y la siguió por el estrecho pasillo. Gwendolen se sintió como si estuviera dejando entrar a un tigre.

Cuando llegaron al salón, él hizo una mueca.

—Veo que mi madre no exageraba cuando decía que aquí arriba era todo rosa —comentó.

—Me está sacando de quicio. He tenido un día largo y duro. Estaba tomándome una copa antes de ir a darme un baño caliente. ¿Quiere acompañarme?

—¿En qué? ¿En lo de beber o en lo del baño caliente?

Ella sirvió un whisky, se lo dio y después se puso uno. Niven parecía una persona que sabía apreciar un buen whisky de malta. El padre de Gwendolen también lo era.

—En ambas cosas, si quiere —contestó ella.

—No deja de sorprenderme, señorita Kelling.

—Pero debo advertirle que no soy virgen.

—Como acabo de decir, una caja de sorpresas.

—Tampoco soy bibliotecaria.

¡Sorpresa!

Gwendolen necesitó un momento para darse cuenta de que lo que la había despertado era el insistente sonido del timbre de la puerta. Abrió los ojos y vio la luz del día y notó un horrible dolor de cabeza y un ardor en el estómago. Parecía que había bebido para olvidar la noche anterior, y debió de retirarse a dormir con poca dignidad y totalmente borracha. Antes de llegar a Londres bebía tan poco que podría haberse vuelto abstemia en cualquier momento sin mayor problema. Se preguntó qué pensarían de esa disipación alcohólica las señoritas Tate, Rogerson y Shaw. Su idea de indulgencia alcohólica era tomarse «una copita de jerez» en Nochebuena, después de cerrar la biblioteca.

¡Disipación! Su memoria empezó a oír de nuevo el desagradable timbre. Niven, Dios santo. ¿Dónde estaba? No en la cama de la que tuvo que salir ella. Y no había rastro de él por ninguna parte, de hecho. Nadie había dormido allí ni se había quedado para prepararle un té o traerle el desayuno a la cama. Nadie había mancillado el rosa con algo de sexo. Gwendolen estaba tan intacta como su alfombra.

Estiró el brazo para coger la bata, no la gruesa de lana que había tenido durante toda la guerra y lo que vino después, sino un bonito batín de seda, cortesía de Liberty. Iba a conjunto con el camisón de debajo, prendas de seda para un ajuar nupcial. Ella no tenía intención de ir nunca de luna de miel, pero no veía por qué no podía tener un ajuar.

Se detuvo cuando iba de camino a abrir la puerta y pensó en el camisón. No recordaba habérselo puesto la noche anterior. Ni tampoco haberse quitado el vestido marinero azul que se había puesto para la excursión con Frobisher. Miró a su alrededor, al dormitorio: el vestido estaba muy bien colgado en el respaldo de una silla. Estaba bastante segura de que en su estado de extrema ebriedad no se habría molestado en colocar cuidadosamente la ropa. ¿Qué había pasado entre Niven y ella? ¿Qué le había dicho *in vino veritas?* Esperó no haberle contado nada sobre el inspector.

El timbre seguía sonando con insistencia.

Esperaba que fuera, en el peor de los casos, Kitty, y en el mejor, Niven (aunque tal vez debería ser al revés), pero no era ninguno de los

dos, sino la madre de ambos.

—¿La he despertado? —saludó Nellie—. Perdone, no quería sobresaltarla. Es que hay unas cosillas de negocios relacionadas con el club que quiero hablar con usted. ¿Está bien, señorita Kelling? La veo un poco despistada.

Nellie volvió al Bentley, que estaba aparcado delante de The Crystal Cup, y se quedó en silencio y pensativa en la parte de atrás del coche mientras Hawker esperaba pacientemente sus instrucciones. Algunos días era mejor no meterle prisa.

Gwendolen Kelling, *en déshabillé,* una expresión francesa que a Nellie le gustaba mucho, aunque no era una de las que había aprendido en el colegio de monjas. Gracias a Landor se había enterado de que Niven había pasado por el piso de ella a medianoche y no se había ido hasta las tres de la madrugada. No necesitaba mucha imaginación para saber qué había pasado allí. Él, precisamente, pero ¿a qué estaba jugando? Primero Maddox y Edith, que habían formado una pareja imposible, y ahora Gwendolen Kelling y Niven. ¿Es que todos sus hijos la estaban traicionando, uno por uno?

A Nellie le gustaba pensar que, gracias a Landor, sabía todo lo que hacía Gwendolen Kelling y todos los lugares a los que iba. El día anterior, según Landor, la chica se había reunido con Frobisher en Paddington Station.

—En la cafetería —informó.

—¿En la cafetería? —Nellie se había reunido con un hombre en ese lugar una vez. Esperas que una cafetería en medio de una estación de trenes sea un lugar anónimo, pero siempre hay alguien que te ve.

Los dos planearon una excursión en el coche del policía, contó Landor.

—Era el día libre de la señorita Kelling —comentó Nellie, imperturbable—. Supongo que le apetecía tomar el aire.

—Se los veía muy cómplices —añadió Landor—. Parecían íntimos, ya sabe…

—Sí, lo sé —confirmó ella.

—No sé adónde fueron la señorita Kelling y Frobisher de excursión, obviamente. Necesitaría tener un coche para saberlo. O que me prestara su Bentley —sugirió.

—Ni en tus mejores sueños —respondió Nellie.

—Y después volvió y pasó la noche con su hijo.

—¿Con cuál de ellos? —preguntó, perpleja.

—Solo tiene dos —contestó Landor—. A no ser que tenga alguno secreto por ahí.

—Vaya, vaya —dijo Nellie.

—Me pegó, ¿sabe? Su hijo.

—Alguien tenía que hacerlo —aseguró ella.

Hawker la miró por el espejo retrovisor. Casi se veían los engranajes de su cerebro en pleno funcionamiento, pensó. Era aterrador.

Siguió esperando con infinita paciencia hasta que ella por fin dijo:

—A casa. —Y añadió—: A Hanover Terrace. —Como si él no supiera dónde vivía.

Una cita

Los bancos que rodeaban el lago de los botes de Regent's Park se estaban postulando para tener un papel secundario en el drama de los Coker. En ese momento, sentada en uno de ellos, estaba la pálida y todavía frágil Edith.

—Voy a salir a tomar un poco el aire y hacer ejercicio —le dijo a la cocinera, que hizo un inútil intento de prohibirle abandonar la casa. Nellie todavía insistía en que su hija siguiera en cama y esa mañana, en su ausencia, había dejado a la cocinera a cargo de la imposible tarea de mantenerla encerrada.

—Parece que se la va a llevar cualquier ráfaga de viento —le dijo la cocinera a Phyllis—. Será mejor que la sigas. Si le pasa algo, nos echarán la culpa a nosotras.

«A ti, querrás decir», pensó Phyllis, pero dijo:

—Voy a por mi abrigo.

Phyllis no era el tipo de chica en el que se fija la gente. Un don desperdiciado, pensaban su tía y su madre, con lo bien que les habría venido en su profesión. No necesitaba ocultarse detrás de los árboles ni agacharse detrás de los setos; podía quedarse a plena vista y aun así no la veía nadie. «Es como si estuviera hecha de agua», decía siempre su tía Agnes.

La invisible Phyllis observó a la débil Edith avanzar vacilante por el camino y dejarse caer en el primer banco que encontró. Una «infección en la sangre» era, según decían, lo que la había dejado en ese estado, pero la madre de Phyllis había dicho: «¿Así es como lo llaman ahora?», de modo que ella se había hecho una idea bastante clara de lo que le había pasado a Edith en realidad. Aunque vivía en el desván, bastante espartano, de la casa de Hanover Terrace, iba con regularidad a visitar a su familia en Whitechapel.

«Como una palomita mensajera», decía su madre con cariño. La familia siempre se alegraba de recibir noticias de Nellie. ¿Y quién no lo haría?

No tardó en aparecer un hombre que se sentó con Edith en el banco. Llevaba un perrito atado con una correa que se sentó entre ellos y los miraba alternativamente mientras hablaban, como si

estuviera siguiendo la conversación, que mantuvieron durante largo rato, muy serios. Él fruncía mucho el ceño, mientras que Edith mantenía la cabeza gacha. No intercambiaron ni una sonrisa. Después él la ayudó a levantarse y la acompañó hasta las puertas del parque. A continuación cruzó la calle con ella, levantando la mano para parar el tráfico, como si fuera policía, para que le diera tiempo a ayudar a la enferma Edith a llegar al otro lado sin que los atropellaran a los dos. Se despidieron de una forma muy educada y él se quedó allí hasta que ella entró en casa, como si le preocupara que le pasara algo en esos últimos metros de jardín, antes de la puerta. «Un verdadero caballero», pensó Phyllis. Y policía también, sin duda. Dado su linaje, era capaz de identificar a uno a kilómetros.

Se quedó un rato más al aire libre. Tenía tanto trabajo en Hanover Terrace que estaba empezando a preguntarse si el camino de la rectitud de verdad merecía la pena cuando se podía robar una cartera de un bolsillo en un momento y vivir de su contenido una semana.

Cuando regresó, a pesar de las objeciones de la cocinera, Phyllis estaba decidida a contarle a Nellie lo de la breve escapada de Edith. Quería quedar bien con ella.

Cuando la matriarca entró, Phyllis le dijo a modo de saludo:

—Tiene usted ratas.

—Cuéntamelo todo —contestó.

—¿Y quién era? ¿Con quién se ha visto? —preguntó Nellie cuando le dieron la notica de la visita de Edith al parque—. ¿Era Maddox?

—No —aseguró Phyllis—. No era él. Ese tiene el corazón negro de un pirata de la Berbería. —Esa chica leía libros, estaba claro. Suspiró.

—¿Y quién era si no se trataba de Maddox?

—No lo adivinaría nunca.

—No, está claro que no. Así que dímelo.

El páramo

Frobisher fue caminando hacia el Tower Bridge. La excursión a Oxford del día anterior le había hecho desarrollar una aversión a ponerse otra vez tras el volante, como si el Austin fuera responsable del desastroso resultado del día que había pasado con Gwendolen Kelling. Hizo una mueca de dolor al recordarlo. «¿Su esposa?» La palabra aún resonaba en su cerebro. Y también lo perseguía la expresión de incredulidad de su cara. Y de asco, como si él fuera el peor de los degenerados. Y a lo mejor lo era. Sus acciones tal vez no habían sido las de un amante, pero sus intenciones sí.

Durante un momento ella le había proporcionado un destello de cómo sería vivir una vida diferente, de una tranquilidad que era imposible en sus circunstancias actuales. Pensó en Oxford, en la luz del día desvaneciéndose, en cuando le cogió la mano al final de la obra. Un sueño, pero ahora había terminado y él tenía que concentrarse en la vida real, en su trabajo, en vez de en intentar encontrar una forma de redimirse ante ella.

El perro iba dando saltitos por la acera a su lado mientras iban paseando siguiendo el río. Pierrot, qué nombre más tonto… Pero el animal no tenía nombre hasta el momento en que Gwendolen le preguntó cómo se llamaba y eso fue lo primero que le vino a la cabeza. Hasta ese momento había sido «el perro» sin más, y él seguía pensando en la criatura de esa forma.

El perro no había tenido la bienvenida que él esperaba. Lottie había desarrollado una tremenda antipatía por el animal desde que lo llevó a casa hacía una semana, porque tenía la impresión de que él estaba intentando sustituir a Manon como receptora de su cariño. Frobisher solo había pretendido darle algo que pudiera querer, así que supuso que ella tenía razón. Al final había prohibido que el perro se quedara en casa cuando no estaba él.

No sabía qué hacer con él y al parecer no había ninguna norma que le impidiera llevarlo a su trabajo en Bow Street, seguramente porque no se le había ocurrido a nadie que fuera necesaria.

—¿Un perro? —preguntó el sargento del mostrador cuando Frobisher entró esa mañana con el perro bajo el brazo, para evitar que se pusiera nervioso por la novedad de lo que lo rodeaba.

—Sí, un perro, sargento —contestó él, sin dar más explicaciones.

En el norte, en los puertos, la policía ferroviaria entrenaba perros alsacianos como protección. A Frobisher le atraía la idea de patrullar las calles de Londres con un perro a su lado. No con ese, claro. Hacía tiempo que le había quitado su disfraz de Pierrot, pero seguía siendo un perrito con tendencia a hacer trucos sin previo aviso.

Lo avisaron de que habían sacado otro cuerpo del Támesis y que le esperaba en Dead Man's Hole. No le dieron más información y Frobisher, temiendo que fuera otra de sus sirenas lo que habían pescado, se decidió a ir a investigar.

Cuando llegó al Tower Bridge, el ayudante de la morgue estaba en la pequeña plataforma de piedra donde acababan los ahogados cuando los sacaban del agua, así que bajó los escalones húmedos y resbaladizos (había habido una marea particularmente alta y el río, con demasiada agua, estaba casi desbordado).

—Acabamos de sacarlo —dijo el ayudante de la morgue riendo y dándole una calada al cigarrillo que parecía tener todo el rato pegado al labio inferior—. Iba navegando por la superficie como un clíper. No lo hemos llevado a la morgue todavía —añadió. Aún tenía en la mano el largo gancho con el que atrapaba los cuerpos, como si estuviera listo para pescar al siguiente desgraciado que pasara por allí.

—¿Sacarlo? ¿No es una chica?

—¿Un chica? No, es un tipo con un disfraz.

«Oh, por Dios, otro maldito Pierrot no, por favor», pensó Frobisher.

—¿Un Pierrot? —preguntó mientras seguía bajando escalones con sumo cuidado. El perro estiró las orejas. No podía reconocer su nombre todavía, ¿no?

—¿Un Pierrot? —repitió el ayudante cuando él llegó adonde estaba, justo después del animal—. No. Véalo usted mismo, inspector.

El perro olisqueó el aire, animado por el olor del agua del río y de la muerte. Frobisher lo contuvo para que no se pusiera a investigar el cuerpo que acababan de dejar sobre la piedra, inerte como un pez muerto.

Pero no era un pez ni una sirena. Ni tampoco una chica. Ni un Pierrot. Era un torero.

—Vaya, es la primera vez que veo esto —confesó.

Al volver a Bow Street lo informaron de que había una mujer esperándolo.

—Le he dicho que lo espere en su despacho, señor —informó el sargento de la entrada—. Estaba muy alterada.

—¿Y tiene nombre esa mujer?

—La señora Taylor.

El sargento se hizo cargo de buena gana de la mascota. Le gustaban los perros, le dijo. Frobisher se preguntó si el sargento se quedaría con él de forma permanente, pero le sorprendió la punzada de dolor en su corazón al pensar en regalarlo.

Abrió la puerta de su despacho y miró dentro con cautela: eso de «muy alterada» se podía interpretar de muchas maneras. En ese caso significaba una mujer con pinta de cansada que parecía no poder separarse de un pañuelo con el que se iba limpiando las lágrimas que le caían en silencio por la cara.

Cerró la puerta otra vez y le dijo al sargento:

—Prepárele a la señora Taylor una taza de té, sargento. —Este suspiró al verse reducido a camarero—. Lo antes posible —añadió Frobisher sin compasión—. ¿Ha venido Maddox?

—No, señor.

El sargento llevó una tetera y una taza a su despacho, pero no incluyó otra para él, se fijó Frobisher.

La señora Taylor era de Colchester, según le informó, y su hija Minnie (Wilhelmina) se había escapado de casa hacía tres semanas. La mujer se había vuelto a casar hacía poco y su Harold, como ella se refirió a su marido, y su hija no se llevaban bien. El inspector pensó en Manon. ¿Se habría llevado bien con ella si hubiera sobrevivido?, se preguntó. La señora Taylor estaba segura de que a Minnie la habían seducido las brillantes luces de Londres. Iba a cumplir quince el mes siguiente y quería «triunfar en los escenarios».

Frobisher suspiró para sus adentros. ¿Por qué todas esas chicas querían ser famosas? Era casi imposible que llegaran a lograr sus ambiciones. ¿Por qué no ponían sus esperanzas en algo que mereciera la pena (aunque fuera igual de difícil de conseguir), como convertirse en médicas o abogadas, por ejemplo? Él no rechazaba la posibilidad de que las mujeres se dedicasen a trabajos considerados por tradición masculinos; además, sospechaba que se les darían muy bien. Se las habían arreglado muy bien durante la guerra, después de todo. Pensó en Gwendolen. Se la imaginaba en la policía, dando órdenes sin parar a diestro y siniestro. Ella gestionaría mejor Bow Street de lo que lo estaban haciendo en ese momento. Y no había más que ver a Nellie Coker, que podría gobernar un país, aunque no necesariamente para bien.

Escribió «Wilhelmina Taylor, conocida como Minnie», pero la madre, que estaba atenta a lo que escribía, lo corrigió:

—Taylor es mi nuevo apellido, el de casada —aclaró—. Minnie

lleva el de su padre, Carter. Él murió en Amiens. Era un buen hombre. Harold también lo es —se apresuró a añadir, como si el hecho de que su segundo marido no hubiera muerto en la guerra fuera en detrimento de su carácter.

—No lo dudo, señora Taylor —dijo Frobisher, que tachó «Taylor» y escribió «Carter» en su lugar.

—Es que Minnie disfrutaba de demasiada libertad y a Harold no le parece bien.

—Claro —contestó él para tranquilizarla—. Cuénteme, señora Taylor, ¿llevaba su hija alguna joya? ¿Un crucifijo, por ejemplo, o un guardapelo? —Sintió alivio al ver que la mujer no se daba cuenta de lo que implicaba esa pregunta.

—Tiene un guardapelo, uno de plata. Se lo regaló su madrina, mi hermana.

—¿Y había algo dentro? —preguntó Frobisher, y cerró los ojos un segundo. No quería saberlo. La mujer estaba llorando de una manera más ruidosa a esas alturas.

—Una fotografía mía —dijo—. Estamos muy unidas. Que se haya ido de casa no significa que no me quiera.

—Claro que no. Y… ¿solo eso, una foto suya, señora Taylor? ¿No había nada más en el guardapelo?

Ella soltó una breve carcajada que a la vez provocó más lágrimas.

—Una de nuestro perro, Sammy. Murió hace unos meses. Minnie lo adoraba.

—¿Un terrier? —preguntó Frobisher; su voz era poco más que un susurro. Se sintió aliviado de haber dejado a su mascota con el sargento. Se dio cuenta entonces de que tenía un parecido notable con el perro de la fotografía del guardapelo.

—Sí, Sammy era un terrier —confirmó la señora Taylor—. ¿Por qué lo pregunta?

El guardapelo, el crucifijo, las gafas y el zapato plateado solitario estaban guardados en cajas de cartón en la sala de pruebas. Se estaba convirtiendo en un relicario. Frobisher fue a buscar la caja en la que estaba el guardapelo. Se preparó para el dolor de la madre cuando lo abrió.

—¿Es este el guardapelo de Minnie? —le preguntó con delicadeza mientras le enseñaba el contenido a la señora Taylor.

Ella lo sorprendió sacándolo con un gesto rápido. Después lo sostuvo en la mano.

—¡Oh, la han encontrado! —exclamó—. Gracias, gracias. ¿Dónde está? ¿Está aquí? Oh, se va a alegrar muchísimo de verme.

A Minnie ya la habrían enviado a una fría tumba para los que no tenían donde ser enterrados, pensó Frobisher, pero retrasó el momento de informar a su madre. Le dijo que iba a preguntar. Deseó que hubieran enterrado el guardapelo con la chica. Minnie. Ahora tenía nombre. Y eso no ayudaba, empeoraba las cosas. Habría sido preferible que siguiera desaparecida para siempre, en un limbo entre dos mundos, en vez de verse engullida por la noche infinita sin esperanzas de recuperarla.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó la señora Taylor sin dejar de llorar desconsoladamente.

Frobisher dudó un segundo, pero al final dijo:

—El río se la llevó.

No era del todo cierto. Sirvió más té en la única taza. Se fijó en que le temblaba un poco la mano.

Acompañó a la señora Taylor a la puerta y salió con ella a la calle. No se le ocurrían palabras de consuelo que decirle antes de que se fuera. Cuando volvió adentro, se sentía desolado. El mundo por el que transitaba cada día era un árido desierto.

Había una mujer hablando con el sargento del mostrador. Respetable, bien vestida, fuera de lugar en ese sitio.

—¿Quién era? —preguntó cuando se fue.

—Una tal señora Ames, señor. Vino la semana pasada para denunciar que su hija Cherry había desaparecido.

—¿Y no me lo dijiste? —Dios, ¿qué tenía que hacer para que entendieran que había un problema que debían abordar?

—¿Quiere que lo informe de todas las personas desaparecidas? —El sargento lo miró desconcertado—. Hay muchas, señor.

—No, de todas no, claro. Solo de las chicas.

—Bien, no se preocupe, señor. La señora Ames ha venido a decirnos que su hija ha aparecido.

—¿Viva?

El sargento lo miró como si estuviera loco.

—Sí, señor, viva. Está en una obra en el Palace. Es un teatro —añadió, por si Frobisher no lo entendía bien y lo confundía con otra cosa. No le habría sorprendido que así fuera. Le entregó un sobre y dijo—: Ha llegado este mensaje para usted mientras estaba en el despacho con esa mujer, señor.

—«Esa mujer» tiene nombre —contestó él, irritado.

Volvió a su despacho para leerlo. En ese lugar tenía la sensación de que hasta la acción más insignificante necesitaba de secretismo por su parte.

Había hecho bien en buscar privacidad y no leerlo delante del sargento, pensó, porque no habría podido evitar la expresión de asombro, aunque tampoco le habría sorprendido en absoluto que alguien hubiera leído ya el mensaje y su contenido ya corriera como la pólvora por toda la comisaría, por supuesto.

—¿Va a volver a salir, señor? —preguntó el sargento cuando Frobisher se acercó a recoger al perro.

—Sí —respondió él.

—Es como hablar con una pared —le comentó el policía del mostrador a Oakes, que acababa de llegar desde las celdas de las mujeres.

—Seguro que va a ver a su protegida otra vez, esa tal Kelling —dijo el risueño sargento, y salió de la comisaría, dejando el eco de su risa en su estela. Al sargento del mostrador le vino a la mente el gato de Cheshire. Le había leído *Alicia en el País de las Maravillas* a su hija mucho tiempo atrás. No tenía ni idea de por qué era tan popular. Era una completa locura.

—Yo prefiero los gatos, la verdad —dijo Edith Coker, mirando al perro. Estaba sentado delante de ella con una pata levantada, como si le estuviera suplicando. El animal tenía sobrevalorado su encanto—. ¿Puede llevarlo con usted?

—¿Al trabajo? Seguramente no.

—Oh.

Frobisher pensó que podría soltarlo en Regent's Park, pero había patos, y esos animales le llamaban la atención. El perro estaba allí sentado muy tranquilo, mirando a Edith Coker, que descansaba en el banco del parque.

—Es muy obediente —comentó él—. Creo que es posible que provenga de un circo.

El perro giró la cabeza para mirarlo. Frobisher no sabía por qué había dicho eso, porque no tenía ninguna prueba de que tuviera nada que ver con un circo. Supuso que estaba intentando hacerlo parecer más interesante a ojos de la indiferente Edith Coker.

Había estado enferma, le dijo, «a las puertas de la muerte», y se la veía preocupantemente frágil, con la cara sin el más mínimo color y la voz temblorosa. Le impactó verla tan débil, porque Frobisher había oído que por sus venas corría el mismo acero que por las de su madre. Se preguntó cuál habría sido la enfermedad, pero no era cosa suya.

—Espero que ya se encuentre mejor —dijo.

—Un poco —respondió ella. Inspiró hondo y despacio antes de añadir—: Este trance me ha abierto los ojos a muchas cosas. Y ahora me gustaría abrirle a usted los suyos.

«Oh, Dios, una Coker que se había dejado arrastrar por la religión —pensó—. Me va a dar un sermón. Evangélico.» Eso iba a hacer, pero no de la forma que él temía.

—Tengo que hablarle del inspector Arthur Maddox —continuó.

—Adelante, señorita Coker —la animó con voz tranquila, porque no quería que le entraran dudas si notaba su ansiedad. El perro era menos inescrutable y empezó a mover la cola, deseando escuchar la historia que iba a salir de los labios pálidos de Edith.

Maddox había sido su amante, confesó. Frobisher parpadeó al oír esa palabra, sorprendido por su franqueza. No esperaba la revelación de una aventura secreta, sino libros de contabilidad, papeles, cuentas…, las formas en las que Maddox estaba sacándoles dinero a los clubes y negocios que «protegía». Él pensaba que sin duda ese hombre también hacía la vista gorda con el trapicheo de drogas y los pequeños hurtos. Pero parecía que su corrupción era mucho peor, más depravada de lo que Frobisher había sospechado (qué inocente había sido). Al principio, Edith había empezado a hablar bajito, su voz apenas un murmullo, y él solo sintió una fría incredulidad ante lo que estaba escuchando. Esa historia la tenía que estar contando una mujer despreciada, una amante abandonada que buscaba venganza. Pero, cuanto más hablaba ella, con ese tono firme y decidido, más se daba cuenta él de que en el fondo Edith le estaba diciendo la verdad.

Ella le tejió todo un tapiz lleno de hilos que formaban un patrón que Frobisher de repente se dio cuenta de que había estado ahí todo el tiempo, desde hacía meses, cuando él todavía seguía en Scotland Yard, mucho antes de que viniera a Bow Street; pero había estado demasiado ciego con su obsesión por Nellie Coker para verlo. No eran los clubes los que se estaban tragando a las chicas, eran Maddox y su esbirro, el sargento Oakes.

—¿Oakes? —A Frobisher le decepcionó más la perfidia de este que la de Maddox. Confiaba en Oakes. Lo había considerado «un colaborador en el que se podía confiar».

Maddox era el guardabosques que se había convertido en cazador furtivo. «Se llevaba a chicas que nadie iba a echar de menos, supongo —expresó Edith—. Oferta y demanda, inspector jefe, el negocio más viejo del mundo.» Chicas que habían huido de su casa, de orfanatos, chicas de la calle, de escuelas de danza, a las que atraía con promesas de una cama limpia, una buena comida o un cambio en su suerte.

Chicas que muchas veces llevaba Oakes en el coche de Maddox a otras partes más acomodadas de la ciudad, según Edith.

—¿Y las traía de vuelta después? —preguntó Frobisher. Empezó a sentir un terror que lo envolvía.

—No siempre.

—Y usted lo sabía. —¿Sabía que el hombre con el que compartía cama tenía un negocio de prostitución que se extendía por todo Londres? ¿Había tomado parte ella también en sus malvados planes?

—Yo no lo sabía —contestó con cautela—. Pero supongo que tampoco quise preguntar. *Mea culpa,* inspector jefe, fui una tonta. Un pecado de omisión por mi parte —añadió—, nada intencionado.

Eso fue lo que él le dijo a Gwendolen cuando le reveló la existencia de Lottie («Bah, sofistería»). Tenía razón; era una defensa muy débil incluso en el mejor de los casos, aunque en realidad no pretendía defenderse de nada.

—Vivía engañada. Creía que lo amaba. Créame, inspector jefe, he pagado el precio por mi estupidez.

—Pero a esas chicas sí que las echaban de menos —aseguró Frobisher. La señora Taylor, el señor y la señora Ingram…, ellos no habían olvidado a sus hijas. Y querían que volvieran a casa.

Y había más, claro. Tisbury Court y Dame Wyburn, un nombre que parecía el de un personaje cómico en una obra de teatro, pero que en realidad era una alcahueta de la peor calaña. Y una tal señora Darling, de Henrietta Street; él había enviado al inepto de Cobb allí solo para tranquilizar a Gwendolen, que a su vez le dijo a Frobisher que fuera allí en persona, pero el inspector le quitó importancia a su preocupación, riendo. *«Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa»*.

La señora Darling, según Edith, era otra alcahueta que les conseguía chicas, pero también algo peor, por todos los santos: practicaba abortos. Él recordó el cuerpo dañado de la dueña del crucifijo, que «estaba viva cuando acabó en el agua». ¿Tenía ella alguna prueba contra esa mujer? Edith rio, con una risa amarga y vacía.

—Solo lo que usted tiene delante, inspector —respondió.

Oh, ese era el motivo de su enfermedad, comprendió Frobisher.

Pensaba que le proporcionaría pruebas fehacientes, que tal vez declararía en un juzgado y denunciaría a Maddox para que lo metieran entre rejas por sus fechorías, pero ella rechazó la idea. No testificaría en un juzgado.

—Por nada del mundo.

—¿Y por qué me cuenta esto entonces?

—Para que lo sepa todo, claro. Usted es investigador, es su trabajo

encontrar las pruebas. Maddox está a punto de lanzarse a por nuestros clubes, inspector jefe. Quiere más poder, más dinero, más chicas.

¿De verdad era esa su motivación?, se preguntó él. ¿No quería expiación, sino proteger los negocios de la familia?

—Puede interpretarlo como quiera, inspector jefe —dijo, encogiéndose de hombros. Eso se podría considerar insensibilidad, pero Frobisher reconoció la expresión de sus ojos. Ya no le importaba nada en la vida; había visto lo mismo en Lottie.

Él la acompañó hasta la salida del parque, preocupado por si estaba demasiado frágil para ir sola. El perro hacía rato que se había cansado de la letanía de depravación de Edith y se había quedado dormido.

—Los delincuentes no descansan —dijo alegremente el sargento cuando Frobisher volvió a la comisaría—. Otro cadáver, señor. Han llamado mientras estaba fuera. Alguien anónimo. —Le costó pronunciar la palabra.

—¿En el Tower Bridge? —aventuró él. Parecía que ese era su destino. Sintió cierta simpatía por Sísifo.

—No. Un asesinato. Seguro que no adivina dónde. Esto le va a gustar, inspector.

«Lo dudo», pensó Frobisher, lúgubre.

El enigma de la esfinge

Aunque se iba a la cama muy tarde la mayoría de las noches, Freda se levantaba mucho antes que Vanda. Lo primero que hacía era llenar el hervidor de agua y después colocarlo sobre el único quemador de gas que había, un aparato peligroso que estaba colocado precariamente sobre el escurreplatos de madera que había junto al fregadero. Luego cortaba una gruesa rebanada de una hogaza de pan, la untaba con mantequilla y se la comía mientras esperaba que hirviera el agua. Siempre había pan y mantequilla en el piso de Vanda, pero por desgracia eso era lo único. Su amiga no iba a comprar comida ni cocinaba, algo que había contribuido a su pronta salida de la casa de Grantham, al parecer.

—¿Y el bebé? —se atrevió a preguntar un día.

—Tuve que dejar al pequeñín allí —dijo Vanda—. Créeme, es lo mejor para él, Freda. Walter tiene un ejército de hermanas y primas que estaban deseando ponerle las manos encima. Yo me esforcé mucho, pero… Mejor no arrepentirse de nada —añadió con buen ánimo.

Masticó el pan con energía; estaba un poco duro. Oyó a Vanda roncar en la habitación de al lado. Se la veía sorprendentemente satisfecha con su nueva vida.

Freda decidió que ese día iba a ir a buscar una tienda e iba a comprar mermelada, un trozo de queso y tal vez un poco de jamón, para que Vanda no gastara su dinero en comer en cafeterías. Aparte les vendría bien tener conservas de pescado y quizás carne enlatada. Su amiga a veces traía platos de comida de los restaurantes y nunca devolvía la vajilla. También había cubiertos de la misma procedencia por todas partes. Freda pensó que podía ir a devolverlos si le daba tiempo.

Cuando estuvo listo el té, se lo llevó a Vanda, que siempre estaba hecha un desastre recién levantada. Tenía el maquillaje corrido, los párpados pegados y mechones de pelo disparados aquí y allá. Había ropa tirada por todas partes y la habitación tenía un olor fuerte, salado y perfumado, todo al mismo tiempo. Alguna leve ráfaga ocasional de olor a rata muerta emparedada en la pared le añadía un punto desagradable.

Vanda se despertó con un ronquido y, cuando le puso la taza y el platillo en la mesita, todavía medio inconsciente, murmuró: «Eres un ángel, niña». Salió a tientas de entre las sábanas arrugadas y extendió la mano para coger los cigarrillos. A Freda no le dejaban abrir las cortinas. Vanda se comportaba como si a esa hora de la mañana un poco de aire fresco y luz del día pudieran acabar con ella. Prefería desayunar y comer té con cigarrillos todos los días.

Joan, que estaba en el piso de al lado, tenía la misma rutina. Si se quedaba sin té y cigarrillos, entraba en la casa (tenía llave) vestida con su raída bata de andar por casa y le gorroneaba a Vanda, que hacía lo mismo. «Está bien tener siempre una amiga», decía. Y tenía razón. Freda lo atestiguaba. Lo importante era no perderla.

Después de dejarle el té y tomarse el suyo, se preparaba para empezar el día lavándose, vistiéndose y dedicándose al satisfactorio trabajo de limpiar, fregar y ordenar el piso. La mugre parecía renacer todos los días: había platos y tazas apilados en el fregadero, colillas por todos los rincones, aparte de las braguitas y enormes sujetadores de satén rosa que adornaban la cocina. Freda no recordaba que Vanda fuera tan desastre cuando viajaba con las Lanas, pero suponía que entonces estaba Adele para mantener el orden. «Menuda bruja», decía su amiga con un suspiro nostálgico.

Muchas veces se encontraba objetos extraños en el piso: fustas de montar, máscaras de goma y trozos de cuerda de tender. «La especialidad de Joan», explicaba Vanda. No tenía sitio en su piso para todos los «accesorios» que necesitaba. Antes Freda creía que esa palabra significaba guantes, medias y similares. Cuando se lo dijo a Vanda, esta respondió con cierta vaguedad: «Sí, ya. Eso son otro tipo de accesorios».

Vanda y Joan estaban siempre hablando de alquilarse un piso más grande juntas, donde pudieran tener una «sala de espera».

—¿Como en una estación de tren? —preguntó Freda.

—Justo, niña —contestó su amiga.

Sin duda necesitaban más espacio. La semana anterior ella había vuelto a media tarde y se había encontrado a un hombre atado a una silla al lado del fregadero, amordazado con un pañuelo grande metido en la boca. Se preguntó si debería quitárselo, pero cuando se acercó a él, el hombre la miró con los ojos desorbitados por el horror y negó enérgicamente con la cabeza. En ese momento apareció Vanda y le dijo: «Prepara un té, ¿quieres, niña?», como si fuera algo de lo más normal hacer eso en una cocina en la que tienes que esquivar a un hombre atado y amordazado para alcanzar la caja donde guardaban las hojas de té. Freda se preguntó si debería servirle una taza a él

también, pero Vanda, muy seria, le dijo que no, que solo se merecía una buena bofetada. Era de los de Joan, dijo, uno de los de su especialidad. «Solo se lo estoy cuidando un rato», explicó Vanda.

No había nadie raro en el piso esa mañana, por suerte, así que, cuando acabó de limpiar y ordenar, Freda gritó:

—¡Me voy ya!

A lo que Vanda respondió con otro grito con la voz grave que tenía por las mañanas:

—¡Hasta luego, niña! ¡No hagas nada que yo no haría!

Eso le dejaba a ella una amplia variedad de posibilidades con las que jugar.

—¡Cherry! ¡Cherry!

Sin duda se trataba de Cherry Ames, era inconfundible. Freda, emocionada, corrió tras ella por St Martin's Lane, gritando su nombre.

Parecía que la chica se había vuelto sorda desde la última vez que la vio, pero al final se giró y se detuvo.

—¡Freda! Freda Murgatroyd —dijo (con gran frialdad, notó)—. Qué casualidad que nos hayamos encontrado. ¿Cómo estás?

Ella no se mostró nada fría; de hecho, estaba exultante por haberse encontrado con una cara familiar.

—Bien, gracias —respondió («O al menos "mejor"», pensó)—. ¿Y tú?

Cherry tenía muy buen aspecto. Siempre había vestido con estilo, pero ahora iba muy elegante, con el tipo de ropa que solo se podía comprar en las tiendas del West End. Freda le propuso que fueran a tomarse una taza de té a alguna parte, había un Lyons a la vuelta de la esquina.

—Siempre hay un Lyons a la vuelta de la esquina —rezongó Cherry con un suspiro, como si ese lugar fuera el más aburrido del mundo.

«Ah, vale, ya lo entiendo», pensó Freda. «Está haciendo el papel de chica metropolitana aburrida de todo. Bueno, todas hemos pasado por eso.» Ella lo había representado ante Owen Varley y también ante Ramsay Coker.

Cherry accedió de mala gana a ir al Lyons, aunque casi ni tocó el té que le sirvieron, se limitó a fumar.

—Así te mantienes delgada, ¿sabes? Aunque a ti no te hace falta.

Con ciertas dudas, Freda le preguntó qué tal iban la cosas en la Vanbrugh.

—Oh, ese lugar… —dijo Cherry con desdén—. No tengo ni idea. Me fui de allí hace siglos.

No había pasado tanto tiempo, pensó ella, porque solo hacía un par

de semanas que lo había dejado la propia Freda. Cherry le dijo que estaba en el teatro. Había hecho una audición para *The Co-Optimists* en el Palace.

—¡Y conseguí el papel!

—Me alegro —dijo Freda. La palabra *audición* le provocó una mueca de dolor.

—Es un papel minúsculo, claro, pero me han mencionado en una crítica: «La actriz que brilla en su papel de chica ingenua»… ¿Y tú?

—¿Yo? Estoy bailando. En un club nocturno.

—Oh, pobrecita. ¿Es muy horrible?

¿Pero quién era esa chica?, pensó Freda. ¿Estaba la verdadera Cherry Ames, dulce, amable y perfectamente normal, atrapada dentro de esa mala impostora? Estaba a punto de preguntarle si sabía algo de Florence cuando Cherry se levantó de repente y dijo:

—Lo siento mucho, Freda, pero tengo que irme. —Y aplastó con fuerza el cigarrillo en el cenicero—. Estoy muy ocupada. Estamos ensayando todo el día, siempre añadiendo cosas nuevas a la obra. Es una pesadez.

—Seguro.

—Y después tengo que cenar con uno de los inversores de la obra en el Café Royal. Seguro que acabo agotada.

Si mirabas bien bajo la gruesa capa de maquillaje y más allá de esos ojos tensos y cansados, seguro que seguía ahí la verdadera Cherry, intentando protegerse. Freda se preguntó qué había tenido que hacer para conseguir el papel en *The Co-Optimists*. Aunque en realidad lo sabía.

—Ha sido genial verte y ponernos al día —dijo con una alegría fingida.

Se dieron un beso para despedirse, aunque Cherry fue hacia el otro lado en busca de la segunda mejilla, como hacían en el continente (lo había aprendido en The Sphinx). A veces la gente daba tres besos. Ridículo. ¿Qué tenía de malo lo de darse la mano?

—Oh, toma… —dijo Cherry mientras buscaba en el bolso. Sacó dos entradas y se las dio—. Toma estas entradas de regalo para la obra. Puedes venir a cualquier representación. Son buenos asientos —añadió. De repente pareció triste; se mordió el labio y dijo—: De verdad que me ha alegrado verte, Freda. —Se giró, pero en el último momento se volvió a mirarla y decirle—: Casi se me olvida. Una persona fue a la Vanbrugh a buscaros a ti y a Florence.

—¿A buscarnos a nosotras? ¿Mi madre? —No le parecía muy probable.

—No, no era tu madre. No sé quién era, creo que no me dijo cómo

se llamaba. ¿Cómo está Florence, por cierto? Oh, demonios —exclamó cuando vio el reloj de la pared—, tengo que irme, en serio. Hablamos otro día. Ya sabes dónde encontrarme. —Y se fue.

¿Quién la habría estado buscando?, se preguntó. Tal vez la señora Ingram, pero era demasiado apocada para andar por Londres. ¿Y quería ella que la encontrara? ¿Qué le iba a decir? «Lo siento muchísimo, pero Florence ha desaparecido sin dejar rastro.» A Freda la había encontrado Vanda. ¿Encontraría alguien a su amiga?

—Oh, ahí estás —dijo Ramsay cuando llegó a The Sphinx—. Llevo un siglo esperándote.

—Me he encontrado con una amiga.

—Vamos de una vez —dijo él. Le había pedido que fuera al club pronto para ayudarlo con algo. «Un plan.» Había perdido una cantidad inimaginable (¡mil libras!) en algo que él llamaba «timba», que era una especie de partida de cartas, y estaba muerto de miedo ante las consecuencias. ¿Por qué demonios jugaba con apuestas tan altas si después no podía cubrirlas? Pero qué idiota.

—Creo que me drogaron —explicó. Sonaba muy avergonzado—. No dejaban de darme champán.

—¿Comiste algo? —preguntó Freda.

—No lo sé. Caviar, ostras…, había un bufé.

—Vaya —dijo ella—. ¿Y al día siguiente todo se había convertido en piedras y cenizas?

—Metafóricamente hablando, sí.

Ella no tenía ni idea de lo que significaba *metafóricamente,* pero entendió el concepto.

Al principio Freda pensó que Ramsay le había pedido que fuera antes para que ella le enseñara a jugar mejor a las cartas o, si no había forma, a hacer trampas para que tuviera una oportunidad de recuperar el dinero (una noche le había contado lo de sus habilidades en ese campo sin darse cuenta), ¡pero eran mil libras! Tenía que conseguir un dineral y, la verdad, no era un as de la baraja, ni mucho menos.

Pero no era por las cartas, al parecer. Cuando ella estaba colgando su abrigo, él le preguntó:

—¿Se te da bien falsificar?

—No lo he intentado nunca.

—Pues siempre hay una primera vez —repuso. Una de esas cosas que solía decir Duncan, claro.

Ramsay le explicó su plan. A Freda no le parecía del todo legal

falsificar una carta de su madre dirigida al banco para estafarla, pero él le recordó que a ella no le había importado mentir sobre su edad y su experiencia para conseguir el trabajo que tenía (¡eso era totalmente diferente!) y que de todas forma no tenía intención de estafar a Nellie; no iba a sacar su dinero del banco, solo necesitaba unos papeles que ella guardaba allí.

Aun así, a Freda le seguía sonando a chanchullo.

—¿Y qué evita que vaya ahora mismo a ver a la señora Coker y me chive? —preguntó.

—Que eres mi amiga.

—No, no lo soy. —La sola idea la hacía sentir incómoda. Solo tenía una amiga y, hasta que la encontrara, no estaba interesada en tener más amistades. Ramsay no era su amigo solo porque hubieran pasado algo de tiempo juntos. Parecían de la misma edad, en realidad, aunque él era varios años mayor.

—Mira, Freda —dijo él, incómodo—, puede sonar un poco melodramático, pero es un asunto de vida o muerte.

—¿«Metafóricamente», quieres decir?

—No, de verdad. Ese tipo, Azzopardi, dice que me va a matar si no hago lo que me pide.

—Págame entonces —dijo ella. Se había vuelto muy echada para adelante desde que trabajaba en The Sphinx. Estaba empezando a darse cuenta de lo que valía.

—¿Cinco libras? —ofreció Ramsay.

—Quince.

—Diez.

—Está bien —aceptó ella—. Voy a poner agua a hervir.

Freda se dirigió a la diminuta cocina de The Sphinx y vio que no había té, así que le gritó a Ramsay que fuera al almacén a por un paquete. Pero pareció que él no la había oído, así que fue a buscarlo ella y se lo encontró de pie, como petrificado, en la puerta del almacén. La cortina de terciopelo rojo estaba apartada a un lado y él estaba mirando fijamente algo como si estuviera hipnotizado.

—¿Pasa algo? —preguntó Freda.

Él se giró para mirarla, pero no dijo nada. Tenía la cara blanca como el papel.

Tuvo que apartarlo a un lado para ver lo que lo tenía paralizado.

Había una chica tirada en el suelo, inmóvil entre las fregonas y las cajas.

—¿Está muerta? —susurró Ramsay.

—Creo que podría ser. —Se arrodilló al lado de la chica y le cogió

la mano. Era menuda, del mismo tamaño y constitución que ella. Con la mano de la chica aún agarrada, le acarició la frente con ternura. La chica no se movió ni un poco—. Está muerta —sentenció Freda en un susurro, aunque en realidad no importaba ya, podía gritar con todas sus fuerzas, porque la muerta no la iba a oír.

—Voy a llamar a mi madre —dijo Ramsay. Nellie siempre era el primer y último recurso de emergencia de cualquier Coker.

Ella se preguntó si debería cubrirle la cara a la chica. Eso era lo que hacía la gente, ¿no? Cuando el señor mayor que vivía al lado de ella en The Groves murió, todo el mundo tuvo que pasar por allí para verlo en su cama, como si fuera algún tipo de entretenimiento. Alguien le puso unos peniques de cobre sobre los ojos. Freda no tenía peniques, pero se quitó la chaqueta y le cubrió la cara con ella.

Estuvo a punto de morirse del susto cuando la chica se la quitó de encima y empezó a toser y a resoplar. Ramsay, que estaba detrás de la barra, al teléfono, soltó un grito de horror muy poco masculino.

La chica se puso una mano en la garganta e intentó sentarse.

—¿Se ha ido? —preguntó con la voz quebrada.

—¿Quién? —Freda miró a su alrededor, alarmada.

—El desgraciado que ha intentado estrangularme —explicó con la voz todavía ronca—. Gertie Bridges —se presentó, tendiéndole una mano pequeña que un momento antes parecía sin vida—. Encantada de conocerte. Mataría por una taza de té.

Nellie llegó y ella le contó la historia mientras se tomaba un té, con un chorrito de brandi que le echó la señora Coker. Gertie explicó que, a altas horas de la madrugada, ella estaba por allí cerca: «Trabajando, ya sabe a lo que me refiero», y un hombre la había llevado a rastras hasta The Sphinx. «Tenía llave», aseguró.

Había una llave de la puerta de atrás escondida en una grieta encima del dintel. Mucha gente sabía dónde estaba, admitió Ramsay. Nellie lo atravesó con la mirada.

Gertie continuó contando que el hombre la ató y se fue.

—Y después volvió, hace un rato, e intentó estrangularme. —Estiró el cuello para que todos lo vieran—. Tengo cardenales, supongo.

—Horribles. —Freda se estremeció.

—Me desmayé, así que pensó que lo había conseguido, pero me desperté otra vez y me hice la muerta; no es la primera vez que tengo que fingirlo, pero él no se dio cuenta porque no tiene dos dedos de frente y es un cabrón de tomo y lomo. Y después…

Le dio un sorbo al té y todos aprovecharon para respirar, algo que habían dejado de hacer porque la historia de Gertie era demasiado

emocionante.

—Y después lo oí llamar por teléfono a la policía y dijo que quería denunciar un asesinato. Y yo pensé que eso era un poco raro, denunciarse a sí mismo. Entonces volvió y yo sentí que se me quedaba mirando y yo no me atreví ni a respirar… Debería dedicarme al teatro. No lo han llegado a ver por muy poco.

—¿Y sabes quién era? —preguntó Nellie.

—No sé su nombre ni nada —reconoció Gertie—, pero lo he visto por ahí. Es un policía, y eso no me sorprende. ¿Y saben qué es lo peor?

Freda no se imaginaba que pudiera haber algo mucho peor que lo que ya les había contado.

—Lo peor es que se reía todo el tiempo, como si intentar estrangular a alguien fuera el chiste más gracioso del mundo —dijo Gertie.

—Maldita sea, es como si fuera una reina —exclamó Gertie, acomodándose en el asiento trasero de cuero del Bentley.

Nellie creyó que lo mejor sería que todos se fueran de The Sphinx antes de que llegara la policía.

—Tiene toda la razón —apoyó Gertie.

—¿Adónde vamos, señoras? —preguntó el chófer.

—Oh, solo conduzca, buen hombre —dijo Gertie con altivez, con un acento pijo muy tonto. Freda y Gertie se echaron a reír. Estaban muy animadas. Sobrevivir a un encuentro con la muerte era muy vigorizante. Hawker les sonrió con indulgencia porque le recordaban a su hija a esa edad.

—Kingly Court, por favor —pidió Freda cuando las dos se calmaron un poco.

Gertie se estaba quedando dormida. Ella se habría quedado a vivir en ese coche tan ricamente. Vio en el retrovisor que Hawker enarcaba una ceja cuando le dijo la dirección.

—¿Está segura? —preguntó.

Vanda estaba levantada cuando llegaron.

—Dios, Freda, pensaba que estaba viendo doble. ¡Sois como dos gotas de agua! —exclamó Vanda.

Ella le hizo un resumen de los acontecimientos de esa mañana.

—Que me aspen —respondió; era algo que Duncan también decía a menudo y Vanda se reía y contestaba: «Lo haría si pudiera, muchacho».

Gertie se acostó en la camita del armario de Freda y se quedó tan profundamente dormida que tuvo que comprobar que no estaba

muerta por segunda vez ese día.

El sargento Oakes, que estaba merodeando por allí, maldijo entre dientes cuando vio alejarse el Bentley. Freda Murgatroyd era un problema. Él había pensado en convertirla en un problema para Nellie Coker en vez de para ellos. Un cadáver en The Sphinx sería suficiente para evitar que Nellie volviera a abrir otro local en otra parte cuando ellos se hubieran hecho con sus clubes. Se sentía orgulloso de la iniciativa que estaba demostrando. Seguro que Maddox lo estaría también. Pero parecía que, en vez de resolver el problema de Freda, lo había empeorado.

Habría jurado que la chica estaba muerta cuando se fue del almacén, pero ahí estaba, caminando, hablando y sentada en la parte de atrás del Bentley de Nellie Coker. Y no solo eso: ahora había dos, como si se multiplicaran allí dentro. Se parecían tanto que no sabía cuál era la de verdad. Así que ahora Oakes tenía dos problemas entre manos.

—Siéntate y recupera la compostura antes de que llegue la policía —le ordenó Nellie a Ramsay—. Toma un poco más de té. —Le echó otro chorro de brandi a su taza—. Cuando te pregunten, aquí no ha pasado nada, ¿entendido?

—Sí.

—No lo olvides: aquí no ha habido ningún asesinato.

—Pero si no lo ha habido.

—Exacto —insistió ella.

Frobisher llegó a The Sphinx con un agente uniformado pisándole los talones. No era Cobb. Hasta donde sabía, también podía ser un secuaz de Maddox. El Bentley de Nellie estaba aparcado fuera, pero se fue en cuanto se acercó él. «El delincuente huyendo de la escena», pensó.

The Sphinx estaba abierto y entraron sin que nadie se lo impidiera, pasaron bajo una reproducción barata de la máscara de Tutankamón y después bajaron por un pasillo con mucha inclinación. Ese era territorio desconocido y eso ponía un poco nervioso a Frobisher.

—Tenga cuidado —le dijo al agente—. Si hay un asesino, puede que todavía esté aquí.

Un club nocturno no estaba pensado para el día. Las implacables luces eléctricas iluminaban todos los chabacanos rincones. Unos cuantos globos huérfanos andaban por allí tirados y había serpentinas de papel en el suelo. Estaba claro que no habían pasado por allí a

limpiar todavía. Había dos personas sentadas en una de las mesitas: Nellie Coker y su hijo Ramsay. Ella estaba tomándose un té, la viva imagen de la serenidad. Él, por otro lado, estaba pálido y nervioso.

Frobisher frunció el ceño ante esa imagen y dijo:

—Hemos recibido una denuncia de un asesinato aquí.

—¿Un asesinato? ¡Dios mío! —exclamó Nellie, que se levantó de la silla y avanzó hacia él como un pequeño tanque con la mano extendida—. Permítanme que me presente —dijo como una amable anfitriona—. Soy la señora Nellie Coker. Usted debe de ser el inspector jefe Frobisher. Hemos oído hablar muchísimo de usted.

Él no estaba para formalidades sociales.

—Alguien ha llamado diciendo que habían matado a una chica aquí —insistió con brusquedad.

—Me temo que le han informado mal, inspector jefe. Creo que tal vez ha sido usted víctima de una broma de mal gusto. Como ve, aquí no hay ninguna chica, solo estamos mi hijo y yo, y los dos estamos muy vivos. —Ramsay asintió—. Pero puede usted registrar el local —añadió Nellie, haciendo un gesto con el brazo que abarcaba todo el club, como si le estuviera ofreciendo un regalo.

Frobisher le ordenó al agente que registrara cada rincón de The Sphinx. Estaba convencido de que aparecería alguna prueba de un delito si no había un cadáver. Pero el lugar estaba totalmente limpio.

—He encontrado esto detrás de la barra, señor —dijo el agente. Tenía en la mano un zapato plateado. Él se lo cogió.

—Una de las bailarinas lo habrá dejado por ahí —dijo Nellie como si nada—. Las chicas siempre están perdiendo los zapatos.

Se oyó un ruido que indicaba que alguien estaba entrando al club y todos se giraron para ver quién era.

—Oh, mire —exclamó Nellie—, es la señorita Kelling. ¿La conoce usted, inspector jefe?

Gertie se despertó a última hora de la tarde y, como no había nada en los armarios, Freda preparó sándwiches de azúcar que Gertie, que estaba «muerta de hambre», engulló. Ella suponía que morirse y volver a la vida daba mucho apetito. A Jesús seguro que le pasó lo mismo cuando salió de su tumba. Se acordó del gran crucifijo que colgaba sobre el altar de la iglesia de Florence. Había ido allí con regularidad para encender una vela. «Se encienden por otra persona, no por ti», le había dicho Florence. Y Freda iba a encenderla por ella.

—¿Estás bien? —preguntó Gertie.

—Sí.

Vanda, que se iba a trabajar, dijo, dirigiéndose a Gertie:

—Estás menos pálida, niña. —Y le dio un viejo pañuelo de seda para que se envolviera el cuello con él, para ocultar los cardenales—. Quédatelo —dijo generosamente—. No es de seda de verdad.

Gertie suspiró.

—Bueno, supongo que debería irme —dijo.

Freda y ella estaban un poco decaídas tras tanta aventura, así que Freda dijo:

—Oye, ¿te apetece ir al teatro? Tengo entradas gratis para *The Co-Optimists* en el Palace.

La caja

Ramsay confiaba en Freda, no solo para que lo ayudara a falsificar la carta para el banco, sino también para que ensayara con él su «actuación» (ella no hacía más que decirle que su sitio estaba en el escenario). Incluso esperaba que fuera al banco con él para contagiarle algo de su audacia, pero se había ido con Gertie, así que iba a tener que seguir adelante sin su apoyo.

En una hoja de papel con el membrete de The Amethyst escribió: «Estimados señores: A quien corresponda, comunico que estoy indispuesta en este momento y por tanto envío a mi hijo Ramsay en representación mía y le doy acceso a mi caja de seguridad. Atentamente, Ellen Coker».

Había tenido que hacer varios intentos muy lentos antes de que le saliera algo más o menos creíble. Era como estar otra vez en el colegio, escribiendo frases como castigo. Él había sido «imposible de educar» cuando estaba en Fettes College y después, a pesar de haber llegado a Oxford, y disfrutaba imaginándose la expresión de las caras de sus profesores cuando pasaran por casualidad por delante de la librería Hatchard's y vieran *La era del oropel* situada en un lugar prominente del escaparate.

—Señor Coker, ¿en qué puedo ayudarlo hoy?

Fue directo hacia una de las cajas, para intentar evitar al director, Sneddon, que a Ramsay siempre le resultaba intimidante, incluso cuando no iba más que a ingresar la recaudación de la noche de The Sphinx. Pero no tuvo suerte, porque en cuanto el cajero leyó la carta, dijo:

—Le tengo que pasar esto al señor Sneddon, señor Coker.

—¿Es necesario?

—Es el procedimiento estándar del banco, me temo —aseguró el hombre.

Tuvo que esperar un rato largo y agónico antes de que apareciera el señor Sneddon.

—Joven señor Coker, buenos días —saludó, mirándolo con el ceño fruncido—. Creo que quiere usted tener acceso a la caja de seguridad privada de su madre. —Sneddon tenía la carta en la mano y la

examinó durante lo que le pareció una eternidad antes de devolvérsela —. Por supuesto, señor Coker, venga por aquí. Oh, tendrá usted la llave, supongo.

Sí, claro que tenía la llave, gracias. La había sacado de debajo del colchón de su madre el día anterior por la tarde, mientras ella estaba fuera; se la había llevado para hacer una copia a un cerrajero de Bridle Mews y después la había vuelto a colocar en su lugar en menos de una hora. Si Nellie se enteraba de lo que había hecho, lo convertiría en una cabra o un lagarto. Si supiera lo que estaba haciendo en ese momento, lo haría desaparecer como una voluta de humo y nadie lo volvería a ver. Estaba a punto de traicionarla, por orden de Azzopardi, y aun así se sentía con derecho a hacerlo. A su madre él no le importaba nada, lo había demostrado con su testamento, así que ¿por qué le iba a importar ella a él?

Aunque toda aquella operación era aterradora, a Ramsay también le estaba resultando emocionante. No solo estaba escribiendo una novela, la estaba viviendo. La ficción no tenía nada que ver con lo que sentía al estar haciendo algo por fin, tras toda una vida de pasividad.

Nellie solo tenía una caja de seguridad, pero era grande y pesada y al cajero que los acompañó al interior de la cámara acorazada le costó sacarla y colocarla sobre la mesa. Sneddon utilizó su llave, después Ramsay utilizó la suya y por fin lo dejaron a solas con la caja.

Pensó en Pandora.

Y levantó la tapa.

—¿Pero en qué demonios estabas pensando? —le gritó Niven.

Tenía a Ramsay cogido por el cuello de la camisa, como si fuera un colegial, y lo empujaba hacia el Hispano-Suiza, que estaba aparcado delante del banco con el motor en marcha—. Entra —ordenó, abriéndole la puerta del acompañante y empujándolo al interior del coche. Después salió a toda velocidad por Aldwych, como si estuvieran huyendo de algo—. Y no se te ocurra lloriquear.

—¡No estoy lloriqueando! —protestó él—. ¿Cómo has sabido que estaba en el banco?

Sneddon lo había llamado, explicó Niven. Sabía que Nellie nunca enviaría a Ramsay a rebuscar en su caja privada, y además el director había detectado desde el primer momento que la carta era un intento torpe de falsificación. Pero había sentido lástima, porque pensó que era alguna broma estúpida, una «tontería de juventud», dijo, más que un delito, y, como no quería que toda la furia de Nellie cayera sobre él, eligió a otro Coker.

—Me llamó a mí en vez de a ella —aclaró Niven—. Deberías estar

agradecido con Sneddon. ¿Y por qué necesitas tanto el dinero que hasta has montado esta farsa? ¿Por droga? ¿Por el juego?

—No he cogido dinero. Solo papeles y esas cosas.

—¿Qué quieres decir con eso de «papeles y esas cosas»?

Tímidamente Ramsay sacó un montón de documentos que llevaba ocultos en el abrigo. Niven giró para entrar en Tavistock Street y aparcó el coche para examinarlos.

—¿Escrituras de propiedad y contratos de arrendamiento de los clubes? ¿Los bienes raíces? —Estaba desconcertado—. ¿Y para qué querías todo esto?

A Ramsay empezó a temblarle el labio y se le llenaron los ojos de lágrimas, no de miedo, vergüenza ni remordimiento, sino de alivio por poder confesarlo todo. Ya podía dejar de tener miedo, porque su hermano se ocuparía de todo. Le contó la triste historia.

—¿Azzopardi? ¿Has dejado que te líe Azzopardi? —Niven estaba furioso—. Eres todavía más idiota de lo que creía. ¿Entiendes lo que significa esto? Con estas «cosas», como tú las llamas, se quedaría con la propiedad de todos los clubes. Todo lo que tiene Nellie.

—Pero están a su nombre.

—Lo eliminará y pondrá el suyo. Hay muchos falsificadores en Londres mucho mejores que tú. O tal vez le haría chantaje para que se los entregara. La amenazaría con algo que no se pueda permitir perder.

—Pues no te preocupes, seguro que no la amenaza con nada que tenga que ver conmigo —dijo Ramsay—. Nuestra madre estaría más que dispuesta a sacrificarme a mí si eso significara mantener su precioso imperio. He visto su testamento, ¿sabes? Tú no sales mal parado, pero a mí prácticamente me ha desheredado.

—Me parece comprensible después de ver esta maniobra tuya.

—Buenos días, señora Coker —saludó el cajero a Nellie, que iba derecha hacia el mostrador—. Espero que ya se encuentre mejor.

Ella ignoró esa frase.

—Quiero acceder a mi caja de seguridad, por favor. —Y miró al hombre con una ceja enarcada que hizo que saliera corriendo para ir a buscar al señor Sneddon.

Diez minutos después estaba otra vez en el Bentley. Sobre las rodillas tenía una caja de metal oxidado que había sacado de la de seguridad. «Sus reservas para la guerra», pensó Hawker.

—Creo que ya es hora de que los dos pongamos las cartas sobre la

mesa, ¿no te parece? —dijo Niven.

—Las mías ya están ahí —dijo Nellie, señalando con satisfacción las cartas de Lenormand que tenía echadas delante de ella.

Su hijo las miró con desagrado. Muchas veces se preguntaba si su madre de verdad creía en lo oculto o si solo le gustaba que la gente pensara que tenía cierto poder secreto que utilizaba como arma si le llevaban la contraria. Era todo espectáculo, de cabo a rabo.

Había una caja de metal oxidado en una silla a su lado. Niven no tenía ni idea de qué contenía, aunque su tamaño era perfecto para guardar una cabeza cortada grande. Y no le habría sorprendido que fuera eso.

—¿Qué hay en la caja?

Nellie ignoró su pregunta. Niven la había encontrado, tras buscar un poco, en The Crystal Cup. Debería haberlo sabido, porque era su refugio. Era demasiado pronto para que Gwendolen estuviera allí y se preguntó si todavía estaría arriba, en el apartamento, y si recordaría algo de lo que había pasado la noche anterior.

Estaba dormida como un tronco cuando la dejó a altas horas de la madrugada, desmayada por el brandi y los whiskys que se había tomado sin control, uno detrás de otro. No sabía qué había provocado esa repentina bacanal, pero parecía que Oxford tenía algo que ver en ello.

Durante su episodio de disipación, de forma espontánea, ella le había contado su vida. El relato terminó con su llegada a Londres.

—Y ahora soy espía —concluyó alegremente.

—Lo sospechaba —dijo él. La influencia del alcohol facilitaba mucho el interrogatorio—. ¿Para Maddox?

—¡No!

—¿Para Azzopardi?

—¿Quién?

—¿Para quién, entonces?

—Frobisher, por supuesto. Me tiene buscando pruebas para provocar la caída de tu madre. De todos vosotros, supongo.

¿Frobisher? Claro, tenía sentido. Niven debería haberse dado cuenta de que estaba trabajando para las fuerzas de la ley, no haciendo una operación a lo Mata Hari.

—¿Y lo del secreto no es la esencia del trabajo de espía?

—He decidido dejar este juego —anunció—. Estoy harta de él, harta de Frobisher. —Rio y después dijo—: ¿Y qué vas a hacer tú al respecto? ¿Vas a hacer que me maten?

—Prefiero hacer todo lo contrario.

Ella había bebido demasiado whisky para entender las implicaciones, así que él prefirió no decir nada más y besarla.

Solo había sido un beso torpe y son sabor a whisky, pero le había afectado de una forma que no se esperaba. Aunque a Gwendolen no, porque vació el vaso y dijo con voz tentadora:

—Me voy a la cama. Espero que vengas conmigo.

Él tuvo que contener una carcajada al verla ir haciendo eses por la habitación.

Cuando fue a echarle un ojo media hora después, estaba tirada sobre la cama, ajena a todo. No había franela ni calcetines; su ropa para dormir parecía diseñada para una recién casada. Aunque no hubiera estado semiinconsciente, Niven no tenía intención de acostarse con ella. La tapó con las mantas y recogió la ropa que estaba tirada en el suelo. Después apagó la luz y se fue.

—¿Te lo pasaste bien anoche con la señorita Kelling? —soltó Nellie—. Es muy astuta. Es obvio que has sucumbido a sus encantos. Trabaja para Frobisher, ¿sabes?

—¿Qué hay en la caja? —Ella volvió a ignorar la pregunta. Él suspiró y continuó—: Ramsay ha visto tu testamento y le ha sentado mal.

—No deberías ser tan cotilla —contestó su madre—. ¿Por eso estás aquí? ¿O es para hablar de tus reuniones «secretas» con Azzopardi? Creía que estabas planeando usurpar mi lugar.

—¿Yo? —Niven rio—. Yo soy quien está protegiendo tus intereses. No sé si lo está haciendo alguien más. Azzopardi ha intentado robarte las escrituras de propiedad de los clubes esta mañana.

—No —corrigió Nellie—. Ramsay es quien lo ha intentado. Es un traidor —dijo casi con cariño, como si con eso hubiera demostrado estar a la altura de los Coker.

—Lo importante es que no se los ha dado al maltés —aseguró Niven. (¿Qué habría en la caja?)

—¿Los tienes tú?

—Están en un lugar seguro. ¿Azzopardi iba a obligarte a entregárselos amenazándote con algo?

—Ya lo ha hecho. Me dijo que se llevaría a Kitty y la haría pedacitos —admitió Nellie—. Seguro que se la comería también, dada la glotonería de ese hombre. Trató de llevársela la semana pasada, intentó meterla en su coche en la calle. —Cuando vio la cara que puso Niven, aclaró—: Oh, pero no pasó nada, está bien. Y ya no está.

—¿No está? ¿Dónde ha ido Kitty?

—La he enviado a un convento en St Albans. Conozco a unas

monjas que me deben un favor. —¿Monjas que le debían un favor a Nellie?—. Allí la mantendrán bien escondida.

—Al parecer tienes algo que Azzopardi quiere —insistió él—. ¿Tiene algo que ver con esa caja?

Su madre suspiró.

—Después irá a por Shirley o Betty. No puedo mantenerlos a todos a salvo siempre.

—¿Qué hay en la caja?

—Estaba esperando a que lo preguntaras —dijo Nellie.

Era como uno de esos cofres del tesoro de los piratas que salían en los libros de su infancia, llenos de joyas: diamantes, zafiros, rubíes… y Dios sabía qué más. Incluso bajo la tenue luz de The Crystal Cup parecían resplandecer.

Así fue como empezó, confesó Nellie. Niven estaba en el frente y no sabía nada de Great Percy Street ni de la casera amable. Lo único que le había dicho su madre cuando regresó de la guerra fue que había tenido «un golpe de suerte». Al parecer la anciana era perista y guardaba en su casa el botín de varios robos para el hombre que los había cometido.

—El último era el mayor de todos, y después tenía planeado retirarse a la Costa Azul. Dejar la vida como delincuente atrás para siempre.

—Deja que adivine…: el ladrón era Azzopardi.

—Entonces tenía otro nombre —aclaró Nellie—. Yo no sabía nada de él. Fue antes de que nos trasladáramos a Londres.

La historia, según su «amiga Agnes» (¿su madre tenía una amiga?), era que un hombre había ido a Londres desde Suiza para venderle unos «pedruscos» a un intermediario de Hatton Garden. «Era un agente contratado por unos rusos nobles, refugiados, aunque no sé quiénes eran. En estos tiempos había un montón de gente que aseguraba ser un Romanov.» El agente sin nombre se alojó en el Ritz y allí Azzopardi (Spiteri era su nombre real) se hizo con todo el botín.

—Vamos a ver si lo he entendido bien —interrumpió Niven, mirando a su madre con una ceja magníficamente enarcada con total escepticismo—. ¿Azzopardi, o como quiera que se llame, robó las joyas de la Corona rusa y después tú se las robaste a él?

—No seas bobo —contestó Nellie—. Los soviéticos fueron los que vendieron esas joyas.

—¿Y ahí fue cuando lo atraparon?

—No, decidió hacer un último trabajito. En el Goring. Le dispararon en la mano y lo detuvieron. Que te sirva de lección.

Ella continuó diciendo que solo había vendido una de las joyas del botín, un collar con amatistas, y que con lo que obtuvo apostó por los clubes y le salió bien. Cerró la tapa de la caja y le dio unas palmaditas con cariño.

—Estaba guardando el resto para mi jubilación —explicó—. Devuélveselas y nos dejará en paz.

Niven pensó que nunca antes había visto a su madre admitir una derrota. Tal vez Azzopardi tenía razón y había llegado el momento de que ella abandonara el campo de batalla.

—Tenemos problemas más importantes que el maltés —añadió ella —. Maddox está a punto de dar el paso.

—¿Y tienes un plan?

—Siempre lo tengo —sentenció Nellie.

Niven fue a Eaton Square a hacer la entrega en persona. Azzopardi no lo dejó pasar de la puerta y tampoco comprobó el contenido de la caja. Confiaba en el honor de Nellie, dijo. Debía de ser la única persona de Londres que lo hacía, pensó él.

¿Dónde estaba Gwendolen Kelling? Fue a su apartamento y llamó al timbre que había junto a la puerta de la calle durante un buen rato, pero nadie respondió. Se imaginó que se habría ido de compras o a comer con alguien. Le gustaba demasiado. Le preocupaba que eso lo volviera débil. Pero ¿y si lo estaba haciendo más fuerte en realidad?

La verdadera novia

—Oh, mire, es la señorita Kelling. ¿La conoce usted, inspector jefe?

Frobisher le estrechó la mano (rozándola apenas) mientras miraba a cualquier parte menos a Gwendolen. No se le daba bien fingir. Les pasaba mucho a los hombres íntegros.

Gwendolen estaba confundida. Nellie la había llamado y le había dicho que fuera urgentemente a reunirse con ella en The Sphinx. Lo que había podido deducir de las cautas palabras de Nellie fue que había otro «caso médico» (como lo expresó ella) que necesitaba atención. ¿Habría tenido alguien un accidente en el club? No podía ser otra pelea entre bandas rivales, porque no estaría abierto aún. Pero cuando llegó allí, no había señal de que nadie necesitara atención médica. Solo encontró a Frobisher, con expresión exasperada y un zapato de baile plateado en la mano, como si hubiera ido a un sitio tan poco apropiado como The Sphinx a buscar a su Cenicienta.

Gwendolen esperó una señal de Nellie, que no tardó en dársela.

—Hemos resuelto el asunto sin su ayuda, señorita Kelling —dijo la matriarca—. Siento haberla hecho venir y perder el tiempo.

—No se preocupe, señora Coker. Estaba cerca de aquí —contestó, quitándole importancia.

—Como el inspector Frobisher ya ha acabado aquí, tal vez pueda acompañarla a la salida —sugirió Nellie.

Él no parecía estar de acuerdo con eso de que había terminado, pero dijo:

—Claro. Permítame, señorita Kelling.

—¿El asunto? ¿Qué asunto? —preguntó Frobisher en cuanto llegaron a la calle.

Como Gwendolen ignoró su pregunta y siguió caminando, él la agarró del brazo y tiró de ella, que se quedó mirándole fijamente la mano hasta que la soltó.

—Yo no soy su perro para que me lleve con correa, inspector —contestó enfadada. El recuerdo de lo que pasó en Oxford seguía cerniéndose sobre ellos.

—Disculpe.

Fue a buscar a su perro de verdad, que había dejado atado a una

farola. El animal saludó a Gwendolen como si fuera una vieja amiga, lo que le mejoró un poco el humor, de modo que cedió y le contó que Nellie la había llamado pidiéndole ayuda. Él le contó lo del asesinato ficticio.

—Algo ha pasado aquí, pero no tengo ni idea de qué ha podido ser —reconoció el inspector.

Él paró un taxi y le dijo que tenía que recoger algo en Bow Street y que después debía ir a la morgue de Southwark.

—Dios santo, ¿no serán Freda ni Florence?

—No, no. No quería alarmarla. —La mayor parte de su relación hasta el momento parecía basarse en momentos en que alguno de los dos alarmaba al otro.

Volvió rápido de la comisaría, con otro zapato plateado en la mano, y lo puso al lado del que le había dejado a ella para que lo guardara.

—¿Qué opina? ¿Son del mismo par?

—Parece que sí, pero es difícil estar segura. Mire… —dijo ella, girándolo en la mano—. No lo ha examinado concienzudamente. Creo que sería mejor investigadora que usted, inspector. —El zapato tenía una marca para identificar a su dueña: unas iniciales grabadas con fuego en la suela de cuero—. Con un palito ardiendo, seguro. Mi hermano Dickie lo hacía, no con los zapatos, pero casi con todo lo demás. Supongo que los de las chicas se mezclarán continuamente en las escuelas de danza, parecen iguales… Los zapatos, quiero decir, no las chicas. Una M y una C, ¿le dicen algo, inspector?

Miró la suela del zapato que había traído de la comisaría. Igual. Las mismas iniciales. Sí, significaba mucho para él.

—Una chica que se llamaba Minnie Carter —dijo.

—¿Está muerta?

—Sí.

—¿Está en la morgue a la que vamos a ir?

—Yo voy a ir. Espero que siga allí. Se lo he prometido a su madre. Minnie llevaba uno de los zapatos cuando la sacaron del río.

—Y ha encontrado el otro en The Sphinx. ¿Qué cree que significa?

—Creo que significa que alguien la mató ahí —dijo Frobisher—. ¿No es obvio?

—¿No cree que puede ser que alguien quiera que usted crea que la mataron ahí?

Él suspiró profundamente.

—La navaja de Occam, señorita Kelling. Usted tiene tendencia a complicarlo todo.

—Y usted a simplificarlo demasiado. Hay personas que quieren destruir a Nellie.

—Yo soy una de ellas, debo recordárselo.

—Y su inspector Maddox es otra.

—Me he enterado de eso hace poco. —Frobisher suspiró una vez más—. Tenemos que hablar con «mi» inspector Maddox.

En el trayecto de camino a Southwark él le contó lo que le había confesado Edith. Gwendolen tenía el estómago fuerte, pero aun así sintió náuseas por lo que estaba oyendo.

—¿Y no puede detener a Maddox? —preguntó—. Hoy, ahora mismo, antes de que cause más daño, de que reclute a más chicas.

—Solo tengo la palabra de Edith —reconoció Frobisher—. Y, sinceramente, su motivación no está del todo clara. Necesito pruebas incontrovertibles. Aunque alguna de las chicas apareciera, me temo que no son el tipo de testigo al que creería un jurado. Yo no soy de la misma opinión —se apresuró a aclarar—. Encontraré una forma.

—No quiero que entre conmigo —le dijo cuando el taxi paró delante de Southwark.

—Pero lo haré —repuso ella.

El perro era más obediente y se quedó esperando en el coche, vigilando los zapatos plateados.

—La señorita estaba a punto de irse —le dijo el ayudante de la morgue—. Ha llegado justo a tiempo.

Como era de esperar, era un lugar deprimente. Había varios cuerpos en nichos de mármol en la pared. Algunos todavía estaban en las camillas en las que habían llegado, cubiertos por finas sábanas. Cadáveres. Cómo odiaba Gwendolen esa palabra. El aire frío de la morgue tenía un olor que ella conocía bien de su época en la guerra. Un desinfectante fuerte que luchaba por cubrir el olor a descomposición, pero no lo conseguía. Ahí también se notaba el formaldehído del líquido de embalsamar. Pensó que tal vez iba a tener que recurrir a las sales que siempre llevaba en el bolso, para otras personas, más que para ella (en concreto, a la señorita Rogerson le hacían un efecto inmediato los vapores).

Había unas puertas de metal en un extremo de la habitación.

—Un refrigerador —dijo el ayudante de la morgue con orgullo—. Es lo último, lo acaban de instalar. —Pareció decepcionado al ver que no quedaban muy impresionados. A Gwendolen le dio un escalofrío pensar que podía acabar en una de esas cámaras heladores, encerrada y rodeada de frío y oscuridad.

El ayudante abrió una de las cámaras y sacó una bandeja grande. El cuerpo estaba cubierto por una sábana y el hombre la apartó para dejar al descubierto la cara de una chica joven. «Oh, qué horror»,

pensó Gwendolen. Podía entender que los hombres se mataran unos a otros en la batalla; cumplían órdenes, tal vez incluso creían en la causa por la que luchaban, pero arrancar una vida joven a propósito, apagarla como una vela para obtener alguna perversa gratificación, era algo que no lograba comprender.

—¿Está bien, señorita Kelling? —preguntó Frobisher con una expresión de gran preocupación en la cara. Era una buena persona, pensó. Un buen hombre. Con esposa.

—Sí, gracias —dijo, y le mostró una leve sonrisa. «No creo que sonría mucha gente en este lugar», se dijo.

—¿Es esta, inspector?

—Sí —confirmó Frobisher—. Se llama Wilhelmina Carter. —Le dijo al ayudante que habían venido a reclamar el cuerpo, así que debía asegurarse de que no se la llevaran antes de que su madre tuviera tiempo de organizar su entierro—. No deje que se la lleven, ¿me entiende?

—Sí, señor. La guardaremos en hielo para su madre.

Gwendolen le dijo al taxista que la llevara al West End porque sintió una urgente necesidad de caminar, de estar rodeada de gente que no conociera el frío y la humedad que caracterizaban el interior de una morgue pública ni el mal que se escondía en el inframundo que había bajo sus pies.

Frobisher la ayudó a salir del taxi.

—Seamos amigos, no enemigos, inspector —ofreció Gwendolen.

—Claro, señorita Kelling. Nada me gustaría más.

Se estrecharon la mano.

—Manténgame informada —pidió ella—. De lo de Maddox.

Inesperadamente sintió una oleada de cariño hacia él. Ella era comprensiva. El inspector le había devuelto su nombre a Minnie Carter, así que ella le concedió a él el suyo.

—Adiós, John.

Tal vez era un *au revoir* más que un *adieu.*

Muerte en el agua

A Gertie le pareció que *The Co-Optimists* era lo mejor que había visto en su vida. Pero, como veterana del escenario que era, Freda pensaba que era más bien floja, aunque no quiso estropear el entusiasmo de Gertie diciéndoselo. Cuando Cherry Ames salió al escenario, le dio un codazo suave a Gertie y le dijo: «Esa es mi amiga», algo que impresionó muchísimo a Gertie. Freda pensó que, si a ella le hubieran dado la oportunidad de hacer el papel de Cherry, lo habría hecho mucho mejor, pero, cuando bajaron el telón y fue el turno de Cherry de saludar, ella vitoreó y silbó muy generosamente, tanto que Cherry se sorprendió y miró con atención al público para intentar ver quién estaba montando tanto alboroto.

Gertie, muy impresionada, insistió en que fueran a la entrada de artistas para ver salir al elenco. No habían llegado a la puerta todavía cuando Freda vio a Cherry salir corriendo, todavía con el maquillaje para la obra y llevando una estola de piel con pinta de cara. Fue directa a un coche que estaba aparcado fuera, donde un hombre vestido de esmoquin le había abierto la puerta. Tenía edad suficiente para ser su abuelo, pero no la besó como si lo fuera, aunque no era que Freda hubiera tenido nunca abuelos. Ese debía de ser el «inversor» con el que había cenado, supuso. Se preguntó cuántas veces tenía que ir Cherry a cenar con gente. Con hombres. En ese momento sintió una repentina oleada de gratitud hacia Nellie Coker. Ella le había dado un trabajo y no le exigía ningún tipo de pago a cambio.

—Parece que tu amiga se ha buscado un «papaíto» —comentó Gertie. Freda nunca había oído ese término, pero adivinó fácilmente lo que significaba—. No has ido a saludarla —añadió.

—No, era mejor que no.

—Bueno, tengo que irme ya —anunció Gertie. Ella también tenía un piso, le dijo, y tenía que ir a visitarla.

—Lo haré —prometió ella, pero se preguntó si lo haría.

La compañó hasta Seven Dials, donde se abrazaron para despedirse.

—Ten cuidado —le dijo Freda.

A lo que Gertie respondió:

—Tú también.

Fue todo tan inesperado que no tuvo ni un segundo para pensarlo. Un minuto estaba atajando por Tower Court, pensando en lo que iba a cenar antes de ir a The Sphinx (huevos con patatas, decidió), y al siguiente sintió un tremendo puñetazo estrellarse contra un lado de su cabeza y cayó desmadejada al suelo.

El golpe la dejó indefensa; solo le llegaba la consciencia para darse cuenta de que alguien la llevaba a rastras. No podía hablar ni gritar para pedir ayuda y sentía unas náuseas horribles. Tampoco oía bien, pero una voz femenina distante preguntó: «¿La chica está bien?». Entonces el hombre que la llevaba a rastras la cogió en brazos y con una voz autoritaria y competente dijo: «Estaba tirada en la calle, desmayada. Una drogadicta, me temo. Voy a llevarla al hospital».

Freda intentó gritar, revolverse en sus brazos, pero él la agarró con más fuerza. Tenía la cara contra la áspera sarga de su chaqueta y lloriqueó por el miedo, un ruidito de desesperación, hasta que él se acercó mucho a su oído y le dijo: «Cállate, zorrita asquerosa».

Había oído ya esa voz, pero no sabía dónde, y antes de que pudiera buscar en su memoria la pincharon dolorosamente con algo punzante y cayó sobre ella una oscuridad que la arrastró. Lo último que oyó fue una risa.

Cuando Freda recuperó la consciencia, tenía el peor dolor de cabeza de la historia. Necesitó un momento para recordar lo que había pasado. Y un poco más de tiempo para darse cuenta de que estaba atrapada dentro de un sitio oscuro. ¿Era una caja? ¿O un ataúd? ¿Estaba enterrada viva? Llevada por un horrible pánico, se puso a gritar pidiendo ayuda hasta que se quedó ronca y a golpear con los puños y dar patadas a los laterales de la caja; de repente oyó el ruido de un motor que arrancaba y notó en la nariz el fuerte olor de la gasolina. Era un coche. Estaba en el maletero de un coche. No era el mejor lugar del mundo, pero al menos no era un ataúd.

Por suerte el viaje fue corto. Cuando alguien abrió el maletero, pensó en salir de un salto y echar a correr, pero no podía mover las extremidades. Antes de que pudiera verle la cara al secuestrador, él le dio otro puñetazo y ella volvió a sumirse en la oscuridad.

Cuando Freda recuperó la consciencia una segunda vez, se encontró en el río. El bautismo en las aguas sucias y heladoras del Támesis la había traído de entre los muertos solo para ver cómo se ahogaba. Se había hundido tanto que le pareció que estaba rozando el lecho del río. Pensó en los pescadores de perlas de Duncan. Probablemente

habría algún tesoro en el fondo lleno de lodo (monedas romanas o anillos medievales que se habían ido perdiendo a lo largo de los años), pero a Freda le daba igual. Subió a la superficie, tosiendo agua, y, como los pescadores de perlas de Duncan, se llenó los pulmones de aire y más aire, hasta que le pareció que iban a estallar como si fueran globos.

Intentó nadar, pero todavía no le respondían del todo las piernas y la corriente era un depredador inmisericorde que la sujetaba con fuerza con su abrazo acuático, hasta que de repente perdió interés en ella y se fue al fondo por segunda vez. Ella nadaba muy bien, se recordó. Pensó en los trofeos que había ganado en las competiciones en la piscina de Yearsley. Y en el señor Birdwhistle, en el horrible sombrerero de Coney Street. Recordó estar de pie en el andén de la estación de York, en medio de la corriente, esperando la llegada del tren que las llevaría a Londres. El broche del pájaro azul. La cara de lascivia de Owen Varley. La iglesia de Corpus Christi. Y en Florence. Dios santo, la tontita de Florence.

Eso era lo que decía la gente, ¿no? Que tu vida pasa por delante de los ojos cuando vas a morir. Vista así, su existencia no parecía gran cosa. Freda sintió una oleada de furia. No estaba lista para morir todavía, quería más, mucho más, y mejor. Movió las piernas con fuerza, una vez, otra, hasta que volvió a respirar.

Frobisher estaba cruzando Southwark Bridge, enfrascado en sus pensamientos sobre cómo llevar a Maddox y a Oakes ante la justicia y asegurarse de que no se libraban de sus garras.

Habían identificado al torero de esa mañana (qué lejos parecía quedar eso ya). Era un hombre que se llamaba Vivian Quinn y que escribía una de las columnas de sociedad que Frobisher evitaba como la peste. Era vergonzoso que no lo hubiera identificado la policía, sino la revista *John Bull,* un detalle muy irritante. Cuando volvió a su despacho tras su visita a la morgue de Southwark, recibió una llamada del editor de dicha revista para pedirle que les escribiera algo sobre el asesinato.

—¿Hay algo de verdad en el rumor de que una de las últimas personas que vio a Quinn fue Ramsay Coker, el hijo de «la tristemente famosa Mamaíta Coker»? —preguntó el editor—. Estoy pensando en algo en la línea de «El hijo de la reina del vicio implicado en un espeluznante crimen…» —continuó.

Frobisher le colgó el teléfono. Ya había tenido suficiente para un solo día, pensó, exhausto.

Mientras iba por el puente, su mente volvió a Gwendolen Kelling.

Ella había utilizado su nombre de pila. ¿Tenía eso algún significado? Ya no era la misma mujer alegre de un par de semanas atrás. Sintió una punzada de remordimiento. Cuando la conoció, se quedó impactado (embelesado incluso) por su naturaleza alegre. Pero había conseguido ensombrecerla, eclipsar la luz de ella con sus propias sombras. Seguía dándole vueltas a esa metáfora atmosférica en su cabeza (nubes negras, niebla de confusión, etc.) cuando le llamó la atención algo que había en el agua y que arrastraba la corriente como si fuera solo una basura más entre la multitud de desechos repugnantes que llevaba el Támesis.

Pero no era basura, era una chica que iba dando volteretas y tumbos como si fuera una canoa navegando en unos rápidos. El río era torrencial y la marea bajaba rápido; aun así, la chica intentaba nadar, luchar con sus limitadas fuerzas. Pero era demasiado pequeña y el agua tenía que estar muy fría («Sucumben a lo que nosotros llamamos "hipotermia"», recordó que había dicho Webb). Frobisher no dudó ni un momento ni pensó serenamente en lo que estaba a punto de hacer. Después se dijo que había actuado como un loco, no como un héroe. Se quitó el abrigo y las botas y se tiró al río asesino.

Alcanzó a la chica a la altura del London Bridge y a los dos los arrastraba la corriente en cursos paralelos. Ella le gritó algo, pero él no distinguió qué. Frobisher se estaba debilitando y le costaba mantener la cabeza fuera del agua (la chica era más fuerte que él), pero el río estaba demasiado frío y ninguno aguantaría mucho más. Intentó agarrarla, pero iban avanzando demasiado rápido.

Se aproximaban al Tower Bridge a una velocidad tremenda, y si no la agarraba en los próximos segundos ya sería imparable y acabaría en las marismas y después en el mar, perdida para siempre. De repente le vio bien la cara durante un segundo y un momento después el agua la engulló. Con un último esfuerzo sobrehumano la agarró del pelo y después le alcanzó un brazo y la hizo girar hasta que consiguió rodearle el cuello con un brazo desde detrás. Y con la ayuda de la corriente fue acercándose a los muelles, a los escalones, a Dead Man's Hole.

Los dos se golpearon con un saliente de hormigón. Por desgracia, no había rastro del ayudante del forense con su gancho. Frobisher se agarró a un gran aro de hierro que estaba fijado a la pared y, con sus últimas fuerzas, logró subir él y luego a la chica a la plataforma. Había tragado medio Támesis y no paraba de toser para expulsarlo. A la chica le pasaba lo mismo; tosía y tenía arcadas, como si sufriera una difteria grave. Frobisher notó que tenía el corazón martilleándole en el pecho, a punto de reventar. «Su motor», pensó. Sin fuerzas, los dos se

quedaron tirados boca arriba, inertes. «Como un par de peces», pensó él.

Volvieron a la vida poco a poco, primero la chica y después el inspector. La gente los había visto y pronto había varias personas bajando los escalones y llenando ese espacio tan pequeño. Llamaron a una ambulancia; Frobisher no quiso que lo atendieran, pero acompañó a Freda cuando la envolvieron en mantas y la subieron al vehículo. Se inclinó para hablarle mientras iban traqueteando por St Thomas.

—¿Cómo se encuentra, señorita…?

—Murgatroyd —murmuró ella muy bajito, con los ojos cerrados—. Freda Murgatroyd.

Él soltó una carcajada, un sonido extraño y que merecía la pena recordar, parecido al canto de un ruiseñor, aunque Frobisher no era ningún pájaro cantor.

—Hay gente buscándote por todas partes, Freda.

No se parecía a la foto que Gwendolen le había dado, pero estaba seguro de que la había visto antes. Por todas partes. Era todas las chicas desaparecidas en Londres que lo perseguían siempre que estaba despierto.

—¿Ha intentado ahogarse, señorita Murgatroyd? —preguntó con delicadeza cuando se acercaban al hospital.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Suicidarme? —A esa pregunta le siguió una andanada de palabras furiosas entre las que entendió que un policía había intentado asesinarla. «Maddox», pensó Frobisher, pero después ella añadió—: Llevaba uniforme. Y se reía de mí.

Oakes, entonces.

—Lo atraparé y me aseguraré de que reciba su castigo —prometió muy serio, pero la furia la había dejado exhausta. Había vuelto a cerrar los ojos y no dio ninguna señal de que lo hubiera oído.

Freda estaba «en sorprendentemente buen estado», sentenció el médico, aunque agotada. Dormir un poco se lo curaría todo, aseguró.

—Y a usted también —añadió mientras le tomaba el pulso a Frobisher—. Demasiado rápido. —Después dijo algo sobre «un hombre de su edad» y ahí el inspector dejó de escucharlo.

La enfermera del turno de noche le dio ropa seca.

—Tenemos siempre algo para emergencias —explicó—. Es de segunda mano, pero resulta muy útil.

Frobisher se preguntó de dónde habrían salido las prendas y si los toscos pantalones bombachos, la camisa sin cuello y la chaqueta raída que llevaba en ese momento provendrían de un cadáver. Se vio en un

espejo de los lavabos y se quedó perplejo, porque parecía una persona totalmente diferente. «Todos somos cadáveres desde el mismo momento en que llegamos a este mundo», se dijo.

Se quedó junto a la cama de Freda. La enfermera le dijo que le habían dado una medicación para dormir y que no se despertaría hasta varias horas después. Sus preguntas tendrían que esperar hasta que fuera de día. ¿Dónde había estado? ¿Cómo había acabado en el río? Y tal vez lo más importante de todo, ¿dónde estaba su amiga Florence?

Estaba deseando decírselo a Gwendolen, qué ridículo. Se imaginó su asombro y su felicidad cuando le presentara a la Freda que llevaba tanto tiempo buscando, aunque supuso que su gratitud quedaría empañada por su fracaso a la hora de encontrar también a Florence. Pero, bueno, pájaro en mano…

—Yo iba con mi perro —le comentó a la enfermera de noche mientras le tomaba el pulso a Freda durante una de sus rondas.

—Qué bien —contestó ella distraídamente.

No tenía sentido pensar en qué destino habría corrido el pobre perro. Estaría dando vueltas por Southwark Bridge o, en un acto de fidelidad innecesaria, tal vez se había tirado al Támesis detrás de él y se había perdido para siempre en sus aguas. A lo mejor, en una carambola de la justicia, el animal había sido el precio que había pagado por salvar la vida de Freda. Sintió un dolor en el corazón al pensar en ese perrito tan pequeño en un río tan grande.

—¿Está usted bien, inspector jefe? —preguntó la enfermera.

—Sí, sí, estoy bien.

—Debería irse a casa.

Eran las tres de la madrugada cuando llegó a Ealing tras hacer un viaje ridículamente caro en taxi. Al día siguiente volvería a enfrentarse al Austin.

Lottie estaba dormida, por supuesto, y no quiso despertarla. No sabía nada de su aventura, y además él no creía que llegara a contársela.

Cuando Frobisher se despertó, ella no estaba dormida a su lado. No recordaba ninguna ocasión en que se hubiera despertado antes que él, pero entonces miró el reloj y vio que era más de mediodía. Nunca había dormido tanto en su vida. Le había venido bien. Se sentía recuperado, casi completo, aunque con unas leves náuseas y los pulmones encharcados, como si se hubieran convertido en esponjas en el Támesis.

Lottie estaba de buen humor también. Le había preparado café en

la pequeña cafetera francesa que él le compró en una tienda del Soho. Le cortó una rebanada de pan y le untó mantequilla, incluso le ofreció un huevo, pero él lo rechazó. Sentía una culpa renovada. Debería haberse llevado de excursión en el Austin a Lottie. A su esposa.

Huyó del Austin en el último momento. Tal vez no estaba hecho para conducir. Cogió el tranvía, pero no fue a Bow Street, sino a St Thomas, a ver a Freda.

—Me temo que no hay ninguna Freda Murgatroyd aquí, inspector jefe —le dijo la jefa de enfermeras. La habían llamado porque ninguna de las enfermeras del turno de día reconoció el nombre.

—Ingresó anoche —insistió Frobisher—. Yo mismo la saqué de las aguas del Támesis. Estaba dormida cuando me fui.

Sí que habían ingresado a una chica, reconoció la enfermera jefe, examinando los registros con la frente arrugada.

—Pero se ha ido voluntariamente esta mañana.

—¿Ha dejado una dirección?

—No, pero no se llamaba Freda Murgatroyd. Aquí dice que se llamaba Fay le Mont.

Se fue a Bow Street sintiéndose otra vez derrotado. Durante un momento incluso se preguntó si habría soñado todo ese episodio.

La era del oropel

Había un montón de periódicos abandonados sobre la mesa del comedor vacío de Hanover Terrace. Ramsay solo había salido de su habitación en busca de una cafetera. Niven le dijo el día anterior por la noche que lo de su deuda de la timba estaba «arreglado», significara eso lo que significara (su hermano le dijo que no necesitaba saberlo), y que, como extra, había conseguido convencer a su amantísima madre de que no arrastrara por todo Regent's Park su cadáver atado a un carruaje.

El café estaba frío y Ramsay se preguntó qué posibilidades tenía de que la recalcitrante cocinera le preparara un poco más. Pero entonces le llamó la atención la primera página de uno de los periódicos:

> Periodista asesinado. El cuerpo del columnista de sociedad Vivian Quinn ha sido recuperado de las aguas del Támesis esta mañana. Lo apuñalaron uno o varios asaltantes desconocidos cerca de Berkeley Square. Un detalle curioso del terrible suceso es que el señor Quinn iba disfrazado de torero en el momento de su fallecimiento.

Ramsay cogió la papelera y vomitó dentro.

¿Quinn? ¿Asesinado? Era la tercera noticia de la primera página, no el titular. ¡Vivian se habría puesto como una furia por eso! Debieron de matarlo minutos después de que hablaran, dos noches atrás. Durante un momento de paranoia Ramsay se preguntó si lo habría matado él. Le dieron verdaderas ganar mientras él le hablada de *Cháchara,* y estaba inmerso en tal delirio por las drogas y el alcohol que podría haber hecho cualquier cosa y no acordarse. Después de eso, ya nunca se iba a publicar la novela de Quinn.

Olvidado el café, volvió a su habitación, donde tenía el suelo (el único espacio lo bastante grande) cubierto de un puzle de páginas escritas a máquina (muy mal). Cada vez que abría la puerta, salían volando y ocupaban otro sitio, como pájaros empujados por una corriente de aire.

Las escamas de la vanidad por fin cayeron y examinó las páginas con desesperación. Se había convertido en una víctima de su propia ambición desmesurada. *La era del oropel* lo iba a destruir, a comérselo vivo de dentro hacia fuera. ¡Él no era escritor! De hecho, escribir se le daba fatal. Cuanto antes asumiera eso, mejor. Habría quemado todas las páginas, pero en esa época del año en Hanover Terrace no se

encendían los fuegos hasta última hora de la tarde.

Se decidió a volver a empezar. Se lo debía a su arte.

Quinn había vivido en un pequeño piso en lo más alto de una casa, un sitio muy coqueto, en Conduit Street. Ramsay había estado allí varias veces en el pasado. La casera vivía en la planta baja y hacía las veces de conserje. Lo reconoció cuando llamó a su puerta.

—Oh, señor Coker —saludó—. ¿No es horrible lo que le ha pasado al señor Quinn?

Ramsay confirmó lo horrible del suceso (sinceramente lo era) y le dijo que la madre del señor Quinn le había pedido que fuera a recoger algo a su piso.

—Un libro de poesía, creo. Está pensando en leer algo en el funeral.

—¿Tan pronto? Pero si lo encontraron muerto ayer.

—Ya está haciendo los preparativos.

Lo dejó entrar en el piso. La casera se quedó en la puerta, pero él la convenció para que se fuera diciéndole que tal vez le llevara algo de tiempo encontrar lo que buscaba. Aunque en realidad la búsqueda no le llevó ni un minuto. El santo grial estaba allí, sobre la mesa de Quinn, a plena vista. Un manuscrito con un buen montón de páginas, muy bien cuadradas. *Cháchara,* decía la primera página.

Cuando Ramsay volvió a Hanover Terrace, ya estaban encendidos los fuegos. Él hizo una bola con la página del título de la novela de Quinn y la tiró a las llamas de la chimenea de la sala de estar.

Después subió las escaleras de dos en dos hasta su habitación, olvidado su malestar de horas antes. Parecía que cometer delitos le daba energías. Se sentó delante de la máquina de escribir y le dio un buen sorbo a la medicina de Collis Browne. Flexionó los dedos, hizo crujir los nudillos y después sacó una hoja de papel en blanco y la colocó en la Remington. Durante un momento miró la hoja, tan blanca como la nieve alpina, en una especie de trance. Entonces escribió el título: *La era del oropel.* Después siguió con la dedicatoria, en otra página en blanco: «Para mi amigo Vivian Quinn». Y colocó las dos hojas de papel sobre el manuscrito de Quinn.

Voilà!

Entonces sonó el timbre. Seguro que no era para él. Nunca venía nadie a verlo.

Si vis pacem, para bellum

No había nadie en Hanover Terrace que considerara que era parte de su trabajo ir a abrir la puerta, así que el timbre sonó varias veces y resonó en el pasillo, como si se negara a admitir la derrota. La cocinera estaba haciendo pan, una actividad que parecía que siempre la ponía de mal humor. Phyllis, que estaba arriba, la oía en la cocina, dando golpes y tirando la masa sobre la gran mesa de la cocina.

Por fin se rindió y fue a abrir. La persona que no dejaba de tocar el timbre era un niño pequeño y sucio que parecía que acababa de salir de una chimenea. Estaba a punto de darle un tirón de orejas y echarlo de allí cuando se dio cuenta de que era uno de sus muchos primos.

—Tengo un mensaje para ti —dijo, y le puso un trozo de papel en la mano—. Es urgente —añadió, encantado con el drama que había hecho que lo enviaran desde Whitechapel a toda velocidad en una bicicleta robada. Se quedó en la puerta, esperando una recompensa.

—Espera un momento —dijo Phyllis, y se coló en la despensa mientras la cocinera seguía concentrada en darle una paliza a la masa hasta que se rindiera; luego salió con un buen trozo de pegajosa tarta de jengibre—. Diles que he recibido el mensaje —le dijo al niño, y le dio el pedazo de tarta.

Él no pudo contestar porque se había metido el trozo entero en la boca, pero levantó el pulgar y se subió a la bicicleta.

—¡Date prisa! —gritó ella mientras él ya se alejaba.

—¿Quién era? —preguntó la cocinera. Ya había empezado a darle forma a las hogazas y se le había pasado el ataque de furia.

—Un mensaje para la señora Coker. Se lo voy a llevar.

La cocinera metió los moldes con el pan en el nuevo refrigerador para que reposaran hasta el día siguiente. Le gustaba que su pan tuviera una larga fermentación. El refrigerador se parecía bastante al nicho de una morgue. De nuevo reinó la paz en la cocina. Una vez más, ella había triunfado sobre el pan.

—Ve, rápido —ordenó la cocinera.

—Va a ser esta noche —le dijo Phyllis a Nellie cuando llegó casi sin aliento a The Amethyst—. Maddox va a venir a por usted esta noche.

—Pues será mejor que nos pongamos todos en marcha, ¿no? —

contestó Nellie.

Maddox se tomó una taza de té solo sentado a la mesa. Tenía problemas de acidez de estómago y nunca tomaba nada antes de mediodía. Sus hijos estaban sentados a su alrededor, comiéndose sus gachas. Los cinco, incluido el bebé, que tenía un apetito sobresaliente. «Si pudieran, se comerían la casa e incluso a mí», le gustaba decir en broma, pero no era un chiste. Si no tuviera que alimentar a sus hijos y a su esposa, siempre insatisfecha, no tendría que preocuparse por el dinero. Pero su familia no se nutría del aire, por desgracia.

Entonces aparecieron los huevos cocidos, dos para cada niño sin contar al bebé, que todavía mamaba de los pechos casi agotados de su madre. Los hijos de Maddox estaban tan rechonchos como lechones que estuvieran cebando para asarlos. Se fijó en la piel muy estirada de sus mejillas redondas y sonrosadas mientras masticaban. Dos de ellos llevaban el uniforme, preparados para ir al colegio, aunque de mala gana. Maddox estaba deseando salir de casa. Adoraba a su mujer y a sus hijos, pero no soportaba estar atrapado allí con ellos.

—¿Vas a trabajar también hoy, Arthur? —preguntó su mujer, aparentemente incapaz de ocultar su tono de sarcasmo—. Veo que estás mejor del «dolor de espalda».

Entonces sonó el timbre.

—Por todos los santos, ¿quién será a esta hora? —exclamó ella, enfadada—. El cartero ya ha venido.

Fue a abrir y volvió con un sobre en la mano.

—Un chófer que llevaba un coche muy lujoso ha traído esto —explicó—. ¿En qué estás metido, Arthur?

Los niños fueron corriendo a la puerta para mirar: un chófer con un coche lujoso no era algo que se viera todos los días en Crouch End, pero ya se había ido cuando llegaron, así que volvieron a la mesa y a sus huevos, decepcionados.

Su plan inicial era sencillo: ir sacando a Nellie del negocio poco a poco, orquestando una serie de desgraciados incidentes; las redadas en The Amethyst y en The Sphinx, el fuego en The Pixie, los Huns haciendo estragos en The Amethyst… *Ling Chi,* una muerte por mil cortes, como le había explicado una vez Brilliant Chang. Habían hecho algunos negocios juntos. Drogas y chicas, los dos pilares de la delincuencia de Londres. Pero hacía tiempo que Chang ya no estaba en el país. Por desgracia, todos los intentos que había hecho Maddox hasta el momento habían acabado en desastre. De hecho, su campaña ya corría peligro de convertirse en un hazmerreír. Nellie Coker tenía la suerte de los irlandeses.

Y después Oakes se había puesto a actuar por su cuenta, «demostrando iniciativa», como él decía, y había matado a esa chica en The Sphinx. Un idiota con iniciativa: la receta perfecta para el desastre. ¡Si ni siquiera era la chica correcta! Maddox tenía hijas, tres, no era totalmente inhumano. ¿Se había aliado con un loco?

De todas formas pensaba dar el golpe de gracia esa noche. Iba a haber un asalto tras otro, empezando por el club más vulnerable. En The Pixie solo había mujeres y no opondrían mucha resistencia. Ni tampoco lo harían en The Foxhole. Todos esos miembros de la élite que iban a The Crystal Cup desaparecerían en la noche en cuanto vieran la más mínima señal de problemas. The Sphinx era más complicado, porque había que enfrentarse al enorme camarero holandés. Y por fin la culminación sería The Amethyst. La ciudadela.

Reconoció la letra de Edith en el sobre que le dio su mujer, así que se lo metió en el bolsillo para leerlo después, en su refugio del Wolseley. Salió de casa apresuradamente, antes de que su esposa le hiciera más preguntas sobre la carta. Le dio un fugaz beso en la mejilla y dijo:

—Esta noche vendré tarde.

Pero no tenía el Wolseley. Maldición. Se lo había prestado a Oakes el día anterior. Tenía que llevar a una chica al centro, un regalo para una fiesta de un grupo de amigos que celebraban no sé qué, un logro deportivo o una inversión que había salido bien, ya no se acordaba.

Se paró en la esquina de su calle para leer la carta de Edith. El tono era melancólico, lo cual no era su estilo habitual: «Querido Arthur: Es necesario que nos veamos. Creo que nos han descubierto. Ven a The Sphinx antes de que abra esta noche. Tuya siempre, Edith».

Lo había tomado por tonto, primero con lo del embarazo y después con lo del aborto. ¿Qué otras traiciones estaría planeando? Desde que la habían encerrado en Hanover Terrace, no había podido verla y no tenía ni idea de cuál era su estado mental. ¿Que los habían «descubierto»? ¿Quién, Nellie? ¿Había algo que podía echar por tierra sus planes para esa noche? Suspiró. Tendría que ir a verla.

Él no era una mala persona, pensó. Iba a misa casi todas las mañanas y dos veces los domingos. Les enseñaba a sus hijos a diferenciar lo que estaba bien de lo que estaba mal y creía en los buenos modales y la disciplina. Y estaba convencido de que cada uno se buscaba su propia fortuna. Él estaba a punto de forjarse la suya y no iba a permitir que le desbarataran los planes, ni Edith ni nadie.

A última hora de la noche anterior Gwendolen había abandonado su puesto en The Crystal Cup y había ido a The Amethyst, donde le pidió

a Nellie que hablaran en privado. Se encerraron en una de las habitaciones que había en la parte de arriba del edificio y que nadie usaba. Nellie era perfectamente consciente de que Gwendolen la había estado traicionando todo el tiempo, pero sentía cierto cariño por ella, casi confianza. Ese primer domingo había visto algo en las cartas, pero la distrajo Maud cuando empezó a deslizarse por la pared de The Crystal Cup y no consiguió llegar a ninguna conclusión.

En ese momento Maud estaba sentada en el borde de una caja en un rincón, examinándose las uñas como si estuviera muy aburrida. Pero ya no tenía uñas. Parecía que se estaba desintegrando. Si acababa desapareciendo por completo, Nellie la iba a echar de menos.

—¿Señora Coker?

—Perdone, señorita Kelling —dijo Nellie, y sacudió un poco la cabeza.

—Tengo que confesarle algo —anunció Gwendolen—. Me han enviado para espiarla.

—Qué sorpresa —contestó Nellie.

Pero, por supuesto, eso no era más que el preludio, y la chica después pasó a contarle todo lo que el inspector le había dicho sobre Maddox. No mencionó lo de Edith, pero parecía que ya lo sabía.

—Frobisher lo llevará ante la justicia —afirmó Gwendolen—. Estoy segura de ello.

«Siguiendo el procedimiento debido», pensó Nellie. Todos esos testimonios y áridas declaraciones juradas. El lento ritmo de la justicia. Al final Maddox acabaría en la cárcel, pero también podía librarse. La justicia no debía ser lenta, sino rápida, como un cuchillo en el corazón. Las negras alas del castigo asfixiando a Maddox con su abrazo justiciero. Nellie estaba muy animada para ser una mujer sometida a un asedio.

—Ha venido alguien a buscarlo, señor —anunció el sargento del mostrador—. Está en su despacho. Estaba esperando en la puerta a primera hora de la mañana.

El perro estaba sentado en su silla y solo se le veía la cara por encima de su mesa. Durante un momento Frobisher se lo imaginó dando órdenes desde allí, pero entonces el animal saltó de la silla y fue corriendo hacia él, sin dejar de mover la cola. Cogió al perrito y enterró la cara en su pelo. Después rezó para darle gracias a un dios en el que no creía.

—¿Va a salir otra vez, señor?

—Sí. Tengo que darle buenas noticias a alguien —dijo Frobisher.

—La verdad es que se lo ve más contento hoy —le dijo el sargento del mostrador a Cobb cuando el inspector se fue, con el perro trotando alegremente detrás de él—. *Cherchez la femme,* como decíamos en la guerra.

—¿El qué? —preguntó Cobb, desconcertado.

—Las mujeres —tradujo el sargento—. Compartir a las mujeres. Y lo hacíamos, créeme, compañero, sí que lo hacíamos. Yo cogí la gonorrea dos veces mientras estaba allí.

Cobb se ruborizó. Odiaba ese tipo de conversaciones.

Frobisher fue primero al apartamento de Gwendolen. Nadie respondió cuando llamó y el club del piso de abajo estaba cerrado. Se estaba preguntando dónde estaría cuando la vio acercarse andando por la calle.

—Tengo buenas noticias —dijo.

—Cuéntemelas mientras paseamos.

—No deberían vernos juntos. Levantaríamos sospechas.

—Demasiado tarde. Ya he levantado todas las sospechas posibles. Le he contado a Nellie nuestra estratagema. Y sigo viva, como puede ver. ¿Cuáles son sus buenas noticias?

Le resumió mucho lo del rescate en el río; no quería que pensara que estaba alardeando de su heroísmo. También se saltó lo de que tanto él como Freda habían estado muy cerca de la muerte, pero aun así ella se paró en seco, le tocó el brazo y dijo:

—Pero qué valiente ha sido.

A Gwendolen no le sorprendió que la chica utilizara ese misterioso nombre de Fay le Mont. Era muy típico de ella usar un nombre tan tonto como ese.

—Me siento aliviada de saber que está viva, pero ¿dónde está Florence? ¿Y por qué querría matar a Freda el sargento Oakes? ¿Cree que ella tiene alguna prueba contra Maddox? ¿Podría ser ella misma esa prueba si logramos encontrarla?

Demasiadas preguntas para las que él no tenía respuesta (era cierto que ella sería una excelente investigadora). Y justo en ese momento se produjo una extraordinaria coincidencia, porque Frobisher vio al hombre del que estaban hablando: el mismísimo Maddox, a pie y con prisa.

—Es él, Maddox —le dijo en un susurro a Gwendolen.

—Oh —respondió ella también en voz baja—. Me había imaginado un monstruo, pero la verdad es que es bastante guapo.

Frobisher la miró frunciendo el ceño. ¿Comparado con él?, pensó.

Lo siguieron durante varios minutos hasta que llegaron, precisamente, a de The Sphinx.

—¿Entramos? —preguntó Gwendolen.

—No, esperaremos a que salga, a ver adónde va luego.

Pero después de diez minutos, como no había señal de Maddox a la salida del club, él se impacientó.

—Voy a entrar. Necesito arrestarlo hoy. Ya encontraremos las pruebas después.

—Está usted actuando por impulso, inspector.

—Ya era hora, diría yo.

—Voy con usted.

—No.

Pero lo hizo, por supuesto.

Para Nellie el arte de la guerra era sencillo. Ella no creía en el desgaste. Era más fácil rebanar la cabeza y ver el resto del cuerpo caer. Sin Maddox para liderarlo, su improvisado ejército se quedaría perdido, se disolvería al instante, y sus miembros volverían a los oscuros lugares de los que habían salido.

Sabía que Maddox no esperaba que ella se fuera a rendir sin pelear, sino que presentara la madre de todas las batallas, que las defensas de los Coker estuvieran listas y que Nellie reuniera a todas sus tropas: la banda de Frazzini y demás matones a los que pudiera convencer para que salieran del East End y fueran en su ayuda. Se esperaba al astuto Niven y a Gerrit con sus puños y un arsenal escondido tras la barra de The Sphinx. En sus mejores sueños esperaba que huyeran en desbandada; en los peores, que huyeran tras una buena pelea. Pero lo que no se esperaba era a Edith.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Afuera era de día, pero el inframundo de The Sphinx solo estaba iluminado por una tenue luz que salía de alguna parte cerca del escenario. A Maddox nunca le había gustado el ambiente de ese club, pero en ese momento lo que le transmitió fue un mal presagio. Sin embargo, no era un hombre supersticioso, así que levantó la voz.

—¿Hola? Edith, ¿estás ahí?

—¿Arthur?

—Oh, Edith, ahí estás.

Incluso en la penumbra de The Sphinx vio con claridad lo enferma que parecía. Intentó acercarse, pero ella se apartó para evitar el contacto.

—Edith, no seas así —suplicó.

—He estado a las puertas de la muerte —dijo ella.

«Oh, Dios, otra vez», pensó Maddox, y suspiró para sus adentros.

—Y no me gustó nada lo que vi al otro lado.

—Estoy seguro de que no le puede gustar a nadie —contestó él, intentando animarla—. Pero ya estás mejor, se nota.

—Arrepentimiento —murmuró en voz muy baja, tanto que no la oyó, pero en ese momento aparecieron ellas, de la nada, como si hubieran cruzado las paredes. Un montón de mujeres se acercaron a él y lo rodearon formando una horda que lo envolvió, como un enjambre de avispas que se acercaban cada vez más, como si quisieran asfixiarlo.

Reconoció a la banda de las Cuarenta Ladronas. ¿Tenían pensado robarle?

—Señoras, por favor —dijo riendo—. Me van a aplastar.

Betty y Shirley salieron del enjambre. Betty sacó la navajita del bolsillo y se la dio a Edith.

—Haz los honores, Edith, querida —pidió Shirley.

—Vamos, señorita Edith —la animó Phyllis—. Clávesela.

Pero ella no necesitaba que nadie la convenciera.

—Qué sitio más espantoso —le dijo Frobisher a Gwendolen al pasar bajo la máscara de Tutankamón.

Cuando empezaron a descender, oyeron un ruido muy extraño. Un sonido fuerte, irregular, áspero, como una pesada piedra de molino a la que le costara moverse. O un tiovivo de feria que empezara a dar vueltas a regañadientes.

El ruido había cesado cuando Frobisher y Gwendolen entraron en el club y solo dejó tras su paso una extraña aura, como si acabara de ocurrir algo importante. Había gente en el club, mujeres, y él reconoció a varias de las Cuarenta Ladronas. Era como si acabaran de jugar al escondite inglés. Las hijas mayores de Coker también estaban allí y Frobisher se quedó impactado al ver a Edith. Tenía sangre en las manos. Y no era una metáfora, aunque tal vez en realidad sí. Le vino a la mente lady Macbeth.

Gwendolen entró en acción al instante.

—¿Estás bien? —le preguntó a Edith—. Deja que te vea las manos. ¿Estás herida?

Edith sonrió con mucha serenidad.

—Oh, no, no te preocupes. La sangre no es mía —dijo.

Frobisher se preguntó si se habría vuelto loca (¿estaba loco todo el mundo hasta cierto punto?).

—¿Dónde está Maddox? —preguntó con brusquedad, no directamente a Edith, que estaba demasiado delicada para enfadarse con ella, sino a las mujeres que había a su alrededor. *Aquelarre* fue la primera palabra que le vino a la mente—. Lo he visto entrar aquí, no me mientan. ¿Qué le ha pasado?

—Inspector jefe Frobisher —saludó Nellie, que apareció como de la nada—. ¿Otra búsqueda infructuosa? Me temo que el inspector Maddox se ha ido. Y no ha sido un truco de magia, se lo aseguro. Hay una puerta en la parte de atrás del club.

Se oyó un murmullo de reafirmación entre las mujeres, como avispas que zumbaban alrededor de su reina.

Empezó a llegar el personal del club, precedido por dos bailarinas que bajaron las escaleras taconeando.

—Si me disculpa, tenemos que ponernos en marcha —dijo Nellie—. Pronto empezarán a llegar los clientes de esta noche.

—Sospecho que nos han engañado otra vez —dijo Frobisher cuando salieron de The Sphinx. Inspiró hondo. Incluso el aire más infecto de Londres le parecía dulce comparado con lo que se respiraba en The Sphinx—. ¿Qué le parece?

—La verdad, ya no sé qué pensar. Sobre nada.

Se separaron. Últimamente, cada vez que la veía se preguntaba si volverían a encontrarse.

—No sea tonto —dijo ella—. Claro que nos vamos a volver a ver. Somos amigos, ¿no? Y todavía queda trabajo por hacer. Hay que encontrar a Florence y llevar a Maddox y al sargento Oakes ante la justicia. —Se puso de puntillas y le dio un leve beso en la mejilla. Como el roce del ala de una polilla.

El cuerpo de Maddox apareció al día siguiente justo en la puerta de la comisaría de Bow Street. Debieron de dejarlo allí en medio de la noche, pero nadie vio quién había sido.

Webb informó de que lo habían apuñalado con un cuchillo muy afilado y pequeño. «Lo bastante grande para matar», oyó que decía Frobisher, aunque el inspector jefe no estaba presente. No iba a estarlo nunca más. A Webb nunca le había caído demasiado bien, pero sentía lo que le había pasado.

Leche materna

Niven aparcó el coche en los establos que había detrás de Hanover Terrace. Solo había sitio para un coche en el garaje. Por la ventana polvorienta y cubierta de telarañas vio que el Bentley estaba allí. Levantó la vista para mirar la ventana de Hawker, encima del garaje, para ver si estaba. Normalmente se saludaban. A veces subía a su casa y se tomaba una cerveza con él. Y acababan hablando de la guerra, era inevitable. Hawker había sido conductor en el frente también, llevando de acá para allá a un general de cuatro estrellas. «Así que nunca estuve cerca de la acción», se lamentaba.

Pero no había rastro de él. Tampoco de la cocinera ni de la ayudante.

Entró en la casa y oyó voces que venían de arriba, del comedor. Por la puerta abierta vio a Nellie sentada a la mesa, dándole la vuelta despacio a las cartas. Ella lo vio e hizo un gesto imperceptible con la cabeza. Él se puso en guardia y entró en la habitación con cautela.

—Señor Coker —saludó Azzopardi.

Tenía en la mano una pistola, con el cañón apoyado en la mesa tranquilamente, apuntando a su madre. Una Luger Parabellum. En latín significaba «siempre preparada para la guerra». Niven había visto unas cuantas de esas en sus tiempos. Se fijó en que sobre la mesa también estaba la caja oxidada.

—Los ratones y el anillo —le dijo Nellie a Azzopardi, imperturbable a pesar de las circunstancias en las que se encontraba—. Promesas deshonestas.

—Muy cierto —contestó el maltés.

Niven señaló con la cabeza la caja y preguntó:

—¿Pasa algo?

Al parecer Azzopardi había llevado su preciosa caja a un joyero de Hatton Garden, para por fin convertir en dinero su botín maldito. Conocía al joyero de antes de la guerra, cuando él se había hecho cargo discretamente de los objetos más valiosos y nunca había preguntado por su origen.

Por desgracia, el hombre le comunicó que la caja solo contenía baratijas, réplicas de estrás y cristal de las joyas originales.

—Falsificaciones.

—Muy buenas —murmuró Nellie.

Niven se quedó mirando a su madre, asombrado. Había pensado que había perdido su fuego interior, pero era evidente que aún ardía con toda su fuerza. Había tenido el descaro de intentar colarle objetos falsificados a Azzopardi a pesar de las consecuencias que eso podía tener.

—Es una ladrona —la acusó Azzopardi.

—Que le ha robado a un ladrón —contraatacó Nellie—. A mí me parece justo.

¿Dónde estaban las originales?

—No las tengo —respondió ella sin achantarse—. Las vendí e invertí el dinero. En bonos y acciones. Necesitaría semanas para recuperarlo si quisiera, que no quiero.

¿Por qué había sustituido las joyas por réplicas?, preguntó Niven.

—Buena pregunta —dijo Azzopardi.

Una póliza de seguros para cuando llegara ese día, por supuesto, explicó Nellie. A ella siempre se le dio bien planificar el futuro.

—Lo vi en las cartas —añadió; un comentario estúpido que fue la gota que colmó el vaso del maltés. Cogió la Luger, la amartilló y apuntó a la cabeza de Nellie.

—¿Va todo bien por aquí, señora Coker? —preguntó Hawker en voz bien alta cuando apareció en el umbral con intención de acabar con ese encuentro.

Azzopardi pasó a apuntar al chófer. El disparo fue ensordecedor y el ruido resonó en el interior del cráneo de Niven. Parte de las molduras decorativas del techo cayeron y el polvo del yeso cubrió a Hawker, que estaba inmóvil sobre la alfombra.

Él se lanzó sin dudar a por Azzopardi y consiguió tirar su corpachón al suelo y enviar la Luger lejos deslizándose por el suelo. Azzopardi era todo grasa. Niven estrelló la cabeza de su oponente contra el suelo varias veces, porque parecía la forma más fácil de dejarlo fuera de combate. Pero en cuanto él logró ponerse de pie, Azzopardi hizo lo mismo y fue a por él como un oso enorme que intentara aplastarlo entre sus brazos. Niven adoptó una postura de boxeador, listo para la pelea, pero entonces sonó otro disparo ensordecedor y el oso cayó.

Nellie tenía la Luger. Parecía ridículamente grande en su mano. No dejaba de caer polvo de yeso sobre ellos. ¿Cuándo había aprendido su madre a usar un arma? (Cazando ciervos con su padre en las Highlands, al parecer.) Niven se arrodilló al lado de Azzopardi y le buscó el pulso, aunque tenía los ojos vidriosos y una gran mancha roja

que empapaba su elegante camisa blanca.

Hawker, una figura fantasmagórica cubierta de polvo de yeso, se sentó, sorprendido al comprobar que estaba vivo y que el disparo solo le había herido.

—Dios —dijo, impresionado.

—¿Estás bien? —preguntó Nellie.

Y él supuso que ese era todo el agradecimiento que iba a recibir de ella.

Llamaron a Landor, que trajo a unos hombres a los que no fue difícil sobornar para que se llevaran el cadáver de Azzopardi. Lo transportaron en la furgoneta de un albañil a Canvey Island y allí lo tiraron al río cuando bajaba la marea, bien lejos del alcance de Dead Man's Hole.

«Y durante ese minuto un mirlo cantó»

Después de separarse de Gwendolen, la mente de Frobisher estaba tan ofuscada por el beso que le había dado ella a la salida de The Sphinx que, cuando cruzó Long Acre, no vio el camión que iba directo hacia él. Venía de Spalding e iba hacia Covent Garden, y cuando frenó en seco, perdió parte de su carga de repollos, que cayeron a la carretera rodando como cabezas cortadas por una guillotina.

Gwendolen había pasado muchas noches de vigilia junto a camas de moribundos, pero esta seguramente era la más dura de todas las que había tenido que vivir.

—No durará mucho más —le susurró una enfermera tras cogerle la mano marmórea y tocarle la frente helada. Una hemorragia masiva en el cerebro.

—¿Por qué no miraste por dónde ibas? —le dijo a Frobisher enfadada mientras le corrían lágrimas por las mejillas.

A él ya le daban igual las reprimendas.

Estaba encantado de verse transportado de repente y de haber pasado de estar tirado entre la suciedad y la inmundicia en una calle de Londres a pasear por un campo de heno en todo su esplendor veraniego. Iba diciendo para sí los nombres de todas las flores: cresta de gallo, trébol rojo, geranio silvestre, pie de león, rabo de zorra… Qué nombres más bonitos. Ojalá pudiera enseñárselas a la señorita Kelling.

Una avefría se asustó y salió volando de su nido en el suelo. Un zarapito graznó. Y, oh, le llegaba el olor de las lilas que había en el camino. Su alma se regocijó. Olvidó su carga. Estaba en casa. Por fin.

Una larga fermentación

—Hoy he encontrado un agente para *La era del oropel* —contó Ramsay, muy contento—. Dice que no será difícil encontrar un editor.

—¿Ya la has terminado? —preguntó Gerrit—. Creía que la acababas de empezar.

«Era como un animal, con las extremidades aún relajadas por el sueño pero listo para saltar en un instante», pensó él. Estaban tumbados en la cama, desnudos, y Gerrit tenía uno de sus enormes brazos tatuados detrás de la cabeza y con el otro le rodeaba los hombros a Ramsay. Gerrit se movió para coger sus cigarrillos, encendió dos y le dio uno a él, que suspiró de placer. Su vida había comenzado por fin.

Freda nunca volvió a The Sphinx. Había reconocido al hombre que la rescató del Támesis; era el mismo que le había dado la media corona, pero también era policía y cuando la sacó del agua le dijo que había gente buscándola y ella no quería averiguar quién. Pero durante el resto de su vida se arrepintió de no haberle dado las gracias por arriesgar su vida para salvarla. Tampoco regresó a York. No volvió a ver a su madre ni a su hermana Cissy, ni tampoco les escribió nunca para contarles cómo era su nueva vida.

La señorita Fay le Mont fue a su primera timba una semana después, tras convencer a Ramsay de que la llevara y le presentara a la gente. Era una partida modesta, con gente que se lo pasaba bien perdiendo su dinero, y Freda solo hizo trampas cuando se vio en mala situación, algo que no pasó a menudo. Después los dos intentaban ir siempre a timbas diferentes, por si la gente empezaba a sospechar de esa chiquilla que se había infiltrado en sus veladas y a la que se le daban tan bien las cartas. Ella era generosa con Ramsay y compartía sus ganancias al principio, pero con el tiempo empezó a ir a las partidas por su cuenta.

A él ya no le importaba. Un editor de Londres había aceptado su libro y no hablaba de nada más. Mi novela esto, mi novela lo otro… Se titulaba *La era del oropel* y había despertado cierto interés en «el mundillo literario», como le contó a Freda, porque se suponía que era un «romanaclé», que significaba que había personajes reales en ella

con otros nombres para que no se los reconociera (algo muy parecido a la vida real, en su opinión). Se leyó unas cuantas páginas, pero era difícil de seguir y la dejó pronto. A otras personas les pasó lo mismo; el interés por la novela no duró mucho y no vendió todos los ejemplares que se esperaba. *La era del oropel* quedó «descatalogada» en solo un par de años, le dijo Ramsay, indignado. Esa fue la última vez que lo vio, durante la guerra de broma. Entonces ella tenía un pequeño bar en Mayfair que había comprado con las ganancias de las timbas. Era un lugar con mucha clase y resultó que Vanda se adaptó muy bien a trabajar detrás de la barra y era muy popular. Pero cuando empezó la guerra de verdad, y a pesar de su edad, Vanda volvió a su antiguo oficio, demasiado rentable para dejarlo. Esos chicos de uniforme necesitaban una madre, explicaba. «Bueno, es una forma de llamarlo», habría dicho Duncan.

Freda vivió una larga vida alejada de los escenarios y acabó sus días como dueña de un pub de Suffolk, que compró después de la guerra. Para entonces estaba casada y tenía una hija, que había insistido en llamar Florence por su amiga perdida, un nombre pasado de moda que la niña odió durante toda su vida. En los sesenta Florence se convirtió en modelo de pasarela y se cambió el nombre a Jenny.

Al final de la guerra, cuando todavía vivía en Londres, a Freda le llamó la atención ver el nombre de Ramsay Coker en un periódico. Era la crónica de una investigación policial, seguida de un obituario. El señor Ramsay Coker había aparecido muerto en la acera que había frente a su apartamento del tercer piso en Hans Crescent, y aunque había dudas sobre si se había suicidado, se llegó a esa conclusión después de que quedaran probados su alcoholismo crónico y su adicción a las drogas. En el artículo del periódico no se mencionaba *La era del oropel,* solo decían que era «hijo de la famosa propietaria de clubes nocturnos Nellie Coker».

Tras la muerte de Frobisher, Lottie fue ingresada en un sanatorio en el campo. Era un sitio muy caro, un manicomio para ricos, que contaba con extensos terrenos, buena comida y muchas actividades para mantener ocupadas a las mentes frágiles que residían allí. Su estancia la sufragó durante el resto de su sorprendentemente larga vida una benefactora, una tal señorita Kelling, que nunca fue a visitarla.

Nellie perdió casi todo su dinero en el crac de 1929 y falleció unos años después. Según sus hijas, que estaban junto a su cama cuando

murió, sus últimas palabras fueron: «Oh, mirad, ya está aquí Maud», palabras que no tenían sentido para ninguna de ellas. Había vivido lo suficiente para ver tanto a Betty como a Shirley casarse con miembros de la baja aristocracia. Ella se compró un abrigo de piel nuevo para cada boda. Por suerte, no vivió lo bastante para ver también los divorcios. Edith siguió dirigiendo lo que quedaba de los clubes de Nellie, que, según iba pasando el tiempo, producían cada vez menos beneficios. The Amethyst, con la propia Edith dentro, quedó destruido cuando le cayó una bomba durante la guerra relámpago. Kitty terminó sus días como parte del mobiliario del bar del Colony Room Club, donde se fue ahogando en alcohol hasta su muerte.

William Cobb se jubiló en 1951 como comisario de la Policía Metropolitana, algo que demostraba lo lejos que puede llegar un hombre sin nada de especial solo con presentarse a trabajar todos los días.

La avalancha de misteriosos asesinatos de Londres terminó de una forma igualmente misteriosa. El de Vivian Quinn se consideró como la floritura final del «maníaco trastornado» (según el *Daily Mail)* que recorría las calles de la ciudad eligiendo víctimas al azar. Una de las muchísimas teorías que surgieron en los años posteriores sugirió que los asesinatos no eran ni mucho menos aleatorios, sino distracciones para ocultar el hecho de que Quinn había sido el objetivo todo el tiempo. Pero nunca se ofreció un motivo para el asesinato del periodista, aunque corrieron como la pólvora varios rumores que después se desvanecieron. Uno decía que estaba escribiendo un artículo de investigación sobre los delincuentes londinenses, que al final decidieron que sabía demasiado. Otro aseguraba que había tenido una «relación homosexual» con uno de los miembros más promiscuos de la familia real. Al final la muerte de Quinn quedó en el olvido y relegada solo a una nota al pie en las historias que se escribieron sobre esa época.

Planes

—¿Ahora tienes perro? —preguntó Niven, mirando al pequeño terrier que estaba en el pasillo detrás de Gwendolen, observándolo expectante.

—Sí.

—¿Me vas a dejar entrar?

—Supongo que sí.

Se sentaron en ambos extremos del sofá rosa, muy formales. Ella no recordaba el beso, aunque eso no evitaba que en ese momento se lo estuviera imaginando.

—¿Tiene nombre? —preguntó Niven, jugando con el animal. Su perro era indiferente a las caricias.

—Pierrot —dijo ella.

—¿Pierrot?

—Es el perro de Frobisher.

—Ah.

—De su mujer, en realidad, supongo, pero ella no lo quería.

—No sabía que tenía mujer.

—No, lo llevaba muy en secreto —aclaró Gwendolen—. Está en una situación muy triste.

—Pobre Frobisher. Sé que le tenías aprecio.

—He estado en su funeral esta mañana. He acompañado a su esposa.

—Ah.

—Ha sido un acontecimiento muy solemne: uniformes, espadas…, esas cosas. A él no le habría gustado nada. ¿Querías algo? Me temo que estoy un poco cansada.

—Sí. He venido a preguntarte si quieres venirte conmigo.

—¿Irnos? ¿Adónde? —Pensó que se refería a Brighton o a Eastbourne. Su última excursión no había acabado muy bien.

—Adonde tú quieras —dijo él—. A Francia, Italia, a Estados Unidos incluso. Podríamos comprarnos un rancho. Y tener caballos.

—¿Caballos? —Rio—. ¡Pero si apenas te conozco! Estaba pensando en volver a York. Londres ha perdido gran parte de su encanto para mí.

—No te vayas. No quiero vivir sin ti.

—¡Dios, pero qué dramático te has puesto de repente! —exclamó Gwendolen—. Hemos intercambiado cuatro palabras y ya quieres tener caballos conmigo en un rancho de Estados Unidos. Pareces salido de una novela romántica.

—No he dicho que no pueda vivir sin ti. Seguro que puedo, lo he hecho durante treinta y tantos años. He dicho que no quiero vivir sin ti.

—¿A ti eso te parece una proposición? ¿Esa arenga?

—No es una proposición. Al menos no te estoy proponiendo que te cases conmigo —dijo él.

—Ah, menos mal. ¿Y el amor entra en esos planes que tienes?

—¿Amor? —La palabra provocó que ambos se quedaran en silencio.

Gwendolen se sorprendió a sí misma aún más cuando se oyó decir:

—¿Me lo puedo pensar?

—No —contestó Niven—. Si te lo piensas, no vas a venir conmigo.

De repente se puso de pie y le tendió la mano. Y ahí se van a quedar los dos, suspendidos entre esas idas y venidas para siempre.

The Laughing Policeman

—¿Van a ahorcar a alguien? —le preguntó un chico a la persona que tenía al lado mientras estaba de pie en medio de la multitud que se había congregado ante la cárcel de Pentonville. Sí, era el mismo repartidor de periódicos que conocimos delante de Holloway tantos capítulos atrás. Siempre con ganas de presenciar una ejecución, por fin esa triste mañana de principios de diciembre su deseo se iba a cumplir.

La multitud que venía de juerga estaba especialmente alegre, porque el hombre al que iban a colgar era un agente de la ley. Pero estaban todos decepcionados, porque la ejecución se iba a realizar dentro de los muros de la prisión y no iba a ser un espectáculo público, aunque estaban haciendo todo lo posible para celebrarlo igual. Había un hombre con un carrito vendiendo castañas asadas y otro gritaba que tenía periódicos a seis peniques que daban todos los detalles. El acontecimiento tenía cierto aire anticuado; era como si estuvieran en Tower Hill o en Tyburn trescientos años antes.

Se estaban llevando a cabo algunas protestas contra la pena de muerte, pero la opinión general de la gente era que el reo iba a recibir lo que se merecía. De hecho, la horca era demasiado buena para él, según declararon varias personas allí congregadas que tenían sed de sangre. Se oyeron murmullos de gente que estaba de acuerdo con esa opinión. Primero colgarlo, después ahogarlo y por fin descuartizarlo habría sido el castigo de su elección.

Dentro de Pentonville, el preso todavía protestaba sin parar, proclamando a los cuatro vientos su inocencia. Apartó de un empujón al cura que había ido a ofrecerle consuelo en sus últimos momentos y el guarda lo reprendió: «Oye, más cuidado, Oakes».

Asegurarse de que Oakes cargara con la culpa había sido una operación compleja. La madre de Phyllis y otra de las Cuarenta Ladronas habían entrado sin hacer ruido en su casa destartalada de Oakes durante el día, mientras él estaba en el trabajo y su mujer de visita en casa de su hermana, y metieron la navajita cubierta de sangre que había acabado con la vida de Maddox, que ya habían limpiado para que no tuviera huellas, en el bolsillo del abrigo de Oakes, que

estaba colgado de una percha en el estrecho pasillo. Después le dieron un soplo anónimo a Scotland Yard sobre dónde estaba el cuchillo y varias testigos muy bien vestidas, todas mujeres, se ofrecieron a declarar que habían visto a Oakes y a Maddox teniendo una discusión muy agresiva en el Embankment la noche en que asesinaron a Maddox. «Fue una trifulca, en realidad», puntualizó una de las testigos tan bien vestidas. «Parecía una pelea a muerte», declaró otra.

Cuando llegó el juicio, los bancos para el público estaban llenos de más mujeres elegantes que habían venido directas desde el East End. A algunos miembros del tribunal les pareció que les sonaban las caras, pero al jurado le impresionaron su compostura y su aire de transparente sinceridad.

Tras el juicio, el abogado de Oakes, que había ejercido una defensa deplorablemente débil, le pagó una boda muy cara a su hija y después se llevó a su mujer a hacer un viaje por Europa en un Wolseley Open Tourer que llegó a casa conduciendo un día, para sorpresa de su mujer. Incluso al fiscal se lo vio comprándole un nuevo abrigo de visón a su esposa. Era uno de los clientes habituales de The Crystal Cup y estaba compensando a su mujer por las muchas noches que él pasaba de juerga sin ella, a costa de Nellie Coker.

La prueba de cargo era la navajita. Las iniciales «BC» que tenía grabadas en el mango no dejaron de ser un misterio y se consideraron irrelevantes. Oakes tuvo la mala suerte de ser juzgado por Avory, el juez de la horca. El emocionantísimo momento en que le colocaron el birrete negro sobre la peluca a Avory y este pronunció el veredicto no quedó interrumpido ni por un carraspeo ni por un leve susurro proveniente de los bancos del público. Solo cuando el juez entonó: «Y que Dios se apiade de su alma», la multitud dio un grito de alegría y Oakes montó en cólera y le gritó al tribunal que era inocente. Eso lo hacía parecer aún más culpable, como comentó todo el público.

También estuvieron todos de acuerdo en que ni el teatro ni el *music hall* estaban a la altura de la diversión que proporcionaba un buen juicio.

A las ocho y cuarto salió un guardia y clavó un anuncio en un tablón que había a un lado de la puerta de la cárcel. Decía simplemente que se había cumplido la sentencia que ordenaba la ejecución de Leonard Percival Oakes por el asesinato de Arthur Edwin Maddox. El ambiente pasó de festivo a solemne. La muerte de un hombre, de cualquiera, merecía un momento de respeto. Después la alegre multitud volvió a su ruidosa juerga y se dispersó enseguida para seguir con su día. «Menudo espectáculo, ¿eh?», le dijo el repartidor de periódicos al

hombre que tenía al lado.

Cuando cayó la noche, la ejecución de Oakes ya había quedado en el olvido.

El repartidor de periódicos se llamaba Norman. Cuando llegó la siguiente guerra se unió a la 4th Armoured Brigade y murió durante la invasión de Sicilia en 1944.

«¿Y no ves ese hermoso camino?»

Florence volvió a casa un sábado por la tarde en pleno verano. Entró en la casa de los Ingram, en Tadcaster Road, sin montar escándalo, como si acabara de llegar del colegio o de una excursión en bicicleta con Freda. El señor Ingram estaba cortando el césped y la señora Ingram estaba en la cocina fregando los cacharros de la comida, así que tardaron varios minutos en darse cuenta de que una extraña había entrado en su casa. Una extraña que era su hija.

A la señora Ingram, estupefacta, casi se le paró el corazón por la impresión al ver a Florence y tuvo que sentarse en un sofá con la ayuda del señor Ingram, que casi no veía, porque tenía los ojos llenos de lágrimas de felicidad, que también le rodaban por las mejillas.

—Florrie —exclamó con voz ahogada, cogiéndole la mano a su mujer—. Florrie ha vuelto a casa con nosotros, Ruthie.

¿Dónde había estado todas esas semanas?, le preguntó llorando su madre, pero Florence solo dijo: «Me muero de hambre. ¿Hay algo de comer?».

Cuando se recuperó del asombro, la señora Ingram no podía dejar de tocarla, como si no fuera de carne y hueso, sino un fantasma invocado por su dolor.

—Es un milagro —decía—. Dios ha escuchado nuestras plegarias y la ha traído a casa.

Pero ¿cómo había vuelto? Florence parecía no recordar nada de las últimas semanas. O, si lo recordaba, no quería hablar de ello.

¿Era la misma de antes? Estaba mucho más delgada y parecía un poco más alta, pero estaba sana y no tenía ningún daño visible. Con el tiempo llegó un momento en que la señora Ingram empezó a creer que la nueva Florence era una impostora, una «sustituta» que había ocupado el sitio de su verdadera hija, pero el señor Ingram la fue convenciendo poco a poco de que no era el caso («Pobre Ruthie»).

Florence nunca contó dónde había estado, pero, como había predicho Freda, se hizo mayor, se casó y tuvo dos hijos (sí, ambos con vegetaciones y los pies planos), a los que llevaba todos los años a ver la obra de teatro navideña del York Theatre Royal. Y un año, durante la representación de *Babes in the Wood,* se despertó un recuerdo en su memoria al ver a los habitantes del pueblo cantando y bailando

alrededor del mástil, pero pasó muy rápido. Florence no tenía ni idea de lo que había sido de su amiga; de hecho, apenas se acordaba de ella.

EL DOCTOR MEYRICK ASISTE AL ENTIERRO DE SU ESPOSA

SE PRODUJO LA RECONCILIACIÓN
HUNDIDO JUNTO A SU TUMBA

La presencia el 23 de enero en Kendal Green del marido de la señora Meyrick, un esposo del que llevaba separada mucho tiempo, junto a la tumba de su esposa, fue el perfecto capricho final de un destino cínico y sentimental que marcó la vida de ella.

Desde que esta mujer excepcional (cuyo principal instinto era velar por sus hijos) se hizo al asalto con el poder en el mundo de la noche londinense, su azarosa vida podría haber servido de material para una novela sensacionalista. Aunque siempre se enfrentó en soledad tanto a la humanidad como a la amargura de la vida nocturna.

Pero ayer, en su funeral en St Martin in the Fields, cientos de personas fueron a presentarle sus respetos.

El refugio de los sufrientes

Su marido, el doctor F. R. Meyrick, con el que se reconcilió en su lecho de muerte, se encontró rodeado de representantes de todos los que habían rezado en los templos del júbilo construidos por su esposa.

Vio el ataúd de su mujer cruzar la acera flanqueado por una multitud reverente antes de acabar depositado en esa iglesia que siempre ha sido un refugio para tantas personas que sufrían. Durante la bonita misa («Alzaré mis ojos a los montes...»), percibió el dolor general y vio lágrimas. Después, junto a la tumba, estuvo a punto de hundirse.

Lo acompañaban sus dos hijas casadas, lady Kinnoull y lady de Clifford; sus otras cuatro hijas, Kathleen, Nancy, «Bobbie» e Irene, y sus hijos, Lyster y Gordon.

Lord Kinnoull quiso estar en estos momentos junto a su esposa. También había varios familiares irlandeses. La única persona ajena a la familia que salió de la casa con los deudos fue el señor R. H. Carlish, que fue durante muchos años el encargado del club 43 de la señora Meyrick, en el 43 de Gerrard Street.

El sacerdote que ofició el entierro era hermano del doctor Meyrick.

En el ataúd había una placa que le habían dedicado sus hijos y que decía: «El amor de una madre siempre triunfa».

Todo estaba cubierto de coronas de flores.

Nota de la autora

Como cualquiera que esté familiarizado con este periodo de la historia reconocerá, he encontrado la inspiración para esta novela en la época y la vida de Kate Meyrick, que durante muchos años fue la reina de la escena de los clubes del Soho. Su club más famoso era el 43, y estaba en el número 43 de Gerrard Street, que ahora queda en el corazón de Chinatown. Estuvo en la cárcel varias veces durante su carrera por infringir las leyes que regulaban la venta y el consumo de alcohol.

Igual que Nellie Coker, Kate Meyrick también tuvo una vasta prole a la que siempre se preocupó de educar y procurar una «mejora de su posición». Dos de sus hijas se casaron con aristócratas y uno de sus hijos, Gordon, fue un autor publicado que escribía *thrillers* de misterio, entre ellos *The Body on the Pavement* [El cuerpo sobre la acera], de 1941 (le he robado una frase, como homenaje). En un claro caso de la vida imitando al arte, Gordon murió durante la guerra en misteriosas circunstancias al caer desde la ventana de su apartamento de un último piso y estrellarse contra la acera.

He utilizado la autobiografía de Kate Meyrick, *Secrets of the 43 Club* (John Long, 1933), tal vez la crónica más veraz de su vida, para incorporar algunos detalles a esta novela: por ejemplo, igual que Nellie, Kate conocía el precio de todo. *We Danced All Night,* la autobiografía de Barbara Cartland, es un pozo sin fondo de detalles que en su mayoría se han perdido. Es especialmente específica al hablar de la Bright Young People, y le debo a ella mi descubrimiento del «Turk's Blood» y también la descripción de la fiesta de los bebés. *Nights in London: Where Mayfair Make Merry,* de Horace Wyndham (The Bodley Head, 1926), ofrece una terrible perspectiva de la mordaz mente llena de prejuicios de los comentaristas de sociedad de la época; y *Dope Girls: The Birth of the British Drug Underground,* de Marek Kohn (Granta, 1992), me resultó muy informativo. *London After Dark,* de Fabian of the Yard (también conocido como el excomisario Robert Fabian), publicado por Panther en 1958, ha sido sin duda una inspiración para Frobisher. Y de él he sacado todos mis conocimientos sobre las timbas.

Estos libros son solo unos pocos dentro de toda la documentación que he manejado, pero es evidente que he intentado evitar en general

los libros de historia tradicionales para centrarme más bien en los que tratan temas de sociedad y cotilleos. *Los templos del júbilo* es ficción, no historia.

Y sí, también leí *El sombrero verde,* de Michael Arlen (Heinemann, 1924), pero es difícil entender en esta época por qué causó tanto revuelo entonces.

Como siempre, en esta novela también hay hechos y personajes reales, aunque los superan con creces los ficticios. El que entonces era el príncipe de Gales sí que asistió a una fiesta de disfraces ataviado con una túnica del Ku Klux Klan, pero no tengo ninguna prueba de que el agá kan llevara regaliz en el bolsillo, etc. He alterado algunos detalles insignificantes para que se ajustaran mejor a lo que convenía a la acción: por ejemplo, se supone que Niven tiene perros que corren en el canódromo de White City, pero ese lugar no se abrió hasta 1927, un año después del momento en que se desarrolla la novela.

La novela empieza justo antes de la huelga general de mayo de 1926 (aunque nadie, excepto Ramsay, está interesado en el descontento que inunda el país); ese es el marco temporal de la acción y por ello he tenido que adelantar algunas cosas; por ejemplo, *El asesinato de Roger Ackroyd* no se publicó hasta junio de 1926, así que Ramsay no pudo haberlo leído en mayo. Podría seguir, pero no voy a hacerlo; solo intento adelantarme a las críticas.

La comisaría de Bow Street también fue real. En la actualidad se ha convertido en un hotel de cinco estrellas, aunque se ha conservado parte de ella en un pequeño pero interesante museo. Y quiero recomendar el libro de 1926 de W. Slagter que se titula *Cocktails American en Fancy Drinks IJsrecepten en Dranken* (es holandés). Se puede encontrar en internet: https://euvs-vintage-cocktail-books.cld.bz/Vintage-Cocktail-Books-Netherlands/1926-Cocktails-by-W-Slagter/IV. Contiene la lista más exhaustiva de cócteles «históricos» que se puede encontrar. Por desgracia, no he llegado a probar ninguno.

Título original: *Shrines of Gaiety*

Letra de *Ain't We Got Fun,* de Raymond B. Egan and Gus Kahn.
Recorte de periódico de *Singapore Daily News,* copyright © SPH Media Limited.

Edición digital: 2023

Copyright © Kate Costello Ltd 2022
© de la traducción: Puerto Barruetabeña, 2023
© AdN Alianza de Novelas
(Alianza Editorial, S. A.) Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-1148-112-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.